19세 미만 구독불가

MOON LIGHT BOOKS

야간 수업

Night Hockey Lessons

1

신희 장편소설

Clases nocturnas

야간수업

3 volúmenes [Completo]

[Traducción MTL - Straewgi]

- Traducción MTL, puede contener errores como cambio de género.

VOLUMEN 1.

1.

El viento sopla.

El viento del norte gira y vuelve en los edificios construidos como un laberinto, haciendo un ruido furioso mientras arremete contra la ventana que da al sur. La fuerza es tal que la ventana traquetea ruidosamente.

El viento, que sube por la estructura de acero, emite un sonido melancólico como un canto fúnebre durante toda la madrugada. Gracias a eso, Jo-on apenas durmió en toda la noche. Era una noche en la que el sonido del viento se escuchaba especialmente fuerte.

Este es el destino de una ciudad a orillas de un lago. El viento es tan fuerte y el clima tan volátil que a veces, después de un día primaveral, se recibía una ventisca, o en la colorida estación del otoño, un sol veraniego visitaba abruptamente. Durante el cambio de estación, esa variación es aún más dramática.

El clima en esta época, en el corazón del invierno, siempre está sensible y afilado. El calor que derrite la tierra seca y congelada ha desaparecido, y el cielo azul se ha cubierto de un gris turbio que se asemeja a la actitud ambigua de un habitante de ciudad, manchado por el mundo.

Los transeúntes que van y vienen por la calle se abrochan el cuello de sus abrigos y aceleran el paso. Si alguien intenta hablarles, suelen pasar de largo, agitando una mano. La sequedad de su mirada era proporcional a la falta de calma.

Desde 150 metros de altura, sus movimientos parecían apenas un punto. Movimientos irregulares se dispersaron en todas direcciones. Al levantar la cabeza, la ciudad, difuminada por el aliento blanquecino, abarcaba toda la vista.

Los altos edificios, situados en una llanura sin montañas, se agrupan a lo largo de Young Street, que se extiende en línea recta. Cuanto más uno se aleja de allí, más amplio se vuelve el cielo y más variados los colores. Los barrios donde se agrupan casas que no superan los dos pisos, con jardines de césped verde delante y detrás, solían decorarse con flores en primavera, con cómodas sillas en verano, con calabazas en otoño y con luces rojas y verdes en invierno.

Los vecinos, que parecían indiferentes y distantes entre sí, cuando se encontraban, intercambiaban saludos afectuosos como si nada y mantenían conversaciones triviales. Las personas que parecían individualistas acérrimos, al abrir un poco la ventana de su corazón, entraban naturalmente como si hubieran estado esperando.

Jo-on también vivió una vez en un barrio lleno de esa amabilidad y tranquilidad. Aunque ahora ha sido empujado al centro de la agitación.

Desde el condominio de gran altura construido en un terreno baldío se podía disfrutar de una vista panorámica de 10 km a la redonda. En un día despejado, al pararse en el balcón, se podía ver el lago Ontario a lo lejos.

Aunque se le llamaba lago, la inmensa superficie, cuyo fin era difícil de calcular, se unía con el cielo. El joven Jo-on, al verlo por primera vez, lo confundió con el mar al ver el lago que se extendía sin fin.

Hoy no se ve bien el horizonte. Probablemente se cumplirá el pronóstico de que volverá a nevar. Las nubes blanquecinas cubren el lago y, para colmo, también el centro de la ciudad. Con esto, nevará en una hora. Aún no ha salido el sol y ya empezaba a preocuparse por el día.

Jo-on dejó atrás el viento helado que le picaba las mejillas. Ya era hora de salir de casa. Se puso una chaqueta acolchada, botas de nieve y guantes para completar su atuendo.

Dejó las pantuflas ordenadamente en la entrada y miró por un momento el interior oscuro, viendo su hogar sombrío debido a las nubes negras que amenazaban con esparcir nieve pero se contenían.

Silencio.

Jo-on, dejando atrás la fría casa, tomó las llaves.

Click

La puerta cerrada con llave se sacudió al comprobarla, y el sonido de sus pasos resonó silenciosamente por el pasillo mientras se dirigía al ascensor.

Bip, bip, bip

Justo al salir del condominio, un vehículo industrial que limpiaba la nieve acumulada en la carretera durante la noche pasó. El coche emitía un fuerte sonido de advertencia mientras circulaba por la ciudad. Solo quedaba una marca lisa a su paso. Cuando las huellas desordenadas de la gente se grabaron sobre ella, la calle se ensució rápidamente. Todas las huellas se dirigían en la misma dirección. Personas que se dirigían a sus respectivos lugares de trabajo. Pronto, la estación de metro se llenó de gente.

‘SOUTH.’

En la bifurcación, justo al girar en la dirección indicada por la señal, el tren, con sus luces amarillas brillantes, se precipitó hacia el andén.

El aire interior ya estaba pesado y viciado por la gente que había subido desde el principio de la línea, pasando por seis estaciones. A diferencia del exterior, en el tren, donde había una calidez, personas de todo tipo se mezclaban.

Personas leyendo un libro, personas cabeceando con los ojos cerrados, personas prestando atención a los anuncios y al panel luminoso cada vez que pasaba una estación, e incluso personas saludando a vecinos que veían a menudo por coincidir con la hora punta.

Jo-on, que miraba distraídamente al vacío, se quitó los guantes y sacó su teléfono por la incomodidad. El dedo que abrió la bandeja de entrada pulsó el mensaje que estaba más arriba.

El correo electrónico de trabajo, escrito en un tono informal, no contenía contenido relacionado con el trabajo, sino la invitación a una reunión de confraternización de todo el departamento justo después de la salida, para divertirse.

La fecha era hoy, la hora, las cinco de la tarde, cuando termina el trabajo.

Era un evento ambiguo para llamarlo una cena de empresa. Porque la empresa no lo financiaba oficialmente.

No era como la semana pasada, cuando la empresa compró entradas grupales y todos fueron a ver un partido de hockey sobre hielo. Incluso eso era un buen beneficio solo para quienes tenían interés en los deportes, pero para Jo-on, que no lo tenía, era inútil.

Era torpe y no tenía habilidades deportivas, así que no le gustaba ni practicar ni verlos. Los jugadores parecían tener una habilidad increíble. Se movían tan libremente sobre el hielo, donde a él le costaba incluso mantenerse de pie. Al ver el partido, incluso olvidaba que el suelo era de hielo. Pero la emoción terminaba ahí.

No conocía bien las reglas, le costaba seguir la velocidad del juego y el rápido movimiento del *puck*, que cambiaba en un abrir y cerrar de ojos, y los bruscos choques de los jugadores corpulentos le resultaban amenazantes.

Al menos los jugadores, que medían más de 6 pies y llevaban un equipo de protección grande y duro, eran imponentes. Le recordaba al grupo de chicos que solían molestar a Jo-on en la escuela.

Casi recordaba un mal recuerdo. Jo-on bajó la vista a su teléfono otra vez. El correo electrónico decía que quienes desearan participar debían traer su propio equipo o dinero para alquilarlo en el lugar. Su mirada se detuvo mucho tiempo en la parte inferior del correo electrónico.

Ubicación: Pista de hielo del Harbourfront Centre

Una pista de hielo pública a menos de 10 minutos a pie de la empresa. Es decir, una instalación al aire libre sin techo para proteger de la nieve y la lluvia, por lo que es difícil de usar si hace mal tiempo.

Si empezó a nevar desde la mañana, ¿realmente abrirán? Tal vez no necesite inventar excusas para no ir y la fuerza de la naturaleza lo cancele.

Jo-on decidió aferrarse a una brizna de esperanza.

—¿Quién va a patinar hoy?

Al terminar la reunión matutina, Peter, el jefe de equipo, preguntó. Casi todos los miembros del equipo levantaron la mano. Jo-on miró a su alrededor y, disimuladamente, abrió la palma de su mano frente a su pecho. Peter miró al único miembro del equipo que no había levantado la mano y preguntó:

—Daniel, ¿tú no vas?

—Oh, yo ni me acerco al hielo. Una vez me lastimé el brazo al patinar. Me pusieron una varilla de metal.

Daniel se golpeó el brazo izquierdo con expresión de pesar.

—Uf...

Los miembros del equipo pusieron una expresión de horror. Daniel se rio.

—Fue mi primer intento, me caí mal, apoyándome en el hielo y me rompí un hueso. Eso me dejó un trauma y no puedo ponerme patines.

Así que para no ir, uno debe tener una excusa de ese calibre. Jo-on cerró la palma de su mano disimuladamente.

—John. ¿Sabes patinar?

Ante la repentina mención de su nombre, Jo-on levantó la cabeza hacia Peter. En realidad, él ya sabía que Jo-on no sabía patinar.

Hace poco, durante una entrevista individual, mientras charlaban sobre hockey sobre hielo, Jo-on había mencionado que nunca había patinado.

—No. Nunca lo he intentado. No creo que pueda mantenerme en pie sobre el hielo. Angela dijo que me enseñaría hoy.

—Qué bien. Angie solía practicar patinaje artístico. Patina muy bien. Aprende a bailar con gracia.

—Sí…

Jo-on levantó la comisura de la boca de lado. Si hubiera tenido el talento para convertirse en patinador artístico al aprender por primera vez, no estaría haciendo un trabajo tan aburrido mirando una computadora todo el día.

Sabiendo que era torpe, nunca había soñado con ser atleta. Un trabajo de oficina le convenía a Jo-on. Aunque tampoco es que amara lo que hacía ahora.

La profesión es solo una herramienta para ganarse la vida. Si uno gana dinero para subsistir, ya ha cumplido con su deber. No hay necesidad de volcar pasión, ni ganas de hacerlo. Días sin motivación alguna.

'Aburrido.'

Toda su vida parecía sin vitalidad, como si se hubiera detenido. A través de la ventana, reflejada en el hombro de Peter, se veía la ciudad envuelta en una ventisca. Era un día en el que tampoco quería trabajar.

—Bueno, ¿salimos ya? Revisé el estado de la pista en internet y ya han quitado toda la nieve.

Los empleados que estaban lidiando con programas de gráficos y presentaciones levantaron la cabeza por todas partes. Al mirar la hora, ya se acercaba la hora de salir, las cinco.

Al escuchar que la nieve ya había sido despejada, miró por la ventana, que ya estaba negra. En diciembre, a las cinco, el sol ya se había puesto y era noche oscura, así que en lugar de un crepúsculo con colores variados, se veía la vista nocturna.

La ventisca, que a la hora del almuerzo era tan fuerte que no se podía ver nada, había desaparecido por completo, y los colores de las farolas y los faros eran claros y nítidos. Era una belleza que solo se podía apreciar después de que caía la oscuridad.

—Ah, yo saldré en 30 minutos. Adelántense, por favor.

Cuando Jo-on les comunicó esto a los compañeros de equipo que estaban empacando sus cosas, todos se giraron de golpe como si lo hubieran acordado.

—¿Por qué? ¿No vienes ahora?

—¿Eh? Ah, el informe de cierre de mes...

—John. Eso es para pasado mañana, tienes tiempo. Simplemente ven con nosotros ahora.

Peter hizo un gesto con la mano despreocupadamente y señaló la salida con la cabeza. Aunque parecía amable y buena persona, a veces actuaba como un viejo terco. Por cómo llevaba la bufanda, el gorro y los guantes, parecía haber estado esperando ansiosamente este momento.

Jo-on, dándose cuenta de que no tenía escapatoria, dudó y apagó el ordenador. Se puso una sonrisa incómoda para ocultar su plan fallido.

—Claro, supongo.

Jo-on se movió lentamente para guardar su portátil en el casillero y sacó su mochila. No olvidó el gorro y los guantes que había traído por la mañana. Pensó que todos se cansarían de esperar y se irían primero, pero como seguían de pie en la puerta esperándolo, se vio obligado a apresurarse.

—Tyler, ¿son esos tus patines?

Al oír la voz de Jamie, que estaba de pie junto al ascensor, la mirada de todos se dirigió a Tyler. Tyler, que había jugado al hockey sobre hielo en la escuela, golpeó una bolsa de compras, de esas que se usan para ir al supermercado. Dentro había un par de patines de gran grosor.

—Sí. Son mis bebés.

—¿Son para hockey sobre hielo?

—Sí. Estaba usando estos cuando gané el trofeo de campeonato.

—¿En serio?

Tyler relató su historia de ganar el campeonato de hockey sobre hielo en la escuela como una hazaña.

—Incluso fui el capitán. ¿Quieres ver una foto?

Mientras bajaba en el ascensor hacia el vestíbulo, rebuscó en su teléfono y, orgulloso, les mostró una foto a todos. Se le veía unos diez años más joven que ahora, bebiendo champán de un trofeo. De fondo se veía un vestuario.

—¡Increíble! ¿Por qué lo dejaste?

Un empleado que no conocía bien la historia de Tyler preguntó, y Tyler respondió despreocupadamente:

—Una lesión. Me rompí una pierna y tuve que operarme. La recuperación tardó más de un año.

—Oh, vaya.

Pensar en patinar todavía después de una cirugía tan importante. Jo-on negó con la cabeza con el rostro rígido. Realmente era un deporte de lo más peligroso.

Los compañeros del departamento se abrieron paso por las calles cubiertas de nieve, donde las máquinas quitanieves aún no habían llegado, y finalmente llegaron a la pista de hielo.

El lugar, con la Torre CN de más de 550 metros a sus espaldas y un lago de casi 19,000 kilómetros cuadrados delante, ofrecía una hermosa vista nocturna y una vista despejada al mismo tiempo.

Durante el día, se extendía el cielo azul y el resplandor dorado del lago; después de la puesta del sol, se desplegaba la Torre CN brillante con colores vibrantes y las luces de la pista del aeropuerto Billy Bishop en Centre Island. Los aviones que despegaron y aterrizaron en fila para vuelos nocturnos parpadeaban con luces que no eran tan brillantes como las de la Torre CN, pero que también parecían parte del paisaje nocturno de la ciudad. A pesar de su inicial reticencia, al llegar, no le pareció mal.

—La zona de alquiler de patines está por aquí.

Siguiendo las indicaciones de Angela, la gente giró y se aglomeró. El lugar donde se podían alquilar patines estaba en la planta baja del edificio adyacente a la pista de hielo, y su interior sencillo y tosco consistía únicamente en bancos, taquillas de monedas, un cajero automático y un mostrador de alquiler.

Detrás del mostrador abierto se veían estantes repletos de patines de todos los tamaños. Mientras dos empleados se movían con rapidez, la fila de clientes que querían alquilar patines no paraba de crecer, formando una larga cola frente al mostrador.

Las personas que, como Angela o Tyler, habían traído sus propios patines, se sentaron en los bancos mientras los demás alquilaban, se cambiaron los zapatos y guardaron sus pertenencias en las taquillas de monedas.

—Oye, John. ¿Quieres compartir una taquilla conmigo?

Ivanna, una joven empleada ucraniana de edad similar a Jo-on, le preguntó desde el lado opuesto mientras él se sentaba en el banco con los patines que acababa de alquilar.

—Claro.

Jo-on e Ivanna guardaron sus cosas en la taquilla y metieron dos monedas para cerrarla. Jo-on, con la llave en la mano, miró a Ivanna. Eran dos personas pero solo había una llave. Ivanna se encogió de hombros, molesta, y le entregó la llave a Jo-on.

—Quédatela tú.

—De acuerdo.

Jo-on, que guardaba la llave en su bolsillo, preguntó de repente:

—Ivanna, ¿patinas bien?

—Más o menos.

Por su respuesta segura, parecía que no era una principiante que patinara por primera vez como Jo-on.

—¿Patinarás mucho tiempo?

En realidad, lo que le interesaba a Jo-on era esto. No le importaba la habilidad de los demás. Él solo pensaba patinar unos 30 minutos y, con discreción, irse a casa. De lo contrario, seguramente lo arrastrarán a un pub junto con la gente que quería tomar una cerveza.

—¡Claro! Es mi primera vez patinando este año, ¡tengo que disfrutarlo! ¿Y tú?

Como pensaba. Jo-on volvió a poner una sonrisa incómoda.

—Yo también iba a hacer eso.

Ambos salieron siguiendo al grupo que abandonaba el vestuario. Un llano blanco se extendía justo delante. El hielo, que reflejaba la luz y brillaba con blancura, se desplegaba ampliamente, y más allá, se veía el lago abrazado por la noche oscura. Justo en ese momento, un avión estaba aterrizando, bajando de altitud. Un viento refrescante sopló.

—¡Qué bien! Pero hay bastante gente. ¡John, ven tú también rápido!

Ivanna, que caminaba tambaleándose con los patines puestos, dio un primer paso cauteloso sobre el hielo y luego, poco a poco, aceleró y se alejó.

Los más experimentados, Tyler y Angela, ya estaban dentro de la pista, moviéndose sobre el hielo. Eran tan rápidos que parecían seres de otro mundo, completamente diferentes a Jo-on. Como Campanilla en *Frozen*.

—¿Quién es la primera vez que patina?

Angela, que había dado una vuelta por la pista y regresado a la entrada de las escaleras, preguntó mirando a las personas que estaban de pie torpemente agarradas a la barandilla.

Todos levantaron la mano. Era natural, ya que los que sabían patinar ya estaban exhibiendo sus habilidades y calentando en el hielo. Solo quedaban los novatos que ni siquiera podían caminar, agarrados a la barandilla y dando un paso tras otro.

—Oh. ¿No son demasiados?

Angela se dedicó a enseñar a cada uno, comenzando por cómo caminar lentamente. Personas que no formaban parte del grupo también se acercaron a Angela para escuchar a escondidas su clase improvisada. Mientras tanto, los más entusiastas se esforzaban por caminar a lo largo de la barandilla, y Jo-on, sin entusiasmo, se quedó inmóvil, mirando el paisaje.

Después de que la ventisca pasó por completo, el aire estaba despejado. Al respirar profundamente el aire invernal, que incluso se sentía refrescante, sus pulmones se llenan de frescura. El movimiento de los aviones volando a lo lejos, las estrellas brillando detrás de las nubes en el cielo nocturno, y las expresiones llenas de vida de la gente patinando debajo, eran agradables de ver.

'Ya que estoy aquí, ¿por qué no intento patinar?'

Jo-on dio un paso con sumo cuidado. Era difícil mantener el equilibrio solo con la fuerza de las piernas, pero era manejable moverse agarrado a la barandilla. Después de unos cuantos pasos, le entró un poco de ambición y empezó a acelerar lentamente.

Aunque le costaba detenerse, se las arreglaba para avanzar. De vez en cuando, alguien pasaba a toda velocidad a su lado, y aunque se encogía por miedo a ser arrastrado, en esos momentos podía agarrarse a la barandilla y detenerse.

—¡Vaya, para ser la primera vez, pátinas bien!

Tyler pasó, le guiñó un ojo y desapareció. Su postura y velocidad eran excelentes. ¿Será posible llegar a ese nivel con unos diez años de práctica? El deseo de hacerlo bien asomó de repente.

Jo-on soltó lentamente la mano que aferraba la barandilla como un tesoro. Aunque su postura era algo torpe, lograba avanzar. En su primer intento, dio media vuelta solo.

Escondiendo la sonrisa que se dibujaba en su boca bajo la bufanda, aceleró. Ahora tenía suficiente soltura como para patinar sin mover los brazos como un pingüino. Se ajustó el gorro y subió la cremallera de su abrigo. Caminaba pausadamente, observando el frente, cuando un hombre corpulento que se ajustaba el gorro a poca distancia le dedicó una pequeña sonrisa con los ojos al encontrarse con su mirada.

La mitad de su rostro estaba cubierta por una máscara de invierno de color oscuro, pero el saludo con los ojos fue tan claro que Jo-on, inconscientemente, también asintió para saludar. Inmediatamente después, se dio cuenta. Había sido un saludo demasiado al estilo coreano.

Los ojos azules que contenían su rostro sonrojado por la vergüenza se curvaron suavemente como medias lunas. Se subió la bufanda para ocultar su expresión incómoda, y el hombre inclinó la cabeza. Luego, como si hubiera visto algo por encima del hombro de Jo-on, de repente corrió hacia él a gran velocidad. Le arrebató la mano a Jo-on, que estaba perdida en el aire, y lo arrastró hacia sí.

¡Ah! En ese momento, Jo-on, aturdido, dio media vuelta en el hielo, fue arrastrado por el hombre y retrocedió 10 metros antes de detenerse.

Crunch.

Las cuchillas de los patines se clavaron en el hielo en un ángulo pronunciado. Una ventisca artificial se levantó a su alrededor. El hombre abrazó y sostuvo el cuerpo de Jo-on, que en un instante perdió el equilibrio y no supo qué hacer. La distancia era excesivamente corta.

—Oiga, mire, esto es de repente…

Jo-on intentó alejar al otro, pero escuchó una voz grave sobre su cabeza.

—Oh, por poco se lastima. ¿Está bien?

Mientras intentaba comprender la situación, *¡Crash!*, escuchó el ruidoso sonido de alguien cayendo detrás de él. Y con eso, los gritos de la gente asustada.

Un hombre estaba tirado boca arriba en el lugar donde Jo-on había estado de pie hacía un momento. Era el mismo que había estado patinando peligrosamente a toda velocidad sin disminuirla.

Si el hombre que tenía delante no hubiera arrastrado a Jo-on para apartarlo de allí, Jo-on podría haber chocado con ese descontrolado y sufrir una lesión grave.

—Maldito idiota.

Jo-on, sorprendido por la voz fría que oyó sobre su cabeza, levantó la vista de repente. Afortunadamente, no lo estaba mirando a él. Su mirada helada se posaba en el hombre que se había caído y sangraba por la nariz, aparentemente por un golpe.

—¡Hic, sangre…!

Al comprender la situación, sintió alivio y al mismo tiempo pena. En ese momento, Jo-on debería estar agradeciéndole. Jo-on, sorprendido, intentó zafarse de la mano del hombre, y se tambaleó.

—Vaya, tenga cuidado.

El hombre, que se mantenía estable incluso sobre el hielo resbaladizo, rodeó suavemente a Jo-on. Con una mejilla sonrojada, Jo-on se rascó con los dedos enguantados y asintió.

—Gracias. Me salvaste la vida.

—De nada.

Puso una mano sobre el hombro de Jo-on y lo guió naturalmente hacia el exterior.

—Siéntese aquí un momento. ¿No tiene ninguna herida?

Cuando Jo-on se sentó en las escaleras, usando el brazo del hombre como barandilla, el hombre se arrodilló sobre una rodilla frente a él para ponerse a su altura.

—Sí, eso creo.

—Lamento haberlo jalado tan de repente. Un niño se cayó detrás de usted y ese hombre corrió hacia usted para evitarlo, así que me moví. De hecho, lo había estado observando porque patinaba peligrosamente.

—Ya veo. Estoy bien. Gracias a usted no me hice daño.

—¿No se siente incómodo en ningún sitio? Si no, entonces está bien.

El hombre escaneó el cuerpo de Jo-on de arriba abajo, revisando de nuevo. Al confirmar que no había nada malo, borró su expresión de preocupación, se bajó la máscara que le cubría el rostro y dijo con voz clara. Era increíblemente guapo.

—Me llamo Dylan.

Jo-on también se bajó la bufanda que le cubría la cara y se presentó.

—Yo soy John.

John…

La mirada de Dylan, que murmuró como para sí mismo, se detuvo en el rostro pálido de John.

—¿Es la primera vez que patina?

—Sí. ¿Se nota tanto?

Dylan soltó una carcajada y la punta de su lengua lamió lentamente sus labios secos.

—Por cómo camina como un pingüino. Sí.

Mirándolo fijamente a los ojos, Dylan le extendió la mano.

—¿Le ayudo?

Sorprendido por la inesperada oferta, Jo-on levantó la cabeza. Sus ojos, azules como el lago a mediodía, brillaban con la luz. Aunque no se veía su cabello por el gorro, John supuso que sería de un color castaño claro, casi rubio. Creía que le quedaría bien con el color de sus ojos.

Su nariz era recta y sus labios rojizos. Aunque no le interesaban los dramas o películas extranjeras y no lo reconocía, su belleza era tal que, sin darse cuenta, supuso que sería modelo o actor.

John dudó con la mano del hombre delante. Tal vez por su personalidad no muy extrovertida, esta amabilidad le resultaba un poco extraña.

—Soy bueno.

Su actitud confiada le instaba a tomar su mano.

Negarse parecería grosero. Además, si realmente era una celebridad, le gustaría tomarse al menos una foto con él para subirla después a Stargram.

A John le costaba rechazar la amabilidad, así que, tras una breve vacilación, tomó la mano de Dylan.

—Bueno, entonces, se lo agradezco.

Dylan miró a su alrededor y se puso de pie. Luego, tomando la mano de John, empezó a moverse lentamente hacia atrás. John, que se había levantado de forma desgarbada y era arrastrado por él, preguntó:

—¿Va a patinar de espaldas?

—Sí. ¿Podría mirar por si no hay nadie detrás de mí? Dejaré mi espalda a John.. Camine despacio.

Dylan dijo con una voz despreocupada. La mano de John, que estaba agarrada a la suya, se apretó. Tal vez sintiendo la tensión, Dylan lo consoló con un tono ligero.

—No se preocupe.

En realidad, Dylan tenía la habilidad de moverse con soltura y revisar la parte trasera sin la ayuda de John. Era como si tuviera ojos en la nuca.

—Intente que los dedos de los pies apunten hacia afuera. Pero no levante el pie rápidamente como cuando camina, sino que deslícelo hacia adelante. Estamos sobre hielo, después de todo.

John movió los pies según las instrucciones de Dylan. Los elogios no paraban de llover.

—¿Así?

—Sí, así es. Lo está haciendo bien, ¿verdad? Muy bien. Lo está siguiendo muy bien.

Se le enrojecieron las orejas de vergüenza por los constantes halagos. En cualquier caso, el método de enseñanza de la gente de este país era bueno, pero… por mucho tiempo que pasará, no lograba acostumbrarse.

—Lo está haciendo realmente bien. Parece un genio.

—¡No es para tanto…!

Como el título del libro "Los elogios hacen bailar a las ballenas", los repetidos elogios de Dylan hicieron que John se sintiera eufórico. Aunque también se sintió un poco como un perro bien portado, no le molestó. De hecho, se entusiasmó como si hubiera descubierto un talento oculto.

—Muy bien. Ahora, ¿qué tal si deja de mirar el suelo y levanta un poco la cabeza para mirar hacia adelante? Podríamos chocar con alguien.

Al levantar la cabeza, sus ojos se posaron en sus manos entrelazadas. Quizás por los guantes, o quizás por naturaleza, sus manos eran grandes.

Su mirada ascendió poco a poco hasta el rostro de Dylan, que observaba la parte trasera con bastante seriedad. La velocidad aumentó lentamente. Quizás notando que lo observaba a escondidas, Dylan miró a John de reojo y sonrió con los ojos.

Por un momento, la sorpresa ante la sonrisa le hizo tropezar y perder el equilibrio. Dylan clavó la cuchilla de su patín en el hielo y se detuvo bruscamente.

—Ponga el pie trasero horizontal. Así reducirá la velocidad. Para los principiantes, es la forma más fácil de detenerse. El pie delantero debe apuntar hacia adelante. Así no se desviará y…

—¿Cómo? ¡Espera, espera, espera, espera, ahhh!

Antes de que las palabras llegaran a sus oídos y pudiera ponerlas en práctica, John golpeó primero su nariz contra el hombro firme de él. Mientras tanto, el patín de John se deslizó entre las piernas de Dylan y salió. Con las manos entrelazadas, cuando el patín se resbaló entre sus piernas, su centro de gravedad se fue hacia atrás. Cayó de nalgas sobre el frío hielo y la cara de John chocó con un lugar inoportuno.

Era una postura propia de una danza sobre hielo. Si no fuera por el hecho de que su frente había golpeado la entrepierna de otra persona. Hubiera sido mejor simplemente pasar entre sus piernas.

Dylan preguntó, conteniendo la risa:

—Ay, ¿está bien?

A medida que se movía lentamente hacia atrás para crear distancia, la extraña entrepierna que había llenado su visión se alejó. John murmuró con disgusto:

—No. Disculpe, no fue a propósito.

—Estoy bien. ¿No le duele?

Estaba tan aturdido que no tuvo tiempo de sentir el dolor. John negó con la cabeza rápidamente.

—No, esto es… Intenté hacer lo que me dijo, pero mi cuerpo no me obedece. Supongo que es por miedo a caerme.

—Puede ser.

—Parece que no tengo talento.

Dylan, con una cuchilla de su patín clavada en el hielo, se inclinó y le extendió la mano a John de nuevo.

—Ponga la cuchilla horizontal como mi patín y levántese. Lo sujetaré. Vamos.

John obedeció sin decir una palabra. Gracias a que Dylan lo sujetó, o al menos a que siguió sus instrucciones, el patín no se movió sin rumbo fijo como una brújula desorientada.

Dylan, que lo observaba, apretó los brazos entrelazados y tiró con fuerza del cuerpo tambaleante de John.

—¡Ay, gracias!

John se puso de pie a duras penas, se sacudió el trasero y suspiró. El polvo de hielo que caía de su ropa voló como nieve.

Al ver a John cabizbajo, Dylan le dio palmaditas en el hombro como si hubiera descubierto algo grandioso para llamar su atención.

—John. Mire hacia atrás.

Cuando se dio la vuelta rápidamente, esperando que hubiera alguien patinando a toda velocidad de nuevo, la torre, que brillaba con luces rojas y verdes como un árbol de Navidad, llenó su vista.

—Qué bonita.

Murmuró con indiferencia, y Dylan dijo con una sonrisa:

—¿Verdad? Y mire. Ya hemos dado una vuelta entera.

—¿Eh?

John miró a su alrededor. Tal como había dicho Dylan, habían regresado al lugar donde habían empezado a patinar.

—Es gracias a usted que me arrastró.

John lo admitió sin rodeos y expresó su gratitud. Solo no habría podido patinar. Sin embargo, Dylan, con humildad, negó con la cabeza y le atribuyó todo el mérito a John.

—No. John, usted se esforzó.

—Me acabo de caer.

—El hecho de que se haya caído no significa que su esfuerzo desaparezca. Los errores son parte del aprendizaje. Siéntase orgulloso.

Ante la continua palmada, la palabra que estaba a punto de salir se detuvo. John no era un adulto tan desagradable como para rechazar sus elogios, llenos de energía positiva.

—¿Es así?

—Por supuesto. Hoy ha aprendido mucho.

El puño de Dylan chocó suavemente con el de John.

—Gracias, profesor.

Swish, un largo trazo de sombra se formó junto a ellos con el sonido de las cuchillas sobre el hielo.

—Alguien encontró un muy buen profesor, ¿no?

Allí estaba Tyler, con una sonrisa entre su corto bigote y las cejas levantadas.

—Ah, Tyler. ¿Estás patinando bien?

—¡Claro! Pero este es…

—¿Amigo? Hola. Soy Dylan.

Dylan fue el primero en saludar a Tyler.

—Soy Tyler. Soy compañero de trabajo de John.

Dylan asintió, diciendo.

—Ah, compañero de trabajo…

Sus ojos, un poco agrandados, se movieron como si estuviera sorprendido. Sin embargo, pronto ocultó su asombro y bromeó:

—Soy el nuevo entrenador de John. Ahora mismo estamos en un entrenamiento muy duro.

Tyler miró fijamente a Dylan y preguntó:

—John necesita un entrenador estricto. Pero su cara me resulta muy familiar. Usted… ¿por casualidad juega al hockey sobre hielo?

La sonrisa que permanecía en los labios de Dylan no desapareció, pero no respondió de inmediato. Luego inclinó ligeramente la cabeza y asintió. Esto dio la impresión de que no quería revelar la verdad.

—Sí, hace mucho.

Cuando Dylan asintió, Tyler lo miró con los ojos brillantes, como si ya lo supiera.

—¡Con razón! John, ¿sabes quién te está enseñando a patinar? ¡Dios mío! Este hombre es un profesional. No debería estar aquí enseñándote.

—¿Qué tiene de malo que sea yo?

Dylan no parecía tener más de veintitantos años, similar a John. Entonces, ¿quizás era un poco famoso en la liga universitaria o acababa de debutar como profesional? John, que no le interesaban los deportes, hizo una conjetura aproximada. Aun así, era cierto que patinaba muy bien.

Pero lo más sorprendente era que no era actor. Su rostro era tan hermoso que, sin pensarlo, pensó que debería cambiar de carrera ahora mismo.

Con sus ojos redondos, observó fijamente el rostro de Dylan. Era guapo, pero su rostro no le resultaba familiar. Aunque fuera un jugador profesional, de todos modos no lo reconocería. Era natural, ya que no seguía los partidos deportivos.

Además, en el hockey sobre hielo se usa casco, así que, a menos que busques el nombre de un jugador, no hay forma de ver su cara. Para un aficionado a los deportes como Tyler, sería diferente, pero para Jo-on, era otro mundo.

John miró alternativamente a Dylan y a Tyler, y respondió sin mucha emoción:

—…¿En serio?

—¡Sí!

—Ya veo.

Tyler miró a Dylan y, con desdén, señaló a John.

—Él no conoce el gran hockey.

—Está bien. Puede pasar.

Dylan tenía una expresión mucho más relajada. Al contrario, se alegró de que no supieran nada de él. La sensación de ser expuesto hasta lo más profundo, cada vez que una persona desconocida hablaba como si lo supiera todo sobre uno, nunca era agradable.

—Nosotros vinimos juntos de la empresa, y después vamos a tomar algo en el pub de allí. También vamos a cenar. ¿Quieres venir?

Dylan miró a John y luego negó con la cabeza ante la espontánea invitación de Tyler.

—Estoy bien. No tengo intención de quedarme hasta tarde aquí. Que lo pasen bien.

Tyler se chasqueó la lengua con pesar y le tendió la mano a Dylan para estrecharla.

—Bueno, de todas formas, gracias por enseñarle a John. Cuídese mucho.

—Gracias. Que tenga una buena noche.

Después de que Dylan le devolvió el apretón de manos y lo saludó, Tyler se alejó patinando a su estilo. John miró fijamente a Dylan, que lo miraba.

—No sabía que era un jugador profesional. Gracias por su tiempo. De verdad, me divertí mucho hoy gracias a usted.

Dylan sonrió y arqueó una ceja.

—¿Qué quiere decir? ¿Se está despidiendo?

—¿Eh?

—No va a parar aquí, ¿verdad?

—…

—Deme la mano.

John, por reflejo, tomó la mano extendida de Dylan. Su expresión seguía siendo de asombro. Se sentía culpable por hacerle perder tiempo a la otra persona, un tiempo que no tenía porqué haber usado en él, e intentó expresar sutilmente que ya podía parar, pero Dylan no parecía tener la menor intención de detenerse.

—Agárrese fuerte. Porque a partir de ahora, patinaremos más rápido.

—¿Cómo van los balances de fin de mes? Vamos a actualizar el progreso de las partes de cada uno. ¿John?

Peter, el jefe de equipo, fue el primero en nombrar a John.

—Los valores comparativos del presupuesto y la situación actual están todos actualizados. También he terminado los comentarios sobre el análisis de las proyecciones anuales. Si cada uno termina su parte y la guarda en la carpeta compartida, yo la revisaré de una vez.

—Bien. ¿Olivia?

—Estoy esperando los datos de análisis mensual del equipo de ventas. Dijeron que me los enviarían esta tarde. Solo necesitamos incorporar esos datos a nuestro archivo.

—¿Lisa?

Peter nombró a cada persona y anotó su progreso en una libreta. Mientras tanto, Jo-on miró distraídamente su cuaderno vacío.

Ayer no pudo concentrarse en el trabajo, como si la silla en la que siempre se había sentado cómodamente de repente le resultara incómoda, pero esta mañana se dio cuenta de la razón. Al terminar de ducharse y secarse, de repente se miró en el espejo y descubrió un moretón en el trasero.

Era un moretón que le salió al caerse de nalgas mientras patinaba con Dylan, en una vergonzosa caída donde se golpeó la frente con la entrepierna de otro.

—Bien. Parece que está casi todo terminado. Una vez que terminemos con esto, estaremos más tranquilos, así que apurémonos.

Peter se levantó de su asiento con una expresión de alivio. El presupuesto del próximo año ya había sido reportado finalizado, así que lo único que quedaba por hacer en diciembre era incorporar los balances del mes anterior. Incluso antes de Navidad, alrededor de la tercera semana, la oficina quedaba vacía por las personas que se iban de vacaciones. Esto se debe a que nadie quería trabajar a fin de año. Había llegado la temporada en la que los que ordenaban el trabajo eran, al contrario, criticados.

Además, este año, la Navidad y el Boxing Day coincidían con el fin de semana, por lo que el lunes y el martes se convirtieron en días festivos alternativos. Por ello, muchas personas tomaron vacaciones largas hasta el Año Nuevo, una semana después. Todos planeaban viajar con sus familias o ir a sus casas de campo.

Solo un pequeño número de solteros, incluido John, acudían a la oficina. Personas sin hijos, sin pareja o sin dinero para vacaciones.

John, que encajaba en las tres categorías, de hecho prefería ir a trabajar en esta época. No había nadie que lo apurara si trabajaba con lentitud, y los ejecutivos a menudo le compraban refrigerios como muestra de agradecimiento por su arduo trabajo, ya que parecía estar trabajando duro mientras los demás descansaban. Así no tenía que salir a comprar el almuerzo.

Almorzaba pizza o panecillos y charlaba con jóvenes colegas afines en la silenciosa oficina, que parecía tener huecos por todas partes como si le faltaran dientes, y se sentía como si estuviera en la

biblioteca de la universidad en lugar de la empresa. La mayoría de los jóvenes empleados que tenían previsto ir a trabajar, incluido John, esperaban un fin de año así también este año.

John, que entró lentamente a la sala de descanso, sacó una taza. Se paró frente a la máquina multiusos que preparaba desde café hasta té con solo insertar un paquete. Aunque la higiene era algo dudosa, era uno de esos beneficios que se echaban de menos si no existieran.

La mano que deambulaba frente a la máquina eligió de forma natural el té de limón. Normalmente, le gustaba tomar café de la famosa cadena de cafeterías, pero en invierno siempre disfrutaba del té de limón al que le añadía varias bolsitas de azúcar. Así sabía similar al té de cidra.

Como no muchas personas en la empresa sabían apreciar lo bueno que era, el cajón siempre estaba lleno de paquetes de té de limón.

Colocó la taza debajo de la boquilla de agua, insertó el paquete y presionó el botón, y la máquina empezó a funcionar con un ruido.

Mientras esperaba, John sacó su teléfono por costumbre. Al entrar a la galería, la foto de la Torre CN de noche, tomada en la pista de hielo, llamó su atención en la parte superior. Era una foto que había tomado apresuradamente, solo del fondo, con pena, cuando la gente de la empresa quiso ir a cenar después de patinar con Dylan.

Al final, no pudo pedirle a Dylan que se tomaran una foto juntos. Por si le resultaba incómodo.

Por su personalidad extrovertida, intuyó que no era alguien que se sintiera incómodo por una simple petición de foto, pero su propia timidez le hizo dudar.

Incluso si John hubiera insistido activamente y hubiera logrado tomarse la foto, al imaginar a dos hombres adultos posando juntos, también le habría parecido bastante incómodo. Dada esta situación, ni siquiera se le ocurrió pedirle el número de contacto.

Solo dieron unas cuantas vueltas más en la pista juntos, luego se despidieron con expresiones de pena, repitiendo el agradecimiento varias veces, y finalmente se chocaron los puños. Fue un encuentro casual y fugaz, una conexión que pasó de largo.

Aunque Dylan no lo mencionó directamente, parecía haber ayudado a John confundiéndolo con un estudiante joven. Mientras patinaban en círculos, le había preguntado varias veces sobre su trabajo: qué hacía, cuánto tiempo llevaba trabajando, ese tipo de cosas triviales.

Era una técnica para inferir la edad a partir de información indirecta, sin preguntar directamente la edad. Como a menudo lo confundían con un adolescente solo por llevar una sudadera con capucha y jeans, John respondió diligentemente a sus preguntas.

A diferencia de él, John no le preguntó nada a Dylan. Se abstuvo por si era grosero inquirir sobre asuntos privados, pero justo antes de despedirse, Dylan le hizo una pregunta significativa.

—Parece que John no tiene curiosidad por mí. Parece que solo yo hago preguntas.

Ante la pregunta, que sonó incluso algo fría, John respondió torpemente con una expresión incómoda. Se sintió como si su verdadera naturaleza, la de comprometerse y retroceder en lugar de profundizar en cada asunto, hubiera sido expuesta sin tapujos.

En una sociedad donde la proactividad no es una opción sino una necesidad, para John era una tarea demasiado difícil mostrar una sociabilidad que superara su naturaleza. Como la mayoría, John solía transigir y retirarse a un nivel adecuado.

La agudeza con la que él, en su primer encuentro, percibió el conflicto interno de John, que se había prolongado sin avances durante años en un entorno desconocido, se parecía a los ojos azules de un lobo ártico que, en un blanco glaciar, localiza a su presa y se lanza a cazarla.

Después de dar en el clavo instintivamente con una agudeza, sonríe con los ojos, como si nada. Como la aurora boreal que ondea como una cortina sobre las regiones polares cada noche, un verde esmeralda intenso envolvía profundamente su iris. John estuvo fascinado por ello, aunque solo por un instante.

—Hola, John. ¿Puedo usar la máquina?

Una voz suave y delgada se escuchó a su lado. Al girar la cabeza, vio a Angela con una taza en la mano, de pie con una expresión brillante y las cejas levantadas.

—Ah, lo siento.

La taza de John, que estaba debajo de la máquina, estaba llena de té caliente con un aroma a limón humeante. La tomó y salió apresuradamente de la sala de descanso, y de reojo vio copos de nieve que comenzaban a caer de nuevo por la ventana.

Aproximadamente a la mitad de la jornada laboral de la tarde, los balances fueron finalizados. Inmediatamente se convocó una reunión de equipo para revisar el resultado final, y se dio permiso para salir temprano. Aunque solo era 30 minutos antes de lo habitual.

Al sentir que era una pena volver a casa directamente, John, después de una breve deliberación, comenzó a caminar por el pasadizo subterráneo conectado al sótano de la empresa. La red subterránea, que se extendía como una telaraña por el corazón del sur del centro de la ciudad, con la estación Union como eje, un centro de Ontario donde se detenían trenes, autobuses y todo el transporte público que conectaba ciudad con ciudad, tenía una estructura que unía varios edificios estrechamente.

Era una de las rutas para llegar a la estación de metro de forma segura y cálida en días de ventisca como hoy, y no le faltaba de nada: cafeterías, chocolaterías, tiendas de ropa, farmacias, etc. Todas las tiendas minoristas tenían carteles gigantes de "En rebajas" pegados en sus escaparates, tentando a los oficinistas que regresaban a casa.

En esta época del año, todos están ocupados liquidando el inventario. Incluso John, que no tenía mucho interés en las compras por su falta de materialismo, no pudo evitar que sus ojos se desviaran al ver el número 50%.

Sin embargo, rápidamente se recompuso y siguió adelante. Él no era de los que se dejaban seducir por esos números y hacían compras impulsivas. Si tuviera ese dinero, compraría un boleto de lotería.

Justo en ese momento, una pequeña tienda de conveniencia llamó su atención, y el número rojo en la pantalla indicaba '70'. Eso significaba que el premio mayor de esta semana había subido a 70 millones de dólares.

Había una larga fila de gente frente a ella, así que John también compró una línea de lotería con números cuidadosamente elegidos. Y mientras caminaba sin rumbo fijo de nuevo, sus pasos lo llevaron al centro comercial Eaton Centre.

Mientras John consideraba si ir al patio de comidas a comer algo o comprar pasteles para llevar, sus ojos se posaron en el letrero de una gran tienda de artículos deportivos. Era tan grande que ocupaba la mitad del sótano del centro comercial. John entró en la tienda como si estuviera hechizado.

Y una hora más tarde, en su mano llevaba un par de patines recién afilados en la tienda.

Nada más llegar a casa, John desenterró la bolsa de la compra, sacó los patines y, sin más, se los puso.

Había gastado bastante dinero, pero no le importaba. Los patines de alquiler le parecían antihigiénicos, lo dejaban incómodo y no le gustaban, pero después de comprarse sus propios patines, sintió un afecto inesperado.

¿Qué importaba si eran un poco caros? Si los usaba diligentemente durante su período de depreciación, ya se pagaban solos, y si los usaba toda la vida, los recuperaría y le sobraría. Además, sus pies ya no crecerían, así que no necesitaría comprar patines de nuevo. En todos los sentidos, fue una compra inteligente. ¡Y además recibió un descuento del 15%!

John se probó los patines, racionalizando a la fuerza su atrevida compra impulsiva del día. Al ser para ocio, la parte que envolvía el pie se parecía a la de los patines en línea. Había modelos ligeros con el tobillo hecho solo de cuero fino, pero los que tenían púas dentadas en la parte delantera de la cuchilla eran para patinaje artístico, no para ocio, lo que parecía una barrera de entrada alta para John.

John, que apenas sabía nada de patines, eligió un modelo lo más parecido posible a los que había alquilado la vez anterior. Aunque eran toscos, pesados e incómodos, proporcionaban una excelente calidez.

Le encantó la superficie negra brillante, que no había sido tocada por nadie. Fue lo primero que le llamó la atención porque se parecía a los patines de Dylan.

Ese día, el recuerdo de haber patinado la última vuelta sin ayuda lo animaba constantemente. Esta vez, podría completar varias vueltas sin la ayuda de nadie.

Le habría gustado salir corriendo y poner a prueba sus habilidades atléticas, pero, lamentablemente, la ventisca seguía azotando el exterior. John solo rezaba para que esa molesta tormenta de nieve se retirara lo antes posible.

2.

Era fin de semana, pero John se despertó temprano. Lo primero que hizo al levantarse fue salir al balcón para revisar el clima, como un niño de preescolar antes de una excursión.

El mundo, después de que la nieve cesó, se había vestido completamente de blanco. El aire estaba despejado y el cielo azul. Cada vez que inhalaba, el aire helado le punza cada rincón del pecho.

—Cof, cof

Tosió, y al exhalar, un soplo blanco se convirtió en una pequeña nube que se desvaneció flotando hacia el cielo. Aunque la temperatura era muy baja, precisamente por eso, hoy era un buen día para patinar. El hielo no estaba blando, sino bien congelado y firme.

Al buscar pistas de hielo, el mapa mostró varios íconos rojos. La más cercana a la casa de John era una escuela pública a 15 minutos a pie. Una distancia moderada, no estaba mal para caminar y calentar el cuerpo. Una vez que decidió el destino, se sintió más motivado que nunca. John se apresuró a meter los patines en su mochila y salió de casa.

La pista de hielo estaba llena de estudiantes y niños pequeños. Al ser fin de semana, los niños, tomados de la mano de sus padres, llevaban equipo de protección y cascos, y se movían con aparatos de apoyo como andadores.

Si se metía allí, era evidente que chocaría con los niños con solo dar un paso. Solo imaginarlo, caminando torpemente entre ellos mientras lo golpeaban los andadores, era humillante.

John se dio la vuelta sin siquiera cambiarse los zapatos, y el guardia de seguridad asintió comprensivamente, mirándolo con lástima.

—Venga por la noche. Para entonces no habrá tanta gente.

—¿Hasta qué hora abren?

—Hasta las 8.

Era la estación en la que el sol empezaba a ponerse a las cuatro y, con solo treinta minutos, el cielo se teñía de colores de algodón de azúcar. A las cinco, el mundo ya estaba completamente sumido en la oscuridad, y las ocho de la noche se sentían como las diez u once.

—Estará oscuro…

Ante su murmullo de incredulidad, el hombre respondió con despreocupación:

—Hay iluminación, así que es brillante incluso de noche.

—Ya veo. Gracias por la información.

John, que no se atrevía a lanzarse entre los niños en ese momento, regresó a casa con pesar. En el camino de vuelta, se comió una hamburguesa vegetariana y unas patatas fritas de boniato recién hechas y crujientes. El sabor de la hamburguesa, hecha con guisantes, frijoles mungo, arroz y almidón de patata para imitar la carne, era excelente.

Los movimientos de John, que masticaba la comida y sorbía suavemente el final de la pajita de su vaso de bebida, eran lentos. Estaba visiblemente más desanimado que cuando salió de casa.

Como era de esperar, si no se hace algo en el momento en que uno se decide, el entusiasmo se desvanece rápidamente. Sin embargo, si realmente se desvanece, las consecuencias de una compra impulsiva de la que no se puede responsabilizar recaerá en su futuro yo.

El actual John, temiendo ser regañado por su yo futuro, empezó a reprocharle inmediatamente a su yo pasado.

—¿Realmente los compré por nada? Hice algo innecesario.

Como si no fuera suficiente, también había afilado las cuchillas, lo que dificulta la devolución. John desvió su culpa hacia Dylan. Todo era culpa suya. El jugador que, sin motivo, había sembrado un sueño inalcanzable en Jo-on con sus dulces halagos.

Las semillas que él había sembrado habían germinado y crecido dentro de John, animándolo a tener una esperanza vana. Que también podía convertirse en el mejor patinador.

Volviendo a pensarlo, era absurdo. Su cuerpo no estaba hecho para ello. ¿Por qué creyó posible algo tan difícil como ganar la lotería? De repente se sintió absurdo. De repente, todo le pareció inútil y perdió la motivación.

Pero no podía dejar los patines que había comprado sin siquiera estrenarlos, tirados en el almacén. Aunque los vendiera de segunda mano, al estar ya abiertos, no recuperaría su precio. John no tenía otra opción.

Regresó a casa, esperó la noche y finalmente, tras dudarlo, se puso de nuevo su atuendo invernal para lanzarse al frío.

—Bip

Se escuchó un ruido mecánico de la gran máquina de pulir hielo. La entrada a la pista permanecía cerrada mientras la máquina Zamboni nivelaba la superficie del hielo cada hora, y la gente se aglomeraba en los bancos dispuestos a su alrededor. John, apretado entre ellos, comenzó a sacar sus patines en silencio.

Como había dicho el empleado, por la noche no había mucha gente. Solo una pareja de ancianos con el pelo blanco, un hombre de mediana edad con gorra y mochila, y una joven con mallas y ropa de entrenamiento de patinaje artístico.

—Abrimos.

No se sabía si el hombre que había visto por la mañana se había ido, pero otro empleado con un mono de trabajo fluorescente abrió la puerta tan pronto como terminó el mantenimiento. La gente que esperaba empezó a entrar uno a uno, deslizándose suavemente sobre el hielo, que estaba liso como nuevo.

Todos parecían patinadores experimentados, como si llevaran mucho tiempo sobre el hielo. A pesar de haber estado de pie sobre una superficie con alta fricción hacía un momento, tan pronto como pusieron un pie sobre el hielo, comenzaron a deslizarse sin caerse ni tambalearse. John también se levantó del banco, dejando su mochila vacía y sus botas.

Le tomó mucho tiempo caminar tambaleándose sobre la alfombra de goma hasta el hielo. Cada paso que daba, agarrado a la barandilla de metal, estaba impregnado de incertidumbre. Ahora no había nadie que le tendiera la mano para ayudarlo. Este único paso era un paso crucial en el que debía responsabilizarse completamente de sí mismo.

Aun así, no dudó. Con cautela, pero con ligereza, pisó el hielo y, con una postura incómoda, inclinó el torso hacia adelante, llevando su peso hacia adelante. Entonces, la cuchilla del patín, afilada en los bordes, se hundió en el hielo, dibujando una línea clara mientras se deslizaba.

John, que aún no había dominado el arte de detenerse, puso los pies en forma de "once" y dejó que su cuerpo se llevara por la velocidad. Aunque fuera hielo, no podía no haber fricción. Si era así, de alguna manera habría resistencia y la velocidad acabaría deteniéndose. Aunque no tuviera habilidades atléticas, tenía una mente capaz de calcular.

Mientras se adaptaba al hielo y a sus nuevos patines de esa manera, los demás se movían en óvalos o en forma de "S", girando y exhibiendo sus habilidades sobre la pista. Eran tan hábiles que evitaban a John, el principiante, por lo que no había peligro de chocar.

El sonido de los patines rozando el hielo pasó a su lado. Justo cuando se sentía lo suficientemente confiado como para pensar que no necesitaba agarrarse a la barandilla de metal, John levantó la cabeza y miró alrededor de la pista. Quería asegurarse de que no hubiera posibilidad de chocar con nadie más. Justo cuando se sintió aliviado al ver la pista despejada, un rápido sonido de roce se acercó desde atrás. Solo por el sonido, era un ataque imprudente.

Un hombre que patinaba a una velocidad tremenda rozó a John. Contrario a lo esperado de que se alejaría, el hombre de repente dio una vuelta en U con un ángulo afilado y en un instante se lanzó hacia John.

‘¿Ese tipo no tiene ojos?’

John, sorprendido y a punto de retroceder, se detuvo abruptamente justo delante del hombre, que levantó una nube de hielo. John, tenso, miró fijamente al hombre. Entonces, el hombre se bajó la bufanda que le cubría la mandíbula y preguntó:

—¿John?

Frente a él, Dylan sonreía con alegría.

—¿Eh? ¿Dylan?

—Sí. Soy yo. Lamento haberte asustado.

—Está bien. Pero, ¿cómo es que estás aquí…? ¿Has estado bien?

Dylan sonrió ampliamente, con un rostro que decía que no podía estar mejor.

—Sí, ¿y tú?

—Más o menos.

—Esto es una gran coincidencia. No esperaba volver a encontrarte aquí. ¿Vives cerca?

—Sí. ¿Dylan también vive cerca?

—Yo vivo en el centro. Mis padres tienen una casa por aquí. Ahora mismo me estoy quedando allí por un tiempo.

—Ya veo.

Cuando John asintió, Dylan lo miró de arriba abajo.

—Espera. ¿Por casualidad te compraste estos patines?

John se sintió un tanto avergonzado al ver que lo reconocía de inmediato.

—…Sí. ¿Se ven bien?

El rostro de Dylan se llenó de orgullo.

—¡Se ven muy bien! ¿Te divertiste mucho ese día, verdad? ¿La pasaste bien patinando conmigo?

Quizás porque fue su entrenador por un día, o por el orgullo de haber guiado a alguien con pocas habilidades deportivas a un mundo nuevo, Dylan parecía más entusiasmado que John. La pura alegría parecía contagiarse a John, quien también sonrió y asintió, venciendo la vergüenza.

—Para ser sincero, sí. Fue divertido. También quise patinar más.

Ante su sincera admisión, Dylan sonrió ampliamente y movió las cejas como diciendo: "Te lo dije". Al ver la nariz levantada de Dylan, John soltó una carcajada para rematar la frase.

—Todo esto es gracias a haber encontrado al mejor maestro.

—Yo también lo creo.

Dylan le dio una palmada a John en el hombro en señal de aprobación y luego, manteniendo la mano apoyada, comenzó a moverse de forma natural. Para seguir su ritmo, John no tuvo más remedio que soltar la barandilla y patinar al compás.

La mano de Dylan, que le había dado palmaditas en su grueso abrigo, bajó lentamente por su brazo izquierdo y se posó en la mano de John, que llevaba guantes.

—¿Vamos?

El movimiento fue tan natural que John ni siquiera se dio cuenta de que le estaba dando la mano. Dylan giró naturalmente media vuelta y se paró frente a John.

—¿Patinas conmigo hoy también?

—Un entrenador, una vez, es un entrenador para siempre.

—Gracias. Pero no es necesario que hagas tanto…

—No te sientas presionado. Solo salí a calentar porque estaba aburrido. Si de paso puedo ayudar a John, es algo bueno.

Ante la voz amable que sonaba tan despreocupada, John dudó dónde posar la mirada y patinó mirando hacia el pecho de Dylan. Cuando habían dado una vuelta, Dylan lo corrigió:

—John, debes mirar hacia adelante.

Con cierta incomodidad, levantó lentamente la cabeza, y su mirada se encontró con el perfil cincelado de Dylan. Un aliento blanco se extendía desde su boca ligeramente abierta, concentrado en echar un vistazo hacia atrás.

En realidad, 'adelante' solo significaba Dylan. Con sus 6 pies y 5 pulgadas de altura y sus anchos hombros, no había forma de ver más allá. Era una diferencia de altura de más de 15 centímetros.

Aun sabiendo esto, Dylan seguía ordenándole que levantara la cabeza. Dylan, con los ojos entrecerrados, miraba por encima del hombro para comprobar la parte trasera. Su expresión era seria, sin rastro de sonrisa.

Al notar su mirada penetrante, giró la cabeza de inmediato y se encontró cara a cara con John. Un aliento corto se extendió, y la punta de su lengua apareció entre ellos, humedeciendo sus labios secos. Sus labios rojos y húmedos pronto esbozaron una sonrisa. Siguiendo esa sonrisa, las comisuras de sus ojos azules también se suavizaron.

—Lo está haciendo bien. Mantenga esta velocidad.

El fresco viento invernal soplaba, produciendo un sonido agudo en sus oídos. Sin embargo, no sentía frío. Al contrario, sentía calor por todo el cuerpo, casi sudaba. A John le preocupaban sus mejillas, que seguramente se habrían enrojecido en ese momento. Intentó quitarse las manos para tocarse las mejillas calientes, pero Dylan lo sujetó y no lo soltó. Ni siquiera cuando le hizo una señal agitando las manos entrelazadas en el aire. Dylan lo sabía todo y sonreía con picardía.

—¿Qué pasa?

—Si me suelta la mano un momento…

—¿Algo le molesta?

—No. Es solo mi cara…

Dylan disminuyó la velocidad y se detuvo en una esquina. Tan pronto como soltó su mano, se inclinó para mirar el rostro de John y preguntó:

—¿Qué pasa con su cara? ¿Le molesta algo?

John, que se estaba acariciando la mejilla, se sobresaltó y retrocedió. Por un momento olvidó que estaba sobre hielo y dio un paso en falso. Cuando sintió que iba a caer de nalgas, una mano firme le rodeó la cintura, obligándolo a enderezarse. Sus pies, que se habían deslizado sin control sobre el hielo, ya estaban fuera de control.

El centro de gravedad, que rebotaba de un lado a otro, en un momento dado se dirigió hacia afuera siguiendo la fuerza centrífuga. El mundo giró. Y en medio de todo eso, estaba el rostro de Dylan.

Realizó un giro suave y elegante, como un patinador que se decía era una leyenda viviente del patinaje artístico. Al menos, al tratarse de dos personas en lugar de una, se parecía más a la danza sobre hielo que al patinaje artístico. Era un vals inesperado en pleno invierno.

John no tuvo más remedio que pegarse lo más posible a la otra persona para no tambalearse ni caerse. Después de moverse suavemente algunas vueltas más siguiendo el hábil liderazgo de Dylan, el mundo que giraba se detuvo en algún momento.

—Jaja. Tenga cuidado. No vaya a tumbarse otra vez entre mis piernas.

Aunque llevaba una chaqueta acolchada gruesa, un escalofrío le recorrió la espalda al escuchar la voz grave en su oído. Su broma sonó con un doble sentido.

Quizás consciente de que no era del tipo con mucho sentido del humor, John pensó que otras personas podrían haber interpretado su broma de manera diferente. En cambio, esta vez, respondió a la broma como si nada.

—Claro, si no me enseñas bien, eso podría pasar.

El hombro de Dylan no cedió más. Había girado la cuchilla del patín para frenar. John lo miró con cara de extrañeza, y vio su rostro esculpido, sin rastro de sonrisa. Sus ojos fríos recorrieron su cara.

John se preocupó, temiendo haber dicho algo inoportuno. Después de todo, incluso si se proponía no caerse, ya había dicho que se tumbaría, así que para un instructor podría parecer absurdo. John, avergonzado, se apresuró a añadir:

—No, claro que no lo haré.

Por alguna razón, Dylan frunció el ceño ante esas palabras.

—¿Nunca?

—Sí, nunca.

—Mmm.

Se frotó la barbilla con el dorso de la mano, luego se echó más atrás y extendió la mano.

—Nunca digas "nunca". Nunca se sabe lo que puede pasar en la vida.

Cuando John le tomó la mano, Dylan se puso de espaldas en la misma dirección que John.

—Bueno, entonces, ahora no te voy a sujetar como antes.

—¿Eh?

—¿Qué te parece si esta vez te sujetas con una sola mano?

Patinar uno al lado del otro era mucho más difícil de lo que John había imaginado.

Cuando Dylan patinaba delante y lo sujetaba, el centro de gravedad de John se inclinaba hacia él, permitiéndole avanzar con el impulso que Dylan le proporcionaba.

En una situación de emergencia, sabía que Dylan abriría los brazos y lo sujetaría, como hizo antes, para que no se lastimara y pudiera detenerse fácilmente. Tenía fe y confianza en Dylan.

Pero al patinar uno al lado del otro, no podía depender completamente de su instructor. El centro de gravedad inestable no dejaba de poner a John nervioso.

Aun así, Dylan lo miraba con una mirada de aprobación, viendo cómo se esforzaba por igualar su velocidad sin quejarse.

—Lo estás haciendo bien. Si sientes que tu cuerpo se inclina hacia adelante, acelera un poco más.

—Tengo miedo de caerme de nuevo.

—Si recuperas el equilibrio, puedes reducir la velocidad.

Mientras le aconsejaba, Dylan continuó patinando junto a John. Mantuvo los brazos extendidos hacia los lados para evitar que sus patines chocaran. Aunque le resultaba engorroso, insistía en la nueva posición.

—John, ¿sabes algo?

John esperó las palabras que seguirán, pero al ver que Dylan no decía nada, giró la cabeza para buscarlo. Dylan, a poca distancia, agitaba las manos en el aire.

—¿Eh? ¿Eh?

John giró la cabeza inmediatamente hacia el frente. La voz ligera de Dylan se escuchó, patinando libremente en círculos a su lado.

—Ya patinas bien solo, sin sujetarte. Muy bien hecho. ¿De verdad aprendes muy rápido?

—¿Qué dices?

John, con un tono de asombro, movió las piernas con todas sus fuerzas. De vez en cuando, cuando perdía el equilibrio, tenía que agitar los brazos como si aleteara, pero la velocidad era tan alta que no le quedaba más remedio que seguir adelante. Aún no sabía cómo detenerse con soltura. Después de avanzar unos metros más en ese estado, John abrió la boca.

—No, yo me rindo, me voy a rendir. Estoy exhausto. Ayúdame a parar, ¿sí?

—Inténtalo tú solo.

Dylan, como si lo estuviera molestando, dibujó una elegante "S" sobre la superficie blanca de la pista de hielo, bailando. Si no fuera por su gran tamaño, se podría haber adivinado que era alguien que había estudiado patinaje artístico durante mucho tiempo, no hockey.

—¿No puedes sujetarme? ¿Eh? Siento que me voy a caer.

—No tengas miedo. Lo estás haciendo bien.

—¡Dylan!

John gritó con urgencia, y justo entonces se escuchó el sonido de las cuchillas cortando el hielo. Dylan, que se había interpuesto, lo detuvo agarrándole el hombro, impidiendo que su cuerpo, tieso como un tronco, siguiera moviéndose. ¿Quizás había patinado demasiado? Los ojos de John, aterrorizados, estaban tan inyectados en sangre como sus mejillas enrojecidas.

—No, no puedo más. Me rindo.

Ante su declaración de rendición, pronunciada con dificultad entre jadeos, la expresión de Dylan, que había permanecido en silencio, se volvió seria. Con voz baja y tranquila, consoló a John.

—¿Es porque te estaba molestando? Lo siento. Pero no te rindas.

Su expresión cambió, como un tío consolando a su sobrino enfurruñado. John, aún sujetado por la muñeca por el hombre que no dejaba de intentar consolarlo, exclamó:

—No es eso… ¡Yo nunca corro! ¡Estoy muerto de cansancio!

—Ah…

Dylan soltó una carcajada.

—Es hora de mantenimiento. Por favor, salgan todos.

Justo a tiempo, se escuchó la orden del empleado. Dylan ayudó a un agotado Jo-on a salir por la puerta. Tan pronto como llegaron al banco, caminando a duras penas sobre la alfombra de goma, John se dejó caer.

Con solo un poco de patinaje, estaba completamente exhausto. Al ver a John, se podía apreciar lo rígido que se ponía el cuerpo cuando una persona estaba tensa. En el momento en que se relajaba, se volvía tan flexible como un invertebrado. El propio John se sorprendió de los drásticos cambios en sus músculos.

Al sentir el calor que emanaba de su cuerpo, se quitó rápidamente el abrigo, y el sudor le corrió por la espalda. Había hecho tanto ejercicio que su cuerpo humeaba y los músculos de sus piernas se contraían.

—Se va a resfriar así. Póngase esto.

Dylan, que estaba recogiendo su mochila, se detuvo y le volvió a poner el abrigo a John, que se le había resbalado del hombro. Luego, con habilidad, se quitó los patines. Se puso rápidamente sus botas de trabajo y se sentó en el suelo, colocando su mano sobre los patines de Jo-on.

—Está bien, yo lo haré.

—Desate el otro lado. Nos queda más por hacer.

—¿Más por hacer? ¿Qué más hay?

Como Dylan no le decía más, John se cambió en silencio a sus botas de nieve. Aunque llevaba zapatos planos sin cuchillas, seguía sintiendo que se resbalaría si daba un paso en falso. Su cuerpo, adaptado a la pista de hielo, solo recordaba la fricción del hielo. Era una sensación extraña.

John, después de quitar todo el hielo de las cuchillas y guardarlas en su mochila, miró a Dylan y se ajustó el gorro.

—¿Qué quiere decir con que nos queda más por hacer?

Dylan inclinó la cabeza, como si le preguntaran algo obvio.

—¿No vas a pagar la matrícula?

—…

Primero, Dylan no estaba sonriendo. Es decir, no parecía una broma. Realmente quería que le pagara la matrícula.

Segundo, Tyler había dicho que él era un profesional, probablemente un jugador. Si eso era cierto, su salario sería bastante alto. Si le había quitado el tiempo a una persona tan importante, la cantidad sería considerable incluso si se calculaba por horas.

Tercero, John era un ciudadano común que vivía de un salario. Considerando que un empleado con tres años de experiencia, recién salido de su etapa de novato, no tenía una situación económica muy holgada, si le pagaba la matrícula a Dylan, tendría que apretarse el cinturón el resto del mes.

—Yo… ¿Cuánto debería…? ¿En efectivo?

Después de su conflicto interno, John preguntó tímidamente por el precio, y Dylan rompió a reír con los ojos entrecerrados. Su risa, que le hizo agarrarse el estómago, atrajo las miradas de las personas que se cambiaban los patines a su alrededor. John, avergonzado, se bajó el gorro y se cubrió la boca con la bufanda.

—John, de verdad…

Dylan, que se secaba las lágrimas de los ojos mientras reía, terminó de reír a carcajadas y se enderezó. Incluso sin patines, era una cabeza más alto que John.

—Qué lindo. Tan peculiar que me recuerda a Lucas.

—¿Quién?

—Mi sobrino. Aunque solo tiene cinco años.

—¿Qué? Sobrino…

¿Estaba diciendo que se parecía a un niño de cinco años? Justo cuando iba a protestar indignado, Dylan le giró el hombro a John y lo empujó por la espalda.

—¡Vamos! A cobrar la matrícula.

Mientras caminaban juntos por la carretera principal, el sonido de sus pasos resonó suavemente. Los pequeños edificios residenciales, adornados con renos, Papá Noel en trineo, figuras de Jesús en el pesebre y envueltos en cálidas luces navideñas, se extendían a lo largo de la calle.

Había casas construidas con ladrillos rojos, típicas de los cuentos de hadas, y también casas con tablas de madera blancas que parecían volar con el viento.

Últimamente, también habían surgido bastantes casas modernas construidas con marcos rectangulares, que recuperaban un sentido contemporáneo. Pasaron por un bloque de casas adosadas idénticas y llegaron a una carretera principal.

—¿Adónde vamos?

—Ya llegamos. El estudiante primero.

Dylan abrió la puerta y, sujetándola, señaló el interior con un movimiento de cabeza. El lugar al que llevó a John era Tim Hortons. Aunque era una cafetería representativa de Canadá, su precio excesivamente bajo era tanto una ventaja como una desventaja. En esta época del año, los indigentes, huyendo del frío, a menudo extendían vasos de papel de Tim Hortons pidiendo dinero. Sin embargo, al ser tarde, el local estaba bastante tranquilo.

—¿Qué quiere beber? A mi sobrino le gusta el chocolate caliente. Los bebés, una vez que prueban algo dulce, no pueden dejarlo.

—Un momento.

Sin darse cuenta de que lo habían comparado con su sobrino de cinco años, John se dio la vuelta y agarró el brazo de Dylan. Miró fijamente el menú y luego bajó la cabeza.

—Si el precio de la clase al que se refería Dylan era esto, al menos deberíamos ir a otra cafetería en lugar de aquí…

—Por aquí solo hay esto. Y para mí es suficiente. Date prisa. Voy a tomar lo mismo que John, así que elige mi menú.

Dylan empujó a John hacia el mostrador y él mismo fue a buscar una mesa para sentarse.

John, sintiéndose culpable por pagar una matrícula cara con una bebida tan barata, pidió un tamaño grande y añadió una caja de diez Tim Hortons de varios sabores. Aun así, el precio no superó los diez dólares. Era una recompensa insignificante para una clase impartida por un jugador profesional.

Mientras regresaba con la bebida y la caja de Tim Hortons, una mano apareció por detrás y le arrebató el vaso.

—Yo lo llevo, siéntate. ¿Compraste Tim Hortons?

—Sí. Para que te los lleves a casa.

—Si es así, comámoslos juntos.

—Estoy bien. De todos modos, iré a casa a cenar…

—Yo también.

John miró el reloj y murmuró:

[—Ah, cierto.]

Eran apenas las siete. Como había dicho que la casa de sus padres estaba cerca, él también podría cenar en casa por separado. Se sintió mal porque los Tim Hortons que había comprado con tanto esfuerzo se habían convertido en un estorbo.

—Entonces, ¿qué tal si los llevas para desayunar mañana?

Al extender la caja de Tim Hortons y levantar la cabeza, sus ojos se encontraron con los de Dylan. Él lo miraba atentamente, apoyando la barbilla en la mano.

—…¿Por qué?

—Lo que acabas de decir, ¿qué significa?

Dylan imitó la pronunciación de John. Era un murmullo que había dicho en coreano.

—¿Lo dijiste así, verdad?

Su expresión era seria, pero a John le sonó muy lindo. John, sin darse cuenta, se rió y le explicó el significado de "geureochi", y Dylan movió los labios con entusiasmo, imitándolo.

—Ajá… "Geurochi".

—Sí, así es. Lo haces bien

—¿En serio? Parece que tengo talento. Dime algo más. ¿No hay insultos que pueda decirles a los que me molestan durante el partido?

—¿Eh? Eso es un poco…

Mientras conversaban sin mucha importancia, la caja de Tim Hortons se vació en poco tiempo. Se habían comido uno por uno sin darse cuenta. Dylan, al darse cuenta tarde, también se rio con asombro.

—Al final, lo comimos todo.

—Así parece. La cena de hoy se ha echado a perder. Las donas y el chocolate caliente son demasiado dulces, no podré comer nada más cuando llegue a casa. Menos mal que no tengo que cocinar.

John, avergonzado por la taza vacía, se apresuró a cerrar la tapa. Lamentó un poco haber resuelto la cena de forma tan chapucera, pero al menos no tuvo que preocuparse por qué preparar para cenar.

—A mí me gustó. Gracias, John.

—De nada. Debí haberte invitado a algo mejor como pago por las clases… ¿Qué tal si te invito a cenar la próxima vez?

—¿Cena?

Dylan se pasó la lengua por los labios, que aún conservaban un toque dulce. Sabía a donas y chocolate caliente, con mucho azúcar.

—Mmm, eso suena como una cita.

Ante la broma de Dylan, John lo miró con extrañeza y luego agitó la mano.

—No, bueno, el almuerzo también está bien.

Al decirlo, se dio cuenta de que tampoco era eso, así que, avergonzado, dijo:

—Solo… quise decir que quería ofrecerle una mejor recompensa como a un entrenador…

Dylan, con una expresión despreocupada, recogió los vasos de papel vacíos.

—Quizás la próxima vez.

Después de deshacerse de la basura, los dos salieron y caminaron hasta el condominio de John, no lejos de Tim Hortons. John, que había estado sumido en sus pensamientos durante mucho tiempo, de repente se detuvo, y Dylan, a unos pocos pasos, se dio la vuelta.

—¿Qué pasa?

—Oye, pero ¿tendremos otra clase?

Dylan no respondió de inmediato, guardando silencio y limitándose a sonreír. Aunque por fuera parecía tranquilo, por dentro estaba ocupado tratando de entender las intenciones de la otra persona. Era un saludo casual que había dado inconscientemente por costumbre, pero si su mención específica era intencional, la otra persona no era tan simple.

—Dylan, ese día, ¿por qué me ayudaste? Debió haberte parecido molesto.

La mirada de Dylan bajó lentamente desde la mejilla de John. Aunque John tenía un aspecto juvenil, definitivamente no era un niño. No era ingenuo, sino más bien desconfiado. Eludir la respuesta no le funcionaría.

Al principio, solo lo había ayudado pensando que era un estudiante joven, y después, independientemente de que fuera un oficinista, le había echado una mano porque era un principiante. De todos modos, ese día sentía tanta inquietud que habría enloquecido si no hubiera hecho algo.

Hoy, se había divertido al encontrarse de nuevo con la conexión que creyó perdida. Además, no le perjudicaba en absoluto. Y eso, más que molesto, fue bastante divertido.

—Un jugador debe estar ocupado. La temporada de hockey es en esta época del año. Ah, hace poco, fuimos todos juntos de la empresa a ver un partido. Aunque no sé en qué liga juega Dylan.

Dylan se acercó un paso y le subió la correa de la mochila a John, que estaba a punto de resbalarle del hombro.

—Estoy lesionado. Por eso no puedo jugar partidos por el momento.

Al escuchar la palabra "lesión", John recordó a Tyler, quien tuvo que dejar el deporte después de haber ganado un trofeo de campeonato. Cuán dolorosa debe ser la frustración de tener que dejar un

equipo que llenaba la juventud ardiente de los dieciocho años de sueños, por causas ajenas a su voluntad. Para un jugador, una lesión era como una experiencia que nunca debería ocurrir.

Dylan, sobre el hielo, parecía tan libre como un pájaro con alas, que John no se dio cuenta de nada. Para un jugador profesional, una lesión, y la realidad de no poder jugar debido a ella, sería frustrante y desalentadora, pero la voz del otro era tranquila, como si no fuera gran cosa. John bajó la mirada de su rostro sombrío.

—No lo sabía. Lo siento.

Dylan, inconscientemente, levantó la mano sobre la cabeza de John, que estaba cabizbajo, y luego la bajó en silencio. Tenía la costumbre de tratar a Lucas, grabada en su cuerpo. Pero Lucas y John, aparte de sus ojos de color marrón claro, no se parecían en absoluto en cuanto a su personalidad.

'Entonces, ¿se parece a Mac, no a Lucas?'

Mientras Dylan pensaba en el adorable perro grande de sus padres, John preguntó con cara de asombro:

—¿Dylan?

—¿Sí?

—Perdón, ¿dónde se lesionó?

John lanzó una pregunta algo delicada y luego observó su reacción. Dylan dudó, luego agarró el brazo de John y lo atrajo hacia sí. Aceleró el paso mientras decía:

—Eso, en la próxima lección.

John no tenía intención de ahondar en un tema del que el otro no quería hablar, así que lo siguió de buena gana.

—Aquí es. Mi condominio.

Cuando llegaron a la entrada del alto edificio, John fue el primero en detenerse.

—Qué buen edificio. ¿Vive solo?

—Sí.

—Ya veo.

Murmuró Dylan, y con el dedo señaló hacia adelante. Era el camino a la estación de metro.

—Yo voy por allí. La casa de mis padres está por ahí. Y mi condominio está al lado de la arena.

La arena era el estadio ubicado justo al lado del edificio de la empresa de John. Cuando había partidos de baloncesto de los Toronto Tyrannosaurus, se encendían luces rojas, y cuando había

partidos de hockey de los Polar Bears, se encendían luces azules. Junto con estos dos equipos, también albergaba un equipo de la AHL y un equipo de lacrosse, siendo uno de los grandes símbolos del centro.

Desde la ventana de la sala de descanso, se podía ver claramente el cartel del estadio, por lo que incluso John, que no estaba interesado en los deportes, a veces comprobaba el color de las luces.

Esto se debía a que era perfecto para usar como tema de conversación informal con otros empleados, especialmente con los jefes a los que les gustaban los deportes, para saber qué partido había ese día. Los fanáticos del deporte, con solo mencionarles qué partido había, se ponían a hablar sin parar de sus estrategias y récords.

Además, el estadio local de los Bluebirds, un equipo de la Major League Baseball, no estaba lejos, lo que significaba que los empleados estaban muy interesados en cualquier deporte. Cuando el equipo de baloncesto ganó la liga, los empleados se sentaron en la ventana y vieron el partido transmitido en la pantalla gigante.

Si su condominio estaba al lado, estaría a solo 3 minutos a pie de la empresa de Jo-on.

—Está cerca de la empresa donde trabajo. Justo al frente.

—Entonces, nos podremos encontrar en el centro también.

Dylan hizo una expresión de alegría. Habían patinado juntos durante más de dos horas y aún no sabían mucho el uno del otro. En el momento en que se dio cuenta de eso, Dylan reconsideró su actitud ambigua hasta el momento y decidió fijar una dirección clara.

Sacó su teléfono del bolsillo y se lo tendió a John.

—¿Me das tu número? No hay garantía de que volvamos a tener una coincidencia como la de hoy.

—Ah… Está bien.

John, dudando, introdujo su número en el teléfono de Dylan y lo llamó para dejar su número en su propio teléfono. Dylan guardó el nombre de John y preguntó:

—John.

—¿Sí?

—¿Este es tu nombre real?

Dylan finalmente hizo la pregunta que se había estado muriendo por hacer desde la primera vez que escuchó el nombre de John. John, con una expresión de comprensión, negó con la cabeza.

—No. Mi nombre real es Jo-on. Song Jo-on.

—Song Jo-on.

Dylan murmuró.

—Así que por eso te llamas John.

—Sí. Bueno, es parecido.

—Yo soy Dylan Maclean.

Dylan le deletreó su nombre a John para que pudiera entenderlo de inmediato.

—Gracias. Lo guardaré así, John.

Jo-on, Jo-on.

Dylan, que repitió para sí mismo esas palabras molestas varias veces, guardó el número y miró fijamente la pantalla. No sabía por qué, pero su expresión parecía bastante satisfecha.

—Muy bien, John. Hoy te has esforzado mucho.

—Gracias. Tú también te esforzaste, Dylan.

—Duerme bien y ten dulces sueños. Te llamo después. Adiós.

Dylan agitó el teléfono para despedirse, y John, parpadeando, le agitó la mano torpemente. Dylan retrocedió sigilosamente, observó a John entrar en el condominio y luego se dio la vuelta.

Mientras caminaba apresuradamente por la zona residencial, de repente se detuvo y se despeinó salvajemente la cabeza.

—¿Duerme bien? ¿Ten dulces sueños? ¿Te llamo?

Esto, por mucho que lo pensara, sonaba como un comentario que se haría en una primera cita. Sin embargo, John tenía una expresión tan ingenua que no se dio cuenta de que podría sonar como una frase de ligue. A menos que fuera un actor astuto que se había tragado al diablo.

Dylan apostó a que era tan insensible que era más ingenuo que Lucas, de cinco años.

Todo esto era culpa de John, que fue el primero en hacer una insinuación involuntaria, al decir que lo invitaría a cenar. Desde el momento en que se dio cuenta de eso, fue como si se hubiera encendido un interruptor y sus pensamientos se desviaran constantemente en otra dirección.

—Es un hombre.

Sin embargo, aunque se arrepintiera, las palabras ya dichas no podían retractarse.

Era una soleada mañana de domingo de diciembre, con una luz tenue y tibia que caía sobre las calles como la sombra de una chimenea.

Cuando los ojos aún soñolientos de Jo-on se dirigieron hacia la ventana, la nieve acumulada en la barandilla del balcón se derretía, goteando agua fría como carámbanos en primavera.

Jo-on echó un vistazo al suelo mojado y levantó la cabeza hacia el cielo azul sin una sola nube. Era una mañana tranquila, sin el sonido habitual de una bocina. Al ser un fin de semana tranquilo, no había prisa por levantarse y holgazanear en la cama.

Era un día sin el perro del vecino ladrando mientras persigue ardillas, sin nadie regañándole para que se levantara a desayunar, y sin planes de compras de regalos de Navidad. Era un día cualquiera, de los muchos que pasaban igual.

Jo-on, con los ojos aún soñolientos, parpadeó y empezó a contar mentalmente las tareas pendientes.

Murmuró sobre cosas que comprar y cosas que hacer, y luego el fuerte sonido de una alarma lo hizo levantarse de un salto. Bostezó ruidosamente y miró el reloj: aún era temprano.

La casa de Jo-on no tenía muchas pertenencias, solo los muebles esenciales. Por eso, no se sentía mucha calidez hogareña.

En el dormitorio, solo había una cama tamaño *queen* y una pequeña cómoda que servía de mesita de noche. En la sala de estar, solo había un sofá cama para invitados que nunca se había usado para su propósito original y una lámpara de pie. Y como la casa ya tenía una barra americana incorporada, ni siquiera había un juego de comedor. En su lugar, había dos taburetes de segunda mano que había comprado por veinte dólares el juego.

Cuadros, alfombras, vajillas bonitas, eran lujos. Tampoco tenía un carácter tan delicado como para decorar su casa con esas cosas.

Quizás porque vivía a un precio asequible sin declarar impuestos, tenía una ansiedad constante de que en cualquier momento podría tener que mudarse de repente. Hoy en día, en cualquier lugar, el propietario siempre tiene la sartén por el mango. Y más aún si las condiciones eran buenas.

Por eso, Jo-on se esforzaba por reducir su mundo, a pesar de tener un espacio amplio. Para que, en cualquier momento que tuviera que dejar esa casa, no fuera difícil.

Como una semilla de flor que deambula por el desierto sin un lugar donde echar raíces, había estado vagando de una casa a otra durante siete años.

Solo había estado protegido por adultos y el sistema hasta que fue menor de edad. Después de eso, para obtener su título universitario, contrajo una enorme deuda de préstamos estudiantiles y pasó de dormitorio en dormitorio y de habitación en habitación subterránea con alquiler mensual. Solo salir de la oscuridad a la luz era un logro milagroso para Jo-on.

Paradójicamente, las personas dudan más de la felicidad que de la infelicidad. Cuando la mala suerte los encuentra, la aceptan de buen grado, diciendo: "Ya lo sabía", pero cuando la buena fortuna continúa, se sienten ansiosos y temerosos, como si una gran conspiración se escondiera detrás.

Con la excusa de que no hay nada más vano y efímero que perder lo que se tiene en la mano, la actitud de preferir una vida sin tener nada desde el principio es el producto del pesimismo y el derrotismo. Cualquiera que haya caído en la desesperación por esperar la buena fortuna, cae en ese abismo.

Por eso, a pesar de llevar tres años trabajando en una empresa estable, Jo-on todavía sentía inconscientemente ansiedad y preocupación, a menudo pensando: "¿Me despedirán del trabajo mañana mismo?" o "¿Terminará de repente este período de paz?".

Afortunadamente, hoy no era un día en que la negación y la apatía devoraran su alma. Esto se debía a que le dolían las articulaciones como a un anciano, tanto que no tenía tiempo para esas emociones.

Quizás había ejercido demasiada fuerza en las piernas para mantener el equilibrio mientras patinaba, ya que le dolían los tobillos y las pantorrillas. Los músculos de la espalda, que habían estado rígidos todo el tiempo, también le tiraban mucho.

Jo-on se levantó quejándose y, después de revisar discretamente su teléfono, que no tenía ninguna notificación, abrió el armario empotrado junto a la puerta de entrada y sacó la aspiradora. Era el momento de reponer la energía, la limpieza y los alimentos que había gastado durante la semana para recuperar sus fuerzas.

La pesada puerta principal de la catedral, de estilo antiguo y hecha de madera, se abrió y un grupo de personas que habían terminado la misa dominical se derramó por la calle.

Jo-on, ignorándolos mientras se dirigían directamente a Tim Hortons al otro lado de la calle para comprar café y donas para el desayuno, entró en el edificio del condominio con una gran bolsa de comestibles al hombro. Dentro de la bolsa había suficiente comida para un tiempo.

Primero llenó el refrigerador y luego, de pie aturdido frente a la encimera, sujetando el tobillo de su alma que intentaba escapar, encendió las noticias en su computadora portátil y se dispuso a preparar la comida.

Cortó la ensalada en trozos del tamaño adecuado para su gusto y la puso en un tazón, y luego colocó un trozo de carne desangrada en la sartén. Mientras esperaba, sus ojos aburridos se posaron en la pantalla de la computadora portátil.

—Como pueden ver, el Distrito Distillery, como siempre, ha abierto su mercado navideño este año. Las entradas son…

Una reportera con el pelo castaño rizado y un gorro de lana estaba de pie en una calle llena de gente, transmitiendo el ambiente festivo. En la pantalla, que pasaba fugazmente, se mostraban momentos felices de amigos, parejas y familias frente a un gigantesco árbol de Navidad.

Los ojos de Jo-on, que observaba la escena con indiferencia, se dirigieron a la pantalla de pronóstico del tiempo dividida en la parte superior derecha. Debajo del letrero de "Lunes", apareció de nuevo un dibujo de nieve.

—Otra vez nieve.

Qué horrible, qué horrible.

Murmuró para sí mismo y suspiró, mientras la presentadora de noticias comenzaba a informar sobre un tiroteo ocurrido en el centro de la ciudad. El incidente había ocurrido en un barrio no muy lejos de la plaza Dundas, donde Jo-on había comprado sus patines.

Como era bien sabido que la seguridad no era muy buena hacia el este, la noticia no le sorprendió.

De repente, un subtítulo que pasaba por la parte inferior de la pantalla llamó su atención. Eran letras familiares que aparecían juntas.

Osos polares.

Dylan Maclean.

Excluido de la lista por protocolo de conmoción cerebral.

—…¿Conmoción cerebral?

En el momento en que vio la última palabra, el murmullo de fondo se detuvo y solo se escuchó la voz de la presentadora de noticias.

Cuando le preguntó qué tipo de lesión había sufrido, Dylan lo evadió diciendo que se lo diría la próxima vez que se vieran, así que Jo-on no insistió. Jo-on, que no veía ninguna herida externa, no se dio cuenta de la gravedad y lo tomó a la ligera. Pero una conmoción cerebral es una lesión interna que puede tener consecuencias más graves.

Antes de sorprenderse de que su equipo fuera nada menos que los Polar Bears, un equipo de la liga superior, le preocupó la noticia.

No fue difícil averiguar los detalles de la lesión. Solo con buscar su nombre en Internet, aparecieron artículos y videos relacionados.

Una avalancha de información salió a la luz, tanto que parecía ridículo que Jo-on no lo hubiera sabido antes. Incluso al escribir solo "Dylan", la barra de búsqueda autocompletó el nombre de Dylan Maclean. Como si todo el mundo, excepto Jo-on, lo conociera.

El rostro de Jo-on se fue palideciendo gradualmente mientras leía el titular superior. Antes de que pudiera hacer clic, se reprodujo el video del momento destacado del partido en el que Dylan se lesionó.

Era un video de un feroz enfrentamiento cerca de la línea azul, después de que Dylan, que avanzaba rápidamente con el *puck*, se enredara con un jugador del equipo contrario que intentaba obstaculizarlo con su palo. Tras perder el equilibrio y tambalearse, un jugador del equipo contrario, que había acelerado furiosamente hacia la cabeza de Dylan, chocó con él con fuerza.

Desafortunadamente, la distancia a la pared desde el punto de colisión era corta, y Dylan se golpeó contra ella una vez más, sufriendo un segundo impacto y cayendo completamente. El casco azul salió volando como una hoja mecidas por la brisa y rodó sobre el hielo. La cara esculpida de Dylan, distorsionada por el dolor, fue capturada por la cámara a continuación.

Inmediatamente después del choque, se declaró un *power play* de 5 minutos como penalización para el equipo contrario. El equipo de Dylan aprovechó la superioridad numérica para marcar y ganar el partido.

Sin embargo, Dylan no pudo volver a la pista. El jugador que provocó la colisión deliberada solo fue suspendido por cinco partidos. Por eso, en los comentarios solo quedaban las frías críticas de los aficionados, que ya habían pasado como una tormenta.

Aunque se hubiera impuesto un castigo más severo, como una suspensión de más de cinco partidos, los aficionados nunca habrían quedado satisfechos. Por mucho que un *power play* llevara al equipo a la victoria, la emoción de una victoria momentánea se podía disfrutar docenas de veces durante la temporada, pero el valor de un delantero talentoso que era el eje del equipo era inconmensurablemente más valioso que esas cosas insignificantes.

Dylan, que había contribuido significativamente a las victorias iniciales del equipo desde que comenzó la temporada en octubre, fue retirado de la lista debido al protocolo de conmoción cerebral. Y después de un examen exhaustivo, se tomó un descanso repentino dos meses después del inicio de la liga. Eso fue hace apenas dos semanas.

Si no hubiera sido por la lesión, nunca lo habría encontrado por casualidad en la pista de patinaje pública. Hubiera sido mejor que así fuera.

Saber que el contenido que le iba a revelar en la próxima clase era esto… Aunque su curiosidad había sido satisfecha, no se sentía nada feliz. No era el tipo de preparación que había deseado. Solo recordar la escena del choque le hacía fruncir el ceño.

El Dylan de la foto, a diferencia del que había visto en persona, no tenía una expresión alegre. ¿Quizás porque no sonreía como de costumbre? Sus ojos azules, como el Mar Ártico con un glaciar, parecían más fríos e imponentes de lo habitual. Como si quisiera dominar la situación como centrodelantero, sus ojos directamente abiertos transmitían confianza y arrogancia.

Jo-on se preguntó cómo sería su verdadera forma.

Su verdadero rostro, oculto detrás de una máscara dura, era simplemente un joven que amaba el hielo con inocencia, con la picardía de un niño y que se volvía serio solo cuando examinaba la pista. Tanto, que salía a patinar en secreto a pesar de haber sido diagnosticado con una lesión que le impedía jugar.

Mientras investigaba cuán frecuentes eran las lesiones durante los partidos, encontró un artículo sobre un jugador que tuvo que recibir 90 puntos de sutura en la cara después de ser golpeado por una cuchilla de patín. Solo después de leer esa terrible historia, Jo-on dejó de buscar.

Era un accidente desafortunado y poco común. Afortunadamente, tampoco perdió la vida.

Pero los accidentes ocurren sin previo aviso, y uno nunca sabe a quién le tocará. Como la desafortunada lesión que sufrió Tyler.

—¿De verdad era un deporte peligroso?

Y aún así, había gente que se obsesionaba con el. Le dio curiosidad qué era lo que los volvía tan locos. Le resultó sofocante esa ridícula y pura pasión por el hielo, que los llevaba a buscar pistas de patinaje en lugar de descansar cómodamente en casa.

Para Jo-on, que nunca se había obsesionado tanto con algo en su vida, era aún más incomprensible.

Ahora, le tenía curiosidad. Quería preguntarle cómo estaba su cuerpo y qué estaba pensando.

Sin embargo, el teléfono no sonó durante el fin de semana.

3.

La reunión anual del ayuntamiento de este año, al igual que la del año pasado, se celebraría en una sala de eventos en el Distrito Histórico de la Destilería, ubicado en el sureste del centro. Era el barrio donde se celebraba el mercado navideño cada año.

Como se ofrecía cena, el evento estaba programado para la tarde. Los empleados, que ya estaban contagiados del relajado ambiente de fin de año, terminaron sus tareas antes de lo habitual y se prepararon para salir de la oficina en pequeños grupos.

El Distrito Histórico de la Destilería, que había transformado antiguos edificios de fábricas de cerveza en tiendas minoristas y cafés para atraer turistas, estaba construido con ladrillos rojos desde los edificios hasta las calles.

El paisaje, donde las carrozas encajaban mejor que los coches y donde las luces incandescentes rojizas o las velas eran más apropiadas que las luces LED, había conservado el tiempo de hace 150 años, estimulando la nostalgia por un pasado nunca vivido.

Como era un lugar famoso por el turismo, las expresiones de los empleados que lo visitaban por primera vez estaban llenas de expectación.

—¿Hay alguien que no sepa el camino? Vayamos juntos para no perdernos.

Peter, el jefe de equipo, dijo, haciendo contacto visual con cada persona. Entre ellos estaba Jo-on, y de los ojos penetrantes de Peter, con sus párpados dobles, se desprendía una preocupación innecesaria. Temía que se perdieran y llegaran tarde.

—Lo sé. Este año no tomaré el autobús equivocado.

Jo-on, quien había llegado tarde el año pasado por tomar el autobús equivocado, se exasperó sin querer, enfatizando que no se había perdido. Peter soltó su característica carcajada amigable.

—Si John lo sabe, nuestro equipo no tendrá problemas. Vámonos.

Como era raro que alguien que viviera en Toronto no hubiera visitado nunca el Distrito de la Destilería, los empleados se apresuraron a caminar sin esperar a nadie. El mercado navideño, que se celebraba justo en la entrada del evento, estaba a punto de llenarse de gente. El interés de ellos estaba más en visitar el mercado que en la reunión del ayuntamiento organizada por la empresa.

El Mercado Navideño, que comenzaba a finales de noviembre y se extendía hasta fin de año, requería la compra de entradas si se visitaba un viernes o durante las tardes de fin de semana, mientras que durante la semana se abría gratuitamente. Era uno de esos eventos que ni los turistas ni los ciudadanos querían perderse.

En el gran callejón, había un letrero luminoso con la cuenta regresiva de los días para Navidad, y en la plaza con la torre del reloj, se alzaba un árbol gigante. Al caer la noche y encenderse las luces, el lugar se llenaba de gente que quería tomar fotos, sin espacio para moverse.

Para evitar la multitud, la gente intentaba refugiarse en los callejones que se extendían como telarañas, pero una vez que te arrastraban, a menudo terminabas en un callejón tranquilo al final del mercado.

Aun así, casi un millón de visitantes acudían cada año. Era un esfuerzo por vencer la desolación y la melancolía que el inacabable invierno canadiense trae con la vivacidad de un festival.

Jo-on había visitado el lugar varias veces y recordaba perfectamente el camino. Si salía de la estación Union por la entrada principal y caminaba una cuadra hacia el este, encontraría una parada de autobús. Los autobuses que iban cerca del Distrito de la Destilería pasaban por allí. Si no, también podía caminar hasta King Street y tomar el tranvía.

En lugar de elegir meticulosamente el camino, Jo-on decidió este año dejarse llevar por sus compañeros de trabajo. Ellos optaron por caminar por el pasaje subterráneo hasta King Street y tomar el tranvía.

El pasaje subterráneo estaba repleto de tiendas de ropa, accesorios y agencias de telefonía. Jo-on, que revisaba con ojos vacíos los carteles que anunciaban descuentos con llamativas letras rojas, de repente se detuvo.

Frente a una tienda de telecomunicaciones, una de las patrocinadoras del equipo de hockey y que acaparaba una de sus vitrinas, había un póster enorme, y en él estaba una cara muy familiar.

Tyler, que había notado a Jo-on rezagado del grupo, se acercó silenciosamente. Cuando Jo-on levantó la cabeza al sentir su presencia, Tyler se acarició el bigote que había estado cultivando cuidadosamente desde el otoño y preguntó:

—Mmm, Dylan Maclean. Es un jugador indispensable para los Polar Bears.

—¿Tan grande es?

—Por supuesto. Kevin Matt en la primera línea es formidable, pero Dylan le tiene el ojo echado a ese puesto. Los fans incluso dicen que no hay mucha diferencia entre la primera y la segunda línea, y a mi parecer, tienen razón. El *power play* cuando juegan juntos es realmente… ¡Whoa! La sinergia es increíble. Ojalá jugaran en la misma línea.

—¿En serio?

—Por cierto, los jugadores más hábiles se colocan en la primera línea. Por eso, aunque las líneas se roten constantemente durante el partido, los jugadores de la primera línea tienen más tiempo de juego. Y es cuando se marcan más puntos, ¿sabes?

Jo-on no entendió ni la mitad de lo que decía Tyler, pero lo que sí entendió claramente era que Dylan era un gran jugador. Lo que decía era fiable, ya que llevaba mucho tiempo jugando al hockey.

—La fortaleza de Dylan es que todavía es muy joven. Pero en solo unos años desde su debut, su valor en el mercado ha aumentado enormemente, así que, considerando su potencial, es seguro que se convertirá en un jugador que dejará huella en la historia de los Polar Bears, o mejor dicho, de la NHL.

—¿Su valor en el mercado… ha subido tanto?

Jo-on, con cautela, volvió a preguntar sobre un tema tan delicado que no podía ignorarlo. La mirada de Tyler, que había captado su interés mundano, se tiñó de picardía, como burlándose de él.

—Oh, sí. Personas como nosotros ganamos cantidades de dinero que ni siquiera podríamos tocar en toda nuestra vida si no nos tocara la lotería.

Tyler, con una ceja levantada de forma peculiar, se giró para alcanzar al grupo que se alejaba. Luego, giró la cabeza hacia Jo-on y añadió:

—Ah, y eso es por año, por cierto.

Aunque no se puede medir el valor de una persona con dinero, la capacidad de los jugadores se cuantifica crudamente en cada momento que juegan, bajo el nombre de estadísticas, y se clasifica. Y esto se conecta con el valor del salario anual. No hace falta decir cuán grande sería la crítica dirigida a un jugador que se considera que no vale esa cantidad.

Por muy orientada al mérito y al rendimiento que sea la economía laboral, siempre hay cierto grado de flexibilidad, pero el mundo de los jugadores profesionales no era así.

Jo-on no podía ni siquiera imaginar lo pesada que debió ser la carga que soportó Dylan para sobrevivir en un mundo tan feroz, donde incluso su rendimiento en la infancia era examinado a fondo, hasta ascender a ser un miembro clave del equipo titular.

Sin embargo, Dylan, para ser alguien que había sobrevivido en una jungla brutal, parecía puro e ingenuo. Como un niño pequeño al que simplemente le gustaba moverse libremente sobre el hielo. Al recordar los ojos azules de Dylan, que se curvaban suavemente y se teñían de una luz cálida, una tenue sonrisa apareció en el rostro de Jo-on. En ese momento, su bolsillo vibró ligeramente.

En la pantalla apareció un nombre que no esperaba en absoluto. Era la persona que solo le había dicho que lo contactaría como una formalidad, pero que no lo había hecho ni una sola vez en varios días.

“Hola”

Jo-on le envió la misma respuesta a Dylan, que simplemente había enviado un “Hola”, y la pantalla mostró que estaba escribiendo, lo que significaba que también estaba mirando su teléfono.

“¿Has estado bien?”

“Más o menos. ¿Y tú, Dylan?”

“Yo también, más o menos.”

“¿Qué estabas haciendo?”

$Pensando en ti.”

Jo-on, sin pensarlo, le envió la respuesta tal cual, y luego exclamó:

—¡Loco!

Añadiendo lo siguiente:

“Te vi saliendo del trabajo.”

“¿Dónde estás ahora?”

Sin más remedio, Jo-on regresó por el camino que había recorrido, tomó una foto del póster y se la envió a Dylan.

“Ahora voy al Distrito de la Destilería.”

—¡John! ¡Tyler! ¡No se pierdan!

Desde lejos, Angie los llamó. Parecía preocupada de que se quedaran atrás.

—¡Ya voy!

—¡El tranvía llega en un minuto!

—¡Oh, vaya! ¡Corramos!

Jo-on y Tyler, que se habían demorado, se apresuraron a unirse al grupo. Justo cuando salieron del paso subterráneo y subieron a King Street, el semáforo cambió, así que tuvieron que apresurarse a subir al tranvía al otro lado de la calle.

—Casi lo perdemos.

—¿El momento fue perfecto, verdad?

—Perfecto. Aunque no quiero volver a experimentarlo. Últimamente mi cuerpo está pesado y no quiero correr.

Jo-on, apiñado con sus compañeros en un vagón, se dejó llevar por la conversación, sin darse cuenta de que su teléfono, guardado en el bolsillo, estaba vibrando.

Cuando se dio cuenta de que tenía una llamada perdida, ya había entrado en el lugar del evento. Jo-on pensó en dejarle un mensaje, pero al ver que no había recibido ningún mensaje después de la llamada perdida, volvió a meter el teléfono en el bolsillo de su abrigo.

—Un abrigo y una bolsa. Es el número 58.

—Gracias.

Jo-on recibió un pequeño número del personal del guardarropa en la entrada del lugar del evento y, al darse la vuelta, se frotó el brazo con la palma de la mano.

La sala de eventos parecía tener la calefacción al máximo, pero aún se sentía un frío penetrante. Esto se debía a que el calor no se había extendido por completo debido al techo alto, propio del estilo *loft*. El interior, sombrío y frío, que difícilmente ofrecía la calidez de un salón de banquetes de hotel, hacía que el frío se sintiera visualmente.

Jo-on, que miraba hacia el techo inmensamente alto, buscó un asiento. Afortunadamente, los miembros de su equipo estaban sentados juntos no muy lejos.

—Como era de esperar, todos en nuestro equipo son inteligentes. Eligieron la mesa más alejada de la entrada.

—Creo que hace el mismo frío.

—Aun así, es mejor que la entrada, ¿no?

Peter elogió a los miembros de su equipo y se sentó frente a Jo-on. Por un momento, una expresión de incomodidad cruzó el rostro de Jo-on, pero como cambiar de asiento de repente parecería que lo estaba evitando descaradamente, no tuvo más remedio que sentarse frente a Peter.

No es que le disgustara o le incomodara. Simplemente, tratar con un superior siempre era difícil, sin importar el país.

Poco después de que los casi doscientos empleados de la sede se sentaran, el evento comenzó puntualmente. Los ejecutivos salieron uno por uno para presentar los resultados del año.

—Como pueden ver en la pantalla, este año hemos logrado un 3.5% más de rendimiento en comparación con el objetivo establecido el año pasado, como se muestra en el gráfico. Todo gracias a su arduo trabajo. Por supuesto, algunas áreas se estancaron. Pero…

La mayoría de los datos que mostraron los ejecutivos fueron preparados por el departamento de gestión financiera de Jo-on. Las explicaciones adicionales no fueron muy diferentes de las que habían escrito los miembros del equipo. Jo-on, bostezando en secreto mientras escuchaba la presentación que le parecía aburrida, recordó tardíamente el teléfono que había guardado en el bolsillo de su abrigo.

¿Por qué Dylan lo había llamado antes? De repente, Jo-on quiso una respuesta clara a esa pregunta. A pesar de haber tenido varios días, Dylan nunca le había enviado un mensaje.

Al final de la larga y tediosa serie de presentaciones de los ejecutivos, el presentador volvió a tomar el micrófono.

—Bueno, ahora tenemos que preparar la cena. Parece que tienen que arreglar las mesas. Así que nos tomaremos un descanso de 30 minutos. Necesitamos desalojar el salón para facilitar la preparación. Les agradeceríamos que, mientras tanto, disfruten del mercado navideño y vuelvan a entrar en 30 minutos, cuando la cena esté lista. Por cierto, está nevando afuera, así que no olviden recoger sus abrigos.

Ante sus últimas palabras, la gente se puso pálida. ¿Echarlos a la calle en una noche de invierno con tormenta de nieve? Sin embargo, parecía inevitable para la preparación del evento.

—La salida es por aquí. Síganme. Tengan en cuenta que es diferente a la entrada.

Siguiendo las instrucciones del personal del evento, la gente salió por una puerta lateral y se encontró en medio del mercado navideño. Jo-on levantó la vista hacia los puros cristales blancos que comenzaban a caer del cielo nocturno.

Copos de nieve suaves como algodón se acumulaban sobre el gigantesco árbol en el centro de la plaza. A pesar del mal tiempo, las calles estaban repletas de gente que se agolpaba para tomar fotos, sin dar tregua al frío.

Jo-on se apartó un paso de la multitud y entró en un callejón trasero tranquilo donde se había colocado una señal de construcción. Tan pronto como sacó su teléfono, apoyándose en un edificio de ladrillo oscuro, llamó inmediatamente a Dylan. El tono de llamada se repitió durante mucho tiempo, pero Dylan no contestó.

Justo cuando estaba a punto de colgar, pensando que el momento podría haber sido inoportuno, el tono de llamada se interrumpió bruscamente. Jo-on revisó la pantalla, vio la indicación de que se había conectado y se apresuró a llevarse el teléfono a la oreja.

—¿Hola?

—¿John?

—¿Has estado bien?

—Así es. ¿Y tú?

Dylan respondió con un tono algo indiferente. Jo-on, sorprendido de que estuviera ocupado, se apresuró a responder. Pensó que sería mejor disculparse rápidamente.

—Yo también. ¿Me llamaste antes?

—No fue nada. Solo quería saludar.

—Ya veo. Estaba apurado y no pude contestar la llamada. Lo siento.

—Está bien. ¿Entonces puedes hablar ahora?

—Sí. Es un breve descanso.

Dylan se detuvo ante la respuesta de John y preguntó con un tono diferente:

—¿Un descanso? ¿No dijiste que ibas al mercado navideño? ¿Estás descansando mientras lo miras?

—Ah, no. La reunión del ayuntamiento se celebra aquí. El mercado navideño… hay demasiada gente para verlo.

Fuera del callejón donde Jo-on se escondía de la multitud, la gente seguía apiñada como en un metro en hora punta.

—... ¿Entonces fuiste con gente de la empresa? ¿No es una cita o algo así? ¿Estás solo ahora?

—¿Una cita?

Jo-on soltó una risa forzada ante esas palabras.

—Sí. Es solo trabajo de la empresa. El evento principal acaba de terminar y nos han echado a la calle diciendo que tienen que preparar la cena y que volvamos en 30 minutos, pero está nevando a cántaros. Ahora mismo estoy escondido en un callejón para protegerme de la nieve, pero podría morir congelado. En un día como este, deberíamos quedarnos en casa. Dylan, quédate en casa. No salgas, es peligroso.

Una risa baja se escuchó al otro lado del teléfono. Después de un largo silencio, preguntó:

—¿Dónde estás?

—¿Dónde? Bueno, no conozco bien este lugar. Solo un callejón. Veo el letrero de la cervecería… ¿Por qué?

—De hecho, yo también estoy cerca.

—¿En serio?

—Sí. Ya que tengo un descanso, y hace tiempo que no voy al mercado navideño. Además, solo está abierto hasta fin de año. Pensándolo bien, siempre coincide con la liga y creo que nunca lo he visto bien. No, en realidad podría verlo, pero no tenía razón para ir… porque hace mucho que no tengo una cita… Es decir, cuando vuelva al equipo, no tendré tiempo libre, así que pensé en echar un vistazo como los demás ahora mismo…

Dylan, que había estado dando excusas de todo tipo, de repente se detuvo y murmuró en voz baja una palabrota mezclada con un suspiro. Después de eso, hubo un largo silencio.

—¿Hola? ¿Dylan?

—Porque me dijiste que ibas para allá…

—... ¿Sí?

—Vine a verte.

Sin darle tiempo a distinguir si era una broma o en serio, conteniendo la respiración, Dylan añadió rápidamente:

—Dijiste que quedaban 30 minutos, ¿verdad? Úsalos conmigo. Nos vemos delante del árbol.

La llamada se cortó sin darle tiempo a responder.

Jo-on, todavía dudando, salió del callejón. Al unirse a Trinity Street, que conectaba con la pequeña plaza del reloj, vio la calle abarrotada de gente. A cada pocos pasos, chocaban los hombros y los empujaban por la espalda.

Mientras se abría paso entre la multitud, Jo-on no podía dejar de dudar. Mientras pensaba si Dylan realmente había venido hasta aquí para verlo, o si era solo una broma cruel, sin darse cuenta llegó frente al árbol, pasando por las luces que adornaban el cielo.

La zona frente al árbol estaba atestada de turistas absortos en tomar fotos. Jo-on levantó la cabeza entre la multitud. Debido a la tormenta de nieve, había muchas personas con gorros de lana y bufandas cubriéndose la cara, lo que hacía imposible identificarlas una por una. Como Dylan era una cabeza más alto que la mayoría, pensó que sería más rápido encontrar una silueta que sobresaliera entre la multitud.

Después de buscar durante un rato, no pudo encontrar la figura que parecía ser Dylan. Estaba a punto de fruncir el ceño y sacar su teléfono, pensando que tal vez le habían gastado una broma, cuando alguien se acercó sigilosamente por detrás de Jo-on y le susurró al oído:

—Aquí estoy.

Jo-on se encogió de hombros y giró la cabeza bruscamente, viendo a Dylan sonreír ampliamente mientras agitaba su mano enguantada en el aire.

—Dylan.

—Hola. Hay mucha gente, ¿verdad?

—Sí. Es normal en esta época. ¿Has estado bien?

—Como ves.

Dylan se encogió de hombros. A diferencia de cuando lo vio en la pista de patinaje, vestía un abrigo pulcro. Por lo que se vislumbraba debajo del abrigo, llevaba traje.

—Hoy luces muy bien. ¿Has ido a algún sitio?

Dylan, en lugar de responder a la pregunta de Jo-on, lo tomó del brazo y desvió la conversación, diciendo:

—Primero, salgamos de aquí un poco.

Por la forma en que se subía la bufanda para cubrirse la cara, parecía preocupado de que alguien lo reconociera. Su gran estatura y su cabello rubio ondeando al viento invernal, sin gorra, parecían suficientes para atraer las miradas de la gente. La combinación de sus ojos, nariz y boca, digna de una película, era algo que no necesitaba mención alguna.

Jo-on aceleró el paso para no quedarse atrás. En el momento en que salieron de la bulliciosa multitud, respiró aliviado. Sin embargo, dondequiera que fueran, las filas de personas que intentaban escapar de la nieve eran largas, y en las cafeterías con mesas, había que esperar al menos de 30 minutos a una hora.

A Jo-on le quedaban menos de 30 minutos, así que los dos pidieron dos vasos de vino caliente en un puesto callejero. Luego, para protegerse del viento, se apoyaron en la pared de un edificio en el callejón y tomaron un respiro. Era un trato ridículamente pobre para una estrella del deporte con un valor de mercado asombroso.

—¿Con esto será suficiente?

—¿Qué cosa?

Dylan, aunque no podía ignorar lo que quería decir, inclinó la cabeza y desvió la conversación.

—Está nevando mucho. Mira. Todos se han refugiado bajo los aleros para protegerse de la nieve. Qué bien que hemos conseguido este sitio rápido.

Jo-on miró fijamente a Dylan, que parloteaba como un cachorro emocionado por la nieve. Luego, preguntó en voz baja:

—¿De verdad viniste aquí por mí?

Dylan tomó un sorbo del fragante vino caliente humeante y giró la cabeza con una sonrisa suave. ¿Será porque se reflejaba la tormenta de nieve? Sus ojos azules brillaron hoy con un tono plateado.

—Oh, claro.

—No bromees. Lo pregunto en serio.

—¿Y qué cambia si lo es?

—Porque me siento mal. Si acaso te he confundido o algo así…

Dylan le puso la mano en el hombro a Jo-on y le dio unas palmaditas como para consolarlo.

—No me malinterpretes. No es eso. Simplemente, después de escuchar a John, me dieron ganas de ver el mercado después de mucho tiempo, y como estaba cerca, pensé que era una buena oportunidad.

—O sea… ¿aun así viniste por mí?

Cuando Jo-on levantó la vista hacia Dylan con una expresión de disculpa, Dylan, sin rastro de sonrisa, lo miró con una expresión indescifrable.

—¿Esperas que diga que sí? ¿O esperas que diga que no?

—Por supuesto que espero que no. Porque me sentiría mal.

—No tienes por qué sentirte mal. Yo vine aquí porque quise. No habíamos hecho ninguna promesa.

—……

Por alguna razón, Jo-on no pudo creer fácilmente la respuesta de Dylan. Algo seguía inquietándolo.

—Está bien. En realidad, vine para darte un regalo, John.

Dylan buscó en su bolsillo y sacó una bolsa de papel. Cuando la recibió y la abrió, encontró dos entradas con el logo de los Polar Bears impreso en grande.

—Dijiste que habías ido a ver un partido con tu empresa antes, ¿verdad? No pareces un fanático del hockey, pero pensé que tal vez te gustaría verlo, así que las conseguí.

Jo-on, entonces, recordó la vestimenta de Dylan y asintió.

—¿Así que hoy fuiste a trabajar?

Surgió la pregunta fundamental de si un atleta se vestiría de traje para ir a trabajar, pero como estaba lesionado y si era una oficina y no la arena, supuso que podría haberse vestido de forma presentable.

—Sí. También me hicieron pruebas.

Jo-on, sabiendo cuál era su lesión, se esforzó por mantener una expresión neutral para no mostrarlo.

—¿Ya salieron los resultados? ¿Ya te sientes mejor?

Dylan miró la hora y se encogió de hombros.

—Pronto me lo dirán. Pero estoy bien. Conozco bien mi cuerpo.

Al escuchar de boca de Dylan las palabras que sus abuelos, ya fallecidos, solían repetir como una costumbre, una preocupación innecesaria surgió en Jo-on. Había visto a muchas personas que, confiándose así, empeoraron su salud. Especialmente en Norteamérica, donde el acceso a los servicios médicos es más difícil.

—¿Pero no preguntas?

—¿Eh? ¿El qué?

—Dónde me duele.

Jo-on, con una expresión de sorpresa, dudó antes de responder:

—... Eso, lo vi en las noticias. No es que lo haya buscado.

—Ah.

Ese breve suspiro y el asintiendo con la cabeza contenían, por alguna razón, un dejo de amargura. Jo-on sintió una ansiedad inexplicable. Como si Dylan estuviera a punto de levantar un muro inquebrantable y darse la vuelta.

Si se alejaba así, de alguna manera sentía que nunca más lo volvería a ver. Jo-on, apresuradamente, cambió de tema con voz alegre.

—Muchas gracias por las entradas. Deben ser bastante caras…

—¿Con quién vas a ir?

Jo-on, que aún no había pensado en eso, hizo girar los ojos y se sumió en sus pensamientos.

Si fuera Tyler, a quien le gustaba el hockey, probablemente cancelaría cualquier plan previo para ir a ver el partido. Pero no era lo suficientemente cercano a él como para ir a un partido de hockey solo con él. Y tampoco podía venderle las entradas que le habían regalado.

—Pues... creo que a un compañero de trabajo le gustaría... ¿Lo viste? Tyler. Dijo que jugó hockey hasta la secundaria.

Mientras respondía con vacilación, los ojos de Dylan, que miraban a Jo-on, se enfriaron. Sorprendido por su rostro inexpresivo, Jo-on bajó la mirada y vio el pulgar de Dylan apuntando a su propio pecho.

Jo-on se dio cuenta de su significado y exclamó "¡Ah!" un momento después. Luego, soltó una risa avergonzada.

—No soy tan cercano a mi compañero como para ir a ver el partido solo con él. Así que, me gustaría que Dylan viniera conmigo. ¿Qué te parece?

—¿De verdad quieres ir conmigo? ¿En lugar de Tyler?

—No es "en lugar de". Simplemente no lo había pensado porque Dylan es un jugador. Habría sido incómodo ir solo con mi compañero.

Como si hubiera recibido la respuesta que deseaba, Dylan finalmente suavizó su rostro y rodeó el hombro de Jo-on con su brazo, acercándolo. Con una copa de alcohol en la mano, se sintió como si se hubieran vuelto amigos cercanos.

—Si John lo dice así, no me queda otra. Es el jueves, en casa, a las siete.

—... Sí. Pero, ¿un jugador, aunque esté lesionado y no juegue, realmente ve el partido de su propio equipo desde las gradas?

Jo-on preguntó con una leve sonrisa, y Dylan lo miró fijamente y respondió:

—Ni hablar.

Luego, le entregó las entradas a Jo-on y comprobó la hora.

—Vaya, se acabó el tiempo.

Murmuró mientras soltaba a Jo-on. Ya habían pasado los 30 minutos acordados mientras se vaciaban una copa de vino caliente.

—Nos vemos ese día.

—Sí.

Jo-on asintió aturdido ante el saludo, con los ojos fijos en los suyos.

—Entonces…

—Adiós.

—Buenas noches.

Jo-on, con una expresión avergonzada, volvió a mirar las entradas mientras Dylan se despedía sin remordimientos y se daba la vuelta.

Aunque el partido estaba programado para dos días después, el hecho de que Dylan hubiera venido hasta aquí solo para entregárselas le hacía sentir agradecido y al mismo tiempo abrumado. A

diferencia de Dylan, que se acercaba fácilmente a los desconocidos, la personalidad de Jo-on no era así.

Su apariencia sociable era completamente artificial.

Para mantener relaciones interpersonales fluidas, para no ser un marginado aunque no fuera parte de la corriente principal, para mantener una distancia adecuada sin ser excluido de la vida grupal.

La mentalidad de Jo-on era mantener las relaciones existentes para que no se desmoronaran. Era de un tipo completamente diferente a Dylan, que creaba relaciones donde no las había. Jo-on sabía que, sin importar lo que recibiera de él, nunca podría devolverle lo mismo.

Hay un equilibrio en las relaciones humanas. El *toma y daca*. Es la psicología humana la que se satisface cuando se recibe tanto como se da. Habrá quienes sean malos para esos cálculos, pero Jo-on no era así.

Entonces, ¿qué debía darle a Dylan? Él vivía en un mundo diferente al de Jo-on.

Por un momento, Jo-on se sintió patético y desagradable por empezar a hacer cálculos mezquinos incluso con un regalo de Dylan.

Las entradas, guardadas en el bolsillo interior de su chaqueta, lo oprimían pesadamente. Jo-on se esforzó por ignorar el peso de la carga sobre su pecho y entró al salón de eventos con una máscara.

La arena donde juegan los Polar Bears se encuentra al sur de la estación Union.

La estación era un lugar por donde pasaban diversos medios de transporte como metro, tranvía, tren y autobús. Debido a las constantes obras y remodelaciones, la estación tenía una estructura algo complicada. Era fácil perderse si uno no estaba familiarizado con el lugar.

Jo-on ayudó a algunos turistas que andaban perdidos cerca de la arena y, al darse cuenta de que se había retrasado un poco, aceleró el paso.

En realidad, no había necesidad de apresurarse. La noche anterior, para su decepción, había recibido un mensaje de Dylan diciendo que sería difícil ver el partido juntos.

—Los resultados de mis exámenes fueron buenos y me han puesto en la lista de jugadores. Podría volver a jugar mañana. Lo siento por no poder verlo contigo.

Se pasó todo el día pensando a quién le daría la entrada que había quedado sin dueño. ¿Debería decírselo a Tyler? Quizás se negaría por lo repentino, pero si no tenía planes, iría gustosamente a ver el partido con él.

Sin embargo, Jo-on finalmente llegó a la conclusión de que sería mejor dejar el asiento de al lado vacío. La cara de Dylan, cuando le preguntó con quién iría y mencionó a Tyler, seguía apareciendo extrañamente en su mente, mostrando su descontento. Como un niño celoso porque su amigo era más cercano a otro.

‘A pesar de las apariencias, ¿no tendrá amigos?’

No era tan tonto como para imaginar algo tan absurdo. Como jugador profesional, seguramente tenía muchos conocidos interesados en el hockey, y las entradas sobrantes se las podía dar a cualquiera. Familiares, amigos, compañeros mayores o menores, o simplemente conocidos.

Jo-on probablemente entraría en la categoría de conocidos. Todavía no se conocían lo suficiente como para llamarse "amigos".

Pero el hecho de que de tantas personas, Dylan hubiera pensado primero en él y no en otros, significaba claramente que Jo-on ocupaba el primer lugar en su lista de preferencias.

‘Probablemente es porque es la persona más reciente que ha conocido. Todavía debe estar en la categoría de "persona que le causa curiosidad".’

Sin embargo, una vez que Dylan fuera liberado del protocolo y regresara a los partidos, ya no patinaría tranquilamente con Jo-on como antes. Si no había ningún problema, tendría que viajar por todo Estados Unidos y jugar al menos tres partidos a la semana, y no tendría ninguna razón para encontrar tiempo para ver a Jo-on en medio de esa apretada agenda.

Cuando Dylan se alejara, la "curiosidad" que había sido la razón de su amabilidad hacia Jo-on desaparecería pronto, y entonces ambos volverían naturalmente a sus respectivos mundos. A una vida sin ningún punto de contacto.

Así que esta entrada era como el último regalo que Dylan le hacía. Un gesto de agradecimiento por la casual relación que se había forjado durante un breve descanso de la intensidad.

Jo-on sacó el sobre cuidadosamente doblado de su bolsillo y lo entregó al personal de seguridad mientras pasaba por el control. El empleado escaneó el código de barras y le dio una cálida bienvenida.

—Disfruta del partido.

Jo-on entró emocionado.

Como era fin de año y había salido del trabajo más temprano de lo habitual para ir a la arena, pudo ver a los jugadores calentando en la pista. Jo-on encontró su asiento y observó atentamente el hielo. Las imágenes de los jugadores practicando pases y tiros aparecían en la pantalla gigante, pero era difícil distinguir sus caras debido a los uniformes y los cascos. Entonces, un número de camiseta y un nombre que pasaron fugazmente por la cámara captaron su atención.

55, Maclean.

Las letras impresas una debajo de la otra estaban grabadas en la amplia espalda de la camiseta. No era Corea, y la posibilidad de que hubiera dos jugadores con el mismo apellido en un mismo equipo era extremadamente rara, así que si la suposición de Jo-on era correcta, definitivamente era Dylan.

Con su equipo de protección, Dylan, vestido con el uniforme, parecía mucho más imponente que cuando vestía ropa informal. Su imponente físico atraía la atención de la gente. En su rostro, serio durante la práctica, no había rastro de picardía.

Su estilo de patinaje era relajado, pero su velocidad era más rápida que la de un velocista, y aunque parecía que solo estaba limpiando el hielo, el *puck* que golpeaba la portería con un ángulo agudo.

Como si hubiera nacido para ser jugador de hockey, era una persona que se movía sobre el hielo con patines de forma tan natural como respirar. Cuando pasaba, los niños pegados a la mampara de acrílico de plexiglás golpeaban la ventana y vitoreaban, y las cámaras del estadio lo seguían sin parar, transmitiendo su imagen en la pantalla gigante.

Entonces, Dylan se acercó a los niños y les pasó un palo de hockey por encima de la alta pared de acrílico. Los niños, que habían recibido el regalo, abrazaron el palo como un tesoro precioso y rieron con sonidos de delfín.

El comentarista, al ver esta escena, seguramente añadiría: 'Deben sentir como si hubieran recibido un regalo de Navidad por adelantado'. Y tenían razón para estar felices, ya que era un regalo de un jugador que era como un ídolo para ellos.

La gente que había venido al estadio parecía conocer el lado de Dylan que solo Jo-on desconocía. Dylan era tan distante como los asientos que los separaban a los dos.

Poco después, los jugadores terminaron de calentar y se prepararon para entrar al vestuario. En ese momento, Dylan, que salía de la pista, miró a las gradas como buscando a alguien. Jo-on estuvo a punto de agitar la mano sin darse cuenta. Pero, ¿cómo lo iba a reconocer entre tanta gente? Las gradas eran incomparablemente más oscuras y lúgubres que la pista iluminada donde jugaba.

Pronto, Dylan, que no había encontrado a nadie, fue empujado por sus compañeros y desapareció en el vestuario.

El primer *puck drop* comenzó poco después de la hora exacta, después de cantar el himno nacional de Estados Unidos y el de Canadá, respectivamente. El feroz cara a cara por el *puck* encendió sutilmente el espíritu competitivo.

Los árbitros, incluido el principal que dejó caer el *puck* entre los dos equipos, se movían por toda la pista con un patinaje hábil, siguiendo a los jugadores y supervisando su juego meticulosamente.

A diferencia de la seriedad de su rol, a veces, cuando los *pucks* golpeados por los jugadores se dirigían hacia ellos, saltaban como conejos o se sentaban en la valla para esquivarlos, todo para no interrumpir el flujo del partido.

Dylan apareció menos de un minuto después de que comenzara el partido. Cuando salió, con el número 55 grabado en la espalda, un estruendoso aplauso estalló en las gradas. Era una bienvenida a su regreso de la lesión.

El estruendo, tan fuerte que impedía ver el partido, continuó durante bastante tiempo, pero nadie se quejó. El deseo de los aficionados por su regreso seguro se transmitía claramente en las fuertes voces que coreaban el nombre de Maclean.

Jo-on, sin saber por qué, también contuvo la respiración para calmar el corazón que le latía con fuerza. Y animó tímidamente.

Como si hubiera leído la mente de los aficionados, Dylan logró quitarle el *puck* al defensa del equipo contrario con un ataque sorpresa, y la cancha se encendió al instante.

Dylan se lanzó a la zona de ataque del equipo contrario, pasando la zona neutral. No fue fuera de juego. Los jugadores del equipo contrario se apresuraron a intentar detener su carrera, pero él, con su patinaje especializado, hizo una parada brusca, creando una tremenda tormenta de nieve, y luego cambió de dirección 120 grados para dejarlos atrás.

En un instante, giró y pasó el *puck* al alero, luego corrió hacia la portería, dejando atrás a los defensores, y levantó el stick alto frente al portero del equipo contrario.

El alero derecho leyó su movimiento y pasó el *puck* con precisión. Antes de que el *puck* tocara el hielo, se encontró con el stick de Dylan en el aire y, pasando por encima del hombro del portero que no pudo detener el disparo, se coló por la escuadra.

Antes de que un sonido grave, parecido a la bocina de un barco, resonara en la arena, los gritos de la multitud ya anunciaban el gol. La gente excitada se puso de pie para expresar su alegría. Era un gol anotado a la vista de todos, solo 1 minuto y 30 segundos después de que comenzara el partido.

Dylan, después de celebrar con sus compañeros, regresó al banco y apareció en la pantalla gigante. La gran sonrisa que se extendía por su rostro, antes de aspecto frío, lo hacía brillar aún más.

Jo-on miró la pantalla como hipnotizado.

El partido, que comenzó a las siete, terminó casi a las diez de la noche.

Jo-on llegó a casa, se duchó, se dejó caer agotado sobre la cama y solo entonces sacó su teléfono. Habían llegado varios mensajes, y como era de esperar, eran de Dylan.

“¿Viste el partido?”

“Llámame.”

Al mirar la hora, ya eran pasadas las once. Mientras dudaba si sería demasiado tarde para llamar, el teléfono empezó a sonar. Era Dylan, que había visto que había revisado los mensajes.

Jo-on dudó por un momento. Su mente estaba ocupada buscando excusas, como decir que no había podido contestar porque se estaba duchando. Pero cuando el teléfono, que se había cortado brevemente, empezó a sonar por segunda vez, no pudo vencer la insistencia de la máquina insensata y pulsó el botón de responder.

—¿Hola?

—Hola. Soy yo.

—Hola, Dylan.

—¿Viste el partido de hoy?

—Sí, lo vi. Fue divertido. Ah, por cierto. Felicidades por tu gol en tu regreso. Y también por la victoria.

—Gracias.

Después de sus felicitaciones, se escuchó una risa baja junto con una breve respuesta. Parecía que susurraba justo al lado, así que Jo-on apartó sutilmente el teléfono de su oído.

—¿Pero no viste mi mensaje?

—Ah…

Jo-on dudó y luego soltó la excusa que ya había pensado.

—Acabo de verlo. Después de que terminó el partido, todo estaba muy caótico. Volví a casa deprisa y me duché de inmediato, así que lo revisé un poco tarde.

—Entiendo. No fue nada importante, solo quería saber si podíamos vernos un momento.

—¿No estás cansado?

—¿Yo? Para nada. Estoy en plena forma.

—Parece que mi preocupación por tu lesión fue innecesaria.

—Por supuesto.

La voz de Dylan, que todavía parecía exaltada por la alegría de la victoria, estaba más animada de lo habitual y llena de confianza. Incluso parecía percibir la arrogancia de alguien que había sobrevivido a la competencia masculina y había alcanzado la cima. Jo-on era como un animal herbívoro que nunca había sobrevivido por sí mismo en ese tipo de ambientes. De alguna manera, se sentía intimidado y le resultaba incómodo tratar con él.

—Mmm, así que…

En el oído de Jo-on, que estaba esperando el momento para colgar, se escuchó una noticia inesperada.

—¿Puedes darme un momento? Tengo algo que darte.

—¿Ahora?

Dylan, dándose cuenta de su vacilación, se apresuró a retractarse.

—Es demasiado tarde, ¿verdad? Lo sé. Lo siento. No es importante, así que olvidémoslo.

—No, mira…

—Lo dejaré en la conserjería para que lo recojas.

—¿Eh?

La frase "lo dejaré en la conserjería" significaba que Dylan pasaría por el condominio de Jo-on.

Mientras Jo-on dudaba, desconcertado, escuchó el sonido de Dylan bajando del coche. Pareció caminar a algún sitio y luego se detuvo, permaneciendo en silencio durante un buen rato. Se llevó el teléfono, que aún no se había cortado, a la oreja y murmuró con voz desanimada:

—Pensándolo bien, no puedo dejarlo si no me dices tu número de apartamento. No te estoy pidiendo que me lo digas. Te lo daré cuando nos volvamos a ver.

¿Habría un día en el futuro en el que se volvieran a ver, como él decía? Esa era la primera duda. También se preguntaba qué demonios querría darle para haber ido hasta allí después del partido. A Jo-on, con su corazón blando, le pareció demasiado cruel dejar ir con las manos vacías a alguien que había ido hasta su barrio, que no estaba cerca del estadio.

Se llevó la mano a la cabeza y soltó un suspiro.

—No. Busca mi nombre y pulsa el botón de llamada. Te abriré la puerta del *lobby*.

Jo-on terminó la llamada y le envió su número de apartamento por mensaje. Poco después, el interfono del *lobby* sonó. Jo-on abrió la puerta y, mientras se arreglaba el pelo que le quedaba como un erizo recién duchado, esperó a Dylan con nerviosismo.

La última vez que le había dicho dónde vivía fue una casualidad del momento, y entonces, como vivían más de 500 familias en el mismo condominio, no le dio mucha importancia. Nunca había esperado que Dylan fuera a visitarlo.

Pero esta vez, al revelarle su número de apartamento, la cortina de humo de las 500 familias ya no tenía sentido. Sin embargo, ¿significaba eso que Dylan era sospechoso? No, no lo era.

Era una persona con nombre y rostro conocidos, ¿no? Además, había sido bueno con él. La extraña aversión y la ansiedad que envolvían a Jo-on en ese momento eran diferentes al recelo que uno siente hacia un desconocido.

Mientras estaba sumido en sus pensamientos, escuchó el sonido del ascensor llegando a lo lejos. Al sentir una presencia cerca de la puerta, Jo-on se dio cuenta de que todavía estaba en bata de baño y se quedó helado.

Parecía de mala educación recibir a un invitado así. Bueno, si se trataba de mala educación, Dylan era más culpable.

De todos modos, no parecía que Dylan fuera a quedarse mucho tiempo. Jo-on, pensando que al ser hombres se entenderían, abrió la puerta principal en cuanto escuchó el golpe. Frente a la puerta estaba Dylan, con ropa ligera, como si acabara de ducharse después del partido y hubiera venido corriendo.

—¿Llegaste?

—Está bien.

Jo-on miró a su alrededor y, al ver a Dylan de pie en el pasillo vacío, no pudo dejarlo así y abrió la puerta lentamente. Era una noche demasiado tranquila para conversar con alguien en el pasillo.

—Pasa, por favor.

Dylan, que parecía sumido en sus pensamientos, murmuró:

—Disculpa

Y dio un paso cauteloso hacia adentro.

La casa estaba bastante cálida, llena del calor del aire acondicionado que salía de la ventilación, el suave aroma a jabón y la humedad que flotaba en el aire, como si Jo-on acabara de ducharse.

—Lo siento, por la hora…

Dylan hizo una pausa, luego lo escudriñó de arriba abajo y sonrió con una sonrisa social, manteniendo la vista fija en sus mejillas sonrojadas.

—...Lo siento.

El cuerpo de Dylan, que se había enfriado con el aire gélido del invierno, se calentó al instante. Mientras se quitaba los zapatos y se ponía las pantuflas de invitado, Jo-on lo guio a la cocina.

—¿No tienes frío? Llevas manga corta con este tiempo.

—Entrenamos en el hielo todos los días, así que esto no es nada.

—Sí, claro.

Jo-on sonrió levemente ante la fanfarronería de Dylan. No encontró motivos para refutarlo, ya que, aunque fueran palabras grandilocuentes, eran bastante ciertas.

—Aun así, ¿quieres un poco de té caliente, si no te importa? Solo tengo un tipo. Es un té que los coreanos disfrutan mucho en invierno. Sabe parecido al té de limón, pero un poco más dulce…

Jo-on, sintiéndose incómodo por el silencio, comenzó a divagar y a describir el té. Dylan, que iba a decir que no, asintió como hipnotizado mientras observaba la espalda de Jo-on mientras ponía agua a calentar. No le interesaba el té en absoluto.

—Entonces, por favor.

Debido a la bata de baño con el cinturón suelto y caído sobre sus hombros, la nuca de Jo-on quedaba expuesta, revelando una línea de cuello blanca y recta.

Desde el acto de pulsar el interruptor de la cafetera eléctrica hasta el movimiento pausado y relajado de abrir el cajón y sacar la botella de cristal de té de cidra, todo se combinaba en una atmósfera extrañamente peculiar.

Jo-on abrió la puerta del armario superior y miró dentro del estante. Como nunca había invitado a nadie, no había tazas de té adecuadas para ofrecer. Dudó en servírselo en las tazas de cerámica que había recibido como regalo en la universidad o en eventos de la empresa, y en ese momento, sintió la presencia de Dylan acercándose por detrás.

—Te ayudo.

La sombra que se le pegó cubrió a Jo-on por completo. En el momento en que se encogió, un brazo largo se extendió por encima de su hombro. Estaba tan cerca que un solo paso hacia atrás tocaría el cuerpo del otro.

La mano de Dylan sacó una taza blanca con el nombre de la Universidad de Toronto claramente grabado. De él emanaba un fuerte olor a perfume, como si se lo hubiera puesto recién duchado después del partido.

—¿Dos tazas son suficientes?

Esta vez, su mano tocó una taza con el logo de la empresa grabado, que era más bien burdo. Se la habían regalado a los empleados como recuerdo del lanzamiento de un nuevo producto.

Después de sacarlas, el estante quedó vacío. Solo quedaba polvo, como su relación interpersonal estrecha y superficial, o su vida insignificante y breve.

—Yo también alcanzo.

Dylan, que había puesto la taza en el suelo con una expresión de descontento, se rió, como disculpándose por haber herido el orgullo de Jo-on, y extendió la palma de la mano en el aire. Era una señal de rendición.

Sin embargo, en lugar de retroceder o mirar la casa, observó en silencio a Jo-on verter la cidra en las tazas desde justo detrás de él. El descarado escrutinio cerca de su oído hizo que su rostro se calentara.

—Esto es cidra de yuzu y solo hay que mezclarlo con agua caliente.

Jo-on, confundiendo su curiosidad por el té, comenzó a explicar sin que se lo preguntaran.

—Creo que tiene mucha vitamina C y es bueno para los resfriados. Por eso mucha gente lo bebe en invierno.

Mientras esperaban a que el agua hirviera, Jo-on movió los ojos sutilmente para observar los movimientos de Dylan. Aunque estaba de cara a él, la mirada de Dylan se posó un poco más abajo del rostro de Jo-on, en el camino que descendía más allá de su clavícula.

—También beben mucho té de jengibre.

Jo-on, por un momento desprevenido, se abrochó de nuevo el cuello del albornoz, que se había abierto ligeramente, y dijo: Luego se giró para mirar la mesa del comedor. Era una barra de isla de forma básica, demasiado pequeña para llamarla mesa de comedor.

—¿Por qué no te sientas a esperar? Ya casi está listo.

—Ah, claro.

Dylan, que había estado de pie aturdido, asintió de buena gana y se movió al taburete. El hervidor eléctrico burbujeó y luego se apagó con un clic. Delante de él, Jo-on se ajustó de nuevo el cinturón. Le molestaba mucho.

Pronto, dos tazas humeantes de aroma dulce y cálido fueron colocadas sobre la mesa.

—Aquí tienes. Le puse agua fría, así que no estará tan caliente.

Delante de Dylan se colocó la taza con el logo de la empresa. Era la menos vieja. Al mismo tiempo, cuando Jo-on dejó la otra taza frente a él, Dylan señaló el taburete de al lado con un gesto de la cabeza.

—No te quedes de pie, siéntate aquí. Ahí no hay silla.

"¿No sería un poco raro que dos hombres se sentaran uno al lado del otro?" Pensó. Pero si Jo-on traía el taburete vacío de al lado de Dylan y se sentaba frente a él, también parecería que mantenía las distancias. Así que Jo-on, obedientemente, rodeó la mesa y se sentó a su lado.

A pesar de que se esforzó por no pegarse demasiado, los amplios hombros de Dylan hicieron que sus codos se chocaran. Finalmente, Jo-on se dio por vencido y apoyó el brazo izquierdo sobre el muslo para evitarlo. Dylan, al darse cuenta, golpeó deliberadamente el brazo izquierdo de Jo-on.

Jo-on giró la cabeza con una expresión perpleja, y la mano de Dylan señaló el objeto que estaba sobre la barra de la isla. Allí había un objeto que nunca antes había visto.

Dentro de una caja transparente de plástico de forma cuadrada, que parecía diseñada para guardar objetos conmemorativos, había un objeto negro y redondo. Era claramente un *puck*, con el logo del oso polar de los Polar Bears grabado en su superficie de goma, y la fecha de hoy y la firma de Dylan garabateadas con un marcador blanco brillante en el espacio vacío.

—... ¿Qué es esto?

—Es el *puck* con el que metí mi primer gol conmemorativo al regresar.

—¿El *puck* con el que Dylan metió el gol antes?

—Sí, lo traje.

—¿Se puede hacer eso?

—Claro. Hay *pucks* de sobra en la pista.

Dylan lo dijo como si no fuera nada importante, pero después del breve descanso de la entrevista con los medios al final del primer periodo, había recibido elogios por haber marcado un gol espectacular tan pronto como regresó de una lesión que podría haber puesto fin a su carrera.

Aunque no se podía comparar con su primer gol como profesional, era un gol bastante especial que demostraba la buena forma de Dylan, como dijo el entrevistador. En cierto modo, había destrozado personalmente las expectativas negativas de la gente que había estado hablando de la gravedad de su lesión y si se retiraría.

—Hoy vine a darte esto.

Jo-on, que lo observaba con curiosidad, no pareció creer que fuera un regalo para él.

—¿Eh?

Preguntó, sin ocultar su sorpresa.

—Es un regalo para ti.

Jo-on, sin palabras, extendió su mano hacia la caja transparente y examinó el objeto dentro con ojos llenos de curiosidad.

Los dedos largos y delgados que habían envuelto la taza de cidra ahora acariciaban suavemente la caja. Un rastro blanquecino apareció sobre la caja, que aún conservaba un poco de frío, siguiendo el tacto de Jo-on.

—¿Esto para mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me recuperé rápidamente gracias a Jo-on.

—No soy médico…

Dylan se inclinó hacia Jo-on, sus hombros tocándose. Susurró como un niño que confía un secreto. Al escucharlo, la distancia se acortó aún más.

—Digamos que fue una recuperación mental.

El aroma a perfume, similar al viento invernal, se mezclaba suavemente con el aroma cálido y dulce del té de cidra que convertía el frío en calor, extendiéndose por el aire.

—Tampoco soy consejero…

En el momento en que Jo-on giró la cabeza hacia Dylan, se dio cuenta de que su espacio personal, que había intentado mantener, había sido completamente invadido. El rostro de Dylan se había acercado demasiado.

En el momento en que sus ojos se encontraron, tanto Dylan como Jo-on olvidaron lo que iban a decir y se miraron en silencio.

Los ojos azules de Dylan, desprovistos de la luz reflejada en el hielo, eran tan oscuros como el índigo sumergido en nubes de tormenta bajo la tenue iluminación.

Sus ojos, profundos y oscuros como el lago Ontario al amanecer, parecían susurrarle a Jo-on que se acercara.

El sonido de una respiración extraña, que no era la suya, se escuchó fuerte. Por un instante, pareció que sus narices se tocaron.

Dylan, que sin darse cuenta ya estaba acariciando el cabello de Jo-on con la punta de los dedos, inclinó ligeramente la cabeza y frotó de forma natural el pequeño y blanco lóbulo de la oreja de Jo-on, que aún conservaba humedad.

Jo-on se encogió de hombros ante esa señal pegajosa y descarada. Los ojos de Dylan brillaron con una ferocidad de depredador, agazapado en la oscuridad, esperando una oportunidad.

Solo entonces Jo-on reaccionó. Dylan ya se había inclinado para abalanzarse sobre Jo-on, como si fuera a devorarlo de un bocado.

—Espera, espera, por favor.

Jo-on, que de repente recuperó la compostura, empujó con urgencia el hombro de Dylan y retrocedió. Su equilibrio era precario, como si fuera a caerse de la silla en cualquier momento.

—Yo... mira, Dylan. Hay un... un malentendido.

Dylan, que había mostrado una mirada perpleja, endureció su expresión. Aunque Jo-on estaba demasiado ocupado recuperando el aliento como para explicarse largamente, Dylan pareció entender su rechazo.

Dylan, que se había pegado a Jo-on como si fuera a abalanzarse sobre él en cualquier momento, se echó hacia atrás y se mordió ligeramente los labios con una sonrisa incómoda.

—Vaya, lo siento. Me disculpo.

—No, no. No es eso. Si acaso te hice malinterpretar, yo soy el que lo siente. Es decir, yo…

Jo-on, aunque no sudaba, se limpió la frente con el dorso de la mano por pura costumbre.

—Nunca he pensado en un hombre de esa manera. No tengo prejuicios, así que no me malinterpretes. Es decir, aunque Dylan fuera… de esa manera, no quiero decir que sea malo o algo así, es decir…

Dylan, que había estado eligiendo sus palabras por un momento, se rió con una risa de resignación. Aunque no era muy diferente de la sonrisa que siempre mostraba, la situación era distinta, por lo que parecía cínico.

Al ver a Jo-on ansioso, temiendo haber sido un insulto su reacción, Dylan respondió con una voz más ligera.

—No, John. Esto es completamente mi culpa. Fui yo quien malinterpretó que John sería de esa manera.

Dylan tocó juguetonamente la mejilla de Jo-on con un dedo.

—Me equivoqué solo y hasta me preocupé tontamente. Lo siento.

Dijo, y luego le arregló rudamente el cuello de la camisa a Jo-on. Y no olvidó regañarlo:

—Pero John tiene que ser un poco más cuidadoso, ¿sabes?

—Lo siento mucho.

—No tienes por qué sentirte mal. Me alivia saber que fue un malentendido.

Dylan, como si realmente se hubiera quitado un peso de encima, respondió con alivio y añadió:

—Por cierto, lo mismo me pasa a mí. He tenido novias, pero es la primera vez que siento algo así por un hombre.

Cuando Jo-on pareció no creerlo, Dylan se justificó.

—¿Por qué? No miento. Pero si fuera John… No, mmm, es mejor no decir esto. No es nada. Lo siento. Ojalá pudieras olvidarlo.

Dylan, que dejó la frase en el aire, finalmente no la terminó y bebió todo el té de cidra restante. Luego, se limpió los residuos pegados en los labios con la punta de la lengua. El aroma era dulce y pegajoso, pero por alguna razón el regusto era amargo.

—Mmm, se está haciendo tarde, así que me iré. Originalmente solo quería darte esto. Dejaré el regalo aquí.

—Debes llevártelo.

Dylan, que se había levantado torpemente, detuvo su movimiento.

—Dije que era un regalo. ¿Quieres que me lo lleve?

—No, pero… debe ser un objeto valioso para ti.

—Bueno, sí.

A pesar de sus palabras, su tono era tan ligero que parecía no ser así en absoluto.

—Pero desde el principio pensé en dártelo a ti. Ahora, llevármelo de vuelta sería más feo. Como si yo…

De repente, Dylan agitó la cabeza sin terminar la frase y puso una expresión decidida.

—Si John tiene problemas de dinero, puedes venderlo en una subasta de eBay más adelante. Te doy mi permiso especial.

En esas palabras, que no se sabía si eran en serio o en broma, se sentía una sinceridad indescifrable.

—¿De verdad me lo das? ¿No te arrepientes?

Dylan le dio una palmada en el hombro a Jo-on y sonrió. Por alguna razón, la fuerza fue bastante considerable, a diferencia de su actitud anterior, que siempre había sido cautelosa al tratar con Jo-on.

—Claro. Nuestra amistad sigue igual. Soy tu entrenador, ¿no?

Amistad.

Jo-on repitió la palabra en su boca y asintió, mientras sostenía con cuidado la caja con el *puck* autografiado de Dylan.

El hecho mismo de haber hecho un amigo le resultaba extrañamente nuevo, ya que hacía mucho tiempo que no lo hacía. En la universidad, tenía compañeros de clase con los que compartía asignaturas; en el trabajo, tenía colegas con los que trabajaba, pero algo faltaba para definirlos como amigos.

Aunque sentía un compañerismo al estar en la misma situación y resolver desafíos comunes, nunca los había dejado entrar en su espacio personal. Y, a la inversa, Jo-on tampoco había entrado en el suyo. Tampoco se habían intercambiado favores sin esperar nada a cambio.

Jo-on recordó la arena, llena de los gritos de la gente como burbujas. La pasión ardiente que llenaba el espacio gélido y la carrera de Dylan que la lideraba.

La arena era el dominio de Dylan, y él había permitido gustosamente a Jo-on entrar.

Por el momento, parecía haber habido un malentendido.

—Muchas gracias. Lo guardaré como una herencia familiar y lo pasaré de generación en generación.

—Para mí es un honor.

Dylan se levantó, se acercó a la puerta, la desbloqueó y la abrió. Dio un paso hacia el pasillo y se despidió con sencillez.

—Nos vemos. Que duermas bien.

La alfombra del pasillo se tragó los pasos de Dylan mientras se alejaba. Jo-on, con un segundo de retraso, se despidió de su espalda.

—Conduce con cuidado.

Dylan, que se había vuelto para mirar por encima del hombro, sonrió y agitó la mano. Luego, dobló hacia el ascensor y desapareció.

Después de la reunión de la semana pasada, la oficina estaba vacía por fin de año. Eran los asientos vacíos de personas que se habían ido de vacaciones largas, de dos semanas a un mes. Quizás por eso, la oficina de planta abierta, sin cubículos, tenía un ambiente aún más desolador en Nochebuena.

Aunque no había asientos fijos, Jo-on siempre se aferraba al mismo lugar. La sección donde solían sentarse los miembros de su equipo estaba hoy completamente vacía, excepto por un estudiante en prácticas y su supervisor.

Dio la casualidad de que ambos habían salido a una cafetería a buscar café fresco preparado por un barista, en lugar de las máquinas de dudosa limpieza, así que no había nadie más alrededor.

Era obvio que probablemente harían novillos y no volverían hasta la tarde. Así era el ambiente de la oficina a fin de año, con poca gente y poco trabajo.

Jo-on se puso los auriculares y jugueteaba con el teléfono. Últimamente, se había vuelto un hábito nuevo para él revisar las noticias deportivas durante el trabajo.

Había pasado una semana desde su incómoda despedida de Dylan, y, como era de esperar, no había habido ningún contacto de vuelta. Pero a Jo-on le preocupaban muchas cosas como para contactarlo primero.

Existía la posibilidad de que pareciera estar dejando una puerta abierta. Jo-on ya tenía un historial de esto, lo que lo hacía sentir aún más inseguro. Sería una suerte si todo fuera solo su imaginación.

De todos modos, no tenía el valor de acercarse a él de forma amistosa, y Dylan no tenía tiempo. Tan pronto como terminó el partido en casa el sábado, al día siguiente tuvo que volar a Montreal, dos

días después a Carolina, y luego a Washington D.C. para partidos fuera de casa. Parecía que el momento ideal para reajustar su relación ya había pasado.

Era una persona tan importante en su círculo social pequeño y superficial...

Como un sueño de una noche de verano, su conexión se había desvanecido. Sin embargo, la bondad y calidez de Dylan en su memoria no se habían desvanecido, así que Jo-on a menudo se encontraba viendo las noticias deportivas, incluyendo los momentos destacados y las entrevistas.

[Reproducir video de lo más destacado]

El video comenzó cuando Jo-on pulsó la miniatura de Dylan, vestido con el uniforme de los Polar Bears.

—Dylan Maclean, quien había sido excluido del *roster* tras una gran colisión en el partido contra los Bronzes hace tres semanas, regresó triunfalmente el jueves ante más de 15,000 aficionados locales en su partido de vuelta.

El presentador de mediana edad, vestido con un traje impecable, comenzó el preámbulo con un tono casi musical. Jo-on había visto el video de los momentos destacados tantas veces que ya se sabía su diálogo de memoria.

—Miren esto. Con su patinaje magistral, su especialidad, evade al defensa y crea una situación de uno contra uno con el portero. Pero parece que en el último momento, el ángulo ya estaba leído. En ese momento, hace una pequeña finta y con un ataque con una sutil diferencia de tiempo, ejecuta un disparo preciso. Fue un movimiento muy sutil y agudo. Realmente fue una jugada muy de Dylan.

—A esa distancia, el portero reaccionaría inmediatamente al movimiento del atacante, por lo que se habría engañado al instante.

—Así es.

—Es una jugada ingeniosa.

—En la entrevista que tuvo al final del primer periodo, Maclean dijo que no estaba preocupado en absoluto por la lesión.

A continuación, se reprodujo un breve video de la entrevista que él presentó.

—Hola, Dylan Maclean. ¿Cómo ha estado durante el descanso?

Dylan en la pantalla acababa de terminar el primer periodo, vestía su uniforme y estaba empapado en sudor. Se notaba un poco de cansancio, pero la emoción aún parecía dominarlo. El ambiente que desprendía era completamente diferente al de cuando lo visitó en casa después del partido.

—Estuve bien. Por un tiempo me excluyeron de los entrenamientos del equipo, y el médico del equipo también me aconsejó que no me esforzara, así que al principio seguí las instrucciones al pie de la letra.

—¿Al principio?

Dylan sonrió como si le hubieran dado en el clavo y se encogió de hombros.

—A los pocos días me impacienté. Para no perder la sensación sobre el hielo, iba al parque cercano y hice amigos en la pista de patinaje de allí.

—¿Lo reconocieron?

—No. No me reconocieron.

—Qué pena. Parece que nunca han visto un partido suyo. Si lo hubieran visto una vez, no lo olvidarían.

Dylan se rió y negó con la cabeza ante el comentario en tono de broma del entrevistador. Sin embargo, no añadió más comentarios.

—Como sabe, había muchos fans preocupados. Parece que ha demostrado su buen estado de forma al marcar un gol increíble nada más regresar de una lesión que podría haber puesto fin a su carrera como jugador. ¿Cómo se sintió?

—No me preocupó en absoluto la lesión. Estaba ansioso por mostrar este gol hoy, y me siento bien de que el primer periodo haya ido bien.

—Qué alivio. Espero que termine bien el resto del partido.

—Gracias.

La entrevista fue breve y normal, no duró más de un minuto. Excepto por el hecho de que a Jo-on se le trató como alguien que nunca había visto un partido de Dylan. Y eso, vergonzosamente, era cierto. Cuando Jo-on vio el partido con la gente de la empresa, Dylan ya estaba excluido de la lista de titulares debido a una lesión.

El video se llenó con más minutos de momentos destacados y luego terminó. Jo-on, como hipnotizado, pasó al siguiente video de momentos destacados. A pesar de haber visto el partido en vivo, le dio una sensación diferente, como si lo viera por primera vez.

Las escenas detalladas que no había podido notar debido a la multitud y la energía de la gente, se revelaron mucho más claramente en el video.

El momento del cambio de Dylan, cómo se sentaba en el banquillo, su perfil mientras hablaba con sus compañeros de equipo, sus labios firmemente cerrados por costumbre mientras observaba el partido.

Después de marcar el gol, su mirada mientras celebraba parecía deambular por algún lugar de las gradas. El tiempo que su mirada permaneció allí no fue largo, así que Jo-on descartó por completo la idea de que Dylan lo hubiera estado buscando.

Eso sería una megalomanía. Pensar que se había convertido en algo especial solo porque alguien le mostró un poco de interés era un gran error. Además, Jo-on ya lo había rechazado. En esa situación, no había nada más inútil que preocuparse por su relación con Dylan.

Probablemente, como la mayoría de los jóvenes impetuosos, él también había estado a punto de cruzar la línea por un momento de curiosidad o un impulso del bajo vientre. Y Dylan no era el único que había actuado así.

Poder, riqueza o conexiones. Incluso en una sociedad donde diversas culturas y razas se mezclan, la forma en que los chicos establecen una jerarquía no es muy diferente. Jo-on siempre fue tratado como alguien que no encajaba en el grupo principal. Por eso, a menudo, algunos malinterpretaron su orientación sexual.

Claro, entre ellos, nunca hubo nadie como Dylan, cuyo acercamiento era excesivamente amable y cauteloso, lo que en un momento dado casi lo hizo caer sin darse cuenta.

De hecho, Jo-on no entendía bien qué había provocado el malentendido. Quizás sus saludos por cortesía podrían haber sonado ambiguos para la otra persona…

Pero, aun así, no creía que pareciera una persona que abiertamente le gustaran los hombres.

En algún momento, el rostro de Jo-on se reflejó en el monitor completamente apagado. Un rostro común. No era más que un hombre normal con una estatura y apariencia promedio. Su personalidad era tranquila y reservada, pero eso no debería ser motivo para dudar de su identidad de género.

Jo-on apagó su teléfono, prometiéndose que si alguna vez volvía a ver a Dylan, le preguntaría el motivo del malentendido. Aunque por el momento no sabía si ese día llegaría.

A medida que avanzaba la tarde, la oficina comenzó a oscurecerse, y la gente apareció por todas partes apagando las luces e instando a irse a casa.

El vicepresidente era uno de ellos.

El momento más ruidoso del día en la oficina era cuando su pareja venía a recoger al vicepresidente a casa, trayendo consigo un perro grande.

Hasta entonces, la imagen de "dos hombres" y un perro que se alejaban no le había causado ninguna impresión, pero esta vez se le quedó grabada de una manera peculiar.

—Todos, por favor, váyanse a casa. Que pasen unas buenas vacaciones.

Jo-on, que nunca ignoraba los consejos de su superior, también recogió su bolso y salió temprano de la oficina. El cielo nublado sugería que volvería a nevar.

Afortunadamente, el metro estaba vacío, y Jo-on pudo sentarse cómodamente hasta la última parada. Luego, esperó un buen rato en la zona de transbordo de autobuses.

El mundo que se veía a través de las ventanas opacas del autobús, sucias como si no se hubieran lavado en mucho tiempo, estaba borroso.

Aunque los autobuses decorados para la temporada festiva pasaban por delante, no se sentía eufórico. Como dijo un compañero de la India, era una época en la que se sentía distante, como un espectador de una fiesta ajena.

En el caso de su compañero, eso era inevitable, ya que creía en una religión completamente diferente. Por otro lado, Jo-on había crecido en un hogar católico devoto, ya que en España el catolicismo es la religión oficial.

—¡John! Bienvenida.

Tan pronto como abrió la puerta, la corpulenta madre anfitriona, Maya, lo recibió con los brazos abiertos y le dio un beso en la mejilla.

Maya, que se había mudado de España a Canadá para estudiar a una edad avanzada, se había casado con el padre anfitrión, que era calvo, y tuvieron tres hijos. Y cuando el mayor y el segundo ya eran lo suficientemente mayores para ir a la escuela, Maya acogió a Jo-on como inquilino. Jo-on aún era un estudiante de secundaria en ese entonces.

—Maya, me ahogas.

Jo-on se revolvió para liberarse del abrazo de Maya. Ella seguía siendo muy fuerte.

—Mi pequeño, has crecido mucho.

—¿Crecer? Soy el mismo.

—John, bienvenido.

Isabella, la segunda hija de Maya, saludó a Jo-on solo girando la cabeza mientras estaba sentada en el sofá. Isabella, que había crecido bastante desde la última vez que la vio, era todavía una adolescente como un bebé. Debería estar en la adolescencia, pero parecía que esa etapa se había quedado más bien en Aaron, el hijo mayor.

Aaron, que había salido a la cocina con la excusa de buscar algo para picar, abrió la puerta del frigorífico y saludó con un movimiento de cabeza, como si fuera una persona tímida. Jo-on también asintió en respuesta a su incómoda bienvenida.

—¡John! ¡Jojn! ¡Te extrañé!

El menor, Ben, que estaba sentado en el sofá con Isabella, corrió hacia Jo-on vestido con su ropa interior y lo saludó. Cuando Jo-on comenzó a vivir en casa de Maya, él era un bebé, y ahora se había convertido en un niño pequeño lleno de energía traviesa.

—Yo también te extrañé, Ben. ¿Cómo has estado?

—¡Sí! Hace poco empecé a jugar hockey. ¡Tengo casco, palo y uniforme! ¿Quieres que te lo enseñe?

Jo-on, cuyo rostro se endureció por un momento al oír la palabra "hockey", asintió y respondió:

—Sí, luego.

Justo en ese momento, Tony, que subía del sótano, vio a Jo-on y, como Maya, lo recibió con un abrazo que terminó con un beso en la mejilla.

—Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Tony.

—Hemos acogido a un nuevo inquilino en el segundo piso, así que tu habitación se ha bajado al sótano. Te lo presentaré en la cena. ¿Te parece bien usar el sótano por ahora?

Aunque habían pasado más de seis años desde que Jo-on se mudó de la casa de Maya y Tony, ellos siempre le dejaban una habitación libre. Aunque ellos también eran inmigrantes sin una base y tenían tres hijos que mantener, podrían haber ganado un buen dinero si hubieran seguido acogiendo inquilinos como antes en lugar de dejar la habitación desocupada, pero aun así lo hacían.

En realidad, Jo-on no tenía intención de quedarse mucho tiempo, así que no le importaba dormir en el sofá. De todos modos, sería mejor que les dijera eso antes de irse. Que no había necesidad de dejar su habitación libre la próxima vez. Aunque a los dos les disgustaría.

—Claro. Por supuesto. Muchas gracias.

—La habitación está frente a la de Aaron.

—Sí. Pero, Tony. La próxima vez…

Jo-on dudó, a punto de decir que no había necesidad de dejar su habitación libre. De repente, un brazo apareció de la nada.

—¡Oh, Aaron!

—Disculpa. Les pediré a John prestado.

Aaron se abrió paso entre ellos y se dirigió al sótano. Al mismo tiempo, agarró el brazo de Jo-on, que estaba de pie, y lo arrastró hacia él, haciendo que Jo-on se tambaleara y lo siguiera antes de que pudiera terminar de hablar con Tony. Tony, al presenciar la escena, lo regañó furiosamente.

—¡Aaron! ¿Qué estás haciendo? John está hablando conmigo.

Jo-on, atrapado entre los dos, agitó las manos.

—No es nada, Tony. Te lo diré después. ¡No te preocupes!

Jo-on, arrastrado por Aaron, lo dejó pasar con indiferencia, como solía hacer, y Tony, que consideró la escena como una broma traviesa entre dos hermanos que se reencontraban después de mucho tiempo, resopló ligeramente y se dio la vuelta.

—¡No molestes demasiado a John, Aaron!

Aaron, que había agarrado el brazo de Jo-on sin responder, bajó rápidamente las escaleras hacia el sótano.

—Espera, espera. Aaron. Suelta esto y hablemos.

—¿Te dolió? Lo siento.

Aaron, que solía mostrarse hosco frente a su familia, levantó las manos en el aire en el momento en que llegaron a la pequeña sala de estar en el sótano.

Desde temprana edad, Aaron solía seguir a Jo-on. Aunque no compartían lazos de sangre, eran los únicos miembros de la familia con una edad similar y del mismo género, lo que les permitía confiar el uno en el otro como amigos.

—Tengo una canción nueva que acabo de hacer. Esta sí que va a ser buena. Me gustaría que John la escuchara antes de subir la muestra.

Es probable que la razón de su cercanía fuera que Jo-on había aceptado con generosidad el peculiar mundo musical de Aaron, algo que su familia no comprendía. Para ser más precisos, Jo-on no mostró una gran aversión.

Aaron sentó a Jo-on en el sofá y le puso unos auriculares. Inmediatamente, un sonido de *heavy metal* que parecía desgarrar los tímpanos comenzó a sonar. Jo-on frunció el ceño y parpadeó.

—Un momento, el volumen está muy alto.

Parece que entendió lo que murmuró, porque el volumen se redujo de inmediato. La música, sin letras adecuadas, estaba compuesta únicamente por guitarras eléctricas. Para los oídos poco entrenados de Jo-on, no importaba cuánto escuchara, no podía distinguir dónde estaba el primer verso y dónde el segundo. Sin embargo, Jo-on se relajó al ver el rostro tenso de Aaron, quien parecía esperar la evaluación de un juez.

—Has mejorado mucho, ¿eh? El sonido es más variado. Aunque no sé mucho, la melodía también está bastante bien…

Entonces, Aaron pareció complacido. Jo-on, aprovechando el momento, finalmente se quitó los auriculares.

—Hace poco me inspiré jugando a un juego y la hice. Pensé que este tipo de ambiente sería ideal como música de fondo. No necesariamente tiene que ser para un juego, ¿no crees que también quedaría bien en una película? Me interesa mucho ese campo.

—Bueno...

Jo-on, al ser un neófito, se abstuvo de hablar. No podía dar consejos triviales sobre un género que desconocía.

—Creí que habías renunciado a la música cuando dijiste que ibas a ir a la universidad, pero parece que no.

—¡Claro que no! Todo lo contrario. Cuando entre a la universidad, me independizaré. Así podré hacer música con más libertad. Mi mamá quiere que toque el coro en la iglesia. ¿Lo puedes creer?

Jo-on se imaginó a Aaron vestido de sacerdote, y pensó que, exteriormente, le quedaría bastante bien. Sin embargo, no lo expresó en voz alta.

Era un chico tan bueno que resultaba irónico que, a la edad en la que ya podría haberse descarriado y fugado de casa, no lo hubiera hecho. A diferencia de sus gustos musicales, Aaron era de naturaleza dócil y no tenía la suficiente iniciativa como para clavar un puñal en el corazón de Maya y Tony.

—No me cuadraban los horarios con los miembros anteriores de la banda, así que busqué una nueva. Pero todos son oficinistas. Me dan muchos buenos consejos. Y yo también estoy aprendiendo mucho de ellos.

Cuando se mencionó a los miembros anteriores, la tenue sonrisa en las comisuras de los labios de Jo-on se endureció. Aaron, sin notar el cambio en Jo-on, continuó hablando con entusiasmo.

—Todos son personas muy maduras. Yo pensaba que no quería vivir una vida como los demás, yendo a un trabajo y teniendo la misma rutina todos los días, pero ellos, dentro de eso, siguen haciendo lo que les gusta y son muy buenos en ello. Incluso tienen un canal y hacen transmisiones en vivo en línea todo el tiempo. Ah, ¿te envié la dirección? Te la comparto ahora. Por cierto, no suben los videos en vivo. ¿Genial, verdad?

Aaron murmuró mientras tecleaba en su teléfono con una mano. A Maya y Tony no les gustaba la música que hacía Aaron, pero parecía claro que los nuevos miembros estaban teniendo una influencia saludable en él.

Y esto también fue un alivio para Jo-on. Los miembros con los que Aaron solía juntarse antes eran de muy mala calidad.

—Ah, también hay una chica coreana en nuestro equipo. Ella se encarga de todo lo relacionado con los videos.

—¿Una chica?

Jo-on aguzó el oído. Aaron, que estaba a punto de presentarle el canal, de repente levantó la cabeza y vio a Jo-on mirándolo y sonriendo.

—¿Qué? ¡No somos nada!

—¿No dije nada?

Aaron, como si se hubiera quedado sin palabras, balbuceó y luego negó con la cabeza con una sonrisa incómoda, dando por terminada la conversación.

—De todos modos, la próxima vez que tengamos un concierto, asegúrate de venir a verlo. Ah, y la habitación que puedes usar es la de allá.

—De acuerdo.

La habitación que Aaron señaló era un semisótano con una ventana pequeña que no dejaba pasar bien el sol, y era la más pequeña de la casa. Sin embargo, al abrir la puerta, se sentía un calor agradable. Esto se debía a que Maya y Tony habían puesto la calefacción a tope.

Parecía que Tony había limpiado la habitación antes de la llegada de Jo-on, ya que la cama tamaño *king* que llenaba la habitación y la alfombra estaban impecablemente ordenadas.

Jo-on abrió el viejo armario para guardar su abrigo y dejó caer su bolso. Luego, como si escalara una montaña, se subió a la cama considerablemente alta y se dejó caer hacia atrás.

La música que había retumbado en sus tímpanos se había ido, dejando solo una tranquilidad pacífica. Aunque no era su género favorito, sintió un vacío en sus oídos. Como la soledad que de repente llegaba cuando la cálida bienvenida de la familia anfitriona, tan cálida como el calor que llenaba la habitación, se desvanecía, Jo-on temía la ansiedad que podría surgir de repente y consumirlo en el tranquilo silencio.

La ansiedad, que había comenzado cuando se vio obligado a pisar esta tierra debido a las circunstancias familiares, visitaba y atormentaba constantemente al joven Jo-on.

A pesar de recibir un afecto desproporcionado en un hogar ajeno tan incómodo como una fiesta ajena, sufría de insomnio y, de repente, se despertaba de un ataque. También experimentó con frecuencia dificultades para respirar, como si alguien le estuviera estrangulando sin razón alguna. Curiosamente, esta ansiedad fue desapareciendo gradualmente a medida que ingresaba a la universidad.

Solo cuando estuvo completamente solo se dio cuenta de dónde debía estar.

Por eso, esta casa, a la que solo venía una vez al año, no se sentía como su verdadero hogar. Era, en todo caso, solo una visita ocasional para la cariñosa y cálida familia de Maya.

Pero ahora, no hay lágrimas de soledad por derramar. Con el tiempo, sus glándulas lagrimales se habían secado hace mucho tiempo. Jo-on jugueteó con su teléfono para distraerse de sus pensamientos. De repente, recordó a Dylan.

Una persona que podía llamar a este lugar su hogar y su lugar de origen. ¿Será que la generosidad de compartir su afecto con un extranjero proviene de eso?

Al buscar, descubrió que no había partidos programados por el momento. Esto se debía a que se tomarían un descanso durante las vacaciones de Navidad. Entonces, probablemente estaría disfrutando de una fiesta en la casa de su familia en el centro de la ciudad.

Toc, toc, un golpe en la puerta, y Jo-on se levantó al instante.

—John, voy a preparar la cena, ¿podrías jugar con Ben mientras tanto?

—Sí.

Era su turno de cumplir con su deber.

Desde la cocina, se escuchaba el sonido de Maya preparando el aperitivo. Un delicioso aroma se extendió por toda la casa mientras ella vertía aceite de oliva en la sartén, salteaba ajo y luego añadía unos camarones tigre negros grandes.

Tony regresó por la puerta trasera que daba a la cocina, con un gato en brazos.

—Oh, vaya. ¡Isabella! ¡Asegúrate de que Niña no se escape de la casa!

—¿A dónde se escapó?

—La atrapé saliendo por la puerta trasera mientras iba a buscar leña.

—De todos modos, Niña es gorda y perezosa, así que no se va muy lejos.

A pesar del regaño de Tony, Isabella se encogió de hombros con indiferencia y tomó a la gorda gata Niña.

Niña era originalmente una gata callejera que solía aparecer por el barrio. Después de que Maya le diera de comer varias veces, se acostumbró a sentarse frente a la puerta trasera y maullar hasta que le daban comida cuando tenía hambre.

Así fue como comenzó el vínculo entre dos personas... no, entre una persona y una gata, y se convirtieron en familia. Era algo raro en el barrio, así que aunque Jo-on había presenciado todo el proceso, aún le parecía sorprendente. Se preguntaba qué era exactamente el destino.

—Pero, ¿hay leña? ¿Por qué?

Jo-on, sentado en la alfombra que había sido elegida intencionalmente en colores navideños, jugando con Ben con juguetes, preguntó. Tony los miró a ambos y señaló el patio trasero con la mano.

—¿Curioso? ¿Quieres ir a ver?

Ben y Jo-on giraron la cabeza y se miraron. Pronto, una sonrisa inocente se extendió por el rostro de Ben.

—¡Quiero verlo!

Jo-on tomó a Ben en brazos y se acercó a la puerta trasera. Los dos asomaron sus caras por la pequeña ventana de la puerta trasera y observaron atentamente el patio trasero sumido en la oscuridad. Desafortunadamente, no se veía nada claramente.

—¿Ves ahí? Hay un círculo de ladrillos en el centro para hacer una fogata, y la leña está apilada dentro. Más tarde, encenderemos una fogata y asaremos malvaviscos.

—Me gusta.

Aunque le preocupaba el frío… a los dos hombres con los ojos brillantes, el viento frío del invierno no parecía importarles en absoluto. Jo-on solo sonrió.

El sol de la mañana entraba por la pequeña ventana, del tamaño de una pantalla de portátil. Jo-on se frotó la cabeza palpitante con la palma de la mano y se revolvió en la cama.

La resaca de la noche anterior, cuando había bebido demasiado vino con un inquilino nuevo por invitación de Tony, lo atormentaba hasta la mañana.

Gimió y trató de ver la hora, pero había varios mensajes nuevos en su teléfono. Eran saludos de Navidad de sus colegas y antiguos compañeros de universidad.

—…Hoy es Navidad.

Su voz, al murmurar, se quebró por la sequedad. Por la hora, parecía que definitivamente no se había levantado temprano. Una sonrisa se dibujó en los labios de Jo-on mientras enviaba saludos como respuesta.

"Parece que ya envié mensajes a todos a los que quería".

Mientras revisaba la ventana del mensajero con los ojos, Jo-on impulsivamente tocó el nombre de Dylan.

—...Porque es Navidad.

Luego, movió sus dedos lentamente para completar el mensaje. A pesar de haber enviado el mensaje varias veces como una máquina, no pudo relajarse hasta que presionó el botón de enviar.

Feliz Navidad

Sin embargo, el mensaje que Jo-on envió no fue visto hasta que la familia de Maya regresó de la iglesia para almorzar juntos.

"¿Será que lo de 'amigo' fue solo por cortesía?"

Quizás la herida en su orgullo, recibida en el momento del rechazo, aún no se había curado. O tal vez ya había comenzado a dirigir su amable atención a otra persona.

No, no. Tal vez estaba concentrado en su familia, ya que estaba con ellos. Sí, esa es la probabilidad más alta. Hoy es una fiesta importante, después de todo.

Mientras Jo-on seguía con sus divagaciones y defensas infundadas, su teléfono vibró, indicando la llegada de un mensaje. Jo-on se apresuró a revisar la respuesta que esperaba de Dylan.

“Hola, John.”

“Me enteré por Aaron.”

Jo-on frunció el ceño. El remitente no era la persona que esperaba.

“¿Has vuelto a casa?”

“¿Podemos vernos?”

Jo-on: “No.”

“¿Todavía estás enfadado por lo de entonces?”

Jo-on; “No”

“Parece que sí.”

“Solo quería saludar.”

“¡¿Es Navidad?!”

Así que no todas las noticias eran buenas en Navidad. Las festividades son iguales para todos, incluso para los idiotas. Jo-on no respondió y lo bloqueó.

Su nombre era Sergio, y era uno de los miembros de la banda que Aaron había traído la Navidad pasada. Se podría decir que era el más problemático del grupo.

—Bueno, no vendrá a buscarme, ¿verdad?

Aunque quería creerlo, Sergio era lo suficientemente capaz de venir a buscarlo. Su personalidad era arrogante, llena de egocentrismo, y le resultaba más cómodo manipular a las personas a su antojo que preocuparse por ellas.

La Navidad pasada, también, se había emborrachado y había mostrado una sociabilidad inapropiada sin reparos. Mezclar insultos en cada frase era lo normal, y el olor a marihuana impregnado en su cuerpo era de lo más desagradable.

La aversión de Maya y Tony hacia la música de Aaron se debía en gran parte a su influencia. De hecho, a ellos les desagradaban más los amigos con los que se juntaba Aaron que la música que hacía.

Jo-on decidió que sería mejor volver a casa rápidamente antes de que Sergio lo encontrara, aunque esperaba que eso no sucediera.

—Le pediré a Tony que me lleve a la estación de metro.

En ese momento, el teléfono volvió a sonar. Esta vez, era una llamada.

—Este maldito acosador.

Jo-on estaba a punto de rechazar la llamada de forma irritada cuando la pantalla mostró a un hombre guapo con un uniforme de hockey, sonriendo. Era Dylan.

—…Ah, mmm. ¿Hola?

—Hola, John. Feliz Navidad.

Jo-on, que había contestado el teléfono por sorpresa, soltó un largo suspiro. Por alguna razón, al escuchar la voz grave de Dylan, la irritación que había subido bruscamente hacía un momento se desvaneció como espuma y su corazón comenzó a latir en silencio. Claramente era una sensación de alivio.

—¿Pasa algo? ¿Te interrumpí?

—No, no. Solo…

Jo-on dudó y luego hizo una pregunta inútil para cambiar de tema.

—¿Cómo has estado?

—No.

—¿Eh? ¿De verdad? Parecía que estabas bien. Incluso marcaste un gol.

La voz, que había sido rígida como si no esperara nada, se suavizó.

—Parece que a alguien le ha empezado a interesar el hockey.

Su conciencia no le permitió asentir. Jo-on todavía no conocía bien las reglas del hockey.

—No es eso.

—¿Entonces es interés en mí?

—…Quizás.

Esta vez, la sinceridad excesiva había sido contraproducente, y se produjo un silencio incómodo. Jo-on se apresuró a sacar otro tema, pero Dylan fue un paso más rápido.

—¿Qué haces hoy?

—Yo…

Jo-on, que inconscientemente estaba a punto de marcar un límite de nuevo, escuchó atentamente la respiración de Dylan y luego habló.

—No estoy ocupado. Estoy en casa de la familia anfitriona con la que viví antes. Ya me iba.

—Qué bien. ¿Quieres que vaya a recogerte?

—¿Eh? ¿Un día como hoy no deberías pasarlo con tu familia?

—No hay nadie. Todos se fueron a Puerto Rico.

—Ah…

—Justo vi una pista de hielo que está bien, ¿qué te parece? Si a John no le importa, ¿damos una clase nocturna hoy?

—Para eso, tendré que ir a casa a buscar mis patines.

—¿Dónde estás ahora?

—Aquí, por Jane y Finch.

Su voz sonaba insegura al dar la ubicación. Era un barrio con una reputación bastante mala en cuanto a seguridad.

—Está bastante lejos. Me parece que tardarías mucho en ir y volver a casa. Seguro que tengo unos patines que te queden.

Jo-on se preguntó dónde estaría esa pista de hielo que había visto, como para que tardara tanto en llegar.

De todos modos, si patinaba, no sería más de una hora. ¿Iría tan lejos solo para eso? Aunque tenía dudas, Jo-on no insistió con las preguntas.

—Si es así…

La voz de Dylan se hizo más alegre cuando Jo-on accedió. Se apresuró a terminar la conversación antes de que la otra persona cambiara de opinión.

—Mándame la dirección. Te recojo enseguida.

Después de enviarle la dirección como le había pedido, Jo-on se sentó en un sillón junto a la ventana que daba al jardín delantero y observó la carretera vacía. Por un tiempo, no pasó ni un solo gato callejero, y el paisaje siguió siendo tan aburrido como si el tiempo se hubiera detenido.

De repente, se escuchó un motor. Jo-on aguzó los oídos y tensó el cuello. Cuando apareció un coche negro, habían pasado unos 30 minutos desde que terminó la llamada con Dylan.

—Maya, Tony. Me voy ya.

—¿Ya?

—¡Isabella! ¡Aaron! ¡Despedíos de Jo-on!

Al escuchar la voz fuerte de Maya, Isabella y Aaron salieron a despedirse.

—Adiós, Jo-on.

—Feliz Navidad a todos y feliz año nuevo.

Jo-on y la familia anfitriona se despidieron. Como solo se veían una vez al año, era incierto cuándo volverían a encontrarse, pero Jo-on se despidió diciendo:

—Maya, nos vemos la próxima Navidad

Para no decepcionarla.

—¿Vendrás dentro de un año? ¡John! Ven cuando quieras. Esta es tu casa.

Jo-on sabía que no lo forzaría, a pesar de sus palabras. Mostró una leve sonrisa, tomó su bolso y dejó la culpa en su lugar antes de salir de la casa.

El coche negro, que había girado en la entrada de la casa de Maya, estaba aparcado justo delante del jardín delantero para que no tuvieran que cruzar la calle. Dylan, que ya se había bajado del asiento del conductor, se apoyó en el coche y saludó con la mano a Ben e Isabella, que estaban pegados a la ventana donde Jo-on había estado sentado hacía un momento.

Fue entonces cuando Jo-on recordó que Ben había empezado a jugar al hockey hacía poco. Seguramente a estas alturas ya había reconocido a Dylan y estaba golpeando la ventana, haciendo un gran alboroto. Se decía que era uno de los jugadores más famosos de la ciudad.

Si se encontraba con Ben el año que viene, podría ser que le reprochara por qué no le había dicho antes que conocía a Dylan.

—Sube.

Cuando se acercó, Dylan le abrió la puerta del asiento del copiloto y le dijo que subiera. La actitud amable, casi como si estuviera acompañando a una dama, le resultaba incómoda y extraña, pero la ansiedad de tener que irse antes de que Ben descubriera la identidad de Dylan lo obligó a subir sin objeciones.

Pensaba que se quejaría cuando Dylan subiera al coche. Sin embargo, antes de que pudiera tener la oportunidad, Dylan inició una conversación y desvió su atención.

—John. Lo siento, ¿podríamos pasar por el supermercado de camino?

—¿Eh? Sí, claro.

Jo-on soltó la respuesta sin pensar y luego, con curiosidad tardía, preguntó:

—Pero, ¿a qué pista de hielo vamos? ¿Está bien hacer la compra ahora? Aunque haga frío, no se estropeará, pero…

Dylan, mirando la carretera, se frotó la barbilla con una expresión juguetona. Justo cuando parecía que iba a hablar, pero se contuvo, un impaciente Jo-on lo apremió.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no respondes? ¿A dónde vamos?

—¿Tienes curiosidad?

Jo-on entrecerró los ojos, preguntándose qué clase de acertijo era aquello.

—Lo sabrás cuando lleguemos.

La pantalla del teléfono de Dylan, a la que echó un vistazo, mostraba un mapa que indicaba una ruta hacia el norte, no hacia el sur donde vivían Jo-on o Dylan.

—Por cierto, tardaremos unos 20 minutos. Ponte cómodo.

No podía relajarse del todo, así que para acortar la distancia que se había creado desde que no había visto a Dylan, Jo-on le contó cómo conoció a la familia de Maya y cómo Ben había empezado a jugar al hockey infantil.

—De hecho, vine a Canadá cuando estaba en la escuela secundaria, y fue entonces cuando empecé a vivir con la familia de Maya. Como era menor y no tenía parientes, Maya fue mi tutora hasta que cumplí la mayoría de edad. Debe haber sido difícil para ella con niños mucho más pequeños que yo, pero me cuidó muy bien. Cuando entré a la universidad, me mudé a la residencia, y después de eso, empecé a vivir solo, pero Maya y Tony son personas buenas que me cuidan todos los años sin olvidarse de mí. Por eso yo también los visito en las fiestas. Ah, el hijo menor se llama Ben y debe tener unos siete años. Me dijo que hace poco empezó a aprender hockey.

—Te refieres al niño lindo que estaba saludando por la ventana, ¿verdad?

—Sí.

Al omitir la complicada historia familiar que había experimentado antes de su primer vuelo y solo explicar los acontecimientos posteriores, sonó de alguna manera como un aventurero con ambición que había pisado un nuevo continente.

—Por cierto, qué increíble. Decidir vivir solo en un lugar con un idioma y una cultura diferentes a una edad tan temprana.

—¿De verdad…?

Al escuchar su cumplido, sonó como si hubiera tomado una decisión bastante trascendental, pero Jo-on nunca había elegido voluntariamente su vida actual. Más bien, fue elegido. Si no daba explicaciones detalladas, todos, como Dylan, lo consideraban admirable.

Jo-on dejó que Dylan lo malinterpretara. Sentía una crisis de que si empezaba a explicar la historia exhaustivamente, tendría que revelar toda su verdadera identidad ante Dylan.

Una vida vacía oculta bajo la brillante fachada de una gran ambición y una decisión trascendental.

La realidad era la de un niño abandonado que, en lugar de elegir su propia vida, se limitaba a seguir impotente las opciones que le eran impuestas. Esa era la historia de Jo-on, débil y patética, que nunca quería que se descubriera.

—Por supuesto. Yo nunca habría podido hacerlo.

—¿Por qué? Creo que Dylan se adaptaría bien.

—¿Sí? Pero yo, en el pasado, pensé que no sería capaz.

Dylan añadió lo último.

—En realidad, cuando iba a la escuela, recibí varias ofertas de Estados Unidos. Pero no fui. No quería irme de aquí. Bueno, de todos modos, el *draft* de novatos era algo que no podía controlar, así que pensé que iría a cualquier lugar que me eligiera y lo dejé todo en sus manos. Tuve la suerte de debutar profesionalmente en mi ciudad natal, así que fue un gran alivio.

—¿Por qué no fuiste? ¿Hay alguna razón?

Dylan, mientras conducía, miró fijamente a Jo-on. Sus ojos se encontraron en el aire. Jo-on se sintió incómodo cuanto más duraba el momento y desvió la mirada primero.

—Deberías mirar al frente.

Mientras lo reprendía, Dylan murmuró en voz baja:

—Tienes razón. Debería mirar al frente. Debería haberlo hecho entonces. No mirar a la persona que tengo al lado.

—¿Eh?

—Nada.

Dylan intentó pasar por alto el tema, pero cuando Jo-on puso una expresión de interés, como si hubiera descubierto una debilidad, se revolvió el cabello rubio ligeramente rizado, como si se arrepintiera de haber hablado.

—Ah, ya veo. ¿Así que no fuiste por una novia?

—Una ex-novia. Solo tenía 15 años.

—Sí. Claro.

—…

—¿Fue tu primer amor?

Dylan sonrió y negó lentamente con la cabeza. No fue una negación ni una afirmación, sino un gesto que indicaba que no quería hablar de ello.

—Nunca he expresado amor por nada que no sea mi familia, mis perros o el hockey, así que no lo sé. ¿Fue eso amor?

Jo-on soltó una risa ligera ante la respuesta, que sonaba propia de alguien obsesionado con el hockey.

—Si a veces la extrañas, tal vez sí.

—Entonces supongo que no.

—Me resulta más difícil creer que no estés seguro si fue amor, incluso cuando la razón para no irte era esa persona.

—Esa no fue la única razón por la que no quise irme. ¿Y tú, John?

Dylan preguntó de nuevo.

—¿Una persona que extrañes?

En el momento en que entendió el significado de sus palabras, retrocediendo en la conversación anterior, el coche entró en el enorme estacionamiento frente al supermercado.

—¿Hay alguien? ¿Un primer amor que dejaste en tu ciudad natal, o… ah, no tus padres?

Jo-on sintió la mirada de Dylan, que simulaba concentrarse en la conducción mientras le echaba un vistazo al asiento del copiloto.

Jo-on, como si se vengara de la prueba de paciencia anterior, simplemente se encogió de hombros en lugar de darle una respuesta directa. Dylan se mordió el labio con frustración y murmuró:

—¿No me lo vas a decir? ¿Estás haciendo esto?

—No sé.

—Parece que ya has aprendido a jugar conmigo.

—No sé de qué hablas.

Mientras Jo-on respondía en tono de broma, Dylan susurró en voz baja con una leve sonrisa:

—Tengo curiosidad por todo de ti. Sabes lo que pienso de ti.

Jo-on, avergonzado, no pudo seguir hablando, así que Dylan, para romper el ambiente tenso, se apresuró a terminar de estacionar y dijo:

—¿Te gusta el bistec?

—¿Eh? Ah…

—Vamos a elegir algo que te guste.

El motor se apagó y se hizo el silencio. Jo-on se desabrochó el cinturón de seguridad y se rascó la mejilla sin motivo.

—No soy vegetariano, pero como más verduras que carne.

—Eso es bueno. Empecemos por conocer tus hábitos alimenticios. ¿Bebes vino? ¿O eres más de cerveza? ¿Whisky?

Al salir del coche, Dylan señaló con la cabeza el LCBO [9] al lado del supermercado.

—Sé beber un poco de todo. Pero no disfruto mucho.

—Eso también está bien. ¿Y en cuanto a postres? ¿Te gusta lo dulce?

—…Si hay, como.

Jo-on, respondiendo a las preguntas triviales, de repente se dio cuenta de algo. La persona Song Jo-on no era alguien con gustos definidos.

Esto no solo se aplicaba a sus preferencias alimentarias. Lo mismo ocurría con toda su vida hasta ese momento. Era una sucesión de vidas sin rumbo ni dirección.

—¿Y tú, Dylan?

—¿Yo?

Dylan, que estaba sacando un carrito y empujándolo, hizo un sonido como si estuviera pensando, y luego dio una respuesta sin sentido que dejó a Jo-on con ganas de más.

—Yo como de todo. No soy de los que rechazan la comida.

—…Claro.

Y añadió amablemente:

—Lo más importante es con quién estás.

Por alguna razón, después de comprar los comestibles según los gustos de Jo-on, el coche de Dylan salió del estacionamiento de la tienda y se dirigió hacia el norte por la autopista 400. A medida que se alejaban de la ciudad, los edificios de hormigón disminuían notablemente y el horizonte se hacía más bajo.

En lugar de vallas toscas, abetos que parecían árboles de Navidad con nieve sin derretir se alzaban irregularmente hacia el cielo, empezando a llenar densamente los bordes de la autopista. Como no se veía mucho alrededor, Jo-on simplemente supuso que estaban muy lejos de cualquier zona residencial.

El coche se adentró en un bosque de coníferas de hoja perenne apartado, como si eligiera a propósito caminos solitarios. A medida que el entorno se oscurecía, Jo-on se puso tenso, vigilando los alrededores.

—Dylan, ¿a dónde vamos ahora?

—Ya casi llegamos.

El sendero, bordeado por árboles de decenas de metros de altura, estaba impecablemente pavimentado. Sin embargo, el coche de Dylan era tan grande que se sentía estrecho, tanto que si se encontraran con un coche de frente, sería un problema.

La velocidad del coche disminuyó rápidamente cuando comenzaron a verse pilares de ladrillo que parecían hitos. Jo-on reconoció lo que eran solo cuando se acercó.

Eran los pilares de una puerta con un sistema de seguridad incorporado que impedía la entrada de vehículos externos. Parecía recién construida, sin musgo ni partes descoloridas, como nueva.

Dylan detuvo el coche delante de ella y bajó la ventanilla del lado del conductor. Al pasar la tarjeta por el lector negro, la puerta se abrió con un ruido y les dio la bienvenida.

Sin embargo, el coche tuvo que seguir conduciendo mucho más allá de la puerta. Era la primera vez que veía una casa con una entrada tan larga.

Finalmente, cuando el coche redujo la velocidad por completo, Jo-on se frotó los ojos, incapaz de creer lo que veía ante la mansión.

—...Dylan, ¿es tu casa?

—Es la casa de mis padres. Como te dije, mis padres están en Puerto Rico, así que solo estoy yo aquí. También para asegurarme de que no hay nada que arreglar.

—Pensé que tus padres vivían en Midtown.

Jo-on preguntó, recordando el día en que se reencontró con Dylan por casualidad. Recordó que Dylan le había dicho que la casa de sus padres estaba cerca cuando lo volvió a encontrar en la pista de hielo pública cercana.

—Así es. Ahora viven en ese barrio, pero después de jubilarse, querían vivir con un poco más de holgura, así que empezaron a construir esta casa. La construcción acaba de terminar hace poco, así que los miembros de la familia nos turnamos para venir a revisar varias cosas.

Dylan explicó brevemente la situación mientras salía del coche. Con los brazos cargados de cosas que había comprado en el supermercado, señaló la casa con la cabeza.

—Pasa. Te la enseñaré por dentro.

—¿Puedo entrar?

—Claro que sí. Te estoy invitando ahora mismo.

Jo-on no pudo ocultar su expresión de asombro mientras tomaba parte de las cosas de Dylan. Su conciencia le picaba al ser invitado a la casa de otra persona sin ninguna preparación.

Si lo hubiera sabido, habría comprado un regalo en el supermercado. Pero, de todos modos, no había pensado que Dylan lo invitaría a su nueva casa.

Sin embargo, la curiosidad era mayor que la culpa, así que siguió a Dylan sin protestar. Antes de que Dylan abriera la puerta, se volvió un momento hacia Jo-on y le puso una presión innecesaria.

—Eres el primer invitado.

—Tendría que haber comprado algo…

—No te preocupes por eso en absoluto.

—Entonces… con permiso.

Jo-on dudó al entrar en la entrada, y Dylan respondió con naturalidad:

—Bienvenido.

Al abrir la puerta, que era un poco más grande que la de una casa normal, se reveló una entrada espaciosa. Había un pasillo largo, al final del cual se vislumbraba parte de la sala de estar. A la derecha de la entrada, había una pequeña sala de estar con un banco para cambiarse cómodamente los zapatos y un espejo de cuerpo entero para revisar la apariencia.

Jo-on colgó su abrigo en la habitación que parecía un vestuario, guardó sus zapatos y se puso unas pantuflas. Mientras tanto, Dylan llevó los comestibles a la cocina.

—La casa es realmente bonita.

Mientras lo seguía hacia el interior, los ojos de Jo-on no dejaban de explorar el entorno. Esculturas y marcos que daban un toque especial a las paredes limpiamente pintadas, y muebles de madera clara con un estilo unificado y luminoso, creaban una atmósfera cálida.

Como era una casa recién construida, tal como había explicado Dylan, no había muchos muebles. Había espacios vacíos en cada habitación, lo que le daba un aire algo desolado.

Jo-on llegó al final del pasillo y observó lentamente la espaciosa sala de estar. En una esquina había una chimenea, que no era solo decorativa, sino que era una chimenea real conectada a una chimenea.

Al lado, una ventana panorámica alargada ofrecía una vista clara del patio trasero. Aunque todavía estaba cubierto de nieve, lo que impedía apreciar completamente el paisaje del jardín escondido debajo, era evidente que era lo suficientemente grande como para jugar a la pelota.

Era una casa que no podría comprar ni con todo el salario de toda su vida, por insignificante que fuera su sueldo. La diferencia era tan abismal que ni siquiera sentía envidia. Solo le sorprendía que, con el paso del tiempo, hubiera llegado el día en que pudiera contemplar una casa así.

Entonces, de repente, se preguntó por qué Dylan lo había traído allí.

—Un momento, Dylan. ¿No íbamos a la pista de hielo?

Dylan se acercó a Jo-on, que estaba de pie frente a la ventana panorámica, y le puso una mano grande sobre el hombro de Jo-on, que solo llevaba un suéter fino. El calor de su cuerpo y el peso lo oprimían firmemente. En el momento en que encogió los hombros por la tensión, Dylan sonrió y, manteniendo la mano en su hombro, movió a Jo-on para que cambiara de dirección.

—¿Lo ves ahí?

Un susurro cálido llegó de los labios de Dylan, cerca de su oreja. Jo-on abrió mucho los ojos al observar una esquina del patio trasero hacia donde miraba Dylan. Había una instalación rodeada por una valla blanca que le llegaba hasta la cintura.

—No me digas… ¿eso es una pista de hielo?

—Sí. Hoy somos solo nosotros dos.

«¿No te parece emocionante?», parecía preguntar Dylan, que parecía mucho más emocionado.

—Espera, antes de irnos, hay algo que tenemos que hacer.

Dylan dijo eso y detuvo a Jo-on, que tenía los ojos brillantes como si fuera a salir corriendo hacia el hielo en cualquier momento. Jo-on lo siguió, bajando los escalones en espiral.

La planta baja, como en la mayoría de las casas, era la planta baja que daba directamente al patio trasero. La mansión en sí estaba construida en un terreno ligeramente inclinado, por lo que parecía haber poco riesgo de inundaciones, pero una planta baja directamente conectada al patio trasero era propensa a la entrada de insectos si no se tenía cuidado.

Afortunadamente, la nueva mansión de la familia Maclean estaba bastante lejos de tales preocupaciones. El mármol pulido del suelo brillaba tan suave y blanco que hasta los insectos parecerían temer pisarlo.

La planta baja parecía ser un espacio dedicado exclusivamente al ocio. A un lado, había una barra de bar y una mesa de billar, y un sofá mullido y amplio que parecía más acogedor que cualquier cama, junto con una pantalla gigante, evocaban una sala de juegos típica.

Dylan no mostró mucho interés en esa zona y caminó por el pasillo detrás de la barra. El pasillo, que se extendía en línea recta, tenía varias puertas, y el lugar al que llegaron era la última habitación al final del pasillo. Justo cuando pensó que la puerta era mucho más ancha y grande que las demás, Dylan la abrió de par en par para mostrar el interior.

Era una habitación que se parecía al vestuario de un equipo profesional. Allí se exhibía la historia del hockey de Dylan como en un museo.

El uniforme, el casco, los patines, el *stick* y el equipo de protección que Dylan usó de niño. El tamaño de los uniformes, con diferentes colores y diseños, aumentaba gradualmente hacia la derecha, hasta que, al final, se convertía en el uniforme oficial de los Toronto Polar Bears, el equipo en el que juega actualmente.

—¿Todos estos son uniformes y equipos que usaste?

—Sí. Mis padres los guardaron sin tirarlos y los tienen aquí.

Dylan, con una sonrisa ligeramente avergonzada, guio a Jo-on.

—Por cierto, siéntate aquí.

Jo-on se sentó en el largo banco en el centro de la habitación y solo observó en silencio el equipo que Dylan traía a manos llenas. Aunque Jo-on seguía siendo un novato en el hockey, todo el equipo le parecía claramente de hockey.

—Hmm. ¿Así estará bien?

Dylan dejó el equipo en el suelo y se arrodilló frente a Jo-on. Le quitó las zapatillas a Jo-on y puso su mano en la planta de su pie, murmurando para sí mismo. Parecía estar adivinando la talla.

—Un 8 o 8.5 debería ser suficiente. De todos modos, no me quedan exactamente.

Cuando Jo-on explicó para ayudarlo, Dylan asintió con la cabeza.

—Entonces los patines que usé pocas veces porque me quedaban pequeños serán perfectos.

Luego se levantó y revolvió en el casillero. Sacó una caja cuadrada, abrió la tapa y sacó los patines cuidadosamente guardados en una bolsa. Luego se sentó de nuevo frente a Jo-on y, como si fuera un dependiente de una tienda de zapatos, le puso las espinilleras y los patines.

—Yo lo hago.

—Está bien. Como es la primera vez, te ayudaré. Déjalo en mis manos.

Jo-on jugueteó con las puntas de los dedos dentro de su puño cada vez que su firme agarre le rozaba la pantorrilla y le envolvía la planta del pie. El calor de su cuerpo, que había estado sintiendo desde hacía un rato, cosquilleaba extrañamente los pequeños nervios de su piel, haciéndole sentir un ardor.

Aunque sabía que sus intenciones no eran maliciosas, sus pensamientos se desviaban hacia una dirección poco saludable, pues Dylan había estado actuando de forma diferente desde el día en que le regaló el *puck*. Como esas miradas sutiles y descaradas que a veces se encontraban.

Dylan, concentrado en ponerle los patines, de repente empezó a desatar los cordones que ya había atado. Jo-on inclinó la cabeza, observando su rostro, y Dylan levantó la vista con una expresión de perplejidad.

—Ahora que lo pienso, te resultará incómodo jugar con esta ropa. Te dolerán los tobillos, así que te daré unos calcetines gruesos. Póntelos. ¿Qué te parece si te cambias también la ropa de deporte?

—¿Eh? No…

Jo-on no tenía ropa de deporte, ya que no pensaba quedarse mucho tiempo en casa de Maya. Dylan, al darse cuenta rápidamente de su situación, corrió como un niño hacia el pasillo y regresó con una ropa deportiva de invierno que parecía cómoda.

—Toma. Es mi ropa. Cámbiate con esto. Estarás mucho mejor que con lo que llevas ahora.

Jo-on miró alternativamente la ropa que tenía en las manos y a Dylan, que estaba de pie en la puerta.

—¡Ah! Lo siento. Cuando hayas terminado de cambiarte, avísame. Te ayudaré.

Al darse cuenta de su petición tácita, salió rápidamente de la habitación y cerró la puerta. Alguien podría haber estado observando a Jo-on a través de la ventana sin cortinas, pero como nadie podía entrar en el patio trasero de la propiedad de la familia Maclean, Jo-on se desnudó sin sentir ninguna amenaza.

La ropa deportiva de Dylan, que era al menos dos tallas más grande de lo que Jo-on solía usar, desprendía un olor agradable, como si acabara de ser lavada y secada al sol de primavera.

Jo-on se arregló las mangas y, con la ropa ya puesta, miró alrededor en silencio. Con cautela, se acercó a la puerta y agarró el pomo. Por alguna razón, el pomo de la puerta se sentía pesado en su mano. Antes de que pudiera discernir la identidad de la sombra que oscurecía la rendija cada vez más ancha de la puerta, Jo-on supo intuitivamente que Dylan había estado allí todo el tiempo.

—¿Dylan?

El pasillo sin ventanas era incomparablemente más oscuro que la sala de estar. Era tan oscuro que era difícil distinguir la expresión del rostro de la otra persona.

—¿Ya te cambiaste?

—Sí.

—Entonces te ayudaré a ponerte las protecciones.

Jo-on dudó y detuvo a Dylan.

—Está bien. Yo lo haré. Me acordaré con solo verlo una vez.

Por un instante, un arrepentimiento pasó por el rostro impecable de Dylan, como si se hubiera dado cuenta de su propio error. Jo-on recogió las protecciones tiradas en el suelo y se sentó en el banco. Luego, recordando el orden en que Dylan las había puesto antes, se puso diligentemente las protecciones de espinillas.

Dylan, con menos excusas para tocar el cuerpo de Jo-on, sacó sus propios patines y se sentó junto a Jo-on, observándolo atentamente. Parecía dispuesto a quitarle de las manos cualquier cosa que hiciera con torpeza y ofrecérsele a cambio. La mirada, como si esperara que cometiera un error, era muy agobiante.

Jo-on giró la cabeza lentamente, como si le molestara un poco. Sus ojos se encontraron en el aire. Al darse cuenta de que sus intenciones ocultas estaban siendo leídas, Dylan bajó los ojos y mostró una sonrisa radiante para ocultar sus verdaderos sentimientos.

—Oye, Dylan.

—Sí, John.

Jo-on, que había estado pensativo por un breve momento, se pasó la lengua por los labios y le hizo una petición torpe.

—No solo yo voy a cambiarme de ropa… me gustaría verte con el uniforme de hockey, como cuando juegas.

Era una estratagema que Jo-on había ideado después de mucho pensar. Si no desviaba su atención, sentía que Dylan se abalanzaría sobre él y le quitaría toda la ropa que llevaba pegada a las piernas.

Pero no se sabía si era la respuesta correcta o incorrecta, Dylan abrió mucho los ojos y luego levantó una comisura de los labios, mordiéndose el labio para contener la risa. Su reacción fue desconcertante.

—¿Por qué te ríes? Solo tengo curiosidad. Si no quieres, no lo hagas.

—No, no. No es eso.

—Solo lo dije para probar.

—Entendido. Ya sé cómo funciona.

—¿Eh?

Mientras Jo-on se desconcertaba por la respuesta un tanto descabellada, Dylan, que se había levantado de su asiento, murmuró:

—…Si tú lo quieres, lo que sea.

Luego, frente al casillero donde colgaba el uniforme más reciente, empezó a quitarse la camiseta. Su cuerpo musculoso y compacto, que parecía irrompible, quedó al descubierto. Hombros, espalda, abdominales, ni un solo músculo estaba flácido. Jo-on ni siquiera había imaginado que debajo del holgado uniforme se escondiera un cuerpo así.

—¿Qué… haces?

Jo-on preguntó con el rostro endurecido, mientras Dylan, con una expresión serena, se encogió de hombros con naturalidad.

—Dijiste que querías verme con el uniforme.

—…¿Debería, eh, debería salir?

—¿Es necesario?

Luego, se bajó también los pantalones de entrenamiento. Jo-on superó su curiosidad y giró la cabeza para evitarlo. Aunque era ridículo que dos hombres fueran tan reservados entre sí, una vez que se volvió consciente de su relación con Dylan, no era fácil tratarlo como si nada hubiera pasado.

—¿De qué te avergüenzas?

Dylan se acercó a Jo-on y se puso el uniforme azul sobre el cuerpo desnudo, solo con las hombreras y los protectores de codo.

—De todos modos, somos dos hombres.

En la parte inferior del cuerpo, que llevaba las espinilleras, vestía unos pantalones holgados parecidos a los bóxers. Con los guantes gruesos y el *stick* bajo el brazo, se inclinó y miró a Jo-on.

—¿Satisfecho?

—…

Dylan era el tipo de hombre que sabía muy bien cómo se veía su apariencia a los ojos de los demás. Confiado hasta la arrogancia, e incluso lo suficientemente inteligente como para levantar intencionadamente su uniforme un poco para atraer sexualmente mientras fingía arreglárselo.

—¿Vamos?

Le tomó la mano a Jo-on y lo levantó. Con su ya corpulenta figura y las hombreras puestas, se sentía como si estuviera frente a un gigante, con una abrumadora sensación de presión. Aunque sabía que eran solo equipos de protección, cada uno de sus movimientos lo ponía nervioso, como si estuviera imbuido de fuerza.

—¿Por qué? ¿Quieres tocar?

—¿Eh? ¿Qué…?

Cuando Jo-on apartó la mano, Dylan la soltó sin resistencia y respondió con un tono ligero:

—El hombro. Me estabas mirando fijamente.

—Ah…

—¿Qué estabas pensando? ¿Cosas sucias?

—Por supuesto que no.

Con un tono juguetón, Jo-on giró la cabeza bruscamente y tomó los guantes y el *stick* que Dylan había dejado a un lado.

—Vamos rápido. ¿Salimos por ahí?

Jo-on se dirigió directamente a la pequeña puerta que parecía dar al patio trasero, sin saber el camino. Su suposición era correcta: al abrir la puerta intermedia, se encontró directamente con la entrada que daba al exterior.

Al abrir otra puerta, apareció un camino recto por el que se podía caminar incluso con patines. Al final de este camino se encontraba la pista de hielo que había visto desde la sala de estar.

Con los guantes tan gruesos que le costaba mover los dedos y el *stick* torpemente en la mano, Jo-on caminó con torpeza. Detrás de él, Dylan, que llevaba el casco, los guantes y el *stick* que Jo-on iba a usar, lo seguía con una sonrisa oculta entre los labios.

En algún momento, sus ojos verde oscuro se fijaron obstinadamente en un punto. Debajo de la sudadera holgada que se le había resbalado por la talla incorrecta, se revelaba una nuca recta y blanca.

—Espera un momento. Parece que tengo que arreglar el hielo.

Dylan, que estaba de pie frente a la puerta que daba a la pista, miró el estado del hielo y luego tomó a Jo-on por el hombro, girándolo. Era un banco dispuesto al costado de la pista.

—Siéntate aquí y espera un momento.

Luego, le entregó el *stick* y los guantes a Jo-on y volvió caminando tranquilamente hacia la mansión. Poco después, Dylan reapareció con una llave y una chaqueta en la mano.

—Póntela.

A juzgar por su diseño desconocido, la chaqueta era de Dylan, no de Jo-on. Si se la iba a traer, hubiera sido mejor que fuera la suya, la que colgaba junto a la entrada. Sin embargo, el frío era tan intenso que calaba hasta los huesos, así que Jo-on se puso en silencio la chaqueta de Dylan y observó cómo la puerta del garaje se abría automáticamente.

Después de que la puerta automática se abriera por completo, Jo-on soltó un grito.

—¿Tienes una Zamboni en casa?

Como si hubiera anticipado su reacción, Dylan rio a carcajadas y extendió una mano hacia Jo-on.

—¿Quieres probarla?

El asiento del conductor de la Zamboni era alto y estrecho. Solo cabía una persona. Jo-on se acercó a Dylan, quien bajaba del asiento del conductor, y luego miró sus propios pies con los patines puestos.

—¿Quieres cambiarte a las pantuflas?

Dylan se quitó las pantuflas que parecía haberse puesto en el garaje.

—No, está bien. Tendrás frío en los pies, Dylan. Además, es un engorro volver a ponérselas. Yo solo miraré, así que muéstrame cómo funciona.

Dylan era un jugador profesional que podía ponerse y quitarse los patines con los ojos cerrados, pero Jo-on no. No tenía el valor de repetir ese proceso engorroso y problemático varias veces, así que decidió rechazar subirse a la Zamboni.

Quizás se vio como si hubiera trazado una línea sin querer, porque Dylan se subió de nuevo a la Zamboni con el rostro enrojecido, que había mostrado al aparecer en ella, ahora ligeramente apagado.

Luego, en silencio, recorrió la pequeña pista de hielo, que no parecía ni la mitad de una pista de hockey normal, y alisó la superficie del hielo. El proceso no tardó ni 10 minutos.

Después de alisar la superficie y levantar las cuchillas, la Zamboni no era muy diferente de un coche con una forma de cabeza inusual. Las ruedas desiguales rodaron lentamente sobre el hielo y entraron en el garaje. Dylan, después de colocar la Zamboni en su lugar y hacer un mantenimiento sencillo, salió con una portería en una mano y un cubo lleno de discos en la otra.

Jo-on, observando el silencio de Dylan, echó un vistazo sigilosamente al cubo lleno de discos. Notó las pequeñas marcas en la superficie de los discos de práctica. Debían ser las cicatrices de la gloria que Dylan había creado a lo largo de innumerables horas de práctica.

Mientras se instalaba la portería, Jo-on recogió un disco sin motivo y lo jugueteó con la mano desnuda. A diferencia del movimiento ligero que mostraban cuando eran golpeados por un delgado *stick* de hockey, los discos, desgastados por innumerables prácticas, eran sorprendentemente fríos y pesados.

En ese momento, una mano blanca y grande envolvió cálidamente el dorso de la mano de Jo-on, como acariciándolo, y le quitó el disco sigilosamente. Jo-on levantó la cabeza y vio a Dylan, que se había acercado sin que se diera cuenta, con una expresión de enfado, lanzando el disco sobre el hielo como si fuera una piedra en el agua.

—…Lo estaba mirando.

Esta vez, Dylan tomó la mano de Jo-on y la manipuló descaradamente. Quizás por el frío del aire, la temperatura de su piel se sentía más alta de lo normal.

—Jo-on, tus manos están calientes.

—…

Dylan soltó la mano de Jo-on y se movió los dedos, como si lamentara algo.

—No me malinterpretes. El disco debe estar frío. De lo contrario, no se puede controlar y puede rebotar por todas partes.

Murmuró con un tono algo brusco, luego eligió un disco de práctica del cubo y sacó uno. El logotipo oficial de la liga de hockey grabado en la superficie brillaba con un brillo violeta. Con una voz más suave, explicó amablemente:

—Tiene que estar frío para que sea más duro, y así se pueda controlar.

—¿De verdad?

—Sí. Ah, aunque sea duro, no significa que no pueda ser perforado por una bala. Alguien lo probó y se hizo pedazos.

Jo-on no tenía curiosidad por eso. Como Jo-on no reaccionó mucho, Dylan continuó explicando.

—Cuando está congelado, mantiene su color así, pero si el color se vuelve transparente, hay que enfriar el disco. Por eso, durante los partidos, los discos se cambian constantemente.

Fue entonces cuando los ojos de Jo-on se abrieron de curiosidad.

—No es diferente de otros deportes. Las pelotas de béisbol también se cambian porque si se sueltan las costuras, al lanzador le resulta difícil controlarlas.

Dylan, que no se había perdido eso, tiró el disco de nuevo al hielo y revolvió buscando otro. Había muchos discos lisos sin logotipo, pero Dylan los tiró todos al hielo y solo le mostró a Jo-on los que

brillaban como nuevos y tenían un color bonito. Como un niño de preescolar que presume de una concha bonita que encontró en la playa.

—Qué fascinante.

Jo-on reaccionó con un tono inexpresivo, fingiendo sorpresa. Dylan, no era tan despistado como para dejarse engañar por una actuación tan torpe, así que rápidamente volvió a su expresión seria y le quitó el *stick* que Jo-on tenía bajo el brazo.

—Listo, ¿estás preparado para aprender? Hoy practicaremos tiros.

—¿De repente? Ni siquiera sé patinar.

—Será más fácil con el *stick*.

Jo-on frunció el ceño ante la actitud de Dylan, que golpeaba el hielo. Le recordó a un anciano apoyándose en un bastón. Aunque no podía dar un paso, usar el *stick* como bastón le ayudaría a mantener el equilibrio. Ese era el significado.

Cuanto más se fruncía el ceño de Jo-on con descontento, más se extendía una sonrisa por el rostro inexpresivo de Dylan. Luego, Dylan, con los dientes al descubierto, aflojó los ojos como si no pudiera más y empezó a reír a carcajadas.

—Ven aquí. Será mucho más divertido que patinar solo. Yo te enseñaré.

Dylan tomó el brazo de Jo-on, lo abrazó por detrás, y lo empujó lentamente hacia adelante. Mientras tanto, no olvidó arrastrar los discos esparcidos por todas partes con su *stick* y juntarlos en un solo lugar.

Dylan, con Jo-on, que aún patinaba torpemente, en brazos, dio una vuelta por la pista de hielo y se detuvo en el centro, frente a la portería. Sorprendentemente, los discos que había empujado sin esfuerzo se habían reunido milagrosamente en el centro.

—Jo-on, ¿eres diestro?

—Sí.

—Lo sabía. Menos mal que traje el adecuado. Sujeta el extremo del *stick* con la mano derecha y el eje con la izquierda.

Dylan, de pie frente a Jo-on, le mostró un ejemplo, separando un disco del grupo y golpeándolo con una postura similar a la de un *swing* de golf. Con el impacto, se escuchó un sonido sólido, como si se hubiera golpeado una piedra con un martillo. Luego, el disco voló en un abrir y cerrar de ojos y se vio girando tranquilamente frente a la portería.

—…¿Falló?

—¿Qué dices? Entró y rebotó.

Dylan negó con la cabeza y sonrió con arrogancia. La velocidad era tan alta que Jo-on ni siquiera vio cómo el disco entraba en la portería.

—Entró en la esquina superior izquierda.

—¿Apuntaste ahí?

—Sí.

—Es demasiado rápido, no puedo seguir el movimiento.

—Te acostumbrarás.

Jo-on recordó las veces que se había sentido abrumado por la increíble velocidad al ver los partidos. Aunque la velocidad varía en cada deporte, el hockey estaba a otro nivel en comparación con otros deportes de pelota. A diferencia de los deportes de campo tradicionales donde se corre sobre césped, en el hielo, con menos fricción, los jugadores pueden esprintar a 30-50 km/h. Todo mientras controlan un disco más pequeño que la palma de la mano con un palo delgado.

Por eso, la portería también es increíblemente pequeña, y cuando el portero, que ya es grande de por sí con protecciones, cascos y demás equipos, se interpone, un atacante como Dylan no tiene más remedio que mejorar la precisión de sus tiros para marcar un gol.

—Oye, Dylan. Entonces, ¿quizás…?

Jo-on vaciló un momento. Dudaba en hacer una pregunta infantil. Como si hubiera leído sus pensamientos, Dylan preguntó en su lugar:

—¿Si puedo golpear una botella de agua, dices?

Jo-on asintió con vergüenza.

—¿Fue una pregunta demasiado infantil?

—No, no tanto.

Dylan miró a su alrededor, y al no encontrar nada adecuado, tomó tres o cuatro discos. Luego corrió hacia la portería y los colocó precariamente de lado, utilizando el borde de los discos.

—Mira bien.

¡Plaf! Después de un sonido de impacto idéntico al anterior, el disco que estaba más a la izquierda desapareció. El disco que Dylan había golpeado rebotó en una dirección extraña con el impacto, y el disco que había colocado entró directamente en la portería. Jo-on no podía creer lo que veían sus propios ojos, y miró alternativamente el *stick* de Dylan y el disco frente a la portería. Era imposible que hubiera trucos en tan poco tiempo, así que realmente estaba usando un disco para derribar el otro. Era el llamado "sacar de la jaula" a la manera del hockey.

—¿Quieres más?

Después de golpear todos los discos, Dylan examinó el rostro de Jo-on con una actitud triunfante.

—¿Lo hago bien, verdad?

—…Sí, es increíble.

Jo-on miró su expresión y, afortunadamente, esta vez parecía realmente impresionado. De lo contrario, no habría tenido sentido el esfuerzo.

—Tú también puedes hacerlo.

—¿Yo?

—Claro. Si practicas 500 veces conmigo todos los días.

—…

Dylan dijo: "Nada es fácil en este mundo", y se acercó detrás de Jo-on para ayudarlo a tomar la postura. Al poner su mano sobre la de Jo-on, que sujetaba el *stick*, y al bajarle la parte superior del cuerpo hacia el pecho para que se inclinara, las nalgas de Jo-on, que se habían inclinado torpemente, tocaron a Dylan.

El calor del rostro de Dylan, que se había colocado sobre su hombro derecho, le hizo cosquillas en la oreja. Justo cuando pensaba que estaba demasiado cerca, Dylan, con seriedad, explicó con voz suave:

—Apunta bien la cabeza al disco y mira la portería.

El susurro caliente se filtró hasta su nuca.

—Retira el *stick* y luego golpéalo así.

La instrucción fue clara y concisa. El *stick*, que sujetaban ambos, se movía más por la voluntad de Dylan que por la de Jo-on. De todos modos, el disco, golpeado por la cabeza del *stick*, se movió lentamente y se deslizó hacia la portería. En el momento en que cruzó la línea roja, Dylan levantó los brazos y vitoreó, luego intentó abrazar a Jo-on, pero en su lugar le acarició la cabeza.

—¿Fue gol?

—¡Sí! Es tu primer gol de hockey. ¡Felicidades!

—¿Mi primer gol de hockey…? Es solo práctica.

Sin embargo, a pesar de ser solo práctica, la expresión "primer gol" hizo que ese momento fuera especial. Jo-on relajó sus brazos, que estaban rígidos por la tensión, y finalmente mostró una expresión radiante.

—Sigue. Si fallas, yo lo meteré por ti. Así será una asistencia tuya.

Dylan corrió cerca de la portería y patinó hábilmente, moviendo los brazos mientras se movía. Jo-on agitó su *stick* con fuerza para su primera asistencia de hockey.

La práctica terminó cuando las manos de Jo-on, que sujetaban el *stick*, se quedaron sin fuerzas, después de continuos tiros y pases. Si Dylan no se hubiera sorprendido al ver a Jo-on desmadejado como una flor marchita por no haber bebido suficiente agua, y no hubiera gritado el final de la clase, Jo-on habría terminado con dolores musculares tan fuertes que no habría podido caminar bien en días. Fue un alivio que Dylan se diera cuenta, aunque tarde, de la diferencia de resistencia entre un aficionado y un jugador profesional.

Aun así, mientras concentraba toda su atención en el pequeño disco, las triviales preocupaciones y el resentimiento que sentía desaparecieron por completo. Jo-on no se dio cuenta, pero su rostro reflejaba una expresión de relajación natural. Era cierto que mover el cuerpo para borrar la mente cuando estaba confusa era la solución correcta.

—¿Ordenamos?

Dylan dijo eso, pero no fue una propuesta obligatoria. Comenzó a ordenar dando una vuelta a la pista de hielo, tocando suavemente los discos esparcidos al azar y reuniéndolos frente a la puerta.

Luego, sacó la portería que había estado fijada en la línea de gol y se acercó rápidamente a Jo-on. Se quitó los guantes y le preguntó, mientras le limpiaba un trozo de hielo de la mejilla a Jo-on:

—¿Estás cansado?

Jo-on, que había estado a punto de alardear diciendo que no, cambió de opinión de inmediato.

—Un poco. Y tengo sed.

—Olvidé traer la botella de agua.

—Está bien. Podemos ir a beber dentro, supongo.

—De acuerdo, entonces.

Tomó la portería y el *stick* con una mano, los sujetó bajo el brazo y con la otra rodeó los hombros de Jo-on.

Aunque tenía solo dos brazos, no renunció a nada de lo que tenía que hacer. Incluso deseó poder llevar a Jo-on, que estaba exhausto, bajo el brazo también.

Gracias al efecto de la clase especial del jugador profesional, Jo-on ya era capaz de patinar en línea recta al ritmo de Dylan. Ya no tenía los músculos trapecios tensos por la nerviosismo, ni las cuchillas de sus patines temblaban al empujar el hielo.

¿Será que la sensación era diferente por los patines de alto precio que usaban los jugadores profesionales?, pensaba Jo-on sin sentido mientras Dylan, que abría la puerta de la pista, lo miraba de repente.

—¿Quieres subirte a la Zamboni por última vez antes de entrar?

La forma en que se empeñaba en subirlo a la Zamboni era, por alguna razón, persistente. Jo-on no pudo ocultar el temblor de sus ojos por un instante.

En realidad, cuando Dylan se lo había ofrecido por primera vez, Jo-on había querido subir, pero el frío y el engorro de ponerse y quitarse los patines le habían hecho declinar. En cambio, ahora que había terminado de hacer ejercicio, su cuerpo estaba caliente y se sentía más relajado que antes.

—¿Puedo hacerlo?

—¡Claro!

Dylan, al ver las mejillas de Jo-on sonrojadas y asintiendo con la cabeza, sonrió con orgullo, como si finalmente hubiera logrado su objetivo.

—Espera un momento aquí. Voy a traerla.

Se dirigió al garaje con la portería plegada. Mientras Dylan inyectaba agua a la Zamboni y desconectaba el cable de carga eléctrica, Jo-on se quitó los patines con dificultad.

En algún momento, Dylan, que había regresado después de dejar las cosas, se sentó frente a Jo-on y le puso las pantuflas en los pies, que estaban calientes por el ejercicio.

—Sube con cuidado. Para que no te caigas y te lastimes.

El asiento del conductor de la Zamboni era mucho más alto de lo que parecía desde el suelo. Como había una mano que lo apoyaba por detrás, Jo-on pudo subir al asiento del conductor sin dificultad.

—¿Ves las palancas a la derecha? Con esas funciona. Si bajas la palanca recta, sale agua, y si giras la palanca redonda a la derecha, puedes mover la cuchilla que alisa la superficie hacia arriba y hacia abajo.

Dylan le explicó cómo manejar la Zamboni. Jo-on lo escuchó atentamente, concentrado como si estuviera haciendo ejercicio.

—Bueno, entonces, te lo encargo.

—¿Disculpa?

Jo-on lo miró de reojo, sorprendido por el tono ligero de Dylan, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—El alisado del hielo.

Dylan le dio la orden de limpiar el hielo con total naturalidad. La enorme responsabilidad de pulir la pista personal de un jugador profesional recayó pesadamente sobre sus hombros.

—Esto cuenta como pago por usar la pista de hielo, ¿verdad?

—Ja, ja, está bien.

—Entonces… lo intentaré.

No sé si lo haré bien… Jo-on se tragó su insegura réplica, esforzándose por ignorar su corazón palpitante.

Dylan se rio, cubriéndose la boca con la mano como para ocultar su risa. De todos modos, había una tormenta de nieve pronosticada para esa noche. Se esperaba una enorme acumulación de nieve, así que no había necesidad de alisar el hielo.

Pero Jo-on, sin pensar tan a futuro, condujo la Zamboni como Dylan le había indicado, rociando agua para alisar la superficie del hielo que tenía pequeños arañazos.

Al llegar al final de la pista, se detuvo un momento y miró hacia atrás. A diferencia del hielo rugoso y opaco de los alrededores, el camino por donde había pasado brillaba suavemente, como si estuviera cubierto por una alfombra de joyas. El hielo ordenado reflejaba la puesta de sol rosada como un espejo bien pulido. Al final, Dylan, apoyado en la valla, saludó a Jo-on con un gran gesto.

El intenso cabello rubio platino brillaba aún más deslumbrantemente que el hielo recién pulido. Desde la distancia, sus ojos azules, claros y nítidos, miraban fijamente a Jo-on.

Por un instante, Jo-on se sintió como si su cuerpo estuviera atado por esa mirada, inmóvil, observando el paisaje irreal. Un pequeño campo de nieve, un bosque de coníferas cubierto de nieve, y el hombre con la enorme mansión a sus espaldas: Dylan era el tipo de persona que Jo-on nunca esperaría ver de cerca en su vida.

Una persona con la que no tenía nada en común.

A lo lejos, el débil canto de los pájaros y una suave brisa le cosquilleaban el cabello.

Un hormigueo comenzó a subirle por la espalda, extendiéndose hasta las puntas de los dedos. El frío, que había enfriado su cuerpo caliente, le provocó escalofríos.

Jo-on se esforzó por girar la cabeza y contempló el paisaje. Sentado en el elevado asiento del conductor de la Zamboni, podía ver bastante lejos.

Los árboles estaban tan densos alrededor de la pista que no se había dado cuenta, pero algo extraño le llamó la atención entre los árboles. Jo-on lo miró fijamente antes de que la llamada de Dylan lo hiciera volver para terminar de alisar el hielo y regresar a la entrada.

—Dylan, ¿hay un lago por ahí?

—¿Un lago? Ah, con razón estabas mirando tanto para allá. Sí, así es. Hay un lago justo detrás de los árboles. A estas alturas…

Dylan vaciló un momento, luego sonrió astutamente como si se le hubiera ocurrido una buena idea.

—¿Alguna vez has patinado sobre un lago?

—¿Sobre un lago?

—¿Quieres probar?

—No, yo…

—Vamos. No tenemos que ir hasta Banff.

Dylan se apresuró a guardar la Zamboni en el garaje, tiró el *stick* y los guantes al suelo, y agarró la muñeca de Jo-on para llevarlo entre los densos árboles.

El camino hacia la orilla del lago no estaba nada arreglado, era solo tierra compactada por las huellas de la gente. Incluso así, había una fina capa de nieve, por lo que Dylan y Jo-on, sin botas de nieve, tuvieron que abrirse paso con los patines puestos.

—Está bien congelado. ¿Quieres patinar? Agárrate de mi mano.

Dylan, que ya había llegado a la orilla del lago, dio un paso sobre el hielo y le tendió la mano a Jo-on.

El lago no era del tamaño de un estanque, sino que tenía un ancho comparable al de un río. Si no estuviera completamente congelado, uno podría romperse el hielo en el centro y ahogarse en el agua helada. La incertidumbre y el miedo se aferraron a sus tobillos.

—Es… no sé si es seguro o no…

—Está bien. Vamos.

Sin embargo, Dylan, que lo urgía con la palma de la mano extendida, parecía tan tranquilo que Jo-on decidió confiarle todo el juicio, ya que era un experto en el estado del hielo, y le tomó la mano.

Jo-on pensó que su habilidad para patinar había mejorado gracias al entrenamiento especial, pero sus movimientos rígidos por la tensión volvieron al nivel de cuando aprendió a patinar por primera vez.

—Relájate. Yo estoy aquí. Patina como practicamos. Sí, así.

Dylan, de pie detrás de Jo-on, lo abrazó por la cintura con su mano izquierda y con la derecha, y lo guio como un compañero de baile.

—Esto… ¿está realmente bien? ¿Qué pasa si el hielo se rompe? Dylan, ¿nadas bien? Siento que me hundiré antes de poder nadar con los patines pesados… ¿Me escuchas? ¿Qué tan rápido puedes

quitarte los patines? ¿Aprendiste a hacer reanimación cardiopulmonar? Si me ahogo, ¿entonces mi testamento…?

—*Shhh*, ¿no estás yendo demasiado lejos? También nado bien.

Dylan se rio por la nariz ante sus palabras, dichas como una ametralladora. Su aliento cálido le rozó la oreja.

—Pero quizás te dé un ataque al corazón o hipotermia antes de que puedas quitarte los patines. Al menos es un alivio que no muera solo.

—No es broma. Estoy empezando a asustarme un poco.

—Está bien. Mira. Está realmente bien congelado.

¡Crack! Dylan se detuvo, rayando el hielo con sus patines, y luego lo golpeó con la punta de su patín. El lugar donde lo golpeó se hundió.

—¡Ah! ¡No lo hagas! ¡Se va a romper!

Jo-on gritó y se aferró a Dylan. Dylan, como si hubiera esperado ese momento, lo guio y dio pasos fuertes sobre el hielo, como si bailaran un tango.

—Relájate y déjate llevar por el flujo. Yo te guiaré. Hmm, la calidad del hielo no es muy buena. Será fácil tropezar si no tienes fuerza en las piernas.

Tal como dijo, a diferencia de la pista de hielo que había alisado, la superficie del lago era rugosa. Jo-on, tenso por el miedo a perder el equilibrio con sus movimientos torpes, se abandonó en las manos de Dylan como un muñeco sin cuerdas. Todo lo que podía hacer era aferrarse. Hasta que Dylan se hartara y lo soltara.

Dylan, sin soltar la cintura de Jo-on, comenzó a girar en su lugar, ejecutando una técnica de giro sobre el hielo. Como resultado, Jo-on también giró como un trompo, y el mundo se tambaleó.

—Espera, para… ¡Ah!

Justo cuando intentaba frenar torpemente con la fuerza de los tobillos, su cuerpo se desequilibró. Dylan, con rápidos reflejos, abrazó a Jo-on y cayó de forma segura. Gracias a las protecciones que llevaba debajo del uniforme, afortunadamente nadie resultó herido. Dylan era un profesional incluso en caer.

—¡Ay! Joder… ¡loco!

—¡Jaja!

A pesar de la maldición que soltó sin poder evitarlo, Dylan solo se reía, no se sabe por qué.

—Lo siento, yo también creo que fui un poco loco.

Jo-on, respirando con dificultad, dejó caer su cuerpo agotado junto a Dylan. En el centro del lago, con el hielo como cama y los brazos extendidos, el cielo que miraba era inmenso, sin fin.

Un suspiro del tamaño de un puño brotó de su pecho como un torrente, disipándose y esparciéndose. Donde las nubes, empujadas por el viento, habían desaparecido, solo quedaba el cielo invernal, teñido de colores tan vibrantes que dolían los ojos. El aire, inmaculado y puro, llenó el vacío dejado por su aliento caliente.

Jajaja, Jo-on no tardó en reír. Era la primera vez que experimentaba algo así. Ni el tiempo de dedicarse con éxtasis al movimiento del cuerpo, ni el momento de sentir la serenidad de la naturaleza lejos de todo lo que perturbaba su mente, ni la mirada ardiente que se dirigía directamente a él, como si nada más importara.

—¿También aprendiste patinaje artístico?

—No.

—Entonces, ¿cómo lo haces tan bien? Si me dijeras que antes hacías *ice dancing*, te creería.

—He visto mucho, eso sí. Solo imito. Lo básico es parecido porque se hace sobre hielo. Aunque el uso de los *edges* es diferente.

Dylan, que se había girado hacia Jo-on, tumbado boca arriba, añadió:

—…Lo juro, tú eres mi primera vez.

—¿Patinaje artístico?

Como no hubo respuesta, Jo-on giró la cabeza y vio a Dylan, que lo miraba fijamente con la sien apoyada en la mano, devolviéndole una leve sonrisa.

—Parece que lo haces todo bien sobre el hielo. Increíble que sea así sin haberlo aprendido.

—También soy bueno usando el cuerpo fuera del hielo.

Había un significado sutil flotando en su extraña confianza.

—Qué suerte. Yo no. Recuerdo que de niño también aprendí a nadar y fui a clases de taekwondo, pero no era muy bueno. Ojalá tuviera la mitad de tu coordinación.

—Tú también lo haces bien, Jo-on.

—…Mentira.

—¿Estás dudando de tu entrenador?

—Más que dudar…

—Si solo enumeras tus defectos, cualquiera parecerá incompetente, Jo-on. Tienes que reconocer tus puntos fuertes y saber aprovecharlos.

—¿Cuáles son mis puntos fuertes?

Dylan respondió de inmediato, sin mostrar signos de dudar.

—Jo-on tiene buena concentración. Sus movimientos son limpios y no hay nada superfluo. Es prudente, cuidadoso…

Jo-on, que había estado escuchando en silencio, respondió en voz baja, como avergonzado:

—Yo… tiendo a pensar mucho. Ser prudente y cuidadoso es parte de eso. También puede ser un defecto.

—¿Por qué?

—Porque cuanto más pienso, más me preocupo, y por eso me rindo rápido. Incluso antes de moverme.

Dylan escuchó la confesión de Jo-on en voz baja con una expresión tranquila.

—…Llegué hasta aquí porque tú me guiaste, pero yo, por naturaleza, me rindo y huyo rápidamente. La gente a menudo adorna la rendición y el compromiso como decisiones maduras, pero para mí no son más que excusas de un pesimista manchado. Porque… ese soy yo. Por eso lo sé muy bien. Las excusas de los derrotistas.

Dylan, dándose cuenta de que Jo-on ya no hablaba de patinaje, lo consoló con voz suave.

—Jo-on, quizás no sea asunto mío, pero en mi opinión, lo estás haciendo muy bien. También te estás esforzando en tu trabajo, ¿no? De forma estable.

—¿Esforzándome?

Jo-on se rio suavemente. No podía creer que los demás pudieran verlo así. O, seguramente, era simplemente una formalidad o una adulación propia de los canadienses que solo pronuncian palabras positivas para hacer que una ballena baile con un cumplido.

—Solo me adapto a las condiciones dadas y me fijo mis propios límites. Como suele ocurrir con la gente que se hace mayor y se vuelve más miedosa. Al final, ¿no será que llamarse prudente y maduro es solo una autojustificación? No he llegado a esta vida estable por ser maduro. Sino por ser un cobarde.

—El solo hecho de que pienses tanto en ti mismo como lo haces ahora ya es bastante admirable y significativo. Algunas personas viven con la mente en blanco, sin la menor preocupación. Como yo.

Jo-on, con los párpados caídos, miró las copas de los árboles teñidas por la puesta de sol lejana y murmuró:

—Más bien, yo te envidio a ti, Dylan. Envidio tu talento innato, tu entorno, esa chispa que no se apaga, esa persistencia que te lleva a lograrlo. ¿No significa eso que no tienes que preocuparte por la vida? Si hubiera nacido como tú…

—…

—Bueno, de todos modos, no podría haber vivido como tú…

Dylan, que se había acercado para escuchar la confesión apenas audible, susurró en respuesta. Incluso mientras hablaba, la distancia entre ellos se reducía lentamente.

—A todo el mundo le pasa eso. Si hubiera nacido como tú, no habría sido como tú. Una persona tan inteligente y atractiva.

—¿Eh? Qué estás diciendo…

—Además, también puede volver loca a la gente.

Su voz era tan baja que apenas se podía escuchar si no se pegaba, así que Jo-on ladeó ligeramente la cabeza para mirar a Dylan, intentando leer sus labios.

—Dylan…

En ese momento, sus narices se rozaron, lo que indica lo cerca que se habían acercado. A diferencia de Jo-on, que estaba sorprendido, Dylan no se apartó y mantuvo el contacto visual.

Sus brazos rodearon el casco que llevaba Jo-on, inmovilizándolo, lo que dificultaba el movimiento.

—Me alegra mucho que hayas nacido como Jo-on. De lo contrario, no nos habríamos conocido ese día.

Jo-on entreabrió los labios para decir algo. Sin embargo, no salió nada más que un breve suspiro. Dylan, consciente de la boca oscura, húmeda y rojiza, murmuró:

—No intentes encontrar un significado. La razón por la que eres quien eres, la razón por la que no puedes ser como otra persona. No dejes que las suposiciones imposibles te rompan el corazón, acepta y reconoce tu encanto. Lo importante no es el pasado que no se puede cambiar, sino este momento, ¿verdad?

Cada vez que susurraba, como si contara un secreto, su aliento cálido le rozaba los labios sin permiso.

Estaban demasiado cerca.

—…Pero, Dylan. La distancia… creo que es un poco corta.

—Es justo la adecuada.

—No, es demasiado corta. Si seguimos así…

Jo-on se tragó la última palabra. Una corriente sutil fluía entre ellos, tan imperceptible como el dulce aroma que desprendía la cidra caliente.

—Ah. ¿Te acabas de dar cuenta?

—¿De qué…?

—¿Por qué no fingiste que no sabías nada durante 3 segundos?

—¿3 segundos?

Mientras sus ojos parpadeaban con desconcierto, pasaron 3 segundos que parecieron 3 minutos. Dylan, como alguien que esperaba que Jo-on le preguntara el significado, permanecía inmóvil, con una leve sonrisa en los ojos.

—Si no sientes nada por mí, dímelo ahora.

No tardó en darse cuenta de que se había equivocado. Dylan no quería que le preguntara el significado, sino que le estaba dando tiempo para rechazarlo.

Porque justo después de que pasaran los 3 segundos, ya estaba presionando su nariz contra la suya, tan cerca que sus caras casi se tocaban.

Durante un breve instante, sus labios se tocaron y se separaron. A Jo-on le costó respirar. La luz, refractada por el hielo, se dispersaba como estrellas en sus iris de color azul claro.

—Quizás fue desde el día en que te conocí. Me pareciste adorable dando vueltas como un pingüino y no pude evitar observarte.

—…

—Cuando te ofreciste a invitarme a cenar, me di cuenta vagamente. Supongo que desde entonces, siempre quise hacer esto contigo.

Jo-on contuvo el aliento y cerró los ojos con fuerza, mirando a Dylan, quien le enviaba una mirada ardiente como si le preguntara de nuevo su consentimiento. Esta vez, era un permiso explícito.

Dylan bajó lentamente el rostro y devoró los labios rojos de Jo-on, de donde había estado saliendo su aliento que le cosquilleaba el pecho desde hacía un rato.

El segundo beso, a diferencia del primer roce fugaz, fue ardiente y pesado.

Como si temiera que el cobarde de Jo-on pudiera salir corriendo a pesar de las advertencias, Dylan apretó y retorció sus labios, y lamió la superficie con la punta de su lengua. Al sentir los hombros encogidos de Jo-on, Dylan lo abrazó por los hombros, consolándolo con dulzura, y le acarició la mejilla con cariño.

La mano de Jo-on, que había subido por el uniforme hasta el pecho, apretó la tela, formando arrugas.

—Agarra aquí.

Susurrando, Dylan envolvió cuidadosamente el dorso de la mano temblorosa de Jo-on y la llevó a su propia cintura. Naturalmente, adoptaron una postura de abrazo.

Debajo del dobladillo del uniforme levantado, Dylan apoyó las manos de Jo-on en su piel desnuda, donde los músculos tensos se contraían, y las presionó suavemente para que Jo-on pudiera sentir el calor de su cuerpo.

—Dy…

Jo-on, con los labios temblorosos, intentó llamar a Dylan por su nombre. Pero el nombre se disolvió y desapareció sin dejar rastro por la punta de la lengua que, voraz, le hurgaba la boca.

—*Shhh*, solo un poco más.

Susurró apenas audible, y luego volvió a tomar aliento. Poco después, se levantó lentamente de su posición acostada de lado y se subió, colocando los muslos de Jo-on entre sus rodillas. El peso de Dylan oprimía a Jo-on, dejándolo sin aliento.

Dylan frotó su entrepierna endurecida y se movió ligeramente, haciendo que la ropa abultada rozara bruscamente. El movimiento de sus caderas, que se movían hábilmente hacia adelante y hacia atrás como durante el sexo, hizo que su respiración se volviera más ardiente.

El espacio entre sus piernas comenzó a humedecerse rápidamente. Las uñas de Jo-on se hundieron en el costado de Dylan. La intensa estimulación hizo que su cabeza diera vueltas.

La lengua de Dylan, que jugueteaba con sus labios secos, se abrió paso entre ellos, recorrió sus dientes, encontró su lengua escondida y la provocó. La chupó con avidez, como un niño que prueba un dulce por primera vez.

Jo-on, el cobarde, se retorcía en sus brazos como si fuera a huir en cualquier momento. Dylan, como un cazador que no quería perder a su presa, tensó sus muslos y sujetó el cuerpo de Jo-on, que se había quedado inmóvil como una estatua.

Luego, le oprimió los hombros con ambos brazos y le sujetó el rostro, lanzándose sobre él con la ferocidad de un animal. Le mordió y devoró los labios hasta reventarlos, y revolvió su boca.

Jo-on se sintió aturdido por el beso, que era como un acto de intimidad. Jadeaba con dificultad por la nariz, mientras arañaba la dura cintura de Dylan, que parecía no permitir ni una sola herida.

—¡Espera, espera, un momento!

—¿Hm? ¿Qué pasa?

Dylan retiró la cabeza un instante y preguntó. El aliento que había estado siendo succionado por completo, de repente, aspiró aire fresco con dificultad. Una hebra pegajosa se extendió desde la

comisura de los labios húmedos de Dylan hasta la boca de Jo-on, que jadeaba en busca del oxígeno que le faltaba.

—Aquí… Aquí estamos sobre el lago.

—¿Y qué?

—…¿Qué y qué? El hielo… el lago debajo…

El alma encogida de Jo-on miró a Dylan con timidez. Sus ojos, siempre claros y azules, estaban sumidos en una profunda oscuridad. La sombra de la lujuria, agazapada y contenida, ondeaba suavemente en su interior.

—Ah, entonces, ¿deberíamos entrar y continuar allí?

—No, no, hace frío y…

Jo-on evitó responder directamente a las preguntas de Dylan y cambió de tema.

—¿Te gustan las chimeneas? ¿Lo hacemos frente a ella?

—¿Eh? No…

La voz baja, susurrando con sus narices tocándose, sonaba obscena. Jo-on sintió que la cosa no terminaría así y sacudió la cabeza rápidamente de un lado a otro. Era una negación apenas discernible.

Dylan se lamió los labios húmedos con la punta de la lengua, ocultando su amargura y torciendo ligeramente la comisura de su boca.

—A mí me gusta, pero no hay nada que hacer. La verdad es que, como dices, hace frío.

Como para consolar a Jo-on, que se había quedado helado, cambió su tono a uno más ligero y bromeó.

—Vaya, debí haberme puesto ropa interior. Me esforcé por mostrartela, pero ya no puedo más. La pista no hace tanto frío. ¿Qué tal si entramos y comemos algo de sopa caliente?

Fue entonces cuando Jo-on finalmente se relajó por completo.

—…Está bien.

—Cuesta mucho que digas eso.

Dylan se levantó primero y exclamó con voz enérgica:

—¡Vamos!

Jo-on, sin pensar, siguió a Dylan para levantarse y volvió a tambalearse. Su lamentable cuerpo, que no podía compararse con la agilidad de un atleta profesional, le advirtió que había olvidado que estaba sobre hielo. Dylan lo atrapó rápidamente y lo empujó hacia tierra firme.

La distancia que había parecido un instante al bajar al lago ahora se sentía larga al regresar a la mansión. Dylan, al ver que Jo-on se tambaleaba varias veces, aprovechó la oportunidad para ofrecerle la mano. Se limitó a añadir: "Si te caes y te lastimas, será mi responsabilidad".

Caminando medio paso por delante, Dylan agitaba su uniforme, como abanicándose, a pesar de la temperatura cercana a los diez grados bajo cero. Su mano era como una bolsa de calor.

—He sudado mucho, así que debería ducharme primero.

Jo-on miró de reojo la nuca de Dylan, que estaba seca y sin sudor. El tiempo que Dylan había patinado con Jo-on hoy probablemente no era ni la mitad de su rutina de ejercicio habitual.

—¿Quieres hacerlo juntos?

—¿Qué?

Jo-on, que de repente recuperó la conciencia, frunció el ceño con un tiempo de retraso y se detuvo, mientras Dylan sonreía con una expresión tranquila, como si no entendiera el porqué.

—Cocinar.

—Ah…

Jo-on bajó rápidamente los ojos, mirando al suelo. El camino, cubierto con alfombra de goma, se extendía hasta la mansión, permitiendo caminar sin resbalones incluso con patines.

—Lo siento, era una broma de mal gusto.

—…

—Por supuesto que yo cocinaré. Jo-on, eres mi invitado, así que relájate. Cuando salgas de la ducha, te daré un pijama de felpa calentito. Póntelo, siéntate junto a la chimenea, bebe una copa de vino y relájate. Será como el paraíso. ¿Te parece bien?

—…

—¿No te gusta? ¿De verdad no te gusta la chimenea?

Jo-on, sumido en sus pensamientos, levantó la cabeza y sonrió vagamente.

—No. No es eso, pero…

Aunque no lo propuso directamente, Dylan estaba hablando con la premisa de que Jo-on se quedaría a pasar la noche. No había nada de malo en ello, pero el contacto que habían tenido hacía un momento, que había traspasado un límite, lo tenía el corazón revuelto.

—Entremos. El sol está empezando a ponerse. Hará más frío.

Al abrir la puerta trasera y entrar en la entrada, el aire cálido del interior derritió el cuerpo de Jo-on, a diferencia del viento frío del exterior que se había vuelto más gélido con la puesta de sol. Los músculos de sus piernas, que se habían contraído fuertemente, se relajaron con un hormigueo.

—¿Quieres sentarte aquí?

Dylan, que ya se había sentado en el largo banco de la entrada, sacudió el hielo adherido a las cuchillas de sus patines con una toalla. Su actitud era tan natural como respirar. Jo-on se sentó en el extremo opuesto del banco, manteniendo una distancia de él.

Jo-on comenzó a desatar los cordones que le apretaban los empeines, cuando Dylan, que se había cambiado los patines por las pantuflas en un instante, se sentó frente a los pies de Jo-on y con ágil destreza comenzó a ayudarlo.

—Puedo hacerlo solo.

—Será más rápido si te los quito yo, así que quédate quieto.

Los labios de Jo-on, que miraba el cabello rubio revuelto por el viento invernal, se movieron sin sonido. Quería dar las gracias, pero su voz no salía correctamente.

El susurro, similar a un escape de aire, se ahogó en el ruido de los cordones que se desataban, impidiendo que se transmitiera correctamente. A juzgar por la falta de reacción de Dylan, no lo había escuchado.

Jo-on bajó la mirada y recorrió lentamente el rostro de Dylan, desde el puente recto de su nariz hasta sus labios rojos. Todavía no podía creerlo, pero sus propios labios definitivamente lo habían tocado. Habían compartido el aliento y la saliva. Además, había frotado su entrepierna, que había reaccionado calurosamente por reflejo. Eso, sin duda, era un preámbulo para el acto sexual.

Pero, ¿por qué?

Jo-on nunca había sentido lujuria por un hombre. De hecho, tampoco por una mujer. La infancia de Jo-on había sido demasiado dura para que él pudiera albergar el lujoso sentimiento de amar a alguien.

Entre las relaciones que había tenido, seguramente hubo personas con las que compartió afecto. Pero solo un intercambio torpe de sentimientos muy débiles.

Sin embargo, no hubo amantes reales con quienes hubiera intercambiado un amor que llenara los vacíos de su vida. Nunca había dado ni recibido unilateralmente. Jo-on siempre había mantenido a las personas a una distancia prudente, escapando.

Incluso de Maya y su familia, que lo habían cuidado con cariño en lugar de sus padres biológicos, quienes lo enviaron a estudiar al extranjero porque no querían hacerse cargo de él después de su divorcio.

Siempre sospechó que el afecto era una contrapartida económica. Ya había presenciado la fea naturaleza de los adultos que perseguían sus propios deseos.

La sospecha solo se transformó en fe después de que Jo-on abandonara la casa de Maya. Fue entonces cuando Maya lo trató como a un hijo adoptivo y siguió en contacto con él, a pesar de que ya no recibiría ningún pago de sus padres.

Pero aun así, la desconfianza, como el moho que se había extendido por el corazón de Jo-on, no desapareció por completo. En sus relaciones superficiales, Jo-on siempre se aisló como en una isla desierta. La gente fluía hacia él con las olas y luego se alejaba rápidamente.

Nadie se quedaba a su lado.

En cierto modo, era un resultado natural. Sus compañeros de estudio, uno tras otro, comenzaron a formar familias, y los amigos que se dedicaban a su familia se alejaron gradualmente de Jo-on.

Por supuesto, entre amigos a veces existían amistades tan fuertes como lazos familiares, pero era raro que hubiera un lugar para Jo-on. No parecía haber ningún hueco donde pudiera encajar.

De la repetida desconexión y pérdida, Jo-on había aprendido a renunciar. Y no se quejaba mucho de ello.

Porque, de hecho, creía sinceramente que la mayoría de la gente simplemente vivía su vida de forma mediocre, sin grandes aspiraciones.

La aproximación impredecible de Dylan era difícil por eso. Una y otra vez, se encogía entre la incomodidad y el miedo. Si fuera un villano transparente como Sergio, sería fácil definirlo y descartarlo ignorándolo.

Quizás porque había recibido una llamada desagradable después de mucho tiempo, recordó a alguien que no debería haber recordado. Justo cuando intentaba borrar ese desagradable recuerdo de su mente, Dylan, que había estado trabajando diligentemente, dejó de mover las manos y le agarró el tobillo, entrando en su campo de visión.

—Jo-on.

Todavía solo mostraba la coronilla de su cabeza, mientras con el pulgar repasaba el patrón de sus calcetines de colores. Cuando la punta de su dedo presionó suavemente el hueso del tobillo a través del calcetín, Jo-on movió los dedos de los pies. Dylan detuvo el movimiento y preguntó con voz baja:

—¿Te hice sentir incómodo?

Su voz, desprovista de la artificial alegría que había mostrado para consolar a Jo-on cuando estaba sorprendido, no tenía energía, como la de alguien que ha agotado todas sus fuerzas. Jo-on, que estaba distraído, procesó sus palabras con un retraso.

—Estuviste callado un rato…

Dylan no se refería a que le hubiera frotado el tobillo, sino a algo mucho anterior. Jo-on, finalmente consciente, eligió sus palabras con calma. El aliento que había tomado en silencio ante la pregunta inesperada se quedó en su pecho, presionando dolorosamente sus costillas.

Cuando el sonido de la puerta de entrada golpeando con el viento resonó un par de veces, Jo-on respondió con dificultad. Negó con la cabeza y le puso una mano en el hombro a Dylan, diciendo:

—…No.

Aunque fuera un cobarde, decidió no mentir. Sinceramente, no sintió aversión al contacto de Dylan, hasta el punto de confundirse si es que existía una identidad que ni él mismo conocía.

—No es así.

Dylan levantó el pesado patín que había liberado el pie de Jo-on con una mano y levantó su rostro tenso. Jo-on se levantó del banco siguiéndole. Incluso en pantuflas, Dylan era mucho más alto que Jo-on. Sus ojos azules, con un hermoso patrón verde oscuro similar a la crin del sol, miraron a Jo-on desde un ángulo bajo. Sus labios, con una leve sonrisa que parecía algo arrogante, se abrieron.

—Lo sabía.

La tensión en el pecho de Jo-on se disipó con un suspiro de alivio ante la voz confiada de Dylan, como si nunca hubiera estado desanimado. Era tan propio de Dylan que Jo-on se dio cuenta de que había sido engañado y no pudo evitar reír.

—Yo, es decir… me sorprendí.

—Lo entiendo. Entonces tendré que tener un poco más de cuidado en el futuro, ¿verdad?

Dylan palmeó el hombro de Jo-on como si consolara a un sobrino quejumbroso y lo guió hacia el vestuario. Al entrar en el salón de la fama de Dylan, lleno de historia, la incomodidad que había flotado entre ellos se derritió como nieve bajo el calor del calefactor.

—Así es, pero…

Jo-on, con la voz ahogada, miró la espalda de Dylan, que se acercaba al casillero, y preguntó:

—¿Cómo qué?

Dylan, después de quitarse el uniforme y desabrocharse el protector de pecho conectado a las hombreras, se dio la vuelta, presumiendo el volumen de su pecho y abdominales protuberantes.

—¿Tres segundos fueron demasiado rápidos?

—…

Los ojos de Jo-on se movieron sin rumbo, buscando dónde posarse. Su mirada seguía desviándose, impidiéndole concentrarse en la conversación. Cuando el silencio se prolongó, Dylan volvió a preguntar:

—¿Cinco segundos serán suficientes?

La declaración de Dylan de que "tendría cuidado" no parecía implicar retroceso. Más bien, se trataba de avanzar, ya fuera rápida o lentamente. Sin opciones, Jo-on solo podía seguir siendo empujado hacia atrás. Y si seguía acorralado así, algún día...

Trató de encontrar una forma de rechazarlo y escapar, pero Jo-on carecía de reflejos, mientras que su oponente era un delantero con la agresividad y la persistencia necesarias para controlar un *puck* a 100 millas por hora con un *slap shot* y marcar goles.

Al final, lo único que salió de la boca de Jo-on fue el número más alto que podía ofrecer.

—D-diez segundos.

Dylan se lamió los labios secos, los apretó para contener una sonrisa, y repitió las palabras de Jo-on como si las grabara en su mente.

—Diez segundos. Entendido.

Dylan asintió de buena gana y se quitó los pantalones. Sentado en el banco, Jo-on se dio la vuelta como si no lo viera y se dedicó a quitarse las espinilleras con ahínco. Había sudado tanto por el ejercicio que le escurría por la espalda.

Las calles, barridas por las vacaciones, estaban tan desoladas y tranquilas que la vida cotidiana no parecía querer volver fácilmente. El cielo sombrío de siempre atenuaba la luz, creando una atmósfera lúgubre, como si fuera tarde, a pesar de ser por la mañana.

La punta de la bufanda de Jo-on, que se había ajustado el abrigo para evitar que el viento helado se colara, ondeaba al viento. Del suelo que pisaban sus zapatillas oscuras y pulcras, un vapor blanco subía de las ventilaciones que conectaban con el subsuelo, dificultando la visibilidad. Abriéndose paso con el canto de la mano, Jo-on llegó a la estación de metro y, tras pasar el torno, entró en la primera cafetería que vio.

La cafetería estaba vacía, sin clientes, y los empleados a tiempo parcial, con tiempo de sobra, charlaban animadamente. El sonido de la conversación se interrumpió con la llegada de Jo-on. Sin embargo, la voz del cajero que lo atendía aún tenía un dejo de risa.

—¿Qué le gustaría pedir?

—Un americano, por favor.

—Enseguida se lo preparo.

Jo-on no olvidó decir "Felices fiestas" al salir con su café. Era un saludo común en esta época del año, pero al ver a los jóvenes que trabajaban en cualquier profesión para ganar dinero mientras estudiaban antes de comenzar sus carreras, se sentía identificado y, como adulto, sentía compasión por ellos.

Ahora, Jo-on podía ganarse la vida con un solo trabajo, pero si solo escuchaba las historias de conocidos de conocidos, abundaban los jóvenes que no dudaban en tener dos o tres trabajos. Les resultaba difícil afrontar los altos precios y el alquiler.

No solo la precariedad económica, sino también la búsqueda de una identidad poco clara y la incertidumbre del futuro, a menudo los impulsaban al mercado laboral sin dudarlo. La idea era ahorrar dinero para cualquier eventualidad.

Lo que uno quiere hacer y lo que uno puede hacer, lo que a uno le gusta y lo que uno hace bien, son claramente diferentes. Unirlas no era cuestión de riqueza ni de poder. Solo era posible si el talento, el entorno y la motivación formaban una trinidad. Solo unos pocos elegidos, por Dios o por el destino, entraban en esta categoría.

Dylan era casi el único en el círculo de Jo-on que había nacido con un "destino elegido", un sueño para todos. Las enormes recompensas que venían con ello eran obvias.

Hace solo unos días, después de escuchar el precio del Zamboni, que Dylan le había preguntado casualmente mientras asaba un bistec en la mansión McClain, Jo-on había estado tan absorto en el exorbitante precio que apenas sabía si se tragaba la carne que Dylan le había preparado por la boca o por la nariz.

Si no hubiera sido por el hecho de que Dylan, al ver que la comida no le gustaba, se le acercó con una copa de vino y le robó otro beso mientras Jo-on estaba acurrucado frente a la chimenea, Jo-on probablemente habría pasado la noche pensando en el Zamboni, que costaba casi varios meses de su salario.

Afortunadamente, en el último momento, antes de quedarse dormido en la extraña habitación de invitados, pensó un poco en el dueño de la casa.

También rememoró el ambiente incómodo al despedirse frente a la puerta, la mirada de decepción que vio cuando se echó hacia atrás, pensando que si volvían a besarse, su castidad podría verse amenazada, y el momento en que Dylan, diciendo que era solo un beso de buenas noches y que no lo malinterpretara, consoló su arrepentimiento con un abrazo. Incluso la mano de Dylan, que se demoró en soltar a Jo-on mientras lo abrazaba, se sentía vívida.

En cuanto subió al metro que entraba en el andén, sus dedos, que se retorcían bajo la manga del abrigo, se tocaron los labios agrietados. Jo-on, al recordarlo, se aplicó bálsamo labial y miró fijamente el suelo del metro.

El tren estaba tan vacío como la calle, y nadie miraba a Jo-on. Sin embargo, sentía una extraña picazón en la cara y le subía la temperatura.

Se subió la bufanda para cubrirse la mitad de la cara y ocultar su expresión. Tenía curiosidad por saber qué expresión tenía, pero no se atrevía a mirarse al espejo en la ventanilla.

No recordaba cuándo fue la última vez que se sintió atraído sexualmente por alguien. Quizás era la primera vez. Especialmente con un hombre, estaba seguro.

Si a esto se refería la atracción física de la que había oído hablar, tenía sentido. Se decía que incluso entre amigos, a partir del momento en que se tocaban las manos, empezaban a ser conscientes el uno del otro.

Pero si incluso se habían frotado los labios, sin duda era una atracción física provocada por la excitación sexual.

"Quizás he estado soltero demasiado tiempo. ¿Cómo es posible que el contacto con otro hombre me haga sentir así?"

Jo-on no negaba que sentía una leve atracción por Dylan, pero no era una persona tan irreal como para imaginar que quería ser su pareja. De todos modos, era obvio que la otra persona estaba haciendo esto por curiosidad.

En la escuela, a menudo veía cómo los chicos, para presumir de su masculinidad o para establecer una jerarquía, solían intimidar a compañeros tranquilos e introvertidos como Jo-on.

Sin embargo, no podía haber un interés genuino ni afecto en ello. Generalmente, una vez que satisfacían sus deseos, se daban la vuelta sin remordimientos, ya fuera mediante violencia o humillación.

El interés que Dylan le mostraba a Jo-on ahora era solo como un viento pasajero que se quedaba por un tiempo, y una vez que obtuviera lo que quería de Jo-on, podría desaparecer como si nunca hubiera estado allí.

La preocupación de Jo-on era si cedería voluntariamente a su curioso experimento o si se resistiría ferozmente, lo que solo avivaría una competitividad innecesaria y los alejaría de forma desagradable. De cualquier manera, no sería una relación duradera.

No sintió un gran rechazo al hablar de una relación homosexual porque la relación entre Dylan y Jo-on era como un hilo muy fino. Si hubieran estado enredados en una compleja telaraña de conocidos, se habría sentido sofocado solo con pensar en el futuro después de romper la relación, pero ahora, si él y Dylan perdían el contacto, la relación simplemente terminaría. No había una relación más simple y ligera que esa.

Nadie sabría lo que había pasado entre los dos, y simplemente se desvanecería, enterrado en sus recuerdos. Las personas como Dylan no tendrían la costumbre de hablar con orgullo de haber estado con un hombre del mismo sexo. Así que no había ninguna pérdida.

Era un tipo de persona que nunca se había enredado en relaciones humanas amplias y superficiales. Cuando imaginaba vagamente el futuro, el compañero que imaginaba era alguien con características muy diferentes a la sombra de una mujer intangible que ocupaba el asiento de al lado.

Sabía que eran demasiado incompatibles para usar un nombre grandioso como "pareja".

Dylan McClain era un invitado especial en la vida de Jo-on en muchos aspectos, pero también era impredecible y la relación carecía de continuidad.

Por lo tanto, Jo-on no necesitaba tomarlo en serio. Satisfacer su curiosidad y alejarse era algo que él también podía hacer. Este era también un mecanismo de adaptación para protegerse.

Paso a paso, con cautela, pero una vez que avanzaba, Dylan, como un ejército que nunca retrocede, ya estaba a las puertas de Jo-on. Y Jo-on, en un abrir y cerrar de ojos, se vio arrastrado por él. Esto no cambiaría en el futuro.

—La siguiente estación es Union Station.

Jo-on, al escuchar el anuncio, se despertó de sus pensamientos y se levantó. Dejó una resolución sin importancia en un lugar cotidiano sin ningún significado.

Era un trayecto al trabajo tan ligero que lo olvidaría después de almorzar un *phở* para llevar.

La chimenea, donde las llamas ondulaban como una cortina, y el bosque invernal más allá de la ventana cubierta de nieve, ya estaban enterrados en el fondo de su memoria.

A primera hora del miércoles, llegó un mensaje de Dylan: "Tengo un partido mañana. ¿Quieres venir a verlo?".

También había un enlace para revisar los boletos.

El día del partido, Jo-on se dirigió al estadio tan pronto como salió del trabajo. A pesar del frío, que rondaba los 15 grados bajo cero, la euforia de la gente era asombrosamente cálida, y el estadio era como una olla recién calentada, con el frío y el calor mezclándose en un caos.

—La alineación de hoy tiene a Hunter bajando a la tercera línea, con Kevin Matt, Dylan Maclain e Ian Hunter como centros, respectivamente. Parece ser un esfuerzo por distribuir el poder ofensivo.

—Así es. Marino, que subió a la primera línea en lugar de Hunter, está en muy buena forma últimamente, por lo que parece que se ha intentado esta disposición. Aunque, por supuesto, habrá aficionados que no lo entiendan, ya que es un intento experimental. La segunda línea, con Maclain, tiene tan buena química entre sus compañeros que es una mejor opción que Hunter baje a la tercera línea.

—Además, hay muchos rumores de traspasos, y los Polar Bears no son una excepción, por lo que parece que habrá más cambios experimentales en la alineación en el futuro.

Mientras caminaba por el pasillo, escuchó las voces de los comentaristas no muy lejos. En un rincón, se veía un espacio con luces brillantes y cámaras, y dos hombres corpulentos llenaban el frente.

La gente merodeaba delante de las cámaras de vez en cuando. Jo-on se cubrió la boca con la palma de la mano y aceleró el paso, temiendo que su cara pudiera aparecer en la transmisión. En la otra mano llevaba un *poutine* con trozos de queso y salsa *gravy* caliente sobre patatas fritas.

En cuanto regresó a su asiento, escuchó los vítores de la gente. Por el final, lleno de decepción y arrepentimiento, parecía que el tiro había fallado.

Desde el asiento de Jo-on, la portería del equipo contrario no se veía muy bien. Sin embargo, era un piso mucho más bajo que el asiento que Dylan le había regalado la última vez, por lo que estaba más cerca de los jugadores.

Los espectadores de los alrededores estaban tan ocupados golpeando el muro de cristal y gritando, como visitantes groseros que ven un zoológico por primera vez, que el ambiente era caótico. Era obvio que estaban impulsados por la emoción de ver a sus admirados jugadores en persona, más que por el contenido del partido. Era un lugar excelente para desahogarse.

Apenas un minuto después de comenzar el partido, se pudo ver a Dylan, que había sido sustituido y había subido al hielo. Una atmósfera claramente diferente lo envolvía, en contraste con cuando se habían saludado con la mirada a la distancia durante el calentamiento antes del partido.

En su expresión seria, en sus ojos llenos de sed de victoria y en su estilo de juego agresivo, se percibía un anhelo de triunfo.

El hombre que practicaba a la ligera, como jugando, ya no estaba allí. Mientras era su compañero, tranquilizaba; pero en el momento en que se convertía en un enemigo, era un atacante que te causaba dolor de cabeza por la ansiedad y el miedo. Esa era la verdadera esencia de Dylan McClain, el jugador de hockey.

Cuando el primer período había transcurrido aproximadamente la mitad, los Polar Bears rompieron el tenso empate de 0 a 0 y anotaron el primer gol. Fue el primer gol de Dylan, quien, tan pronto como el extremo derecho envió el pase, rápidamente deslizó el disco entre el talón del portero y el poste de la portería.

Aunque la reacción inmediata de las personas sentadas frente a la portería hizo presagiar el gol, el movimiento fue tan rápido que era difícil seguirlo a simple vista. Incluso después de ver la repetición en cámara lenta en el marcador, era increíble lo sorprendente que era la velocidad de reacción explosiva de Dylan.

Quizás por eso, Jo-on no pudo reaccionar adecuadamente al ver a Dylan, que se había acercado bastante desde la portería hasta donde él estaba sentado, y estaba señalando la tribuna con el dedo en señal de celebración. Después, miró su casco azul, rodeado por sus compañeros de equipo que vitoreaban, y sonrió un momento después.

Solo esperaba que su tonta sonrisa no hubiera aparecido en la transmisión.

6.

Después de que terminó el partido y la gente se marchó, el estadio quedó envuelto en una silenciosa oscuridad. Cuando la arena, que había estado hirviendo de calor, comenzó a enfriarse, Jo-on estaba sentado en el asiento del pasajero de un coche perfectamente aparcado en un estacionamiento poco transitado.

No le resultaba desconocido, ya había subido una vez. Solo la espera le parecía extraña.

El asiento del conductor estaba lo más bajo posible y echado hacia atrás para acomodar la gran estatura del conductor, y el interior tenía un aroma suave. Era similar al olor que había sentido cuando se encontró con Dylan, quien acababa de ducharse, al dirigirse a la sala de prensa después de que le enviara un mensaje pidiéndole que se acercara allí una vez terminado el partido. Aunque no habían quedado para verse por separado, como había recibido las entradas, pensó que lo correcto era saludarlo.

Por otro lado, le preocupaba la actitud de Dylan, que hablaba del encuentro después del partido como algo natural.

Aquel día, desde el momento en que cruzaron esa línea, la relación ya había empezado a cambiar. Pero Jo-on aún no estaba preparado para nada.

Se revolvió el pelo, soltando un suspiro, cuando a lo lejos, entre el ruido, apareció Dylan, vestido con ropa deportiva. Había dejado todo su equipo en el vestuario, así que venía con las manos vacías. Al ver a Jo-on a través de la ventanilla del coche, se acercó sonriendo. Con la luz blanca del sombrío aparcamiento como telón de fondo, estaba convirtiendo el aburrido suelo de cemento en una pasarela de un desfile de moda de una marca de ropa deportiva. La frente de Jo-on se frunció con fuerza al verlo.

—Perdona. ¿Esperaste mucho?

—Solo… unos treinta minutos.

La respuesta de Jo-on fue indiferente. La espera había sido aburrida, la verdad. Dylan, acercando su rostro para observar la expresión de Jo-on, rodó sus brillantes ojos y recorrió el tenso rostro de un lado a otro.

—Parece que hace mucho que no nos vemos. Te extrañé.

Dijo Dylan, tomando la mano de Jo-on y besándole el dorso. Jo-on giró la cabeza ligeramente para ocultar su rubor, y Dylan se relamió los labios antes de retroceder.

—Siento mucho la tardanza. ¿Nos vamos ya?

—…¿Por qué me pediste que esperara?

—¿Eh? Pues para tener una cita, claro. ¿Tienes planes con alguien más a esta hora?

—¿A esta hora? Por supuesto que no.

—Menos mal. Si estás cansado, no te retendré mucho. La verdad es que tengo algo que darte.

Dylan se abrochó el cinturón de seguridad y encendió el motor, que emitió un sonido profundo. El coche salió lentamente del estacionamiento. Cuando se encontraron con la calle oscura de la noche, Dylan dijo:

—¿Recuerdas? La última vez usaste mi equipo prestado.

¿Equipo? Jo-on recordó las protecciones, el casco y el palo de hockey que había usado el día que practicaron juntos en su mansión.

—Ah… ¿Cuando practicamos?

—Seguro que te sentías incómodo con el equipo de otra persona, ¿verdad?

Jo-on, comprendiendo el significado oculto de la breve pregunta, se mordió el labio en silencio.

—Estaba bien… Parece que te gusta hacer regalos.

Dylan condujo el coche hacia el estacionamiento. La distancia entre el estadio y el condominio era tan corta, apenas una cuadra, que Jo-on se preguntó por qué había traído el coche.

—Esto no es nada. Los regalos para ti nunca son un desperdicio.

El coche se detuvo en el estacionamiento más profundo del condominio.

—Entonces, ¿entramos?

Ambos salieron del coche y subieron rápidamente en el ascensor desde la planta baja del edificio hasta el último piso. Como era casi medianoche, el ascensor llegó a su destino sin detenerse. Como si fuera consciente del espacio cerrado y sin gente, Dylan fingió mirar el panel digital que cambiaba de número y movió su mano en silencio, dando golpecitos en el dorso de la mano de Jo-on.

Jo-on giró la cabeza para mirarlo, pero la mirada de Dylan seguía perdida en algún lugar. Mientras tanto, su mano se acercaba cada vez con más atrevimiento, entrelazando sus dedos hasta juntarlos. Las mejillas enrojecidas de Jo-on se movían sin control.

Pronto, la puerta del ascensor se abrió en el piso PH. No había nadie en el pasillo, y los pasos de los dos se grabaron en la gruesa alfombra beige sin hacer ruido.

Caminaron hasta el final del pasillo y se detuvieron frente a la puerta de la unidad de la esquina. Dylan sacó la llave con familiaridad. La insertó en la cerradura y, justo cuando la giraba para desbloquear, de repente se detuvo, agarrando el pomo de la puerta y diciendo:

—¡Ah!

Jo-on lo miró con curiosidad. Dylan giró la cabeza y miró fijamente a Jo-on a los ojos. Sus labios, ligeramente entreabiertos, cambiaron de forma con un leve movimiento. Estaba murmurando para sí mismo.

—…¿Eh? ¿Qué dices?

Jo-on, que había estado observando en silencio la forma cambiante de sus labios, se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se sonrojó y cubrió la mano de Dylan con la suya, bajando el pomo y abriendo la puerta.

—Entra rápido.

La puerta, que se había abierto lo suficiente para que pasaran los dos, se cerró con un golpe en cuanto dejó entrar al dueño de casa y a su invitado. La voz de Dylan, con un toque de risa, terminó de contar los números restantes.

—Siete, ocho.

—…Basta.

—Nueve.

Dylan abrazó a Jo-on por la cintura.

—Diez.

Los labios de Jo-on, que temblaban de perplejidad, se unieron a los de Dylan. Sus pies, que retrocedían lentamente al ser devorados por los labios de Dylan, tropezaron con la alfombra del salón y se deslizaron.

Su cuerpo, que perdió el equilibrio, aterrizó suavemente en el mullido sofá. En el momento en que se hundió, el cabello de Dylan, que se movía, desprendía un fuerte olor a champú. De su rostro que lo tocaba y de todo su cuerpo emanaba un suave aroma. Mientras se embriagaba con el olor de su cuerpo, el abrigo se le subió hasta la cintura.

Una mano se deslizó bajo el cuello de la camisa y rodeó el hombro, bajando por el brazo y haciendo que el abrigo cayera. La bufanda que llevaba alrededor del cuello se enganchó en sus talones.

—Espera, *uh*…

La palma de la mano de Jo-on empujó el pecho de Dylan, logrando apenas crear una distancia. Dylan se lamió los labios húmedos con la punta de la lengua y se tranquilizó. La oscuridad de la habitación, sin apenas luces encendidas, estaba iluminada por la vista nocturna. Luces parecidas a luciérnagas se grababan directamente en su rostro, que parecía esculpido.

—Espera, espera un momento. ¿Me trajiste a rastras para esto?

—Bueno, más o menos.

La sonrisa de Dylan respondió con descaro. Jo-on no lo odiaba, ya que sabía que Dylan había estado ansioso por tocarlo durante todo el camino a casa.

—…Al menos podrías haberme enseñado la casa.

—Ah, el orden. Claro. ¿Hacemos eso primero?

A diferencia de su tono de asentimiento, los ojos de Dylan parecían seguir disfrutando del resquicio del beso que habían compartido hacía un momento.

—Ven por aquí. Te mostraré la casa. Aunque no hay mucho que ver. Primero, aquí está la sala, allá la cocina y por ahí el baño.

Fue entonces cuando Dylan se levantó y tomó la mano de Jo-on. Les mostró la cocina y la sala, que habían pasado por alto, distraídos por el beso.

Por todas partes se veían las prendas y los zapatos que Dylan, de manos rápidas, se había quitado y tirado al entrar en casa. A Jo-on no le entraba nada más en los ojos. No recordaría la estructura de la casa ni aunque le pidieran que la describiera.

—Y aquí está el dormitorio.

Cuando abrieron la puerta de la habitación más alejada, un gran espacio revelaba una cama enorme y solitaria. Aparte de las mesitas de noche, no había muebles que pudieran llamarse así. Era una habitación demasiado limpia y ordenada para encontrar señales de vida. Los pequeños detalles revelaban que no pasaba mucho tiempo en el condominio.

—Está limpio. Huele a ti.

A través de la ventana fuera del dormitorio, se veía una torre que brillaba espléndidamente. En el momento en que Jo-on desvió la mirada hacia ella, su cuerpo fue empujado sobre la ropa de cama que estaba cubierta con un patrón azul oscuro similar al color del cielo oscuro al atardecer, el mismo color del uniforme de Dylan. El aroma del dueño de la casa, que impregnaba el lugar, dispersó la mente de Jo-on.

—¿Huelo bien?

Preguntó Dylan, subiendo una rodilla a la cama y nivelando sus ojos de forma provocativa. Su mano rodeaba la mejilla de Jo-on. A través de la palma de su mano, se sentía el calor de su cuerpo. El calor de la victoria aún persistía en sus ojos y en las venas que recorrían todo su cuerpo.

—Mucho.

A pesar de que había pasado mucho tiempo desde que terminó el partido, el calor no se había disipado porque su juego aún no había terminado. Su último período era Jo-on.

—Me gustaría que mi olor también se impregne profundamente en ti.

El pecho de Jo-on subía y bajaba con fuerza, siguiendo su respiración agitada por la provocación descarada. Jo-on no evitó la mirada de Dylan.

—…Entonces, hazlo.

Dylan abrió los ojos de par en par y luego sonrió, formando medias lunas. La palma de su mano, que había bajado de la mejilla al cuello, se movió siguiendo el pulso de la sangre. Y luego presionó suavemente sobre el corazón que latía con fuerza.

A pesar de la poca fuerza, el cuerpo de Jo-on se inclinó hacia atrás. Jo-on, en lugar de decir algo más, extendió sus brazos y rodeó el cuello de Dylan, cerrando los ojos con fuerza.

Una sensación extraña, que penetraba la ropa, se movía por su piel, generando calor por fricción. Los labios de Dylan se movían siguiendo el rastro de sus dedos, recorriendo el ombligo, los abdominales y el pecho de Jo-on. Sus caricias y besos eran tan dulces que las emociones brotaban por cada lugar por donde pasaba. La mirada de Dylan se detuvo por mucho tiempo en el rostro de Jo-on, que cambiaba a cada instante.

—¿Aquí, te gusta?

Dylan preguntó, jugueteando con el pezón de Jo-on, que sobresalía ligeramente al estar expuesto al aire, con sus labios. Su gran palma, posada sobre el otro pecho, intentaba recoger lo que no podía asir.

—¡Ah!

El entrecejo de Jo-on, que se había fruncido negando cada vez que le preguntaban, formó un profundo surco en el momento en que Dylan le mordió el pezón con los dientes. La punta de la lengua de Dylan cosquilleó su piel suave y resbaladiza. Se le erizó el vello. El pezón, sensiblemente hinchado por los arañazos de sus uñas, fue succionado directamente hacia la boca de Dylan. Dylan chupó el sensible pecho de Jo-on, haciendo ruidos de succión.

—¡Ah, para! Me duele. Si me muerdes, *ugh*.

—También puedo sensibilizarte aquí.

Jo-on levantó la parte superior de su cuerpo y cubrió la cabeza de Dylan, que estaba hundida en su pecho, con la palma de su mano. Los cabellos rubios revueltos se escapaban entre sus dedos. Tiró suavemente de su cabello hacia atrás, y el rostro de Dylan, con las cejas fruncidas, quedó a la vista.

—Me duele.

—Lo siento. ¿Ya estás sensible?

Como si la provocación de Jo-on lo satisficiera, los labios brillantes de Dylan se curvaron en una sonrisa torcida. Jo-on rodeó la cintura de Dylan con las piernas y, con el peso, lo hizo girar y acostarse, subiéndose encima de él. En un instante, sus niveles de ojos se invirtieron.

Sentado sobre los abdominales esculpidos de Dylan, Jo-on desabrochó rápidamente los botones de su camisa, que ya estaba medio abierta, con un solo dedo, y desdobló la parte delantera. Su torso blanco quedó completamente expuesto. Dylan, que había estado brevemente aturdido, también se quitó la ropa de golpe.

Jo-on se sintió de repente avergonzado, ya que su cuerpo no era tan impresionante como el de Dylan, con sus abdominales firmes. Sus manos temblaban, pero en la oscuridad, probablemente no se notaba. Era una suerte que solo hubiera un foco de pie. Si pensaba que todo su cuerpo estaba completamente expuesto, le daba tanta vergüenza que no podía soportarlo.

Jo-on se apoyó en los hombros de Dylan y se inclinó sobre él. La cálida palma de Dylan, que rodeaba su costado expuesto, se movía lentamente. Un calor suave se extendía a su paso.

—¿Estás bien?

—¿Qué cosa?

—Si sigo.

Dylan dejó un dedo apoyado en su cintura.

—…A estas alturas, ¿qué importa?

Habiéndole chupado el pezón, y ahora pidiéndole permiso sonrojado como un chico o una chica tímida, resultaba un poco ridículo.

Jo-on movió ligeramente la cintura y frotó su entrepierna para que Dylan sintiera su miembro medio erecto. Dylan jadeó profundamente.

—Vaya, no me provoques tanto.

Su mano tiró hacia abajo, bajando tanto los pantalones como la ropa interior. Debido a la posición de Jo-on, montado sobre los firmes muslos de Dylan, la ropa interior no se bajó por completo, pero su miembro, medio erecto, saltó por encima de la goma.

Jo-on trató de no mostrarse avergonzado y bajó la mirada con calma. Dylan, que ya se había movido lentamente y se había quitado los pantalones, estaba completamente desnudo debajo de él.

Aunque lo había esperado, su miembro era de un color y tamaño claramente diferentes al de Jo-on.

—Tómalo en tu mano así.

Dijo Dylan en un tono suave, acariciando el miembro tenso de Jo-on con el suyo. Jo-on contuvo un gemido en la garganta mientras envolvía ambos con una mano y los frotaba lenta y suavemente de arriba abajo.

—…*Haa*.

De repente, su visión se volvió borrosa y dio media vuelta. En un instante, la posición se invirtió. Esta vez, Dylan, apoyado sobre él y presionando sus hombros, jugueteó con los labios de Jo-on con la punta de la lengua, penetró en su boca y soltó un aliento agitado. Al mismo tiempo, movió la cintura, frotando los genitales que tenía en una mano. La saliva mezclada era como si contuviera un afrodisíaco, y no podía recuperar la razón.

—E-espera, *ugh*, ¡un momento!

—No te preocupes. Te haré sentir bien.

La palma de Dylan rodeó las pequeñas nalgas de Jo-on sobre su ropa interior. Presionó con fuerza como si fuera a estallar, frotando su entrepierna firmemente erecta. Después de quitarle completamente la ropa interior hasta los tobillos, Dylan se masturbó en una posición cómoda, sosteniendo ambos miembros.

—No te voy a devorar.

—…¿De verdad, ah, lo harás?

—¿El qué?

Dylan, que había inclinado la cabeza por un momento, comprendió la pregunta de Jo-on y se agachó para susurrarle al oído. Su voz tenía un tono relajado y divertido.

—Oh, te juro que nunca haré nada que no te guste.

La fuerza en los dedos de Jo-on, que sostenían los hombros anchos y firmes de Dylan a pesar de no llevar hombreras, se desvaneció lentamente.

—Te haré sentir bien. Déjate llevar por mí.

Los labios de Dylan, que le mordieron ligeramente el lóbulo de la oreja, se deslizaron por su cuello. Jo-on cerró los ojos, incapaz de contener el placer al ver a Dylan tragarse su miembro. Todo su cuerpo se derretía ante el contacto sexual que experimentaba por primera vez en su vida. Los dedos de sus pies se curvaron solos, arañando la sábana.

—*Haa*, *ugh*, ah, no. Creo que ya voy a llegar.

—¿Ya? Qué rápido.

Dylan murmuró con el miembro en la boca. Al mismo tiempo que movía la lengua, el aire caliente de su aliento estimuló la zona sensible, tensando su abdomen inferior al instante.

Jo-on golpeó a Dylan en la frente con urgencia y lo empujó. En ese momento, el semen salió lentamente y fluyó por el miembro erecto.

—Vaya, aún no te he complacido del todo.

Dylan, con una expresión de decepción, lamió con la punta de la lengua el semen que fluía por el tronco, como un helado derritiéndose en pleno verano.

—¡*Huu*, *ugh*! ¡Ah!

Después de la eyaculación, su miembro, que estaba sensible, recibió el movimiento de la lengua de Dylan con diez veces más sensibilidad de lo habitual. A Jo-on le dio un escalofrío por la espalda y empujó el hombro de Dylan con los pies.

Dylan, ante la negación de Jo-on, guardó la lengua dócilmente. En su lugar, pasó por el miembro y subió desde el costado, dejando marcas de besos. Al llegar a su barbilla, frotó su miembro endurecido contra el muslo de Jo-on y susurró:

—*Mmm*, ¿sabes? Tú también hueles bien.

Jo-on miró la barbilla de Dylan, que estaba manchada con su semen, y preguntó:

—Normalmente no huele bien. ¿No huele a pescado?

Dylan sonrió y juntó sus labios. Jo-on intentó evitarlo instintivamente, moviendo la cara, pero la mano de Dylan fue más rápida. Le agarró la barbilla para inmovilizarlo, y sus ojos, que se habían vuelto más oscuros, reflejaron la imagen de Jo-on. Su habitual aspecto sobrio y pulcro había desaparecido, y sus ojos, lánguidos después de la eyaculación, desprendían calor. Dylan sintió que su miembro, ya tenso, se hinchaba aún más.

—Junta los muslos.

Jo-on juntó las piernas como le indicaron, y Dylan deslizó su miembro entre sus muslos, moviendo la cintura lentamente como si estuviera realizando una penetración.

—Ah, *ack*, *mmm*.

El miembro, incrustado entre sus muslos, tocaba o empujaba los testículos de Jo-on. La estimulación, que se extendía como fuego, hizo que Jo-on se pusiera duro de nuevo. Dylan volvió a sujetar sus miembros juntos y movió la cintura, permitiendo que rozaran.

—*Haa*, qué bien, Jo-on. Estás caliente.

—*Ack*, ah, despacio. *Mmm*.

—Bésame, Jo-on. ¿Sí?

La mano de Jo-on, que había estado agarrando las sábanas de la cama, subió por el hombro de Dylan y le sujetó la mejilla. Los dos se lanzaron a los labios del otro, mordiendo y chupando con igual agresividad. Mientras se concentraban en hurgar y explorar el interior de la boca del otro como personas sedientas, las palmas de las manos de Dylan se humedecían con el fluido corporal de ambos.

Finalmente, Dylan soltó el miembro de Jo-on, tomó una de sus piernas y la colocó sobre su hombro. Presionó su abdomen inferior, comprimiendo su miembro, y luego sujetó las mejillas de Jo-on, lo besó y embistió rápidamente con la cintura.

Completamente arrastrado por la ola de estimulación que le daba Dylan, Jo-on solo podía aferrarse a él y gemir. La imagen residual de la vista nocturna se cernía ante sus ojos, proyectada en el techo pintado de un blanco monótono. Pronto, el olor del dueño de la casa, que impregnaba por todas partes, también se impregnó en el cuerpo de Jo-on.

Jo-on tuvo que fingir que dormía desde la mañana. Se preguntaba si realmente dejaba de ver las cosas cuando no se veían, porque en la oscuridad se lanzaba sin dudar, pero cuando amanecía, se arrepentía.

A decir verdad, el arrepentimiento había comenzado a invadirlo desde el momento en que, después de terminar sus juegos de manos "no, de labios" con Dylan, habían compartido la bañera de hidromasaje con vistas a la ciudad. Aun así, en ese momento el mundo todavía estaba oscuro, así que el arrepentimiento no era tan abrumador. Gracias a la suave iluminación indirecta, pudo ocultar un poco su rostro, que estaba sonrojado de vergüenza.

En su corta vida, juraba que nunca había tenido una relación impulsiva. Él era alguien que lo pensaba todo con cautela. Las relaciones de una noche, efímeras, de conocer a alguien en un club o bar y simplemente disfrutar y luego separarse, no existían ni existirían para él. Era más difícil lidiar con las consecuencias después de buscar el placer en un arrebato.

Para él, que no era muy sociable, seducir a alguien era un desafío, pero romper la incomodidad de la mañana siguiente era una barrera insuperable.

Y ahora, Jo-on estaba experimentando la incómoda mañana que había imaginado, de forma terrible. La ropa de cama desconocida que envolvía su cuerpo semidesnudo, vergonzosamente escasa, el olor desconocido de otra persona, y las muestras de afecto como los besos, todo era igual.

—¿Hasta cuándo vas a fingir que duermes?

—……

Dylan observó cómo las largas pestañas que colgaban al final de sus ojos cerrados temblaban ligeramente. Sabía que su pareja era una persona muy tímida. Sin embargo, no le gustaba que durmiera dándole la espalda. También le preocupaba la expresión que había tenido durante el baño, que parecía sombría en la oscuridad. Aun así, ¿debía sentirse afortunado de que no hubiera escapado mientras dormía?

—¿Por qué no abres los ojos como un hombre?

Como si esas palabras hubieran tocado su orgullo, Jo-on se frotó la cara con las manos y luego abrió los ojos de repente. Como se le había olvidado cerrar las cortinas, el deslumbrante sol de la mañana

se derramaba sobre los rostros de ambos. Los ojos de Jo-on, iluminados por el sol, eran de un color marrón claro, como si estuvieran pintados con acuarela. Dylan lo miró en silencio y murmuró:

—¿Dormiste bien?

—…Sí.

—Yo también.

Cuando Dylan respondió frotando sus labios en el hombro blanco y liso de Jo-on, este se sobresaltó y se subió la manta hasta los hombros. ¿Era la timidez una diferencia de personalidad o de cultura? Ninguna de las parejas de Dylan había sido tan tímida. Más que tímido, parecía arrepentirse de lo que había pasado la noche anterior.

Esperaba que eso no fuera así, ya que hubo un momento en que Jo-on se había lanzado con valentía. Como Dylan también era la primera vez que estaba con un hombre, no tenía confianza en sus habilidades técnicas. ¿Será que no estaba satisfecho por eso? Al fin y al cabo, solo había sido caricias.

—¿Qué te gusta para desayunar? ¿Cereal? ¿Panqueques?

Dylan preguntó, tratando de ignorar los pensamientos que surgían en direcciones extrañas.

—…¿Qué hora es ahora?

Jo-on, sobresaltado, giró la cabeza. Su voz, que se había vuelto ronca por gemir durante la noche, sonaba bastante sensual. Dylan estiró la mano hacia la mesita de noche y comprobó la hora en su teléfono.

—Son las ocho.

—Ah…

Jo-on exhaló un largo suspiro de alivio y, después de pensarlo, se giró para acostarse de lado hacia Dylan. Esto hizo que la bata de baño, que ya estaba a punto de caerse, se desordenara por completo. Dylan recogió el cuello de la bata y lo cubrió para que el hombro expuesto al aire no sintiera frío.

—Mi teléfono… ¿está ahí?

—Probablemente esté en la sala. ¿Quieres que te lo traiga?

—Sí.

Jo-on asintió con la cabeza, escondiendo la cara bajo la manta. No había nada que hacer, ya que pedía las cosas con una actitud tan tierna.

Dylan se levantó, buscó el teléfono de Jo-on en su abrigo y se lo trajo.

—¿Tienes que ir a trabajar hoy?

—…Qué temprano preguntas. ¿Acaso no me hubieras molestado tanto si lo hubieras comprobado anoche?

—Vaya. Por supuesto. No, no estoy seguro.

Jo-on murmuró mientras tecleaba en su teléfono.

—Está bien. Puedo pedir baja por enfermedad, diciendo que tengo síntomas de gripe. De todos modos, es fin de año y a nadie le importará.

Dylan saboreó un fragmento de la mañana pacífica, observando cómo los ojos de color marrón claro, que brillaban intensamente, se estrechaban.

El cabello despeinado que cubría su frente de forma desordenada, los labios fruncidos como los de un pato por concentrarse en el chat con su gerente, y todo el escenario calentado por la cálida luz del sol y el cielo invernal claro y sin nubes, difuminaban la línea entre la realidad y la irrealidad.

Al cabo de un rato, Jo-on dejó el teléfono y miró a Dylan a los ojos, luego volvió a hundir la frente bajo la manta y gimió. Dylan apretó los dientes para que la pregunta que le rondaba en la boca no se escapara. Al ver a Jo-on, que parecía no estar nada contento con la mañana a diferencia de él, su corazón latía de forma inquietante.

En ese momento, Jo-on golpeó la frente de Dylan contra su pecho.

—…¿Haces bien los panqueques?

Una voz ahogada y entrecortada se escuchó bajo la manta. Dylan abrazó la cabeza de Jo-on, que estaba despeinada como el pelo de un perro, y bajó sus labios sobre ella.

—Claro. Mis sobrinos lo han comprobado. ¿Café o jugo?

—Café.

—De acuerdo. Sal despacio.

Dylan susurró con voz aliviada y salió de la habitación. Solo cuando todo rastro de su presencia desapareció, el rostro de Jo-on asomó por debajo de la ropa de cama. Jo-on observó la cocina, de donde venían ruidos metálicos, y lentamente se incorporó.

—…Como un hombre.

Jo-on se dio una bofetada en la mejilla con la palma de la mano, para espabilarse.

—Concéntrate.

Luego, se puso la ropa interior, y Dylan regresó con ropa cómoda en la mano.

—Ponte esto.

—Ah, gracias.

Jo-on, avergonzado de estar en ropa interior, le arrebató rápidamente la ropa de las manos y se la puso. Intentó moverse con agilidad, pero en realidad sus movimientos fueron bastante torpes.

Cuando se lavó la cara a toda prisa, Dylan, que estaba en la cocina preparando café, se volvió para mirar a Jo-on.

—No te secaste del todo.

—Ah, es que quería espabilarme un poco.

—¿Quieres que te despierte?

Jo-on miró a Dylan con cautela, temiendo que intentara algún tipo de terapia de choque, como un contacto físico repentino. Sin embargo, a diferencia de lo que temía, Dylan pasó junto a Jo-on, entró en el vestidor y volvió a salir.

—¿Qué es?

—Esto.

Dylan levantó el puño y se lo tendió. En la mano, que creía vacía, había algo pequeño, parecido a un caramelo, de identidad desconocida. En el momento en que se lo acercó a la nariz, un fuerte olor a amoniaco lo invadió. Era un olor agudo y estimulante, lo suficientemente fuerte como para perforar el cerebro.

Dylan se rio a carcajadas al ver a Jo-on gritar. Se sentó en el suelo como un niño que ha logrado una broma ingenua y estalló en carcajadas. Gracias a eso, Jo-on casi se cae de la silla.

—¿Qué es eso? ¿A qué huele esto?

—Son sales aromáticas.

—¿Eh?

—Los jugadores las huelen antes del partido para concentrarse. El olor es tan fuerte que te despierta al instante.

—¡Con el café me basta!

Dylan se rio durante un buen rato, incluso secándose las lágrimas de los ojos, de lo divertida que le había parecido la reacción de Jo-on.

—Te prepararé el café enseguida. Mientras tanto, si quieres espabilarte, huele esto.

Mientras Dylan le daba la espalda para empezar a preparar los panqueques, Jo-on tomó sigilosamente las sales aromáticas y las olió. Definitivamente, el fuerte olor a amoníaco era perfecto

para despejar la mente somnolienta. Jo-on se guardó el objeto en el bolsillo, prometiéndose una venganza algún día.

Los panqueques de Dylan estaban deliciosos, y el café que había preparado a mano era excelente. Aunque tuvo que tomarse un día libre inesperado en el último día del año, no fue tan malo como había pensado.

Había creído que trabajar a fin de año, cuando los demás descansaban, tenía su propio encanto, pero ahora que estaba de vacaciones, no podía sentirse más tranquilo.

—¿Cuándo es el próximo partido?

—No hay partido hasta pasado mañana. Mañana sí tengo que ir.

—¿Es en Toronto?

—Sí, por suerte.

Dylan volteó un hermoso panqueque perfectamente redondo y se sentó frente a Jo-on. Era la última porción de masa.

—Pero tengo que tomar un avión justo después del partido. Tengo que irme al centro.

Jo-on asintió lentamente.

—Pero volveré a jugar en Toronto.

Al levantar la cabeza al escuchar la voz de Dylan, que se había vuelto un poco sombría, vio su rostro tan oscuro como su tono de voz. Por alguna razón, el ambiente le pedía que lo consolara. Jo-on, por pura casualidad, se pasó la mano por el pelo y dijo con voz tranquila:

—Si puedo, iré a verte entonces.

—¿De verdad?

Tan pronto como terminó de hablar, la voz de Dylan, que se había vuelto notablemente más brillante, le respondió al instante. Aunque Dylan siempre parecía ocultar algo, hoy mostraba una reacción bastante honesta.

Jo-on, no queriendo decepcionarlo, respondió que lo haría con gusto.

Dylan, que se había negado rotundamente a que Jo-on le ayudara con la limpieza y lo había empujado, encontró a Jo-on, que ya se había cansado de curiosear por la casa y ahora estaba cómodamente recostado en el sillón junto a la ventana, sumido en una siesta. Dylan acercó un taburete y se sentó a su lado.

Su pareja, que tenía una resistencia bastante débil, se había sumido en un profundo sueño, agotado por las ligeras caricias de la noche anterior. Que se cansara con tan poco era preocupante para el futuro.

Sin embargo, a pesar de la cercanía de sus cuerpos, Dylan no estaba seguro de que Jo-on le hubiera abierto su corazón. Aún había demasiadas cosas que Dylan no sabía sobre Jo-on. Una cosa sí era segura: Jo-on se estaba malinterpretando a sí mismo.

Al principio, Dylan también pensó que Jo-on era simplemente callado e introvertido. Después de todo, venía de un país oriental donde se consideraba una virtud respetar a los mayores y ser obediente. Pero cuanto más tiempo observaba a Jo-on, más notaba una energía reprimida oculta tras su actitud cautelosa.

Para alguien tan joven que había venido a estudiar tan lejos, debía haber una parte de él que era independiente y progresista. Aunque Jo-on se había descrito a sí mismo como un cobarde que se rendía fácilmente, fue él mismo quien decidió aprender a patinar, algo que nunca había hecho antes. Nadie lo empujó, pero él mismo puso los pies en el hielo por su propia voluntad.

A Jo-on le faltaba más la confianza en sí mismo que el talento, los antecedentes o las condiciones. Dylan deseaba que Jo-on fuera alguien que pudiera tener confianza en sus propias decisiones. Y esperaba que, en lugar de guardarse sus pensamientos, se los contara y los compartiera con él.

¿Quizás todavía no había logrado ganarse su confianza total? Tal vez estaba pidiendo demasiado.

Dylan miró el rostro suave de Jo-on con seriedad. Su mirada se movió lentamente hacia sus mejillas, que se contraían. Los ojos de Jo-on, tan transparentes como joyas que dejaban pasar la luz, reflejaban por completo a Dylan.

—Vaya, ¿te desperté? ¿Te miré con demasiada intensidad?

—No estaba durmiendo.

—Si estabas cansado, podías dormir. Anoche hicimos mucho ejercicio...

—No estaba durmiendo.

—¿De verdad?

—Solo me molestaba un poco la luz. Aunque el sol está bien. De todos modos, es difícil disfrutar de este sol en invierno.

Dylan sonrió en silencio, como si estuviera de acuerdo. Aunque a Dylan siempre le había gustado el invierno, incluso antes de elegir su profesión como jugador de hockey sobre hielo, el sol era igual de bienvenido para él. Además, para alguien que mantenía su rutina habitual, incluso en los días libres, con la misma cantidad de ejercicio y a la misma hora, tener la libertad de disfrutar del sol invernal como ahora era algo inusual y especial.

Aunque no se comparaba con la intensidad del verano, la luz, tan insignificante como una pluma, le cosquilleaba el pecho.

—Entonces, ¿te gusta más el verano?

Jo-on exhaló un suspiro perezoso, como si nunca antes lo hubiera pensado, y sacudió lentamente la cabeza.

—En realidad, no. No tengo muchos buenos recuerdos del verano.

—Tendré que esforzarme mucho entonces.

—…¿En qué?

—En nada.

Dylan sonrió, y Jo-on rápidamente desvió la mirada. Sin previo aviso, sus caras estaban de nuevo a una palma de distancia.

—En ese caso, a Jo-on le debe gustar más el invierno. Parece que tienes bastantes buenos recuerdos. Como la 'Navidad', por ejemplo…

Jo-on encontró una decoración navideña en un rincón de la sala, que parecía no haber sido guardada todavía. Y de repente, un recuerdo fugaz le hizo fruncir el ceño.

Cuando pensaba en Navidad, siempre le venía a la mente la cálida casa de Maya. Maya, devota, se tomaba la Navidad muy en serio, y era un gran evento para su familia. En esos momentos, Jo-on a veces sentía que su calor lo salvaba. Relajó el ceño fruncido y curvó los labios en una sonrisa torcida, soltando una risita corta.

—Tal vez sí.

Al mismo tiempo, Jo-on giró la cabeza y bromeó:

—¿Cuándo tendré la oportunidad de conducir un Zamboni de más de diez mil dólares…?

Dylan se abalanzó como si hubiera estado esperando ese momento, devorando sus labios. Los besos, que habían sido amables y suaves, con un toque de afecto, se separaron rápidamente. No hubo besos desordenados que pudieran arruinar el tierno momento.

—…eh.

—Jo-on, eres una persona inteligente. Sabes la respuesta exacta.

Jo-on se limpió los labios con el dorso de la mano. Sus mejillas enrojecidas estaban medio cubiertas.

—…Supongo que es porque mi trabajo implica calcular dinero. Por si no lo sabes, en realidad podría ser una persona muy calculadora.

—Eso es bueno. Yo no calculo.

Como dijo Dylan, él era una persona de carácter muy diferente al de Jo-on, que era tranquilo y calculador. Era impredecible e impulsivo, como un animal lleno de vida. Precisamente eso generaba una ansiedad sin forma.

Jo-on miró de reojo a Dylan para ocultar los latidos irregulares de su corazón. Había logrado captar su atención, y Dylan, que solo había estado mirando sus labios, lo miró a los ojos con un brillo.

—Oye, Dylan. Ahora que lo pienso, ¿no dijiste que tenías un regalo para darme? Aunque fuera una excusa para traerme a casa, si preparaste algo, creo que deberías mostrármelo.

Jo-on empujó a Dylan, que intentaba pegarse de nuevo, y cambió de tema.

—Ah, claro.

—¿Claro?

—Jaja, no es mentira. Realmente tengo algo. Ven conmigo.

Dylan, como si acabara de recordar, arrastró a Jo-on hacia el vestidor. A diferencia del dormitorio, los objetos sin organizar estaban metidos de cualquier manera en los cajones y armarios.

Dylan, milagrosamente, sacó lo que buscaba. El objeto nuevo, aún en su caja, era un casco y protectores, pero a diferencia de los que usaban los jugadores, estos solo protegían los codos y las rodillas. Jo-on miró el objeto y a Dylan alternativamente.

—El tamaño lo calculé a ojo, ¿quieres probártelos? Si no te quedan, los cambiaré.

Afortunadamente, Jo-on había pedido el tamaño basándose en las protecciones que le había prestado antes, y le quedaban perfectamente, como si hubieran sido suyos desde el principio.

Jo-on pasó la yema de los dedos por la superficie brillante y pulida. Un reflejo tonto y aturdido apareció. Fue entonces cuando curvó la comisura de sus labios y sonrió.

—Gracias. Los usaré bien. Creo que no me lastimaré si me caigo. Pero el casco, *mmm*…

Jo-on alargó las palabras como si no quisiera ponerse el casco, y Dylan rápidamente le puso el casco azul en la cabeza. El personaje del oso polar, el emblema del equipo de Dylan, estaba grabado en blanco.

—Póntelo. No queremos que se te rompa la cabeza si te caes.

—……

Obviamente, esperaba que eso no ocurriera, pero la suposición era bastante horrible. Era una broma macabra que solo Dylan, quien había pasado por el protocolo de conmoción cerebral, podía hacer. Jo-on, con el rostro pálido, asintió dócilmente. Se puso de pie y adoptó una postura de patinaje.

—Creo que me quedan bien.

Aunque las protecciones le apretaban las articulaciones y no le permitían moverse libremente, al patinar era lento y torpe, así que no sería un gran inconveniente.

—¿Y cuándo es la próxima lección? Entrenador.

Cuando Jo-on preguntó en tono de broma, Dylan por fin puso una expresión de disculpa. Parecía que el regalo era una compensación por el tiempo de lección que no podía ofrecer. Aunque en realidad, no era necesario.

—Lo siento. Mi agenda de partidos está muy apretada por ahora. Volveremos a patinar durante el receso del All-Star.

—Está bien. No lo dije para presionarte. No te preocupes en absoluto. Ya es suficiente con que te preocupes por mí. Muchas gracias.

Jo-on, avergonzado, agitó las manos. Dylan lo miró pensativo y luego, sin previo aviso, volvió a juntar sus labios. El ataque sorpresa hizo que Jo-on se golpeara la frente con el casco, arruinando el romanticismo, pero fue un contacto completamente natural y habitual, como si tratara a un viejo amante.

Jo-on se esforzó por seguir el ritmo de Dylan, que era más rápido que el suyo, y le respondió dócilmente. Sin embargo, una duda persistente permanecía débilmente en un rincón de su mente, susurrando:

¿Cuál era el destino final de este tren desbocado?

VOLUMEN 2.

7.

Tuvieron suerte. El supermercado estaba abarrotado y solo quedaba un carrito.

El hombre de mediana edad que llegó después no tuvo más remedio que dirigirse al lugar donde se amontonaban las cestas de la compra sin ruedas.

—Primero compremos carne.

La sección de carnicería estaba al otro lado de donde estaban. 'No es muy eficiente', pensó Jo-on. Mientras Jo-on exploraba el interior del supermercado, Dylan empujó activamente el carrito hasta la sección de carnicería.

—Jo-on, ¿qué corte te gusta más?

—…No sé. ¿Necesitamos comprar más que esto?

Jo-on reaccionó con indiferencia al ver los dos paquetes de carne roja que Dylan le mostraba. Bajó la vista y comprobó que el carrito ya estaba lleno de todo tipo de carne. Todo había sucedido en un abrir y cerrar de ojos.

Dylan era claramente carnívoro y, como atleta, comía una cantidad impresionante. Sin embargo, debido a la naturaleza de su trabajo, que implicaba comer fuera mucho más que en casa, la cantidad de carne en el carrito parecía un poco excesiva.

—Dylan. Ya basta de carne, vamos a comprar verduras.

—*Mmm*. De acuerdo.

Jo-on le quitó los paquetes de carne de la mano y los dejó en el carrito. Dylan miró la carne con una mirada llena de arrepentimiento. Parecía haber perdido el interés rápidamente al mencionar las verduras.

Como aquel día en la cabaña rodeada de coníferas, cuando patinaron y asaron bistecs, Dylan cocinó la carne con un simple condimento, y Jo-on, para ayudar en algo, se dedicó a preparar los platos.

Como era de esperar, Dylan no pasaba mucho tiempo en casa. Su apartamento tenía bastantes platos y vasos desparejados, algo que no distaba mucho de la casa de Jo-on. De entre ellos, Jo-on sacó los únicos utensilios que formaban un juego y preparó las bebidas. Se sentó a la mesa y preparó puré de papas con papas cocidas, sal, mantequilla y leche.

El menú era sencillo y limpio: una combinación impecable de ensalada de rúcula con aceite de oliva y queso parmesano, bistec, verduras asadas y puré de papas. Dylan le preguntó si quería mac and cheese instantáneo y se ofreció a preparárselo, pero Jo-on se negó. El paladar de Jo-on era más bien sencillo.

La cena fue lenta y tranquila. Esta vez, no fue en medio de la naturaleza llena de sonidos, sino en el centro de una ciudad rodeada por una jungla de concreto, donde edificios altos y grises se alzaban como abetos densos. Fuera de la ventana, el cielo nocturno se teñía de negro, y debajo, las huellas de vidas que nunca se apagaban brillaban sin cesar.

Después de la cena, los dos buscaron en algún lugar del vestidor, que usaban como trastero, y sacaron un juego de Jenga. A medida que el juego avanzaba, ambos se animaron y se concentraron en el juego hasta bien entrada la noche.

Jo-on se sintió avergonzado de su propia competitividad en un simple juego e intentó cambiar el ambiente, pero accidentalmente mencionó que existía una versión para adultos con castigos atrevidos, como 'quitarse la ropa'. Inmediatamente quiso golpearse los labios. Dylan lo miraba de arriba abajo con ojos lascivos.

Incluso, para enmendar su desliz, se apresuró a sacar un bloque y derribó la torre. Dylan sonrió con picardía y preguntó:

—¿Cuál eliges? ¿Camiseta, pantalones o ropa interior?

Jo-on fingió no escuchar la pregunta de Dylan, sacó las sales aromáticas y se castigó a sí mismo. Gracias a eso, se espabiló por completo. Era su turno de mostrar la tenacidad de un hombre competitivo.

Mientras mantenían una tasa de victorias igualada, Dylan consultó el reloj y sacó una silla de camping de algún lugar.

—Se acabó el tiempo. ¿Salimos?

Instalaron la silla en el balcón. Los dos se abrigaron con gruesas chaquetas de invierno y tomaron asiento.

—¿Tenemos que verlo aquí? El viento… sopla enormemente.

Jo-on murmuró, temblando de frío, mientras Dylan acercaba la pequeña silla de camping junto a la suya.

—Acércate.

Él le pasó un brazo por los hombros y lo atrajo hacia sí. Desapareció el espacio por donde el viento frío podía colarse. Lo que al principio era un contacto incómodo, pronto se volvió familiar. La cabeza de Jo-on, ligeramente inclinada, descansó sobre el hombro ancho de Dylan. Más bien, estaba más cerca de su pecho.

El gorro del abrigo, profundamente echado hacia atrás, cubría la visión de Jo-on con el pelo de mapache. El viento era tan gélido que, aunque no pudiera ver bien, se contentó con el calor y se quedó sentado. Un aliento caliente y cercano se sintió sobre su frente.

—¿Así estás un poco mejor?

—Mucho.

Los labios tibios de Dylan soplaron suavemente sobre su flequillo, apartándolo, y luego se posaron con un sello en la piel plana de su frente. Los labios se separaron con un suave chasquido y bajaron hasta sus ojos. Luego se movieron lentamente, pegados a sus sienes.

—Me gusta más la sensación de estar de campamento, ¿a ti qué te parece, Jo-on?

Era una persona con un contacto físico realmente natural. Jo-on, avergonzado, miró la cúpula del Rogers Centre y respondió:

—…Camping el 31 de diciembre. ¿No te parece más frío que divertido?

—Te estoy abrazando para que no tengas frío. ¿No es suficiente conmigo? ¿Encendemos una hoguera?

Jo-on se rio entre dientes ante la franqueza de la expresión. Realmente era un delantero que no sabía retroceder ni dar la vuelta. Justo cuando iba a preguntar qué harían si los arrestaban por violar las

leyes de incendios, se escuchó un fuerte estruendo. El pequeño sonido lejano parecía un fuego artificial que alguien había lanzado por error.

—Mira, Jo-on. Parece que va a empezar pronto.

Siguiendo la mirada de Dylan, comprobó el reloj y vio que ya era casi medianoche. A lo lejos, la gente comenzó la cuenta regresiva. Las voces de los ciudadanos reunidos frente a la Plaza Nathan Phillips, frente al Ayuntamiento, se unieron y resonaron en el centro de la ciudad.

—¡10!

—¡9!

También había gente en el condominio de Dylan que había salido a sus balcones para disfrutar del evento que se avecinaba, ya que se escuchaban voces contando desde no muy lejos. Las voces de la gente resonaron en la jungla de edificios, y el tiempo pareció transcurrir un poco más lento de lo que realmente lo hacía.

Y, al contar el uno, se escuchó una explosión incomparablemente más fuerte que antes. Jo-on se encogió de hombros, y Dylan apretó la mano que lo rodeaba.

Una luz hermosa se derramó sobre el balcón de Dylan, que dominaba el centro de la ciudad. La CN Tower, el pilar que sostenía la ciudad, se encendió, y fuegos artificiales espectaculares brotaron de su cima.

Los fuegos artificiales que estallaban en todas direcciones desde la parte superior de la torre parecían tallos de flores que brotaban. Las flores de la ciudad estéril, que florecían en pleno invierno, iluminaban la noche oscura.

Durante los escasos diez minutos, la torre pareció recordar las cuatro estaciones pasadas, brotando, formando capullos, abriendo sus brillantes pétalos y luego marchitándose y cayendo. Finalmente, la torre se apagó en silencio, como si esparciera las últimas semillas por el mundo. Solo los vítores ocasionales de la gente resonaban en el aire como un eco.

Jo-on permaneció en silencio durante mucho tiempo.

A pesar de llevar más de diez años viviendo en esta ciudad, la escena, que nunca antes había presenciado, le conmovió profundamente. Dylan también expresó su emoción simplemente con su calor. A lo lejos, los vítores y las felicitaciones de la gente continuaban. Dylan, entonces, saludó a Jo-on.

—Feliz Año Nuevo.

Jo-on, que había abierto la boca para responder, la cerró en silencio y tragó saliva seca. Sentía que su voz, envuelta en una profunda emoción, saldría de forma vergonzosa. Por eso, al final, a pesar de responder: —Tú también, Feliz Año Nuevo, solo exhaló grandes bocanadas de aliento blanco en lugar de una voz clara. Era un sonido ridículamente débil en comparación con la alegría y las bendiciones de la gente que se escuchaban por toda la ciudad.

Las personas que había conocido en esta tierra no eran en absoluto tacañas con sus emociones positivas. En esta ciudad de gente que reía, elogiaba, agradecía y se alegraba con facilidad, la gente no se desesperaba ni se volvía pesimista fácilmente, incluso ante la desgracia. Como Maya, a quien le gustaba dar a los demás a pesar de no ser rica, o Tony, que no escatimaba energía en cuidar a los que le rodeaban.

Jo-on había vivido una vida tan insípida que el tiempo pasado, en el que simplemente vivía por vivir, le parecía vergonzoso. No sabía mucho de esta tierra, que no perdía el calor y la esperanza ni siquiera en las tormentas de nieve que la visitaban cada invierno, y tampoco la amaba.

Todos los días, solo pensaba en adaptarse y sobrevivir. Para él, la vida era solo supervivencia.

Jo-on, solo ahora, sintió el deseo de criticar su propia actitud hacia la vida. El tiempo que había pasado sin lograr nada le parecía una pérdida y una pena. Ojalá hubiera atesorado más recuerdos de nadar felizmente que de luchar bajo la superficie del miedo.

Jo-on apartó la profunda emoción y, para ahuyentar los pensamientos negativos que intentaban ocupar el vacío, se lanzó rápidamente a buscar los labios de Dylan. Dylan dudó un momento, quizás porque no esperaba que él se acercara primero. Pero pronto abrió los labios y lo aceptó con suavidad.

Cada vez que Dylan recuperaba el aliento, le acariciaba la mejilla y bromeaba, pidiéndole que fuera suave. Jo-on, fingiendo no escucharlo debido al viento, se aferró con fuerza al cuello de Dylan como si tuviera sed, y lo besó apasionadamente. En ese momento, ansiaba mucho su dulce consuelo.

—Jo-on, tus mejillas están congeladas. Entremos ya.

Hasta que Dylan, recuperando a duras penas la razón, lo separó a la fuerza para detenerlo.

El primer beso del Año Nuevo fue tan apasionado como una cerilla en medio del frío, pero también fugaz.

Las uñas cortas apenas lograron perforar la cáscara dura. El jugo salpicó y un fresco olor a cítricos se extendió. Ya era la quinta. Una caja de mandarinas marroquíes estaba sobre la mesa, junto a una pila de cáscaras que ya era una montaña.

Llevaba casi una hora con la transmisión encendida en la computadora, en lugar de un televisor, y Jo-on no paraba de llevarse las manos a los bocadillos para ocultar su nerviosismo. Cada vez que el atractivo rostro de Dylan aparecía intermitentemente en la pantalla de la transmisión, Jo-on se tragaba las mandarinas sin masticar.

Dylan, que parecía estar protagonizando una película de deportes en medio de la feroz competencia, no parecía estar teniendo un buen partido. Su habitual semblante alegre había desaparecido, y tenía el rostro serio, con la boca apretada en una línea recta. Desprendía un aura de ambiente completamente diferente a cuando mostraba una expresión suave frente a Jo-on.

De hecho, su estilo de juego de hoy también era áspero y ofensivo. El ambiente cortante que desprendía era sin duda un intento de intimidación para no ser subestimado en territorio contrario, más que cuando jugaba en su estadio local.

Aunque la seriedad se mostraba en cada partido, Dylan como jugador parecía una persona completamente diferente al Dylan que estaba a solas con Jo-on. Mientras pensaba en eso y pelaba otra mandarina, dos jugadores de los equipos chocaron violentamente. Se produjo una feroz lucha por el *puck*.

—Ese fue un gran choque. Toronto sigue manteniendo la posesión del *puck*. Dylan McClain lo lleva a la zona ofensiva. Intenta un disparo, pero pasa por encima de la red. El segundo período está a punto de superar los 7 minutos. El partido sigue 2-2.

Dylan, que había lanzado un disparo apresurado, se mordió el protector bucal con ojos arrepentidos. Pronto, la música y los anuncios comenzaron a sonar, y su expresión sombría desapareció. Jo-on, escuchando la música de los anuncios de sitios de apuestas que se repetía hasta el cansancio durante cada pausa, se sumió en sus pensamientos. Recordaba la última vez que lo había visto.

El día después de haber visto sus cuerpos desnudos sin querer. La noche en que, completamente abrigados con chaquetas de invierno, se sentaron en el balcón y disfrutaron de los fuegos artificiales de la CN Tower, dando la bienvenida al Año Nuevo con una cuenta regresiva. El momento en que compartieron el primer beso del Año Nuevo. La pasión tan intensa que ni siquiera el frío extremo pudo separarlos.

No, ¿quizás el frío los había impulsado? Después de eso, se habían sentado juntos en el sofá, frotándose los brazos helados con las palmas de las manos con la excusa de calentarse, y se habían abrazado durante mucho tiempo.

Sentados juntos como si hubieran sido un solo cuerpo desde el principio, los dos pusieron una película aburrida y se quedaron dormidos así. Más tarde, se trasladaron al dormitorio y se quedaron dormidos abrazados. A medio dormir, la mano de Dylan, que abrazaba a Jo-on por detrás, presionó su pecho y lo atrajo hacia sí. El corazón de Jo-on latía tan fuerte bajo su palma que no pudo conciliar un sueño profundo.

Todo había sido una serie de elecciones impulsivas que no había planeado. Sin embargo, ahora no se arrepentía. Los besos de Dylan le sentaban bien, y el contacto físico más allá de eso, aunque vergonzoso, tampoco era malo.

Tirar la calculadora que ocupaba su mente y simplemente dejarse llevar por la ola de Dylan era algo que valía la pena hacer. Incluso si la ansiedad que acechaba en un rincón de su mente a veces lo asustaba.

Aun así, pensando que no podía quedarse en esa casa por varios días, Jo-on regresó a su casa al día siguiente con el equipo que Dylan le había comprado. Dylan, que lo había llevado hasta su casa, pareció bastante decepcionado al no ser invitado a entrar. Pero no había nada que hacer. Tenía la sensación de que si dejaba entrar a Dylan en su casa, volverían a estar juntos las 24 horas. Entonces, temía qué otra línea cruzarían esta vez.

El ritmo de Dylan era demasiado rápido para que Jo-on lo siguiera. Si sus cuerpos estaban pegados, sus labios se pegaban de forma natural, y luego la mano de Dylan ya estaba tocando el cuerpo desnudo de Jo-on, y una vez que una zona era conquistada, rápidamente se convertía en su territorio. Solo quedaba un lugar en el cuerpo de Jo-on que Dylan no había invadido.

No sabía si Dylan tenía la intención de ir más allá, pero al menos Jo-on sentía la extraña amenaza a su virtud que se acercaba sigilosamente y lo rodeaba. Por el momento, no sentía el deseo de ir tan lejos, así que aprovechó la oportunidad para escapar rápidamente a casa. El juego con fuego, lleno de curiosidad, también llegó hasta ahí.

Y la expresión de Dylan la última vez que lo vio...

Con ojos húmedos que parecían sinceramente heridos, asintió débilmente con un —Sí —y la sonrisa incómoda que esbozó se convirtió en una aguja de culpa que pinchó a Jo-on una y otra vez. Jo-on despidió a Dylan, le deseó un buen viaje al partido de visitante y luego se dio la vuelta fríamente.

Eso fue hace cuatro días.

Lamentablemente, el primer partido del año nuevo en la arena local se canceló porque no pudo conseguir entradas para un buen asiento debido a las vacaciones y el fin de semana. No pudo ver a Dylan antes de que se fuera a Seattle, como antes, sin la oportunidad de cruzarse brevemente en algún lugar de la arena y verlo. Después de eso, tampoco en el sur, donde las temperaturas superaban el cero incluso en pleno invierno.

Al recordarlo, su mirada se dirigió al casco y las protecciones que tenía en la entrada. Jo-on imaginó la figura de 6 pies y 5 pulgadas en el espacio vacío con pocos muebles.

Aunque ya lo había sentido cuando lo visitó para entregarle el disco conmemorativo, la casa de Jo-on era pequeña para Dylan. Aunque no tanto como la unidad de Dylan, el techo también era alto, así que probablemente era un problema de espacio reducido. La casa de Dylan, ubicada en el ático, tenía más habitaciones que la de Jo-on y era mucho más espaciosa. ¿O tal vez era la diferencia en la decoración?

Jo-on se apresuró a borrar el rastro de Dylan, que se sentía incómodo en cualquier lugar de su casa.

El espacio vacío se llenó con la música de un anuncio de casino que se repetía hasta el hartazgo. En el momento en que pulsó el botón de silencio para subir el volumen cuando el partido se reanudara, se hizo un silencio sorprendentemente profundo.

Jo-on se dio cuenta de repente de que no había dicho una palabra en todo el día. De repente, una soledad escalofriante invadió su pecho sin piedad. Dylan, reflejado en la pantalla a su alcance, se sentía tan lejano. ¿Era el vacío que sentía otra forma de anhelo?

‘¿Debería llamarlo primero cuando termine el partido?’

No, después de un partido duro y agotador, sería mejor dejarlo descansar. No podía molestarlo solo porque se habían acercado un poco.

En ese momento, su teléfono vibró con un sonido bajo. Se extrañó porque no tenía mucha gente con quien intercambiar contactos personales. Jo-on revisó su teléfono y se incorporó de donde estaba recostado. Había llegado un correo electrónico del dueño, a quien le había enviado el alquiler hacía poco.

El correo electrónico del dueño comenzó con un saludo de Feliz Año Nuevo, y luego de confirmar la recepción del alquiler enviado hace unos días, continuó con la mala noticia de que un aumento de la renta era inevitable debido al creciente costo de vida.

Lo más sorprendente fue la cantidad notificada al final. Jo-on abrió mucho los ojos al ver la cifra.

La cantidad propuesta por el dueño, que alquilaba la casa por un precio ligeramente inferior al del mercado a cambio de no declarar impuestos, reflejaba perfectamente los precios actuales del mercado, superando el 30% de lo anterior. Si esto continuaba, más de la mitad de su salario se iría directamente en el alquiler.

Aturdido, se apresuró a enviar una respuesta de protesta al dueño, pero la respuesta que recibió poco después no contenía ninguna intención de compromiso.

—Si no puede pagar la cantidad aumentada, tendrá que irse. Planeamos mudarnos nosotros. Sabe que son dos meses de aviso, ¿verdad? Cumpla con el plazo.

Si el dueño quería vivir allí, el inquilino no tenía más remedio que desalojar la casa. Pero eso era solo una excusa para echar al inquilino, y era obvio que mentían sobre mudarse.

Jo-on dudó por un momento. No era que no hubiera forma de hacer valer sus derechos y no aceptar la propuesta injusta, pero eso requería tiempo y esfuerzo. Por eso, muchos elegían rendirse y ceder en lugar de tomar el camino molesto y engorroso. Acostumbrado a eso, Jo-on dejó caer su teléfono y se dejó caer.

Por alguna razón, había pensado que no pasaría nada. Pero tan pronto como terminó el año, las malas noticias llegaron como si fueran una premonición. Si pagaba el alquiler propuesto por el dueño, no le quedaría ni un céntimo después de los gastos de manutención. Significaba que tendría que ahorrar cada céntimo de sus gastos de manutención. Si no tenía ahorros, no tendría dónde apoyarse en caso de una emergencia. Eso era una carga excesivamente grande.

Comprar una casa propia era un sueño imposible para él. El precio de la vida estaba asfixiando no solo a los dueños, sino a cualquiera que viviera en esta ciudad.

Su mano, que había recorrido su rostro endurecido, tecleó el teclado después de mucha deliberación. Como estaba en la posición del "menos favorecido", no podía decir nada más que "lo pensaré un poco más". Esto solo le daba un día más para buscar una casa a la que mudarse.

El silbato que anunciaba el final del segundo período sin goles sonó. La fuerza se escapó lentamente de su mano que sostenía el teléfono. El teléfono, con la pantalla negra, se colocó en silencio junto a una caja de mandarinas marroquíes. La música del anuncio del casino volvió a sonar.

'¿No podría comprar una casa si gano mucho con eso?'

Jo-on cerró los ojos, pensando que no sería el único que se iría a la cama con el corazón apesadumbrado esa noche, después de un partido de visitante que terminó en derrota.

El período de vacaciones de fin de año terminó y el calendario cambió a enero, con la gente que había estado de vacaciones regresando poco a poco. El tranquilo camino al trabajo volvió a estar concurrido. El vagón del metro estaba cálido por la gente amontonada, y la estación de Union, como siempre, estaba bulliciosa con gente que se abría camino.

Jo-on se abrió paso entre la multitud desordenada y llegó a la oficina con dificultad. Los colegas, a quienes no había visto en mucho tiempo, como en una escuela después de las vacaciones, estaban ocupados deseándose Feliz Año Nuevo. Al mezclarse con el bullicio, sintió una sensación de estabilidad en la oficina, que ahora parecía haber vuelto a su lugar. Este ambiente era adecuado para Jo-on, quien prefería pasar desapercibido en lugar de llamar la atención. La avalancha de trabajo que comenzó a llegar antes de que pudiera sumergirse en sus pensamientos fue un extra.

Peter, el gerente del equipo, se rió con una voz fresca y ligera: —Estaremos ocupados por un tiempo. ¿Todos lo saben? —Era algo que sucedía cada mes, pero lo decía como si fuera algo nuevo. Sin embargo, sus ojos no sonreían en absoluto. Más bien, había una sensación de crisis de que si las cosas salían mal, podrían tener que trabajar incluso los fines de semana.

Como padre de dos niños en pleno crecimiento, las horas extras y el trabajo de guardia los fines de semana no debían ser del agrado para él. Incluso como gerente de equipo, esto no era muy diferente de los miembros del equipo.

Los rostros de Jo-on y los demás miembros del equipo se oscurecieron drásticamente. Era el comienzo de la temporada de los infernales informes de liquidación.

Por la tarde, Peter fue el primero en recoger su bolso y levantarse.

—No se esfuercen demasiado, vayan a casa. Yo tengo que ir a recoger a los niños. Si pasa algo, llámenme.

A pesar de ser una época ocupada, era temprano para irse a casa. Como él solía trabajar horas extras incluso en casa durante los períodos de mucho trabajo, una salida tan temprana como la de hoy podría ser perjudicial para los miembros del equipo. Podría darse la situación de que tuvieran que volver a encender sus computadoras al recibir un mensaje de él trabajando tarde en casa.

—Adiós.

—Buenas noches.

Sombras oscuras revoloteaban bajo los ojos de los miembros del equipo que saludaban con voz débil. Jo-on también.

Al acercarse la hora de la cena, la gente empezó a desaparecer uno por uno. Se habían ido a buscar un espacio que les conviniera, como una sala de descanso con sillas y mesas cómodas, o una sala de reuniones, para trabajar en silencio. Al ver que el estado de inicio de sesión en el mensajero estaba activo, parecía que todos estaban soportando las difíciles horas extras a su manera.

Jo-on llevó su computadora a la sala de descanso donde podía preparar té de limón. Le faltaba azúcar, así que le echó dos sobres y se sentó en un asiento desde el que podía ver por la ventana. Al quedarse solo en un espacio independiente donde no tenía que preocuparse por los demás, la tensión que había endurecido su cuerpo se disipó lentamente.

Su mirada se posó en un letrero azul que brillaba intensamente al otro lado de la ventana. Hoy se celebraría un partido en casa de Dylan en la arena. Al ver la hora, era justo la hora del partido. Para entonces, el primer saque inicial de hockey debería haber tenido lugar dentro. O tal vez, antes de eso, estarían cantando apasionadamente 'Oh, Canadá'.

Si no fuera por el trabajo, Jo-on habría ido a verlo, incluso había recibido un mensaje de Dylan diciendo que podía conseguirle entradas, pero tuvo que rechazarlo por el trabajo.

Mientras tanto, había pasado el tiempo suficiente como para que Dylan hubiera vuelto a jugar un partido de visitante. Ya hacía casi diez días que no veía a Dylan.

—Ah, quería ir a ver el partido de hoy.

Al girar la cabeza ante la voz que venía a su lado, vio a Tyler murmurar mientras miraba el estadio que Jo-on había estado mirando hasta hacía poco. Tenía la expresión de un sabio que había alcanzado la iluminación, mirando a lo lejos.

—Oh, Tyler. ¿También compraste entradas?

—No. En realidad, pensé que no sería posible porque es una época ocupada, así que no las compré. Si las hubiera comprado, las habría revendido. Hoy, tal vez se habrían vendido más caras.

—Ah…

—Aun así, este mes no hay muchos partidos en casa, así que esperaba tener una oportunidad si tenía suerte, pero parece que me equivoqué. En su lugar, iré a ver un partido de baloncesto la próxima vez.

—¿Te gustan todos los deportes?

—Así es.

Tyler se encogió de hombros. En ese momento, Tyler, que había vuelto su mirada de la arena a Jo-on, se sentó en el asiento de al lado y susurró, mirando a su alrededor.

—Jo-on, te vi.

—¿Qué?

Ante la mirada fija de Tyler, su corazón, que de repente se había hundido, latió rápidamente.

'¿Qué… habrá visto?'

Si no hubiera cometido ningún delito, no se habría sentido culpable. Fue porque la sensación de crisis de que lo que había visto podría ser él y Dylan llegó tarde. Además, a Tyler le interesaban mucho los deportes, ¿y no fue él quien reconoció a Dylan vestido de civil antes?

'¿El estadio? ¿El estacionamiento? ¿O… el supermercado?'

Él podría haber reconocido a Dylan y a Jo-on comprando como si tuvieran una cita. Incluso la sutil atmósfera que fluía entre los dos. Tyler era bastante bueno para juzgar a las personas. Ya fuera su apariencia o su interior.

Los ojos de Jo-on, que había perdido la calma, se movían de un lado a otro. Era un esfuerzo por obtener alguna pista del rostro de Tyler. Sin embargo, Tyler sacó su teléfono y señaló la pantalla. Pensando que le habían tomado una foto, Jo-on ocultó su inquietud y pensó en una excusa, pero a diferencia de la suposición de Jo-on, la pantalla del teléfono solo estaba llena de letras.

—Vi la oferta de empleo para el puesto de sénior en tu equipo. ¿Quién se va?

—… ¿Qué?

Jo-on le arrebató el teléfono a Tyler y leyó rápidamente la oferta de empleo. Como había dicho, las tareas enumeradas en el anuncio que acababa de publicarse parecían ser las que Jo-on y su supervisor, Daniel, se repartían.

—¿No hablaron de ascenso cuando te entrevistaste con Peter?

—…No. No tuve tiempo para una entrevista. Está programada para la próxima semana.

—Escuché de Ivanna que a las personas que van a ascender ya se les notificó.

Ivanna era una colega del equipo de al lado, de edad y antigüedad similares a las de Jo-on. Si ella sabía que a la persona que ascendería ya se le había notificado, eso significaba que esa persona era Ivanna. No había duda de que era una empleada inteligente y capaz, con certificaciones que Jo-on no tenía, pero Jo-on no podía evitar sentirse un poco atrasado.

—¿Todavía no han hecho la evaluación de desempeño?

—¿Qué importancia tiene la evaluación de desempeño en nuestra empresa? Todo se mueve por política, amigo. ¿Cuántos años llevas este año?

—Tres.

Jo-on dudó, algo desanimado, y Tyler asintió como si lo entendiera.

—Si están contratando a un sénior, para ser sincero, Peter no parece tener la intención de ascenderte esta vez, ¿verdad? Jo-on, te lo digo porque te he visto durante mucho tiempo, esta no es una empresa en la que debas trabajar mucho tiempo. El salario es bajo en comparación con la industria y los beneficios no son gran cosa. Definitivamente estás subestimado. Una persona inteligente como tú debería ser tratada adecuadamente.

—… ¿Estás diciendo que debería cambiar de trabajo?

—Considerarlo. Quizás encuentres un lugar que valore tu verdadero potencial. Nunca cierres las posibilidades.

Jo-on se dejó caer, sintiéndose traicionado y decepcionado con su supervisor, quien no le había dicho ni una palabra, y Tyler le dio una palmada en el hombro para consolarlo.

Jo-on sabía mejor que nadie que el trato que recibía ahora no era tan bueno. Originalmente, no era una profesión con un salario alto, y con la desesperación de establecerse lo antes posible, aceptó la oferta de trabajo de inmediato, sabiendo que el salario era bajo en comparación con la industria, sin negociar ni dudar. En ese momento, Jo-on necesitaba estabilidad más que nadie. Quería echar raíces en algún lugar.

—Siempre que no quiero trabajar, reviso mi currículum. Este es un secreto, pero en realidad he tenido algunas entrevistas. No me mudé porque las condiciones no eran tan buenas. Pero mis amigos, veo que los salarios han subido mucho últimamente, y hay algunos que cambian de trabajo y casi duplican su salario.

—¿El doble?

—Sí. No exactamente el doble, pero casi. Y también han ganado experiencia. Para aumentar el salario, hay que cambiar de trabajo, ¿verdad?

Al escuchar a Tyler, Jo-on también se sintió tentado. Como él dijo, para aumentar el salario, cambiar de trabajo es la respuesta absoluta. Nadie te reconoce por quedarte en un solo lugar. Para un ascenso o un aumento de salario, una promoción activa era primordial. Como dice el dicho de la era del auto-marketing, si no demuestras tu valía, es un mundo difícil de reconocer.

Las personas introvertidas como Jo-on eran pasivas a la hora de mostrar sus logros, y como resultado, a menudo se quedaban atrás en la formación de redes y el reconocimiento de sus habilidades. De esa manera, si te quedas quieto y en silencio, naturalmente te verás empujado fuera de la competencia.

—Si alguna vez quieres tomar una cerveza en Real Sports, dime. Simplemente nos escapamos.

—Hoy tengo mucho que hacer…

Tyler se encogió de hombros con resignación y se alejó. Aunque parecía despreocupado por la espalda, por su expresión de decepción, parecía que era él quien estaba inquieto. Parecía haber

pensado en escapar usando la excusa de la voluntad de Jo-on, pero eso no era una opción. Jo-on se vio obligado a volver a su computadora para evitar el trabajo de fin de semana.

Tac, clic, tac.

Jo-on, que solo tocaba el teclado sin rumbo con la punta de los dedos, finalmente abrió un archivo después de pensarlo bien.

En la parte superior, su nombre, una breve autobiografía, palabras clave y su experiencia estaban listados en filas: era el currículum de Jo-on. Jo-on miró alrededor de la tranquila oficina y pronto empezó a trabajar rápidamente.

En lugar de hormigón opaco, la pared de cristal reflejaba directamente las luces de la torre azul. Los edificios con luces apagadas aquí y allá, como dientes rotos en la sonrisa de los veteranos jugadores de hockey, fueron lo primero que recibió a Jo-on al terminar su trabajo nocturno.

Tyler, el que había encendido la chispa, ya se había ido, y Jo-on, que había perdido el tiempo corrigiendo un currículum equivocado por dejarse llevar por sus palabras, solo pudo respirar aire fresco cuando ya era de noche.

Sacudiéndose el cansancio que le había oprimido los hombros con el aire de la noche, se dio la vuelta, dándole la espalda a la estación de metro, y se dirigió a un lugar inesperado.

Su mirada se posó en el estadio, donde el cartel azul brillaba intensamente. Aún había muchas luces encendidas. El teléfono en el bolsillo de su abrigo hacía notar su pesada presencia.

El mensaje que encontró tarde al recoger sus cosas para salir de la oficina vacía le preocupaba.

—¿Está ocupado?

Era una pregunta ligera y corta, tan breve que era difícil leer la emoción del remitente. Suponía que Dylan no habría estado toqueteando su teléfono durante el partido, así que el mensaje debió ser enviado durante el intermedio.

Los zapatos, que estaban inclinados en dirección a la estación, finalmente se dieron la vuelta y caminó firmemente en la dirección opuesta. Sin embargo, en lugar del vestíbulo vacío de la arena, pisó la entrada de Real Sports.

El interior del pub, lleno de clientes, estaba lleno de música, voces de gente y ocasionales vítores, creando una atmósfera que aturdía los oídos. El aire denso y sofocante, mezclado con el calor, oprimía el cuerpo. El camarero se movía sin descanso, y Jo-on, sin ser atendido, se sentó tranquilamente en un taburete vacío frente a la barra, directamente frente a la pantalla.

—Una cerveza lager Kilmore, por favor.

Cuando le hizo el pedido al camarero de barba bien cuidada, este asintió y rápidamente le sirvió una cerveza con habilidad. Mientras se mojaba los labios en la capa de espuma que cubría la parte

superior, su mirada permanecía fija en la pantalla, donde la pista de hielo blanca ocupaba más de la mitad.

El equipo de Dylan, con sus uniformes azul oscuro, y los jugadores del equipo contrario, con camisetas blancas y pantalones rojos, se preparaban para el *face-off*, esperando el saque inicial del árbitro, pero Jo-on no podía distinguir si Dylan estaba entre ellos.

Afortunadamente, gracias a la cámara que enfocaba el banquillo, pudo identificar su posición rápidamente. A pesar de saber que Dylan era un jugador serio que no sonreía durante el partido a menos que marcara, ver su rostro indiferente, sin ninguna emoción, hizo que el propio Jo-on se sintiera mal.

Los jugadores del equipo contrario probablemente sentían una emoción aún mayor. Ese tipo, que parecía una escultura, no solo era hábil sino que también tenía un aura. Lo importante era que, al ponerse serio, uno terminaba envuelto en su ritmo y completamente abrumado.

Había pensado que se había acostumbrado bastante a esa cara indiferente durante los últimos diez días en los que no había visto a Dylan, pero parece que no era así. Al ver que el rostro que tan fácilmente le sonreía a Jo-on ahora tenía una expresión seria, se sintió inexplicablemente mal.

Un trago de cerveza picante le bajó por la garganta refrescantemente. Jo-on dejó el vaso que aún burbujeaba con espuma blanca sobre un posavasos, se frotó la frente con la palma de la mano y se deslizó lentamente por la mejilla, con una expresión de perplejidad en su rostro. La emoción inconsciente que no quería reconocer parecía estar a punto de revelar su presencia, confundiéndolo. Jo-on apoyó la barbilla en la mano y observó la pantalla.

El corazón humano es como una rana de árbol, cuanto más te dices que no pienses en algo, más piensas en ello, y cuanto más te dices que no lo notes, más lo notas. Y Jo-on recordó la sonrisa deslumbrante de Dylan, que brillaba incluso con la tenue luz del invierno. ¿Cómo podría contentarse con esa expresión de partido brutal, después de haberla visto tan de cerca? Era aún más especial porque sabía que era una sonrisa escasa pero valiosa. No sería el tipo de amabilidad que cualquiera podría experimentar.

Dylan todavía era amable con él, pero eso era solo temporal. Algún día llegaría el día en que él también tendría que acostumbrarse a esa mirada indiferente que se reflejaba en la pantalla. ¿Cuándo sería eso?

No había bebido lo suficiente como para emborracharse, pero sus mejillas se pusieron calientes. Sus labios, que habían tragado la bebida, mostraron una sonrisa relajada. La emoción subyacente era cercana a la perplejidad.

¿Cómo es posible que unos cuantos besos le afectaran tanto? Bueno, claro, habían hecho algo más que eso…

Pero era una preocupación insignificante en comparación con los problemas que ahora mismo hacían cola con un número en la mano frente a Jo-on. La mano que sostenía su barbilla se apretó el pelo.

Así era. El fin de semana también tenía que reunirse con un agente inmobiliario para resolver uno de esos problemas. Las preocupaciones que había dejado de lado mientras se concentraba en el trabajo gritaban para ser resueltas.

Dinero y estabilidad. Él también sabía cuál era la solución más inteligente para conseguir ambas cosas a la vez. Aunque no lo habría pensado si Tyler no se lo hubiera dicho. Al darse cuenta de que sus colegas, que parecían dedicados al trabajo de la empresa de forma estable, en realidad estaban preparando o ejecutando cambios de trabajo a sus espaldas, en lugar de sentir culpa, se sintió envalentonado.

Pero esto conlleva otro tipo de dificultades. Porque él es alguien que se conforma fácilmente y cede fácilmente.

Cambiar la forma en que ha vivido durante más de veinte años de la noche a la mañana nunca es fácil.

Para Jo-on, el viaje de abandonar su actual entorno y encontrar uno nuevo no era tan simple como parecía ni algo que se resolvería fácilmente. Sin embargo, la razón por la que decidió intentar un enfoque diferente fue porque quería cambiar. Y fue Dylan quien lo impulsó a que esto fuera posible.

—Está bien. Me tiene a mí.

—Usted también puede hacerlo. Nadie es bueno desde el principio, ¿verdad? Yo también practico cientos de veces al día.

—Aunque se caiga, tiene protecciones, así que no se lastimará mucho. Aun así, si le duele, yo lo cuidaré.

—Lo está haciendo bien. ¿Ahora quiere moverse solo?

Jo-on se sonrojó al recordar la dulce voz que resonaba en sus oídos y bebió a grandes tragos su cerveza. Extrañamente, sus pensamientos siempre volvían a él.

—…Guau. Parece que el cumplido realmente cambia a la gente.

El partido, que entró en el tercer periodo con una ventaja de un punto, repitió un intenso ida y vuelta durante los primeros 15 minutos. Aunque sus ojos observaban el partido, la concentración no era fácil por alguna razón. Probablemente porque pequeños y abrumadores problemas que no había podido desahogar con nadie persistían en un rincón de su mente.

Jo-on no era alguien acostumbrado a expresar sus emociones. Ya fuera algo bueno o malo, no importaba. Siempre le preocupaba que, al imponer sus emociones a otra persona, de alguna manera le causara una carga.

—Papá, la otra vez participé en el concurso de matemáticas…

—Lo siento, papá está ocupado, díselo a mamá.

—…Mamá está de viaje de negocios…

—Díselo a la señora, entonces. Papá también tiene que ir de viaje de negocios ahora mismo. Vine a empacar mis cosas. Oh, voy a perder mi vuelo. Papá se va.

…¿Qué sentido tiene decírselo a la señora?

El joven Jo-on tuvo que exhibir el certificado que había ganado en su primera competición nacional debajo del cristal de su escritorio, sin la oportunidad de mostrárselo a nadie. Limpiaba su escritorio meticulosamente todos los días para que se viera bien. Sin embargo, nadie lo notó.

Cada vez que intentaba hablar con sus padres para recibir un cumplido o presumir, se sentía culpable por quitarles tiempo a ellos, que estaban ocupados con el trabajo y los viajes de negocios, y dejó de conversar con ellos.

Desde que tuvo padres que valoraban el trabajo más que la familia, Jo-on se acercó a la soledad y el aislamiento. Cuando Jo-on creció lo suficiente como para cuidarse solo, también se encontró menos con la señora que trabajaba en casa.

Como resultado, naturalmente se volvió mucho más hábil para reprimir las cosas que para expresarlas. Y se conformó fácilmente. Pensó que, como siempre había sido, seguiría solo.

Un fuerte silbato, similar al de un barco, resonó a través del ruido del concurrido pub. La palabra "GOAL" brilló en la parte superior de la pantalla de puntuación. Los jugadores con uniformes azul oscuro se reunieron para celebrar, lo que indicaba que alguien había marcado. El rostro de Dylan no se veía por ningún lado. Parecía que lo más destacado de hoy se lo llevó otro jugador. Los sombreros que los aficionados habían lanzado para celebrar el *hat-trick* cayeron en la pista de hielo, lo que retrasó brevemente la reanudación del partido mientras el personal los recogía.

Sin embargo, como ya era el final del tercer período, se podía decir que el resultado ya estaba decidido. Jo-on sacó su teléfono para comprobar el calendario del próximo partido. Era un nuevo hábito que había adquirido desde el Año Nuevo. Aunque de todos modos estarían bajo el mismo cielo, solo quería saber dónde estaba él.

El próximo partido también estaba programado para la arena local. En un horario como este, generalmente solo tendrían un entrenamiento ligero al día siguiente, o, con suerte, un día libre.

El equipo contrario hizo todo lo posible para remontar en el último momento, sacando al portero y sustituyendo a los jugadores restantes por delanteros, pero esto solo les abrió la puerta para que el compañero de Dylan pudiera lanzar fácilmente el *puck* a la portería vacía.

El equipo de Dylan ganó tranquilamente los puntos. Pronto sonó el final del partido, y los jugadores se alinearon, chocaron cascos con el portero y se felicitaron por el buen trabajo.

—¿Quiere otra cerveza?

El camarero se acercó a Jo-on, que ya había vaciado su vaso de cerveza, y le preguntó. Jo-on dudó, saboreando el momento, y luego negó con la cabeza. Era demasiado tarde para disfrutar de otra. No había más partidos que ver, y le llevaría al menos 20 minutos llegar a casa desde ese momento.

—Está bien. Pagaré.

Después de pagar, Jo-on se puso el abrigo, salió y miró el cielo oscuro antes de sacar su teléfono. Con un breve mensaje, sus pasos avanzaron sobre el suelo helado y resbaladizo. Su figura desapareció en una dirección completamente diferente a la de la estación de metro.

8.

Después de celebrar y felicitarse mutuamente por ganar el agotador partido de 60 minutos, los jugadores compartieron la alegría con los espectadores. Los bebés, que apenas habían empezado a caminar y no podían ni patinar, ni correr, levantaban los brazos con alegría sobre los hombros de sus padres, vestidos con uniformes holgados.

Para ellos, al menos, era una suerte que el partido terminara antes de lo habitual. Los partidos suelen alargarse si hay muchas penalizaciones o si se llega a la prórroga, pero hoy fue gracias a que ambos equipos jugaron limpiamente.

El puesto de jugador más valioso fue, naturalmente, para Kevin, el delantero estrella que había acumulado la mayor cantidad de puntos con un *hat-trick*. Dylan, que estaba en una línea diferente, solo logró sumar una pequeña cantidad de puntos con una asistencia.

Desde su debut oficial en la liga de mayor nivel a la temprana edad de poco más de veinte años, había mantenido un rendimiento constante durante años, lo que le había permitido aumentar su salario, pero desde su lesión, había mostrado cierta inconsistencia, y logros como marcar goles en varios partidos consecutivos no se estaban manteniendo.

Era prematuro llamarlo una mala racha. Sin embargo, era seguro que no estaba a la altura de las expectativas del entrenador principal. La química con sus compañeros de línea a menudo se resentía. De todos modos, no se puede jugar un partido solo, y si no hay buena coordinación con los compañeros de línea, es difícil que se convierta en gol, por lo que era natural que la mala racha y la falta de trabajo en equipo estuvieran relacionadas.

Aun así, sintiéndose aliviado por haber ganado otro partido y sumado puntos, pasó por el pasillo y se dirigió al vestuario. Una animada música de celebración de la victoria salía del interior. Personal con teléfonos, cámaras de televisión, etc. Había muchos ojos observando. Dylan sonrió a la cámara, mostrando sus dientes parejos. La mirada intensa de la reportera Emily, que estaba a su lado, siguió su rostro, pero hoy no habría oportunidad de entrevista porque había más jugadores que habían sumado puntos que Dylan.

Los jugadores se quitaron las camisetas del uniforme en cuanto entregaron los *sticks* y los guantes al personal y entraron al vestuario. Dylan los siguió, se quitó todas las incómodas protecciones que lo ataban y arrojó la ropa interior y el uniforme empapados de sudor al carro de la ropa sucia. Justo al

lado, Jackson, el compañero de línea de Dylan, estaba medio desnudo, haciendo girar su uniforme en el aire y haciendo un baile obsceno moviendo las caderas. El ambiente dentro del vestuario se calentó.

—Buen trabajo a todos, y gracias por el gran partido de hoy. Como hemos estado ocupados con el calendario de partidos, tómense un día libre mañana y nos vemos en la práctica de la mañana pasado mañana.

Todos vitorearon la decisión del entrenador principal. Dylan se dirigió directamente a la sala de entrenamiento para relajar los músculos. Como tenía una rutina que había repetido durante mucho tiempo, no requería mucha concentración y tampoco le dedicaba mucho tiempo.

Por eso, la mirada de Dylan estaba perdida, sin foco, como si su alma se hubiera ido, y marchita como una planta que se ha secado.

—Oye.

Al girar la cabeza por el toque en su hombro, Jackson le preguntó con una expresión extraña:

—¿Qué te pasa?

—¿Qué?

—Estás como ido, ¿no?

Dylan solo se encogió de hombros sin reaccionar, y Jackson le lanzó algo.

—¿Es tu teléfono, verdad? Se me cayó al suelo y casi lo piso.

Al verlo, Dylan detuvo lo que hacía y de inmediato revisó su teléfono.

—Solo para que conste, yo solo lo recogí después de que se cayera, así que si hay algún rasguño, no es mi culpa…

Jackson, que seguía divagando, miró a un lado y exclamó sorprendido:

—¿A dónde se fue ese bastardo?

Su compañero de línea ya había desaparecido.

El auto, que había conducido a toda velocidad una distancia no muy larga, entró al estacionamiento y se detuvo en su lugar habitual. El auto, torcidamente estacionado, revelaba el deseo del conductor de no perder tiempo en un estacionamiento preciso. El hombre, vestido con una camisa, bajó del auto y de inmediato presionó el botón para subir al *lobby* en el ascensor.

Las luces brillantes y deslumbrantes en el techo alto iluminaban el interior como si fuera pleno día. Al mirar alrededor del *lobby*, de inmediato le llamó la atención el lugar más brillante. Era un hombre

con un abrigo negro y cabello negro, pero por alguna razón, solo el lugar donde estaba sentado brillaba como si un foco lo iluminara. Dylan se apresuró hacia esa figura familiar.

Se había duchado a toda prisa y salido corriendo para no hacerlo esperar mucho tiempo, por lo que no tuvo tiempo de ponerse perfume. Más tarde se arrepintió de ese hecho.

—Hola, Jo-on.

El hombre que estaba sentado erguido en el sofá del *lobby* giró lentamente la cabeza. Sus movimientos, sin importancia, pasaron lentamente como en cámara lenta. Dylan levantó las comisuras de sus labios al ver el rostro pulcro que lo recibía con una sonrisa. Sus ojos, que hasta hace poco solo habían sido vacíos, se llenaron de una calidez reconfortante.

—Hola, Dylan. Lamento haberte encontrado de repente.

—Para nada. ¿Subimos primero?

Dylan guio a Jo-on al ascensor, evitando la mirada del conserje, que se interesaba mucho por la vida privada de los residentes. Solo cuando estuvieron a solas, Dylan habló.

—Cuánto tiempo.

—Sí, la verdad. ¿Ha estado bien?

—Claro. ¿Y usted?

—He estado un poco ocupado con el trabajo. Lamento no haber podido ir a ver el partido. Ah, y felicidades por la victoria.

—Gracias. ¿Vio el partido?

—Sí, solo la parte final.

Apenas habían pasado poco más de diez días sin verse, pero la conversación se interrumpió y una incomodidad repentina llenó el espacio entre ellos. Jo-on se rascó la mejilla enrojecida con el dedo y observó su reflejo en la pared opaca del ascensor. Aunque se consideraba de estatura promedio, al lado de la enorme estatura de Dylan, que superaba el rango de una persona normal, se sentía como un niño.

Más aún, la inusual calma de Dylan de hoy le preocupaba. Al echarle un vistazo disimulado, notó que las comisuras de sus labios, que siempre estaban sutilmente levantadas, ahora estaban tranquilamente caídas.

Él estaba observando el panel luminoso dentro del ascensor, esperando ansiosamente a que el número rojo cambiara a PH. Sus ojos de vez en cuando escudriñaban la cámara de seguridad en la esquina del techo del ascensor.

Aun así, reconoció milagrosamente la mirada dirigida a él y le dedicó una sonrisa a Jo-on.

—¿Hoy le pediré permiso de antemano?

—¿Para qué?

—¿Puedo besarlo?

—……

Bip, bip, el sonido que hacía el ascensor cada vez que cambiaba de piso parecía contar los segundos que se agotaban. Sin embargo, antes de que se repitiera diez veces, llegaron a su destino, y los dos pasaron directamente por el pasillo y se detuvieron frente a la puerta principal de la casa de Dylan. Dylan, que estaba sacando las llaves del bolsillo, dijo: —Mmm —y luego, con las llaves en una mano, se volvió hacia Jo-on.

—¿Por qué?

Entonces, sin explicaciones, tiró de la cintura de Jo-on y se tragó sus labios. La respiración de los dos se detuvo por un instante. La presencia de los dos, que llenaba el pasillo, se convirtió en un sonido húmedo de contacto.

—Quise contenerme, pero no pude. Se acabó el tiempo.

Jo-on jadeó el aliento que había contenido cada vez que Dylan cambiaba de ángulo, y susurró en voz baja, apenas audible solo para él.

—Espera, ahí, mmm, todavía estamos en el pasillo.

—No hay nadie.

—Aun así, primero deberíamos entrar…

—Maldita sea.

Dylan, con Jo-on en brazos, giró media vuelta, lo empujó contra la puerta y buscó el ojo de la cerradura. Pero como estaba concentrado en otra cosa, la llave no podía entrar correctamente. Después de rascar desagradablemente cerca del ojo de la cerradura, Dylan intentó forzar la llave con brusquedad, y Jo-on lo detuvo suavemente.

—Así la llave se romperá. Cálmese.

—No puedo.

—Déjame.

Jo-on empujó a Dylan, le quitó las llaves y le abrió la puerta. Dylan, tan pronto como cerró la puerta con llave, se lanzó sobre él con aún más pasión, despojándose de su ropa antes incluso de cambiarse los zapatos. Su bolso rodó por el suelo y el abrigo de Jo-on lo cubrió como una piel. Las manos de

Dylan ya habían sacado la parte superior de los pantalones y comenzaban a explorar la cintura desnuda, y sus labios succionaban la delgada piel del cuello como si fueran a morderla y comérsela.

—Des… despacio. Ah, no muerdas.

—Eso tampoco puedo.

—Dylan, espera un momento. Hoy, ¿por qué estás tan…?

—Usted…

Entonces, Dylan separó sus labios y su voz ardiente cayó sobre el hombro completamente expuesto en la oscuridad.

—Me puso así.

—¿Yo, qué hice?

—Usted me evitó como si no fuera a verme nunca más.

—¿Qué?

—¿No fue así?

—…No es eso. Realmente estaba ocupado. Por el cierre de fin de año… Mi trabajo suele ser especialmente ajetreado en esta época.

—……

Dylan, que había estado un momento inclinado con la frente apoyada en el hombro de Jo-on, exhaló un profundo suspiro y atrajo la cintura del otro hacia sí. Jo-on inclinó su cuerpo y se dejó abrazar suavemente por él.

—…Yo pensé que usted se arrepentía de esa noche.

Esta era una historia que Jo-on no había previsto en absoluto. Pensó que alguien tan seguro de sí mismo y sociable como Dylan no tendría preocupaciones en las relaciones interpersonales. Le parecía extraño y hasta divertido que la persona en la que había confiado se preocupara por él de una manera tan inesperada.

Jo-on, para ocultar sus orejas que debían estar rojas por la vergüenza, en lugar de alejar a Dylan, apoyó suavemente su rostro en la clavícula de este. Los brazos de Dylan se tensaron alrededor de su espalda, invadiendo su ropa, y la distancia entre ellos se redujo hasta que no quedó espacio. En lugar de un beso explosivo, el abrazo, que encendía un fuego cálido, hizo que su cuerpo helado se derritiera lentamente.

—Lo extrañé.

Dylan presionó sus labios contra el suave cabello de Jo-on y miró fijamente por la ventana oscura con sus ojos profundos. En la oscuridad, su rostro parecía tan ausente como antes, pero ahora estaba completamente consciente. De hecho, su mente estaba más activa que en cualquier otro momento del día.

Estaba pensando en cómo hacer que la persona que nunca había negado que se arrepentía fuera completamente suya.

—…Hoy no huelo su perfume diario, Dylan.

El susurro de Jo-on rompió el silencio, que solo había sido de respiraciones agitadas. Dylan se echó hacia atrás ligeramente y respondió:

—Lo siento. Me apresuré tanto que ni siquiera pude ducharme bien. ¿Huelo mal?

Aunque a menudo se duchaba durante los intermedios para refrescarse, hoy agregó una pequeña mentira para insinuar lo apurado que estaba. Después del partido, apenas se había lavado el sudor con jabón, por lo que había algo de verdad en ello.

—¿Ah, sí?

Jo-on, sin ninguna precaución, se acercó y olisqueó suavemente el cuello de Dylan. Había hecho un ejercicio tan intenso que debería haber olido a sudor, pero de él solo emanaba el olor a piel impregnado de suavizante. El olor de su piel, mezclado con su aroma corporal único, era como el olor a pescado que desprendía la parte interior de la corteza de un árbol.

De repente, recordó el fuerte olor a fluidos corporales que sintió cuando el pene de Dylan eyaculó semen blanquecino en su palma. El calor de esa noche, cuando se despojaron de sus apariencias humanas y se convirtieron en seres desnudos, entregados solo al instinto, revivió en su memoria. En ese día en que eran meras bestias, no sintieron vergüenza al confrontar sus crudas verdades, probablemente porque esa era su verdadera naturaleza. En el momento en que se dio cuenta de eso, una tensión lo invadió.

Incluso una ligera fricción en la columna vertebral hizo que el cuerpo de Jo-on reaccionara con sensibilidad. Solo con una delgada camisa después de haberse quitado el abrigo hacía mucho tiempo, sintió la punta de los dedos de Dylan rozando sus omóplatos. Y el lento movimiento de sus ojos azules que examinaban su rostro. Cada lugar donde sus ojos se posaban se calentaba como si el fuego hubiera pasado, y sus hombros se encogieron involuntariamente.

La otra persona, no tan torpe como para no notar el más mínimo cambio, de inmediato curvó ligeramente el pulgar y deslizó los nudillos sobre la espalda rígida. Cuando su cuerpo, sorprendido, se inclinó completamente hacia el pecho ancho y firme, la mano de Dylan, que había estado rondando sutilmente, se posó en la cadera de Jo-on. La mano que presionaba firmemente los alrededores controlaba completamente el área, como si estuviera a punto de agarrar la carne.

—¿Nos duchamos?

Mientras Jo-on apoyaba la frente suavemente en la barbilla del otro y recuperaba el aliento en silencio, Dylan presionó sus labios en su sien, instándolo.

—Los dos.

Jo-on asintió brevemente. Dylan, como si hubiera estado esperando, levantó a Jo-on y lo llevó al baño. Sus calcetines y pantalones, que se quitó, cayeron al suelo como migas.

Era la segunda vez que se duchaban juntos. Dylan, en lugar de llenar la bañera como la vez anterior, desnudó a Jo-on, lo empujó directamente a la cabina de ducha y lo besó con brusquedad. La camisa blanca de Dylan, que no se había quitado del todo, se mojó con el agua tibia que caía sobre su cabeza.

—Usted, su ropa… se está mojando.

—Sí, está bien.

No le importó, se rasgó la camisa hasta que los botones saltaron y luego la apartó con el pie. Sus músculos, tensos y levantados por el intenso partido, formaron sombras más pronunciadas que antes. Su piel estaba caliente.

Tan pronto como su espalda tocó las frías baldosas, Jo-on se encogió de hombros. A pesar de saberlo, Dylan lo empujó desde los hombros hasta las pantorrillas, impidiendo que su cuerpo se separara de la pared de baldosas. Ya había presionado su pene erecto y duro contra el cuerpo del otro, frotándolo rítmicamente hasta que se escuchó un sonido de fricción.

Cuando Dylan se lanzó sobre él como si fuera a meterle la lengua hasta la garganta, Jo-on no pudo moverse y se aferró a él. Intentó protestar clavándole las uñas en el hombro, pero no sirvió de nada.

Cuando se acostumbró al tacto resbaladizo de las baldosas, que se habían templado con el calor de sus cuerpos, una mano que había bajado por su espalda se adentró en la parte cóncava y agarró con fuerza sus nalgas regordetas.

—…Ugh.

Ante el toque que avanzaba sigilosamente hacia la zona intocable, Jo-on abrió los ojos de par en par, como si acabara de recuperar la conciencia. Su mente comenzó a dar vueltas, llena de pensamientos sobre métodos de sexo que aún no había experimentado.

Ahora que lo pensaba, la otra persona a menudo frotaba su miembro erecto incluso cuando solo se besaban, así que tal vez le había estado enviando señales. Un pene erecto siempre tiene el deseo de ser introducido en algún lugar.

Dylan, sin saber lo que pasaba por la mente de Jo-on, se lanzó de nuevo como un polluelo, extendiendo los labios y preguntándole por qué había retirado los suyos. Cuando Jo-on ladeó la cabeza para evitarlo, la sorpresa y la decepción finalmente se reflejaron en sus ojos azules.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Hice algo mal?

Jo-on evitó la mirada de Dylan y, con la mirada fija en sus labios rojizos y carnosos, dudó.

—No es eso, Dylan… ¿quiere tener sexo conmigo?

Dylan inclinó la cabeza y miró a Jo-on a los ojos.

—…No haré nada que no le guste. ¿Nos duchamos tranquilamente y luego salimos a ver una película? Creo que eso también sería bastante divertido. Me gustan las películas de comedia y las de acción. ¿Cuál le gustaría?

Jo-on negó con la cabeza sorprendido.

—No, no es eso… Es decir, yo…

Solo después de respirar profundamente, salió una voz incierta.

—…Lo siento.

—No, no. No se disculpe, Jo-on. No hay nada de qué disculparse. ¿Lo presioné demasiado? Lo siento. Yo estoy bien. Shh. Venga aquí.

Dylan abrazó a Jo-on y lo acarició, besándolo sin parar. Entonces Jo-on murmuró, apoyando la frente en su hombro.

—No. Lo he pensado mucho, y de verdad… lo siento, pero por mucho que lo pienso, hacerle eso a usted, creo que es imposible.

—……

—Es decir, como usted sabe, yo no soy gay, y con otro hombre, eso, hacer eso… Me gustó tocarlo con la mano, pero creo que yo… no podré excitarme lo suficiente como para introducirlo bien…

Jo-on, al no escuchar respuesta sobre su cabeza, se apresuró a añadir.

—Pero si usted quiere, yo puedo aguantar lo que sea.

—……Mmm. ¿Quiere decir que le resultaría difícil insertar su pene en mi ano?

La expresión directa hizo que el rostro de Jo-on se pusiera completamente rojo.

—Ya le dije. Si usted no quiere, no haré nada. No hay necesidad de forzarse y aguantar lo que no le gusta.

—No es por obligación. Lo que quiero decir es que, si usted quiere tener sexo, yo estoy dispuesto a dejarle hacer lo que quiera.

—…No debería decir esas cosas a la ligera.

La mano traviesa que estaba masajeando el trasero de Jo-on se movió rápidamente hacia la bragueta de Dylan. Él exhaló un breve suspiro y cubrió su miembro con la palma de la mano, como si intentara esconderlo, ya que estaba lo suficientemente erecto como para tocar su bajo vientre. Debajo, el miembro se movía de forma incontrolable, ganando fuerza por sí solo.

—¿Qué pasa?

Dylan esbozó una sonrisa con un toque de disgusto porque la persona lo había provocado deliberadamente y luego, con una cara inocente, le preguntó: —¿Le duele? ¿Hay algo mal?

—…Jo-on. ¿De verdad piensa dejarme hacer lo que quiera?

Su voz baja sonaba bastante maliciosa. Frotó su pene, ahora más duro que antes, contra el bajo vientre de Jo-on, manipulando sus nalgas, que se habían levantado de forma atractiva. La otra persona, con una expresión decidida, volvió a asentir con la cabeza en señal de permiso, y su mano se adentró de inmediato. Los dedos, que apenas estaban un poco húmedos, se limitaron a golpear suavemente la entrada en lugar de invadirla, dejando solo una sensación de cosquilleo.

—¿Incluso si lo pongo aquí?

—Si usted quiere. Y también tengo curiosidad…

A pesar de las apariencias, tiene una fuerte curiosidad. El compañero de Dylan a veces mostraba una torpeza encantadora.

—¿Sabe? Hay muchos tipos de sexo. Así que no tiene que usar este lugar necesariamente.

Dylan giró suavemente a Jo-on. Se enjabonó las manos y frotó suavemente la entrada firmemente cerrada. Cada vez que Jo-on, que había contenido la respiración por la tensión, relajaba su cuerpo, el orificio con espuma blanca se abría y cerraba.

Mentiría si dijera que no quería introducirlo. Era posible resistirse a la tentación, que lo asaltaba con una inocencia despreocupada, solo porque era el momento presente. Porque Jo-on no tenía ninguna experiencia.

Si él tuviera experiencia, Dylan no tendría ninguna razón para acercarse con cautela y tener paciencia. Entonces, para los dos, el sexo sería un saludo corporal tan natural como respirar. Solo con mirarse a los ojos, sentirían el deseo, y si empezaban a besarse, el final siempre sería el sexo. Por eso, todavía quería dudar. Y también quería ver a Jo-on frustrado.

Dylan solo rozó suavemente la entrada secreta y luego presionó firmemente el delicado perineo que se extendía hasta el escroto. Luego, puso la piel interna del muslo debajo en su mano y la pellizcó ligeramente. Su mano enjabonada seguía resbalando sobre ella. Cada vez, Jo-on se mordía los dedos para contener los gemidos que salían de su boca.

—Junte las piernas y eche el trasero hacia atrás.

Jo-on juntó las piernas como le susurró Dylan y luego inclinó la parte superior de su cuerpo. La palma de la mano de Dylan golpeó su trasero con un sonido de palmada. Jo-on se giró sorprendido y vio a Dylan, que había borrado la sonrisa de su rostro, rodear con el brazo el bajo vientre de Jo-on, levantándolo y mirándolo con una expresión tranquila, como si preguntara por qué. Parecía un yo completamente diferente del Dylan habitual, que siempre era amable.

Tal vez porque tenía la parte superior del cuerpo inclinada, había una gran diferencia de altura entre él, que estaba de pie, y Jo-on. De por sí, su gran altura, y la expresión inexpresiva de Dylan, que miraba a Jo-on desde arriba, creaban una atmósfera imponente.

Cada vez que la palma de su mano, que rodeaba el bajo vientre de Jo-on, golpeaba su miembro, el placer entre sus muslos se estremecía. Al mismo tiempo, el miedo y la ansiedad se mezclaban. Jo-on apoyó la frente en la pared y se mordió el labio inferior.

—Levante bien el trasero.

Con un golpe, otra palmada aterrizó en su trasero. Solo fue ruidoso, pero no dolió. Aun así, Jo-on frunció el ceño, sintiéndose de alguna manera injustificado. Ya estaba de puntillas para igualar la altura de Dylan.

—¿Por qué sigue, golpeándome…?

—¿Por qué? ¿No dijo que podía hacer lo que quisiera?

—…Sí, pero no quise decir eso.

—Entonces debería haber tenido más cuidado con lo que decía. ¿Quiere retractarse?

Por alguna razón, Jo-on cerró la boca ante esa pregunta y se mantuvo en silencio.

—Saque el trasero.

Dylan, en lugar de doblar las rodillas para igualar la altura de Jo-on, lo arrastró hacia arriba con una actitud insatisfecha, obligándolo a pararse sobre sus propios pies.

—Espera, resb, resbaladizo.

—Póngase bien. Junte las piernas.

Jo-on, por alguna razón obstinado, apretó los dientes y mantuvo la postura que Dylan quería. Entre sus muslos bien juntos, una columna firme se abrió paso.

Los muslos de Jo-on, que apenas tenían músculos, estaban envueltos en suave carne, rodeando el pene de Dylan como si fuera la carne interna de un lugar secreto. En el momento en que la carne pegada fue empujada a la fuerza, Dylan jadeó, conteniendo un gemido. Solo con sus muslos, ya era difícil recuperar el control.

Tal vez por el resbaladizo jabón, su sensibilidad se intensificó, y a este ritmo, sin duda eyacularía torpemente después de solo unos pocos movimientos, como un adolescente masturbándose por primera vez. Un escalofrío le recorrió la espalda al imaginar sus muslos asquerosamente manchados, donde la espuma de jabón y la espuma de semen no se distinguían.

Dylan, abrazando a Jo-on por detrás, le mordía y succionaba suavemente la delicada nuca. En el momento en que escuchó los gemidos ahogados de Jo-on, que se esforzaba por contener el sonido en la garganta como él, la sensación de eyacular se apoderó de él, haciendo que sus dedos de los pies se contrajeran involuntariamente.

—Haaa, ¿está bien? ¿Eh?

Dylan retiró lentamente su miembro y volvió a hundirlo entre los muslos, empujando con la cadera y presionando a Jo-on con una fuerza diferente a la de antes.

—¡Ah!

Jo-on se tapó rápidamente la boca con el dorso de la mano, pero Dylan, una vez que había acelerado, no parecía tener intención de contenerse. No le agradaba que ocultara esos sonidos placenteros.

—Haga ruido.

Finalmente, le rodeó el cuello a Jo-on, lo levantó y, al mismo tiempo, inmovilizó su cuerpo para que sus manos no pudieran taparse la boca, y movió su cadera con rudeza.

—¡Uh, uhh, ah! ¡Uh, uhh!

—No se contenga, hágalo sonar todo. Quiero escucharlo.

—No, no… Ah, uhh, ¡no! Me duele, no, uhh.

Jo-on echó la cabeza hacia atrás y buscó con urgencia los labios de Dylan. Parecía mucho mejor mezclar sus respiraciones que emitir sonidos extraños y crudos. Dylan movió la lengua y bajó la mano que rodeaba el bajo vientre de Jo-on. Con una mano, agarró su pene, que sobresalía de sus muslos, y el miembro blanco y recto de Jo-on, que estaba presionado contra él, y los agitó.

—¡Ah, hupp, uhh!

—Haa, ponga fuerza en las piernas y póngase de pie.

—Ah, uhh, mi mano, uhh, mi mano… ¡Ahhh, espera, uh!

Quizás las manos calientes y ásperas eran estimulantes, Jo-on no aguantó mucho y tensó la cintura, eyaculando. En el momento en que sus muslos tensos apretaron el miembro, Dylan movió rápidamente su mano para apretar y estimular el glande rosado. Pronto maldijo y eyaculó un espeso semen.

Respiraciones agitadas se mezclaron, como si hubieran terminado un gran entrenamiento. Dylan miró las dos clases de semen que decoraban las baldosas y frotó sus labios en la sien de Jo-on.

—¿Sabe? Su voz es realmente sexy. Tanto que quiero escucharla más.

Pensó que había terminado con la eyaculación, pero la otra persona no parecía tener intención de terminar ahí. Jo-on parpadeó y lo miró, y sus ojos, de color oscuro, brillaron con avidez.

—Me muero de curiosidad por saber qué sonido hará si lo presiono toda la noche.

Antes de que pudiera prepararse, un dedo invadió la entrada firmemente cerrada. Los ojos de Jo-on se abrieron de par en par.

—Espe… espera un momento. Antes dijo claramente que…

—¿Qué? Antes dijo que podía hacer lo que quisiera.

—…Sí, pero.

—No voy a lastimarlo. Solo voy a relajarlo un poco. ¿No confía en mí?

—No es eso…

Era difícil resistirse a la voz de Dylan, que sonaba decepcionada. Jo-on, que había estado desviando la mirada en silencio, finalmente se rindió y cerró la boca.

Mientras enfriaba una de sus mejillas, que ardían por el calor, contra las baldosas, Dylan bloqueaba el chorro de agua tibia con su amplia espalda, y presionaba el hombro de Jo-on contra la pared. Cada vez que le mordía y rozaba el pabellón de la oreja con sus labios, un susurro parecido al vapor le dejaba la mente en blanco.

—Maldita sea, es una broma. Si no le gusta, no lo haré.

—…No, no. Solo me sorprendió, no es que no me guste.

—Es terco, Jo-on.

Los dedos que habían estado tanteando cuidadosamente alrededor del orificio ya habían entrado los tres completamente en el cuerpo de Jo-on, explorando suavemente la pared interior rugosa.

—¡Uhh!

Lo más estimulante no eran los dedos que tocaban la pared interior, sino los dedos firmes y los nudillos de Dylan que presionaban la entrada del orificio. Aunque ahora solo era uno, la piel le dolía solo de imaginar la situación en la que todos entrarían.

—…Uh, hupp.

En el momento en que Dylan giró el dedo insertado en forma circular, Jo-on se tapó la boca con urgencia por miedo a emitir un sonido extraño. Entonces, inmediatamente, una mano lo detuvo.

—¿Le gusta aquí? Lo tocaré más. Pero deme la mano. Me prometió que me dejaría escuchar sus sonidos. ¿Eh?

—¿Cuándo, yo?

¿Había hecho tal promesa? Por mucho que lo pensara, no lo recordaba. Jo-on inclinó la cabeza, pero dócilmente le entregó la mano a Dylan. La mano de Jo-on, que él había tomado, estaba firmemente entrelazada entre los dedos de Dylan, incapaz de moverse. Sus manos entrelazadas se pegaban sin dejar el más mínimo espacio. Las palmas estaban calientes.

—Mmm, parece que le gusta aquí. ¿Verdad? ¿Le gusta que presione aquí?

—¡Uhh, ah! Sí…

—Está realmente apretado y caliente por dentro. Siento que mis dedos se van a derretir.

—¡Ah!

Dylan presionó firmemente la parte sobresaliente con la punta de su dedo. Cuanta más fuerza aplicaba, más temblaban las piernas de Jo-on. Su pene blanco y recto, que había comenzado a eregirse de nuevo, se retorcía, soltando un líquido pegajoso y transparente.

—Para, es raro. Si presiona tan fuerte… ¡Ah!

Dylan retiró la mano y luego la empujó con fuerza, hincando la parte sobresaliente, lo que hizo que Jo-on perdiera la fuerza en las piernas y se desplomara. Dylan lo levantó a la fuerza y añadió rápidamente otro dedo.

—Ah, no, va a, a desgarrarse.

—Está bien. Solo han entrado dos.

—Sus dedos son demasiado grandes y gruesos.

Al escuchar eso, Dylan se rió como un niño, como si le pareciera gracioso.

—No solo los dedos son grandes y gruesos, ¿sabe?

Murmuró con voz pegajosa y movió su cadera. Su pene, de nuevo firme, se clavó en la parte cóncava de la espalda, mostrando su presencia.

—…Lo sé.

Jo-on respondió con un tono algo irritado. Desde que lo vio por primera vez, supo que era mucho más grande que el suyo, incomparable. Y en el fondo, también era cierto que su orgullo se había resentido por ello.

—Ah, ¿sí? Parece que conoce bastante bien mi pene. Aunque solo lo haya tocado con la mano. Supongo que no estará afirmando que lo conoce bien solo por eso, ¿verdad?

Jo-on frunció el ceño ante la vulgaridad y preguntó con voz insegura:

—Entonces, ¿qué más…?

De por sí, sintió que la entrada, extraña por la sensación de cuerpo extraño, se abría aún más tensa, y el final de su frase se desdibujó por la confusión. Jo-on comprendió el significado de las palabras de Dylan en el momento en que el tercer dedo entró. No se refería a tocarlo con la mano, sino a sentirlo directamente en su cuerpo.

—Uhh, uhh, esto, de verdad, es diferente de lo que dijo…

—¿Qué dije?

—Que el sexo tenía muchas formas…

—Así es. Y esta es una de ellas.

—Claramente dijo que no lo haría.

—Usted fue quien dijo primero que quería hacerlo.

—Sí, pero…

—Le dije claramente que no haría nada si a usted no le gustaba. Pero si usted quiere hacerlo, tengo que corresponderle, ¿verdad? Porque yo soy alguien que quiere complacerle en todo.

Jo-on, de nuevo sin palabras, frunció el ceño para mostrar su incomodidad. Pero a Dylan no parecía importarle, y se frotó los labios en el ceño fruncido de Jo-on, ocupado en reír.

—Lo siento, la reacción de Jo-on es demasiado divertida. Me dan ganas de seguir bromeando con él.

Ejem. Dylan se aclaró la garganta, cambió de ambiente y volvió a ponerse serio.

—De acuerdo. Aunque alguien cambie de opinión constantemente, como a usted no le gusta, me rendiré aquí. Lo sacaré lentamente, así que no haga fuerza.

Como si estuviera cumpliendo su palabra, los dedos de Dylan se retiraron lentamente, evitando al máximo la estimulación. Jo-on se mantuvo en silencio hasta que sintió el grueso nudillo, en ese momento tensó su cuerpo y lo apretó con fuerza. Algo de lo que había dicho Dylan debió haberle picado la obstinación.

—¡Espera! Solo hazlo. Como dije que quería, entonces.

—No. Jo-on, creo que es demasiado pronto para usted.

—Eso lo decido yo.

—¿De verdad está bien? No tiene que forzarse. Si quiere rendirse, puede parar aquí. Realmente respeto su opinión. No quiero presionarlo en absoluto…

—¡Hazlo!

—Guau, de acuerdo. Si tanto lo quiere, no tengo más remedio.

Su voz sonó irritantemente como si estuviera accediendo a regañadientes. Jo-on agarró la muñeca de Dylan y la llevó hacia la entrada. Los dedos que habían estado explorando la pared interior hacía un momento estaban calientes y húmedos, adaptados a la temperatura de su cuerpo. Tan pronto como lo llevó a la entrada, los dedos de Dylan se abrieron y fueron succionados de nuevo hacia el orificio que se abría y cerraba.

—Haaa, uhh, puede introducirlo profundamente.

Jo-on, sin soltar su mano, controló los movimientos a propósito. La mano, que se movía hacia adelante y hacia atrás siguiendo su guía, gradualmente perdió el control y aceleró.

—¿Así?

—Ah, uhh, sí, espera…

—Uf, ¿está bien? ¿Eh?

—Ah, ah, ah, uhh.

El sonido húmedo resonó tan claramente que fue vergonzoso. La respiración de Dylan era tan pesada como la de Jo-on, que gemía y contenía sus gemidos. La punta húmeda de su pene golpeaba el trasero de Jo-on con la intención de reventarlo.

—Ah, solo… ¡mételo, solo mételo! Creo que ya estoy bien.

—¿De verdad lo cree?

—No sé, uhh, solo… no puedo aguantar más.

—Maldita sea, si me ruega así, yo también me meto en problemas. Espere un momento.

Tan pronto como se le dio permiso, los dedos de Dylan salieron de repente. Cerró el agua y salió un momento de la ducha. Se oyó un estrépito de cosas que caían, y luego regresó a la ducha, dejando atrás el estante desordenado. Tenía una caja de condones en una mano y una expresión de orgullo.

Se acercó a grandes zancadas, giró a Jo-on, lo besó apasionadamente y con habilidad le puso un condón a su miembro. Luego, levantó una de las piernas de Jo-on y la envolvió alrededor de su cintura. Sus piernas se abrieron, revelando el orificio que había soltado con los dedos. Jo-on se mordió los labios al sentir los dedos invadirlo de nuevo.

—E-en esta posición, creo que sería un poco difícil.

Quizás habría sido más fácil si su pareja hubiera sido una mujer, pero Jo-on era un hombre. Por alguna razón, las costumbres sexuales de Dylan parecían revelar experiencias pasadas, lo que lo incomodó.

—Yo lo sujetaré bien.

Dylan se inclinó y lo besó más profundamente, haciendo que la parte superior del cuerpo de Jo-on se inclinara hacia atrás y tocara la pared. Entonces, el ángulo de su cuerpo se inclinó, y el pene de Dylan, que se movía torpemente, llegó naturalmente hasta su ano.

—Creo que me voy a caer.

—No creo que sea el momento de preocuparse por eso.

Jo-on sintió la lubricación del condón rozando la entrada de su orificio, que estaba expuesto sin defensa. Tal como dijo Dylan, no tenía tiempo para otras preocupaciones. Pronto, la gruesa punta se abrió paso, estirando con fuerza el orificio, que palpitaba por la tensión.

—¡Ah, ah, ah…!

—¿Le duele?

—No, no pare, uhh, no.

Dylan maldijo y penetró lentamente el apretado orificio con su pene. Se esforzaba por no perder el control, y todos los músculos de su cuerpo estaban tensos. Las venas de su cuello se hincharon.

—Haaa, me estoy volviendo loco, Jo-on, uhh, bésame.

Jo-on tiró del cuello de Dylan y retorció su rostro, y Dylan se lanzó sobre él como si fuera a morderlo, juntando sus labios. Mientras mezclaban sus lenguas, el pene que se había retirado ligeramente volvió a penetrar lentamente. La entrada, estirada al máximo, seguía apretada.

—Ha, uhh, un poco, más despacio…

Para ser sincero, Jo-on solo sentía una sensación extraña, no placer. Sin embargo, el rostro enrojecido de Dylan parecía aturdido como si estuviera drogado, por lo que no podía detenerse.

—Mmm, su interior es tan bueno. ¿Sabe? Jo-on, haa, ¿qué hago? Esto es trampa. ¿Cómo me hace esto? No puedo aguantar, es demasiado difícil. Me estoy controlando mucho ahora.

Realmente, hablaba como alguien drogado.

—Por favor, bésame. No se separe. Saque la lengua, ¿eh?

Si sus labios se separaban un poco, relamía sus labios y sacaba la lengua, luego apretaba su cuerpo aún más contra el de Jo-on, empujándolo completamente contra la pared. Cuando Jo-on se colgó del cuello de Dylan, este incluso le arrastró los muslos, que apenas tocaban el suelo, para que los

envolviera alrededor de su cintura. Debido a la gravedad, sus cuerpos se hundieron y la inserción se hizo más profunda.

—Hupp, uhh, ah, espera, Dy… uhh.

—Shh, aférrese a mí.

Cuando se apoyó completamente en él, la unión se estiró de forma flexible, adaptándose a los movimientos rápidos de pistón. El orificio, que había contenido incluso la gruesa raíz, se apretó bruscamente alrededor del glande irregular y curvo tan pronto como Dylan retiró la cadera, para luego volver a tragarse el pene recto.

—¡Haa, ahh, uhh, uhh, ah!

—Haa, ¿le gusta? ¿Eh? Jo-on.

—Uhh, ah, uhh.

Como Jo-on no respondió adecuadamente, Dylan detuvo el movimiento un momento y recuperó el aliento. La inserción seguía siendo profunda.

—Míreme, Jo-on.

—Uhh, uhh, uhh.

Mirando a Jo-on, que jadeaba sin aliento, Dylan le dio pequeños besos en la punta de la nariz. Con el pene aún dentro del orificio de Jo-on, giró su cadera, removiendo el interior de un lado a otro. Sus movimientos eran lentos y suaves. En el momento en que su pene, que exploraba suavemente la pared interior, rozó un punto, Jo-on apretó involuntariamente el orificio.

Dylan frunció el ceño, detuvo el movimiento por un momento y luego volvió a presionar lentamente el mismo punto. Jo-on tensó los muslos y encogió los dedos de los pies.

—Espera, uhh, solo un momento…

—Parece que le gusta aquí, Jo-on.

—¡Uhh, uhh, ah!

Dylan ajustó el ángulo y lo empujó con fuerza, haciendo que un líquido opaco saliera del pene de Jo-on.

—Haa, ah, espera, uhh.

—Está bien, venga, mírame.

Tan pronto como sus ojos se encontraron, Dylan torció su cabeza y selló los labios de Jo-on con los suyos, mientras golpeaba el mismo lugar con su pene como una locomotora desbocada. Lo empujó contra la pared con todo su cuerpo, sin dejarle el más mínimo espacio, por lo que Jo-on, atrapado

entre su cuerpo pesado y la pared, no tenía forma de escapar del placer que lo atravesaba hasta el abdomen. El miembro de Dylan, que se había metido como si fuera a romperle el bajo vientre, martillaba la zona sensible con un placer extraño.

—Uhh, no, es raro. Creo que voy a eyacular, por favor.

Ya un líquido tibio le salía del pene y le corría por las piernas. Pero Dylan no le prestó atención, abrazó a Jo-on con fuerza y lo apretó contra sí.

—No. No lo soltaré.

—Uhh, uhh, Dylan, por favor…

—Está bien si eyacula. Eyacule en mí. Maldita sea, Jo-on, haa, me estoy volviendo loco por usted.

Le dio besos en la cara, lamiendo la humedad de sus ojos con su lengua áspera. En el momento en que Jo-on no pudo contenerse más y mordió el hombro de Dylan, la unión se apretó con fuerza. Dylan maldijo y movió la cadera rápidamente. La velocidad, increíblemente rápida, hizo que Jo-on temblara como si fuera a desmayarse. Dylan gimió y eyaculó, y al mismo tiempo, sus movimientos se ralentizaron.

Después de unos cuantos empujones más, con el pene todavía dentro de su cuerpo, se detuvo para observar el rostro de su pareja. Al ver la palidez del perfil de Jo-on, no pudo contenerse y lo bombardeó con besos, murmurando:

—Jo-on, ¿qué hago? Creo que podría hacer esto con usted todo el día.

Jo-on, demasiado agotado para hablar, giró la cabeza y miró a Dylan.

—¿Continuamos el resto en la cama?

—…El resto…

Dylan sonrió y sacó su pene, luego lanzó descuidadamente el condón lleno de líquido blanco al suelo y se movió con Jo-on en brazos. Entre tanto, no se olvidó de llevar la caja de condones.

Dirigiéndose al dormitorio, Dylan se detuvo cerca de la cama con Jo-on en brazos. Habría sido bueno sentarse o bajarlo, pero ocupado poniéndose un condón nuevo, estaba perdiendo el tiempo innecesariamente. Jo-on pateó el trasero de Dylan con su talón, queriendo que lo bajara.

Con el impacto, el pene de Dylan emitió un sonido húmedo y se introdujo a medias en Jo-on.

—¡Ah!

Los muslos de Jo-on, que rodeaban la cintura de Dylan como serpientes, se tensaron.

—No tiene que apurarse, ya se lo volveré a meter. Jo-on tiene un temperamento peculiar.

—…Dylan es sutilmente manipulador.

—¿Sutilmente?

—…Y extremadamente molesto.

Jajaja, una risa baja resonó a través de sus pechos pegados. Mientras tanto, las grandes palmas, que agarraban una nalga a la vez, amasaban la carne como si manejaran masa. Cuando se estiraban hacia afuera, el orificio donde estaba el pene de Dylan se abría al máximo, y cuando se empujaba hacia el centro, se podía sentir claramente el grosor del pene al entrar y salir entre las nalgas.

—…¿No piensa bajarme?

—¿Me ha descubierto?

Dylan pronto dejó de jugar con las texturas y comenzó a concentrarse únicamente en levantarlo. El pene de Dylan, que golpeaba la parte inferior poco profunda y se abría paso cada vez más profundo, empujaba la pared interna, agitándose con pasión.

—Bésame, Jo-on.

Al buscar los labios de Dylan a petición suya, Jo-on cerró los ojos con fuerza, anticipando la violenta segunda ronda de inserción. En el momento en que Dylan soltó sus manos, el pene de Dylan se hundió hasta la raíz en su cuerpo, que caía por la gravedad.

Habiendo pasado ya por una primera ronda violenta, el interior de Jo-on estaba tan suave y caliente que el pene parecía derretirse. Y los gemidos de Jo-on se disolvieron en la boca de Dylan. A diferencia del sonido húmedo y vulgar que comenzó con los movimientos cada vez más intensos, el beso fue romántico y dulce.

—Bájame, vayamos con calma.

Dylan, que había bajado a Jo-on a la cama, sonrió como si estuviera de acuerdo. Dylan, sintiéndose ligero como si hubiera terminado un entrenamiento con pesas, se colocó entre las piernas de Jo-on y puso sus muslos sobre sus hombros. Le avergonzaba la ingle, expuesta sin pudor, como el día en que hicieron el acto entre los muslos.

Jo-on cubrió con la mano su obsceno pene, que ya estaba enrojecido y goteando fluidos, y levantó la cintura. Esta vez no necesitaba juntar los muslos.

—Comience.

Sus ojos no tenían foco mientras miraba la hoja de Excel en blanco. En sus párpados, que parpadeaban lentamente, se notaba la falta de sueño de la noche anterior. Jo-on estaba en una intensa batalla contra ese peso. Ojalá le hubiera avisado a su yo de anoche que tenía que ir a trabajar cuando amaneciera.

Para excusarse diciendo que fue un error cometido por estar ebrio, la cantidad de alcohol consumido era demasiado pequeña, y la causa de la decisión impulsiva podría haber sido la influencia de la soledad que dominó su corazón ayer.

Incluso una persona no acostumbrada a depender de los demás tiene momentos en los que quiere apoyarse en alguien. En los momentos en que anhela calidez o consuelo, simplemente fue Dylan quien estuvo allí.

Salir de la cama, que había sido calentada por el calor de dos cuerpos, no fue fácil. Afortunadamente, no tuvo que dejar a su pareja, sumergida en el sueño, sola. Si lo hubiera hecho, podría haber parecido un inmundicia que usa y desecha a las personas físicamente.

Al menos, mientras estuvo con Dylan, pudo olvidarse de las pequeñas preocupaciones y ansiedades, incluso si era cierto que lo había usado físicamente.

Pudo ir a trabajar sin convertirse en un desvergonzado gracias a que Dylan, que se había despertado temprano, salió de casa con Jo-on, diciendo que iría a su entrenamiento matutino. Antes de eso, tuvo el lujo de que lo lavaran cuando su cuerpo adolorido gemía por los dolores musculares, y de que le prepararan el desayuno, que comió tranquilamente. Aunque no tenía la desvergüenza suficiente para disfrutarlo abiertamente.

Al final, el error que Song Jo-on cometió anoche tuvo que ser resuelto por Song Jo-on esta mañana. Y el trabajo que Song Jo-on no pudo terminar esta mañana tendrá que ser completado por Song Jo-on esta tarde.

Su parte inferior, hinchada por la abrasión, todavía le dolía, pero Jo-on miró la pantalla de la computadora con la espalda y los hombros rectos, como si nada hubiera pasado. Aunque sabía que no había nada dentro, sentía una extraña sensación de cuerpo extraño. Era como si el miembro de Dylan lo estuviera invadiendo constantemente incluso ahora.

Curiosamente, no solo sentía aversión. En algún lugar de su cuerpo, donde Dylan había invadido, se escondía un nervio que provocaba placer. Cada vez que su pene cambiaba de ángulo y lo estimulaba, se sumergía en un estado tan primitivo que le resultaba difícil pensar con claridad, y una extraña expectativa lo hacía perder la postura una y otra vez.

Es embriagador y adictivo. Pero los estímulos excesivos suelen ir acompañados de efectos secundarios más fácilmente. Por lo tanto, ¡la complacencia estaba prohibida!

Jo-on se esforzó por borrar la noche anterior de su mente, cuando sus ojos se encontraron con los de Daniel, que estaba sentado a su lado, observándolo fijamente. Las ligeras arrugas en su frente preguntaban qué hacía.

—Jo-on, ¿en qué piensas mirando la pantalla en blanco?

Ante su pregunta, Jo-on miró a su alrededor y luego se inclinó hacia Daniel, respondiendo en voz baja:

—Estaba pensando en quién se iría de nuestro equipo.

—……

Daniel guardó silencio un momento y luego señaló una sala de reuniones vacía con la cabeza. Quería decir que quería hablar. Jo-on, con el cuerpo incómodo, lo siguió y entró en la pequeña sala de reuniones. Tan pronto como cerró la puerta, Daniel preguntó:

—¿Cómo lo supiste?

—Cómo lo supe. Todo el mundo lo sabía.

—¿En serio?

—Es broma, me lo dijo Tyler. Pero es cierto que todo el mundo lo sabrá.

Daniel se rió entre dientes y asintió.

—Claro. Si Tyler lo sabe, la noticia ya se habrá extendido.

—…Entonces, ¿eres tú? ¿La persona que se va esta vez?

—Sí, soy yo. Lamento no haberte dicho antes. Yo tampoco sabía que esto pasaría. Como sabes, aunque hagas entrevistas en secreto mientras trabajas, las condiciones de las ofertas no siempre me satisfacen, y la mayoría de las veces el proceso de entrevista termina ahí.

—¿Y a dónde vas?

—Voy a la universidad.

—¿En serio? ¿No te ha ido muy bien?

—Sí. También tengo conocidos que saben bien que el trato es bueno y el trabajo no es tan duro como en una empresa privada. Tuve suerte.

—Felicidades. De verdad.

—Gracias.

—Entonces… ¿hasta cuándo trabajas?

—Hasta enero.

Ya quedaban menos de tres semanas. Daniel murmuró con una expresión de disculpa al ver a Jo-on revisar el calendario en su teléfono.

—Para finales de enero podré terminar todos los asuntos urgentes y marcharme. No te preocupes demasiado.

Le dio unas palmaditas en el hombro a Jo-on para consolarlo. El que se va puede marcharse con la conciencia tranquila, pero el que se queda suele asumir las tareas del dueño ausente. Daniel también lo sabía y por eso no podía desviar completamente la mirada de la culpa. Aunque fuera solo una pizca.

—¿Hay algo más que deba asumir?

—Ah, sobre eso…

Daniel se rascó la mejilla y humedeció sus labios secos. Jo-on presentía que lo que iba a decir no sería una historia del todo agradable.

—¿Se trata de la persona que va a venir?

—¿Cómo lo supiste?

Daniel, sorprendido, exclamó como si acabara de darse cuenta:

—¡Ah, ahí empezó el rumor!

—Claro. ¿Qué buscaría la gente del departamento al cambiarse de trabajo?

—Nuestro puesto, ¿verdad? Cierto.

Daniel se aclaró la garganta y su expresión se volvió algo disgustada.

—Quería pasarte un trabajo importante, Jo-on. Y un título digno para él. Pero desde arriba…

Su voz, que ya era baja, se hizo aún más pequeña, casi un susurro.

—Se portaron como una mierda.

Jo-on soltó una carcajada, y Daniel lo miró seriamente.

—No es una broma, lo digo en serio. Si me establezco y tengo una buena oportunidad, te lo haré saber. Mereces trabajar en mejores condiciones y un mejor ambiente.

—Gracias. No me olvides, ¿eh?

—De acuerdo.

Daniel extendió el puño y chocó suavemente con el de Jo-on. Como todos vivían persiguiendo sus propios intereses, Jo-on podía entender perfectamente su elección, por lo que el pequeño resentimiento que había sentido desapareció rápidamente. No había necesidad de lamentarse.

Daniel se levantó para salir de la sala de reuniones. Jo-on, que iba a seguirlo, de repente se quedó inmóvil, agarrado al reposabrazos de la silla.

—Ah, vete tú primero. Me duele la espalda, así que descansaré un poco antes de irme.

—¿Estás bien?

—No es nada.

—De acuerdo, entonces.

La conmoción mental que había afectado a Jo-on por un momento se desvaneció rápidamente, pero la conmoción física no parecía desaparecer tan fácilmente, y su estado no era nada bueno.

“Ya que estamos así, hoy me voy a dar un pequeño capricho.”

Sacó su teléfono y lo manipuló, y vio un mensaje de Aaron.

¡Jo-on! Toco el viernes, así que si no estás ocupado, ven.

El mensaje venía con un mapa, y un punto rojo estaba marcado en algún lugar de Kensington Market. Por las fotos que se veían en internet, el bar no parecía muy grande. Era una escena de gente apiñada en un espacio pequeño, agitando las manos hacia una banda con guitarras acústicas frente a un micrófono.

Era un interior acogedor, perfecto para disfrutar de la música en silencio. Jo-on le respondió a Aaron que iría sin falta y se levantó mucho tiempo después. Faltaba menos de un minuto para la reunión.

9

Por esta época del año, uno empieza a sentir que el atardecer se retrasa un poco.

Jo-on salió del trabajo y notó un tinte azul en el cielo, que siempre era completamente negro. Para ser un poco más de las cinco, ya era tan oscuro que se sentía extraño caminar por la calle. Aun así, hoy el viento no era fuerte, así que el camino a Kensington Market no sería agotador.

El bullicio del centro de la ciudad en la noche del viernes flotaba por todas partes con las luces brillantes. A través de los cristales empañados de los restaurantes, se veía a la gente lavándose la fatiga de la semana con una cerveza.

La música, que latía más rápido que su corazón, animaba el ambiente. Los pasos de Jo-on también se aceleraron. Aunque no era el tipo de persona que se carga de energía con la gente, al disfrutar de un paseo tranquilo en medio del bullicio, el medidor de energía de Jo-on, que solía ser bajo, se llenaba lentamente. Hoy, era mejor llenarlo al máximo, dado su destino.

Siguiendo el punto rojo en el mapa y después de un poco de deambular por un pequeño callejón, llegó al bar de música en vivo, que tenía su pesada y negra puerta insonorizada de par en par, dando la bienvenida a la gente.

En una pizarra colocada en la entrada, estaba escrito el horario de los conciertos en vivo de hoy, con el nombre "Bobby Beavers" en la parte superior. Una extraña sensación de incomodidad se apoderó de él al escuchar la suave melodía de la guitarra acústica que se filtraba desde el interior.

—Bienvenido.

—Hola. Me sentaré en el bar.

—Adelante.

Jo-on pidió una cerveza, se sentó en un taburete y miró hacia el pequeño escenario. Vio a gente ocupada llevando equipos de concierto. Llevaban sudaderas con la imagen de un castor posando como un modelo, impresas para que todos pudieran reconocerlos como miembros de "Bobby Beavers".

Le llevó un tiempo encontrar a Aaron entre ellos. No lo reconoció de inmediato porque parecía más un voluntario de un centro comunitario que un miembro de una banda de *heavy metal*. Era evidente que, desde la última vez que lo vio, tanto su gusto musical como su gusto por la moda habían cambiado 180 grados.

Fue entonces cuando Jo-on finalmente se dio cuenta de la sensación de incomodidad que había sentido al entrar por primera vez al bar. El género musical de este bar, donde Jo-on era el único cliente, era tan diferente del *heavy metal* que le gustaba a Aaron como Nueva York de Los Ángeles.

—¡Jo-on! ¿Viniste?

—Aaron.

—Si venías, ¿por qué no me dijiste?

—No quería molestarte mientras te preparabas.

—¡Bah, no! Ven aquí. Te presentaré a los miembros de mi banda.

Jo-on asintió torpemente, dejó su vaso y se levantó. La primera persona que Aaron le presentó fue un hombre con dientes frontales muy parecidos al castor impreso en su camiseta. El hombre, que se suponía era el pilar y líder del equipo, claramente había nombrado la banda por su apodo.

—Bobby, saluda. Él es mi hermano, Jo-on.

—Hola. Bienvenido. Llámame Bobby.

—Encantado de conocerte. Soy Jo-on.

Bobby no se sorprendió cuando Aaron presentó a Jo-on como su "hermano". Tal vez la tienda estaba demasiado oscura para que se dieran cuenta de que eran de diferentes razas, o tal vez lo consideró solo una expresión amigable, o quizás Aaron ya le había explicado a Jo-on.

—¡Ah, cierto! ¡Amy!

Aaron miró a su alrededor y saludó con la mano a una mujer que vestía el mismo uniforme. Ella, que estaba instalando un trípode, levantó la palma de la mano, indicándole que esperara un momento, y luego, después de terminar la instalación, se acercó a Aaron.

—Saluda. Es mi hermano, de quien te hablé antes. Jo-on.

—Hola. Soy Amy. He oído mucho de usted.

—Ah, hola. Encantado de conocerla. Llámeme Jo-on.

El saludo inesperado de Amy en coreano hizo que Jo-on respondiera automáticamente en coreano. Aunque era su lengua materna, esta clase de saludo era tan inusual que se sintió incómodo. Aaron, que estaba entre los dos, rodó los ojos en silencio. Aunque Aaron podía entender un saludo simple, probablemente no tenía ni idea del significado de frases más elaboradas como "He oído mucho de usted".

—Aaron. ¿Puedes venir un momento?

Bobby y los otros miembros, que estaban en una acalorada discusión cerca del escenario sobre dónde colocar los altavoces, llamaron a Aaron. Aaron dudó un momento, como si no quisiera dejar solos a Amy y Jo-on, y luego se dio la vuelta con dificultad.

—Vuelvo enseguida.

—De acuerdo.

Amy le hizo señas a Aaron para que se fuera rápidamente. Al girarse hacia Jo-on, le habló con naturalidad, a pesar de ser la primera vez que se conocían.

—Parece que vino después del trabajo. ¿Es usted un oficinista?

—Sí.

—Qué envidia. Yo todavía soy estudiante. Por cierto, mi carrera no tiene nada que ver con la música. Marketing. Esto es solo un *hobby* y un trabajo a tiempo parcial.

—¿De verdad?

—Sí. Me gusta tomar fotos y videos. La excompañera de cuarto de Bobby salía con una amiga mía. La conocí por primera vez en una fiesta en casa, y una vez que le tomé una foto, se sorprendió muchísimo. Luego me mostró un video de una actuación que había grabado. La composición y la iluminación eran de muy mala calidad, así que le tomé una vez, y después de eso, me rogó que la ayudara aunque fuera solo cuando me fuera cómodo. Así fue como obtuve esta camiseta. También me da para mis gastos.

Amy dijo eso y señaló su espalda con el dedo.

—Qué increíble. No debe ser fácil ayudar mientras estudia.

—Es una experiencia interesante y también me permite conocer gente, así que no está mal. Por cierto, ¿escuché por ahí que usted también estudió en el extranjero?

—Sí.

—Entonces sabrá lo que es, ¿verdad? Es solitario. Es difícil hacer amigos, y no hay muchas oportunidades. Yo soy del tipo de persona que necesita energía de la gente.

Jo-on soltó una pequeña risa ante la franqueza de Amy, que brotaba sin darle tiempo a sorprenderse por el inusual apelativo de "Oppa" (hermano mayor). Con un estilo de conversación directo pero que ponía a la gente cómoda, Amy no mostraba ninguna incomodidad al hablar con extraños. Definitivamente, tenía una personalidad extrovertida, todo lo contrario a Jo-on.

—Yo, si me quitan la energía, me caigo rápido… Qué curioso.

—¿En serio? Tenga cuidado entonces.

La broma de Amy rápidamente relajó la tensión de Jo-on. Mientras intercambiaban redes sociales, Aaron se acercó y le dio unas palmaditas en el hombro a Amy.

—Amy. Ya vamos a empezar.

—Ah, ¿ya es la hora? De acuerdo. Me prepararé.

Aaron asintió a Jo-on y le guiñó un ojo de forma peculiar. Era un mensaje para que se fijara bien. Mientras tanto, una pareja había entrado, por lo que solo había tres espectadores en el local, pero el concierto comenzó a la hora programada sin esperar más. Con la suave melodía de la guitarra acústica.

Aaron comenzó a tocar un nuevo género de música, diferente al que solía gustarle. Se despojó por completo de su imagen ligera y rebelde habitual y se dedicó a la actuación con un rostro serio.

Jo-on, que hasta ahora creía conocer bien a Aaron, llamándolo "hermano", se sintió un poco confundido. No podía estar seguro de si el cambio que mostraba se debía a que había madurado de forma natural mientras vivía fuera de casa de Maya, o si se debía a que Aaron había cambiado de compañía.

Cualquiera que fuera el comienzo, Jo-on se sentía orgulloso y asombrado por el crecimiento de Aaron, quien se había convertido en su primer hermano en una familia que no era la suya. Se sintió avergonzado, como si su propia opinión interior, de que Aaron era un niño inmaduro que solo veía un mundo pequeño y limitado, hubiera sido descubierta.

La forma natural en que tocaban juntos, a pesar de que parecían tan dispares, demostraba cuánto tiempo habían estado practicando, o cuán fundamentalmente similares eran, o cuán bien se entendían mutuamente. Aaron ya no era el hermano menor que Jo-on pensaba.

Por el contrario, el único que no había crecido y seguía en el mismo lugar era él mismo. ¿Acaso no había mantenido una distancia de la calidez que Maya y su familia le ofrecían, sin apoyarse

completamente en ella? Su actitud fundamental de desconfianza había afectado negativamente otras relaciones humanas.

Quien se acostumbra a construir muros termina aislado. Los muros que se construyen acabarán rodeando a uno como un pozo, atrapándolo para siempre. Jo-on a veces finge ser una persona sociable para ciertas interacciones, pero esto es solo como abrir una pequeña ventana en el muro, y el mundo que ve es solo de ese tamaño.

En la atmósfera suave y cálida de un campamento de invierno, donde la gente se sienta alrededor de una hoguera, aplaude las canciones de amor y sorbe vino caliente, él, que ocupa un lugar sombreado solo, sin conexión con nadie, es como un invitado no invitado que simplemente observa el tiempo de los demás.

Una soledad más intensa que nunca envolvió a Jo-on como una tormenta. Se abrazó los brazos con las palmas de las manos para alejar la desolación que le subía por la piel.

—¿Verdad que es espeluznante?

—¿Qué?

Amy, que se acercó a Jo-on dejando atrás la cámara instalada, se sentó discretamente a su lado y señaló el escenario. Un escenario que no era más que una plataforma baja.

—Aaron. Dijo que no le gustaba este tipo de música. Pero parece que le va bastante bien. La mayoría son canciones de amor, y sorprendentemente, escribe buenas letras.

Al mismo tiempo que Amy decía eso, los ojos de Jo-on y Aaron se encontraron. Jo-on esbozó una sonrisa peculiar.

—Supongo que tiene novia.

—¿De verdad? Nah, no me ha dicho nada de eso.

Por alguna razón, Amy negó con la mano, incrédula. A pesar de su apariencia despreocupada, Aaron tenía una personalidad bastante seria y era del tipo puro que lo daría todo si se enamoraba.

—¿Y usted, Oppa?

—¿Qué?

Jo-on preguntó tontamente, y Amy le preguntó qué fingía no saber.

—¿Tiene novia?

—No, no tengo…

—¿En serio? ¿Por qué?

Jo-on jugueteó con su vaso de cerveza con una expresión avergonzada. Si le preguntaban por qué, no tenía más que decir. Ni siquiera Jo-on lo sabía.

—…¿Parece que me interesan las mujeres?

Amy se rio a carcajadas y le dio una palmada en el hombro a Jo-on.

—No, para nada. Creo que sería muy bueno con su novia, si tuviera una. Por eso me parece curioso.

La evaluación de Amy sobre Jo-on era cien veces más generosa que la que Jo-on se hacía a sí mismo. Jo-on se consideraba menos bueno de lo que parecía. Él era egoísta y calculador en las relaciones. Si supieran cómo era por dentro, la otra persona sin duda negaría con la cabeza y saldría corriendo.

—No, no tanto. Y no soy popular.

Murmuró con voz insegura y humedeció la garganta con cerveza. Las burbujas amargas explotaron, causando un escozor en su esófago.

—¿Qué? Eso no tiene sentido… Ah, ¿aquí la gente es diferente?

—¿En qué?

—Es que la forma de ver las relaciones y de pensar es un poco diferente, ¿verdad? Hay mucha gente superficial, y también mucha gente que busca sexo. Hay un montón de gente que se besa sin salir, ¿sabes? Es casi un saludo. Es una estafa romántica total. A mí casi me pasa, pero resulta que el tipo tenía dos o tres chicas a las que estaba intentando ligar. Y a esos tipos no les importa. Yo soy un poco chapada a la antigua, así que no lo entiendo en absoluto.

—Ah…

Casi al final de la canción, Amy se levantó para ajustar la cámara. Después de que el concierto comenzó, algunos clientes fueron atraídos por la música, y el local estaba más concurrido que al principio.

Una incómoda sensación de inquietud permanecía en un rincón de su pecho, pero no podía distinguir si era soledad o ansiedad. En ese momento, el mensaje de Dylan irrumpió por ese pequeño orificio.

Dylan: ¿Qué haces?

Yo: Hoy vine a ver una actuación.

Dylan: ¿Una actuación?

Yo: El hermano de la familia anfitriona iba a tocar en un bar de música en vivo, así que vine.

Dylan: ¿En serio? Yo también quería verlo.

Yo: La actuación casi termina. Ahora me voy a casa.

Dylan: Ya veo.

El chat de Dylan parpadeó, como si estuviera eligiendo sus palabras. Mientras esperaba que hablara, Amy, que se acercó de repente, preguntó:

—Oppa, vamos a tomar una foto grupal, ¿quiere unirse?

—¿Yo?

—Sí. La subiremos a nuestras redes sociales, si no le importa.

—Claro.

Después de tomar la foto y pagar la cuenta, Jo-on se disponía a salir de la tienda con su bolso cuando, al revisar su teléfono, vio un mensaje de Dylan.

Dylan: ¿Quiere quedarse a dormir en mi casa hoy?

El mensaje de Dylan era claro. Jo-on lo miró fijamente por un momento, luego respondió.

Yo: Claro. Voy para allá ahora.

Al principio fue difícil y desconocido, pero la segunda vez fue fácil y familiar.

Jo-on todavía se sentía incómodo al tener contacto físico con otro hombre, pero el olor de Dylan, que se había impregnado en todas partes, parecía llenar su cuerpo con cada respiración, y sentía que su olor y su temperatura corporal se iban mezclando gradualmente con los de Dylan.

Dylan y él estaban sentados uno al lado del otro en el sofá, y después de un apasionado beso, Jo-on murmuró:

—¿Vino de entrenar? Su cuerpo todavía está caliente.

El calor que se sentía en el brazo que lo rodeaba era considerable.

—Sí. Me duché con agua fría y sigo con calor.

—Cuando se calienta durante un partido, ¿a veces se cae disimuladamente sobre el hielo para refrescarse?

Dylan se rio entre dientes ante la broma sin sentido y le dio un suave beso en los labios de Jo-on. Su voz susurrante se hizo aún más baja.

—Buena idea. Definitivamente lo intentaré la próxima vez. Aunque me regañarían si lo hiciera en cualquier momento.

—Solo preguntaba por curiosidad, no le estaba diciendo que lo hiciera.

—¿En serio? La verdad es que preferiría abrazar el cuerpo de Jo-on que el hielo. Me gusta que esté más fresco que mi temperatura corporal.

—Es porque acaba de llegar de afuera.

—Entonces, ¿lo caliento?

Ante el suave susurro, mientras Dylan le lamía el labio inferior con la punta de la lengua, Jo-on encogió los muslos. Dylan, al darse cuenta de su reacción instintiva, se echó sobre él, apoyando su entrepierna endurecida.

—Jo-on, ¿por qué se puso duro? ¿Eh?

—Usted ha estado así desde hace un rato.

—Así es. He estado así desde que le abrí la puerta.

—…¿No tiene un partido mañana?

—Sí, tengo. ¿Por qué?

—Normalmente, la noche antes de un partido, ¿no se abstiene de tener relaciones sexuales para mantener su condición física?

—El sexo con usted no afecta en lo más mínimo mi condición física. De hecho, ¿no cree que jugaré mejor mañana?

Jo-on entrecerró los ojos y miró a Dylan con descontento. Pensó que lo había mirado de forma bastante feroz, pero por alguna razón, Dylan sonrió y frotó sus labios en el rabillo del ojo de Jo-on.

—Es lindo.

—Cállese. ¿Sabe? Soy mayor que Dylan.

—Ajá. ¿La gente coreana es muy estricta con la edad, no?

—Llámeme 'hyung'.

—Hyung.

Dylan, que de todos modos no entendía el significado ni el poder de la palabra, llamó a Jo-on 'hyung' con demasiada facilidad. Más bien, fue Jo-on quien se sintió avergonzado.

—No, no, no lo haga.

—¿Qué significa?

—Es una palabra para referirse a un hermano mayor entre hombres. No tienen que ser familia.

—¿Era eso? No es difícil. 'Hyung'.

—Es extraño. Nunca lo he oído. Soy hijo único.

—Lo llamaré mucho de ahora en adelante.

—No hace falta.

—Vamos a la cama, 'hyung'.

—…Esa palabra no se usa para eso.

—Le voy a chupar aquí con ganas, 'hyung'. A usted le gusta eso, ¿no?

Dylan acercó sus labios al oído de Jo-on y susurró suavemente, mientras agarraba con una mano la entrepierna tensa de Jo-on. Sus palabras y sus acciones eran muy diferentes.

—Ugh, pare…

—Y le voy a meter la mía aquí. Haga el amor toda la noche, 'hyung'.

Sus dedos, que habían bajado, frotaron con fuerza un lugar más profundo.

—No, no es así como se dice.

—Me gusta. Nadie más le dirá eso.

—Por supuesto. ¿Quién diría algo así?

Dylan, por alguna razón, se puso arrogante y sonrió con una sonrisa tan encantadora que cualquiera se enamoraría de ella.

—No puedo más. ¿De verdad vamos a la habitación? Si no, creo que lo violaría aquí. Si le parece bien, lo hacemos aquí.

Jo-on pensó en la sensación de los cojines del sofá bajo su trasero y asintió. De todos modos, la cama sería mejor si lo iban a hacer.

—Mmm. Ahora hueles a mí.

Un pequeño susurro llegó de Dylan, que respiraba hondo contra su hombro. Jo-on, que le daba la espalda, frotó su frente contra la almohada y respondió:

—Será el gel de ducha. Huele bien.

—Lo sé. Me gusta que huela a mí.

—¿Compramos el mismo?

Dylan sonrió y metió la mano debajo de las sábanas, acariciando el muslo resbaladizo. Jo-on abrió los ojos, tenso, sin saber cuándo la mano de Dylan se atrevería a tocar su preciada intimidad.

El cielo de la mañana temprano estaba pálido y brillante, pero no transmitía la menor sensación de calidez. A juzgar por las nubes densas, seguramente habría nieve hoy también. Era un invierno lúgubre y frío que parecía no tener fin.

—¿Qué hora es?

—Son poco más de las ocho.

Jo-on gimió y preguntó:

—¿Por qué se levantó tan temprano? Parece que le sobra energía.

Esta vez, se oyó un gemido de Dylan, como si estuviera apenado.

—Ay. Fui un tonto. Si hubiera sabido, me habría levantado una hora antes.

—Qué locura. ¿Se acuerda a qué hora se acostó ayer?

—No sé.

Cuando Jo-on lo reprendió, Dylan respondió con un tono infantil, huraño y brusco, como si no importara.

—Aunque me gustaría revolcarme con usted con ganas ahora mismo, tengo el entrenamiento de la mañana y el tiempo es limitado.

—……

—¿Qué tal cuando vuelva?

—¿Es en serio? Para entonces ya no estaré. Me iré a casa.

—Uhm. No se vaya, Jo-on. Es su día libre. ¿De verdad tiene que irse?

Dylan apretó los brazos alrededor de su cintura y acercó el plano vientre de Jo-on hacia él. Frotó su cara como un perro en el pelo castaño oscuro y desordenado de Jo-on. Parecía que pronto le lamería la cara y se abalanzaría sobre él.

En ese breve instante, la punta de su nariz ya había recorrido minuciosamente el lóbulo de la oreja y el rabillo del ojo de Jo-on, llegando hasta su mejilla. La persona que había presionado sus labios una y otra vez sobre las mejillas sonrojadas de Jo-on, lo consoló con una voz suave.

—¿No puede quedarse aquí hasta que yo regrese? También le conseguiré entradas para el partido de esta noche. Después del partido, tengo que irme de viaje [4] por carretera, así que no nos veremos en un tiempo. Así que me gustaría que se quedara conmigo hasta entonces. ¿Sí? Jo-on.

El equipo tenía seis partidos de visitante por delante, lo que implicaba cruzar la frontera entre Canadá y Estados Unidos, así como atravesar el país de norte a sur. Gracias a ello, no se esperaba que regresaran a Toronto en al menos dos semanas.

La voz apagada le suplicaba con tanta desesperación que Jo-on no supo cómo negarse, así que decidió posponer la negación a regañadientes y colocó su mano sobre el dorso de la mano de Dylan, que descansaba sobre su plexo solar.

—¿A qué hora volverá?

—Regresaré después del entrenamiento y el almuerzo, será alrededor de la una. Si quiere algo, también le recogeré su comida.

—No. No se preocupe. Yo me encargo.

Dylan, que pareció dudar un momento como si se sintiera culpable, finalmente asintió y tomó la mano de Jo-on, besándole el dorso.

—Lo llamaré.

Dylan abrazó a Jo-on por la espalda durante un buen rato, incluso después de terminar la conversación. Solo cuando Jo-on volvió a suspirar y se durmió en sus brazos, logró salir de la cama.

Para Jo-on, fue un descanso muy esperado. Aunque tenía dos días libres cada cinco días, su hábito arraigado a menudo lo hacía levantarse temprano incluso los fines de semana.

Sin embargo, quizás por el esfuerzo físico, en lugar de sentirse incómodo por no estar en su propia cama, se entregó a ella como si fuera el paraíso. No tenía la menor gana de levantarse. Gracias a que Dylan no escatimaba en condones cada vez que tenían relaciones, tuvo la suerte de no dormirse en sábanas manchadas de semen, aunque sí empapadas de sudor.

—…Dijo que volvería a la una.

Jo-on, que se despertó cerca del mediodía, dejó escapar un largo suspiro. Había planeado lavar las sábanas mientras él no estaba, pero no parecía tener tiempo suficiente. Jo-on pospuso el plan por un momento y se acurrucó bajo las sábanas cálidas.

—Qué madrugador para un sábado por la mañana.

Jo-on murmuró mientras borraba una a una las notificaciones desordenadas de su teléfono.

El partido del sábado por la noche se transmitía por televisión pública, por lo que su importancia era mayor que la de otros partidos. Esto se debía a que también se exponía al público en general, no solo a los fanáticos acérrimos del hockey. Pero su monólogo no se trataba de Dylan, que tenía que trabajar incluso los fines de semana. Era porque había recibido un mensaje de un *headhunter*.

—Hola, Jo-on. Me gustaría añadirle como amigo, ¿le parece bien? Tenemos muchas buenas oportunidades de trabajo. Si está considerando un cambio de empleo, por favor, póngase en contacto.

El día que Tyler le dio el consejo, su nuevo currículum ya estaba listo. Solo necesitaba más preparación mental para publicarlo. Las historias de sus colegas, que escuchaba no solo de Daniel, sino también en el comedor, la sala de descanso y en rincones secretos de la oficina, se convirtieron en una gran motivación para poner en marcha su plan.

Desde entonces, Jo-on buscó ofertas de trabajo relacionadas con su puesto y envió su currículum a todas las que tenían puntos en común claros. Se sentía como si hubiera vuelto a ser un aspirante a un puesto.

La diferencia, esta vez, era que tenía un 'seguro', por lo que sentía menos ansiedad. Al menos, mientras sus ingresos actuales se mantuvieran, no tendría que preocuparse seriamente por ganarse la vida si su decisión de empleo se retrasaba.

No necesitaba esperar ansiosamente un momento de aceptación incierto en el futuro, ni desesperarse por no ser bienvenido por nadie cada vez que escuchaba noticias de rechazo. Solo con eso, Jo-on pudo encontrar la paz mental.

Era irónico que la empresa que no reconocía mucho su capacidad se convirtiera en un refugio que protegía su autoestima. Jo-on quería salir de allí, pero al mismo tiempo se sentía aliviado por su existencia. ¿Era esta la emoción de amor-odio, cansado de estar harto, pero incapaz de soltarlo fácilmente?

Fuese lo que fuese, si no hubiera sido por ese sentimiento, no habría permanecido en la misma empresa durante más de dos años. Había soportado el tiempo pensando que, así como había cosas buenas, también había cosas malas, y así como había gente buena, también había gente mala.

Sin embargo, no podía seguir cediendo indefinidamente. Ahora necesitaba un cambio. Y para cambiar, tenía que actuar. Y ese momento era ahora. Era el momento de ser adulto lo suficiente como para darse cuenta de que, a veces, hay que lanzarse y chocar, aunque duela, para conseguir algo.

—Hola. Le envío mi currículum. Por favor, revíselo y póngase en contacto.

Jo-on sacó el currículum que tenía guardado en su teléfono y se lo envió al *headhunter*. La verdad es que las oportunidades que le había presentado el *headhunter* nunca se habían concretado del todo, así que no tenía muchas expectativas. Pero ahora, simplemente estaba lo suficientemente desesperado como para querer aferrarse a eso también.

Dylan regresó antes de la una. En sus manos traía la pasta que Jo-on le había pedido previamente por mensaje. Aunque había dicho con confianza que se las arreglaría solo, al ver el refrigerador de Dylan, que solo contenía lo necesario para emergencias, le resultó imposible pensar en alguna comida que pudiera preparar.

Como tenía que viajar a partidos de visitante por un largo período, naturalmente había vaciado su refrigerador. Jo-on negó con la cabeza al ver a Dylan sonreír como si ya supiera que esto sucedería.

—¿No dijo que se encargaría usted?

—No había nada en el refrigerador.

—Aun así, pensé que se las arreglaría.

—…Deje de molestar y désmelo rápido.

—Si me da un beso.

Jo-on se acercó a Dylan, que lo amenazaba infantilmente con la pasta en las manos, y le agarró las mejillas con ambas manos, chocando sus labios con fuerza. Esto fue posible porque Dylan, con rapidez, flexionó las rodillas para bajar a su altura.

Tan pronto como se oyó un chasquido, Dylan abrazó con fuerza la cintura de Jo-on, que intentaba alejarse. Al rodearlo con su cuerpo, la comida que tenía en las manos golpeó las nalgas de Jo-on.

—Coma, primero coma. Tengo hambre.

Dylan saboreó el sabor a menta de la pasta en su boca y lamió sus labios húmedos con la punta de la lengua. Jo-on, que acababa de ducharse, estaba cálido y fresco en sus brazos.

Seguramente había dormido hasta tarde después de que él se fuera a entrenar. Sobre la misma cama donde se habían revuelto de forma desordenada e impúdica toda la noche, cubierto con las sábanas impregnadas de su propio olor.

Al pensarlo, el centro de su cuerpo se calentó tanto que le resultaba difícil esperar a terminar la comida.

—¿Qué hacemos? Quiero comerlo más.

Jo-on, horrorizado, negó con la cabeza.

—Sálveme…

No era un adolescente, pero le resultaba tan difícil controlar sus impulsos sexuales. Dylan escondió su expresión de desesperación en el cuello de Jo-on y respiró hondo.

Otra vez, un buen olor emanaba de él. No era solo el aroma común de un gel de baño. Era el olor corporal y el aliento de Jo-on. Pensar que no podría olerlo por más de dos semanas le hacía temblar las manos y le daba vueltas los ojos como si ya sufriera de abstinencia.

Si su cuerpo lo hubiera mandado, habría volteado a Jo-on sobre la mesa, bajándole la ropa interior hasta los tobillos, y lo habría embestido hasta que perdiera el sentido.

Pero él era un caballero, no una bestia. Dylan logró calmar su impulso y llevó a Jo-on a la mesa, donde, en lugar de voltearlo, le sacó una silla.

—¿Me ayudarías a elegir mi ropa después de almorzar?

—¿Mi ropa?

—Sí. Me gustaría que la eligieras tú. La de hoy y la de los seis partidos.

¿Quería que le eligiera la ropa para el viaje por carretera? Jo-on masticó la pasta y parpadeó, sin entender.

Jo-on pronto descubrió por qué Dylan le había pedido que no fuera y lo esperara en casa. Parecía que había planeado pedirle esto desde el principio.

En el momento en que Dylan abrió la puerta del armario empotrado en el segundo dormitorio, que usaba como almacén, una considerable cantidad de camisas y trajes aparecieron. Era una cantidad incomparable con el armario de Jo-on, que trabajaba en una oficina.

—¿Tienes dos trabajos?

Dylan soltó una carcajada y respondió con picardía.

—Sí. ¿No lo sabías?

—En serio. ¿Qué es?

—¿Modelo de trajes?

Jo-on escudriñó a Dylan de arriba abajo. A pesar de su imponente estatura de 195 cm, Dylan tenía un cuerpo atlético y esbelto. Si lo hubiera conocido en la calle sin saber su profesión, seguramente habría creído que era modelo. De hecho, cuando Jo-on lo vio por primera vez, ¿no asumió que era una celebridad?

—Eso es convincente. ¿De verdad eres modelo de trajes? ¿Por qué un jugador de hockey tiene tantos trajes? No parece que los uses todos.

Dylan sonrió sutilmente al ver a Jo-on asentir.

—A veces me gusta el hecho de que no sabes mucho de hockey.

—¿Eh?

—Así puedo seguir mostrándote nuevas facetas de mí.

Jo-on se quedó en silencio por un momento y luego preguntó avergonzado:

—…¿Hoy mi nueva faceta es el traje? ¿Qué es lo que no sé?

Dylan tomó a Jo-on por los hombros, lo giró hacia el armario, lo abrazó por detrás y le susurró:

—Los días de partido, voy al trabajo de traje. Me gustaría que lo eligieras tú.

—¿De verdad? ¿Por qué? No, quiero decir, ¿por qué vas al trabajo de traje?

—Es la regla. Da una imagen de profesionalismo.

—…Ah.

—Espera. Sé lo que estás pensando ahora mismo. Estás pensando que sería mejor reducir la cantidad de peleas en el hielo, ¿verdad?

—Ah, no.

—Eso también es parte del juego. Ven, rápido, ven aquí. Hoy caminaré por la pasarela con la ropa que tú elijas. Ah, y también para los seis partidos de visitante.

—¿Pasarela…?

—Para tu información, me toman muchas fotos de camino al trabajo en cada partido. Es decir, muchísimas.

—Decirlo así me presiona más. No soy bueno para esto. Siempre prefiero algo discreto.

—Eso es lo que quiero. Hoy iremos discretos, al estilo Jo-on.

Jo-on recorrió con la vista la enorme cantidad de ropa, apretó los puños y se mentalizó.

—…De acuerdo. Hagámoslo.

—Ah, por cierto. De verdad soy modelo de trajes.

Dylan sacó cualquier prenda colgada y señaló la etiqueta.

—Soy modelo aquí desde hace tres años. Es la tienda habitual de nuestra familia. Mi familia ha estado comprando ropa aquí por generaciones.

Luego, mostró una sonrisa encantadora y artificial, como las que se usan en las sesiones de fotos. Jo-on, sin entender lo que Dylan intentaba demostrarle, dijo con indiferencia: “Qué increíble”.

—Como era de esperar, no me decepcionas.

—¿Qué?

—Nada.

Dylan recordó la personalidad de Jo-on, alejada de lo ostentoso y mundano, y aceptó brevemente su derrota. Había olvidado por un momento que Jo-on no mostraba interés en cosas que no eran de su agrado. Este tipo de atractivo superficial no funcionaba con Jo-on.

A pesar de que ya se habían conectado en cuerpo y mente, Dylan aún sentía una sutil distancia. El afecto que recibía de la otra persona, aunque lo tuviera en sus manos, se sentía incompleto como arena entre los dedos. Sin embargo, no debía mostrarle eso a Jo-on, así que le entregó una camisa.

—Por ahora, ¿nos conformamos con esto para hoy?

—Entonces, combinemos con estos pantalones y abrigo.

Dylan, vestido con el traje gris oscuro que Jo-on había elegido, combinado con una camisa blanca, se paró frente al espejo de cuerpo entero. Enderezó la espalda, verificó su perfil y luego miró de frente. Estiró un brazo hacia Jo-on, que estaba parado a su lado de manera incómoda.

—¿Por qué?

—Ven aquí un momento.

Jo-on, arrastrado por Dylan, se paró frente a él sin entender. Detrás de su propio reflejo en el espejo, se veía el rostro escultórico de Dylan, una cabeza más alto.

Dylan lo abrazó por detrás, apoyando ligeramente la barbilla en su coronilla, y sonreía con una expresión relajada y amable. Jo-on entrecerró los ojos y frunció el ceño.

—Ya sé. Mido solo 5 pies y 10 pulgadas.

Dylan lo miró con recelo por un momento, luego sonrió y lo tranquilizó.

—Es suficiente.

—No mientas. Tu expresión es totalmente de querer burlarte.

—¡Para nada! También tenemos jugadores de 5 pies en nuestro equipo.

—¿En serio?

—Claro. Hay muchos jugadores aún más bajos en la liga. Ten confianza.

—…Hmm, supongo.

A veces, Jo-on se ponía irritable si se metían con sus complejos, pero si se lo tranquilizaba bien, se volvía dócil de inmediato. Esa era la parte más divertida y adorable de Jo-on.

Dylan le sopló el cabello a Jo-on y luego apoyó los labios en su sien, frotándolos. El rostro de Jo-on se inclinó a un lado por la presión.

Distraído por eso, Jo-on ni siquiera notó que una mano traviesa le sacaba la camisa del pantalón y se le metía por dentro. Cuando recuperó la compostura, los botones ya estaban desabrochados uno por uno desde abajo.

—Espera, ¿qué estás haciendo?

—Mmm. Nada.

—Creo que tu mano me está quitando la ropa, Dylan.

—Jo-on, ¿por qué llevabas ropa? No es lo que prometimos esta mañana.

—¿Por qué?… No prometí nada.

—Eres cruel. Lo prometiste.

La mano de Dylan, que había subido hábilmente por la clavícula mientras le abría la camisa, ya había desabrochado todos los botones y pellizcaba suavemente el pezón derecho de Jo-on. Jo-on, sorprendido, se retorció para escapar, pero los brazos que lo rodeaban la cintura se apretaron con fuerza.

—No, no huyas. Está bien, yo me equivoqué. No voy a bromear.

El cuerpo de Dylan contra su espalda estaba caliente. La protuberancia dura que sentía sobre sus nalgas demostraba lo excitado que estaba. Delante estaba el espejo, y detrás, Dylan lo bloqueaba obstinadamente, sin dejarle lugar para escapar.

—Me gusta solo con tenerte así abrazado, Jo-on. No me odies.

—No te odio… No te odio en absoluto.

Dylan frotó su rostro en el cabello de Jo-on, satisfecho.

—¿Sabes? Tus pezones también son bonitos. Cada parte de ti es adorable.

Sus uñas rascaron suavemente el pezón de Jo-on, estimulándolo.

—Ugh.

Bajo la camisa abierta, se notaban marcas rojizas de besos por toda la piel desnuda. Donde las uñas de Dylan giraban, quedaban marcas de mordiscos profundos. Era la parte que Dylan había acariciado persistentemente la noche anterior.

—Así duele.

—Ha estado rígido desde hace un rato, ¿sabes?

—…¿En serio?

—Por eso tus pezones se veían a través de la camisa. ¿Te vestiste así a propósito para tentarme?

—No, por supuesto que no. No lo sabía.

—Supongo.

—…¿Qué quieres decir?

—Que siempre seduces a la gente sin darte cuenta.

Diciendo eso, Dylan dejó de molestar con las puntas de sus uñas y, esta vez, presionó con su suave yema del dedo el pezón redondo y sobresaliente hasta que llegó al centro. Una sensación punzante se extendió desde el pezón por todo su cuerpo.

Jo-on se estremeció y desvió la mirada, avergonzado por el contacto que se reflejaba claramente en el espejo. Dylan metió la nariz en la misma dirección y esta vez le chupó el cuello. Jo-on, sin saber dónde posar la mirada, finalmente cerró los ojos con fuerza. Al bloquearse la vista, su cuerpo se volvió el doble de sensible a los estímulos.

—Aquí también hay marcas de mordiscos. Eso significa que es un lugar donde sientes.

Su vello se erizó al sentir el aliento cálido en su cuello. Incluso la voz susurrante y sensual era estimulante. Toda la sangre de su cuerpo se concentró en el centro.

—Ah, espera…

Jo-on apretó los muslos para mantener el equilibrio, sintiendo que sus piernas se debilitarían en cualquier momento. En ese momento, la mano de Dylan, que le rodeaba la cintura, bajó lentamente, desabrochó la hebilla de los pantalones de Jo-on y se metió por dentro. Una gran palma se posó sobre su pene, que estaba medio erecto.

—¿Quieres que te toque aquí?

Al comprobar que estaba excitado, la protuberancia de Dylan que tocaba sus nalgas se puso aún más dura. Por la forma en que movía sutilmente la cintura en círculos, las partes que se tocaban se frotaban con fuerza.

—…Tienes que ir al trabajo.

—Todavía falta una hora.

—…Anoche no dormiste lo suficiente. Estarás cansado…

—Qué extraño. En lugar de estar cansado, siento más energía. ¿Será por la bebida de proteínas?

El rostro de Jo-on se puso rojo al comprender lo que quería decir. Justo cuando giró la cabeza, Dylan lo besó. Mientras tanto, los pantalones, con la cremallera completamente bajada, cayeron hasta los tobillos. Sus piernas desnudas, cubiertas solo por la ropa interior negra, quedaron expuestas, y

también se reveló que la parte delantera estaba vergonzosamente mojada. La mano que se había metido allí sacó el pene blanco y recto de Jo-on y lo apretó hábilmente en su puño.

La otra mano seguía presionando sus pezones, que estaban rojos e hinchados, como si quisiera dejarles una huella dactilar. Jo-on sintió que sus piernas se debilitaban constantemente y se agarró del brazo de Dylan, colgándose de él. En ese momento, la mano de Dylan se detuvo. A diferencia de él, que estaba casi desnudo, el traje de tela rígida que sentía bajo la palma de la mano le resultaba extraño.

Jo-on giró ligeramente la cabeza y echó un vistazo al espejo. Allí, un hombre con un traje impecable, como un modelo, y él mismo, con la camisa desabrochada colgando como un trapo sobre sus hombros, mostrando su cuerpo desnudo y disoluto con marcas de mordiscos, y un pene erecto que estaba siendo masturbado. Como Dylan, parado detrás, seguía empujando su cadera hacia adelante como si estuvieran teniendo sexo, si se miraba el reflejo en el espejo, parecían estar teniendo relaciones de pie.

El rostro sonrojado de Jo-on esperaba ansiosamente que Dylan lo tocara con más fuerza, que lo penetrara con movimientos bruscos de cadera, arruinándolo por dentro, y lo llevara al clímax. No sabía cuándo se había transformado en un cuerpo tan lascivo. Tal vez no había cambiado, sino que Dylan había descubierto que siempre había sido así y lo había expuesto al mundo.

La mano que se extendía hacia atrás tanteó la cremallera de los pantalones de Dylan. Desabrochó la hebilla y bajó la cremallera, luego, vacilante, sacó el pene de Dylan. Jo-on empujó la ropa interior que colgaba de sus muslos hacia abajo y llevó la punta mojada de Dylan entre la carne regordeta de sus muslos, frotándola. El pene de Dylan se abrió paso entre sus muslos apretados.

Tal vez por la presión de los músculos de sus muslos, Dylan frunció el ceño y gimió. Su rostro fruncido por la excitación tenía un aura más decadente de lo habitual. Con los ojos entrecerrados, Dylan abrazó fuertemente a Jo-on y comenzó a mover sus caderas con más fuerza. Jo-on se aferró al espejo de cuerpo entero para evitar ser empujado por el peso de Dylan, que lo presionaba con todo su cuerpo desde atrás.

Los sonidos de la fricción de la piel mojada, como al hacer el amor, se hicieron más frecuentes. Cuanto más rápido se movían las caderas, más fuerte se apretaba la mano que sujetaba el miembro de Jo-on. En el momento en que Dylan hurgó y estimuló el orificio uretral con la punta de su dedo, Jo-on se encorvó como un camarón.

—¡Ah, ahh, ugh!

Los muslos y las nalgas de Jo-on presionaron fuertemente el pene de Dylan. Por delante, el pene, incapaz de contener la eyaculación, frotó su punta contra la superficie del espejo y derramó un chorro de semen blanco y diluido.

Dylan empujó su cadera hacia arriba con fuerza, metiendo la punta de su pene con tal ímpetu que parecía que iba a desgarrar el escroto de Jo-on. Todo desde el escroto hasta los muslos estaba cubierto de un líquido blanquecino.

Jo-on mantuvo la vista fija entre sus piernas reflejadas en el espejo y extendió la mano hacia atrás para empujar a Dylan, que estaba detrás de él, para evitar que las huellas de su sucia pasión mancharan el costoso traje.

En cuanto Dylan soltó los brazos que sujetaban a Jo-on a la fuerza, su cuerpo tembló y se desplomó en el suelo. En ese momento, un poco del semen de Dylan, que no había eyaculado por completo, salpicó ligeramente la mejilla de Jo-on.

—Vaya.

La mano de Dylan se acercó a su mejilla para limpiarla. Sin embargo, sus dedos permanecieron allí por un largo tiempo, como si le costara desprenderse del semen.

Jo-on levantó la cabeza y miró a Dylan de reojo. En sus ojos, profundamente teñidos y ondulantes, parecía parpadear una exigencia tácita e inquietante. Jo-on, al darse cuenta de esa necesidad silenciosa, se inclinó hacia el pene de Dylan como si fuera arrastrado por él.

Los labios rojos se detuvieron frente al pene. Lamió el semen de la punta del glande con la lengua y metió el glande en la boca, chupándolo como un caramelo. Un aliento caliente cayó sobre su cabeza.

Mientras Jo-on le hacía una felación, Dylan acarició durante mucho tiempo las mejillas lisas y suaves de Jo-on que se sentían en sus manos. Jo-on apartó los labios y, levantando los ojos, dijo:

—Si lo vuelvo a guardar en la ropa interior así, nadie se dará cuenta. ¿Hacemos eso?

En ese instante, el pene de Dylan, que se había calmado, de repente aumentó de tamaño a una velocidad aterradora y se puso rígido. Jo-on abrió los ojos de par en par, sorprendido por la enorme erección que tenía delante.

—…Ah, aún no puedo. Lo tengo hinchado.

—Mmm, lo sé.

Al final de la mirada de Jo-on, se veía a Dylan con el rostro contraído. Se estaba aferrando a su cordura con una paciencia sobrehumana. Gimiendo, presionó su objeto tenso y apenas logró meterlo dentro de su ropa interior. A pesar de que la protuberancia sobre los pantalones era evidente, al subir la cremallera y abrochar la hebilla, se veía bastante presentable. Dylan, con un rostro sereno, extendió la mano y ayudó a Jo-on a levantarse.

—Ten cuidado. La ropa buena se te va a ensuciar.

—Está bien.

—No, no está bien. Vas a ir al trabajo con eso. ¿Me llevarías al baño? Me lavaré y saldré enseguida.

Debido a que Jo-on lo seguía apartando, Dylan no tuvo más remedio que tomarlo de la mano y llevarlo al baño. Mientras se escuchaba el sonido del agua, dobló cuidadosamente la ropa de Jo-on,

que estaba hecha un desastre, y sacó su propia ropa. Había una pequeña esperanza de que durante las dos semanas que estaría de viaje, el olor de Jo-on se impregnara en su ropa.

10.

En la tarde, la hora del día en que el sol era más intenso, la luz se derramaba a través de las ventanas delanteras de la oficina orientadas al sur, que daban a un sol resplandeciente. A esta hora, las persianas siempre estaban bajadas hasta el suelo. Aun así, había rendijas, y la luz que se colaba entre las persianas a menudo creaba rayos oblicuos que dividían el monitor en diagonal.

Jo-on estaba sentado con el monitor ligeramente inclinado para evitar errores en la entrada de datos debido a los molestos rayos de luz.

Como era primera hora de la tarde, justo después de la hora del almuerzo, el sonido electrónico del desbloqueo de seguridad se escuchaba constantemente en la entrada. La gente estaba regresando poco a poco.

Como el agua que se retira y vuelve a entrar en el momento justo, la gente que regresaba a la oficina volvía a sus asientos y reanudaba sus tareas. Justo cuando todos estaban concentrándose lentamente, un sonido de vibración que resonó de repente en el silencioso espacio se sintió bastante fuerte. Jo-on se dio cuenta de que el origen era su teléfono móvil, que estaba detrás de la computadora, y se levantó sigilosamente de su asiento.

El nombre del remitente no aparecía, pero tampoco había ninguna indicación de que se sospechara de spam.

—¿Quizás…?

Jo-on encontró una sala de reuniones vacía y contestó el teléfono con una ligera expectativa.

—Hola. Somos la empresa de limpieza de conductos de ventilación de Toronto. Estamos realizando un evento muy bueno esta vez y le llamamos por eso. ¿Tiene casa, verdad?

Un hombre con un fuerte acento indio habló rápidamente. Jo-on, con la tensión en los hombros completamente relajada, se apoyó contra la ventana. Se dio cuenta de que había estado viviendo con una mentalidad demasiado ingenua últimamente.

—¿Hola? ¿Me escucha? ¿Tiene casa, verdad?

—No. Soy un sintecho.

—…

Un breve silencio siguió al otro lado del teléfono, luego un tono electrónico y la llamada se cortó. Era una de las llamadas de spam habituales. Parecía una llamada de telemarketing saliente para un evento especial, pero en realidad era una estafa conocida por cobrar el doble del precio ofrecido por resolver problemas inexistentes.

En otro momento, no habría contestado a una llamada de un número desconocido, pero ahora la situación era diferente y no podía perderse ninguna llamada. Los resultados de las ofertas de empleo a las que había postulado anteriormente estaban empezando a llegar uno por uno.

Algunos lugares habían realizado una breve entrevista telefónica a través del departamento de recursos humanos, y otros habían notificado el rechazo por correo electrónico. Sin embargo, para las entrevistas presenciales adecuadas, lo habitual era notificarlo por teléfono, por lo que no tuvo más remedio que contestar las llamadas entrantes. Por supuesto, el número de llamadas de spam que recibía era abrumadoramente mayor que el de las llamadas de notificación.

Jo-on creía que la razón del aumento de la frecuencia era que había puesto su número de teléfono en su currículum y lo había enviado por todas partes. De lo contrario, las llamadas de spam, que habían estado tranquilas por un tiempo, no habrían aumentado tan rápidamente.

Mientras regresaba a su asiento, ocultando su decepción, vio a Michael del departamento de TI caminando. Michael, que a menudo vestía sudaderas con capucha y vaqueros, esta vez llevaba un atuendo de oficina elegante.

Tyler, que estaba sentado en el pasillo, saludó a Michael con una broma.

—¿Por qué te has arreglado hoy? ¿Tienes una entrevista? Te ves genial.

Michael, que era de una edad similar y se llevaba con Tyler como un amigo, bromeó diciendo que tenía una entrevista con su novia.

Jo-on, inquieto por la palabra "entrevista" que se mencionaba constantemente, se levantó rápidamente de su asiento. La entrevista era para Jo-on, no para otra persona. Siempre había vestido de manera impecable para ir a la oficina, por lo que no se notaba que llevaba un traje especial, pero la ropa que llevaba hoy tenía un corte más rígido de lo habitual.

Había llegado temprano al trabajo con la intención de irse temprano con la excusa de una cita con el dentista para ir a la entrevista. Por eso, había pospuesto el almuerzo y se había concentrado en su trabajo para terminar todo lo que tenía que hacer hoy.

Jo-on, que había estado inquieto todo el tiempo, mató el tiempo repasando las posibles preguntas de la entrevista en su cabeza y, a una hora apropiada, recogió sus cosas. El lugar de la entrevista estaba en el centro de la ciudad, a solo unas pocas manzanas de donde trabajaba Jo-on.

Jo-on, detenido en medio de la calle Adelaide, recorrió con la vista las ventanas de los edificios que se alzaban interminablemente. Se veía un cielo que se había estrechado como si estuviera atrapado en un pozo. Y alrededor, los edificios apiñados se alzaban, mostrando sus esbeltos cuerpos, y lo miraban desde arriba.

—Aquí es.

Una señal familiar se veía en un rincón del vestíbulo, indicando una conexión con el PATH subterráneo. Al menos no tendría que temblar de frío al ir y venir del trabajo en invierno. Aparte de

eso, pasó por el vestíbulo vacío sin mirar nada más y se dirigió al ascensor, pidiéndole al guardia que le llamara el ascensor para el piso 18.

Cuando el ascensor finalmente llegó a su destino, Jo-on se frotó la boca con el dorso de la mano para relajar su rostro tenso.

—Hola, he venido para una entrevista hoy. Me llamo Jo-on.

Al acercarse a la recepción y explicar el motivo de su visita, un empleado de aspecto amable le indicó un sofá.

—¿Puede esperar un momento, por favor? Pronto vendrá alguien a guiarle.

Jo-on siguió la mirada del empleado y echó un vistazo a la puerta de cristal. Se veía que la pequeña oficina estaba llena de gente. Su corazón comenzó a latir con fuerza por la tensión.

¿Sería por eso?

Más tarde, Jo-on recordó la vista de la extraña oficina y revivió la breve e intensa entrevista fallida.

De todos modos, la atmósfera de la empresa no le había gustado.

—Un americano caliente, por favor.

Ya que se había ido temprano del trabajo, Jo-on se sentó en una cafetería con vistas a la plaza Nathan Phillips, rodeada por el antiguo y el nuevo ayuntamiento, y decidió seguir revisando las ofertas de empleo. Su correo electrónico estaba repleto de anuncios de trabajo enviados por cazatalentos y empresas de reclutamiento.

—Esto parece que no, porque piden mucha experiencia.

Aunque ellos se esforzarían y trabajarían duro, no siempre enviaban anuncios perfectamente optimizados para la experiencia de Jo-on, por lo que necesitaba revisar cuidadosamente si el puesto era realmente adecuado para él.

—El trabajo parece perfecto, pero está en una región completamente diferente…

Al final, Jo-on seleccionó solo algunos de los numerosos anuncios y envió su currículum en respuesta. Aunque la empresa donde había tenido la entrevista hoy no parecía tener más posibilidades de avanzar, esto era solo el principio.

No se sintió decepcionado.

El fracaso es una lección valiosa. De todos modos, todo el mundo experimenta el fracaso. Significa que le pasa a cualquiera. Si uno solo le tiene miedo, no aprenderá nada.

Aunque esta entrevista terminó en fracaso, fue una buena práctica y un experimento para Jo-on. También era la primera vez en mucho tiempo que se ponía en la piel de otra persona, por lo que necesitaba tiempo para adaptarse. Además, no era la empresa de sus sueños a la que realmente quería ir.

Así que, si seguía mejorando sus habilidades a través de la experiencia y aparecía un lugar al que realmente quisiera ir, entonces podría esforzarse al máximo.

Tal vez el Jo-on de hace tres años sería diferente, pero el Jo-on de ahora no sentía la misma ansiedad que antes ante la incertidumbre. Su corazón se había vuelto mucho más fuerte y estable. Probablemente, esto es lo que se llamaría madurar.

No hubo un momento de iluminación tan sorprendente como cuando se sube de nivel en un juego, en el que de repente se da cuenta de que por fin se ha convertido en adulto.

El crecimiento ocurre lentamente, a lo largo de mucho tiempo, sin previo aviso ni notificación. Y luego, un día cualquiera, de repente, uno mira hacia atrás a su yo pasado y se da cuenta. Se da cuenta de su propio cambio, de cómo puede tener una mentalidad tan diferente ante la misma situación.

Incluso con las olas tranquilas y sin tormentas, con el paso del tiempo, las piedras de la orilla se van desgastando, perdiendo sus aristas y volviéndose redondas. Y, en la misma medida, los granos de arena arrastrados por las olas se acumulan capa tras capa, creando un terreno firme sobre el que se puede pisar.

De repente, Jo-on se dio cuenta de que el milagro del tiempo también había llegado a él.

A diferencia del pasado, cuando no sabía quién era, ahora veía claramente su verdadero yo.

A diferencia de cómo lo veían los demás, Song Jo-on, que no era tan delicado como parecía y era un tipo tosco, no era una persona muy planificadora y había vivido al azar, buscando solo la estabilidad sin una visión clara.

Cuando estaba con Dylan, parecía que mostraba su verdadero ser sin reservas. Curiosamente, esto era lo opuesto a cómo Jo-on describía a Dylan.

Él era más delicado de lo que parecía, sabía cómo considerar a los demás y era muy cariñoso y hablador. Era una persona con una perspectiva de la vida muy diferente a la suya.

Mientras que Song Jo-on, que estaba ocupado valiéndose por sí mismo, veía la vida como una misión de supervivencia, Dylan sabía disfrutar sinceramente de su vida y, además, era más parecido a un delicado artesano que esculpía con esmero para hacerla más bella.

Jo-on aprendía constantemente algo de él. Por un lado, sentía que encontraba su verdadero yo a su lado. Dylan era la persona que hacía a Jo-on así.

Sintió un impulso de compartir la abrumadora emoción que se apoderaba de él con Dylan. Sin embargo, Jo-on enfrió rápidamente su pecho, que se sentía como si tuviera una pesada piedra

encima. Estaba claro que se había vuelto loco por el estrés y la presión. ¿Cómo iba a cargarle sus preocupaciones a él, solo por haber tenido sexo unas cuantas veces? Era algo inaceptable para un jugador ocupado con su trabajo.

Dylan seguiría haciendo viajes por carretera como ahora, y de todos modos, cuando el tiempo que pasaban juntos se redujera, su interés en él eventualmente desaparecería. Ambos no lo habían dicho en voz alta, pero su relación actual era solo la de amigos que a veces tenían sexo.

Si Dylan alguna vez tuviera una novia, Jo-on sentiría un poco de resentimiento sin saber cuál era su lugar. Así que no debía encariñarse demasiado.

Jo-on miró las luces de colores que se encendían en el letrero de TORONTO, que se veía por la ventana, y se lo prometió a sí mismo.

[Invitación: Confirmado - Entrevista: Jueves, 27 de enero, 6:00 p.m. - 7:00 p.m. Hora del Este]

Hola, Jo-on.

La entrevista se llevará a cabo a través del siguiente enlace. Por favor, únase 5-10 minutos antes de la hora programada para asegurarse de que la videoconferencia funcione correctamente.

Gracias.

Equipo de Recursos Humanos

Angelica

Jo-on respiró hondo mientras revisaba el correo electrónico al que se adjuntaba un calendario para confirmar la programación.

Tal como se indicaba en el correo electrónico, Jo-on hizo clic en el enlace y se unió a la entrevista 10 minutos antes. El programa funcionó sin problemas, y después de esperar 10 minutos más hasta la hora programada, se conectó con la entrevistadora.

—Encantada, Jo-on. Soy Bonnie, la gerente. Un placer conocerte.

—El placer es mío. ¿Ha tenido un buen día?

—Hoy no he estado muy ocupada. ¿Y tú, Jo-on?

—Yo también he estado bien.

Jo-on, sintiendo curiosidad por el comentario de Bonnie de que no estaba muy ocupada, preguntó:

—Si no fuera por mí, ya se habría ido a casa, ¿verdad?

Bonnie de repente soltó una carcajada.

—Qué gracioso. Aunque no hubiera habido entrevista, no habría podido irme a casa temprano. Ahora que lo pienso, ¿qué hora es?

Jo-on dudó por un momento, sin quitar la sonrisa mecánica, y se apresuró a revisar el reloj en la computadora para responder.

—Las seis.

—Oh, de acuerdo. Por tu zona horaria, es tarde para una entrevista, ¿verdad?

—No, no lo es. Está bien. Todavía es de día.

Jo-on dijo eso y miró por la ventana. Bonnie, que también siguió su mirada, soltó de nuevo su risa característica, como si se rascara la garganta. La ventana detrás de la pantalla de la videoconferencia mostraba una noche oscura. Las seis de enero eran más oscuras y profundas que la medianoche de verano.

—Bien. Esta entrevista la haré solo contigo, así que, ¿empezamos?

—Sí. Muchas gracias.

Los ojos de Jo-on, que respondía a las preguntas con naturalidad como si nada hubiera pasado, recorrieron rápidamente la bandeja de entrada del correo electrónico detrás de la pantalla de la videoconferencia. El rostro de Jo-on mostró una fugaz expresión de incomodidad al confirmar el lugar de trabajo. Sin embargo, no podía mostrar sus emociones por respeto a la persona que se había tomado el tiempo.

—¿Empecemos con una breve presentación?

Jo-on, girando los ojos hacia la pantalla para que no se notara, comenzó su presentación, que conocía de memoria.

La entrevista continuó durante más de treinta minutos, con preguntas y respuestas repetidas.

Bonnie, con su aspecto amable, parecía una persona muy alejada de la sensibilidad, hasta el punto de que su forma de hablar y sus expresiones revelaban una personalidad que consideraba a los demás. No habría un mejor jefe para trabajar con ella.

—...Entonces, esta es la última pregunta. Como sabes, nuestra oficina está un poco lejos, ¿qué piensas al respecto?

A pesar de ser una entrevista individual, se le había dedicado más de 40 minutos, por lo que el entrevistador parecía estar satisfecho con Jo-on.

Aunque en ese momento no había tomado ninguna decisión, Jo-on no podía decepcionar a la otra parte, así que dio una respuesta positiva.

Quizás porque ya había terminado de hacer todas las preguntas, Bonnie, aliviada, contó brevemente su propia experiencia, diciendo que ella también había estado en una situación similar a la de Jo-on en el pasado.

—Yo también vivía originalmente en Ontario y me mudé hace unos años. Por supuesto, fue un gran problema. Tuve que mudarme, deshacerme del coche... Pero nunca me he arrepentido. Nuestra empresa ofrece las mejores condiciones en la misma industria y el costo de vida aquí es mucho más barato.

—Entiendo.

—¿Entonces no tienes más preguntas?

Como ya le habían explicado a Jo-on todo lo que le interesaba, él respondió que no tenía más preguntas.

—Que tengas una buena noche.

—Igualmente, Bonnie. Gracias por tu tiempo.

La pantalla de la videoconferencia se apagó y Jo-on se quedó inmóvil en la habitación silenciosa. Lo primero que sintió Jo-on fue una sensación de alivio por haber superado otra prueba con éxito.

Giró la cabeza lentamente y vio la oscuridad total afuera. Al bajar la iluminación de la habitación, se sintió como si estuviera flotando en el vacío del espacio. Era una sensación que no había experimentado en mucho tiempo. Lo identificó como soledad.

El último día de un año cualquiera, el joven Jo-on se encontraba solo en casa, como de costumbre. En lugar de sus padres, que estaban de viaje de negocios, solo un programa de televisión que transmitía un bullicioso festival acompañaba a Jo-on.

El joven Jo-on salió a la sala de estar y, en lugar de sentarse en el sofá de cuero rígido y frío, se sentó en el suelo alfombrado, acurrucado bajo una manta, escuchando las canciones de los artistas que resonaban en la casa a oscuras. Tenía su propia habitación, pero le disgustaba estar allí porque se sentía como si estuviera atrapado en una cárcel.

De repente, a la señal del presentador de que había llegado el momento, los ciudadanos que llenaban las calles gritaron al unísono, siguiendo los números decrecientes del marcador electrónico, y pronto un sonido bajo y profundo de campanas resonó entre el estruendo de los fuegos artificiales.

La gente en la pantalla vitoreaba ruidosamente, pero la casa de Jo-on estaba muy tranquila. Cuando presionó el botón de silenciar, no se escuchó ningún sonido.

En el paisaje que se veía por la ventana, solo quedaban luces rojizas y pequeñas, rastros de que en algún lugar había gente viviendo.

Sin embargo, en los ojos de Jo-on solo se veía el reflejo de un niño en la ventana. Un niño indefenso y débil, incapaz de hacer nada por sí mismo, y abandonado sin el interés de nadie.

Quizás fue por esa época cuando empezó a darse cuenta de que el afecto que normalmente se recibe al nacer no le había sido permitido a él.

Todavía estaba allí, sentado en el mismo lugar. Después de 15 años, solo sus huesos habían crecido, pero sus ojos seguían mostrando la misma mirada vacía de entonces.

Lamentablemente, ni siquiera el adiós a su pasado, cuando anhelaba el afecto de sus padres, para quienes su carrera era la máxima prioridad, fue su propia voluntad. Los padres de Jo-on ni siquiera se lo permitieron. Simplemente lo abandonaron sin piedad en una tierra extraña.

Pero no sería el único en el mundo en esa situación. Seguramente muchas personas viven ignoradas. Por sus padres, por sus familias, por sus propios parientes.

Solo surge la pregunta egoísta: ¿por qué yo?

Si no hubiera sido él, podría haber vivido ignorando el hecho de que esta desgracia existía en el mundo. Pero una vez que esto se convirtió en su realidad, ya no pudo negarlo ni ignorarlo. Así, Jo-on fue obligado a aceptar que era un niño desafortunado.

Sin embargo, extrañamente, algunos envidiaban su desafortunado camino de estudios en el extranjero, donde no tenía a dónde ir después de que sus padres decidieran divorciarse y tomaran caminos separados.

—Qué suerte. Es completamente libre.

—Se jacta de tener dinero en casa. ¿Se adaptará bien allí?

Jo-on nunca había estado atado en primer lugar, y no se volvió libre por irse a estudiar al extranjero. Tampoco se jactaba. Es cierto. Tampoco se adaptó bien.

Dondequiera que viviera, siempre estuvo atrapado en la soledad. Este año fue la primera vez que su reflejo en la ventana, en medio de los vítores de celebración del Año Nuevo, no parecía solitario.

En el momento en que se dio cuenta de eso, Jo-on sintió que aquello que había estado ignorando estaba creciendo en volumen. Pensó que el entorno que lo había empujado sin piedad había llegado a su fin, pero se equivocó. Mientras viviera, el dolor continuaría. Sin embargo, el ser humano finalmente se insensibiliza a los estímulos, por lo que simplemente se había acostumbrado a la soledad en la tranquilidad. Y probablemente seguiría así.

Jo-on contuvo la respiración y movió el ratón para encender la transmisión del partido, buscando ahuyentar aquello que estaba listo para devorarlo en cualquier momento. Apoyó la espalda en la almohada y se acurrucó con la manta. La gente en la pantalla vitoreaba ruidosamente.

Antes del *puck drop*, los jugadores se reunieron en el vestuario para revisar sus patines y protecciones, preparándose para salir al hielo y calentar. Entre ellos estaba Dylan, revisando las cuchillas de sus patines. Al raspar y golpear la cuchilla recién cambiada con la punta de su dedo, sintió el borde liso y afilado.

Dado que jugaba un promedio de 20 minutos por partido y su estilo de patinaje era muy rudo, tenía que afilar las cuchillas con frecuencia, lo que también significaba que su durabilidad se agotaba rápidamente. Hoy, quizás por las cuchillas afiladas, Dylan Maclean se movía y mostraba una determinación diferente a la habitual.

El porcentaje de victorias en los últimos cuatro partidos fuera de casa era del 50%. Ganaron los dos primeros, pero perdieron los dos siguientes. Una vez, llegaron a la prórroga y no pudieron decidir el ganador, yendo a una tanda de penaltis hasta la quinta ronda, pero perdieron.

No fue solo uno o dos jugadores los que no marcaron, y Dylan estaba entre ellos. En un partido, una situación de uno contra uno con el portero es la oportunidad de gol más poderosa. Si se piensa bien, la tanda de penaltis es lo mismo, y el haber desaprovechado una oportunidad de oro fue el momento que más lamentó de ese partido. No solo la tanda de penaltis, sino que el partido de ese día fue un desastre de principio a fin.

Quedaban dos partidos fuera de casa. Si perdían consecutivamente, el ánimo del equipo se estancaría. Para no caer en el pozo, tenían que ganar este partido. Sin embargo, a pesar de su gran deseo, les faltaba fuerza. Si no fuera por el partido fuera de casa, habría abrazado a Jo-on y se habría llenado de energía con su afecto.

‘Maldición, lo extraño.’

Como había ocurrido en las últimas dos semanas, el pensamiento de Jo-on volvió a invadir su mente y su sed se intensificó. Jo-on, aunque a veces actuaba indiferente y distante frente a Dylan, cuando se concentraba intensamente, como si fuera a ser absorbido por algo, Dylan descubría una madurez sorprendente en el rostro juvenil de Jo-on. Estaba desesperado por saber qué había dentro de esa fachada.

Sin embargo, la otra persona no era alguien que revelara fácilmente sus sentimientos. Por mucho que lo intentara, había una pared invisible. Cada vez que pensaba que había logrado penetrarla, tenía que dar un paso atrás debido al partido.

Pero una vez que terminaran estos partidos fuera de casa, tendrían una serie de partidos en casa por un tiempo. Entonces, con todo tipo de excusas, evitaría que Jo-on regresara a casa y lo incitaría a ir y venir de su propia casa al trabajo. La casa de Dylan estaba mucho más cerca de la empresa, así que con comida deliciosa y una cama cómoda, sería posible. Entonces, también planeaba pedirle a Jo-on que le eligiera los trajes para cada partido.

Hoy, mientras se preparaba para ir al estadio desde la habitación del hotel y se ataba la corbata, el recuerdo de haber tenido sexo con Jo-on le vino a la mente y estuvo a punto de ensuciar sus pantalones. La sensación de sus suaves nalgas y sus muslos que parecían derretirse no dejaban de venir a su mente, hasta el punto de que no podía ir al trabajo sin antes eyacular con la mano.

Quería oler la piel de Jo-on, morderlo y lamerlo para que gimiera. También extrañaba la expresión que ponía entonces. Incluso la forma en que fruncía un ojo y lo miraba con una expresión de anhelo, como si le disgustara. Cuando Jo-on mostraba signos de contención, Dylan sentía el impulso de hacerlo llorar.

El hecho de que fuera secretamente obstinado y reacio a hacer ruido también estimulaba su espíritu competitivo. A veces, Dylan quería romper por completo la resistencia de Jo-on y hacerlo suplicar. Tenía que contenerse para no ser odiado, pero como Jo-on era alguien que aceptaba incluso cuando Dylan se volvía algo dominante, a veces, sin darse cuenta, Dylan se comportaba como un niño caprichoso cuando estaban juntos.

Sin embargo, el hecho de ser confirmado como el "hyung" no era algo agradable, así que, si era posible, quería una relación en la que se apoyaran mutuamente por igual. Aunque en este momento parecía ser una relación en la que solo él presionaba.

Mentiría si dijera que no se sentía decepcionado. Jo-on era reacio a expresar sus sentimientos, y él, sin darse cuenta, había estado sintiendo una terrible falta de afecto.

Aun así, el hecho de que le hubiera permitido tocar su cuerpo era una señal clara de que sentía algo por él.

Ah. Dylan se cubrió la cara con la palma de la mano, soltó un suspiro como un gemido, se levantó de un salto y buscó su teléfono móvil en el casillero. No tenía fuerzas para jugar el partido sin ver al menos una foto de Jo-on.

Dylan buscó familiarmente las redes sociales de Jo-on. No parecía muy activo. En cambio, había fotos antiguas que le permitían aliviar secretamente su añoranza mientras estaba en el partido fuera de casa.

Escondido en un rincón para que otros jugadores no lo vieran, Dylan, que espiaba las redes sociales de Jo-on, encontró una nueva foto en la que Jo-on estaba etiquetado y sonrió complacido.

Era una foto de cuando Jo-on fue a un concierto de la banda del hermano de la familia anfitriona. Recordaba haber estado con Jo-on hasta el amanecer en su casa justo después de que terminara el concierto ese día.

—También pone esa expresión cuando está con otras personas.

Una sonrisa mínima, casi seria, que se asomaba cuando apretaba los labios, una expresión inexpresiva que revelaba un lado inesperadamente inexpresivo, pero sus ojos estaban suavemente curvados. Curiosamente, significaba que había intentado sonreír.

Sin poder controlar su cuerpo que se movía por sí solo, Dylan besó repetidamente la pantalla de su teléfono. Era la primera vez en su vida que hacía algo así. Un corazón rojo brillante aparecía y desaparecía en el centro.

Justo cuando Dylan iba a guardar el teléfono, de repente sintió una extraña sensación y hizo clic en un comentario.

sergiothesexybaby ¿Bebiste alcohol? A Jo-on se le ponen rojos los cachetes y los labios cuando bebe. Contáctame para que salgamos como antes.

Un escalofrío inexplicable recorrió su espalda. Dylan sabía que a Jo-on se le ponían las mejillas rojas fácilmente, ya lo había presenciado, pero en la foto Jo-on no tenía el rostro particularmente rojo. Además, el comentario, que parecía alardear de conocer bien a Jo-on, le molestaba.

—¿Las mejillas, vale, pero los labios? ¿Qué le pasa a este imbécil?

Al hacer clic en el autor y entrar en la cuenta, se encontró con un tipo desagradable que se exhibía insolentemente con un cuerpo esbelto que no parecía tener ni un solo músculo, balanceándose de forma lánguida. Había fotos del escenario con una atmósfera decadente, lo que sugería que era músico.

—Es un drogadicto.

Y el ambiente extraño que desprendían las fotos de la vida cotidiana intercaladas entre ellas susurraba algo al instinto de Dylan. Incluso sin una base clara, a veces la intuición revela la verdad. Podía jurar que no parecía heterosexual.

'Pero Jo-on dijo que nunca había pensado en un hombre de esa manera.'

En el momento en que dos opiniones chocaron violentamente, su corazón pareció detenerse y su mente se nubló.

La imagen de Jo-on, que no le había mostrado el 100% de su sinceridad, pasó por su mente como una fotografía arrastrada por el viento. Pero también era el residuo de la duda que él mismo había creado por no confiar plenamente en Jo-on.

Dylan apagó las redes sociales y llevó el dedo al mensajero, pero dudó, sin poder pulsar finalmente. Quería hablar con él cara a cara, abrazarlo, en lugar de a través de palabras.

—Dylan. ¿Qué haces ahí?

—Perdón, ya voy.

Finalmente, volvió a guardar la pantalla ennegrecida en su bolsillo. Pero su mente estaba completamente ocupada por el pensamiento de Jo-on, jadeando con una voz sexy en los brazos de alguien. Y quien lo abrazaba no era Dylan Maclean.

—Gardner, con el *puck*, elude a los defensas y entra en la zona de los Polar Bears. Envía el *puck* detrás de la red. No hay llamada de *icing*. Olson corre para interceptar el *puck* de inmediato. Seagull lo sigue, pero... ¡Oh! Chocan fuertemente.

—Los Bronze, los oponentes de los Polar Bears hoy, son conocidos por su juego rudo. Se calienta en solo 1 minuto de haber empezado. Los árbitros están separando a los jugadores. Parece que veremos esto varias veces más antes de que termine el partido.

—Aunque es raro para los Polar Bears.

—La alineación de los Polar Bears ha tenido algunos cambios recientes. Volkin, quien se recuperó de una lesión en el hombro, regresó como miembro principal, formando la primera línea con Matt, Olson y Volkin. Hoy lleva la marca de capitán. De paso, también recuperó su puesto como el mayor del equipo.

El comentarista bromeó y continuó.

—Considerando su edad, el rendimiento que muestra es realmente notable. Pero como la primera línea juega la mayor parte del partido, el entrenador en jefe, Connor Walsh, siempre debería tener una alternativa en mente.

Después de la colisión entre Seagull y Olson, hubo un constante juego psicológico entre los dos equipos. Dylan, que subió al hielo al mismo tiempo que el cambio de línea, salió disparado como un resorte y presionó al defensa del equipo contrario. El defensa, que se había quedado en la zona de los Bronze para tomar un respiro durante el cambio de línea, estaba ocupado moviéndose de un lado a otro para proteger el *puck* de Dylan, que se abalanzaba sin piedad, y pasárselo a otro defensa.

—Sigue el pase de los Bronze. Jackson lo intercepta. Entra en la zona de los Bronze y se la pasa a Petrov. No hay fuera de juego. Petrov le devuelve el disco a Maclean. Vuelve de Petrov a Jackson. Pero pierde un poco el control. ¡Jackson choca fuertemente con Johansson! Un momento, Jackson no puede levantarse, cubriéndose la cara. El juego se detiene. Maclean, que estaba cerca, se abalanza sobre Johansson.

—Vaya, Jackson está sangrando. Parece un stick alto [6].

Inmediatamente, una repetición a cámara lenta mostró el momento del tenso choque. Se veía a Jackson, que chocó con el ataque de Johansson, siendo golpeado en la barbilla por el stick que Johansson había levantado en alto. Dylan, que no estaba lejos, corrió rápidamente y empujó con fuerza el hombro de Johansson. Johansson respondió abalanzándose sobre Dylan. Casi al mismo tiempo, los dos se quitaron los guantes y se lanzaron puñetazos salvajes. Los jugadores en el banquillo se levantaron al unísono y golpearon la tabla con sus sticks, animando el ambiente.

Johansson era un jugador abrumadoramente más grande que Jackson, por lo que era natural que Jackson saliera despedido si los dos chocaban. Si hubiera golpeado su cabeza contra la tabla que estaba cerca, podría haberse producido una situación más peligrosa. El hecho de que Jackson fuera golpeado por el stick que Johansson blandió al salir de la colisión era sin duda motivo de penalización.

Los árbitros se interpusieron para separar a los jugadores de ambos equipos que se habían enfrascado en una pelea. Se escuchaban silbidos constantes. Los jugadores, apenas separados por el árbitro, aparecieron en la pantalla. Dylan, con una mirada más fría que nunca, se dirigía a la zona de castigo con expresión inexpresiva. Johansson se limpió la sangre de la comisura de la boca y escupió en el hielo. Parecía que había logrado vengar a Jackson, quien se creía que tenía un diente roto.

Después de la escena en la que el personal raspaba las manchas de sangre adheridas al hielo, comenzaron los comerciales. Jo-on, que había estado observando la escena en silencio, fue a la cocina, sacó palomitas de maíz y las puso en el microondas.

Aunque no había visto todos los partidos, por lo que Jo-on había observado hasta ahora, el estilo de juego de Dylan era bastante caballeroso. Era un jugador que sabía muy bien el daño que podía causar a su oponente cuando su gran cuerpo se abalanzaba a máxima velocidad.

Que él, incluso siendo un jugador grande de tamaño similar al suyo, se abalanzara con tanta ferocidad, era algo que Jo-on nunca había visto.

Por supuesto, Dylan era el jugador más cercano al lugar del choque, pero incluso si no lo fuera, el hecho de que se aplicara a Dylan la regla tácita y dura de que si se metían con un compañero de equipo, el resto de la plantilla se vengaba, era algo desconocido. Su aspecto enfadado era tan salvaje que nunca querría enfrentarlo.

Se escuchó el sonido de las palomitas de maíz estallando en el microondas. El corazón de Jo-on latió con fuerza mientras observaba la bolsa de palomitas girar. Observó la bolsa de palomitas hasta justo antes de que explotara en el microondas y detuvo el funcionamiento cuando sintió que estaba a punto de suceder. Mientras tanto, el anuncio ya había terminado y el partido se había reanudado. Jackson entró en el vestuario con el médico del equipo, y Dylan y Johansson estaban sentados en la zona de castigo.

Jo-on frunció el ceño al ver un pequeño rasguño en la mejilla de Dylan en un primer plano. Al ver una imperfección en su rostro perfecto, el jugador contrario, Johansson, con su barba descuidada, se volvió muy desagradable. Jo-on casi deseaba poder golpearlo en su lugar.

Pero Jo-on no podía hacer nada en ese momento. Solo pudo aliviar su frustración comiendo varias palomitas de maíz. Además, Johansson ya parecía haber recibido una buena paliza de Dylan. Eso, al menos, era un alivio.

La tensa confrontación entre los dos equipos, una vez encendida, duró los 60 minutos de los tres periodos. Las peleas de Dylan se volvieron cada vez más feroces, por lo que tuvo que volver a la zona de castigo una vez más en el tercer periodo.

Los comentaristas lo habían señalado durante los intermedios, pero a los ojos de Jo-on, el rostro de Dylan no se veía bien hoy. Sus ojos usualmente agudos y la pasión con la que jugaba normalmente estaban hoy opacos. Un partido con tanta tensión entre dos equipos como el de hoy suele desgastar los nervios de los jugadores. El estrés que Dylan experimentó tampoco debía ser poca cosa.

Jo-on le envió un mensaje a Dylan con cautela cuando el partido estaba por terminar. Sentía que no era el único que necesitaba consuelo esa noche. Sin embargo, cuando se despertó en la madrugada y revisó su teléfono nuevamente, no había ninguna respuesta de Dylan.

—Lo siento. Ayer no tuve tiempo.

—¿Estás bien?

Una sensación de alivio inexplicable lo invadió cuando el mensaje llegó alrededor del mediodía. Jo-on miró la oficina, que el viernes emanaba una atmósfera relajada, y se dirigió a la sala de estar

con su taza. Mientras preparaba un té de limón con mucho azúcar, Jo-on le envió una respuesta formal.

—Estoy bien. ¿Y tú?

Inmediatamente después de enviar el mensaje, apareció la marca de "leído". Dylan dudó en responder, como si estuviera sumido en una profunda reflexión. El mensaje de "escribiendo" aparecía y desaparecía repetidamente.

—Peleaste bien, ¿eh?

—¿Tu cara está bien?

Cuando Jo-on bromeó, Dylan respondió rápidamente:

—Viste el partido de ayer.

—Claro. Lo vi comiendo palomitas.

—Debería haberte divertido lo suficiente.

—Sí. Si hubieran ganado ayer, lo habría hecho.

—Uf, ese comentario duele.

—Sí. Si hubieran ganado, habría sido muy gratificante.

Lamentablemente, el partido de anoche no terminó en victoria. Lucharon hasta el tercer periodo, pero al final concedieron el punto de ventaja al equipo contrario, y a 3 minutos del final, arriesgaron el todo por el todo retirando al portero, pero perdieron el control del disco y terminaron concediendo un gol a portería vacía.

—Son cosas que pasan. No te preocupes demasiado.

—¿Me contactaste ayer para consolarme?

Jo-on dudó un momento y respondió:

—No sé.

—Yo también necesitaba consuelo ayer.

El mensaje de "escribiendo" volvió a parpadear. De repente, la pantalla cambió y recibió una llamada. Jo-on rechazó la llamada sin darse cuenta. Pero Dylan volvió a llamar con insistencia.

—Hola, Dylan.

—Hola, Jo-on. ¿Pasó algo?

—No. Nada en particular.

—Me parece que mientes.

Dylan respondió con un juego de palabras. Jo-on se rió entre dientes y removió su té de limón.

—De verdad, no pasó nada.

—Dime lo que sea. Quiero escucharlo.

—¿Dónde estás ahora? ¿Puedes hablar por teléfono?

—Acabo de llegar a Edmonton, Alberta. Mañana es el último partido fuera de casa aquí.

—Alberta...

Jo-on miró fijamente dentro de su taza y asintió lentamente.

—Fuiste muy lejos. ¿Sueles ir mucho por ahí?

—No. Esta es la zona oeste, así que solo venimos una o dos veces por temporada. Por cierto, te estoy llamando justo después de entrar al hotel.

—No tienes que hacer tanto.

Ante su comentario inadvertido, Dylan se quedó en silencio por un momento.

—Entonces, ¿no me vas a decir qué pasó ayer?

Parecía que no tenía intención de dejarlo pasar. Jo-on se rascó la nuca con torpeza, aunque nadie lo estaba mirando.

—Solo tenía algunas preocupaciones menores. Eso es todo.

—Te escucho.

—No es algo que pueda contarte a ti.

—Si no es a mí, ¿a quién ibas a contárselo?

Jo-on negó con la cabeza ante el tono sutilmente afilado.

—Quería decir que quizás no sea algo que pueda contarle a nadie que no seas tú.

—Soy especial, ¿verdad? Dímelo.

Aunque en cierta medida era cierto y Jo-on estaba de acuerdo, le pareció absurdo que Dylan se autodenominara especial.

—No es nada del otro mundo. Últimamente estoy buscando un nuevo trabajo.

—¿En serio? Jo-on, eso es un gran problema. Me decepciona que no quisieras contarme esto.

Jo-on se rió entre dientes y, después de un momento de vacilación, dijo:

—Como sabes, no soy una persona proactiva. Más bien todo lo contrario. Pero si tuviera la oportunidad de dejar atrás mi pasado y cambiar 180 grados...

Jo-on respiró hondo.

—Me preguntaba si sería correcto aprovechar esa oportunidad.

—Jo-on, entiendo perfectamente que estás subestimando tu vida hasta ahora. Eres tan estricto contigo mismo que rara vez estás satisfecho. Dijiste que te habías adaptado fácilmente hasta ahora, pero el hecho de que esa insatisfacción persistiera demuestra que un Jo-on proactivo vive y respira en ti. Y ahora, simplemente está listo para despertar.

Ante esa inesperada evaluación, Jo-on apretó los puños. Una pesada piedra cayó con un *thud*. Entre el pecho, un poco más arriba. Presionó fuertemente las emociones que se expandían, golpeando el área con el puño.

Otro yo, viviendo allí.

Al escuchar el consuelo de Dylan, sintió que había entendido mal a la persona que era Jo-on hasta ese momento.

—¿Crees eso?

—Según yo, sí. Así que no dudes. Deja que Jo-on viva su propia vida libremente.

—...Lo haré.

—Y felicidades.

—¿Por qué? Todavía no se ha decidido nada.

—...Te felicitaré de antemano por lo que sea. Porque de todos modos, yo seré el primero y el que más te felicite.

Jo-on sonrió con incredulidad y respondió con desgano.

—Gracias.

—¿Te consoló?

—Fue mucho más que eso.

—Entonces, ¿yo también puedo recibir consuelo?

—¿Qué tipo de consuelo necesitas?

—Eso...

No, no. Dylan murmuró para sí mismo y luego cambió de tema.

—Hagámoslo en persona. No por teléfono.

Jo-on se lamió los labios, donde aún quedaba el dulzor del azúcar, y respondió lentamente que sí. Tuvo la fuerte sensación de que el consuelo que la otra persona quería no eran palabras suaves y amables, sino algo pegajoso y apasionado.

—¿Sabes qué? Eres un muy buen amig—

En ese momento, se escuchó un fuerte sonido de teléfono al otro lado de la línea. Parecía que era una llamada a la habitación del hotel. Dylan se llevó la mano a la frente y dijo:

—Oh, creo que es el entrenador. Debo atender esto.

—¡Ah! Claro. Vaya, vaya.

—Nos vemos en Toronto.

—Que te vaya bien mañana en el partido.

—Gracias. Que tengas un buen día.

—Tú también, Dylan. Adiós.

Dylan, debido al incesante sonido del teléfono que seguía sonando a su lado, se apresuró a terminar la conversación y atendió la otra llamada. Como había predicho, era el entrenador en jefe quien estaba convocando a una reunión. Para poder avanzar a los *playoffs* y mantener su posición en el ranking, el último partido fuera de casa tenía que ser una victoria a toda costa, y por ello, el equipo de estrategia estaba en alerta máxima.

Sin embargo, a pesar de que Dylan aún no había escuchado la táctica correctamente, por alguna razón hoy se sentía seguro de que podía sumar puntos. Sorprendido por el hecho de que consolar a la otra persona también podía consolarlo a él mismo, Dylan se preparó para bajar a la sala de reuniones.

Cuando llegó el momento, los jugadores, vestidos de manera impecable, se reunieron uno a uno en la sala de reuniones. A diferencia de otros deportes, el hockey sobre hielo, que se apega a lo clásico, siempre mantenía una vestimenta formal para las reuniones. La anécdota de un jugador que apareció en la reunión del equipo en ropa de entrenamiento y fue sancionado, impidiéndole jugar, ya era una historia famosa.

En la sala de reuniones, en lugar de asientos vacíos, se veían algunas caras nuevas. Los jóvenes jugadores, con rostros juveniles, actuaban con naturalidad para ocultar su incomodidad, pero no podían ocultar la tensión que fluía por sus cuerpos. Eran jugadores que habían sido llamados de las ligas inferiores.

El solo hecho de jugar en la liga principal los abrumaba, y al verlos con los puños apretados sobre las rodillas, incluso le parecieron adorables. Mañana, sus padres también ocuparían un asiento en la tribuna. Ver el primer partido de su debut en la liga era un gran día de gloria para los padres.

Aunque ahora, con los años de experiencia, se había vuelto algo insensible, a Dylan a veces le venía de repente la sensación de cuando patinó por primera vez en la liga principal. Sería un momento de ensueño para todos los jugadores. Fue entonces cuando se dio cuenta por primera vez de que la emoción y el miedo podían coexistir en el corazón.

Sin embargo, lo más aterrador era que mantenerse en ese lugar era tan difícil como entrar en él. Al igual que en otros deportes, todo el contenido del partido se convertía en simples números y se registraba como resultados. Como un partido complejo de 60 minutos se explicaba con solo dos números: '○:○'.

—¿Estamos todos? ¿Empezamos?

El entrenador en jefe, Connor Walsh, se arregló la corbata, se la metió dentro de la chaqueta y cerró la puerta de la sala de reuniones.

Debido al contacto físico brusco del partido anterior, dos jugadores fueron excluidos de la lista de convocados por protección del jugador. Uno de ellos era Jackson. Según la opinión del dentista del equipo, Jackson no solo se había roto un diente, sino que también se sospechaba una fractura de mandíbula, por lo que regresó rápidamente a Toronto.

Aunque su estilo de juego era opuesto al de Dylan, precisamente por eso eran compañeros de línea que complementaban bien sus deficiencias. Petrov, que jugaba con ellos dos, tenía una base sólida y era un jugador capaz de adaptarse a cualquier estilo de juego de sus compañeros de línea. No parecía haber un gran problema con quién se uniera a la segunda línea.

El entrenador en jefe examinó cuidadosamente la tableta que había preparado y luego anunció la alineación.

—¡Dylan!

Dijo la voz, y Dylan la miró perplejo.

—Kevin, quiero que trabajes con Noah. Ian y Mike irán a la segunda línea, y Raphael, Joseph y Michael se encargarán de la tercera.

Las miradas de Kevin Matt, Noah Olson y los demás jugadores se posaron en Dylan. Los dos eran el central y el extremo derecho de la primera línea. Eso significaba que Dylan cambiaría de posición para jugar como extremo izquierdo en la primera línea.

Ciertamente, ya se habían compenetrado en las situaciones de *power play*, donde Dylan también jugaba como extremo. El momento en que el equipo contrario tenía menos jugadores debido a una penalización era una oportunidad de oro para el equipo con *power play*. Por lo tanto, debían

concentrar todos sus esfuerzos en el ataque. La alineación se ajustaba naturalmente a los delanteros, así que para Dylan no era incómodo jugar con ellos.

Sin embargo, jugar juntos solo un minuto de un *power play* de dos minutos era diferente a jugar juntos unos 20 minutos, casi un periodo completo, de un partido de 60 minutos. Si no se compenetraban, habría errores frecuentes, y los aficionados no tolerarían el bajo rendimiento de un jugador de la primera línea.

Pero ascender en la línea era también el mayor honor para un delantero. De hecho, cuanto más tiempo jugara con los mejores delanteros de la liga, mayor sería el aprendizaje para Dylan. No tenía motivos ni autoridad para rechazar la decisión del entrenador en jefe, así que aceptó de buena gana.

—El partido de hoy es realmente increíble. Los Polar Bears lograron una emocionante victoria de 7 a 3 contra los Grizzlies. El gran desempeño de Dylan Maclean, quien hoy ascendió por primera vez a la primera línea, contribuyó enormemente a esto.

—Así es. Maclean mostró una química tremenda con Matt y Olson, demostrando un rendimiento asombroso con un gol y tres asistencias. De esta manera, sumó cuatro puntos hoy.

Inmediatamente después, se mostraron los momentos destacados. Dylan era un jugador conocido por su movilidad, gracias a su patinaje vistoso y estable, y su nuevo compañero de línea, Olson, tenía una excelente habilidad para seleccionar posiciones. Matt, quien había registrado la puntuación más alta de la temporada, tenía un control del *puck* de primer nivel en la liga, por lo que cuando los tres entraban juntos en la zona de ataque, los defensas del equipo contrario no podían evitar tensarse para bloquear el *puck*, que podía rebotar en cualquier dirección.

El entrenador en jefe aprovechó perfectamente la confusión del equipo contrario y la transformó en una estrategia ofensiva para lograr una victoria con una gran diferencia de puntos. Irónicamente, Dylan fue quien anotó la mayor cantidad de puntos.

—Dylan, fue tu primer partido con la alineación cambiada. ¿Qué piensas del partido de hoy?

—Estoy feliz de haber podido terminar bien el último partido de la gira, ya que perdimos lamentablemente en el juego anterior.

—Finalmente regresarán a casa.

—Sí.

—¿Cómo te sientes al unirte a la primera línea?

Dylan, que había estado eligiendo sus palabras por un momento a la pregunta del reportero, respondió con un rostro sorprendentemente sereno.

—Ambos jugadores son muy rápidos y tienen una excelente habilidad para seleccionar posiciones, por lo que tienen la capacidad de aprovechar bien el *puck* sin importar a dónde lo envíe. También

practicamos eso. Creo que hubo una buena química porque confiamos el uno en el otro y nos movimos bien.

—Esperamos su buen desempeño en el futuro. Gracias por la entrevista.

—Sí, gracias.

Jo-on, extrañado por la ausencia de la mirada juguetona y pegajosa de Dylan, repitió la entrevista varias veces, perdiéndose el contenido. No había nada particularmente importante, pero el rostro de Dylan, que sonreía al hablar del último partido de la gira, quedó grabado en su memoria como una imagen persistente. Parecía querer volver a casa lo antes posible.

Jo-on solo había intercambiado un breve mensaje con Dylan cuando le envió un mensaje felicitándolo por su gran actuación de hoy, y en ese momento, Dylan dijo que iba a tomar un avión, por lo que ahora estaría volando por algún lugar del cielo de Manitoba.

Jo-on se preparó para recibir la madrugada del domingo y se acostó en la cama como un tronco. En la habitación a oscuras, contuvo la respiración y miró el techo negro, sin poder dormir, simplemente parpadeando.

Aunque no habían hecho planes concretos para verse, Jo-on tenía la intuición de que pronto volvería a tener sexo con Dylan.

El sexo con él le provocaba un placer que nunca antes había experimentado. Sentía una mezcla de expectativa y emoción ante el inminente éxtasis, y un miedo filosófico sobre si estaba bien caer en un cuerpo lujurioso.

El cuerpo de Jo-on, que no solía sentir incomodidad al contacto con otras personas, se calentaba fácilmente hasta arder en cada rincón donde los dedos delgados y largos de Dylan lo tocaban. Y no solo en lugares íntimos, sino también en la espalda, los hombros o el dorso de las manos.

Una vez que era consciente de su toque, la sangre le corría más rápido de lo normal y se acumulaba en la parte inferior del abdomen. Aunque Jo-on a menudo actuaba con calma frente a Dylan, la verdad es que a menudo sentía una excitación incómoda, con su miembro medio erecto, incluso cuando no había una atmósfera sexual. Eran cosas que no había experimentado ni siquiera en la adolescencia, en la cúspide de su vigor sexual.

No solo era problemático que su parte delantera se descontrolara, sino que las sensaciones que experimentaba a través de la zona por donde Dylan entraba y salía, a veces también perturbaban su vida diaria. El placer difuso, mezclado con una sensación de objeto extraño, le recordaba la existencia de sensaciones que no podía controlar.

Cuando Dylan lo embestía con fuerza, todos los nervios de su cuerpo se paralizaban por completo y perdía toda su fuerza. A pesar de tensar las piernas, su cuerpo se hundía ridículamente en la cama.

Dylan, que nunca perdía el momento en que la defensa del oponente se desmoronaba, lo oprimía con su gran cuerpo, inmovilizándolo y embistiéndolo con fuerza. Había innumerables momentos en

los que estuvo a punto de perder la razón. En esos momentos, sin darse cuenta, le suplicaba a Dylan en coreano: "Por favor". Y Dylan, en su excitación, parecía haber perdido la cabeza y osado pronunciar la palabra "amor".

Por supuesto, no sería sincero. Probablemente eran solo palabras que salían de dos machos en celo enredados.

Sin embargo, la razón por la que no podía dejar de tener sexo con Dylan era porque durante esta relación física adictiva, podía dejar de lado todas las preocupaciones que lo atormentaban y sumergirse por completo. Cada vez que Dylan decía, como un hábito, que su cuerpo era cálido, suave o placentero, sentía una satisfacción que llenaba su vacío interior. No podía saber con certeza si era simplemente porque sus zonas erógenas más profundas respondían, o porque la otra persona era Dylan.

La respuesta a eso no se descubriría hasta que tuviera sexo con otra persona. Por supuesto, por ahora, era algo inimaginable. Dado que mantenía una relación estable, quería ser fiel a su pareja. Además, contraer una enfermedad de transmisión sexual debido a una vida sexual promiscua sería muy problemático.

Pero, ¿cuánto tiempo mantendría esta relación?

Dylan era alguien que lo influenciaba positivamente. Por eso, no quería que fuera simplemente una herramienta para satisfacer sus necesidades sexuales. Eso sería demasiado frío y cruel. Para eso, los recuerdos que habían acumulado hasta ahora eran demasiado cálidos.

¿Sería egoísta querer terminar la relación dejando solo buenos sentimientos hacia una buena persona? Tanto como para no querer manchar el buen tiempo que habían pasado juntos con gastos emocionales innecesarios o peleas.

De esa manera, cuando lo recordara algún día, solo podría recordar los dulces momentos y sentimientos.

¿No es un deseo natural para cualquiera tener al menos un periodo de su vida que fue el más reconfortante y placentero? Para Jo-on, ese periodo se había detenido en la primera página de un viejo libro. Era el tiempo en que sus padres aún se sentían atraídos el uno por el otro.

Fue un periodo breve e intenso, como la primavera. La historia de una persona debe seguir escribiéndose, pero la historia de Jo-on, desde entonces, había sido una repetición constante del mismo contenido. Un calor agotador y una temporada de lluvias, y luego un invierno implacable.

Dylan era la primavera que había llegado a la vida de Jo-on después de mucho tiempo. Una breve tarde, cuando la tormenta de nieve amainaba y el sol, asomando entre las nubes que él había traído, se quedaba un momento en la tierra.

Sin embargo, Jo-on sabía bien que la primavera no duraría para siempre. El verano llegaría antes de que las flores florecieran por completo. Si se cansaba del calor continuo y su energía disminuía,

llegaría la melancólica temporada de lluvias, y los pétalos se caerían fácilmente. El aire se enfriaría rápidamente. Y así, se congelaría.

Antes de que uno de los dos se agotara, debían distanciarse naturalmente con los mejores sentimientos. Así tenía que ser. Si perdía incluso eso, le dolería el corazón durante mucho tiempo.

—Está bien. Tómalo con calma.

Jo-on se prometió eso y dio vueltas en la cama toda la noche. Por alguna razón, no podía conciliar el sueño fácilmente.

11.

—[Alarma] Evento del departamento - BeaverTails Lunes 1:00 PM - 2:00 PM (hace 5 minutos)

Jo-on, que se había saltado el almuerzo y estaba inmerso en el trabajo, retiró las manos del teclado y se recostó en la silla cuando sonó la alarma. Ya había estado escuchando el murmullo de la gente que quería salir.

Hoy era el día de un evento departamental en el que podían faltar al trabajo legalmente después de mucho tiempo.

BeaverTails era una pequeña cabaña junto al Harbourfront Centre, a orillas del lago, que vendía pasteles planos parecidos a la cola de un castor. Ofrecían una variedad de menús, desde canela y azúcar hasta chocolate de avellana o *cheesecake spread*, y diversos *toppings* como plátano, manzana u galletas Oreo, para que cada uno eligiera a su gusto. Como el día estaba soleado, el camino hasta la tienda no fue difícil.

Jo-on miró de reojo la arena, que se encontraba a la salida de la oficina. El cartel que brillaba con los colores del arcoíris le robó la mirada. Como no había ningún partido programado para hoy, los alrededores, donde apenas circulaban coches, se sentían aún más tranquilos.

Después de cruzar varias veces el paso de cebra, a poca distancia, una vieja cabaña roja de estilo rústico, con el lago a sus espaldas, apareció a la vista. Alejada de los edificios modernos, el lugar tenía una atmósfera más parecida a un pueblo pesquero rural que a la orilla del lago de la ciudad más grande de Canadá. Además, como era pleno invierno, no había ni un solo cliente en la tienda.

—Bienvenidos. Si anotan su pedido en este papel, se lo prepararemos.

El empleado de la tienda, como si hubiera recibido un aviso previo del jefe de departamento, encontró al grupo y les entregó un papel como si los hubiera estado esperando.

—Los que llegaron primero anoten sus pedidos, y los que aún no han llegado, anoten uno más cuando lleguen para hacer el pedido.

Como era un grupo numeroso de decenas de personas, todavía había algunos que no habían llegado. El director organizó el caótico lugar y propuso una solución, y todos asintieron, aceptando.

Jo-on pidió un "Banarama" sencillo y se quedó de pie, apretujado junto a la concurrida puerta de la tienda. A través del pequeño cristal de la puerta, se veía la Torre CN extendiéndose hacia el cielo. La tienda se sentía asfixiante con docenas de personas dentro. Hubiera sido mejor comer afuera, incluso considerando el clima invernal.

El empleado de la tienda, aunque en la lamentable posición de tener que preparar docenas de pasteles, actuó con naturalidad y habilidad, estirando la masa blanca con un rodillo hasta hacerla plana y luego echándola al aceite. La gente grababa el proceso en video, charlaba y esperaba la comida.

—Los que pidieron el clásico, por favor, recojan sus pedidos.

—Oh, yo.

El director levantó la mano como un niño y recogió su parte. Dijo que quería pedir otro menú, pero después de dudar, solo eligió uno y sacudió la cabeza con pesar. Habría sido un desastre si otro empleado no le hubiera sugerido que lo dividieran por la mitad e intercambiaran.

—Siguiente, los que pidieron Banarama, por favor, recojan sus pedidos.

Tan pronto como escuchó el menú, Jo-on levantó la mano como lo había hecho el director. Era un movimiento instintivo para afirmar su presencia y evitar que alguien se llevara su pedido equivocado.

Justo en ese momento, los compañeros del departamento que habían llegado en el segundo grupo entraron en la tienda uno por uno. Jo-on se abrochó el abrigo de plumas y salió con su Banarama en la mano. Después de respirar el aire viciado mezclado con la calefacción y la respiración de la gente, al salir y respirar el aire fresco que soplaba del lago, sus vías respiratorias se abrieron.

Jo-on mordisqueó lentamente su BeaverTail mientras deambulaba cerca de un banco justo al lado de la tienda. En verano, era un buen lugar para que los estudiantes universitarios ociosos practicaran la guitarra, o para que las parejas se susurraran cosas al oído.

A lo largo de la orilla del lago, también había senderos, por lo que era común ver a personas paseando a sus mascotas o trotando. Aunque era raro verlo en invierno como ahora...

Jo-on entrecerró los ojos como si hubiera presenciado algo extraño. Al final de su mirada, había un hombre trotando con un gorro y una sudadera.

—Hay un loco trotando en pantalones cortos con este frío bajo cero. Definitivamente es un canadiense.

Sacudió la cabeza, pero por alguna razón, el hombre levantó el brazo como un estudiante de primaria cruzando la calle. Cuanto más se acercaba el hombre, más se abrían los ojos de Jo-on. El loco que trotaba en pantalones cortos en pleno invierno era Dylan.

—Jo-on, ¿cómo estás? Me alegro de verte así.

—Oh, sí.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Qué haces?

—Ah… vine aquí con la empresa a comer esto.

Jo-on levantó el BeaverTail que sostenía en la mano. Quedaba una mordida circular. Dylan lo miró fijamente. Incluso esa forma se parecía a Jo-on. Jo-on, malinterpretando la mirada de Dylan, preguntó con vacilación:

—Yo, ya lo estaba comiendo, pero... ¿quieres un bocado?

Dylan no dudó y se inclinó, dando un gran mordisco. Jo-on le había ofrecido una parte intacta a propósito, pero Dylan eligió justo la parte donde ya había una marca de mordisco. Dylan masticó en silencio y asintió.

—Mmm... Tu gusto, Jo-on, es Nutella y plátano. Lo supe cuando le pusiste mucho sirope de arce a los panqueques.

Jo-on, avergonzado como si lo hubieran regañado por tener gustos infantiles, exclamó a la defensiva:

—Simplemente pedí el más común porque no sabía cuál era el más rico.

—Está bien. A mucha gente le gusta esto.

—…¿En serio?

"Como Lucas", pensó Dylan, asintiendo mientras recordaba a su sobrino de cinco años.

Jo-on, que ya parecía increíblemente joven, ahora mascaba un BeaverTail y vestía un abrigo negro que lo hacía parecer un pequeño pingüino, lo que lo hacía aún más adorable. Tuvo un impulso inmediato de frotar sus labios y explorar su dulce boca.

El viento le despeinó el cabello a Jo-on, liberando una dulce fragancia corporal mezclada con olor a jabón. Jo-on, que fruncía un ojo como si le hubiera entrado algo, parecía guiñarle un ojo a Dylan. Dylan extendió la mano por encima del hombro de Jo-on.

Jo-on se encogió de hombros y lo miró con curiosidad. La punta de la capucha de piel de su abrigo se posó sobre él. Dylan, que le había puesto la capucha, murmuró:

—Parece que tienes frío.

Jo-on soltó sus pensamientos sin darse cuenta:

—Sabes que tú pareces tener más frío, ¿verdad?

De repente, Jo-on miró las mejillas rojizas de Dylan por el frío y sus ojos se entristecieron. El rasguño de su partido anterior se había convertido en una costra. Preocupado por si le dolía, lo examinó, y Jo-on, que seguía sujetando la capucha, sintió que la mirada de Dylan estaba fija en algún lugar y se

detuvo, desviando la mirada. Los ojos azules, con un patrón misterioso grabado en el iris como una joya, observaban sus labios con intensidad. Era una mirada descarada.

'No puede ser que en plena calle...'

Justo cuando pensó que era imposible, un aroma parecido al de un mar profundo se acercó, y un trozo de carne cálida rozó sus labios ligeramente y se retiró. Era el olor del perfume que Dylan usaba a diario, con su nombre.

Sorprendido, Jo-on empujó el hombro de Dylan por reflejo. Dylan se lamió lentamente el labio inferior, como saboreando el gusto.

—Tenías chocolate en la comisura de la boca.

—...Eso se puede limpiar con una servilleta...

Le preocupaba que alguien los hubiera visto, pero afortunadamente, la calle detrás de Dylan estaba desierta, sin rastro de gente.

—¿Vienes a mi casa hoy?

Jo-on, recobrando el sentido ante el suave susurro, guardó un silencio aturdidor durante mucho tiempo. Luego, muy tarde, respondió:

—...Sí.

Dylan miró de reojo por encima del hombro de Jo-on y luego puso la palma de la mano sobre la capucha, acariciándola varias veces.

—Bueno, me tengo que ir. Tú también tendrás que volver pronto.

—De acuerdo.

—Entonces, nos vemos luego.

Jo-on despidió con la mano a Dylan, que se alejaba corriendo por el camino por donde había venido. La mano que sostenía el BeaverTail temblaba ligeramente. De repente le preocupó que alguien de la empresa los hubiera visto.

Sin embargo, como la capucha era grande, su cara no se habría visto. Jo-on se bajó bien la capucha y se metió entre los árboles cercanos sin motivo. Pensaba quitarse la capucha allí y volver como si nada hubiera pasado.

Pero en el momento en que Jo-on se dio la vuelta, se detuvo en seco. Tyler estaba sentado en un banco, mirándolo. Con una sonrisa significativa en la boca.

Jo-on rápidamente hizo una simulación en su cabeza. Por el ángulo, Tyler solo podría haber visto la espalda de Jo-on desde donde estaba sentado. En ese caso, era posible que no hubiera visto nada.

Tenía un gran deseo de huir, pero la evasión no era una opción inteligente en ese momento. Jo-on tomó una decisión firme y se acercó a Tyler, decidido a dar una excusa convincente como si nada hubiera pasado.

—Tyler, ¿qué haces aquí solo?

—Disfrutaba de un beso con la brisa invernal del lago.

Tyler murmuró con su peculiar tono de trovador, lento y pausado.

—Tienes prometido y dices cosas extrañas...

Jo-on tuvo el presentimiento de que Tyler lo había presenciado todo.

—Entonces, ¿a qué sabe?

Jo-on le siguió el juego a su tontería, cambiando de tema, y Tyler respondió con un tono meloso:

—Tan dulce como chocolate con plátano.

—¿N-No es solo el BeaverTail que te comiste?

—O tal vez un pequeño lametón del chocolate que tenía en los labios, que fueron rozados por la brisa del lago...

Jo-on interrumpió la tontería de Tyler, que se prolongaba, y dijo:

—...Cállate, Tyler.

Tyler respondió de inmediato:

—¿Por qué? ¿Por qué yo?

—Te equivocaste al verlo.

—¿Qué cosa?

—Lo que sea. No viste nada.

Tyler, con una leve sonrisa, se encogió de hombros.

—No tengo prejuicios, Jo-on. ¿Lo olvidaste? Esto es Canadá, no Corea. Respeto todas las formas de amor.

—……

—Pero solo quiero decirte una cosa.

Su expresión, siempre juguetona y relajada, se volvió un tanto seria y se dirigió a Jo-on.

—El hockey sobre hielo... es un deporte bastante homofóbico y racista.

Se levantó y comenzó a caminar lentamente hacia la cabaña roja. Jo-on caminó a su lado, al mismo paso.

—...¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que dije.

Se detuvo un momento y se volvió hacia Jo-on, levantando las cejas.

—No quiero que salgas herido.

—...Gracias.

—Para eso están los amigos.

Jo-on entrecerró los ojos.

—¿Éramos amigos?

Tyler, con su expresión habitual, se llevó una mano al corazón y saltó.

—Vaya, eso dolió de verdad.

Jo-on, con una expresión avergonzada, se comió el resto del BeaverTail y se excusó:

—Era una broma.

—No, no creo que fuera una broma.

—De verdad. Y como dijiste, estoy haciendo entrevistas de trabajo. Deséame suerte.

—Qué bien. Sé que puedes ir a un buen lugar. Te apoyaré.

Tyler y Jo-on, como si hubieran hecho una promesa de guardar silencio sobre lo ocurrido en el lago, no volvieron a mencionar el tema.

Así, después del breve evento, Jo-on regresó a la oficina y estuvo pensando en lo que Tyler había dicho todo el tiempo que trabajó.

¿Un deporte homofóbico y racista? ¿Significa eso que hay muchos jugadores así?

Aunque los jugadores en general fueran así, sabía que Dylan no era así. Desde el principio, no dudó en acercarse a Jo-on.

Jo-on sacudió la cabeza y decidió concentrarse en el trabajo. Como Dylan lo había invitado a su casa, quería terminar el trabajo rápidamente e irse.

Pero a pesar de la impaciencia que había sentido todo el tiempo, al llegar al condominio de Dylan después del trabajo, dudó durante mucho tiempo.

—Disculpe, ¿va a entrar?

En ese momento, un residente que salía del condominio se detuvo en la puerta y le preguntó a Jo-on. Lo estaba esperando.

—Ah, sí. Voy a entrar. Gracias.

Jo-on dejó de dudar y se apresuró a entrar. No tardó mucho en tomar el ascensor, subir al piso de Dylan y llamar a su puerta.

—Hola, Dylan. Me sentí mal viniendo con las manos vacías, así que de camino... Ugh.

Tan pronto como se abrió la puerta, un beso apasionado recibió a Jo-on en lugar de un saludo. Jo-on se quedó inmóvil, con un brazo levantado en el aire, por miedo a que se le cayera el pastel. Un beso profundo y denso que le cosquilleó la base de la lengua continuó por un tiempo. Jo-on sintió un hormigueo en la parte inferior del abdomen y empujó a Dylan con el hombro. Dylan finalmente se alejó, aumentando la distancia.

—Ah. Te extrañé, Jo-on. No sabes cuánto quería hacer esto.

Dylan murmuró, pero siguió dejando pequeños besos en los labios de Jo-on. Luego, sus labios descendieron gradualmente hasta su barbilla. La mano de Dylan apartó el grueso y liso abrigo negro, revelando la piel clara y delgada de su cuello. Sus labios descendieron inmediatamente sobre ella, chupando la piel que desprendía un dulce aroma. Jo-on contuvo la respiración y abrió y cerró los ojos lentamente. Fue un ataque tan rápido y agudo que le costó mantener la cordura.

—Mmm, ah, de acuerdo. Antes que eso, ¿no podríamos bajar esto...?

Jo-on seguía agitando el brazo con la caja del pastel, pero Dylan lo ignoró y lo abrazó. Frotó su mejilla contra el cabello de Jo-on y gimió.

—Maldita sea, dos semanas. No nos hemos visto en dos semanas. ¿Sabes? Esto es una tortura. No sabes lo feliz que me sentí al verte afuera hace un rato. Estaba a punto de volverme loco fingiendo que no pasaba nada. Ayer también quería verte, pero estaba agotado y me quedé tirado todo el día. También estaba cansado porque tenía que ver a mis padres. Pero encontrarte por casualidad. Si no fuera por tu empresa, te habría secuestrado y llevado a mi casa. De verdad que quería hacerlo.

La mano que le había quitado el abrigo de invierno bajándole la cremallera, ahora le desabrochó la camisa que llevaba metida dentro de los pantalones y se adentró en ella. La piel suave y cálida se contrajo bajo su palma.

—Me hacías mucha falta, Jo-on.

—Espera, ah..., de acuerdo, déjame bajar esto.

—¿Qué cosa?

Dylan, como si acabara de descubrir el pastel en la mano de Jo-on, lo tomó en su lugar.

—¿Es un regalo para mí? ¿Qué pastel es?

—Solo pastel de crema con fresas.

Dylan preguntó de nuevo, encontrando adorable a Jo-on que respondía con docilidad:

—Te preguntaba si hoy es un día especial que no conozco.

—¡Ah! ¡Porque te convertiste en parte de la primera línea!

—¿Y por eso lo trajiste? Qué conmovedor.

Los ojos de Dylan, que ya tenían un color de cuadro, se humedecieron y brillaron aún más hermosamente.

—Sí. No sé mucho, pero... me dijeron que era algo grande. Tyler me lo dijo.

En ese momento, el rostro de Dylan se endureció.

—Ah, Tyler.

—Sí. Felicidades por estar en la primera línea.

La mirada de Dylan, que se había vuelto fría por un instante, se suavizó de inmediato.

—Muchas gracias. Entonces, esta noche celebraremos los dos toda la noche.

Esa noche, toda la noche... Jo-on murmuró con una expresión seria ante esas palabras y asintió a duras penas. Ya le preocupaba ir a trabajar al día siguiente.

Mientras Jo-on dejaba su bolso y su abrigo, sacó su teléfono del bolsillo y lo puso sobre el mostrador, diciendo:

—Oye, ¿no podríamos comer el pastel primero? La verdad es que mientras venía, se veía tan delicioso que me costó mucho resistirme. Mi almuerzo fue ligero.

—Claro. ¿Sacamos el vino espumoso?

—Perfecto.

Cuando Jo-on se dirigió a la bodega de vinos, Dylan lo detuvo por el hombro y lo giró hacia la sala de estar.

—Yo lo prepararé, siéntate.

—No, está bien...

—No te voy a hacer trabajar. Ya viniste hasta aquí. Anda.

Jo-on, empujado y expulsado de la cocina por Dylan, se sentó obedientemente en el sofá de la sala de estar. Dylan estuvo fascinado por su perfil durante un rato, sacando el vino y el pastel mientras espiaba a Jo-on.

Pensó que le gustaría que esa fuera la primera vista que tuviera después de regresar de un viaje fuera de casa. No podía ser más feliz si Jo-on lo estuviera esperando en su casa.

Cuando amaneciera, desayunarían juntos, durante el día cada uno viviría su vida, y al anochecer, al volver a casa, se recibirían en la acogedora habitación, cansados de trabajar todo el día. Si el lugar fuera la bañera, eso también estaría bien.

En los días libres, dormirían abrazados hasta tarde, cuando llegara la primavera, disfrutarían del sol de primavera, en verano irían a festivales juntos, en otoño pasearían por senderos donde las hojas se tiñeran de hermosos colores, y en invierno, después de los partidos, se dormirían en sus brazos.

No habría mayor consuelo que sentir la temperatura del otro hasta el momento de dormir, acariciarse y susurrar palabras de amor. Olvidarían las cosas difíciles en los brazos del otro y celebrarían las cosas buenas juntos, así pasarían cada día.

Aunque Jo-on no supiera qué pensar.

Dylan, sabiendo que la velocidad de sus emociones avanzaba sin control, no quería apresurar a Jo-on, quien parecía no estar listo para avanzar en la relación, y salió de la imaginación de su vida cotidiana con una punzada de amargura.

Por el momento, sería mejor no expresar estas fantasías en voz alta. No quería presionarlo.

Dylan, tranquilizándose a sí mismo, sacó el pastel de la caja y apartó el teléfono que ocupaba un rincón del mostrador. Era el teléfono de Jo-on. Justo en ese momento, un número no guardado apareció en la pantalla.

—Jo-on. Parece que te llaman. Pero podría ser una estafa.

Ante esas palabras, Jo-on, que miraba aturdido por la ventana, corrió a revisar su teléfono. Dudó, como si no estuviera seguro, y luego respondió: "Por si acaso...".

Dylan recordó que Jo-on le había dicho que estaba buscando un nuevo trabajo y asintió. No debía perder una llamada importante pensando que era una estafa.

De repente, puso una expresión extraña y ladeó la cabeza.

—¿Hola?

Al escuchar la voz de la persona al otro lado de la línea, la expresión de Jo-on se iluminó de repente.

—Sí, hola. ¿Cómo ha estado? Yo estoy bien.

Jo-on se concentró en la llamada y se dirigió a la sala de estar, paseándose junto a la ventana. Dylan, que estaba preparando los cubiertos, lo observaba fijamente. Jo-on, apoyado en un pilar y mirando por la ventana, mantenía una sonrisa en el rostro todo el tiempo y repetía: "Sí, ¿tan pronto? Sí". Fuera lo que fuera, parecía que era una llamada que le traía buenas noticias.

Mucho tiempo después, Jo-on terminó la llamada y regresó con una expresión radiante.

—¿Qué llamada era? Te ves bien.

—…Yo también tengo algo que celebrar.

—¿Sí?

—¡Recibí una oferta de trabajo de la empresa donde tuve una entrevista hace poco! ¡Y el salario que me ofrecieron es un 30% más alto que el actual!

Jo-on, como si soltara un secreto que había guardado, se alegró efusivamente. Cuando buscó su primer trabajo, se sintió frustrado innumerables veces por los rechazos, pero esta vez, la oferta de empleo llegó sorprendentemente fácil. Aunque todavía tenía otras empresas pendientes de respuesta y no había tomado una decisión definitiva, se sentía eufórico.

Sin embargo, por alguna razón, Dylan, quien esperaba que se alegrara más que nadie, lo miró solo con una leve sonrisa, a diferencia de su actitud habitual. Jo-on, al percibir el ambiente extraño, preguntó:

—¿Qué pasa?

—No… Primero, felicidades. Pero tengo una pregunta.

Jo-on frunció el ceño ante la palabra "primero". Mientras tanto, Dylan dudaba, frotándose la ceja con la punta del dedo.

—El prefijo que vi hace un momento era 403. ¿Tu entrevistador vive lejos?

El 403 era el prefijo de otra región.

Esta era la razón por la que Dylan había pensado que la llamada era una estafa. Pero hoy en día, no es necesario cambiar el número de teléfono simplemente por mudarse de región, ya que no se hace una distinción clara entre llamadas locales y de larga distancia. Quizás la persona que llamó a Jo-on también había abierto su teléfono por primera vez en otra región. Dylan, con esa esperanza, preguntó sobre el entrevistador como si no fuera nada importante.

—Ah, eso…

Sin embargo, para decepción de Dylan, la sonrisa de Jo-on se desvaneció.

—Es de una empresa en Calgary.

Dylan parpadeó en silencio. La leve sonrisa que siempre adornaba su rostro cincelado había desaparecido sin dejar rastro, como si la hubiera borrado el agua helada. Sus ojos azules vagaron lentamente por el rostro de Jo-on. Dylan dudó y apenas abrió la boca:

—…¿Por qué?

—¿Sí?

Jo-on, sin saber qué explicación quería Dylan, se rascó la cabeza sin motivo y ordenó sus pensamientos.

—¿Por qué tuviste una entrevista con una empresa en Calgary?

—Es que…

Jo-on sintió que algo andaba mal en la mirada fría y mecánica de Dylan, que contrastaba con su tono amable y su sonrisa.

—Bueno, le dije al cazatalentos que estaba buscando trabajo y me envió muchas ofertas de empleo. Pero por error, envié mi currículum a esa empresa porque leí mal un correo, y me dijeron que querían una entrevista. Como tener experiencia en entrevistas es bueno, no la rechacé.

—Ah, ya veo. Eso es cierto.

Dylan asintió ante la tranquila explicación de Jo-on. Su expresión relajada sonrió como si lo entendiera perfectamente.

—Solo hiciste la entrevista para practicar, ¿verdad? Pero no irás.

Jo-on no pudo responder fácilmente a esa pregunta. Necesitaba tiempo para pensarlo bien.

—No lo sé. Creo que necesito pensarlo más.

El rostro relajado de Dylan se tensó de nuevo. El corazón de Dylan se agitó inquieto como una bandera en medio de una tormenta.

—¿Vas a pensarlo más?

—Sí. No es una decisión fácil. Mudarse sería engorroso, y tendría que volver a tramitar mi identificación y mi tarjeta de salud.

—……

Jo-on bajó la mirada al ver el rostro de Dylan oscurecerse rápidamente.

'¿Dije algo mal?'

Mudarse de región es una decisión tan importante como emigrar a otro país. Más aún si el destino está a poco más de cuatro horas en avión y a unas treinta horas en coche sin parar. Sería perfectamente normal y obvio tomar una decisión tan importante con mucha cautela.

Sin embargo, Dylan frunció los labios, bajó las comisuras de la boca y dejó el plato que sostenía en el mostrador.

—Entonces, ¿estás considerando ir allí?

—Eso es…

—Pensé que dirías que, por supuesto, no irías.

Jo-on, leyendo la decepción en la voz afligida de Dylan, lo consoló con voz tranquila:

—Pero es una buena oportunidad, ¿no? El salario aumentaría un 30% y me ascenderían a un puesto de *senior*.

—¿Buena oportunidad?

Jo-on frunció el ceño ante la pregunta de Dylan, como si no entendiera. Era cierto que la actitud de Dylan, que no lo felicitaba de buena gana, lo estaba irritando.

—Esto no es una mala oportunidad. Dylan, ¿por qué no dices lo que quieres decir?

—……

—Pensé que me felicitarías sin importar la decisión que tomara. La última vez, Dylan, tú mismo lo dijiste. Dijiste que serías el primero en felicitarme, más que nadie.

Dylan se cubrió la frente con la palma de la mano grande y luego se frotó la cara lentamente.

—…Felicidades.

Su voz era seca. Sus palabras, desprovistas de sinceridad, sonaban más sarcásticas que nunca. Una ola de emoción caliente lo invadió.

—No suena así en absoluto.

Dylan se humedeció los labios secos y exhaló largamente para reprimir sus emociones.

—Creo que el hecho de que hayas pasado la entrevista y recibido una oferta de trabajo es algo realmente para celebrar. Demuestra que eres un talento competente. Si tú estás feliz, por supuesto que yo también lo estaré.

—Entonces, ¿cuál es el problema ahora?

—¿Cuál es el problema? ¿Qué quieres que te diga, Jo-on?

—Solo felicítame…

—Nos vimos de nuevo después de dos semanas. Te dije que me moría por verte en ese tiempo. Y eso que solo fueron dos semanas. Pero tú, unilateralmente, me informaste que habías aceptado un trabajo en Calgary. Y ahora dices que podrías mudarte a ese lugar tan lejano. ¿De verdad pensaste que yo podría aceptar esto fácilmente? Ni siquiera me consultaste sobre este asunto.

—……¿Por qué debería consultarte eso?

Al instante, la expresión de Dylan palideció como si hubiera recibido un golpe con un objeto contundente.

—¿Qué dijiste?

Jo-on se mordió los labios al darse cuenta de que sus palabras habían sido excesivas. Sin embargo, en un rincón de su corazón, una creciente resistencia golpeaba su pecho.

No había necesidad de consultarlo todo, incluso con alguien cercano. Además, Jo-on era mayor que Dylan y un adulto capaz de valerse por sí mismo. Nadie tenía derecho a controlar cada uno de sus movimientos solo porque se hubiera convertido en su compañero sexual.

—Dylan, espero que me entiendas bien. Eres especial para mí, pero eso no significa que pueda priorizarte por encima de mi propia vida. Y tú no puedes decidir todo lo que hago.

—…Jo-on. No estoy haciendo esto para controlar tu vida.

—A mí me suena así.

Cuando Dylan no dijo nada más, Jo-on aflojó lentamente el puño y lo miró con cautela. Él lo miraba con una expresión desolada. La blancura de sus ojos, inyectada en sangre, arruinaba sus ojos, que siempre habían sido hermosos.

—Jo-on, si así lo sentiste, lo siento. Yo… no quise decir eso.

Su voz, ahora más baja, tembló ligeramente con inquietud. Un mal presentimiento lo invadió. Dylan se dio cuenta de que algo andaba mal.

Jo-on se pasó la mano por el pelo sin motivo y dijo:

—Todavía no he decidido nada. Como viste, acabo de recibir la notificación. Y todavía tengo entrevistas pendientes.

—…Claro.

Después de que Jo-on terminó de hablar, Dylan abrió la boca tras un breve silencio.

—Tengo una pregunta.

—……

Jo-on, como si supiera que una pregunta que comenzaba con "Tengo una pregunta" no podía ser trivial, apretó ligeramente el puño, preparándose para el impacto.

—¿Qué soy yo para ti...?

Jo-on levantó la cabeza.

—¿Qué soy yo para ti?

La mano que se había pasado por su brillante cabello rubio se detuvo cerca de su nuca.

—Jo-on, lo que acabas de decir me deja una gran duda.

—……

—No parece haber un lugar para mí en tu vida. Como si yo fuera alguien que no debería darte ninguna opinión. Y sinceramente, me duele que yo sea una existencia con la que ni siquiera puedes discutir un asunto tan importante. ¿Entendí mal lo que dijiste?

En un instante, Jo-on se dio cuenta de que el momento crucial de decisión que ambos tendrían que enfrentar algún día había llegado inesperadamente pronto. Y él mismo lo había precipitado. Podría haberlo dicho de otra manera para no herir a la otra persona, pero no era lo suficientemente hábil en la comunicación indirecta como para hacerlo. Así que expuso sus verdaderos sentimientos sin más.

—No sé por qué piensas eso. Tu lugar… por supuesto que lo tienes. Eres un buen amigo para mí, alguien que me da valor, y también…

Si empezara a enumerar lo que él le había dado, no tendría fin. Porque desde que conoció a Dylan, muchas partes de la personalidad de Jo-on habían cambiado. Dylan lo había impulsado a cambiar su actitud ante la vida, y gracias a él, existía un Jo-on ligeramente diferente.

Pero Jo-on se dio cuenta de que cuanto más abría la boca, más lúgubre se volvía el ambiente que emanaba de Dylan. La distancia entre ellos creció, como un árbol retorcido que se agrieta con un crujido.

—¿Eso es todo?

—¿Me estoy perdiendo de algo, Dylan?

—Parece que yo soy el que se está perdiendo de algo, Jo-on. ¿Qué crees que somos?

Jo-on dudó un largo rato, avergonzado de pronunciar la palabra.

—Nosotros somos… bueno, amigos con beneficios mutuos.

La frustración emanaba de Dylan, que soltó una risa inoportuna y giró la cabeza.

—Jo-on. Mientras estaba de viaje, sabes, pensaba en ti todos los días. Me moría por tenerte en mis brazos. Y no era por sexo, era porque te extrañaba. Tu voz, tu sonrisa, tus ojos, tus manos, tus pies, tu cabello, todo.

—……

Era una expresión demasiado honesta para ignorar los sentimientos que la impregnaban.

—Pensé que sentíamos lo mismo el uno por el otro. Pero después de escucharte, parece que no fue así.

A través de su voz sin energía, se podía adivinar la profundidad de su herida. Un consuelo inoportuno solo ahondaría la herida del otro. Jo-on negó con la cabeza en lugar de pronunciar palabras precipitadas. Quería decir que era un malentendido y disculparse. Que aunque la definición de su relación fuera diferente, sus sentimientos especiales por él seguían siendo los mismos.

—Fue una ilusión mía.

—…Dylan.

—Quiero estar… solo. Parece que soy yo quien necesita pensar.

—¡Espera, Dylan!

Dylan empujó suavemente la caja del pastel hacia Jo-on.

—Llévalo. Yo no estoy mucho en casa, así que seguro lo tiraré.

—Dylan, escúchame…

—Por favor, vete.

Jo-on no tuvo más remedio que ponerse el abrigo y tomar su bolso. En sus manos llevaba el pastel, que de regalo se había convertido en un estorbo en un instante. Había perdido completamente el apetito y solo lo veía como basura.

Jo-on se detuvo frente a la puerta principal y se volvió hacia Dylan. La indignación lo invadió.

—Esto es injusto. ¿Vas a actuar como un niño?

—¿Injusto? ¿Un niño?

—Tú tampoco definiste nuestra relación correctamente.

—Ah, ¿sí? ¿Tú puedes besar y tener sexo con alguien que no te importa? ¿También lo hiciste con Sergio?

—¡Ser…!

La repentina mención de ese nombre le hizo arder la cabeza.

—¿Por qué de repente sacas ese nombre? ¿Dónde lo escuchaste?

Dylan se revolvió el cabello como si hubiera cometido un error y masculló una maldición.

—Haz como que lo oíste mal. Solo estaba celoso de un hombre que te trataba con familiaridad mientras yo te extrañaba.

—No sé cómo te enteraste de su nombre, pero Sergio es un acosador. Solo intentó acostarse conmigo cuando estaba borracho. Ese tipo es un racista que cree que todos los asiáticos son gays. Como ya te dije, nunca imaginé una relación así con un hombre. ¿Entiendes?

—Lo sé. Por eso, cuando me pediste sexo, pensé que sentías lo mismo que yo. Siendo así, ¿por qué pensaste que nuestra relación era de *sex friends*? Si es la primera vez que haces esto con un hombre, ¿cómo puedes definir nuestra relación tan fácilmente como *sex friends*?

—E-Es que no hablaste claro…

—Ah, ¿ahora es mi culpa? Creí que había expresado mis sentimientos por ti lo suficiente. ¿Por qué no eres honesto con tus sentimientos?

—¿Qué sabes tú de mis sentimientos?

—Jo-on. Escúchame, nunca en mi vida le he suplicado o mendigado a alguien que me dijera estas cosas. Pero ahora lo entiendo.

Dylan, con el orgullo herido, se revolvió el cabello con rudeza y espetó con resentimiento:

—Cuando te mostraba mi cariño, ¿por qué lo dabas por sentado y solo lo recibías? Las muestras de afecto siempre fueron mi parte, y tú nunca me dijiste lo mismo. ¿Sabes por qué?

—……

—¿Quieres que te lo diga? Porque tus sentimientos…

Dylan se sintió resentido con Jo-on por obligarlo a admitir la verdad de la situación.

—Porque tus sentimientos son solo de ese nivel.

—Yo… no sabía lo que sentías. Por eso dudé.

—Eso es muy conveniente. Pero, la verdad es que no necesitabas saber lo que yo sentía. No es necesario conocer mis sentimientos para expresar los tuyos. Jo-on, si de verdad me hubieras querido y apreciado, lo habrías expresado de alguna manera.

—Empujar mis sentimientos cuando la otra persona no los desea es una falta de respeto.

—¿Así que estás diciendo que yo fui irrespetuoso?

—¡No quise decir eso!

—Entonces, ¿estás diciendo que yo no quería tus sentimientos? Tú y yo sabemos que eso no tiene sentido.

—Lo que quiero decir es… Tienes razón, fue un error no haberlo expresado, pero no me desagradaba… así que yo también quería que Dylan y yo tuviéramos ese tipo de…

—Basta. Dijiste que éramos amigos con beneficios mutuos. ¿Por qué no lo admites? Pensé que solo eras tímido, pero fui un tonto por no darme cuenta antes.

—No te menosprecies de esa manera. Yo realmente… no estoy acostumbrado a este tipo de relación. No sé cómo has conocido gente hasta ahora, Dylan, pero para mí, la relación contigo fue difícil de principio a fin. ¿Parece que tener sexo contigo fue una decisión fácil? Para mí, eso fue lo máximo que pude hacer. En una situación en la que no sabía cuán sincera era la otra persona, no quería fantasear solo. Porque así solo me lastimaría a mí mismo. ¿Cómo sé cuándo terminará tu curiosidad? Simplemente me protegí.

—…¿Curiosidad? ¿Quién? ¿Tú? ¿O yo?

—Si no, ¿por qué tú… a mí…?

—No, por favor. Jo-on.

Dylan cerró y abrió los ojos con fuerza, reprimiendo la ira que le subía.

—…Dylan, tú y yo vivimos en mundos muy diferentes.

—¿De qué estás hablando?

—Quiero decir que no somos compatibles.

—¿Quién decide eso tan a la ligera?

—¡Yo!

Jo-on gritó con vehemencia.

—…Lo siento. Por ser un cobarde.

El silencio llenó el espacio donde una vez hubo una discusión furiosa. Mucho después, Dylan, habiendo calmado sus emociones, preguntó con serenidad:

—De acuerdo. Entonces, lo que dices es que hasta ahora te has echado atrás porque no estabas seguro de mis sentimientos por ti.

—……

—Aunque todo el tiempo que pasamos juntos parece haber sido en vano, no creo que sea completamente lo peor, así que te lo preguntaré correctamente. ¿Quieres ser mi novio?

Una pregunta inesperada se mezcló al final de las palabras que había soltado como si estuviera acorralado. Jo-on abrió mucho los ojos.

—…¿En esta situación?

—Yo también soy una persona. Me impacta y me duele. Pero siento que no puedo dejarte ir así.

—Hace un momento me dijiste que me largara de tu casa.

—No dije tanto, Jo-on. Dije eso porque no quería enfadarme contigo.

Dylan miró a Jo-on con una mirada suplicante, instándolo a responder. Sin embargo, Jo-on negó con la cabeza y bajó la mirada.

Jo-on, en cambio, estaba satisfecho con la relación de amigos con beneficios que tenían hasta ahora. Prefería una relación fácil de disfrutar y romper, como la comida instantánea.

Cuanto más grande era el espacio que Dylan ocupaba en él, mayor sería el vacío que sentiría el día que él lo dejara. Como extirpar un tumor, cuando llegara el momento de vaciarlo de su interior, sentiría un dolor similar a arrancarle un órgano entero.

—Lo siento, pero no puedo hacer eso.

Dylan parecía más herido por el rechazo definitivo de ahora que por la discusión anterior.

—¿No puedes ni siquiera empezar? ¿Sin siquiera intentarlo?

—……

Una voz aún más baja y fría preguntó:

—Solo dime esto. Dijiste que pensaste que yo estaba haciendo esto por curiosidad. Entonces, ¿cómo fue para ti? ¿Tú también accediste con la intención de satisfacer tu curiosidad?

Dylan se dio la vuelta con una expresión desesperada al ver a Jo-on que, aunque no lo afirmó, tampoco pudo negarlo. Luego, giró la cabeza y espetó:

—¿Sabes qué? Puede que para ti haya sido curiosidad, pero para mí no. Tanto como para querer creer en ti hasta el final. ¿Crees que mis sentimientos parecían insignificantes? Entonces podré olvidarte rápidamente. Eso sería una suerte para mí. Si mis sentimientos fueran realmente insignificantes, no me dolería.

—……

—Pero, siento que mi corazón se está haciendo pedazos. Así que te equivocaste.

Jo-on se mordió los labios para contener la emoción que le subía. Al final, sus ojos se enrojecieron. Dylan, observándolo, exhaló con fuerza. Más que haber sido malinterpretado en sus sentimientos por Jo-on, le dolía más la idea de que quizás, al dejarse llevar por sus propias emociones, había herido a la otra persona. La culpa lo invadió.

—…¿Por qué no puedes? ¿Es solo por curiosidad? ¿Cuánto tiempo tengo que esperar para recibir tu amor? Dime. Si es algo que se puede arreglar esperando, puedo hacerlo.

Dylan murmuró, como si hubiera leído la respuesta en el silencio de Jo-on.

—Fue una pregunta tonta. No era algo que se arreglara esperando.

Le frotó la mejilla húmeda a Jo-on con la punta de los dedos y luego dejó caer la mano.

—Solo confirmé que… no me amas.

Sus ojos azules estaban profundamente sumergidos en un lago de fuego.

Jo-on no pudo soportar seguir mirándolo, tomó sus cosas y salió corriendo. Detrás de él, la puerta se cerró con un estruendo.

El pasillo vacío estaba sumido en un silencio mortal.

12.

Una noche, un día antes del partido en casa que cerraba el primer acto de la temporada, en preparación para el inminente receso del All-Star.

Dylan se dirigió temprano a su habitación para ajustar su condición antes del partido. Al cruzar el umbral, de repente se detuvo y miró hacia atrás. La contaminación lumínica de la ciudad que se colaba en el interior iluminaba suavemente cada rincón de la casa vacía.

Su mirada se detuvo en la silla reclinable, que inusualmente había evitado la luz. Era un sofá individual tan cómodo como ninguno cuando se sentaba con la espalda profundamente apoyada. Había un pequeño pliegue en la parte del cojín que tocaba su cadera.

Las diminutas arrugas, apenas discernibles para otros ojos, le molestaban como si fueran el rastro dejado por Jo-on, quien solía sentarse a descansar cuando venía a visitarlo a su casa.

Dylan, que estaba a punto de entrar en la habitación, se dio la vuelta y se dejó caer intencionalmente en la silla reclinable. Estiró las piernas sobre el otomán y se cruzó de brazos. Su amplio pecho y hombros subían y bajaban inestablemente con cada respiración.

Había pasado más de un mes desde que su relación con Jo-on se desmoronó. Sin necesidad de intentar recomponerla, la relación entre ambos terminó ese mismo día. Jo-on se fue de Toronto. Dylan se enteró de la ruptura a través de la última foto de un avión que Jo-on había subido. Desde entonces, no habían vuelto a contactarse. Realmente había terminado así.

El día de la discusión, su corazón palpitaba como si el mundo se estuviera desmoronando, sin tiempo para pensar en otra cosa. Era la primera vez que sentía una emoción tan intensa y terrible.

Sin embargo, a medida que el tiempo pasaba y revivía el tiempo con Jo-on, las señales que había ignorado comenzaron a aparecer con claridad.

Una persona tacaña con las muestras de afecto. Un compañero que no compartía planes ni del pasado ni del futuro. Jo-on, el hombre que incluso racionaba información sobre sí mismo, como lo que le gustaba y lo que no, era para Dylan como un pájaro volando en la niebla. Un pájaro libre, que parecía visible pero no lo era, que parecía atrapable pero no lo era.

No es que Jo-on no se hubiera revelado desde el principio. Cuando lo invitó a la nueva mansión de sus padres, Jo-on le había contado cosas de su pasado. Como su viaje de estudios solo a una tierra extranjera a una edad temprana o la historia de su familia de acogida.

Allí, Dylan sintió una extraña sensación de extrañeza. Había oído historias sobre su familia de acogida, pero no había oído ninguna mención de su familia biológica. En todas las conversaciones que habían tenido hasta ahora, había estado 'Jo-on', pero no había estado 'Jo-on'.

La historia de una persona nacida y criada en su tierra natal durante casi veinte años con el nombre de Song Jo-on.

Sus brazos entrelazados se aflojaron lentamente y se posaron sobre el reposabrazos. Con una expresión seria, apoyó la barbilla en la mano, y su mirada reflejó la luz de una ciudad que nunca duerme. La luz se reflejaba débilmente, como el agua de una orilla cubierta por una densa niebla.

Hasta ahí era.

Esa era la línea que Jo-on había trazado. Dylan era la persona que no había podido cruzarla.

Parecía que Dylan había estado enamorado unilateralmente de Jo-on, quien había mantenido una relación cercana solo por fuera, ocultando sus verdaderos sentimientos. Cuando la otra persona solo quería su cuerpo.

Dylan también había intuido vagamente que la otra persona era una persona solitaria. Sería mentira decir que no aprovechó esa parte débil de él. Incluso pensó que si lo presionaba sin darle tiempo a pensar, podría conquistarlo fácilmente.

Si le preguntaran qué era tan especial y atractivo en él para que se sintiera tan adicto como a una droga, sería muy difícil responder con claridad, pero simplemente se había prendado de él sin saber cuándo.

No sabía si se sintió atraído por su esqueleto delgado, sus mejillas suaves, su cabello y uñas bien cuidados, su ropa sencilla y básica que le daban un aire peculiarmente maduro y tranquilo, o si había algo más allá de eso escondido en él.

Sin embargo, Jo-on era una persona extraña que incluso tocaba sus instintos, que nunca antes habían sentido lujuria por un hombre. A veces, solo de pensar en él, sentía un calor abrasador entre sus

piernas, como si le hubieran quemado con fuego. Sin embargo, si se le preguntara si Jo-on era el tipo de persona que hacía una clara atracción sexual, la respuesta sería un rotundo no.

Más bien, era lo contrario, lo que lo convertía en una persona que le provocaba obstinación. Porque era alguien que no parecía fácil de conquistar.

—De verdad fui un tonto.

Dylan se cubrió la cabeza. Una persona que no parecía fácil de conquistar. Porque no era alguien que revelara sus sentimientos con transparencia.

Ahora todas las pistas estaban conectadas. Así que, en resumen, Dylan se sintió aún más atraído por él porque instintivamente sabía que no podría obtenerlo por completo.

Pero no fue simplemente la respuesta sexual de su cuerpo la razón por la que lo anhelaba, como Jo-on había malinterpretado. El sentimiento que le llenaba el pecho cada vez que abrazaba a Jo-on no podía ser un sentimiento tan barato.

Aunque pronto se convirtió en una espada afilada que le apuñaló el corazón y lo destrozó.

No estaba enfadado con Jo-on por haberlo tratado como un juguete sexual. De hecho, Dylan estaba dispuesto a ser todo tipo de juguetes sexuales si Jo-on lo deseaba.

Pero no podía soportar el hecho de que él no lo amara.

Era un narcisista que nunca se había imaginado que alguien no lo amaría. ¡Había creído que Jo-on también lo amaría, qué horror!

—…Maldita sea. Pensarlo así lo hace aún más patético.

Dylan se frotó la cara y sacó su teléfono del bolsillo. Pensó en espiar las redes sociales de Jo-on. Solo quedaban unas pocas fotos antiguas, como una casa abandonada que su dueño no cuidaba, pero para Dylan era una suerte que al menos eso existiera. Así no olvidaría el rostro de Jo-on. Eso sería aún más terrible.

No se pudo encontrar la cuenta.

—…No.

La cuenta de Jo-on había desaparecido. Es decir, Dylan no podía ver ni una sola foto. Trató de contener un grito en su interior, mientras un arrepentimiento extremo lo invadía.

—¡Debí haber guardado una sola foto!

All-Star Game, que se celebrará en Las Vegas...

Jugadores de los Polar Bears que aparecen en Las Vegas

La deslumbrante sonrisa de Dylan Maclean

Dylan Maclean asiste solo al All-Star de este año

Un saludo fascinante que hace olvidar la fatiga del vuelo

—Vaya, este año también una fan devota de alguien ha tomado muchas fotos, ¿eh?

—¿Tina Lorraine?

Kevin Matt y Michael Marino, que iban a participar en el All-Star Game, se burlaron de Dylan mientras esperaban la comida. Tres jugadores de los Polar Bears asistirían a este All-Star Game, y habían acordado cenar juntos después de llegar a Las Vegas un día antes.

—Conozco a esa reportera. ¿No es la que toma la mayoría de las fotos cuando buscas a Dylan en Google?

Kelly, la esposa de Kevin, le siguió el juego, y Dylan negó con la cabeza, harto.

—¿Te lo dijo Kevin?

—Bueno.

Ella se encogió de hombros y Kevin hizo un gesto con la mano, fingiendo inocencia.

—¿Quién no conoce ese nombre en este negocio? Los fans del hockey lo saben sin más.

—Sí. Cada vez que hay un partido por aquí, te toma un montón de fotos como si fueran para una sesión de fotos, así que es inevitable.

Dylan se apresuró a desviar la atención hacia el hijo de Kevin, por si acaso salía a colación el tema de su "clasificación anual de los jugadores de hockey más atractivos" que ella publicaba en su blog personal.

—¡Oh no! Allie, cariño. ¿Por qué te manchaste toda la ropa con salsa? ¿Tenías mucha hambre?

Allie, que aún no podía hablar, solo soltó una risita cosquilleante ante el "baby talk" de Dylan.

—Dylan es muy bueno con los niños.

—Tengo sobrinos. No los veo a menudo, pero cuando puedo, juego con ellos hasta hartarme.

—Serás un buen padre algún día.

Ante las palabras de Kelly, Dylan solo miró los ojos claros y azules de Allie. Ambos no sabían lo que el otro pensaba.

—¿Y de qué sirve? Si se dice: ‘Dylan Maclean asiste solo al All-Star de este año’.

—Michael.

La novia de Michael lo llamó por su nombre, como si le señalara su rudeza.

—Gracias, Pat.

Dylan, que ya estaba acostumbrado a las bromas pesadas de sus compañeros de equipo, hoy, apoyado por quienes se ponían de su lado, alzó la voz.

—La frase 'este año' está mal. El año pasado no estaba solo. La familia de mi hermana vino a verme.

Michael se rio y negó con la cabeza.

—¡Oh! Dylan, tú sabes mejor que nadie que no quise decir eso. Pero no me malinterpretes, no creo que tengas que traer a alguien. Solo quiero molestarte.

—Sí, estoy de acuerdo. Solo quiero ver tu cara de incomodidad.

—Ustedes dos son realmente crueles. Dylan, no tienes que escuchar a estos. Yo tampoco había venido al All-Star Game antes de casarme. ¡Lo transmiten en vivo a todo el país!

—Así es. De hecho, mañana yo también lo veré tranquilamente desde las gradas. No te preocupes demasiado.

Michael sorbió su bebida con una expresión decepcionada cuando Pat agregó. Justo a tiempo, el camarero trajo la comida, y la historia de la "asistencia soltera de Dylan" no continuó.

—Por cierto, ¿tienen planes de vacaciones para el verano?

—Oh, ¿nosotros? De hecho, sí. Ya hicimos todas las reservas.

Luego comenzaron a hablar sobre cómo pasarían las vacaciones de verano. Aunque el invierno aún no había terminado, la gente ya hablaba de esa estación. Era comprensible que la extrañaran.

Era el momento en que todos comenzaban a pensar que era mucho mejor olvidarse de la nieve interminable y sudar bajo el sol ardiente.

Y eso que la temporada apenas había pasado la mitad.

Lo que dificultaba a la gente no era el frío. El frío era tolerable. Sin embargo, el problema era que esta estación era tan larga que no mostraba signos de terminar. La paciencia de la gente no era tan grande como se pensaba. El papel de la liga era llenar esa impaciencia con otras diversiones.

El rendimiento del equipo, que se había ido acumulando poco a poco desde el inicio de la temporada en el comienzo del invierno, era bueno. Actualmente, el equipo se mantenía en los primeros puestos. Aunque no eran el primer clasificado con una ventaja abrumadora, se podía presumir que los récords individuales de los jugadores también se mantenían en los primeros puestos de la liga.

Sin embargo, un buen rendimiento no significa vacaciones largas. Las vacaciones de verano no llegan de forma equitativa para los jugadores profesionales.

Más bien, es lo contrario. Si tienen un buen rendimiento y llegan a los *playoffs*, el final de la temporada se retrasa cada vez más.

La feroz lucha por la Stanley Cup se extiende de abril a junio. El dueño de la Copa de ese año se decide en junio, cuando el verano ya ha comenzado. Por lo tanto, el calendario de primavera de los jugadores siempre fue incierto.

—Este verano planeamos viajar a Portugal. Espero que no haga demasiado calor.

—Seguro que te bronceas bien.

—¿Eso es bueno? Mi hijo también pone una tumbona en el jardín y se tumba todo el día cuando llega el verano.

Pat y Michael intercambiaron planes como si estuvieran haciendo un acto de comedia, y Kelly asintió, diciendo que era una muy buena idea.

—Además, si pasamos el invierno en el hielo, no podemos perdernos el sol de verano.

—Eres demasiado. Te quemas tanto que te ampolla la piel. Y luego te quejas de que te duele cada vez que te duchas.

—Es una quemadura gloriosa. ¿No es esa la esencia del verano?

—Oh, Kevin. Solo de imaginarlo es genial.

—De verdad, Mike. Sabes lo que dices.

—Por cierto, Dylan, ¿y tú? ¿Qué planes tienes para este verano?

Dylan, que estaba concentrado en su comida, se sumió en sus pensamientos por un momento y luego respondió con indiferencia:

—Mmm. ¿Banff?

—Banff es genial. Nosotros también fuimos el año pasado. Aunque elegimos el día equivocado y había mucha gente.

—¿Cuándo piensas ir?

—Todavía no lo he decidido.

—Será mejor que te des prisa. En temporada alta el alojamiento es ridículamente caro.

Dylan se metió pan en la boca y masticó, respondiendo con una leve sonrisa. Realmente no era un plan de vacaciones decidido, y mucho menos algo que hubiera estado pensando durante mucho tiempo. Simplemente lo había soltado sin más.

Pero, al contrario, parecía una buena idea. Si visitara Calgary con la excusa de un viaje a Banff...

—La verdad es que te preguntaba por los planes de vacaciones porque pensamos hacer una barbacoa e invitar a la gente del equipo.

—¡Eso es genial, Kelly!

—El año pasado hicimos obras en la piscina exterior, pero terminaron muy tarde y no pudimos usarla mucho. Este año pensamos abrir la piscina y hacer una barbacoa al lado.

Dylan cortó la cadena de pensamientos y se concentró en la comida. Decidió pensar en cómo afrontar el partido de exhibición de mañana.

Los jugadores, de pie frente a la fuente del hotel, iluminada con luces brillantes, comenzaron a estirar el cuerpo. La razón por la que los uniformes que llevaban fuera del estadio les resultaban un poco extraños era que el aire que tocaba su piel era más cálido de lo habitual.

A diferencia del estadio, siempre frío, una brisa fresca los refrescaba por un momento mientras Dylan se paraba en su lugar designado.

El hockey es un deporte de equipo, pero hoy es diferente. El evento de hoy es puramente una competencia de técnica individual de los jugadores.

Frente a la entrada principal del hotel, donde cada noche se exhibe un espectáculo de fuentes con luces y música, había pequeñas islas instaladas al azar en la gigantesca piscina artificial de la fuente. En cada una de ellas se instaló una portería.

Dylan se paró en el escenario instalado para el evento y recorrió las porterías una por una. La regla de este juego de exhibición era lanzar el disco a la portería controlando la distancia y la fuerza para no caer en la piscina artificial. Se podría decir que era un formato que mostraba la capacidad de control del disco de manera cruda.

Era un juego que no podían fallar, arriesgando el orgullo del atacante. Porque su deber era clavar el disco en la portería. A menos que fueran defensores.

Por eso, todos los jugadores participantes eran atacantes, y como eran profesionales de primer nivel en la liga, aunque no lo mostraban, todos tenían los ojos encendidos por la sed de victoria. Dylan, que parecía más relajado que nadie, era uno de ellos. De hecho, Dylan había estado practicando tiros el doble de duro que los demás durante varios días para este evento.

—¡Ahora, es el último intento de Dylan Maclean!

Curiosamente, el jugador con el mejor récord actual era un jugador del equipo de Florida, que cada año era mencionado como candidato a ganar la Stanley Cup. Fue el equipo que eliminó a los Polar Bears en los *playoffs* la primavera pasada.

¡Y para colmo, perder ante un equipo de hockey de esa región tan cálida! ¡Y que fueran candidatos al campeonato cada año!

Este hecho solía irritar la sensibilidad de los canadienses. ¡Un país que consideraba el hockey como su deporte nacional perdía ante Florida!

Aunque hoy no eran *playoffs*, ni un partido por equipos, y el jugador contrario era canadiense de nacimiento, aunque su equipo fuera de Florida, Dylan elevó su concentración con la seriedad de un atleta que participa en los Juegos Olímpicos de Invierno.

Había olvidado por completo que Kevin, al que se había encontrado antes de salir del hotel, le había dado unas palmaditas en el hombro y le había dicho: "¡Diviértete!".

Allison, la presentadora, dijo:

—De acuerdo, Dylan. Es tu último intento. ¡El tiempo comenzará a contar cuando golpees el disco!

Tan pronto como terminó de hablar, Dylan blandió su *stick*. El disco con sensor comenzó a entrar en cada una de las cuatro porterías. Las luces del sensor conectadas a las porterías cambiaron de rojo a verde una por una.

Cuando logró un tiro perfecto en la portería más pequeña, y por lo tanto la más difícil, se escucharon vítores entre la multitud. Dylan recuperó la concentración que por un instante había estado a punto de perder y lanzó el último disco hacia la portería central.

El temporizador se detuvo y una ovación estalló.

—¡Felicidades, Dylan! ¡Es un nuevo récord!

Fue entonces cuando Dylan finalmente pudo darse la vuelta y enfrentar a la gente que lo vitoreaba y las cámaras con luces rojas.

Una transmisión en vivo a nivel nacional. Por alguna razón, esa frase le vino a la mente de repente.

Dylan miró la cámara y mostró una "sonrisa deslumbrante y extasiante" que nunca antes había hecho conscientemente. También acompañó con un gesto sensiblero hacia la cámara.

Si la gente encontraba su sonrisa atractiva, estaba dispuesto a mostrarla. Solo necesitaba que una persona se enamorara de él viendo esa transmisión. No necesitaba a nadie más.

Los espectadores que rodeaban el escenario vitorearon. Un espectáculo de fuentes comenzó a celebrar el final del juego de exhibición y el nuevo récord. Dylan, de pie con su uniforme contra el telón de fondo de la brillante iluminación y el paisajismo del hotel, era un sujeto irreal, como sacado de una pintura. La composición era tan perfecta que parecía una escena de un anuncio.

Las cámaras enfocaron al ganador del juego de exhibición durante mucho tiempo.

Y esa noche, al regresar a su habitación del hotel, Dylan comenzó a arrepentirse amargamente.

Había recibido innumerables videos cortos de la sonrisa y los gestos con los dedos que se habían captado en la transmisión, no solo de sus amigos, sino de todas las personas que conocía. Su teléfono no dejaba de vibrar.

No todos los mensajes que recibió elogiaban su escena de película. La mayoría de sus amigos lo contactaban para burlarse de él.

Algunos le enviaron emojis de vómito por lo "sensiblero", mientras que la mayoría se reía hasta llorar preguntando qué era eso. Un amigo, con un tono serio pero a la vez de broma, lo criticó diciendo si el capitalismo finalmente se había apoderado de él después de varias sesiones de fotos. Otro incluso le envió un subtítulo burlón como "Anunciantes, por favor, llámenme".

—Qué clase de amigos de verdad son estos.

Las personas que conocen a Dylan saben que no es alguien que se esfuerce por parecer realmente guapo. Por eso, su sonrisa artificial y sus gestos de "estrella" se convirtieron en objeto de burlas.

—Seguro que lo vio gente inútil y no la persona que tenía que verlo.

Dylan se quejó, enviando una respuesta familiar pero brusca para que se callaran.

Sin embargo, la persona de quien realmente quería recibir un mensaje no lo hizo. Se sentía injustamente molesto.

Dylan se dejó caer en la cama del hotel. Acababa de ducharse, por lo que su cabello aún estaba mojado. Se lo echó hacia atrás con fuerza y se llevó el dorso de la mano a la frente.

Se estaba imaginando qué estaría haciendo Jo-on en ese momento, una fantasía inútil.

'¿Lo habrá visto?'

No importaba si en lugar de parecer genial, solo había provocado risas. Preferiría que viera el video y se riera, aunque fuera con incredulidad. No era un adolescente deprimido que se enamoraba por primera vez. Era tan patético como se puede ser, pero llegaba a ese extremo. Ni siquiera el Dylan adolescente, que se enamoró por primera vez, había pensado así.

—Ah, vamos a recobrar la razón.

Dylan se levantó de la cama para secarse el cabello y se dirigía al baño, aún en su bata de ducha.

Toc, toc.

Alguien llamó a la puerta de la habitación del hotel.

Dylan miró por la mirilla de la puerta y ladeó la cabeza con una expresión de perplejidad. No había nadie en el pasillo. Pensó que lo había oído mal y estaba a punto de darse la vuelta cuando volvió a sonar un golpe.

—¿Quién es?

Alguien murmuró en voz baja desde fuera de la puerta. Pero no había ninguna palabra clara que pudiera entender. Dylan, después de pensarlo bien, puso el seguro y abrió la puerta. Sus ojos, que se habían alargado con desconfianza, se redondearon al ver al visitante.

—¡Lucas!

Dylan, con cuidado de que los dedos de Lucas no se quedaran atrapados en la puerta, quitó el seguro y, tan pronto como abrió la puerta, salió corriendo al pasillo en su bata de ducha. Se agachó para ponerse al nivel del pequeño y adorable visitante y luego lo abrazó.

—¡Sorpresa!

A una pequeña distancia, en medio del pasillo, los padres de Lucas, la hermana de Dylan y su marido, estaban de pie, sosteniendo a Riley. Detrás de ellos, también estaban sus padres.

—¿Qué hacen todos aquí? Hola, pequeña.

Confundido por lo que estaba pasando, Dylan saludó primero a Riley, su sobrina menor, que acababa de cumplir dos años. Luego se relajó y extendió un brazo para abrazar ligeramente a los demás miembros de la familia.

—Ashley, Rob, mamá, papá, hola a todos. ¿Cómo han estado?

—Tu madre y yo estamos igual. Bien, como siempre.

—Ah, es cierto, ¿ganaste el evento hoy? Felicidades.

—Gracias.

—¿También hubo premio en metálico? ¿Cuánto?

—Mmm, ¿unos 30.000 dólares?

—¿Qué?

—¿Cuánto?

Ashley y Rob exclamaron sorprendidos al mismo tiempo. Riley, en los brazos de Rob, se tapó las orejas con la mano que sostenía su muñeco de apego.

—Oh, lo siento. Mi pequeña.

—Vaya… ¿En qué vas a usarlo?

—No sé. No lo he pensado.

Para ser exactos, no había tenido tiempo de pensarlo. Dylan había estado ocupado con otros pensamientos todo el tiempo.

—Fue un gran evento. Hubiera sido aún mejor verlo en vivo desde el estadio. Para eso hubiéramos tenido que tomar un vuelo por la mañana, pero no nos daban los horarios.

Rob realmente se lamentaba. Sin embargo, al ser viernes, el vuelo tardío habría sido mucho más caro. Teniendo en cuenta eso, se presumía que había una razón inevitable por la que no pudieron ajustar sus horarios.

Afortunadamente, Dylan, que llevaba más de tres años como profesional, ya estaba acostumbrado a que su familia no pudiera asistir regularmente a sus partidos. En cambio, lo que sentía de nuevo últimamente era que le gustaría que otra persona llenara el vacío que antes llenaban sus padres, su hermana y sus sobrinos.

—Está bien, Rob. Qué bueno que llegaron hoy. Al menos no se perderán el partido de verdad mañana. Por cierto, ¿el hotel?

—El hotel que elegimos está justo al lado. ¿Aquí no había habitaciones disponibles?

—Aun así, fue una suerte que estuviera a poca distancia a pie.

Ashley y Rob continuaron la conversación como una pareja casada. Gracias a eso, Dylan estaba ocupado mirando a Ashley, luego a Rob, luego a Riley. Sus padres, que observaban el reencuentro familiar con una sonrisa satisfecha detrás de Ashley y Rob, revisaron sus relojes de pulsera y le hicieron una señal con el dedo, como recordándole algo.

—Espera, primero deberías hacer algo con esa ropa. No es de buena educación con los demás.

—Oh, lo siento. Voy a cambiarme.

Ante el comentario de su padre, Dylan miró su bata de ducha y se dirigió hacia la habitación, riendo mientras sostenía a Lucas en brazos.

—¡Wow, la habitación es enorme! ¿Es una suite?

Dylan se encogió de hombros con una expresión avergonzada y no dijo nada más.

—¿Hmm? Hoy te ves diferente.

—Rob, cariño. Mira la vista nocturna de la Strip. ¿No es genial?

—Es hermoso. ¿Intercambiamos las llaves en secreto?

—¿Lo hacemos?

Ashley y Rob hicieron como si metieran furtivamente las llaves de tarjeta adicionales que estaban sobre la consola en sus bolsillos. Mientras tanto, Dylan dejó a Lucas y salió rápidamente del dormitorio ya cambiado. Era solo una combinación informal de pantalones deportivos y una sudadera con capucha.

—¿A qué hora llegaron?

—Hace un rato.

—¿Ya es casi medianoche? ¿Comieron algo?

Justo a tiempo, Lucas, que estaba sentado en el sofá, bostezó largamente.

—No te preocupes, podemos pedir servicio a la habitación. Solo vinimos a saludar. Y los niños también necesitan dormir.

Ashley dijo mientras acariciaba la cabeza de Lucas. Dylan miró a Lucas, que abría mucho los ojos para vencer el sueño.

—Oh, mi Lucas, cariño. ¿Tienes tanto sueño?

—No, no tengo sueño.

Los ojos redondos de Lucas se cerraron y abrieron mientras negaba con la cabeza mirando a Dylan.

—Pronto se dormirá. No podemos quedarnos mucho tiempo.

—Entonces desayunamos todos juntos mañana.

—Hagamos eso.

Justo a tiempo, Riley también empezó a quejarse por el sueño. Rob, que la tenía en brazos, intentó consolarla meciéndola, pero las quejas se intensificaron sin que sirviera de nada.

—Vaya, de verdad tendremos que irnos solo con un saludo.

—¿Quieres que se quede a dormir aquí?

—No. De todos modos, todo nuestro equipaje está en la habitación, así que tenemos que volver. Solo vinimos a proponerles que desayunáramos juntos mañana.

—Está bien. Ya es tarde, así que vámonos.

—Mamá, papá, ustedes pueden quedarse un poco más. Nosotros nos iremos primero. Lucas, ven.

Lucas se despidió de Dylan con un "Bye, bye, Dylan" y le agitó la mano. Dylan le devolvió el saludo.

—Que duerman bien, todos.

—Que tengan una buena noche.

—Vayan. Nos vemos mañana por la mañana.

—Sí.

Después de despedir a la familia de su hermana, la madre de Dylan se sentó en el sillón. Su padre abrió una botella de muestra de whisky, la sirvió en un vaso de cristal y contempló el paisaje a través de la ventana que se asomaba entre las cortinas.

—Qué hermoso.

—Sí, así es. Estaba tan ocupado con el horario que no tuve tiempo de apreciarlo bien.

Dylan, de pie junto a su padre, murmuró mientras miraba la ciudad brillantemente iluminada.

—Es hermoso.

—Dylan, estamos muy orgullosos de ti.

Dylan miró a su padre como si dijera tonterías y soltó una risita.

—Gracias.

—¿Recuerdas? Cuando jugaste tu primera temporada regular.

—Lo recuerdo como si fuera ayer.

—En ese entonces, todo parecía irreal. ¡Mi hijo, el delantero principal de los Polar Bears! Lo presumía cada vez que me encontraba con alguien.

—Incluso a los pacientes, ¿recuerdas?

Su madre, que los había estado observando en silencio, añadió:

—¡Incluso hasta el final de la temporada! Como un muñeco de loro roto, repetía lo mismo una y otra vez...

Dylan sonrió con resignación y negó con la cabeza.

—¿Ustedes son peores que yo?

—Mirando hacia atrás, sabes. Quería hablar cuando pudiera. Quería presumir cuando pudiera. Porque en ese entonces, ¿no era un momento más inestable?

—Sé lo que quieres decir.

—Porque no sabía si estarías en la liga el año que viene, si podrías quedarte en ese equipo.

—……

Dylan, sin palabras, solo asintió con la cabeza, recordando el pasado. Él también conocía la naturaleza de la ansiedad que su padre sentía.

—Incluso después de lograr el sueño de jugar en la mejor liga. Para nosotros, que vimos tu hockey desde la sombra, también era un sueño.

—Lo sé. Fue posible gracias a ustedes.

Su padre se rio entre dientes y agitó la mano, diciendo que aunque eran palabras amables, no lo había dicho para escucharlas.

—Lo que quiero decir es que en ese momento me di cuenta. Que tu sueño, nuestro sueño, no terminaba ahí.

—Apenas era el principio.

—Fuimos a ver todos tus partidos posibles.

—¿Sí? Muchas veces no pudieron venir.

Dylan preguntó como si nunca hubiera oído hablar de eso, y su madre, que había estado escuchando en silencio, finalmente abrió la boca.

—Muchas veces ponía excusas de trabajo en el hospital o seminarios para no presionarte.

—¡Ah, con razón!

Dylan, que desde pequeño había visto cómo funcionaba la clínica que sus padres dirigían juntos, había notado con extrañeza las diversas actividades que surgieron desde hacía un tiempo, pero las había ignorado con la excusa de estar ocupado.

—No tenían que ser tan cuidadosos. Saben desde qué edad juego hockey. Y papá, tú fuiste quien me enseñó a jugar.

Dylan, que había comenzado a caminar, visitaba la pista de hielo todos los fines de semana de la mano de su padre. Su padre también fue quien descubrió su talento como jugador.

—Te confesaré algo. Era más por mí que por ti. En ese entonces, cada vez que veía un partido, sentía más ansiedad que pura alegría. Si te lastimarías, si caerías en una mala racha.

Al oír la palabra "lesionado", Dylan se tocó inconscientemente la mejilla donde había tenido una herida. Era la herida más reciente. La marca ya había sanado, pero Dylan a veces sentía picazón allí.

Pero las heridas que preocuparían a sus padres no serían solo un rasguño en la mejilla.

Cuando sufrió una conmoción cerebral por un choque, sus padres no especularon ni pronosticaron nada sobre su estado hasta que salieron los resultados exactos de los exámenes de Dylan. Nunca hubo un momento en que se sintiera tan profundamente que eran médicos y no solo padres.

—Uno puede lesionarse jugando. A veces, también puede tener un rendimiento deficiente. No lo negaré.

—Así es. Y así me di cuenta. Que entrar a la liga no era el final. Sobrevivir allí por mucho tiempo también es nuestro próximo sueño, que nadie más puede lograr y que inevitablemente hemos abrazado.

—Lo entiendo.

—Me pregunto cuál es tu sueño actual.

Su padre preguntó mientras se sentaba en el sofá. Dylan, apoyado en la ventana, reflexionó profundamente.

—¿Ser elegido All-Star?

—No lo sé. Realmente no lo he considerado un sueño. Aunque tuve la suerte de lograrlo el año pasado. ¿No debería ser primero ganar la Stanley Cup?

—Cierto. Pero ese es un objetivo del equipo, no un sueño personal tuyo. ¿Qué podría ser…? ¿Goles? ¿Puntos? ¡Últimamente lo has estado haciendo muy bien!

—Para ser honesto…

Dylan dudó, como si estuviera avergonzado, y respondió:

—Al principio, puede que haya sido algo así. Aunque no me propuse "no lesionarme" o "meter goles". Ahora, cuando un partido comienza, esas cosas triviales se convierten en pensamientos inútiles que debo olvidar.

—Hmm, interesante.

—En cierto modo, sí, quizás solo estoy ocupado terminando cada día con éxito.

—Ya veo.

—Durante el partido también es similar. Cuando alcanzo un nivel de concentración total en el momento, no pienso en nada. Solo pienso en seguir el disco, hacerlo mío con todas mis fuerzas y meterlo en la portería.

—¿Y los días que no te sale bien?

—Será un día en el que no pude concentrarme. O mi cuerpo no se sentía del todo bien. También podría ser un partido en el que me faltó práctica. Podría haber varias razones. Pero al menos, si sé la razón exacta, puedo prepararme para el próximo partido, lo cual es bueno. Así es como lo supero, convenciéndome.

—Ya veo. Me alegro de que no parezcas tener mucho estrés.

Dylan suspiró y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Vaya! ¿Fue esto una evaluación de mi estado psicológico? Me siento como si me hubieran examinado.

Su padre abrió mucho los ojos y negó con la cabeza, como si fuera la primera vez que oía algo así.

—No, no. Solo estábamos conversando.

—No. Ustedes dos definitivamente me evaluaron. ¿Mamá?

—Oh, no, cariño. Solo intentábamos tener una conversación seria contigo.

El padre de Dylan dejó el vaso vacío sobre la mesa y se levantó.

—Bueno, entonces, ya hemos hablado lo suficiente, ¿regresamos a descansar? ¿Cariño?

—Sí, vamos.

—Solo llevan diez minutos aquí.

—Oh, diez minutos son suficientes.

—¿Están evaluando?

—Ay, tengo sueño, cariño.

—Oh, sí, mi amor. Vamos a descansar. Es que nos estamos haciendo mayores. Si volamos más de cinco horas, nuestro cuerpo no lo aguanta.

Los padres de Dylan se apresuraron a recoger sus abrigos, como detectives aficionados a los que se les había descubierto el plan. Dylan los despidió abrazando a cada uno.

—Gracias por preocuparse. Mi cuerpo y mi mente están en óptimas condiciones, así que no se preocupen.

—Estamos orgullosos de ti, Dylan.

—Gracias, mamá.

—Te amo, hijo.

—Yo también te amo, papá.

Dylan caminó desde la puerta hasta el ascensor, luego hasta el vestíbulo, y finalmente hasta la entrada del hotel de al lado. Después de una larga despedida, como un paseo, regresó a su habitación y se tumbó en la cama, con el corazón lleno de emociones.

Al día siguiente, Dylan regresó a casa con la noticia de que había ganado la competición interdivisional, la joya del evento All-Star, y se había repartido un premio de un millón de dólares.

El receso del All-Star fue corto, y para Dylan, que tuvo que volar a otra región para participar en el evento, apenas se podía llamar vacaciones. Se limitó a disfrutar de una fiesta nocturna con su familia en la mansión de King City.

Dylan pasó toda la tarde lanzando el frisbee con su perro Mac, a quien no había visto en mucho tiempo, y jugando a la pelota con Lucas. Durante el tiempo que pasó con su familia, se concentró por completo en ellos y no tuvo tiempo para otros pensamientos.

Sin embargo, al regresar a casa, volvió a sentir intensamente el vacío que llenaba su casa a oscuras. Recordó a sus padres y a la familia de su hermana, que durante toda la cena se habían esforzado por saber si tenía pareja.

'La hermana de mi amigo es una gran fan tuya'.

O bien,

'Una enfermera que acaba de empezar en nuestra clínica solía jugar hockey. Cambió su carrera a enfermería cuando fue a la universidad, pero todavía es una gran fan del hockey. Y entiende muy bien la profesión de jugador de hockey profesional'.

Cosas así.

Aunque entendía el deseo de su familia de que formara una familia y encontrara estabilidad, a Dylan no le interesaban mucho sus deseos. Cuanto más escuchaba esas cosas, más recordaba a la persona que lo había abandonado sin piedad.

Era un poco absurdo, pero también sentía una especie de injusticia. Había tantas personas en el mundo interesadas en él, ¿por qué?

—No lo entiendo.

¿Acaso no era atractivo? Probablemente no.

¿No fue devoto de su pareja mientras estuvieron juntos? No.

Entonces, ¿fue malo en el sexo? ¡Para nada!

'Pero, ¿por qué Jo-on...?'

Dylan se dio cuenta tardíamente de una posibilidad. Jo-on, quien había dicho que Dylan era el primer hombre con el que había estado. Así que, ahora, en pleno siglo XXI, en este país donde las personas del mismo sexo pueden casarse, ¿habría sido un problema para Jo-on que él fuera hombre? Estaba claro que por eso lo había rechazado y mantenido la distancia. Si no, no había más posibilidades.

Dylan se sentó en el sillón de Jo-on y se llevó las manos a la cabeza. Aunque supiera la causa, no había una solución. Ahora no podía convertirse en mujer. Y tampoco tenía otra identidad que lo obligara a hacerlo.

Dylan se sentó solo en la casa oscura, con la luz tenue, y pensó en Jo-on. Los tiempos pacíficos que no habían sido nada especial, y los breves recuerdos.

Extrañaba mucho a Jo-on.

No entendía por qué él lo hacía sufrir tanto. Después de todo, solo había sido una persona que conoció por un corto tiempo. Era una relación casual, sin juramentos ni promesas.

Una relación que "debería haber establecido de antemano pero que perdió por no haberlo hecho".

La cama que siempre usaba solo se sentía extrañamente vacía hoy.

No podía dormir.

Después de las cortas vacaciones, los miembros del equipo Polar Bears abordaron el jet para su próximo partido fuera de casa. El vuelo de hoy se dirigía al sureste.

Jackson, que estaba lesionado pero acompañaba al equipo en este viaje, se sentó junto a Dylan y le dio un golpecito en el brazo. Dylan, que miraba por la ventana con expresión ausente, tardó un segundo en reaccionar.

—Hermano, ¿en qué piensas tanto? ¿Se te ha ido a pique la inversión en acciones?

—Ah, las acciones. Ni me hables de eso.

En ese momento, el mercado de valores estaba en una caída tan grave que se podría decir que nadie estaba ganando dinero. Dylan negó con la cabeza, recordando el mercado de valores en el que no había pensado en meses.

—Entonces, ¿qué es? ¿Una mujer?

Dylan no respondió.

—Amigo. A una mujer se la olvida con otra mujer. ¿Quieres que te presente a alguien? Conozco a unas modelos, son muy guapas.

—Paso.

—¡Oh, Julie! ¿Hola? ¿Vuelas con nosotros hoy?

Jackson, que estaba pegado a Dylan molestándolo, saludó a alguien con la mano como si nada hubiera pasado. Era una azafata con un uniforme impecable. Julie ya había volado con el equipo antes y parecía conocer a Jackson, así que continuó la conversación con él de forma amigable.

—Jackson, cuánto tiempo. Sí. Hoy vamos juntos a Carolina del Sur. Por cierto, ¿estás bien? Dijiste que te habías lesionado en el último partido.

—Oh, estoy perfectamente bien. Gracias por preocuparte.

Al parecer, Jackson sintió la mirada de Julie, que alternaba entre él y Dylan, así que le dio un codazo a Dylan y cambió de tema.

—Este es Dylan, ¿lo conoce? Antes no estaba en la alineación y no podíamos volar juntos.

—¡Claro! ¡Por supuesto que lo conozco! Encantada de conocerte, Dylan. Eres mucho más guapo en persona. ¡Durante el receso del All-Star fui a Las Vegas en avión! Aunque no pude conseguir entradas para el partido y me tuve que volver.

De repente, los ojos de Julie se abrieron el doble y sus palabras se aceleraron el triple. Era una clara señal de agrado. O de emoción.

Como había fans que adoraban a Dylan como un ídolo, él supuso que Julie también sería una de esas fans del hockey.

—Ah, ya veo. Mucho gusto, Julie.

—El honor es mío.

Como estaban a punto de despegar y no era el momento de una larga conversación, Julie, consciente de su entorno, susurró en voz baja:

—¿Podríamos tomarnos una foto juntos más tarde?

Dylan se encogió de hombros y dijo: —Claro. Tomar una foto no era difícil.

—¡Oh, gracias! Entonces, acércate a la cocina más tarde.

Cuando el avión despegó y se escuchó el saludo del capitán, Dylan vio que la señal del cinturón de seguridad se había apagado y se levantó de su asiento. Julie le estaba haciendo una señal silenciosa desde la parte trasera de la cocina.

—Solo un *selfie*. ¿Puedo subirlo a Stargram?

—Sí. Haz lo que quieras.

Dylan se tomó una foto con ella con una actitud mecánica. El espacio era limitado y tuvo que agacharse para tomarla, por lo que la foto se veía bastante cercana.

—Muchísimas gracias. ¿Quiere algo de beber?

—No, gracias.

Dylan declinó y regresó a su asiento. De repente, la frustración que había estado conteniendo estalló.

¡¿Por qué Jo-on?!

Se sintió rápidamente molesto.

Una explosión de impulso nacida de la insatisfacción y el malestar. Lo que la gente llamaba 'estrés', Dylan lo liberaba de una manera diferente a los demás.

—El primer jugador estrella de hoy es Dylan Maclean, quien anotó dos goles y una asistencia. Quédense en sintonía para la entrevista.

Después del partido, Dylan fue interceptado por el reportero mientras saludaba al portero y se dirigía al vestuario para una breve entrevista.

Era un día en el que habían jugado un partido abrumador, aplastando al equipo local a pesar de ser un partido de visitante, y había corrido durante más de 30 minutos de los 60 del partido, empapado en sudor de la cabeza a los pies. La emoción le llegaba hasta la coronilla.

—Hoy has marcado dos goles y has dado una asistencia. ¡Felicidades! ¿Cómo ves el partido de hoy?

Dylan respiró hondo y se secó lentamente la frente con la mano enguantada. A los ojos de la reportera, las gotas de sudor que caían de las puntas de su cabello mojado parecían ir a cámara lenta.

—Creo que desde el primer período, el equipo tuvo una buena química y los movimientos encajaron bien, lo que llevó a los goles sin problemas.

—Usted ganó en la competición de tiro en el All-Star. ¿Quizás por eso su control del disco se sintió más preciso hoy?

Normalmente, Dylan habría actuado con humildad, pero hoy, por alguna razón, se sintió obstinado. Soltó palabras que no habría dicho en otro momento.

—Creo que es porque últimamente me siento mejor que nunca.

—¿En serio? ¿Hay alguna buena noticia?

—Sí. Es algo personal, pero en cualquier caso, todos nos esforzaremos para mostrar un buen partido cuando vayamos a Florida.

Dylan, hablando vagamente para que no le preguntaran más detalles, cambió rápidamente de tema y dio por terminada la entrevista. La reportera, al darse cuenta rápidamente, se despidió.

—Gracias por la entrevista.

—Gracias, Bill.

Incluso cuando se dirigió al hotel, se duchó y se durmió, Dylan subestimaba el impacto que su entrevista podría tener. Esa noche, de repente, comenzaron a circular rumores sobre su compromiso en las redes sociales y las comunidades de internet.

El origen del problema fue una foto que Pat, la novia de Michael Marino, subió a su red social. En un rincón de la foto de la pareja, tomada aparentemente en la fiesta posterior al All-Star, se vislumbraba una foto de Dylan y una bella rubia.

Esto, sumado a los testimonios de que vieron a Dylan caminando con sus padres, dio por sentada la fábula de que ambos se habían presentado a los padres en Las Vegas y que eran una pareja oficial reconocida por la familia.

Se mencionaron como posibles candidatas todas las mujeres rubias con las que Dylan tenía algún tipo de relación, como la reportera deportiva Emily o la jugadora de hockey femenina Chloe, pero de manera inesperada, la foto de Julie, que tenía bastantes seguidores en Stargram, comenzó a ganar popularidad, pareciendo que ella era la protagonista del rumor.

Con fotos tomadas en dos lugares, el avión de viaje y Las Vegas, y el hecho de que ella era rubia, se rumoreó que los dos, que apenas se conocían, estaban incluso comprometidos.

Dylan se enteró del rumor infundado en Florida, la segunda región de la gira, gracias al reportero Bill, quien se acercó a los jugadores mientras se calentaban antes del partido.

—Hola, Dylan. ¿Es cierto que te comprometiste?

—¿Yo?

Dylan, que estaba jugando con una pelota de baloncesto con Jackson, preguntó con una expresión tonta.

—¿Dylan Maclean? ¿No es otro Dylan?

Ian, Noah, Kevin, que también estaban jugando baloncesto, y los demás jugadores que se calentaban de diferentes maneras, miraron a Dylan con ojos curiosos, como si hubieran olido una primicia.

—¿Qué? ¿Por qué me miran así? No puede ser.

—¿Así que era un rumor falso?

—¿Hubo tal rumor?

Bill mostró una foto con interés.

—Esta foto está circulando mucho últimamente.

—¿Julie?

Jackson fingió conocerla, y Bill preguntó: —¿La conoces? Era una mentira hábil, ya que sabía que Julie había estado en el mismo vuelo para el viaje.

—Claro que sí. Estaba en nuestro jet.

Jackson sonrió con picardía y le dio un codazo a Dylan.

—¿Llegó hasta el compromiso en el primer encuentro?

Esto no era literal, sino que preguntaba si había habido algún progreso ese día.

—No puede ser.

Dylan se puso serio.

—Parece que la gente ha hecho conjeturas románticas porque dijiste que ese día te pasó algo bueno a nivel personal.

Con la explicación adicional de Bill, Dylan se dio cuenta de cómo la situación había escalado tanto.

Es decir, no debió haber hablado a la ligera desde un principio. Este tipo de rumores no le gustaban en absoluto.

Él solo quería fingir que estaba bien para que Jo-on lo viera, no quería que circularan rumores sobre un compromiso, mencionando incluso a una pareja específica.

Si él se enterara de esta noticia...

Dylan, que por un momento cayó en la desesperación, recuperó la compostura. De todos modos, a él no le importaría con quién estuviera. ¿Acaso no fue sincero en su relación con él?

Pero si él hubiera sentido algo por él, esa persona tan tímida se habría vuelto a esconder, examinándose a sí mismo con un microscopio para encontrar sus defectos e inferioridades y así herir su propio orgullo.

—Bueno, supongo que tendré que hacer una entrevista para aclarar esto.

Bill se rio y bromeó. Quería decir que se convirtiera en el jugador más destacado para que le hicieran una entrevista.

Sin embargo, ese día Dylan no pudo con la presión y solo mostró un juego frustrante, sufriendo una derrota. La oportunidad de aclarar las cosas se desvaneció de manera incómoda.

—Parece que a la gente le interesa más tu compromiso de lo que crees. Si buscas tu nombre en Google, la palabra 'compromiso' se completa automáticamente.

—Ya que estamos en esto, ¿por qué no revelas a tu verdadera pareja?

—Sí, hazlo de una vez.

Michael y Kevin, como si fueran un dúo cómico, lanzaron bromas ligeras, una tras otra. Lo dijeron sabiendo que no había una pareja. Como no era la primera ni la segunda temporada que jugaban juntos como titulares, los compañeros de equipo se conocían bastante bien sus vidas privadas. Y el hecho de que no tenía una pareja seria.

Pero ninguno de ellos conocía realmente la verdadera vida privada de Dylan.

—Da igual. Pensarán lo que quieran y luego se les pasará.

Aunque respondió con indiferencia, su expresión estaba extrañamente llena de decepción. No importaba si había rumores o no, nada había cambiado. Más bien, su teléfono estaba tan silencioso que le habría gustado recibir un mensaje reclamándole algo como: '¿Acaso estabas saliendo con esa mujer mientras me veías a mí?'.

Su paciencia estalló solo después de regresar a casa de los partidos fuera de casa. Una noche en la que los compañeros de equipo, que tuvieron un día libre, organizaron una pequeña fiesta de pizza con cerveza en casa de Jackson y bebieron hasta caer rendidos, Dylan, borracho, no pudo contenerse y, lleno de arrepentimiento, llamó a Jo-on.

Dylan apartó a Jackson, que dormía pegado a su costado, y, con la mente aturdida por la resaca, recordó lo que había pasado la noche anterior.

Al principio era cerveza ligera, pero alguien sacó whisky del escondite secreto de Jackson y comenzaron a beberlo, y después de eso, sus recuerdos eran borrosos. Una cosa era clara: la voz de alguien.

‘El número al que ha llamado no se puede conectar. Por favor, compruébelo y vuelva a marcar.’

—Un momento.

Dylan buscó su teléfono y revolvió la habitación de Jackson. Al final, encontró su teléfono, y las docenas de llamadas perdidas estaban todas dirigidas a Jo-on.

Dylan presionó el botón de llamada una vez más con manos temblorosas. La noche anterior, como ahora, debió haber presionado el mismo botón veinte veces sin poder creerlo. Y cada vez, la respuesta que recibía era la misma.

‘El número al que ha llamado no se puede conectar. Por favor, compruébelo y vuelva a marcar.’

En ese momento, como si le hubieran echado agua fría, se le pasó la resaca y se despertó por completo. Dylan recogió su ropa y salió del apartamento de Jackson. Pero tenía que ir a algún lado y no se le ocurría a dónde.

‘¿Adónde puedo ir para encontrar a Jo-on?’

¿Si fuera a Calgary, lo sabría? Pero Dylan no tenía forma de saber dónde vivía. No tenía redes sociales y también había cambiado su número de teléfono.

Si Jo-on no se ponía en contacto primero, Dylan estaría en una situación unilateral en la que nunca sabría dónde estaba o qué estaba haciendo, o si estaba bien.

Viendo que Jo-on no se había puesto en contacto primero, incluso cuando la acusación de infidelidad era clara y surgieron los rumores de compromiso, estaba claro que no recibiría ninguna llamada de él en el futuro.

El puente que los conectaba se había quemado por completo.

Dylan se detuvo en medio de la calle y soltó un aliento áspero. En el cielo oscuro de la madrugada, su aliento blanco se dispersó como fragmentos.

De repente, su corazón latió con fuerza. Lo que invadió a Dylan fue el miedo. Era similar al miedo que sintió cuando su perro de la infancia se escapó y desapareció por una noche.

El perro perdido fue encontrado sano y salvo en el patio trasero de un vecino, comiendo un hueso que el perro del vecino había escondido, pero Jo-on no.

Ahora, casi dos meses después de su ruptura, Jo-on ya había abandonado su área hace mucho tiempo. A un lugar donde no tenía ninguna conexión.

Pase lo que pase con Jo-on en ese lugar desconocido, incluso si fuera algo muy malo, Dylan viviría sin saberlo para siempre.

Incluso si ocurriera algo muy, muy malo.

Dylan se sintió invadido por un dolor desgarrador.

Pensar que viviría sin saber nada de él hasta la muerte era insoportable. El delgado hilo de su relación lo enfurecía.

Todavía no podía aceptar ese final.

Al llegar al condominio, Dylan se dirigió directamente al estacionamiento subterráneo y buscó la dirección de la familia anfitriona donde había recogido a Jo-on anteriormente, y corrió hacia allí.

El interior del coche, sin calefacción, estaba tan frío que todo su cuerpo se congeló. Sin embargo, su cuerpo estaba caliente. Su cabeza irradiaba calor como si fuera a derretirse.

El coche de Dylan se detuvo frente a la casa de Maya en la madrugada. Dylan esperó, recuperando el aliento, hasta que sintió signos de vida dentro de la casa. Y fue solo cuando la familia de Maya salió por la puerta principal para la misa de la mañana que él salió del coche.

Aunque Dylan vestía ropa deportiva desaliñada, Ben, al ver al jugador estrella al que tanto admiraba, abrió los ojos de par en par.

—Buenos días. Soy Dylan Maclean, un amigo de Jo-on.

—¡Oh, wow, wow! ¡Polar Bears!

—Hola, Ben. ¿Verdad?

Ben asintió vigorosamente con la cabeza, como un muñeco de cabeza movible, ante el saludo amable de Dylan.

—Encantada de conocerte, Dylan. ¿Eres amigo de Jo-on?

—Sí. Ya vine aquí antes a buscarlo.

—Ah, ¿el que vino a buscar a Jo-on en Navidad?

—Así es, señora.

Maya bajó la guardia rápidamente, pero Tony, de pie junto a ella, estaba ocupado observando a Dylan en silencio. Por mucho que Ben apoyara y amara al jugador estrella del equipo de hockey profesional, no podía bajar la guardia por completo con alguien a quien conocía por primera vez.

—En realidad, vine a buscarlo porque no he podido contactar a Jo-on. Parece que cambió su número de teléfono y no se conecta. ¿Saben cómo está Jo-on?

Maya giró la cabeza en silencio y miró a Tony.

—¿No les dijo adónde iba el chico?

Tony, habiendo recibido una instrucción silenciosa, preguntó a Dylan con un tono de tanteo. Después de todo, era comprensible que sospecharan si alguien venía a la casa el domingo por la mañana y preguntaba de repente por el paradero de Jo-on.

—La última vez que hablamos, dijo que se iría a Calgary, pero no mencionó que cambiaría su número de teléfono. ¿Ustedes han hablado con Jo-on recientemente?

Tony bajó la guardia y sacó su teléfono. Buscó el nombre de Jo-on, presionó el botón de llamada y esperó un buen rato, y al confirmar que su número de teléfono ya no estaba en uso, se miró con Maya y negó con la cabeza. Ambos intuyeron tardíamente que algo andaba mal.

—Qué extraño. No se conecta.

—¿Le pasa algo a Jo-on?

Ben, que había estado escuchando la conversación de los adultos, apretó la mano de Maya con una expresión preocupada. Maya, recordando algo, se volvió hacia Tony y le dijo:

—¿Recuerdas que nos pidió que le guardáramos unas cosas? ¿Todavía tenemos la dirección a la que las envió, cariño?

—Sí, así es.

Cuando se mencionó la dirección, Dylan intervino inmediatamente en la conversación.

—Dímelo también a mí. Yo iré.

Maya preguntó con una cara de extrañeza:

—¿Usted?

—Sí.

—Pero...

Al sentir una mirada de sospecha, Dylan sonrió con su sonrisa más amable y dulce, casi su carta bajo la manga, como para demostrarlo.

—Jo-on es una persona más preciosa para mí que nadie.

—...Aun así, es Calgary.

—Lo sé, señora.

—Oiga, Dylan. ¿Va a Calgary a jugar hockey?

Ben preguntó con los ojos brillantes, y Dylan, agachándose frente a él, asintió.

—Así es. Dentro de poco tengo un partido fuera de casa. Voy a ir a buscar a Jo-on.

—Espere un momento.

Tony corrió hacia adentro de la casa y salió después de un buen rato. En su mano, tenía un trozo de papel.

—No sé si está bien darle esto.

—Solo voy a verificarlo de paso. ¿Y si se ha metido en problemas y ha desaparecido? ¿Hay algún familiar que se haga cargo de encontrar su paradero lo antes posible? Sobre todo, yo fui el primero en darme cuenta de que Jo-on no respondía.

—Si lo dice así, no tengo nada que objetar. Aquí tiene.

Dylan intentó agarrarlo, pero Tony le quitó el papel como si se burlara. Debajo, escribió su propio número.

—¿Nos llamaría si encuentra a Jo-on? Y si no hay nada malo, ¿podría darle una palmada en el trasero por mí? No, seguro que no hay nada malo. Probablemente cambió a un número local. ¿Cómo pudo hacer eso sin decirnos nada?

A Dylan no le gustó la parte de "en lugar de él", pero la parte de "darle una palmada en el trasero a Jo-on" le atrajo un poco, así que tomó la nota sin responder.

La letra ordenada en el papel era claramente la de Jo-on. Dylan la guardó en su bolsillo, imaginándose a Jo-on dejando una nota.

—Gracias. Lamento haberles quitado su tiempo. Me pondré en contacto con ustedes.

—Adiós, adiós.

—Adiós, Ben.

—Adiós.

Dylan subió al coche. Pensó hasta que la calefacción hizo que el aire se calentara.

Era extraño que no les hubiera dicho a sus anfitriones que había cambiado su número de contacto. La pareja, que había sido su tutora desde el día en que llegó a este país, seguía siendo su única protectora, tanto antes como ahora. Pero el hecho de que hubiera desaparecido sin siquiera informarles su nuevo número era muy sospechoso.

—¿Qué te pasa, Jo-on?

La premonición ominosa no desaparecía.

El jet del equipo visitante aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Calgary mucho más tarde de lo previsto. Él estaba bajo el mismo cielo.

Sin embargo, la expresión de Dylan, mientras miraba el desolado paisaje por la ventanilla del avión, era fría. Si no hubiera habido un retraso, ya habría llegado a casa de Jo-on.

Quería bajar del avión y encontrar a Jo-on de inmediato, pero para abandonar el grupo y actuar por su cuenta, tenía que elegir el momento adecuado. Ya era demasiado tarde. Si iba a casa de Jo-on ahora, sería cerca de la medianoche.

Además, el partido estaba programado para la noche siguiente. Tenía una reunión por la mañana y después debía ir directamente a la arena en autobús con el equipo, así que no había ninguna posibilidad de escaparse. Si hubiera alguna oportunidad, sería justo después del partido. Al día siguiente tenía que tomar otro vuelo.

Aunque solo tuviera una hora, o dos.

Dylan había estado afilado durante dos días, buscando esa breve oportunidad. El partido contra los Volcanoes fue mucho más intenso y agresivo de lo habitual.

Dylan entró en el cajón de castigo tres veces ese día. Lo que significaba que había concedido tres ventajas numéricas. Una de ellas resultó en un gol en contra, y para compensarlo, Dylan jugó de manera aún más agresiva. Incluso llegó a hacer que los jugadores del equipo contrario chocaran entre sí con su patinaje arriesgado.

La tensión entre los jugadores de ambos equipos se intensificó. Los abucheos desde las gradas eran ensordecedores, pero Dylan ni siquiera los oía. De todos modos, no era su culpa. Para un jugador de hockey sobre hielo, el patinaje es sinónimo de habilidad.

El protagonista que llevó a la victoria en el partido fuera de casa, incluso en la entrevista posterior al partido, dio las respuestas obvias que repetía como un loro cada vez, mientras que en su mente solo pensaba en cómo salir de esa arena.

La oportunidad surgió tan pronto como llegó al hotel. Dylan tiró su equipaje y llamó a un taxi de inmediato.

—Hola, ¿es Dylan, verdad?

—Sí.

El taxista primero verificó la dirección en la aplicación y la ruta indicada por el navegador.

Para su mala suerte, en el salpicadero del taxi había una figura de cabeza bobblehead de un famoso jugador del equipo de Calgary. Dylan se cubrió la cara con la capucha de su sudadera.

No sabía qué pasaría si el taxista se daba cuenta de que el cliente en el asiento trasero era el delantero que había destrozado al equipo de Calgary esa noche. Algunos fans, a veces, no aceptaban los resultados del partido y perdían la cabeza.

—Hemos llegado.

Cuando llegó a la dirección que le dieron Maya y Tony, ya eran casi las once de la noche. El taxi se detuvo frente a un apartamento de cuatro pisos de baja altura.

—Gracias. Que tenga una buena noche.

—Usted también.

Afortunadamente, el conductor no pareció darse cuenta hasta el final de que su pasajero era Dylan Maclean.

Incluso después de que el coche se fue, Dylan se quedó allí un buen rato, mirando el edificio de apartamentos. Un solo paso más, y al abrir la puerta principal del apartamento, estaría la casa de Jo-on. Con su destino frente a sus ojos, Dylan estaba en su última deliberación. Su pecho se llenó gradualmente de frialdad, oprimiéndole la respiración.

¿Sería correcto ir a buscar a Jo-on? Para empezar, ni siquiera sabía qué decirle si lo volvía a ver.

¿Se asustaría Jo-on al verlo aparecer de repente en su casa, o pensaría que era un acosador y llamaría a la policía? Quizás se pondría serio, asqueado, y cerraría la puerta. Era una posibilidad bastante alta.

Objetivamente, ¿no estaba siendo demasiado insistente? Quizás sería mejor simplemente verificar desde lejos si estaba bien y luego irse.

No podría darle una palmada en el trasero a Jo-on como Tony le había pedido, pero si tan solo supiera que estaba bien y a salvo...

‘¿Sería eso suficiente?’

Mientras se tranquilizaba así, Dylan murmuró sin darse cuenta.

—Hipócrita.

Era imposible que algo tan insignificante lo satisficiera.

Recordó las palabras que Jo-on le había dicho una vez. Su mirada de envidia, su confianza disminuida y sus hombros encogidos por la timidez y la inferioridad.

Incluso entonces, Dylan era un hipócrita. Sabía que su vida, su talento y sus experiencias eran especiales. Hasta ahora, nunca había deseado algo que no hubiera podido conseguir. Por lo tanto, rara vez sentía inferioridad. No había tenido razones para albergar ambiciones feas, ni para derrumbarse trágicamente ante deseos inalcanzables.

Ahora, la razón por la que sentía una ansiedad insoportable era que había aparecido algo que no podía poseer. Algo tan deseable que su anhelo no desaparecía.

Pero, ¿se llama 'amor' a este sentimiento? ¿No es simplemente 'avaricia'?

Dylan se sentía extraño al ver cómo cambiaba poco a poco. La desorientación de un ser humano que se enfrentaba por primera vez a su propia imperfección se reflejaba en la oscuridad.

Lo que él deseaba con una intensidad terrible ahora era una persona. Lo necesitaba. Era irónico que solo pudiera sentirse completo si tenía a la persona que lo había vuelto incompleto.

Su determinación se forjó tan rápido como su autoestima se derrumbaba. Quería ver a Jo-on de inmediato y hablarle de lo que fuera.

Estaba a punto de acercarse a la puerta principal. Un coche apareció por detrás y se detuvo frente al apartamento. Parecían residentes.

El apartamento, a simple vista, parecía viejo y sin conserje, así que Dylan decidió seguir a los residentes que bajaron del coche para entrar por la puerta principal.

Sin embargo, del coche bajó un grupo de jóvenes con uniformes de Calgary de un rojo brillante. Estaban muy enojados por haber perdido lamentablemente el partido en casa, por el que habían dedicado tiempo y dinero.

—¡Estoy seguro de que los de Toronto sobornaron a los árbitros!

—La decisión del segundo período fue la más ridícula. ¿Viste a Dylan, el maldito Maclean? Miraba fijamente el marcador como si no hubiera hecho nada malo.

Oops, Dylan se cubrió la cara con la capucha y se dio la vuelta, fingiendo hablar por teléfono.

Odiaba meterse en problemas. Además, en ese momento se había ausentado del alojamiento sin permiso.

—Jajaja, ¿viste al tipo gordo de enfrente? Estaba tan enojado que intentó tirar el vaso vacío, pero en su lugar tiró el poutine que tenía en la otra mano y golpeó a la persona de delante, que le gritó.

—¿El que le derramó la salsa gravy en la cabeza calva? Eso fue realmente gracioso.

—No le haría falta peluca.

—Oh, Dex. ¿No eres demasiado cruel? Tienes razón.

Las risas resonaron en la calle vacía por la noche. Los jóvenes, de edades similares, probablemente compañeros de piso, entraron al apartamento mientras hablaban de cosas que solo ellos entendían. El plan de colarse sigilosamente por la seguridad detrás de ellos fracasó.

'¿Cómo voy a entrar ahora...?'

Mientras Dylan dudaba, un inquilino completamente abrigado con un plumífero negro salió con bolsas de basura en ambas manos. Dylan observó al inquilino ir al cubo de basura y logró colarse sigilosamente por la puerta principal antes de que se cerrara.

El inquilino, que regresaba del basurero, estaba a punto de sacar su llave de entrada cuando se dio cuenta de que alguien estaba parado en la entrada, sosteniendo la puerta, y volvió a meter la mano en el bolsillo.

—Gracias.

Pero la actitud de la persona que le había sostenido la puerta era extraña. Se quedó inmóvil en el mismo lugar incluso cuando él pasó justo por delante.

Solo entonces Jo-on levantó la cabeza.

—¿Estás bien?

Jo-on gritó como si hubiera visto un fantasma.

—Shhh, soy yo.

Una mano cálida cubrió bruscamente la boca de Jo-on.

Los dos, congelados en esa posición, se miraron en silencio en la oscuridad.

—Te extrañé, Jo-on.

—……

Cuando Dylan vio que sus profundos ojos azules parpadeaban brevemente, cerró los ojos y los volvió a abrir lentamente. Luego, echó un vistazo a la escalera por la que había subido el grupo de fans de Calgary y susurró:

—Tengo mucho que decir... Pero primero, ¿me invitarías a pasar?

Jo-on asintió como hipnotizado.

—Adelante.

Su apartamento estaba muy limpio. No solo significaba que estaba bien ordenado. Más bien, parecía una casa vacía.

—Originalmente no había muebles, así que el único lugar para sentarse es este.

Jo-on señaló una silla de comedor. Dylan, en lugar de sentarse, examinó lentamente el interior. Las maletas de equipaje dispersas llamaron su atención.

Más que nada, le preocupaba el rostro de Jo-on, apoyado en el mostrador de la cocina. Su piel estaba áspera y oscurecida, y tenía ojeras bajo los ojos. Parecía haber perdido mucho peso, y su mandíbula estaba afilada. Tenía una expresión demacrada y pálida.

—¿Estás bien?

—Más o menos.

Una respuesta brusca a una pregunta amable. Su voz estaba ronca, igual de agotada que su aspecto.

—Tu voz no suena bien. ¿Estás resfriado?

—Estoy bien.

—Tu voz no dice eso.

Jo-on negó con la cabeza y lo interrumpió con firmeza.

—Solo dime por qué has venido. ¿Qué pasa? ¿Cómo supiste dónde estaba?

Dylan lo miró fijamente sin responder a sus preguntas. Sus ojos, que no querían perderse ni el más mínimo detalle, siguieron cada mechón de cabello de Jo-on. Sintiendo como si lo estuvieran diseccionando, Jo-on giró la cabeza hacia otro lado.

—Parece que te han pasado muchas cosas.

Ante el murmullo de Dylan, Jo-on se cubrió la cara con las palmas de las manos. Su respiración se volvió incontrolablemente áspera, como si las emociones que había estado reprimiendo estallaran de repente.

—...Sí. Así es. Desde que llegué aquí, solo me han pasado cosas malas. Todo salió muy diferente a lo que esperaba. El trabajo, la empresa, la casa. Nada salió bien. Por eso estoy así. ¿Te gusta cómo me veo? ¿Ya estás satisfecho?

—¿Por qué crees que estaría satisfecho?

Palabras cortantes brotaron hacia Dylan, quien frunció el ceño.

—En ese momento, piensas: '¿Por qué no me quedé y te escuché?'

—No puedo negarlo.

—¿Viniste hasta aquí para decir eso?

Sabía que era un desahogo, pero no podía parar. Jo-on llevaba mucho tiempo agotado por un estrés inmanejable.

—No vine por eso. No soy un asqueroso que se alegra de tu desgracia, Jo-on.

Por lo que había pasado, Jo-on se veía muy agotado. Cualquiera podía intuir por su aspecto que el cambio de ambiente tras mudarse de trabajo y de residencia no le había sido nada amable.

A pesar de los esfuerzos de Jo-on por contener la turbulenta espiral de depresión y desesperación en su pecho, su voz se quebraba incontrolablemente al salir.

—Lo intenté. Me esforcé por hacerlo bien. Solo quería vivir una vida mejor, por eso tomé la decisión de venir aquí, pero ¿por qué...?

Dylan se acercó rápidamente y, sin dudarlo, envolvió a Jo-on en sus brazos.

—Shhh, lo sé. Sé que eres una persona que se esfuerza más que nadie. Yo lo sé bien.

—Yo... quería cambiar. Quería transformarme.

—Lo sé. Y eso no está mal.

Abrazado a Dylan, Jo-on sollozó durante mucho tiempo, como si tuviera muchas frustraciones acumuladas en su corazón. Cuando la agitación disminuyó un poco, Dylan acarició suavemente la cabeza de Jo-on y preguntó:

—¿Qué pasó?

Después de un largo silencio, Jo-on murmuró con voz apenas audible:

—…Ahora no quiero hablar de eso. Con respecto a la nueva empresa… eso ya se acabó.

—Está bien. Puede que no quieras hablar. ¿No te duele nada? Vine hasta aquí preocupado por eso. Tu teléfono no se conecta, Maya y Tony no sabían nada… ¿Qué demonios pasó? Estaba preocupado.

Ante el aluvión de preguntas, Jo-on pareció reaccionar y empujó a Dylan, con el rostro endurecido.

—Esto ya no tiene nada que ver contigo.

—¿Por qué no?

Jo-on abrió la boca, pero luego se tragó lo que iba a decir y desvió la mirada. Al final, vio una maleta bien embalada. Una esperanza tardía cruzó la mente de Dylan.

—¿Vas a volver a Toronto?

Jo-on levantó la cabeza. Dylan lo miró fijamente por un largo tiempo, observando su rostro añorado, y luego vio su pasaporte sobre el mostrador de la cocina, por encima del hombro de Jo-on. Le molestó.

—No, me voy a casa. A Corea.

Dylan miró alternativamente el rostro de Jo-on y el pasaporte, como si hubiera olvidado cómo hablar. Esto no estaba en sus planes.

—¿Es un viaje para cambiar de aires… algo así?

—No. No, ni siquiera yo lo sé. Iré y luego pensaré. Quizás consiga un trabajo allí…

—…¿Por qué?

A Dylan, que preguntaba con una actitud de total incomprensión, Jo-on le respondió con voz áspera:

—Me cansé de la vida aquí.

—…¿Por qué?

—Dylan.

—¿Por qué demonios? ¿Vas a dejar lo que has logrado aquí y marcharte para siempre?

—¿Qué he logrado yo? Desde que nací hasta ahora, no he logrado nada correctamente.

—¿Cómo que nada?

—Tú no lo sabes. Tú…

Jo-on dudó, se tragó las palabras y negó con la cabeza.

—No tengo nada aquí. No importa si lo dejo todo y empiezo de nuevo.

Con esas palabras frías y distantes, el grueso glaciar que lo sostenía bajo sus pies se hizo añicos y se hundió.

—¿Nada?

—……

—¿No importa si lo dejas todo y empiezas de nuevo?

—…Sí. Quizás esta vez sea diferente.

—¿Por eso viniste a Calgary? ¿Para dejarlo todo y empezar una nueva vida? ¿Y ahora vas a hacer eso, incluso hasta la lejana Corea?

—Todo el mundo tiene momentos en los que quiere enterrar los fracasos y empezar una nueva vida. Esta vez… será diferente.

—La vida no es un videojuego.

Dylan se levantó de golpe y extendió la mano por encima del hombro de Jo-on para coger el pasaporte verde. Jo-on intentó detenerlo deprisa, pero el pasaporte ya estaba en la mano de Dylan.

—¿Qué estás haciendo? Devuélvemelo.

Jo-on intentó arrebatar el pasaporte del brazo de Dylan, pero Dylan levantó la mano. Como era tan alto, Jo-on no podía alcanzarlo por mucho que lo intentara.

—¿Cuándo es tu vuelo?

—Mañana. Así que devuélvemelo de una vez.

—¿Mañana?

La voz de Dylan se hundió. Se sintió mareado, como si el cielo se hubiera caído sobre su cabeza. Mañana mismo... significaba que si hubiera llegado un día más tarde, Jo-on habría tomado un avión para cruzar el Pacífico. ¡Un solo día más tarde!

—¡Dámelo! ¡Ahora!

—No quiero.

—¡Dylan!

Dylan, con el pasaporte escondido detrás de él, miró a Jo-on con el ceño fruncido.

—Viniste solo cuando tenías diecisiete años y has vivido aquí hasta ahora. ¿Y dices que no tienes nada aquí? ¿Y qué tienes en Corea? ¿Qué has logrado allí?

—Al menos mis padres están allí.

—¿Piensas quedarte en casa de tus padres?

—Mi madre me permitió… quedarme en casa.

—¿Te permitió?

—Mi vida familiar no es asunto tuyo. Devuélveme el pasaporte.

La elección de las palabras sonaba sutilmente extraña. Dylan empezó a armar el rompecabezas de las conjeturas que había guardado en su mente.

—A juzgar por cómo te refieres a ella como 'la casa de mi madre', parece que tus padres no viven juntos. Y tampoco parece que ambos lo sepan.

—……

Dylan, que había deducido la historia de Jo-on por su silencio, jadeó y preguntó:

—¿Es ese el lugar al que realmente quieres regresar?

—¿Qué demonios quieres oír?

—¿Quieres que te diga yo? Nunca te he oído hablar de tu familia. Ni una sola vez. Ni en Navidad, ni en Año Nuevo, ni en ningún día especial. Nunca te he visto hacer una sola llamada a ninguno de ellos. ¿Me equivoco?

—……

—Que no pregunte por tus puntos débiles no significa que sea un estúpido, Jo-on. ¿Acaso te cuidan tanto como Maya y Tony? ¿Como para desaparecer así, sin decir nada?

—¡Dylan!

Jo-on levantó la cabeza, como si mencionar sus nombres fuera algo cobarde. Su rostro estaba retorcido y lleno de culpa.

—Hay tanta gente que te ama, ¿y vas a dejarlos a todos atrás y marcharte tan fríamente, sin decir una palabra?

En realidad, ambos se dieron cuenta de que Dylan solo estaba usando a la familia de Maya y Tony como excusa, pero en el fondo estaba hablando de sí mismo.

—Basta... Basta ya.

—¡Incluso ahora, solo intentas escapar!

—¡Basta!

—¡No puedo aceptarlo!

Ambos, con las emociones a flor de piel, respiraban con dificultad y se miraban fijamente. Sus ojos enrojecidos se enfrentaron en el aire.

—¿Dejarlo y marcharte? ¿Es tan fácil para ti? ¿Como la basura que acabas de tirar? ¿Y qué pasa con la gente que se queda?

—No me refiero a ti ni a la familia de Maya. Yo…

—Es lo mismo.

—……

—Para mí, suena igual.

En la casa, vacía incluso de muebles, solo resonaban las agitadas respiraciones de ambos. Un mareo como si el suelo se derrumbara los invadió. Se sentían desolados.

—…Dylan, si te he herido, lo siento. A Maya y Tony… se lo iba a decir después.

—¿Cuándo? ¿En el avión mañana, saliendo de Canadá? ¿Después de cruzar todo el océano? ¿O acaso ibas a hacerlo cuando la policía, tras recibir una denuncia de desaparición, te encontrara?

—¿Una denuncia de desaparición? Lo siento. No pensé que llegarías a tanto…

Sin embargo, a pesar de las disculpas de Jo-on, Dylan se guardó el pasaporte en el bolsillo interior de su abrigo y subió la cremallera.

—Si quieres recuperarlo, ven a mi casa. Hablaremos entonces. Yo tengo que ir a LA mañana.

Jo-on revisó su reloj y se interpuso en el camino de Dylan, que se daba la vuelta.

—No. Devuélvemelo y vete.

—No puedo hacer eso. Si quieres denunciar, hazlo. No me importa. Pero no podrás tomar ese vuelo mañana.

—¡Dámelo!

Hubo un forcejeo entre los dos por un momento. Pero la diferencia de tamaño era demasiado grande. Además, no había forma de que Jo-on pudiera vencer a Dylan, un atleta profesional, por la fuerza.

Dylan hizo tropezar a Jo-on con su pierna, lo inmovilizó contra el suelo, se tumbó encima de él y examinó con la mirada su rostro pálido.

—Te compensaré por el boleto de avión. Si quieres cualquier otra cosa, también lo haré. Pero si quieres recibirlo, ven a buscarme tú mismo.

—…No hay necesidad de llegar a esto.

—Lo siento, Jo-on.

Los ojos de Dylan, que hasta hace un momento habían sido firmes, se desmoronaron desoladoramente al encontrarse con la mirada húmeda de Jo-on.

—Pero yo… ahora mismo no puedo dejarte ir.

—……

—De verdad lo siento.

Dylan realmente se llevó el pasaporte y se fue. Jo-on se quedó tendido en el frío suelo, mirando al techo con la mirada perdida.

La mejilla donde Dylan había tocado por última vez todavía estaba caliente.

VOLUMEN 3.

13.

Recibió la noticia de que Jo-on había regresado a casa de Maya y Tony el día que terminaba el partido fuera de casa en Los Ángeles. Al comunicarse con la pareja, se enteró de que Jo-on en realidad no tenía intención de quedarse mucho tiempo en Corea. Aun así, el resentimiento de Dylan no desaparecía y necesitaba tiempo para calmarse.

Afortunadamente, los calendarios de partidos fuera de casa a menudo se organizaban de forma consecutiva, agrupando regiones cercanas para minimizar el tiempo y la distancia de viaje. Gracias a esto, Dylan regresó a casa después de terminar su gira por el oeste, una semana y algo más después de ver a Jo-on por última vez.

Durante un tiempo, solo había partidos en casa programados, y Dylan esperaba ansiosamente que Jo-on lo visitara. El día que lo hizo fue una mañana temprano del primer partido en casa.

Era abril, y Jo-on, con ropa más ligera que antes, estaba parado frente a la puerta.

—Buenos días, Jo-on. Entra.

—…Con permiso.

Jo-on, que parecía tener mucho que decir, cedió un poco y entró. Dylan le preparó un café caliente y se lo ofreció a Jo-on, pero este ni lo tocó.

—No necesito que me atiendas como a un invitado. ¿Qué era lo que tenías que decirme cuando te encontrara?

—¿Has estado bien?

—Devuélveme el pasaporte. Estuve a punto de denunciarte a la policía, pero no lo hice para que no tuvieras problemas.

—Eso te lo agradezco. ¿Dónde te estás quedando?

Jo-on, al escuchar la pregunta capciosa, fulminó a Dylan con la mirada una vez antes de acercar la mano a la taza humeante.

—En casa de Maya y Tony. Como dijiste, estaban muy preocupados. Dijeron que estaban pensando seriamente en denunciar tu desaparición si no me encontrabas.

—¿Por qué cancelaste tu teléfono?

—No lo cancelé, lo suspendí. Dijeron que el período mínimo de suspensión era de dos meses. Así que, por el momento, seguiré sin teléfono.

—Qué bien.

—¿Qué cosa?

Preguntó con voz afilada, pero Dylan, por alguna razón, sonreía suavemente.

—Descansa mucho aquí durante dos meses.

—¿Qué dijiste?

—Escucha, Jo-on. Tienes una tendencia a exigirte demasiado. Te has esforzado mucho para aguantar solo hasta ahora. Así que también necesitas un tiempo para soltar todo.

—…

—La gente necesita descansar. Olvídate de todo lo complicado y descansa cómodamente. Come comida deliciosa y diviértete.

Al escuchar las palabras despreocupadas de Dylan, Jo-on sintió que la ira lo invadía.

—Es una broma, ¿verdad?

—No. Hablo en serio.

Dylan se encogió de hombros con fastidio.

—Muchos días no estoy en casa. Como puedes ver…

Señaló el bote de basura. Estaba lleno de fruta podrida, carne y otros desperdicios.

—Muchos días dejo la casa sola por mucho tiempo y no se puede mantener.

—¿Y qué?

—Pensé que sería bueno tener un compañero de piso. Eso es todo. No tengo otros pensamientos.

—Parece que no tienes intención de devolverme el pasaporte.

—No te empujes al precipicio. Este es un consejo de amigo.

Jo-on, que estaba a punto de replicar, pronto cerró la boca y se tragó su queja. Dylan le ofreció algo. Era el viejo pasaporte verde de Jo-on, con la inscripción "República de Corea". Y encima, había un manojo de llaves.

Cuando levantó la vista, Dylan le mantuvo la mirada en silencio.

—Lo he pensado mucho.

Dylan, que habló con cautela, explicó con calma.

—Fui patético al presumir de querer darte valor y no respetar tu elección. Te pido disculpas. Tanto así… te anhelaba. Dejando a un lado nuestra relación, el simple hecho de que te fueras lejos era insoportable para mí. De verdad.

—…

—Ya no te forzaré a sentir nada. Así que espero que esto lo tomes como un consejo de amigo.

Jo-on, respirando con calma a la par, asintió.

—Está bien.

—¿Recuerdas el primer día que patinamos juntos?

—Lo recuerdo.

El primer encuentro en el Harbourfront Centre. Una noche en la que se sumergieron inocentemente en la alegría de aprender, sin conocerse bien.

—El día que te caíste y te golpeaste la nariz con mi pene.

—…

Jo-on lo miró fijamente y Dylan dejó de sonreír con dulzura.

—No se puede aprender a patinar sin caerse. Lo mismo ocurre con gatear o correr. Nadie deja de caminar por miedo a rasparse las rodillas.

—Dijiste que caerse también era parte del aprendizaje.

—Sí. Sé que no estuviste satisfecho con tu vida allí.

—…Fue una mala elección. Me arrepentí mucho de no haberte escuchado.

—No tienes por qué culparte. ¿Y qué si no me escuchaste, si fue una mala elección? Al final, aprendiste algo de ello. Y en el futuro, las lecciones que aprendiste de esa experiencia te llevarán a elecciones más sabias.

—No lo sé. Mi ambición de cambiar algo arruinó aún más mi vida. Hubiera sido mejor si no hubiera hecho nada.

—¿De verdad? Jo-on, piensa bien si no ganaste nada además de lo que perdiste.

—No hay nada de eso.

—No, mírate. Ya has cambiado mucho.

—…

—Tú elegiste la dirección de tu vida. Ahora es completamente tuya.

Jo-on jadeó, como abrumado.

—Claro que las elecciones siempre conllevan responsabilidades. Así que a veces la decisión será muy difícil, pero… espero que no tengas miedo. Aunque a primera vista parezca un fracaso, no será el final.

—¿Qué tengo que hacer para no tomar una decisión que no sea un fracaso?

—Jo-on, eso no existe.

—…

—Al final, no nos queda más que esforzarnos y estar satisfechos cada día para que las decisiones que tomamos no nos lleven al fracaso.

Las palmas de sus manos, que estaban frías y congeladas, deslizaron lentamente por su rostro pálido. Le ardían los ojos.

—Solo quiero que recuerdes esto: sea cual sea la elección que tomes en ese proceso, siempre estaré de tu lado.

Jo-on se apresuró a bajar la cabeza para evitar sus ojos. De lo contrario, sentiría que algo estallaría en su pecho.

—¿Te lo dije? Al final no pude irme. Sé que esa decisión no fue fácil en absoluto.

—Fue difícil. En realidad, después de discutir contigo, por la ira… tomé una decisión precipitada.

—Exacto. Me abandonaste y te fuiste.

—…Eres rencoroso, Dylan.

—Lo que quiero decir es que te apoyaré en lo que elijas. Pero si te vas muy lejos, mi apoyo no te llegará, así que, al menos, espero que te quedes a una distancia en la que puedas estar seguro de que eres amado. No te quedes solo.

—…

—Entonces piénsalo. Ser mi compañero de piso.

—…De acuerdo.

—Bien. Entonces, ahora me voy a practicar.

Recogió su bolso y antes de salir de casa, se volvió con la manija de la puerta en la mano.

—Cuando regrese, espero que estés aquí.

Aunque lo dijo con confianza, Dylan se comportó como un perro con diarrea durante toda la práctica. No podía concentrarse y los entrenadores lo regañaron varias veces. Incluso le recomendaron que descansara si no se sentía bien, por miedo a que arruinara el partido del día siguiente.

A pesar de haber esperado el final de la jornada con tanta ansiedad, cuando Dylan regresó a casa después de terminar la práctica con dificultad, lo recibió una oscuridad total.

En la encimera de la cocina, solo quedaba el manojo de llaves que le había dado a Jo-on. El pasaporte no estaba.

—¿Se habrá ido?

La desilusión lo invadió. Hoy, su cuerpo tampoco le obedecía, y su fatiga mental era el doble de lo normal, quizás porque pensaba en Jo-on cada vez que tenía una oportunidad.

Dylan dejó caer la mochila junto a la puerta y se dirigió al baño, casi tropezando con algo que se le interpuso, y soltó una maldición.

—¿Qué es esto?

Solo entonces vio una caja de cartón rectangular escondida en la oscuridad. Revisó el contenido de la caja. Más que cualquier otra cosa, lo que llamó su atención fue un disco de hockey que estaba encima de todo. Las letras blancas grabadas en el fondo negro eran, sin duda, su autógrafo.

—…Ah, ¿ya llegaste?

Se escuchó una voz desde el final del pasillo oscuro. Era la habitación que había arreglado para Jo-on. En la puerta de la habitación, donde solo había una cama suelta para invitados, había una pequeña sombra.

—Debí haberme quedado dormido después de mover la caja y la mochila.

—…Jo-on.

Dylan corrió rápidamente y se paró frente a Jo-on. Extendió un brazo para tocarlo, pero retiró la mano y lo saludó.

—¿Te desperté? Lo siento.

—No. No tienes por qué disculparte. No es tan tarde.

—No sabía que… de verdad estabas aquí.

—¿No me dijiste que viniera? ¿La puerta de la casa no estaba cerrada cuando entraste?

Dylan recordó entonces que la puerta de entrada estaba cerrada cuando regresó. Si Jo-on no se hubiera llevado las llaves, no habría forma de que cerrara la puerta, por lo que debería haber estado abierta cuando Dylan regresó. El hecho de que no lo estuviera significaba que Jo-on había cerrado la puerta desde adentro.

—Ah…

Jo-on se rascó la frente con torpeza y vaciló.

—Oye, Dylan. Tienes razón. Creo que no tenía la calma suficiente. He estado muy estresado… últimamente. Lo siento mucho.

Una voz suave, un tono amable, era la voz de Jo-on que Dylan conocía.

—Está bien. Puede pasar. Yo también me transformo en otra persona cuando estoy estresado. ¿Nunca has visto mis partidos? Soy completamente bipolar.

Jo-on se rio del chiste insignificante de Dylan.

—Si a Dylan le parece bien, mañana por la mañana firmaremos el contrato.

—¿Contrato?

Todo tipo de pensamientos pasaron por la mente de Dylan. No entendía qué tipo de contrato podría ser necesario entre ellos.

¿Un contrato para no cruzar la línea mientras vivieran juntos?

—Un contrato de arrendamiento. Como estoy alquilando la habitación.

—No es necesario. Jo-on, no tengo intención de cobrarte el alquiler.

—No puedo hacer eso.

—Dije que no.

—¿Por qué? Tanto Maya como tú… me siento más cómodo haciéndolo así.

—¿Maya también te dijo que no pagaras el alquiler?

Jo-on asintió a la pregunta de Dylan. Le había resultado bastante incómodo quedarse allí durante una semana debido a que Maya y Tony se negaban rotundamente a aceptar dinero. Y ahora Dylan también.

—¿Lo ves? Te dije que mucha gente te quiere.

—…Ah.

Jo-on, al darse cuenta de las palabras de Dylan, bajó la cabeza avergonzado. Se sintió como si le hubieran dado un golpe en la cabeza. ¿Por qué había tratado de ignorar esa verdad obvia, que sus acciones surgían de su preocupación por él?

—Entonces… cuando encuentre trabajo de nuevo, te pagaré los dos meses atrasados de una vez. Ahora mismo… tengo dificultades económicas…

De todos modos, Jo-on, el compañero de piso de Dylan, era terco a pesar de no tener dinero en ese momento.

—Haz lo que te parezca. De todos modos, no lo aceptaré.

—¿Qué? ¿Qué dijiste?

Dylan se apresuró a cambiar de tema, dejando la última parte de su frase inaudible.

—No. Por cierto, ¿puedo preguntar qué pasó en Calgary?

Jo-on dudó un momento antes de hablar lentamente.

—Como soy de fuera… no me integré bien. No me enseñaban el trabajo correctamente, y cuando pedía algo, me ignoraban a propósito sin responder y pasaba el plazo. Mi jefe me trató bastante bien, pero eso no es suficiente para tener una buena vida laboral.

—¿Esos pueblerinos te discriminaban por venir de Ontario?

Jo-on se rio ante el lenguaje rudo de Dylan, algo poco común en él.

—Sí. Había un pueblerino en particular de esos pueblerinos al que le caía especialmente mal. De hecho, todos hablaban de hockey y me hice el que sabía un poco, pero…

El rostro de Dylan se tensó con un mal presentimiento.

—Creo que fue a partir de que dije que me gustaban los Osos Polares.

De alguna manera, todo parecía ser su culpa.

—No, ¿será que dije que los Osos Polares ganarían este año?

Dylan estalló en carcajadas. Jo-on lo había dicho a la ligera, pero seguramente no era todo. Era obvio que había experimentado más discriminación y acoso que solo por ser de fuera. Dylan no podía ni siquiera imaginar cuán profundas serían las heridas que Jo-on habría sufrido en ese proceso.

En ese momento, sintió la incontrolable necesidad de rodear el rostro de Jo-on con sus manos y besarlo. Si eso pudiera desviar la atención de Jo-on de sus heridas emocionales, estaría dispuesto a sacrificarse para consolarlo y calmarlo.

Pero en ese momento, no podía acercarse a él, así que solo movía los dedos con las manos escondidas a la espalda, incapaz de tocarlo.

—Oh, por cierto. Es muy tarde. Lo siento por retenerte, debes estar cansado. Si a Dylan le parece bien, hablaremos mañana de nuevo.

—Claro, Jo-on. Gracias por hablar hoy.

—De nada. Que duermas bien.

—Tú también.

Intercambiaron un "buenas noches" con la mirada en lugar de los labios, y luego cada uno entró en su habitación y cerró la puerta.

Tic-tac, fue un largo silencio, como si un segundero invisible emitiera un sonido por sí mismo. Sentados en el espacioso sofá de varias plazas, los dos no habían dicho una palabra durante cinco minutos.

Dylan, que no pudo soportar más a Jo-on mirando fijamente la mesa de café, fue el primero en hablar.

—No sabía que el precio del alquiler era tan caro.

Todavía estaba paralizado después de escuchar la "presentación" de Jo-on de hace un momento, en la que había investigado el precio actual del alquiler. Por supuesto, lo que lo sorprendió no fue el precio inesperadamente alto. De todos modos, no sabía los precios del mercado.

Su propiedad inmobiliaria era administrada por una agencia que cobraba una comisión porcentual, por lo que el trabajo de Dylan era simplemente verificar que los estados de cuenta y el dinero en efectivo llegaran correctamente y sin retrasos. En realidad, Dylan era de los que ni siquiera hacían eso con diligencia.

Si Dylan se sorprendió por el precio que Jo-on mencionó, fue porque se preguntó de dónde podría conseguir el dinero para vivir alguien que estaba tan desesperado que no podía pagar un alquiler así.

—Sí, bueno…

Dylan, como si acabara de recordarlo, sacó su chequera y garabateó un número al azar antes de firmar.

—En realidad, yo era el que te debía. No pudiste tomar tu vuelo por mi culpa. Toma, aquí tienes.

Jo-on examinó con atención el cheque que le entregó Dylan. Tanto el número escrito con esmero como la cantidad escrita en letras eran excesivamente grandes.

—No era tan caro.

—¿Cómo podría darte solo el precio del billete de avión?

Jo-on inclinó la cabeza, perplejo. Incluso si se calcularan los daños colaterales, la cantidad era cinco veces mayor.

—No puedo aceptarlo. Es demasiado, Dylan.

—Jo-on. También robé tu pasaporte. Soy un ladrón muy peligroso y malo. Ya que no lo denunciaste a la policía, tengo que compensarte por ello. Incluido el hecho de no haberme vendido a los medios.

—Yo no haría eso.

El rostro severo de Dylan, que había estado inventando todo tipo de compensaciones, de repente se suavizó como algodón de azúcar. Con una sonrisa disimulada, preguntó en tono juguetón:

—¿Incluso si un tabloide te diera diez veces más?

—Nadie daría una recompensa de seis cifras por un episodio tan insignificante. Ni siquiera si fueras el primer ministro.

A menos que fuera una foto de paparazzi con una mujer.

—Mmm.

Dylan, sintiéndose incómodo, se echó la mano a la parte de atrás de la cabeza y carraspeó.

—De todos modos, es cierto que actué de forma coercitiva. Lo siento de verdad. En ese momento no estaba en mis cabales.

Jo-on miró fijamente a Dylan, como si quisiera confirmar la sinceridad de su disculpa. En el momento en que sus ojos se encontraron, Dylan inconscientemente movió las comisuras de los labios y relajó su expresión. Pensó que había revelado sus verdaderos sentimientos, pero por alguna razón Jo-on frunció el ceño con escepticismo.

—Ya te disculpaste, así que esto no es necesario. Lo siento, pero solo quiero el precio del billete de avión.

Entonces, sacó su teléfono, que no servía de nada sin Wi-Fi, para buscar el precio del billete.

Jo-on amplió la cantidad y se lo entregó a Dylan.

—Me gustaría que fuera exactamente la cantidad correcta.

—…Qué terco de verdad.

Jo-on, que había estado mostrando su descontento de forma discreta, apretó los labios ante la reprimenda de Dylan. Dylan se giró por completo hacia Jo-on y se sentó, apoyando un brazo en el respaldo del sofá y acercándose.

—Mira esto, señor Song Jo-on.

Dylan exhaló un largo suspiro, reprimiendo a la vez las emociones que lo invadían. Una vez que recuperó la calma, jugueteó con el dobladillo de la camisa de Jo-on, que revoloteaba sobre su muslo y lo cubría, y dijo:

—Te lo dije. Estoy de tu lado.

—…

—Quiero ayudarte. Y esto no es nada difícil para mí. No entiendo por qué quieres tomar el camino largo cuando hay uno fácil.

—Es porque… tendré muchas cosas que devolver después.

—¿Devolver? Esto es para 'saldar la deuda que tengo contigo'. Eres tan ingenuo que a veces te pones una máscara y actúas como un adulto, pero cuando tienes que ser astuto, eres ingenuo.

Las orejas de Jo-on se pusieron rojas, quizás por lo que le recordaba la fría evaluación de Dylan o por la humillación.

—Piensa en lo innecesario después. Tienes cosas más importantes, ¿no?

Jo-on miró la punta de su camisa barata, que Dylan estaba manoseando, y pensó qué eran esas cosas más importantes para él.

—Los problemas más importantes de tu vida. Resolvámoslos primero. Yo seré tu animador aquí.

—Yo…

Dylan, que todavía captaba la carga de Jo-on, todavía no estaba convencido, pero dijo lo que el otro desearía oír.

—Solo hasta que estés listo. No dirás que no a eso, ¿verdad?

Dylan, al poner una condición, se encontró rápidamente en un dilema. ¿Debía apoyar a Jo-on o no?

—Y eso es algo realmente justo, así que acéptalo. De lo contrario, tendré que contratar un abogado.

—¿Por qué vas a demandarme? ¿Porque no acepto el dinero que me das?

—No. Necesitaré un abogado porque voy a confesar que robé el pasaporte de otra persona.

—…Uff. Está bien.

Incapaz de vencer a Dylan, que hablaba con una determinación inquebrantable, Jo-on finalmente se rindió. Dylan cerró la chequera con decisión, como si no tuviera la menor intención de volver a escribir otro cheque. Cuando se inclinó hacia el respaldo del sofá, la distancia entre ellos se redujo considerablemente. Jo-on se echó hacia atrás sigilosamente para mantener la distancia.

—Jo-on, ¿será un vicio profesional que seas tan preciso con los números?

Preguntó con voz suave, pero la pregunta ocultaba una espina bastante afilada. Jo-on dobló el cheque y se lo guardó en el bolsillo con una risita.

—Quizás. O…

Se tragó la última parte de su frase y gimió, como si estuviera divagando en algún lugar del pasado.

—¿O?

Jo-on levantó la cabeza. Estaba observando la expresión de la otra persona, que esperaba pacientemente su respuesta, y sus ojos. Se reveló el conflicto de una persona que nunca revela sus pensamientos internos a los demás. Cuando Dylan se encogió de hombros, como si pudiera esperar, sus labios vacilantes finalmente se abrieron.

—La gente se adapta al entorno, ¿verdad? Quizás yo me adapté demasiado a ese entorno.

—Entonces, ¿es un vicio profesional?

—No. Más bien…

Jo-on sonrió y negó con la cabeza, luego habló con dificultad.

—Las relaciones humanas son, al final, transacciones. No importa si la magnitud de la ayuda o del afecto es la misma, pero tarde o temprano surge un desequilibrio. En general, yo no tenía nada que dar o devolver a la otra persona. No tengo nada…

—Entonces, ¿me lo devolverás con tu cuerpo?

—…¿Qué?

—Es una broma.

Jo-on le dio un puñetazo en el pecho a Dylan. Dylan se llevó la mano al esternón y se desplomó hacia adelante. Con un gemido, como si se cayera por el dolor, se recostó sutilmente en el muslo de Jo-on y lo miró. Su actitud, tan natural, confundió a Jo-on. Se esforzó por no reaccionar de forma exagerada y continuó hablando.

—Así que, creo que es por el entorno en el que crecí. Desde pequeño, mucha gente empleada venía a casa. Y también cuando crecí. Mis padres no tenían carencias económicas. Aunque en Corea no hay cultura de propinas, mis padres solían dar propinas a la gente si experimentaban un buen servicio fuera de casa. Así que, naturalmente, yo también…

—Entonces, ¿pensabas que detrás de la amabilidad de la gente hacia ti había otras expectativas?

—Algo así.

Dylan miró fijamente la línea de la mandíbula de Jo-on, que era aún más hermosa vista desde abajo, y preguntó:

—Entonces es aún más extraño.

Dylan no era una persona con problemas económicos, y Jo-on lo sabía perfectamente.

—…

Entonces, ¿pensó que yo le daba dinero esperando algo a cambio?

Dylan, sumido en sus pensamientos con autoironía, de repente se tragó una maldición y se levantó de golpe. Seguramente no era eso. No debía serlo.

Jo-on miró fijamente su espalda tensa por un momento y luego se levantó del sofá.

No estaba bien. Dylan tenía una tendencia a ser demasiado afectuoso incluso con sus amigos del mismo sexo. Si se dejaba llevar por eso, se repetiría la misma situación. Jo-on, recordando el peor escenario que su ambigua actitud podría provocar, se armó de valor con frialdad.

—De todos modos, yo me encargaré del contrato de alquiler. Como esta cantidad es excesiva, con esto pagaré el alquiler.

Jo-on huyó a su habitación como si escapara. Dylan no levantó la cabeza incluso después de escuchar el sonido de la puerta cerrándose.

No debió haber hecho un chiste tan vulgar. Dylan, con las mejillas sonrojadas escondidas bajo las palmas de sus manos, se sintió mortificado.

Si Jo-on sentía tanta incomodidad con su amabilidad porque pensó que estaba persiguiendo su cuerpo… ¿cuánto lo consideraba una basura?

Era un trato que Dylan debía sentir como una humillación. Pero al mismo tiempo, secretamente le resultaba atractivo.

‘Quizás sí soy una basura…’

Pero más allá de eso, le dolía el estómago al pensar en Jo-on, que siempre se había esforzado por comprender los verdaderos sentimientos y expectativas de los demás.

A juzgar por su actitud de querer devolver el dinero de alguna manera, incluso rechazando con vehemencia el alquiler, no había señales de que Jo-on quisiera mantener la misma relación que antes. La sombra de la decepción se cernió sobre el rostro de Dylan mientras se llevaba la mano a la frente.

Parecía que acababa de ser rechazado de nuevo, a pesar de no haber confesado nada.

Ha llegado una solicitud de amistad.

El teléfono vibró brevemente con la notificación. La biblioteca estaba en silencio, sin gente hablando, pero la vibración del teléfono no era tan molesta.

Jo-on, que había estado mirando la pantalla de su portátil durante mucho tiempo, se frotó el hombro rígido y giró la cabeza. En su teléfono, conectado al Wi-Fi de la biblioteca, quedaba una notificación de una red social que apenas usaba. Jo-on inclinó la cabeza, apretó el mensaje y no pudo evitar sonreír con una risa sin aliento.

¿Debería alguien que se supone que está concentrado en el entrenamiento estar usando el teléfono? Sin embargo, a pesar de su inútil preocupación, Dylan era una persona que hacía su trabajo de manera increíble. Así que Jo-on solo tenía que preocuparse por su propio futuro.

—Sí, quién a quién.

Jo-on, con una mirada incrédula, pulsó el botón de aceptar y volvió a mirar la pantalla. Allí estaba su currículum, que resumía su breve carrera hasta el momento.

No había incluido el trabajo que había dejado después de mudarse de región. No había aprendido nada correctamente, y si el entrevistador le hacía alguna pregunta al respecto, tendría que recordar recuerdos desagradables.

Sus compañeros que lo trataban como un fantasma, otros que, en lugar de señalar lo incorrecto, lo protegían por su supuesta cercanía con él y se ponían del lado contrario, y su superior que decía que no podía mediar en todos los resentimientos personales acumulados, aunque dijeran que se llevarían bien.

No tardó ni un mes en darse cuenta de que la elección que había tomado era completamente errónea.

Jo-on estaba perplejo. ¿Qué clase de resentimientos personales se habían acumulado si ni siquiera habían tenido una conversación decente? Podría haber confrontado a la otra parte y decirles que expresaran sus quejas verbalmente.

Pero al final, no hizo nada. En algún momento, se dio cuenta de que ya no le quedaba motivación para ello. Ya no quería esforzarse para cambiar nada.

¿Fue todo esto el cimiento de un destino que volvería así?

El mensaje seguía en la pantalla del teléfono que había vuelto a coger.

¿Quién está usando el teléfono y no se concentra en el entrenamiento?

🖐🖐🖐

¿Estás en casa?

En la biblioteca.

Pronto, un pequeño corazón apareció debajo del mensaje de Jo-on. Esto era simplemente una reacción que se podía dar a cualquiera. También a un 'amigo'.

Jo-on se esforzó por no confundirse, y para no retenerlo mucho tiempo, lo saludó brevemente.

Mucha suerte en el partido de hoy.

—Preocúpate por ti mismo.

Jo-on refunfuñó para sí mismo y estaba a punto de dejar el teléfono cuando de nuevo apareció un corazón. Jo-on miró el teléfono por un largo rato y luego lo volteó, poniendo la pantalla, que se había vuelto completamente negra, hacia abajo, y giró la cabeza hacia el monitor.

Más allá, vio a un grupo de jóvenes estudiantes entrando a la biblioteca con pasos emocionados. Una mezcla de estudiantes de diversas nacionalidades, de unos veinte años. Lo más probable es que fueran estudiantes de una academia de idiomas.

Llevaban carpetas bastante pesadas con materiales de estudio, pero sus pasos parecían ligeros. Sus rostros mostraban felicidad y alegría, sin sentir la presión de los deberes o el estudio.

¿Tuvo él también un momento así?, Jo-on recordó en silencio. Al principio, sus padres lo apoyaban, por lo que no tenía ninguna preocupación económica. Pero al hacerse adulto, en algún momento, sus padres obtuvieron préstamos estudiantiles sin que él preguntara y él mismo se encargó de la matrícula.

Desde ese año, la presión sobre los hombros de Jo-on creció hasta un punto insoportable. No es que antes no se hubiera tomado en serio sus estudios, pero desde el momento en que logró la independencia total, asumió por completo la responsabilidad de todas las decisiones que tomaba.

Para saldar sus deudas, no le quedaba más remedio que elegir una carrera con buenas perspectivas de empleo, aunque no se ajustara a sus aptitudes, y tenía que hacer el trabajo que le asignaban, aunque no tuviera pasión.

¿Cuánto de su propia voluntad estaba presente en todo eso?

Al final, él mismo eligió el resultado actual, sabiendo que vendría. Una elección tomada completamente por su propia voluntad.

Se había arrepentido y había 고민ado. ¿Sería mejor buscar ahora una aptitud y explorar otro camino?

Pero la verdad es que un nuevo desafío es terriblemente aterrador. Y tampoco garantiza la felicidad.

Afortunadamente, el ser humano es un animal que se adapta. Aunque el trabajo que ha hecho hasta ahora es aburrido, al menos ahora está más acostumbrado que al principio y puede soportarlo, así que ha llegado a un punto en el que podría soportar vivir el resto de su vida haciendo un trabajo aburrido.

Jo-on tomó la misma decisión de nuevo. Y buscó puestos para los que pudiera aplicar.

Esta elección puede revertirse en cualquier momento. Si se lo propone, puede renunciar a su trabajo y tomar otro camino en cualquier momento. Como dijo Dylan, el control de su vida ya había pasado a él.

Sin embargo, el momento de esa decisión crucial no es ahora. Puede parecer tonto o testarudo dependiendo de cómo se mire, pero esa es su personalidad inquebrantable.

Si un trabajo aburrido no le da felicidad y alegría, ¿no está bien encontrarlo en otra parte? Solo se estaba convenciendo a sí mismo de eso.

Detrás de un grupo de estudiantes que estallaron en risas por alguna broma, Jo-on volvió a revisar su currículum.

Una leve sonrisa se posó en sus labios relajados, como si la alegría de alguien más fuera contagiosa.

Y al mismo tiempo.

—Dylan. Vamos a jugar fútbol.

—Solo un momento.

Dylan, que estiraba y relajaba su cuerpo, le hizo una seña a Jackson. Aunque estaba en posición de estirar los músculos, su teléfono seguía en su mano.

Aunque era una relación remendada, ya llevaban varios días manteniendo una amistad.

Jo-on y Dylan se estaban acostumbrando a su nuevo compañero de casa. La parte más esperanzadora era que Jo-on había aceptado su solicitud de amistad.

Ahora Dylan podía ver con orgullo la cuenta de SNS que Jo-on había reactivado a petición suya, dar "me gusta" y comentar.

Aunque él, que casi no usaba las redes sociales desde que comenzó a recibir mensajes extraños después de hacerse famoso con su debut profesional, había hecho clic y ampliado varias veces las fotos que Jo-on había subido, incluso si eran de hacía años.

Como alguien que hubiera viajado al pasado en una máquina del tiempo, el mero hecho de recordar e imaginar al joven Jo-on le hacía sentir la ilusión de haberlo conocido desde hacía mucho tiempo.

—Si hubiéramos ido a la misma escuela…

Dylan, mientras miraba las fotos del joven Jo-on, que parecía varios años menor, se sumergió en sus propias fantasías.

En la escuela, Jo-on seguramente habría sido callado en clase. Es obvio que habría mantenido la boca cerrada durante toda la lección, tomando apuntes o con la cabeza metida en un libro.

Si hubiera sido él, con curiosidad por su voz, le habría saludado al pasar y le habría hecho bromas sin sentido, a pesar de no ser cercanos.

—¿Qué hiciste en las vacaciones?

—Solo descansé…

—¿No fuiste a algún lado con tu familia?

Haciéndole preguntas indiscretas a un estudiante extranjero solitario que había llegado solo a este país.

—…Sí.

—Esos lentes te quedan bien. ¿Son nuevos?

—No, los he usado por años…

También haría esos errores. Lentes, lentes… Con sus lentes, Jo-on se vería bastante sexy.

—Ah, ¿sí? ¿Pero tienes algún deporte favorito? Si no haces nada, ¿quieres jugar hockey conmigo?

—No. No soy bueno en deportes…

Dylan frunció el ceño. Así, nunca habría progreso.

Si Dylan hubiera sido más juguetón de lo que era ahora, al final habría arrastrado a Jo-on a la cancha de baloncesto con el pretexto de enseñarle a jugar. Y le habría lanzado sin rodeos la pesada y grande pelota de baloncesto que Jo-on no podía sujetar con una sola mano.

Entonces, sin querer, lo habría golpeado en el cuerpo o en la cabeza, y Jo-on, golpeado inesperadamente por una pelota dura, se habría sentado, apretando la boca con enojo, y se habría ido rápidamente, dejándolo atrás.

Sería una suerte si no le lanzara un disco diciéndole que recibiera un pase de revés. Si lo hubiera hecho, Jo-on seguramente habría faltado a clases diciendo que el capitán del equipo de hockey lo estaba acosando. En el peor de los casos, habría renunciado a sus estudios en el extranjero y habría regresado a su país.

Dylan negó con la cabeza, mientras se entregaba a fantasías absurdas al ver el perfil de Jo-on. Por mucho que intentara simular, solo le salía el escenario de abandono de los estudios en el extranjero.

Porque el joven Dylan McLane era un tipo tan egocéntrico que, lleno de curiosidad, correteaba por High Park, atrapaba libélulas y les arrancaba las alas por diversión sin sentir mucha culpa.

Incluso el Dylan actual, más comprensivo y maduro que entonces, le convenía más a Jo-on.

—¿Qué tanto miras? Deja el teléfono y vamos a calentar.

Al ver a Jackson acercarse, Dylan arregló sus cosas y guardó el teléfono en el casillero.

La temporada regular, que había entrado en la segunda mitad, se encontraba en un punto crucial. Con menos partidos restantes y el ranking casi asegurado, los equipos que avanzarían a los *playoffs* ya estaban decididos. Sin embargo, la cuestión de 'dónde' y con qué ventaja jugarían seguía siendo un problema.

Ante este importante hito, había cierta tensión en el equipo. Los ojos de Dylan, con la concentración al máximo, mostraban determinación.

Los jugadores, que se habían estirado jugando fútbol en el espacio reducido, se cambiaron sus uniformes y entraron en la pista de hielo, que todavía estaba fría como en pleno invierno.

El invierno estaba llegando a su fin.

Cuando regresó del partido, ya era tarde. El cielo, teñido de negro, había engullido todo, sin rastro del atardecer, y solo las nubes, que apenas se distinguían, se oponían al cielo como agua y aceite, sin mezclarse.

Dylan estaba agotado.

¿Fue un partido intenso? No, no lo fue. El oponente de hoy tenía una diferencia abrumadora de puntos, por lo que podía considerarse el rival más fácil de los pocos partidos restantes.

Sin embargo, nadie jugaba de verdad sin esfuerzo. Todos corrieron con la misma intensidad de siempre y lanzaron tiros precisos.

En el mundo profesional, la habilidad se evalúa fríamente con números después del partido, pero los momentos que los jugadores enfrentan sobre el hielo son continuos.

Una persona viva y en movimiento se mueve sin cesar y choca para arrebatar el disco. Estos momentos no se convierten en números.

Nadie puede detener el tiempo, y los jugadores deben decidir sus movimientos instintivamente, prediciendo los movimientos del oponente en cada instante. No debe haber errores en la decisión, y esto ocurre en un abrir y cerrar de ojos.

El número de ese día se determina según el momento, la posición, el ángulo de tiro y la perfección con la que se ejecuta. Un breve segundo acumulado en un número determina la vida de un jugador.

Al ser humanos y no máquinas, no pueden calcular estratégicamente cada momento. Todo debe dejarse al instinto y moverse por reflejo.

A veces, las decisiones resultan ser erróneas, y otras, aunque el juicio sea correcto, el cuerpo no responde y no se puede ejecutar. Y esto a pesar de que entrenan día y noche para reducir estos errores de ejecución.

Hoy fue un día de muchas decisiones equivocadas. Dylan, que cerró la puerta principal y se apoyó en ella, cerró los ojos y repasó brevemente el partido. Los momentos en que eligió mal la posición, no pudo romper la defensa y le quitaron el disco, o cuando disparó a pesar de que el ángulo no era el adecuado, se le venían a la mente.

Con un suspiro, soltó los breves instantes y abrió lentamente los ojos. Recorrió la casa, donde todas las luces estaban apagadas, y buscó un olor familiar. Se escuchaba el sonido del agua en el baño.

El rastro de Jo-on en la casa lo consolaba un poco. Dylan entró en la habitación, tiró la mochila y se desvistió.

Dylan, al entrar en el baño de su habitación, se detuvo y se rascó la nuca. Había olvidado de nuevo rellenar el champú vacío.

Todos los artículos que había comprado con antelación estaban en el baño de afuera. Todavía no estaba acostumbrado a ocupar todo el espacio solo.

Dylan salió y se paró frente al baño. El baño estaba en silencio, sin el sonido del agua. Dylan tocó con cautela.

—Jo-on.

Se le ocurrió, tardíamente, que podría haber esperado hasta que él saliera. Otro error de juicio momentáneo.

Se escuchó un ruido adentro y pronto la puerta se abrió. Un aire caliente, mezclado con un dulce aroma, se apoderó de él.

No, quizás fue una elección puramente instintiva.

—Oh, Dylan. ¿Ya llegaste?

Jo-on estaba parado frente a él, usando una bata de ducha blanca que Dylan había provisto como regalo de bienvenida. Sus mejillas, enrojecidas, parecían haber sido secadas con una toalla suave, e incluso el vello era suave; en contraste, su cabello completamente mojado aún goteaba sobre sus hombros.

—Sí, justo ahora. ¿Cómo estuvo tu día?

A diferencia de su rostro sereno al saludar, su mente estaba ocupada en un esfuerzo por encontrar la calma.

—Uh… Estuve ocupado revisando mi currículum y aplicando a varios lugares, supongo. ¿Cómo estuvo el partido?

Sus ojos temblaron levemente, como si supiera el resultado del partido. Dylan se encogió de hombros y dijo:

—Ni me digas. Hoy se me rompieron dos *sticks*. ¿No es mala suerte? Eso es bastante raro.

—¿No te lastimaste?

Dylan, que observaba a Jo-on mirándose el cuerpo y las extremidades como si buscara alguna herida, a pesar de que estaba vestido y no se vería, le levantó la barbilla con la punta de los dedos. La visión de Jo-on, que miraba hacia abajo, cambió de repente hacia arriba.

—No tienes que preocuparte por eso. Estoy bien.

—…Entonces, me alegro.

Jo-on sintió que la mirada de Dylan, que lo observaba, se intensificaba, pero bajó la cabeza para no darle importancia.

—Pero, ¿qué pasa?

—Ah, lo siento. Necesito el champú que compré de antemano en el armario de aquí. Se me acabó el que solía usar.

—Te lo sacaré.

Mientras Jo-on sacaba el champú, Dylan admiró la nuca de Jo-on, que se revelaba a medida que la bata de ducha se deslizaba.

Quería hundir la nariz en esa piel y olerlo a fondo. Seguramente olería más dulce que los productos de ducha. El cabello mojado completamente peinado hacia atrás, revelando la frente, también era un estilo nuevo. ¿Se molestaría si lo despeinaba?

—Aquí tienes.

—Gracias.

Dylan, que había estado perdido en sus pensamientos por un momento, tomó el nuevo champú, lo saludó con un rostro algo seco y se dio la vuelta. Como si nunca hubiera sentido ningún deseo.

Sin embargo, al regresar al baño de su habitación y abrir la ducha, lo primero que hizo fue agarrar su pene, ya completamente erecto, y agitarlo. Apenas lo tocó y ya se estaba vaciando. Aun así, su pene rígido no disminuía y seguía erguido, con las venas azuladas a flor de piel.

Dylan se tragó una maldición y se golpeó la cabeza contra la pared. Si hubiera podido, en cuanto Jo-on abrió la puerta del baño, habría tirado del cordón de la bata para desatarla, habría hundido sus labios en su suave nuca. Apartando la bata que se deslizaba suavemente por sus hombros, habría palpado su piel, jugueteado con sus pezones protuberantes con la punta de los dedos y habría presionado su ingle con sus muslos duros.

Si el gemido que Jo-on soltaría sin querer le llegara al oído junto con su cálido aliento, él no habría podido contenerse más y habría abrazado la cintura de Jo-on, besándolo apasionadamente en los labios.

Mientras se burlaba de él, diciendo que su parte de abajo también estaba caliente y dura, como si Jo-on sintiera lo mismo, esperaría a que Jo-on, avergonzado de su cuerpo pero sin negar su deseo, lo mirara con ojos decididos, como si hubiera tomado una decisión.

Esa sería la señal, y en el momento en que se encendiera la llama, él acariciaría el cuerpo de Jo-on por todas partes, tratando de arrancar sus gemidos excitados. Se esforzaría por introducir sus dedos en el pequeño agujero de Jo-on y lo exploraría, ensanchándolo y presionando los puntos sensibles de Jo-on hasta que sus piernas se aflojaran.

Insertaría dos o tres dedos, ensanchando el agujero hasta el límite, para que Jo-on sintiera la insatisfacción. Hasta que Jo-on no pudiera aguantar más y le rodeara la cintura con las piernas.

Entonces, mientras encajaba su pene, ya empapado, en el orificio inferior de Jo-on y lo empujaba lentamente, podría morder y chupar su piel, dejando marcas rojas. En su nuca, en su pecho, incluso en sus axilas.

Mientras golpeaba lentamente la parte de su cuerpo que se había mojado con el semen que goteaba, y torturaba cruelmente los puntos sensibles de Jo-on, aumentaría gradualmente la velocidad, y Jo-on seguramente se aferraría a él.

—Mmm.

La mano de Dylan, que sostenía su pene y lo agitaba rápidamente, se detuvo. Había escuchado la voz de Jo-on desde fuera de la puerta. Su presencia se sentía cerca del comedor.

Una voz baja y tranquila, repitiendo solo la misma respuesta, como si estuviera hablando por teléfono: —Ah, sí—, —Mmm—.

Aunque sabía que no era así, por alguna razón le sonó como un gemido, y Dylan cerró los ojos, disfrutando de la voz de Jo-on que venía de fuera de la habitación, y se precipitó hacia el clímax para terminar la intensa relación sexual imaginaria con Jo-on. Recordó los ojos rojos de Song Jo-on, incapaz de controlarse por el placer. Y su mirada abrumada, incapaz de expresarse honestamente.

Aunque al principio le había sorprendido cuando Jo-on se empeñaba en decir que podía y se lanzaba activamente, a medida que se acercaba el clímax, la actuación de Jo-on revelaba su falta de experiencia.

Era adorable que, a pesar de decir que nunca había estado con un hombre, se subiera al cuerpo de otro sin reparos, y luego, empapado de placer, apenas pudiera hablar, soltara agua transparente y se aferrara torpemente.

—Ugh, ah.

Un fluido turbio, casi sin transparencia, salpicó. Del pene de Jo-on en su imaginación, brotaba agua. El agua que corría, empapando su ingle sin vello y su bajo vientre, era como el agua que salía de la ducha. Ahora mismo, estaba dejando que su semen se fuera por el desagüe.

—Qué estoy haciendo…

Dylan, que tardíamente se sintió patético, mientras lidiaba con el deseo restante, Jo-on, ajeno a todo esto, estaba ocupado hablando por teléfono afuera.

—Sí, iré. ¿Dónde es la ubicación?

—Te la enviaré ahora.

Jo-on entró en la aplicación de mensajería donde se mostraba la llamada y comprobó la dirección que Amy había compartido.

—Está cerca de Riverside.

—Sí, exacto. El dueño de este bar era un antiguo miembro de Bobby Beavers. Dice que ya no puede actuar porque está ocupado con el negocio, pero a veces nos deja tocar. Yo también es la primera vez que voy.

—¿De verdad?

—¡Trae a tus amigos! Ese día probablemente vendrá toda la gente que conocemos. También es el cumpleaños de Bobby.

Aunque sabía que era solo una cortesía, Jo-on inconscientemente pensó en Dylan. Sin embargo, no dio una respuesta definitiva. El patrón de vida de Dylan durante la temporada estaba completamente ajustado al calendario de partidos, por lo que se ausentaba de casa durante días si había partidos fuera, y las noches de partidos en casa, e incluso los días sin partidos, a menudo llegaba tarde a casa debido a los entrenamientos y las prácticas.

A diferencia de él, que estaba desempleado, Dylan era una persona ocupada.

¿Cómo podría decirle a alguien así que saliera a ver un concierto en vivo?

—Iré solo.

—Podrías aburrirte.

—Estoy bien solo.

Jo-on eludió la respuesta con una sonrisa. Amy dejó de hablar del concierto y, finalmente, abordó su verdadera preocupación: un dilema que enfrentaba.

Escuchando la algo parlanchina introducción de Amy con un oído, Jo-on siguió en silencio a Dylan con la mirada, quien apareció en bata de baño y con una toalla seca sobre su cabello mojado.

Dylan entró a la cocina, sacó una lata de cerveza del refrigerador, se volvió hacia Jo-on y levantó la lata. Jo-on dudó, luego asintió.

—…Y entonces, de repente, me sugirió que fuéramos a ver instrumentos juntos. Pero es que el, el matiz, es tan… ¿Sabes a lo que me refiero?

—Ah, que te pareció una cita.

Jo-on, sin darse cuenta, bajó la voz al responder. Al otro lado del teléfono, Amy le preguntó: —¿Verdad que suena así? —Jo-on repitió: —Sí—, desviando la mirada de Dylan abriendo la lata. Más que nada, le avergonzaba que lo vieran hablando por teléfono en coreano. Dylan lo estaba observando fijamente, como si lo analizara.

Jo-on escuchó las quejas de Amy con un oído y se las dejó ir por el otro, tocándose la barbilla despreocupadamente. Luego, apresuradamente, bajó la mano. Recordó la incomodidad que había sentido cuando la mano de Dylan lo había tocado antes. Fue un breve momento, pero un contacto algo sexual.

Después de la discusión que tuvieron antes de su viaje al oeste, la relación entre ambos tomó un rumbo diferente. Cuando Dylan invitó a Jo-on a ser su compañero de piso, definió claramente su relación como una amistad. Y Jo-on, para no cruzar la línea más allá de ser compañeros de piso, actuaba con la mayor cautela cada vez que trataba con Dylan.

Sin embargo, últimamente sentía que los límites se habían desdibujado. De forma natural, Dylan a menudo creaba un ambiente peculiar, como cuando se recostaba en el muslo de Jo-on o le levantaba la barbilla. Justo como ahora.

Dylan, sentado al otro lado de la mesa, abrió una lata de cerveza y se la ofreció a Jo-on, observándolo en silencio. Jo-on, sintiendo una presión tácita, terminó la llamada en voz baja.

—Si tienes preguntas, creo que lo mejor es hablarlo directamente con la persona.

—¿Verdad que sí? Jaa. Entendido. Gracias por escucharme.

—No es nada. Que tengas una buena noche.

—Sí, tú también, oppa.

Tan pronto como colgó el teléfono y lo dejó sobre la mesa, Dylan ladeó la cabeza, con la toalla que había usado para secarse el pelo colgada al cuello.

—¿Novia?

Jo-on, que estaba a punto de tomar su primer sorbo, se detuvo. Tantos pensamientos surgieron a la vez, cruzándose en su mente de forma complicada, que no sabía por dónde empezar.

Se preguntó por qué había supuesto que la persona con la que hablaba era su 'novia', si le había preguntado si realmente tenía una 'novia' porque estaba seguro de que no le importaría la respuesta, si él también estaba en la misma situación, y con qué descaro había mencionado la palabra 'novia' tan a la ligera, como si el pasado entre ellos no hubiera desaparecido. Tenía más preguntas que hacer, pero el miedo a la respuesta le impedía abrir la boca.

—Escuché la palabra "cita".

Jo-on levantó la cabeza y miró a Dylan a los ojos. Pensó que su mirada en ese momento era bastante enojada. También previó que si Dylan tenía alguna queja al respecto, habría otra discusión entre ellos.

Pero curiosamente, la mirada de Dylan era aún más fría y amenazante, lo que hizo que Jo-on se doblegara.

—Era una consulta amorosa.

—Ah, ya veo.

La respuesta casual sonó indiferente y seca, como si no importara.

—Aron le gusta a Amy. Ah, Aron es el hijo de Maya. Parece que Aron le dijo a Amy algo como para invitarla a salir. Y Amy quería confirmarme si se había equivocado o no.

Explicar la conversación con Amy en detalle sonó como una excusa. ¿Quién era el que tenía que dar explicaciones? Sin embargo, Dylan no parecía muy interesado. Eso lo fastidió aún más, así que Jo-on no dio más explicaciones y bebió su cerveza, mirando por la ventana el paisaje nocturno.

El paisaje nocturno de la ciudad era hermoso, como estrellas derramándose sobre un lienzo negro. Contemplando los edificios altos y esbeltos, su mirada se posó en otra silueta reflejada en la ventana oscura. Parecía estar admirando la ciudad brillante, o quizás el rostro de Jo-on reflejado en la ventana, al igual que él. Por un instante, tuvo la impresión de que sus ojos se habían encontrado.

Basta. ¿Para qué desenterrar lo que ya pasó?

Jo-on bajó la cabeza hacia la lata que tenía en la mano, luego, fingiendo mirar la pantalla del portátil sobre la mesa, echó un vistazo al perfil de Dylan. La luz de la luna acentuaba las sombras de su rostro. La atmósfera usualmente brillante y cálida había desaparecido por completo, y ahora tenía una expresión algo fría y cansada.

En el comedor, durante un tiempo solo se escuchó el sorbo de la lata. Jo-on, para romper el silencio, tecleó y borró en el teclado sin motivo. En la pantalla se enumeraban preguntas frecuentes para entrevistas. Debajo, las respuestas que Jo-on había escrito a su manera. Al escuchar el sonido continuo del tecleo, Dylan finalmente mostró interés.

—¿Es tu currículum?

—Son preguntas y respuestas para preparar la entrevista. Acabo de recibir una llamada para una.

—¿Una llamada?

—Saqué el teléfono que usaba hace unos años y le puse una tarjeta SIM de prepago. Es demasiado lento para usar otras funciones además de las llamadas, pero solo lo usaré temporalmente mientras busco trabajo y luego lo tiraré. Afortunadamente, me preocupo menos por las llamadas no deseadas.

Jo-on dejó de teclear y echó un vistazo a la pantalla del teléfono que estaba sobre la mesa. Era el que usaba antes.

—El que usaba antes no funciona para llamadas, pero tiene buena señal de Wi-Fi en todas partes, así que no es tan incómodo. Es como viajar sin *roaming*.

—Aun así, debe ser engorroso llevar dos.

—Sí, la verdad.

Al hablar del teléfono, la conversación fluía normalmente, como antes. Hasta que Dylan añadió un comentario.

—Ojalá no hubieras tenido la intención de irte por tanto tiempo.

Jo-on frunció el ceño y miró a Dylan.

—Era una ocasión especial.

—¿Qué pensabas hacer allí?

—…

Se apresuró a buscar una excusa, pero no se le ocurría nada.

—¿No tenías ningún plan?

—…Solo.

¿Qué plan podría haber tenido para un viaje de huida? Jo-on solo había imaginado vagamente que si regresaba al entorno donde había nacido y crecido, la asfixiante sensación de estar encadenado, que sentía ahora, desaparecería.

¿Quizás fue una idea estúpida, después de todo? Dylan también lo vería así, pensó con autoironía, levantando la cabeza. Pero su mirada no era de lástima. No había emoción ni juicio en ella. Dylan simplemente esperaba tranquilamente las palabras de Jo-on.

—Sí, ¿qué iba a hacer?

Jo-on soltó una risa de asombro.

—Si a ti no te importa…

Dylan, de repente, empezó a hablar y lo soltó como si nada.

—La próxima vez, llévame contigo.

—¿A dónde?

—A tu ciudad natal. Me ha entrado curiosidad. Quiero ver dónde naciste y creciste.

—No sé si a Dylan le gustaría. Es demasiado complicado y, además…

—¿Y qué si lo es? No todo en el mundo puede ser de mi agrado. Además, nunca se sabe si te gustará o no hasta que vayas.

—Eso es cierto, pero…

—¿No quieres mostrármelo? ¿Es que escondes algo bueno?

Jo-on sonrió ante la pregunta juguetona.

—Para nada.

—Será interesante. Me gustaría conocer el barrio donde vivías de pequeño. Qué escuela ibas, qué bocadillos comías, a qué jugabas, esas cosas.

La mirada de Dylan, mucho más relajada como si el hielo se hubiera derretido, se había vuelto aún más suave que antes. Una avalancha de emociones pesaba en su pecho. Una leve sonrisa se dibujó en el rostro de Dylan, que se había acercado y apoyado la barbilla en la mano. Sus ojos se encontraron en el aire.

En el instante en que Jo-on se dio cuenta del incómodo silencio momentáneo, la sonrisa en los labios de Dylan se desvaneció levemente. Jo-on bajó la cabeza en silencio hacia la mesa. El contenido de su conversación con Amy de hacía un momento pasó por su mente.

Quizás no era Amy quien confundía los sentimientos del otro, sino el propio Jo-on.

Él de todas formas…

Sus orejas se calentaron de vergüenza.

—La próxima vez…

Dijo, volviendo la mirada hacia el portátil.

—Vamos juntos. Te enseñaré buenos lugares que, la verdad, ni yo conozco muy bien.

Jo-on tuvo que reunir todo el valor que tenía, y el que no, para decirlo con la voz más casual posible.

—Ahora suena como un buen plan, ¿verdad?

—Sí.

Solo somos amigos. Son palabras que se pueden decir entre amigos. Qué tonto soy por emocionarme sin darme cuenta.

—Me emociona. ¿Qué harás mañana? ¿También te prepararás para la entrevista?

Dylan rodeó la mesa y se acercó por detrás, echando un vistazo a la pantalla. La mano que le tocó el hombro estaba caliente. Jo-on levantó la mano para cubrir el monitor, pero la gran figura le agarró la muñeca y bromeó. De su cabello, aún no seco y de un color castaño claro, emanaba un fuerte aroma.

—¿Por qué? Muéstrame.

Su corazón latía salvajemente.

—Me avergüenza.

—Mmm, de acuerdo. No se puede hacer nada.

La dulce voz le llegó a los oídos, que debían estar ardiendo de un color rojizo oscuro, de forma provocadora.

—No te molestaré. Que duermas bien.

Dylan se despidió ligeramente, y con una expresión de arrepentimiento, acarició suavemente la cabeza de Jo-on y se dirigió a su habitación. Solo entonces Jo-on exhaló un largo suspiro, liberándose del peso que le oprimía el pecho.

Se quedó sentado aturdido durante un largo rato, incapaz de pensar. Luego, para reanimarse, fue al baño a lavarse la cara y, al salir, vio que algo había cambiado en el monitor y no pudo evitar sonreír. Debajo de sus preguntas y respuestas esperadas, había un texto completamente ajeno que se había añadido.

Jo-on echó un vistazo a la habitación de Dylan, luego, al ver la puerta bien cerrada, volvió la cabeza hacia el monitor.

P. Su currículum es muy impresionante. Parece que sabe manejar muchas cosas y ha contribuido claramente a la empresa. Se percibe una pasión tranquila.

Nos gustaría contar con usted, ¿qué le parece?

R. De acuerdo. Lo haré con gusto.

No era necesario preparar este tipo de preguntas y respuestas. Porque lo normal es que si un entrevistador expresa su intención de contratar a alguien en el acto, se le pida tiempo para tomar una decisión.

Sin embargo, esta pregunta y respuesta no parecían estar relacionadas con una contratación. Jo-on rumiaba la frase 'nos gustaría contar con usted' durante un largo rato.

Tenía un sabor amargo en la boca.

14.

Jo-on salió de casa solo, sin acompañantes, vestido de forma más formal de lo habitual con unos vaqueros oscuros y un abrigo largo. Esta noche había un partido de los Polar Bears. No era necesario preguntarle a Dylan si quería ir con él. Cuando Jo-on se levantó, él ya había salido para su entrenamiento matutino. Había días en que pasaba por casa al mediodía, pero hoy no era uno de ellos.

Jo-on hizo un poco de limpieza en casa y salió a última hora de la tarde. Mientras caminaba por las calles del centro para tomar el tranvía, Jo-on notó que el paisaje urbano había cambiado mucho desde antes de ir al oeste.

Los árboles de la calle empezaban a brotar con pequeñas hojas verdes. Los montones de nieve que solían acumularse en las aceras en invierno se habían derretido por completo, y el frío que cortaba la piel se había ido hace mucho tiempo. Gracias al cambio al horario de verano, que había comenzado el fin de semana pasado, la mañana también había llegado temprano. El día se estaba haciendo más largo.

Aunque el clima impredecible, con ocasionales ráfagas de nieve, seguía siendo el mismo, la calidez del sol hacía que finalmente se sintiera que la primavera estaba cerca.

'Black Star Tavern', un cartel tosco y anticuado que recordaba a los años 90, se iluminó con una luz anaranjada. Las luces de colores que salían del interior de la tienda se multiplicaban. A medida que el cielo se oscurecía, las calles se iluminaban.

El patio delantero de la tienda, que en verano se llenaba de gente, estaba desolado y sin mesas, pero la vista del interior a través de la ventana parecía más cálida que cualquier invierno.

Jo-on se bajó del tranvía, comprobó la dirección que Amy le había enviado y entró. La 'Black Star Tavern' era un *pub* muy pequeño, de esos a los que solo irían los lugareños.

Había unas cuantas mesas con vistas a la calle, y en el centro de la sala había una barra. El escenario donde tocarían los Bobby Beavers estaba en el interior. Era una plataforma tan pequeña que la palabra «escenario» parecía demasiado grande, pero era un rincón perfecto para que los clientes les prestaran atención.

A diferencia de lo que Jo-on había esperado, pensando que habría pocos clientes a esa hora temprana, el interior estaba bastante concurrido. Bobby, el cumpleañero, estaba hablando con el camarero, que parecía ser el dueño del pub, y Aron estaba ayudando a montar el escenario.

Amy, que estaba grabando todo el salón con su cámara, vio a Jo-on y le dedicó una brillante sonrisa. Luego, rápidamente apagó la cámara y se acercó a saludar.

—Llegó, oppa. Cuánto tiempo. ¿Cómo ha estado?

—Bien, gracias. ¿Y usted, Amy?

—He estado ocupada. Ojalá las vacaciones lleguen pronto.

—Aguante un poco más. Ya casi terminan.

—Sí, es verdad.

Amy bromeó: 'Aunque ya eché a perder los exámenes'. Bobby, que había terminado de hablar con el camarero, vio a Jo-on antes que Aron y se acercó a saludarlo.

—Cuánto tiempo, Jo-on.

—Feliz cumpleaños, Bobby.

—Oh, gracias. Otro año que se va. Aun así, me gusta esta época. No solo porque es mi cumpleaños, sino porque el invierno ya termina. Cada año apostaba con mis amigos si nevaría o no el día de mi cumpleaños.

—¿A qué lado suele apostar?

—¡Obviamente al que nieva!

—Este año habrá perdido dinero, ¿no? Hoy hace bastante calor. De camino vi que los árboles estaban brotando.

—¡Maldito cambio climático! Si hubiera sido ayer, habría ganado dinero.

Bobby sonrió ampliamente, mostrando sus dientes delanteros parecidos a los de un castor. Era porque la noche anterior había nevado muy ligeramente.

—Siéntate donde quieras. Llamaré a Aron. Ah, por cierto, el calamar aquí es delicioso, deberías probarlo.

—Gracias.

Jo-on pidió el calamar y una cerveza de barril, como le recomendó Bobby. Mientras esperaba su pedido, tomó un sorbo de la cerveza con espuma blanca como la nieve y saludó a Aron, que se acercaba desde lejos.

—Jo-on, por fin te veo la cara.

—Cuánto tiempo, Aron. ¿Cómo has estado?

—Claro que sí. ¿Dicen que dejaste el trabajo y te fuiste de viaje a Calgary? ¡Qué atrevido! ¿Cómo te fue?

Jo-on dudó ante la palabra "viaje" pero no la corrigió y lo dejó pasar.

—Hacía frío.

—Claro que sí. No es un lugar para ir en invierno.

—Por cierto, ¿te independizaste? Felicidades. Me enteré cuando fui a casa. Me sorprendió que tu habitación estuviera vacía.

Aron se sentó junto a Jo-on y agitó la mano como diciendo "ni me lo digas".

—Simplemente decidí vivir en el sótano de la casa de un amigo que conozco. ¿Sabes lo enojada que se puso mi mamá por eso?

—Claro que sí. Todavía eres joven.

—¡Maldita sea, Jo-on, no tienes por qué decir eso también! Ya soy un adulto. ¡Yo pago mi propio alquiler!

—Qué le vamos a hacer. Para mí, sigues siendo el chico de diez años que conocí por primera vez.

—¿Has visto a un chico de 6 pies?

Al mencionarse la altura, Jo-on puso cara de disgusto, como si su orgullo hubiera sido herido. De repente, le apeteció una cerveza.

—Qué suerte que seas alto.

—Oh, no seas tan sensible. No quiero decir que Jo-on sea pequeño. Pero Jo-on, ¿cuánto medías? ¿5 pies y…?

—Redondeando, son 6 pies.

Aron, que se jactaba de seguir en crecimiento, soltó una carcajada exagerada. Jo-on, sintiéndose un poco irritado sin razón, se acercó a Aron y susurró.

—¿Qué importa la altura? Yo soy bueno en otras cosas.

—…¿Qué, qué? ¿A qué te refieres…?

Aron se quedó inmóvil, como si estuviera avergonzado.

—Al coreano, claro.

—Ah, ah…

Aron suspiró de alivio y añadió.

—Uf, por un momento pensé que Jo-on era realmente un adulto.

—¿Qué quieres decir?

Jo-on preguntó, sin entender. Pero Aron sonrió y negó con la cabeza, como diciendo que no se preocupara.

—No, más bien… Espera, Jo-on. ¿Sabes algo y lo dices?

—¿Qué?

Jo-on preguntó de nuevo sin cambiar de expresión.

—No… es decir… yo…

—Aquí tienen su pedido.

Justo en ese momento, el calamar humeante y caliente se interpuso entre ellos, rompiendo el incómodo silencio. Aron se humedeció los labios secos y susurró.

—Le pedí una cita a Amy.

—¿Mmm, en serio?

La actitud de Jo-on era bastante despreocupada, mordiendo el crujiente rebozado y limpiándose los labios brillantes de grasa al responder.

—No sé qué hacer. ¿Y si piensa que soy aburrido? Dame un consejo.

—Así que hasta los de 6 pies se preocupan por eso.

—No estoy bromeando.

Jo-on se volvió hacia Aron y lo escudriñó de arriba abajo, como un entrevistador que evalúa. Aron tenía una apariencia decente incluso desde un punto de vista objetivo, pero como no tenía una personalidad seria, era fácil que lo malinterpretaran como una persona superficial.

—¿Qué te parece? ¿Qué debo hacer? ¿Eh?

Jo-on, que había estado poniéndose serio sin necesidad, se relajó y sonrió.

—No te preocupes. Solo sé honesto.

—¿De verdad lo crees?

—Sí. Amy ya te conoce. ¿No se daría cuenta si lo fingieras? Así que, ¿por qué no actúas con honestidad?

—Pero lo digo en serio y me preocupa que no me crea. Amy tiene un poco… un prejuicio sobre mí, ¿sabes? No estoy haciendo esto a la ligera.

Por alguna razón, Jo-on se sumió en sus propios pensamientos al escuchar esas palabras.

—Algún día Amy también reconocerá tu sinceridad.

Ese fue todo el consejo que Jo-on pudo darle.

Poco después, la actuación de Bobby Beavers, acompañada de la fiesta de cumpleaños de Bobby, alcanzó su punto culminante con la música de celebración.

La atmósfera se caldeó cuando un emocionado Bobby gritó: —¡Una ronda de cervezas para todos los presentes!

—Un momento, ¿los que acaban de entrar no lo han oído, verdad? ¡A esos los excluimos!

La gente se giró hacia la entrada al escuchar el grito. Allí, un hombre de aspecto frío sonreía torcidamente.

—Lo he oído todo. ¡Barman, dame una a mí también!

—¡Maldita sea!

La gente estalló en carcajadas.

El hombre, que se quitó el abrigo y se acercó a la barra, se detuvo junto al taburete donde estaba Jo-on. Desprendiendo el frío exterior impregnado en su cuerpo, puso una mano en el hombro de Jo-on.

—¿Cuánto tiempo, Jo-on?

—…¿Por qué estás aquí…?

—¿Lo olvidaste? Yo también soy músico. Conozco a mucha gente aquí.

Sergio le hizo una señal al barman y luego arrastró una silla vacía para sentarse junto a Jo-on.

—Si conoces a tanta gente, ¿por qué tienes que sentarte aquí?

—¿No es de buena educación preguntar primero cómo estás, Jo-on?

—Porque no quiero preguntar.

—Entonces yo pregunto. ¿Estás bien?

—No, para nada.

—Vaya…

Él, a su antojo, alargó la mano hacia el plato de calamares de Jo-on. Jo-on vio cómo el último trozo desaparecía en su boca y abandonó incluso el impulso de detenerlo.

—No tienes por qué ser tan quisquilloso como las mujeres. Hace mucho que no te veo. Yo estoy contento de verte.

—Son mujeres inteligentes que saben muy bien que eres una mierda.

—Pues no sé. Pero todos cambian de opinión después de pasar una noche conmigo.

Jo-on, como si no quisiera seguir escuchando semejantes fanfarronadas, le dio la espalda por completo y miró hacia el escenario. Bobby Beavers acababa de empezar una nueva canción.

Sin embargo, al darle la espalda a Sergio, no tuvo más remedio que escuchar lo que este le susurraba al oído, pegado a él.

—Y no solo las mujeres, por cierto.

—No me interesa, así que vete al carajo.

—¿De verdad?

La voz significativa de Sergio hizo que Jo-on tensara los hombros.

—Ni siquiera has salido con una mujer, ¿verdad?

Jo-on no pudo replicar. Era una verdad que él mismo había soltado sin querer cuando estaba ebrio.

—Tengo un radar. ¿Cuántos asiáticos como tú he visto negándose a sí mismos? Yo les he abierto los ojos.

Jo-on no respondió más, recogió sus cosas, sacó unos billetes y se los entregó al barman. Justo cuando Sergio intentó agarrar el brazo de Jo-on, este, por reflejo, le agarró la muñeca y se la dobló hacia atrás. Una técnica básica de defensa personal que había aprendido en el *dojo* de Taekwondo de su barrio antes incluso de entrar en la escuela primaria, había surgido sin querer después de más de 15 años.

—¡Ugh!

Presionando con fuerza el brazo de Sergio por la espalda, Jo-on susurró en voz baja.

—A quién me gusta es asunto mío, no tuyo. Y definitivamente no serás tú.

—…

—¿Radar? Eres solo un racista lleno de prejuicios. ¿Por qué no aceptas tu verdadera naturaleza? Ya estoy harto de gente como tú. Si sigues siendo grosero, no me contendré. Así que, no te acerques a mí.

Soltando el brazo de Sergio, que había cerrado la boca, Jo-on se dirigió a la salida. De camino, se encontró con Amy, que sostenía una cámara, pero como no pudo darle un saludo afectuoso, solo la saludó con la mirada y salió del local.

Cuando la puerta se cerró, el sonido de la música en vivo se desvaneció y solo se escuchó el ruido mecánico del tranvía en funcionamiento.

—Debería haberle dado un puñetazo.

Un largo suspiro se escapó en el aire. Su mano le hormigueaba por la fuerza excesiva que había ejercido momentáneamente. Jo-on recordó las pesas de Dylan que estaban en un rincón de la sala. Le invadió el deseo de entrenar con ellas todos los días, incluso por despecho.

Jo-on se subió al tranvía y se miró fugazmente en el reflejo. Tenía una figura esbelta, le gustaba vestirse de forma impecable y llevaba el pelo arreglado.

No creía que su propia apariencia transmitiera una atmósfera que pudiera inducir a error. ¿Existía siquiera algo así?

Su jefe en la empresa donde trabajaba, una pareja de mediana edad que había visto casualmente por la calle, todos eran personas normales a los ojos de Jo-on. Simplemente, la persona que tomaba la mano era del mismo sexo.

A través de la ventana del tranvía, que se detuvo en la parada, se podía ver un *pub* que retransmitía un partido deportivo. Jo-on vio la silueta de un jugador de hockey que apareció brevemente en la cámara y luego desapareció, y recordó la imagen de Dylan sonriendo ampliamente junto a una mujer rubia.

Por mucho que intentara imaginarse a sí mismo a su lado, no encajaba. Era tan discordante como el agua y el aceite, que no se mezclan.

Jo-on, aunque lamentaba no haber podido desquitarse más con Sergio, lo admitió a regañadientes. Quizás su radar había acertado en algo.

El domingo por la mañana temprano, la ciclovía a lo largo del lago estaba desierta. Era la hora más tranquila de la ciudad.

Después de correr durante aproximadamente una hora a través del aire fresco, su cuerpo se calentó. Dylan, que ya sentía calor con su camiseta de manga corta y pantalones cortos, se secó el sudor de la frente. Quizás debido a la diferencia de temperatura, tuvo la ilusión de que el humo salía de su cuerpo.

Se dirigió a casa y echó un vistazo a la cafetería, pero pasó de largo. Cuando vivía solo, se detenía naturalmente a comprar café por la mañana, pero desde que vivía con Jo-on, prefería prepararlo él mismo. No quería darle café comprado en la tienda.

Quería prepararle el desayuno o la merienda él mismo. Por eso, el refrigerador también se iba llenando poco a poco con huevos, tocino, ensalada, etc.

Aunque dejara la casa para un viaje por carretera, siempre debía haber comida para Jo-on, así que no tenía que preocuparse por las fechas de caducidad. Una vez, incluso compró carne para bistec y le pidió que la comiera, a pesar de que tenía que tomar un avión esa misma tarde. Probablemente, Jo-on no se había dado cuenta en lo más mínimo de sus esfuerzos.

Al llegar a casa, Dylan cerró la puerta de entrada con cuidado para no hacer ruido. Luego, echó un vistazo sigiloso a la habitación de Jo-on, que aún estaba en silencio. La puerta estaba bien cerrada.

Después de ducharse, se dio cuenta de que se acercaba la hora en que Jo-on se levantaría y comenzó a preparar café. Colocó el filtro, añadió café molido fino y vertió lentamente agua caliente sobre él. Mientras controlaba la cantidad de agua viendo la crema blanca subir, escuchó el movimiento que esperaba.

—Buenos días.

—Buenos días, Jo-on. ¿Dormiste bien?

Jo-on, en pijama, se frotó los ojos y asintió. Se sentó frente a la encimera y observó en silencio a Dylan preparar el café.

—Espera un poco.

—¿También me preparas el mío?

—Por supuesto.

Pop. El pan tostado saltó de la tostadora. Dylan sacó un plato ancho, puso el pan en él, cortó los bordes del pan y le untó abundante mermelada de higos. Luego se lo ofreció a Jo-on, que todavía estaba adormilado.

Jo-on, que había aceptado el pan sin darse cuenta, reaccionó tarde y balbuceó torpemente.

—¿Qué te parece? Lo compré esta mañana. Aquí está el café.

—Gracias. Debe haber sido una molestia.

—De nada. Hoy no tengo entrenamiento.

Dylan lo dijo como si solo lo hubiera preparado porque no tenía nada que hacer, y luego miró el rostro de Jo-on, preocupado de que sonara poco sincero. Afortunadamente, Jo-on estaba ocupado oliendo el café y concentrado en beberlo sin quemarse los labios.

El cuchillo untando la mermelada sobre el pan crujiente hizo un suave sonido. Dylan rompió rápidamente los huevos en la sartén y cocinó el tocino en un rincón. Mientras la comida se cocinaba, no olvidó poner la ensalada previamente lavada en un bol y añadir tomates cherry. Después de rociar el aderezo y terminar de preparar, puso el tocino cocido y los huevos revueltos sobre la mesa, y Jo-on, que estaba comiendo la tostada, levantó la vista y miró fijamente a Dylan.

—¿Tengo que comer todo esto?

—Sí. Comamos juntos.

—Sí… Pero, ¿cuántos huevos rompiste? Parece un poco mucho.

Dylan inclinó la cabeza y murmuró.

—¿Unos seis?

—…Ya veo.

Después de esas palabras vagas, las mejillas de Jo-on se llenaron rápidamente de comida.

—¿Qué tienes planeado para hoy?

—Por la tarde iré a casa de Maya. Dijo que tengo cosas que dejé allí y que el correo se ha acumulado.

—¿Quieres que te lleve?

—No, es el día libre de Dylan, no quiero molestarte…

—Está bien. Yo tampoco tenía mucho que hacer. Es un viaje largo en transporte público, ¿verdad?

Jo-on aceptó la oferta de Dylan de mala gana. Como él había dicho, para ir en transporte público tendría que hacer varios transbordos, por lo que ya había decidido llamar a un taxi.

—Un momento. Entonces tengo que preparar algo. ¿Salimos un poco antes?

—Sí. De todos modos, no tengo nada que hacer.

Dylan no explicó qué iba a preparar. Solo se enteró de qué se trataba varias horas después.

Las dos personas salieron de casa antes de lo previsto y se dirigieron a una tienda de artículos deportivos en un centro comercial. Allí, Dylan compró guantes para Ben y un uniforme de talla infantil.

—No hacía falta que prepararas un regalo.

—Es un regalo que quiero dar. No te equivoques, Jo-on.

—…

Jo-on miró a Dylan con una expresión de perplejidad.

—También tengo cosas que agradecer a Maya y Tony personalmente. Tenemos un secreto entre nosotros que Jo-on no conoce.

—…Ah, ya veo.

Insistió en que también tenía que comprar regalos para Maya y Tony por separado, y arrastró a Jo-on durante mucho tiempo. ¿Qué relación tendría con ellos?

Al principio, lo usó como excusa para los regalos, pero luego, diciendo que le quedaría bien a Jo-on, eligió jabones, perfumes, ropa, zapatos y, finalmente, hasta calcetines. Jo-on, cansado de ver las bolsas de la compra aumentar, intentó llevar a Dylan al aparcamiento cuando una pareja que llevaba dos helados de *gelato* los pasó.

—Espera un momento. Parece que venden *gelato* allí. ¿Tomamos uno?

—Si quieres, hazlo. Yo esperaré aquí.

Dylan miró fijamente a Jo-on ante su respuesta indiferente.

—…¿Por qué?

—¿No vas a comer? Comamos juntos.

—¿Uno para compartir?

—No. Bueno, sí. Podría ser, pero no. Quiero decir… entremos juntos.

Dylan cambió de opinión varias veces y se inclinó hacia la tienda como si fuera a arrastrar a Jo-on de inmediato. Un pie ya estaba firmemente dentro de la tienda. Jo-on, con una expresión de desconcierto, lo siguió.

—Jo-on, ¿qué sabor te gusta? ¿Menta?

—No como eso. Yo tomaré solo vainilla. ¿Y tú, Dylan?

—Entonces yo tomaré amaretto.

Finalmente, los dos se sentaron en la plaza central del centro comercial, comiendo helado amistosamente. Había bastantes parejas a su alrededor con helado, como ellos.

—Así, comprando los dos…

Jo-on miró a Dylan de reojo. Él sonrió, cerrando sus ojos brillantes como joyas, dejando la frase a medias.

—…Es divertido.

—Sí, la verdad. Hace mucho que no venía aquí. Es mejor de lo que esperaba.

Jo-on ocultó su sonrisa y mordió el cono con rudeza. Estaba lleno de una confianza inexplicable después de haberle dado una lección a Sergio.

—Mmm, ¿comemos en un lugar tranquilo?

—¿Un lugar tranquilo?

—Sí. Un lugar donde podamos estar solos.

Dylan, más calmado que un momento antes, miraba a Jo-on con seriedad. Le resultaba incómodo y Jo-on no le dio una respuesta definitiva, sino que se terminó el último trozo del cono de helado de un solo golpe.

Dylan miraba constantemente hacia la salida, como si quisiera escapar del centro comercial, que empezaba a llenarse poco a poco. Nadie se había acercado a pedirle autógrafos o fotos al reconocerlo como jugador profesional, pero su notable atractivo, que no podía disimularse, seguía atrayendo la atención de la gente.

—Vámonos ya.

Jo-on se levantó primero y se dirigió al estacionamiento.

—¿Qué quieres para comer? Primero llamaré para reservar…

—Un momento.

Jo-on detuvo a Dylan, mostrándole la palma de su mano. Antes de que pudiera pedirle el teléfono, Dylan, sin pensar, puso su mano sobre la de Jo-on. Jo-on retiró rápidamente su mano.

—No, el teléfono…

—Ah.

Jo-on tomó el teléfono de Dylan e introdujo la dirección de un restaurante coreano cerca del Parque Christie.

—Dylan, ¿te gusta la comida picante?

—…Oh, sí.

—¡Qué bien! Hoy me apetece mucho un estofado picante. Comamos eso.

Jo-on y Dylan, que habían fanfarroneado mucho, pidieron el nivel más picante y salieron del restaurante con los labios hinchados y rojos como peces.

Lejos de ser tranquilo, el lugar era ruidoso con viejas canciones coreanas populares en los años 90, y durante la hora del almuerzo estaba tan concurrido que las voces de la mesa de al lado se escuchaban más fuerte que las suyas, pero al final, Dylan parecía satisfecho.

—Estaba delicioso. Volvamos a comer aquí otra vez.

—¿Estás seguro? Acabaste con toda el agua del restaurante.

—Jo-on se acabó todo el papel higiénico. No es de extrañar que lo cambiara por el de la mesa de al lado. Me recordó a cuando mi abuela se resfriaba. En invierno vivía abrazada a un rollo de papel.

—…¡Ja! ¡El papel de nuestra mesa estaba vacío desde el principio!

—No. Que yo recuerde, no estaba vacío.

—¡Casi, casi! Estaba vacío.

—Démoslo por bueno.

Dylan, que ya estaba en el coche aparcado en la calle, respondió con una sonrisa irónica, como si quisiera ceder una vez. Jo-on iba a excusarse mientras se subía al asiento del copiloto, cuando de repente la mano de Dylan le rodeó la mejilla. Luego, su pulgar le tocó los labios hinchados.

—¿Con quién te has dado un beso tan apasionado? Tienes los labios hinchados.

Jo-on miró a Dylan en silencio por un momento, que sonreía de forma burlona, y murmuró:

—Mírate al espejo.

Dylan se miró al espejo y vio sus propios labios, igualmente enrojecidos, y murmuró, como si estuviera impactado:

—Vaya, ¿era yo?

Jo-on no respondió a su broma sin sentido y se abrochó el cinturón.

El coche negro que conducía Dylan salió rápidamente del centro de la ciudad y se dirigió hacia el norte. La altura de los edificios disminuyó gradualmente y el cielo se veía inmenso. El coche entró en un barrio densamente poblado y se detuvo frente a una casa de dos pisos que le resultaba familiar.

Quizás porque había llamado con antelación, Maya se veía esperando, paseándose por la ventana. Cuando la SUV negra de Dylan se detuvo frente a la casa, ella saludó con la mano a través de la ventana y abrió la puerta de par en par antes de que los dos llegaran a la entrada.

—Bienvenido, Jo-on. ¿Cómo has estado?

—Qué bien que viniste.

Maya y Tony se saludaron con abrazos, uno tras otro.

—Sí. ¿Cómo han estado ustedes dos?

—¡Por supuesto!

—Oh, Dylan. Cuánto tiempo. ¿Cómo ha estado?

—Muy bien, señora. Gracias a usted.

Dylan saludó con cortesía. Entonces Tony se interpuso entre los dos.

—No te olvides de mí tampoco. Gracias a Ben siempre disfruto de los partidos. ¿Podemos esperar que lleguen a la segunda ronda de los *playoffs* este año?

—¡Querido! No le presiones.

—Por supuesto. Este año romperemos la maldición de la primera ronda de *playoffs* y llegaremos hasta la Stanley Cup.

—¡Ben se alegrará de escuchar eso!

Mientras los dos hablaban de la liga, Jo-on siguió a Maya a la cocina y dijo:

—Hace frío, ¿por qué salió, Maya?

—¿Frío? Si ya es primavera. Y para mí, esto ni siquiera es frío.

Maya bromeó, presumiendo de su capa de grasa. Maya tenía una buena complexión.

—¿Ya comiste?

—Sí. ¿Y usted, Maya?

—Nosotras también comimos. Hice bastante lasaña, así que llévate un poco cuando te vayas. La guardé en un recipiente desechable.

—No, está bien.

—Sí, lo haré. Gracias.

Detrás de Jo-on, que declinaba, Dylan apareció de repente y se apresuró a interponerse en la conversación. Jo-on se volvió hacia él y Dylan le susurró: '¿Por qué? A mí me parece bien'.

—Tus cosas las dejé en la habitación de Aron, y el correo… ¡Isabella! ¿Dónde pusiste el correo de Jo-on?

Se oyó un grito de Isabella desde su habitación.

—Espera un momento.

Maya subió al segundo piso, donde estaba la habitación de Isabella, diciéndole que saliera a hablar.

Mientras tanto, Dylan despertó a Ben, que estaba echando la siesta en la sala, lo saludó y le entregó el regalo que había preparado. Ben, que aún no estaba del todo despierto, se puso los guantes, que le parecían más grandes que su propia cara, y cogió el palo de hockey junto a Dylan. Quizás porque tenía un sobrino de edad similar, Dylan era muy hábil jugando con Ben.

Jo-on, mientras tanto, se dirigió a la habitación de Aron, que estaba en la planta baja.

Los lugares donde habían estado los muebles conservaban marcas claras de desgaste, lo que demostraba el paso de los años. Las cajas estaban sobre una alfombra vieja y mal limpiada; habían estado guardadas temporalmente en un almacén alquilado y luego tardaron bastante en llegar hasta allí, transportadas en un camión de carga de larga distancia que cruzó tres provincias.

Jo-on se quedó un buen rato pensando frente a las cajas. Si se llevaba todo ese equipaje, tendría que volver a moverlo con esfuerzo cuando tuviera que dejar la casa de Dylan más tarde.

—¿Debería dejarlos y recogerlos cuando me mude? No son tan importantes.

—¿A dónde vas ahora?

Jo-on se sobresaltó al escuchar una voz detrás de él, sin ruido, y se dio la vuelta. Justo delante de él, Dylan lo miraba fríamente a la cara.

—¿A dónde te vas a mudar esta vez?

—…No lo he decidido. Es solo para cuando tenga que dejar la casa de Dylan.

—¿Quién dijo que podías irte?

—¿Eh?

Jo-on, desconcertado por la pregunta incomprensible, vio cómo la mirada gélida de Dylan se derretía con un largo suspiro, y este se quejó:

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, así que no te preocupes por eso a partir de ahora. Quiero que te sientas cómodo.

—Gracias.

Dylan sonrió. Y luego se sentó en el suelo y examinó las cajas.

—¿Puedo poner todo esto en el coche?

—Sí. No serán muy pesadas. La mayoría es ropa.

—Entonces empecemos.

Los dos, cada uno con una caja en brazos, se dirigieron al coche aparcado en la calle. Al moverse juntos, en unas pocas idas y venidas, todo quedó ordenado rápidamente.

—Ya has trasladado las cosas. Siéntate un momento. Te he traído el correo. He preparado té, así que vamos a revisarlo mientras lo bebes.

Maya se sentó a la mesa y dejó la pila de correo junto a una taza de té humeante. No pudo negarse, ya que mostraba una clara desilusión, como si quisiera que se quedara más tiempo.

Jo-on intercambió una mirada con Dylan y luego se sentó a la mesa, siguiendo a Dylan, quien ya sorbía tranquilamente su té de manzanilla. La mayoría de los correos eran del banco.

—Por cierto, les he traído un regalo. Ábranlo.

—¡Ay, qué bien! Gracias, Dylan. ¿También a nosotros, después de regalarle el equipo de hockey a Ben?

—Claro. También para agradecerles lo de la última vez.

Jo-on, que estaba revisando el correo, levantó la cabeza.

—¿La última vez?

Pero Dylan se encogió de hombros, fingiendo no saber nada.

—Se refiere a cuando viniste buscándolo porque no contestaba el teléfono.

—Ah…

Jo-on, que no había podido tomar el avión a Corea por no tener pasaporte, había raspado hasta el último céntimo de dinero para tomar un avión a Toronto, y el primer lugar al que había llegado fue la casa de Maya. Sabía que era de mala educación, pero no tenía a dónde ir.

Maya le había dicho que siempre tenía una habitación libre para él en Navidad, así que, aunque era descarado, tenía la certeza de que no lo echaría. Jo-on aún pensaba que era una mejor opción que ir a buscar a Dylan.

En ese momento, mientras explicaba a Maya lo que había pasado, también le contó la historia de cómo Dylan había ido a buscar a Jo-on hasta allí. Ya sabía que Dylan había podido encontrarlo en Calgary gracias a la ayuda de Maya y Tony. Después de todo, solo Maya y Tony conocían la nueva dirección de Jo-on.

—Somos nosotros los que debemos agradecer. Nos aseguramos de que Jo-on estuviera a salvo. Este muchacho es como nuestro propio hijo.

—Es una suerte que Jo-on haya conocido a gente tan buena como ustedes. Hablando de eso, ¿tienen alguna foto de cuando Jo-on llegó aquí por primera vez o fotos antiguas?

—¡Oh, claro que sí! Tenemos fotos de todos los estudiantes que han pasado por nuestra casa. Ven por aquí. Te los mostraré.

Un emocionado Tony llevó a Dylan al pasillo donde tenían las fotos pegadas. Mientras los dos miraban las fotos, Jo-on volvió su atención al correo que estaba revisando. Tenía que filtrar algunas cartas de Aron que se habían mezclado.

—¿Estás bien donde vives ahora?

Ante la pregunta que rompió el silencio, Jo-on asintió lentamente.

—Sí, estoy bien. Dylan también es amable.

—Podrías haberte quedado aquí. Cuando dijiste que ibas a la casa de Dylan, no me sentí tranquila.

Jo-on había estado en casa de Maya menos de una semana después de regresar de Calgary. Durante ese tiempo, había sentido una incomodidad inexplicable. Porque apenas tenía dinero para pagarle a Maya por usar la habitación.

Maya nunca le había pedido dinero por su corta estadía temporal. Al contrario, al igual que Dylan, Maya le habría ofrecido que se quedara todo el tiempo que necesitara hasta que recuperara la estabilidad.

Sin embargo, Jo-on se sentía incómodo porque su relación inicial había comenzado como un negocio, en el que todo se pagaba.

Comer y dormir, ducharse, incluso actuar como tutor, todo era un trato contractual. Jo-on, acostumbrado a eso, no estaba acostumbrado a recibir algo gratis de Maya.

No solo de Maya. Entre todas las personas con las que se relacionaba, Jo-on calculaba inconscientemente.

¿Qué podía pagar él a cambio de la amabilidad que la otra persona le ofrecía?

—Como saben, él está muy ocupado y pasa mucho tiempo fuera de casa. Por eso, decía que preferiría tener a alguien, a un compañero de piso. Por eso pensé que sería mejor así.

—Entonces, me alegro.

—Además, ya llevaba casi una semana y me sentía avergonzado. Incluso había dejado mis cosas…

—No pienses así.

—Si no fuera por mí, habrían podido recibir a otro estudiante.

Maya exhaló un largo suspiro y miró a Jo-on como si realmente no pudiera con él. Su mirada, más que fría, contenía compasión.

—Jo-on. Ya no recibimos inquilinos constantemente como antes. Uno o dos estudiantes internacionales que se queden por un tiempo son suficientes. Mi energía tampoco es la misma, y ya no necesitamos recibir a tantos estudiantes. Cuando estabas aquí, Aron e Isabella eran muy

pequeños, y nosotros tampoco llevábamos mucho tiempo establecidos y no teníamos mucho dinero, pero ahora, mira a tu alrededor.

Jo-on siguió la mirada de Maya y recorrió la casa. Las paredes recién pintadas, los muebles nuevos de buena calidad, la encimera de la cocina cambiada por una de piedra con un diseño elegante y los gabinetes nuevos.

En comparación con la humilde primera impresión que había tenido al entrar en esta casa el día que se había presentado con incomodidad, había logrado un progreso tremendo.

Los dos, que eran jóvenes, se habían convertido en adultos de mediana edad, y los hijos ya casi estaban crecidos. Jo-on suspiró levemente. La comprensión le llegó tarde.

—Ya han cambiado muchas cosas. Tú también, y nosotros también.

No, todos menos él habían cambiado. La única persona que no había crecido y seguía estancada en el tiempo torpe e inmaduro de antes era el propio Jo-on.

Mientras todos encontraban su lugar, él, como una brújula que ha perdido su rumbo, seguía dando vueltas en el mismo sitio, errante.

—Así que, si Dylan te molesta, siempre puedes volver. ¿Entendido?

—…Sí.

Una tenue sonrisa se extendió por su rostro pálido.

—Pero Dylan no me molesta. Es un buen amigo.

—¿Buen amigo?

Maya agitó la mano.

—Un buen amigo no haría eso.

La sonrisa se desvaneció y su rostro pálido se tensó gradualmente. Jo-on, sintiéndose muy sensible, observó a Maya, preocupado de que estuviera hablando porque había notado la sutil tensión entre él y Dylan.

—Él no es solo un buen amigo. ¡Es una persona muy valiosa que nunca debes dejar ir en la vida!

Ella juró que si dejaba ir a una persona como Dylan, se arrepentiría.

—¿Sabes cuánto se preocupó por ti? Nosotros también nos preocupamos mucho cuando Dylan nos dijo que no podía contactarte por teléfono, pero no nos atrevimos a volar hasta allí para buscarte. Sin embargo, él no dudó. Aunque tenía un partido fuera de casa programado, no es fácil ocuparse de asuntos personales en un lugar así.

—Sí… por eso.

Jo-on asintió y añadió.

—Es un muy, muy buen amigo.

Presionando a la fuerza su afecto en la palabra "amigo".

Pero Jo-on también lo sentía. Aunque trazaba una línea con palabras como "compañero de piso" o "amigo", no podía ocultar los sentimientos que ya habían crecido enormemente detrás de ellas.

Eran tan claros y deslumbrantes que no podían ocultarse. Por mucho que intentara ignorarlos, seguían apareciendo ante sus ojos. Como ahora, con el más mínimo descuido.

Jo-on levantó la vista y notó la mirada de Dylan, que lo observaba apoyado en el pasillo. Cálida y afectuosa. Como si estuviera muy satisfecho con la tarde de domingo de Jo-on, disfrutando de un té relajante con una persona llena de afecto en un entorno acogedor.

Su corazón comenzó a latir. El calor que se extendía hasta sus nervios periféricos le decía:

Ahora mismo, en este instante, era amado más que nadie.

Cuando sus ojos se encontraron, Jo-on sonrió lentamente, mostrando los dientes. Dylan vaciló un momento y luego agitó la foto que tenía en la mano a modo de saludo. Tenía una expresión más orgullosa que nunca.

—¿Qué tal si me cedes seis horas a partir de ahora?

—¿Seis horas?

Jo-on, en el asiento del copiloto, miró la hora. Seis horas después sería tarde en la noche.

—¿Qué quieres hacer?

—Un secuestro.

—No bromees.

Dylan se rió y encendió el motor.

—Tres horas de ida y tres horas de vuelta. Quiero mostrarte un lugar increíble.

Jo-on recordó el mapa y pensó vagamente en un lugar a tres horas de distancia. El lugar más famoso cerca era las Cataratas del Niágara, pero no tomaba tres horas llegar allí. Para que tomara tanto tiempo, tendría que ser algo como el Parque Provincial Algonquin.

—…De acuerdo.

Jo-on, pensando que era una oportunidad única, accedió con entusiasmo. Hacía mucho tiempo que no había estado cerca de allí, desde que fue de viaje con sus amigos de la escuela.

—¿Entonces nos vamos?

—¿Podríamos pasar por una cafetería antes? Creo que necesitaré un café.

—Si estás cansado, puedes dormir. Yo soy el que conduce.

—No puedo hacer eso. Te haré compañía en el camino.

Dylan, incapaz de resistir la obstinación de Jo-on, se detuvo en un autoservicio. Los dos, que compraron café frío fácil de beber a pesar del clima bastante fresco, condujeron rápidamente por la autopista 400, hacia el norte.

A pesar de la cafeína que había tomado para prepararse, Jo-on se durmió en el asiento caliente y se despertó unas horas después.

El sol ya se había puesto y el cielo comenzaba a teñirse de noche. El nombre del Parque Provincial Algonquin aparecía a menudo en los letreros. Al encender el mapa, vio que ya habían pasado Barrie.

—…Lo siento. Creo que me quedé dormido.

—Está bien.

—Ya que hemos llegado hasta aquí, supongo a dónde vamos, pero ¿no me dirías con certeza? Dylan, ¿cuál es el destino?

—Es un secreto hasta que lleguemos. Aguanta un poco más. Ya casi estamos.

—Es obvio a dónde se puede ir conduciendo tres horas por esta autopista.

—Lo sé. Pero no quiero quitarte la emoción cuando lleguemos. En cambio, te daré una pequeña pista…

Dylan pensó detenidamente y añadió.

—Es un lugar muy romántico.

En ese instante, Jo-on no pudo evitar pensar con celos cuántas parejas de citas Dylan habría llevado a ese lugar. De todos modos, él nunca podría ser una de ellas.

—…Sí. Ya veo.

A diferencia de antes, cuando estaba lleno de expectativas, su voz se había apagado un poco, y Dylan giró la cabeza y miró a Jo-on de reojo. El inexpresivo Jo-on a veces irradiaba una atmósfera muy fría, y ahora mismo era así.

—No me malinterpretes. Es la primera vez que llevo a alguien.

Los ojos de Jo-on se abrieron muy ligeramente ante esas palabras. Dylan no perdió ese temblor momentáneo.

—No pregunté eso.

—Disculpa. Pensé que tenías curiosidad.

—…

Jo-on no habló más del tema.

—Es un lugar al que voy cuando estoy deprimido o tengo la mente complicada. Especialmente durante la liga, si tengo un día libre, siempre voy una vez.

—¿Dylan también se deprime?

—Qué pregunta tan tonta, Jo-on.

Jo-on miró fijamente el perfil de Dylan, que sonreía irónicamente, durante mucho tiempo. Luego, como si se sintiera avergonzado, sorbió su café.

—Parece que Dylan también necesita un lugar donde escapar a veces.

—Cuando un partido no va bien. Cuando mi cuerpo no se mueve como quiero. Cuando me siento frustrado. O cuando necesito consuelo… ¿Será a veces?

Aunque su imagen está lejos de la tristeza, Dylan también es humano y habrá momentos en los que se sienta deprimido o melancólico. Aunque la intensidad sea diferente a la de los demás.

—Ahora que lo pienso, creo que vine aquí una vez después de que te fuiste.

—…

—Me arrepentí de ese día durante mucho tiempo. Me sentí como un tonto por ser tan emocional. Cuando no pude contactarte, me aterrorizó pensar que sería la última vez que nos veríamos.

—Dylan, no es tu culpa. Eso es…

—No es culpa de nadie. Tampoco es tu culpa.

Dylan lo negó primero, como si supiera que Jo-on se culparía a sí mismo.

—Solo me decepcioné de mí mismo.

—…

—Es extraño, ¿verdad? La gente me elogia mucho por ser amable, pero desde que conocí a Jo-on…

Dylan dejó la frase a medias y añadió con un suspiro.

—A veces siento que estoy loco.

—…Para nada.

Con sinceridad, la voz de Jo-on subió un tono al responder. Incluso tenía una expresión de total incomprensión.

—Jo-on, me gusta tu amabilidad.

—…No, de verdad, yo…

—¿Sabes lo confundido que estaba en el coche de vuelta al hotel después de robar tu pasaporte? Yo no hago esas locuras. Nunca sentí la necesidad de hacerlas.

El coche, que no se había desviado hacia el Parque Algonquin y había entrado en North Bay, se acercó a la orilla. El coche comenzó a reducir la velocidad y pronto se detuvo por completo en un lugar con vistas al lago. Después de que el motor se detuvo, el silencio llenó el interior.

—Tú sacaste el verdadero yo que estaba dentro de mí. Solo entonces me di cuenta de que ese era mi verdadero ser.

—…

—Me preocupó que te hartaras de mí al verme así. Aunque tu pasaporte estaba en mis manos, no podía soportar la ansiedad de que pudieras tomar ese avión de alguna manera. Pero fue gracioso. Si ese fuera el final, sería aún peor, ¿no crees?

En la oscuridad, los ojos de Dylan brillaban húmedamente. Jo-on lo miró fijamente y negó con la cabeza.

—No… no es así. Todos tenemos emociones. Son una prueba de que estamos vivos. Cuanto más las ocultes, más se pudrirán por dentro y te enfermarán. En algún momento, las emociones y la pasión morirán.

Dylan, que había estado mirando en silencio a Jo-on mientras confesaba en voz baja, abrió la boca.

—Por si acaso, la persona de la que acabas de hablar no eres tú, Jo-on.

—…

—He visto qué clase de persona eres. Eres mucho más curioso e interesante de lo que pensaba. A veces, tu imprevisibilidad es extraña. También tienes un espíritu competitivo. Y eres bastante fuerte.

Entonces Jo-on sonrió como si recordara algo.

—Hace poco sometí a un tipo racista de forma brillante. ¿Me sentí aliviado?

—Bien hecho.

—Fue gratificante. Y… ya no tenía que soportar tratos injustos. En ese momento sentí una inmensa sensación de liberación. ¿Por qué no había vivido así desde el principio? También me arrepentí mucho. Pero, ¿qué importa arrepentirse ahora?

—Esa es una buena actitud.

—Gracias a Dylan. Así que tú también… creo que no necesitas ocultar ni soportar nada para ser el Dylan que los demás quieren.

El puño cerrado de Dylan, apoyado en su muslo, se abría y cerraba repetidamente, moviéndose inquieto. Sin embargo, al final no pudo agarrar nada y solo sonrió torpemente.

—¿Sí? ¿Cómo me ves?

Jo-on, con los ojos bien abiertos, solo parpadeó sin responder.

—¿Fue una pregunta demasiado difícil?

—…Dylan, eres muy seguro de ti mismo. No dudas. Parece que, si decides algo importante, solo te enfocas en eso y corres hacia ello. ¿Será una deformación profesional como atleta?

—Puede ser.

—También eres considerado… y te interesan mucho las personas que te rodean, y eres amable.

—'Personas que te rodean'…

Murmuró eso, y luego una voz ligeramente más grave volvió a preguntar:

—¿Crees que soy así de amable contigo?

—…Claro que no es solo eso.

—¿Entonces?

Después de dudar un buen rato, Jo-on habló con dificultad. No podía detener el deseo de creer.

—…Tú, me aprecias…

—Mmm.

Dylan asintió lentamente. Era muy difícil leer las emociones ocultas detrás de su rostro inexpresivo.

Se había esforzado al máximo por no insinuar los altibajos y las diferentes emociones que habían existido entre ellos en el pasado, pero a Dylan no parecía gustarle eso.

—Entonces, yo… Te lo agradezco, Dylan.

Los ojos de Dylan, que miraban el rostro cambiante de Jo-on, también se relajaron lentamente. Pronto, curvando las comisuras de su boca, murmuró:

—Esa es mi alegría.

El sol se había puesto por completo y una línea roja apareció en el horizonte, donde se unía al lago. La luz rojiza tiñó incluso la nuca de Jo-on. Caliente y roja, como una llama ardiente. Y luego se desvaneció en la distancia.

—El sol se puso más tarde de lo que pensaba. Creo que tendremos que esperar un poco más… ¿Cenamos?

Ante esas palabras, Jo-on sacó un recipiente desechable de una caja que había dejado en el asiento trasero.

—¿Te gusta la lasaña?

—Me encanta.

Después de sacar los utensilios desechables que venían incluidos y terminar de preparar una comida sencilla, los dos terminaron la lasaña fría de Maya sin dejar ni un solo bocado.

Después de limpiar la basura, abrieron el techo corredizo para ventilar y un sinfín de estrellas, que parecían a punto de caer, flotaban sobre sus cabezas.

—Es hermoso. Parece que todas las preocupaciones desaparecen. Te consuelas mirando eso, ¿verdad?

Entonces, de repente, Dylan se inclinó hacia el asiento del copiloto y el familiar olor a su perfume lo invadió. Jo-on se sobresaltó y se pegó al asiento.

Dylan, con el rostro muy cerca, se encontró con sus ojos.

—Míralo cómodamente.

Luego inclinó el asiento hacia atrás.

—Yo puedo…

Después de eso, siguió observando en silencio el rostro de Jo-on, que cambiaba de color, con la mano en el asiento durante mucho tiempo.

—…Pues, si hemos venido a ver las estrellas, deberíamos mirar hacia arriba.

—¿Quién dice eso? ¿Que vinimos a ver las estrellas?

—Si no, ¿por qué habríamos de venir hasta North Bay?

Dylan sacó su teléfono y verificó algo.

—La hora es temprana y ya es marzo, así que la temporada no es la mejor, pero con suerte, podremos ver algo más hermoso.

Ese no sería su rostro. La hora y la temporada no importaban. Jo-on consideró todas las posibilidades que se le ocurrían.

—…No puede ser.

—Hoy las probabilidades son muy bajas.

—¿Se puede ver eso aquí también?

Dylan giró la cabeza y miró el horizonte a través de la ventanilla del coche. No, su mirada se posó un poco más arriba. Y luego sus ojos azules se abrieron de par en par.

—Tuviste suerte, Jo-on. Mira allí.

La mano de Dylan envolvió la de Jo-on. Jo-on, tenso, giró la cabeza hacia donde apuntaba su mirada y no pudo evitar exclamar, sin palabras, asombrado.

—Es increíble.

Una cortina de luz tan hermosa como el color de sus ojos se extendía débilmente por todo el cielo de finales de invierno, ondeando suavemente. Era como un regalo de los dioses, una aurora boreal tan brillante y sagrada que parecía decir que ya no era necesario debatir sobre la miseria sin valor definida por los humanos. Sin darse cuenta de que sus manos se apretaban sin saberlo, los dos contemplaron en silencio el rastro de electrones que fluía.

Sin saber que las seis horas prometidas ya habían terminado, de hecho, como si eso nunca hubiera importado desde el principio.

Zumbido.

Una breve vibración hizo vibrar la cama. Los ojos cerrados de Jo-on se abrieron lentamente. Un rayo de luz se derramó en la habitación, dejando la huella de la cortina torcida en el techo. A diferencia de la noche anterior, el dueño de esa luz era el sol abrasador.

Al mirar la hora, ya era tan tarde que apenas podía considerarse mañana.

Anoche, los dos finalmente regresaron a casa después de la medianoche. Dylan, que tenía que irse de viaje y necesitaba dormir lo suficiente, dejó caer lágrimas de arrepentimiento, dando a entender que no quería irse a dormir.

"Gracias por anoche, Dylan. Fue un paisaje tan hermoso que valió la pena ceder toda la noche.”

AQUI SON LAS ‘

—Era un paisaje por el que no me arrepentiría de entregar un día entero.

—…Así fue.

—Mañana me voy a Florida. Después de eso, a Nueva York, y regresaré el sábado por la noche.

—Que te vaya bien.

Dylan, como si preguntara si eso era todo, descolgó las comisuras de sus labios.

—Cuídate bien mientras no esté. Y prepárate bien para la entrevista. Jo-on podrá hacer cualquier cosa.

—…Gracias. Que descanses.

Jo-on fue el primero en despedirse. Dylan, sujetando el dobladillo de su abrigo, se sentó en el reposabrazos del sofá y miró a Jo-on durante mucho tiempo. Con una expresión que parecía anhelar algo apasionadamente.

Ambos se miraron fijamente durante mucho tiempo sin moverse. El primero en desviar la mirada fue Jo-on.

Cuantos más momentos compartían, más lo empujaba la indecisión de su corazón hacia un oscuro pasillo. Lo obligaba a abrir la puerta cubierta por una oscuridad profunda y a cerrarla con fuerza. Lo incitaba a bloquear sus ojos y oídos para no sentir la más mínima presencia de Dylan desde afuera.

Jo-on, que no pudo quitarse el abrigo y se desplomó en el suelo, se permitió que la luz de la noche que se filtraba por la ventana golpeara su mejilla con fuerza. Si eso lo ayudaba a recuperar la cordura, no le importaba.

Debía ser independiente para no depender de la amabilidad de Dylan, para no abusar de su bondad. Porque, al parecer, el otro tenía una pareja establecida.

Esa era una culpa mayor que el miedo a encontrarse con alguien del mismo sexo o la ansiedad de no saber la profundidad de la atracción del otro. Cuanto más sentía el deseo de arrebatarlo, más crecía la aversión que lo obligaba a alejar a Dylan.

Un amigo debía seguir siendo un amigo. Para no arruinar la última consideración que él le había dado.

Al recordar lo de anoche, le dolía el estómago como si tuviera resaca. Sin embargo, no tener que ver su rostro, ya que seguramente había partido hacia Florida, le ahorró unos días.

Jo-on se levantó lentamente para ver qué más tenía que comer mientras Dylan no estaba. Entonces, tardíamente, revisó la notificación que lo había despertado.

El pequeño ícono de correo electrónico en la parte superior se veía de alguna manera ominoso. A diferencia de lo que esperaba, que fuera un correo no deseado como de costumbre, el nombre desconocido en el remitente llamó su atención.

—Mamá está en una conferencia en Estados Unidos. De camino de regreso, cambié el vuelo para hacer escala en Canadá, así que por favor ven a verme. Ven al hotel que reservé para el sábado.

Debajo del breve mensaje, se adjuntaba la información de la reserva de un hotel de lujo no muy lejos de la casa de Dylan. Estaba al otro lado de la estación Union, por lo que caminar cinco minutos sería suficiente. Al verlo, Jo-on presionó sus párpados con la palma de la mano y gimió brevemente.

Cuando había reservado el vuelo a Corea, se le había permitido quedarse un tiempo en la casa de su madre porque ella planeaba asistir a una conferencia en Estados Unidos. Su madre no tendría que dejar la casa sola y Jo-on no tendría que lidiar con ver a su madre todos los días, por lo que ambos pensaron que sería conveniente.

Sin embargo, Jo-on no pudo tomar el vuelo debido a Dylan, y en su lugar, no tuvo que ver el rostro de su madre. Como ya se sentía incómodo, Jo-on no volvió a poner en marcha el plan de ir a Corea. Creía que todo había terminado, pero…

Que su madre cambiara su vuelo de regreso a Corea y viniera hasta aquí para verlo era algo inesperado. No, quizás tenía asuntos en Toronto. ¿Cómo podría una ocupada profesora de pre-medicina desechar un vuelo directo y hacer escala en Canadá solo para verlo a él?

Jo-on presionó el botón de respuesta y envió una breve contestación afirmativa, luego se dejó caer en la cama como si se desmayara.

De todos modos, al estar desempleado, no le importaba mucho, pero era la primera vez que no esperaba que llegara el fin de semana. En esos días, el tiempo volaba.

Jo-on se comió todo lo que Dylan había dejado en el refrigerador para que no se convirtiera en basura de comida, y terminó exitosamente varias entrevistas con algunas compañías que mostraron interés en él.

Una de ellas era una universidad famosa por sus buenas condiciones laborales, y la otra era su propia compañía de telefonía, que le había cortado el servicio y lo había dejado sin celular durante dos meses. Su satisfacción como cliente era regular, pero las condiciones de empleo eran tan buenas que pensó que todo el dinero que obtenían explotando a los clientes debía ir a parar a los bolsillos de los empleados.

El fin de semana llegó rápidamente y el clima era cálido.

La primavera había rondado la puerta caprichosamente, indecisa en llegar, pero hoy dio un gran paso adelante, permitiendo que los árboles de las calles de la ciudad brotaran.

Aun así, todavía había muchas ramas desnudas. Jo-on se preguntó cómo vería su madre esta ciudad sombría, a pesar de que marzo estaba por terminar. Alguien que rara vez siente satisfacción, no emitiría un juicio muy generoso.

Al llegar a la entrada del hotel, se echó un vistazo rápido en el reflejo de la ventana. Para lucir presentable, se había arreglado un poco el cabello ese día. Como no tenía productos de estilismo, le había pedido prestados los de Dylan.

Mientras buscaba laca en el baño de Dylan, encontró una caja de condones y se sintió incómodo sin razón, pero al ver que estaba llena, se sintió aliviado sin darse cuenta. Contar la cantidad le pareció vulgar y sucio, así que lo dejó.

Jo-on entró al hotel, intentando ordenar sus pensamientos que no dejaban de divagar hacia Dylan.

Cuando la puerta se cerró, el ruido de la calle se detuvo y lo primero que se escuchó fue el suave sonido de un piano.

Sobre las voces que hablaban en voz baja, se superponía el suave crujido de las tazas de té al chocar. Sofás mullidos, una decoración en tonos oscuros y una iluminación tenue a juego creaban un ambiente confortable.

Jo-on no tuvo dificultad en encontrar a su madre. Ninguno de los dos había envejecido o cambiado notablemente, como si aún estuvieran atrapados en el pasado.

—¿Llevaba mucho tiempo esperando?

Al acercarse a saludarla, su madre, que se llevaba la taza de té a los labios, levantó la cabeza. Algo se sentía extraño. Jo-on fijó su mirada en las gafas cambiadas y sacó la silla de enfrente para sentarse.

—Ya llegaste.

—Se cambió las gafas.

Su madre rebuscó en sus recuerdos por un momento y luego respondió.

—Hace más de cinco años que las cambié.

—…¿En serio?

—Siéntate primero. Dicen que el té de la tarde aquí es bueno. Por eso elegí este lugar a propósito.

Jo-on, que era un profano en materia de té, pidió café. Poco después, un camarero se acercó con una bandeja de tres pisos llena de café y postres, explicando el contenido con detalle. La madre de Jo-on, con sus gafas redondas, brillaba con ojos académicos. Después de que el camarero se fue, su madre murmuró.

—Los niños de aquí hablan rápido.

En su mirada se mezclaban la curiosidad y la duda.

—Si no escuchó algo, puedo decírselo.

Su madre agitó la mano, diciendo que no era necesario.

—Lo que va a la boca es obvio.

Sin embargo, su forma de elegir el pan y disfrutar del té era tan natural como si hubiera venido a este lugar con frecuencia.

—Aun así, has vivido mucho tiempo y te has convertido en una persona de aquí.

La mirada que siempre había sentido fría recorrió su cabeza, su rostro, sus hombros y su cuerpo en secuencia. No era un movimiento buscando defectos.

—¿Por qué no has engordado? Estás demasiado delgado.

—Engordaré.

Con un breve suspiro, bebió un sorbo de té y dejó la taza con un poco de estrépito.

—No te obligo a hacerlo, así que no tienes que tomarlo como un sermón.

—…Sí.

—No he venido hasta aquí para regañarte.

Jo-on, que jugueteaba con la taza de café sin motivo, levantó lentamente la cabeza para mirar a su madre.

—¿Por qué cambiaste de opinión sobre regresar a Corea? Vine a preguntar eso.

—Hubo una razón.

—Entonces, ¿qué es? Eso es lo que pregunto.

—…Perdí mi pasaporte.

Quizás fue una respuesta inesperada, su madre soltó una risa forzada por un momento. Luego, relajó su rostro tenso y estalló en carcajadas.

—¿Este niño? Entonces solo tienes que volver a sacarlo y venir. No eres un niño… Además, ¿dónde está la ley que dice que tienes que cancelarlo por completo?

Jo-on bajó la cabeza.

—Es tan difícil verte la cara así.

—Lo siento.

—Deberías sentirlo. ¿Ya no vas a ver a mamá?

Probablemente ella quería una respuesta de que no.

Sin embargo, al no haber una respuesta por parte de Jo-on durante mucho tiempo, la atmósfera se volvió bruscamente tensa.

—Jo-on.

—Está… ocupada.

—¿Qué dices? Por muy ocupada que esté, ¿diría que no quiere verte?

—Además, no tenía mucho que hacer allí. Hubo circunstancias por las que tuve que mudarme varias veces, y las cosas se complicaron mucho…

—Cuando se organicen, entonces ven. ¿Es tan difícil decirlo? Antes también. Otros, cuando los mandan a estudiar al extranjero, vuelven varias veces al año, en vacaciones de verano y de invierno, pero tú, aunque te llamaba, nunca viniste. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te graduaste…? ¿Cómo puede una persona ser tan testaruda? ¿Es que no echas de menos a mamá?

Sobre el café en la taza se dibujó una onda circular. La mesa temblaba ligeramente porque él, sin darse cuenta, movía un poco la pierna.

—Nunca me…

Jo-on presionó firmemente la palma de su mano sobre su muslo y desabrochó el botón superior de su camisa. Se sentía sofocado y no podía respirar.

—…dijo que fuera.

La mirada enojada de su madre, que miraba a Jo-on, se suavizó lentamente.

—De todos modos, mamá tampoco me buscó.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cuándo yo?

—¿Por qué vino hasta aquí? ¿Vino a decir esas cosas? Dijo que no vino a regañarme.

Su tono cortante preguntó, como si lo culpara.

—¿Qué te pasa con tu tono? ¿No puedo venir a verte? ¿No puedo decirte que vuelvas a Corea para verte?

—Sí, puede. Pero no puedo hacerle caso en todo. Aun así, espero que no me guarde rencor. Yo tampoco lo haré ahora.

—¿Cuándo dije que te guardaba rencor? Y, ¿cuándo dije que no te había dicho que vinieras?

—No se puede probar cuándo no hizo algo.

—¿Este niño? Cuando eras pequeño no eras así, y ahora hasta me contestas… Creo que te mandé aquí sin razón. Solo has empeorado tus modales. ¿Tu tutor no te enseñó eso?

El ceño de Jo-on se frunció profundamente. De repente, recordó la cálida sonrisa de Maya al entregarle la lasaña. Maya en su juventud, sirviendo pasta a rebosar a un niño tímido, el confiable Tony, y Aaron e Isabella de su edad. Incluso el recién nacido Ben, que nació más tarde.

Ellos, como un cuadro de una familia normal y perfecta, acogieron a Jo-on y permanecieron a su lado cada día para que no sufriera ni se sintiera solo. Jo-on se dio cuenta, mucho tiempo después, de que ese esfuerzo tenía un valor incalculable que no podía compensarse solo con dinero.

—Ese es el papel de mamá. No el de Maya. Y abandonarme aquí fue su elección, ¿no?

—¿Abandonarte? ¿Es por eso que no has venido hasta ahora?

—Sí. Por eso no fui.

—¡Song Jo-on!

Su madre suspiró y se quitó las gafas. Frotándose las sienes con los dedos, se volvió a poner las gafas después de un largo rato.

Los ojos que se veían a través de las gafas de nuevo tenían un tono rojizo. La voz que se escuchaba temblaba ligeramente.

—No te abandoné.

—Si usted lo dice… así será.

—Si digo que no, es que no.

—Antes de enviarme aquí, no había nada diferente. Ustedes dos rara vez venían a casa. Y además, yo fui a Corea. En ese momento, ambos estaban ocupados, en viaje de negocios, así que ninguno de los dos estaba en casa.

—En ese momento, el hospital tenía una situación ineludible…

—Sé que a ustedes dos les encanta trabajar. Entiendo que estén ocupados. No tengo intención de ser una molestia. Ya no pediré nada más. Ya soy un adulto, así que… me las arreglaré solo. He aguantado así hasta ahora.

—¿Molestia…?

Se quitó las gafas de nuevo y miró el techo, que apenas veía, y suspiró.

—Sé que ocupo una parte muy pequeña en la vida de mamá. Yo…

Una parte tan pequeña que era casi como si no existiera.

‘¿Para qué me dio a luz si iba a ser así?’ Esa pregunta siempre acechaba a Jo-on. No haberla expresado no era para no herir al otro, sino para protegerse a sí mismo de ser herido.

La mayoría de la gente usaba esta pregunta quejumbrosa como una forma de confirmar su propio valor, pero Jo-on era diferente.

No quería confirmarlo. Porque si escuchaba la verdad, sería como clavar el último clavo en el ataúd de ser una persona sin valor para nadie. Jo-on se aclaró la voz y terminó con dificultad.

—Yo… ya lo acepté.

Jo-on no pudo levantar la cabeza y solo se arrancó una cutícula de un dedo. Luego, al prolongarse el silencio, se metió el teléfono en el bolsillo para levantarse. Se abrochó el abrigo y escuchó la voz de su madre.

—Entonces, ¿habrías estado satisfecho si hubiera renunciado a mi vida por ti?

Como no podía levantar la cabeza, la voz aguda lo instó de nuevo a responder.

—Yo también tengo una vida que quiero tener y vivir. ¿Significa que debería haber renunciado a todo eso solo por ser madre?

—No es eso lo que quise decir. Solo un poco. Podría haber compartido. Solo un poquito.

—Compartí. No solo un poco. Te di todo lo que pude, excepto lo que no podía abandonar. No digas que debería haber derramado todo mi tiempo y mis emociones. Yo también necesitaba mi vida, Jo-on.

Se sintió completamente desinflado. A pesar de haber aceptado todo, se sentía como un niño mimado que seguía anhelando amor, y Jo-on se esforzó por reprimir el resentimiento que se le subía a la garganta. Sin embargo, las emociones que se desbordaban a duras penas no tenían dónde más verterse, y al instante se hicieron presentes y estallaron.

—Lo sé. Que se esforzó más que papá. Pero a mí me faltó. ¡Mucho!

—¿Crees que yo no lamenté el tiempo pasado?

Finalmente, las dos personas se miraron, con los ojos enrojecidos, respirando con dificultad. Un veneno espeso y dañino fluía por el abismo emocional que habían ignorado, devastando todo a su alrededor.

—Lamento haberte hecho sentir abandonado. En ese momento, fue la mejor opción. Las conversaciones sobre el divorcio eran constantes, y yo… no quería que sufrieras. Era mejor que te fueras lejos con la excusa de estudiar para que no tuvieras que ver todo ese desastre.

La madre bebió un gran trago del agua helada que había dejado intacta.

—Espero que al menos esto no lo malinterpretes. Nunca, ni una sola vez, me he arrepentido de haberte dado a luz. Nunca te he odiado ni me he avergonzado de ti.

Jo-on se apresuró a ocultar la expresión que debía de estar completamente destrozada. La manga de su abrigo, con la que se secó la cara, salió húmeda.

—Tal vez tu padre, pero en mi vida, el hecho de haberte conocido es lo único de lo que jamás me arrepentiré. Yo también, en algún momento, te tuve como mi vida. Pero al vivir, me di cuenta de que la vida no siempre sale como uno quiere, y muchas veces no fluye según mis planes.

—……

—Si pudiera regresar el tiempo, yo… entonces sería más ambiciosa. No solo con mi vida, sino también con la tuya. Si lo hiciera de nuevo, creo que podría tener ambas. Pero cuando esa confianza surgió, ya era demasiado tarde.

Ella se humedeció los labios con agua, se secó la punta de la nariz y continuó hablando.

—Cuando dijiste que no vendrías, y solo después de darme cuenta de que nunca regresarías, supe que mi vida volvía a ir en contra de mis deseos. Yo tampoco quería esta vida desde el principio…

—……

—Todavía tengo muy presente el día en que naciste. Un recién nacido era una existencia increíblemente pequeña. Pero ese bebé tan pequeño se me hizo tan pesado que poco a poco no pude soportarlo.

Ella miró a Jo-on con calma.

—Ahora, de alguna manera, has crecido mucho más que mamá. ¿Sabes? Te pareces más a mí que a ese hombre. ¿Crees que la sangre no se nota?

Después de respirar hondo, ella confesó como si se quitara un peso de encima.

—Basta con que estés sano y sin dolores. Mamá vino porque pensó que te había pasado algo. ¿Crees que yo vivo sin preocupaciones habiendo enviado a mi único hijo tan lejos? Estoy ansiosa, pensando si algún día me llamarán de la comisaría o del Ministerio de Asuntos Exteriores. Pero como es la vida que elegiste… también yo intento olvidarlo trabajando.

El aire, que había estado tenso, comenzó a fluir suavemente de nuevo al ritmo de la melodía de piano. Jo-on sintió profundamente que nunca, desde que era un adulto, había tenido una conversación tan larga con su madre. Por supuesto, no podían conocer los verdaderos sentimientos del otro.

—…Lamento haber levantado la voz.

—Mocoso.

Respondió, mirándolo con ojos inyectados en sangre, pero Jo-on sabía que eran palabras de perdón.

Y su madre también sabía que las disculpas de Jo-on eran un perdón por el pasado.

—Antes de que nacieras, y en el futuro…

A diferencia de cuando bebió el agua helada, su madre bebió el té, que ya se había enfriado, con un gesto elegante.

—Tu hogar para toda la vida es mamá. Porque naciste de mí. Así que, si quieres, puedes volver cuando quieras. No pidas permiso de forma seca por correo electrónico ni nada de eso. ¿Entendido?

Jo-on, con la cabeza baja, respondió.

—Así lo haré.

El postre, lleno de chocolate y bañado en crema, estaba salado en extremo.

—Ay, Dios. Se me arruinó el paladar. ¿No hay algún restaurante coreano por aquí? Desde Estados Unidos, todas las comidas son saladas y grasosas, no se puede vivir así.

—…¿Le gusta el *jjigae*? Hay un lugar que lo hace muy bien, picantito.

—Sí, eso suena bien. Vamos a comer eso.

Jo-on volvió al restaurante coreano al que había ido con Dylan. Era la primera comida con su madre en mucho tiempo, con quien pensó que nunca más se sentaría a la mesa cara a cara. La distancia era considerable, por lo que tuvieron que ir en taxi, pero la exigente madre de Jo-on le dio una puntuación bastante generosa.

Mientras disfrutaban de cócteles en el *lounge* de la azotea y observaban la vista nocturna, su madre desahogó todo lo que había guardado y hasta le preguntó sobre la situación sentimental de Jo-on.

Temía que si respondía con sinceridad, ella se desmayaría, así que se esforzó por ser evasivo. Cuando ella preguntó por la casa donde vivía, él se cerró en banda, diciendo que estaba en casa de un amigo y que era un problema.

Parecía que hacía un momento habían avanzado, pero al tener que esconder cada vez más cosas, era como si hubieran vuelto al punto de partida.

Después, acompañó a su madre a la habitación del hotel, ya que tenía que levantarse temprano al día siguiente para tomar un vuelo matutino, y luego caminó solo a orillas del lago.

Ya era plena noche. El viento frío secaba sus mejillas, pero se sentía aliviado por dentro. De camino a casa, no olvidó comprar unas latas de cerveza.

Sentado en el sillón, disfrutando tranquilamente de una cerveza y viendo la transmisión de Dylan, Jo-on cerró los ojos en algún momento y se sumió en un profundo sueño.

En su sueño, él era un bebé muy pequeño. Estaba envuelto en un cálido abrazo. Unas manos amables envolvían sus hombros y acariciaban su cabeza. Las yemas de los dedos que le acariciaban la mejilla y le delineaban la frente estaban calientes. Un beso lleno de afecto se posó sobre él. Era un beso muy cuidadoso y húmedo, que transmitía una tensión temblorosa.

Eso era, sin duda, amor.

15.

Jo-on abrió los ojos, cómodamente acurrucado en el sillón. El pesado peso de la manta que lo cubría por completo le resultaba desconocido. Dejó escapar el tacto cálido que colgaba de sus dedos y se frotó los ojos, viendo a Dylan dormido en el largo sofá en una posición incómoda. Los dedos de Dylan, que se habían soltado de la mano de Jo-on, colgaban flácidos por debajo del sofá.

Como si lo hubiera sujetado mientras dormía, el calor de su cuerpo y su volumen aún persistían entre sus dedos como un residuo. La manta, que se suponía que Dylan había traído de la habitación de Jo-on, desprendía de alguna manera su perfume.

Jo-on se cubrió la cara del resplandeciente sol de la mañana y observó el rostro de Dylan, que dormía profundamente con los ojos entrecerrados. Quizás debido al apretado horario del viaje fuera, las ojeras debajo de sus ojos estaban más oscuras que antes y la barba, que había crecido durante la noche, asomaba tímidamente por su rostro.

Estiró una mano para acariciarlo y, sorprendentemente, sintió una textura suave y sin asperezas. Al mismo tiempo, sus párpados se abrieron, revelando unos ojos azules que parecían tener esmeraldas derretidas. Si tuviera una joya natural desde su nacimiento, sería esa mirada capaz de cautivar a cualquiera.

—Buenos días.

—Buenos días, Dylan.

—Pareces cansado.

—Tú pareces más cansado que yo. ¿Por qué dormías aquí?

—¿Por qué dormías tú aquí, Jo-on?

La cabeza de Jo-on se volvió lentamente hacia las latas de cerveza esparcidas sobre la mesa. Dylan levantó las cejas y dijo, como si entendiera.

—Parece que el viaje a la habitación fue muy agotador.

—Sí, más que venir de Nueva York.

—Nueva York está cerca. Es como el barrio de al lado.

—Exacto. Como para ir y volver si te apetece una pizza de Nueva York para cenar.

La absurda jactancia se había vuelto un nivel de megalomanía. Jo-on, que fue el primero en reír y negar con la cabeza, admitió la derrota y hundió su rostro en la manta.

—Ir hasta allí en avión solo para comer un trozo de pizza de 99 centavos. Solo pensarlo me cansa.

—Mmm. No estaría mal si fuera una pizza de 99 centavos que comieras con la persona que te gusta después de pasar por el Museo Metropolitano de Arte y pasear por Central Park.

—La gente lo llama viaje, Dylan.

—O podría ser una cita.

—Una cita para comer pizza de 99 centavos, eso suena a algo de estudiantes.

Jo-on, que le había estado contestando, dejó las últimas palabras en el aire.

—¿Lo hiciste?

—¿Qué cosa?

La mirada fija de Dylan en su mejilla parecía decir algo.

—¿Qué te parece después de esta temporada?

La mano de Dylan, que había cruzado el límite del sofá, sujetó el borde de la manta de Jo-on.

—Ya sea una pizza de 99 centavos o una comida de 99 dólares.

Jo-on no respondió y solo miró el borde de la manta que Dylan sostenía.

—Piénsalo.

La mano grande, sin una sola aspereza, quizás porque siempre llevaba guantes, soltó la manta que apenas sostenía.

La gran figura se levantó y se dirigió a la habitación. La voz, que bostezaba perezosamente y decía: —Voy a ducharme un poco,— sonaba muy ligera.

Jo-on, que se había quedado inmóvil como si le hubieran echado agua helada encima, tardó mucho en recoger y doblar la manta. Como nadie lo sujetaba, se arregló fácilmente. Jo-on sintió que era como su relación con Dylan. Una vez que la persona que siempre extendía la mano soltaba el hilo, este se rompía.

Jo-on apretó con fuerza el borde que él había sostenido y se giró para llevar la manta a su habitación.

El aroma del café de la mañana recibió a Dylan, que acababa de ducharse. Los posos de café esparcidos por la mesa de la isla desordenaban el ambiente de la cocina, pero el sabor del café humeante era excelente.

—Mmm, qué bueno. ¿Lo preparaste tú mismo?

Dylan preguntó, revisando el rastro de crema en el filtro húmedo. Jo-on, tenso, observó su expresión como si estuviera frente a un experto catador de café.

—Sí. ¿El café no está demasiado amargo? ¿Le pongo más agua?

—No, está perfecto. Me va a despertar bien.

—Llegaste tarde ayer. Puedes dormir más si quieres. Estaré en silencio.

—Ya me desperté.

Dylan, como si no hubiera más que decir sobre el café, apartó el engorroso equipo y tomó pan recién tostado y mermelada con ambas manos.

—Por cierto, ¿por qué estabas bebiendo solo anoche?

—Ah…

Solo entonces recordó lo de ayer. Ese día tan largo, que había pensado que sería incómodo y desagradable.

Jo-on sacó su teléfono en lugar de responder de inmediato. No había ningún mensaje de despedida de su madre. Eso también era muy propio de ella.

Jo-on entró en la galería, amplió una foto y se la mostró a Dylan.

—Ayer me reuní con mi madre. Vino a Canadá para verme después de su viaje de negocios a Estados Unidos y se fue hoy.

Los ojos de Dylan se abrieron de par en par, más por las palabras de Jo-on que por la foto.

—¿Es en serio? Con razón te arreglaste tanto ayer.

Jo-on se molestó por el comentario de Dylan, que se reía.

—¿Arreglarme? Solo te pedí prestado el *spray*.

—Yo pensé que ibas a salir con alguien y me estaba volviendo loco. ¿Y qué tal? ¿Cómo fue verla después de tanto tiempo?

Jo-on fingió no escuchar el subtexto de la broma de Dylan y le contó lo que había pasado.

—No nos comunicamos durante mucho tiempo. Vivíamos casi como si estuviéramos separados. No solo yo, sino también mi madre. Por eso pensé que ya me había soltado por completo. Pero… parece que fue un malentendido.

—Sin eso, no habría venido hasta aquí para verte.

—Sí. Y también…

El rostro de Jo-on, ahora mucho más relajado, miró a Dylan.

—Aunque legalmente soy un adulto, a veces cometo errores y fracaso. Solo me di cuenta de que mi madre era igual. Siempre tuve la obstinada idea de que los padres nunca debían fallar. Y nunca les perdonaría sus fracasos. Pero son solo personas, no diferentes de mí…

Mientras escuchaba la tranquila confesión, Dylan movía incesantemente la mano que sostenía la taza. Como si intentara contener a la fuerza el impulso de tomar la mano del otro y besarla en ese mismo instante.

—Claro, yo solo era un niño que necesitaba su cuidado, y en ese momento no entendía que priorizaran su carrera o sus logros personales sobre mí… Pero ahora que soy adulto, no voy a equiparar mi resentimiento y mi decepción con ellos. El resentimiento necesita tiempo, pero la decepción se puede superar con comprensión. Es una emoción que nace de mis expectativas, así que puedo simplemente abandonar las expectativas.

—Esperar no está mal, Jo-on. Como dices, eras joven y necesitabas cuidado. Si tus padres hubieran sido indiferentes, por supuesto que te habrías decepcionado.

—Sí. Pero las expectativas se determinan con criterios demasiado subjetivos. Mi madre me dijo que ella se esforzó a su manera. Aunque eso no haya cumplido mis expectativas. Pensándolo bien, yo seré similar. Quizás crecí como un hijo que no cumplió las expectativas de sus padres. De hecho, hasta cierto punto, yo mismo lo reconozco.

Diciendo eso, Jo-on sonrió ligeramente.

—Al final, lo que quiero decir es que hasta ahora no he podido distinguir bien las diferencias en mis emociones. Si estaba emocionalmente resentido, o si me decepcionó que no cumplieran mis expectativas.

—¿Estabas decepcionado?

—También resentido. Pero ahora ha pasado mucho tiempo y estoy bien. No voy a guardar rencor por lo de la infancia.

Dylan, en lugar de preguntar cuál era el "fracaso" que habían experimentado los padres de Jo-on, preguntó otra cosa.

—¿Cómo fue tu infancia?

—Oh, um…

Jo-on se humedeció la garganta con el café caliente y comenzó a hablar con dificultad. Sus labios entreabiertos tenían un tono rosado y se veían muy húmedos.

—…Estaba solo.

Con una breve descripción, Dylan percibió la profundidad de la oscuridad de Jo-on.

La gente no suele hablar de la soledad. Tampoco de la depresión.

Las emociones pesimistas solo se hacen conscientes cuando crecen tanto que consumen la vida diaria.

—Ya no estarás solo.

—No me importa estar solo.

Dylan sonrió, y Jo-on replicó secamente.

—No, no puedes. Si no, ¿qué papel me queda?

—¿Qué papel? Dylan, de todos modos…

Jo-on cerró la boca sin poder continuar, y Dylan puso una expresión que lo instaba a hablar.

—¿Qué hay de mí?

—De todos modos… Tarde o temprano tendré que salir de esta casa. No puedo vivir como tu compañero de piso para siempre.

—¿Por qué no?

—¿Por qué? Pues claro… algún día… no podremos vivir así toda la vida.

—¿Por qué no?

Dylan, de repente convertido en una máquina de "¿por qué?", insistió en una respuesta con un rostro bastante serio.

—Dylan… ¿no tienes una prometida?

La persona con un compromiso en ciernes era Dylan, no Jo-on.

Aunque cuando conoció a Jo-on actuó como si no estuviera saliendo con nadie, ahora no había forma de saberlo. Quizás no fuera un compromiso, pero al menos debía estar saliendo con alguien. De lo contrario, no saldría humo de una chimenea sin fuego. ¿Cómo iban a dejarlo en paz con lo bien que estaba?

No creía que hubiera mantenido una relación tan profunda con esa persona como para llegar a un compromiso mientras lo conocía a él. No quería creerlo. Los medios debían haber exagerado un escándalo trivial. Pero al final, como otros jugadores, algún día subiría al hielo con una hermosa esposa y un adorable hijo.

Que una persona así se comportara de forma ambigua era imperdonable. Así que, si la relación actual terminaba, no sería culpa de Jo-on.

—¿Yo? ¿Pero si no estoy saliendo con nadie?

El flujo de sus pensamientos se detuvo ante la respuesta rotunda.

—¿Eh?

Ambos se miraron en silencio por un momento.

—Jo-on, no habrás creído esos rumores sin fundamento que andan por internet, que son solo fantasías de alguien, ¿verdad? Teniendo a alguien delante que te puede responder con total claridad.

Sus labios, ligeramente entreabiertos y con una expresión aturdida como si se hubiera quedado sin palabras, se abrieron y cerraron con vacilación.

—Mi último fue contigo.

—……

Dylan, como si lo hubieran golpeado, esperó una respuesta clara de Jo-on, que se había quedado mudo, y bebió café en silencio hasta que se vio el fondo de la taza.

Ojalá pudiera decir algo…

Tenía la garganta terriblemente seca.

El día que comenzaron los *playoffs*, como era de esperar, nevó. Las dos estaciones en transición se peleaban afanosamente por el dominio varias veces al día, y ese día ganó el invierno.

Hoy era una suerte que el partido se celebrara en Florida, abajo. El clima allí, a diferencia de aquí, se parecía más a principios de verano, con un sol cálido. Si hubiera sido un partido en casa, Dylan habría tenido que atravesar esa tormenta de nieve para jugar.

Jo-on también se quedó en casa ese día, sin salir. No le quedaban muchos días para disfrutar de una vida tan tranquila.

Ayer, cuando fue a encontrarse con Tyler, el día estaba bastante claro y soleado. Pronto, a medida que la temperatura subiera, tendría que salir con más frecuencia.

Gracias a eso, también se notaba la ropa más ligera de la gente. Jo-on también había usado con frecuencia en los últimos tiempos abrigos que solo se podían llevar en esta estación. Tanto como para ponerse un traje que le quedara lo mejor posible si tenía una entrevista.

Tyler, al verlo tan bien vestido, le lanzó un cumplido burlón preguntándole si iba a una entrevista. De hecho, tenía una entrevista final dentro de unos días y se lo había probado. Ante la sincera confesión de Jo-on, Tyler le aconsejó: —¿Por qué no te pones un chaleco y corbata si vas a hacerlo?—

Aunque agradecía el clima más cálido, esperaba que el invierno continuara al menos hasta el tercer y cuarto partido de la primera ronda de los *playoffs* que se jugarían aquí la próxima semana. Así, dijo, sería más ventajoso para "nuestros" jugadores.

No pudo evitar estar de acuerdo con eso. Como era una competencia importante, era mejor tener la mínima ventaja.

No tardó en aparecer la arena en la pantalla de televisión. Las luces se atenuaron y un foco redondo apuntó a un lugar silencioso del estadio. Al mismo tiempo, sonó la música y una cantante comenzó a interpretar el himno nacional de Canadá. Hacía tiempo que no lo escuchaba en ese orden.

Quizás por ser un evento tan valioso como los *playoffs*, a pesar de ser un partido fuera de casa, se veían bastantes aficionados con camisetas de los Polar Bears. Cuando el himno llegó a su clímax, los espectadores gritaron y aplaudieron.

Poco después, con el *drop* del disco, comenzó la explicación de las alineaciones por parte del comentarista. Dylan, que había subido a la primera línea a mediados de la temporada regular, mantuvo la misma posición en los *playoffs*. Salvo en casos de lesiones inevitables, la alineación actual se mantendría hasta el final de la temporada.

—Los Polar Bears suelen llegar a los *playoffs* todos los años, pero tienen la maldición de ser eliminados en la primera ronda una y otra vez. ¡Numerosos fans esperan que este año puedan romper esa maldición!

La cámara enfocaba con esmero a los patinadores que seguían el disco. De vez en cuando, los delanteros que se acercaban a la portería lanzaban tiros peligrosos, mostrando también a los porteros de ambos equipos, pero ninguno había logrado el primer gol. El primer partido, que tuvo un comienzo un tanto deslucido, terminó el primer período sin goles y pasó a los anuncios.

Durante el largo intermedio, el canal de transmisión emitió videos de los jugadores llegando al estadio. Los jugadores, vestidos con traje, solo iban "algo" pulcros, pero carecían de adornos que combinaran a la perfección. Jo-on se dio cuenta de por qué los fans de hockey se emocionaban tanto al ver a Dylan llegar.

Había quienes llevaban trajes demasiado ajustados, quienes lucían camisas demasiado llamativas debajo, e incluso quienes combinaban gorros y zapatos ridículos. Muchos también parecían no haberse mojado ni una gota de agua en el pelo y la barba desordenados. El único cuya moda y estilo estaban perfectamente coordinados era Dylan.

Con su rostro pulcro, cabello impecablemente peinado y un traje que le quedaba a la perfección, podría haber sido un modelo recién salido de una sesión de fotos. Las imágenes de su llegada al estadio se repitieron varias veces.

Luego, justo antes de que comenzara el segundo período, la cámara de transmisión enfocó las gradas. Había gente sentada con niños, saludando y sonriendo hacia algún lugar.

La escena que había ocurrido antes del partido se superpuso. Al otro lado de la gruesa lámina de acrílico, un niño ponía su pequeña palma, y uno de los jugadores del equipo contrario se quitaba el guante y sonreía mientras unía su gran mano a la del niño. Eran las familias de los jugadores que habían venido a ver el partido.

Con la imagen de una familia tradicional ante sus ojos, Jo-on recordó a la persona con la que Dylan había tenido un escándalo.

Cuando escuchó la noticia, no le resultó difícil imaginar la futura familia que Dylan formaría. Muchos jugadores habían aparecido con sus familias en el *All-Star Game*, por lo que inmediatamente sintió una sensación de incomodidad.

Que el deporte supuestamente racista del que hablaba Tyler no se limitaba en absoluto a la raza.

Era una imagen en la que él no encajaba por ninguna parte. Por lo tanto, pensó que no le resultaría difícil olvidar a Dylan. Aunque fue por muy poco tiempo.

—¿No habrás creído los rumores sin fundamento que andan por internet, que son solo fantasías de alguien?

Dylan murmuraba eso con una expresión de asombro. Quizás fue una ilusión, pero por alguna razón también parecía herido. Como el día en que aceptó como un rayo caído del cielo que él nunca lo había amado.

¿Por qué pensaría él que era naturalmente amor?

No consideró a Dylan, sumido en un engaño, como ridículo u arrogante. Jo-on encontraba ese lado de Dylan más bien adorable.

Una persona a la que es natural amar. Quizás era una pequeña prueba de que siempre había crecido sintiéndose amado.

Después del segundo y el tercer período, no mucho después, el partido terminó con un fuerte sonido de sirena. El tiempo extra, que había comenzado después de un empate ajustado, terminó en menos de cinco minutos con un gol del equipo contrario.

Fue una desastrosa segunda derrota consecutiva.

—Los Polar Bears regresan a Toronto con dos derrotas consecutivas. Si no ganan los dos partidos restantes, serán eliminados en la primera ronda este año, como siempre.

—Así es. No es bueno que la maldición del equipo continúe, pero ser eliminado perdiendo cuatro partidos seguidos no es nada bonito. Parece que la primera ronda terminará en cuatro partidos en lugar de siete. Espero sinceramente que eso no ocurra.

—Bueno, inevitablemente hay una diferencia en la capacidad del portero. Veamos las próximas estadísticas de salvadas.

En la pantalla aparecieron las fotos de los porteros titulares de ambos equipos, junto con estadísticas que comparaban sus registros. El canal de transmisión los puso en la mesa de disección y los comparó a la vista de todos, analizando sus habilidades al detalle. La explicación, vergonzosa a la vez que dolorosa y fría, hizo que el corazón de Jo-on latiera con fuerza, aunque no conocía al portero de los Polar Bears.

Jo-on se sintió aliviado de que no fuera Dylan quien estuviera en su mesa de disección. Sin embargo, eso duró poco, ya que después del portero, pasaron directamente al análisis de la fuerza ofensiva y defensiva, por lo que la evaluación de Dylan no pudo evitarse.

—En cuanto al número de tiros, no hay una gran diferencia entre ambos equipos. Desde la perspectiva de los Polar Bears, que cedieron muchos puntos, la capacidad del portero es lamentable. Pero desde un punto de vista cualitativo, es difícil discutir solo la capacidad del portero. En momentos como este, los delanteros deberían presionar con mucha fuerza. Los Polar Bears parecían operar de manera irregular en general.

—Así es. También hubo bastantes momentos en los que el flujo se interrumpió, y sobre todo, los atacantes deberían haber mostrado tiros más precisos, pero como pueden ver, el tiro de Dylan McLain en el segundo período fue muy ineficaz.

La pantalla de los panelistas desapareció y se mostró en cámara lenta el tiro fallido de Dylan en el segundo período. Incluso para los ojos inexpertos de Jo-on, su tiro fue algo lento y predecible.

—Su juicio se retrasó un poco, lo que reveló su vacilación.

—Así es. Gracias a eso, se convirtió en un tiro que cualquiera podría detener. Debería haber mostrado una ofensiva que aprovechara sus especialidades y fortalezas, pero hasta ahora no se ha visto ninguna decisión notable.

Jo-on apagó la pantalla, no queriendo escuchar las voces de los panelistas que criticaban el estilo de juego insípido de Dylan, que aún no se había destacado desde el comienzo de los *playoffs*.

¿Estará Dylan viendo la transmisión ahora?

Había escuchado historias de jugadores profesionales que revisaban sus partidos importantes después de terminarlos. Aunque no fuera de inmediato, en algún momento se reunirían como equipo para comentar el partido. ¿Cómo se sentiría enfrentar una evaluación tan cruda de su desempeño en números todos los días?

La evaluación de desempeño que Jo-on recibía se hacía a lo sumo una vez al año. Aunque de ella dependía el aumento de su salario, a diferencia de los jugadores profesionales, la gente común no experimentaba cambios drásticos fuera del rango promedio.

¿Cómo soportarían esa presión extrema? Jo-on no podía ni imaginarlo.

Solo pensó vagamente que sería bueno escuchar su historia cuando regresara.

Después de la implementación del horario de verano, la gente comenzó sus actividades matutinas más temprano que antes, lo que causó dificultades en la rutina de correr de Dylan.

Aunque no hubo grandes cambios en su horario de *jogging*, a diferencia de antes, cuando solo había oscuridad total, ahora el exterior estaba tan brillante como en pleno día. Gracias a eso, también aumentaron las miradas hacia él.

El camino a lo largo del lago seguía desolado, pero cada vez era más frecuente sentir que los corredores o peatones que pasaban lo notaban.

Aun así, Dylan amaba este barrio. Le gustaba la vitalidad que aportaba la Gardiner Expressway, atascada por el tráfico en las horas punta, o el ajetreo del Harbourfront, lleno de gente que iba de excursión a las Islas de Toronto los fines de semana. No le importaba ver las caras ilusionadas de los turistas que venían a ver esta ciudad, que no tenía mucho que ver ni era muy divertida.

Era como cuando miraba las gradas esperando el camino de regreso, embriagado por la victoria después de aplastar al equipo contrario. La energía de los aficionados, que apostaban todas sus emociones a un resultado que nadie podía prever hasta el final del partido, y que tenían los ojos brillantes. Eso se convirtió en su motor para afrontar el día.

Pero incluso después de correr durante una hora y empaparse de sudor, Dylan sentía un hambre inexplicable. Este anhelo insatisfecho no tenía una forma simple. No era apetito, ni deseo sexual, ni necesidad de dormir. Más profundo que eso, un gran vacío sin dueño se escondía.

Al regresar a casa, esforzándose por ignorar el obstáculo molesto como un grano de arena en el zapato, los pequeños problemas que lo habían puesto nervioso hacía un momento desaparecieron de repente.

—Buenos días, Dylan. ¿Hiciste ejercicio?

Jo-on, en pijama, como si acabara de ducharse, desprendía una fragancia cálida y estaba de pie al final del pasillo. Dylan, que se había empapado de sudor, se preocupó de no oler mal y olfateó su nariz en silencio.

—Es mi rutina. El día estaba cálido.

—Sí, la verdad.

La conversación no se prolongó. Dylan asintió con la cabeza levemente a modo de saludo y se dirigió a su habitación. Jo-on se quedó inmóvil, observándolo mientras se alejaba para mantener la distancia, temiendo oler a sudor.

Dylan, que entró a su habitación con una actitud más fría de lo habitual y cerró la puerta con fuerza, parecía tener peor aspecto de lo normal.

Como era de esperar, experimentar dos derrotas consecutivas justo al comienzo de un período importante como los *playoffs* no debía ser agradable.

Jo-on, que podía hacer poco por él, preparó café y sándwiches, como de costumbre, para cuando Dylan terminara de ducharse. Solo tenía que hacer uno más para él.

Aunque lo presentó como algo sin importancia, Dylan no pasó por alto esa pequeña molestia y consideración, y lo comió todo sin dejar ni una miga.

—Tengo una buena noticia.

Jo-on, que había estado pensando en cómo evitar hablar de la liga o los partidos, finalmente sacó a relucir su tema.

—¿Qué es?

—Hoy tengo una entrevista final. Si la paso, probablemente recibiré una oferta. Dijeron que esta era la última.

—¿Hoy? ¿Por qué me dices algo tan importante hasta ahora?

—No quería molestar…

Jo-on, no queriendo recordar la existencia de los *playoffs*, se apresuró a dejar la frase inconclusa. Dylan, que se estaba secando la boca con una servilleta, de repente se levantó y se acercó a Jo-on. Luego lo abrazó fuertemente.

—Felicidades, Jo-on.

—No, aún no la he pasado…

—¡Aun así!

Dylan pareció dudar por un momento y luego dijo: —Ven un momento,— y tomó la mano de Jo-on, arrastrándolo a la habitación.

Cuando Dylan le cedió a Jo-on la habitación que usaba como vestidor y almacén, toda la ropa que llenaba el *walk-in closet* regresó al dormitorio. Gracias a eso, se notaba un nuevo mueble de almacenamiento que antes no estaba.

Dylan se acercó a él y abrió el primer cajón de la cómoda. Había corbatas enrolladas prolijamente, una al lado de la otra.

—Si quieres algo, úsalo sin problemas. La ropa como las camisas quizás no te queden bien, pero las corbatas y los accesorios sí. Siempre los guardo aquí.

En la sección de gemelos que señaló, había bastantes que parecían bastante caros. La mirada de Jo-on, que había tocado el logotipo de una marca de lujo, se alejó rápidamente con sorpresa.

—No puedo. Parece todo muy caro…

Dylan, que estaba probando varias cosas en la clavícula de Jo-on, puso cara de "¿qué dices?" y soltó una risita.

—¿Le quedará bien esto? ¿O esto?

Desató una corbata de color azul Noruega y la envolvió alrededor del cuello liso de Jo-on, que se asomaba por debajo de su pijama. Luego lo colocó frente al espejo y, desde atrás, le ató la corbata con destreza.

Como no iba bien vestido, parecía ridículo, pero Jo-on no tuvo tiempo de darse cuenta de ello. Recordó el día en que, parados frente al espejo como ahora, se habían estado vistiendo y de repente se habían encendido, terminando en una relación.

La imagen vergonzosa de sí mismo, desaliñado y desordenado, en contraste con la apariencia contenida y vestida de Dylan, todavía le venía a la mente.

Dylan, que inconscientemente había estado abrazando la cintura de Jo-on, observó fijamente la oreja de Jo-on, que ya estaba ardiendo. Sintió un fuerte impulso de pegar sus labios y chupar la piel para dejar su marca.

En lugar de hacer realidad su fantasía, Dylan dio un paso atrás y dijo:

—Cualquiera que te pongas te queda bien, Jo-on.

—…Gracias.

—Me gustaría verte vestido, pero lamentablemente hoy tengo entrenamiento hasta tarde, así que llegaré tarde. Mucha suerte.

Solo entonces Jo-on levantó la cabeza y miró a Dylan a través del espejo. Ambos se miraron fijamente durante mucho tiempo, mirando en la misma dirección.

—Tú también, Dylan.

Dylan, como si supiera lo difícil que era ese aliento que salía después de tanta vacilación, sonrió y agradeció.

Después del análisis estratégico, el ambiente en la sala de reuniones no era bueno. Nadie mencionó explícitamente la baja probabilidad de pasar la primera ronda, pero todos parecían aceptar implícitamente la inminente eliminación.

La peor situación es cuando ya sabes que vas a perder, pero mientes diciendo que darás lo mejor de ti hasta el final. Un aliento sin espíritu de lucha solo destruye la moral.

—Si hay algún tonto en esta sala que piense: "Prefiero que esto termine rápido e irme de vacaciones", que salga de inmediato.

La sala de reuniones se congeló ante la voz firme y fría.

—Sé que la situación es difícil. Pero el personal aquí no existe para perder. Ellos, yo, y ustedes, todos existimos para hacer un cambio.

El entrenador principal recorrió con la mirada a los presentes. Aún no tenían un espíritu decaído.

—¿Quién creen que ha jugado más tiempo al hockey aquí?

—Usted, entrenador.

—Exacto. Aunque ya no juego, llevo haciendo esto la friolera de 30 años.

Los jugadores soltaron una leve risa, lo que suavizó el ambiente de la sala de reuniones.

—Aun así, todavía me encanta el hockey. Y creo que todos comparten ese sentimiento.

Ante esas palabras, la atmósfera se volvió seria de nuevo.

—Como saben, en la liga regular, solo se juega un partido contra un equipo diferente, así que los recuerdos se diluyen entre medias. Pero en los *playoffs*, donde hay que jugar partidos seguidos contra el mismo equipo, es diferente. Ellos ya conocen perfectamente nuestros puntos fuertes y débiles. Por eso, "hacer lo mismo de siempre" no nos permitirá marcar ese gol decisivo. ¿Entendido?

—Sí.

—¿Por eso de repente agregaron un nuevo entrenamiento?

El entrenador principal se encogió de hombros ante la pregunta del capitán.

—Aunque sea de última hora, ayudará. Refleja la voluntad del personal de mejorar el juego complementando las deficiencias que cada uno ha mostrado recientemente. Por supuesto, sé que todos aquí, al tener una larga trayectoria, tienen sus propios hábitos arraigados. ¿Pero no vale la pena intentarlo?

—No está mal. El esfuerzo también es algo que solo se puede hacer cuando hay una oportunidad.

—¡Bien, entonces cambiemos el ambiente!

—¡Sí!

—¡Vamos a hacerlo hasta el final!

Los jugadores, cada uno con un grito atronador, reafirmaron su determinación y animaron el ambiente.

Dylan miró el papel que le habían dado durante mucho tiempo. No solo el curso de entrenamiento de Dylan había cambiado sutilmente. Nadie se quejó. Todos se dedicaron a practicar hasta sudar para

el tercer partido de mañana. Todos sonreían satisfechos, diciendo que hacía mucho tiempo que no tenían tal nivel de concentración desde la escuela secundaria.

Cuando llegó a casa después de un masaje para relajar los músculos, ya era de noche.

Sería mañana.

Con un 2 a 0, la balanza ya estaba bastante inclinada, y si se convertía en un 3 a 0, en un sistema al mejor de 4, no habría más esperanza.

Dylan, que se apoyaba en la puerta de entrada imaginando brevemente el paisaje de mañana, escudriñó el interior silencioso de la casa. No se veía a Jo-on.

Dejó su bolso en el suelo sin cuidado y se acercó a la mesa, bebiendo de un trago un vaso de agua fría. Se sentó despreocupadamente en una silla y miró por la ventana la ciudad, que estaba envuelta en la niebla nocturna y borrosa.

Entonces, se escuchó un crujido de telas en la sala. Jo-on, que había estado acurrucado durmiendo una siesta con el traje puesto sin cambiarse, levantó la cabeza como una suricata.

Dylan, al confirmar la sombra que proyectaba su cabeza redonda, esbozó una leve sonrisa. Quizás no sabía lo mucho que su corazón se sentía en paz y aliviado con solo el hecho de estar en el mismo espacio. Dylan, aprovechando la oscuridad, envió su afecto a Jo-on con todas sus fuerzas.

Sin saber si había recibido el mensaje silencioso o no, la cabeza de Jo-on permaneció inmóvil, mirando hacia la mesa. En la oscuridad, ambos se miraron en silencio.

Entonces Jo-on se levantó lentamente de su asiento y se acercó a la mesa donde estaba sentado Dylan. Antes de que él le preguntara cómo le había ido en la entrevista de hoy, Jo-on habló primero.

—¿Cómo estuvo hoy?

¿Debería dar la misma respuesta obvia de siempre, que estuvo bien, que no estuvo mal? Dylan dudó y luego confesó honestamente:

—Fue un día difícil.

Fue una breve frase.

La sombra vacilante dio un paso adelante. Luego, lentamente, envolvió a Dylan en su abrazo.

Con manos algo torpes pero cariñosas, le acarició la espalda suavemente, dándole palmaditas. El cuerpo, que se había endurecido sin saber qué hacer, se derritió suavemente dentro de ese abrazo. Dylan extendió sus brazos y rodeó la cintura de Jo-on, atrayéndolo hacia sí.

El latido constante de su corazón resonó en el oído que descansaba sobre su pecho.

—Lo hiciste bien. Sé que diste lo mejor de ti hoy.

¿Cómo no amarlo? Dylan apoyó la cabeza en el pecho de Jo-on, absorbiendo su aroma con todo su corazón.

—¿Cómo fue la entrevista?

—Estuvo bien.

—Qué bien. ¿Dónde está la empresa?

—Justo enfrente de la estación Union.

—Está cerca, será fácil ir y venir del trabajo.

De repente, Jo-on no respondió nada, y los brazos de Dylan apretaron su cintura con tanta fuerza que parecía que la rompería.

—Ni se te ocurra irte de aquí.

Jo-on intentó retroceder, pero los brazos firmes no lo soltaron.

—No me dejes, Jo-on.

—…No es eso, solo quería mostrarte.

Solo entonces Dylan levantó la cabeza disimuladamente y bajó lentamente la mirada. Jo-on todavía vestía el traje impecable, a pesar de que ya hacía tiempo que había regresado a casa. También llevaba la corbata que él mismo le había puesto.

—Dylan, si no hubieras estado tú, probablemente yo sería una persona muy diferente ahora.

—Todas las decisiones las tomas tú, Jo-on. Las acciones también las tomas tú. Al final, Jo-on seguiría siendo Jo-on.

—No es así. Fue porque estabas tú… que pude encontrar el valor para empezar de nuevo.

Jo-on tomó una gran bocanada de aire, inflando su pecho, y continuó.

—Por eso yo también…

Después de dudar, como si hubiera tomado una gran decisión, siguió una confesión en voz baja.

—Espero poder ser un pequeño consuelo en tu día deprimido.

Una mano cálida acarició la mejilla que todavía estaba fría por el viento.

—¿Me permitirías hacerlo?

—Con gusto.

Cuando sintió que la oscuridad se hacía más densa, un consuelo cálido chocó contra sus labios fríos y húmedos.

Se despidió y, al intentar alejarse de inmediato, lo sujetó a toda prisa. Una gran palma rodeó su cabeza con brusquedad, abalanzándose. Tiró de su cintura, sentó a Jo-on sobre sus rodillas y no lo soltó, acercándose tanto que sus bajos vientres se tocaron. Abrió los brazos para acoger y dar la bienvenida a quien se abalanzaba, anhelando un consuelo más profundo.

El consuelo, ya no unilateral, continuó durante mucho tiempo. Tan profundo e intenso como el cielo nocturno que cubría esta ciudad al final del invierno.

Aunque sentían sus centros endurecidos, lejos de alejarse, se empujaban el uno al otro para acercarse aún más, a pesar de ya estar juntos. Querían romper las prendas que los separaban en ese mismo instante y reclamar la posesión de la manera más primordial y violenta. Si pudieran demostrar que se pertenecían el uno al otro al devorarse mutuamente, lo harían con gusto, aunque les llevara días y noches.

—Dylan, hasta aquí… Mañana, mañana tienes partido.

Jo-on, que recuperó el sentido primero, empujó el hombro de Dylan, pero Dylan cubrió sus labios murmurantes con los suyos de nuevo.

—Espera, mañana, uh, si gano y vuelvo…

Entonces Dylan detuvo sus movimientos furiosos y miró a Jo-on.

—Si Jo-on fuera mi entrenador principal, me habría dado la Copa Stanley hace mucho tiempo. Me manejas demasiado bien.

Eran palabras dichas por consideración a la persona que tenía un partido importante al día siguiente, pero sin querer se malinterpretaron. Jo-on sonrió y dijo:

—No diré que no pasa nada si pierdes. Solo da lo mejor de ti y regresa. Con eso es suficiente.

Dylan lo atrajo por la cintura y frotó su cabeza contra su pecho como un niño caprichoso.

—De acuerdo. Entonces abrázame un poco más así. Quiero estar conectado contigo un poco más de tiempo.

—Si así lo deseas.

Como deseaba Tyler, el día del tercer partido hizo un frío que se sentía ligeramente en el rostro.

A pesar de las bajas temperaturas, una multitud se había reunido en la plaza frente al estadio. Personas con camisetas de los Polar Bears o sudaderas con el logotipo del equipo, cada una con sus propios objetos de apoyo, miraban la pantalla con rostros emocionados.

Jo-on, que se había negado rotundamente a las entradas del partido que Dylan le había conseguido, simplemente salió a la calle ese día, dejándose llevar por su corazón.

Dentro del estadio, era más agradable ver las reacciones crudas y honestas de la gente que ver el partido en vivo. Al fundirse con la multitud y convertirse en un fan más, no necesitaba ser Song Jo-on. A veces, cada vez que Dylan aparecía en la pantalla, dejaba de lado su vergüenza y vitoreaba como los demás.

Cada vez que se marcaba un gol, la alegría y la tristeza se alternaban, y la multitud expresaba sus emociones con pasión. El Jo-on de antes habría observado esta escena desde su oficina con una expresión insípida. Al fin y al cabo, era un ámbito que no le interesaba en absoluto.

Pero ahora, se da cuenta de que hay una chispa ardiente que hace latir su corazón. Y también que el rumbo de su vida cambió por completo por una razón inesperada.

Puuuu.

Pasados los 19 minutos del tercer período. A falta de 55 segundos para el final del partido, un disco lanzado desde una distancia considerable atravesó el flanco de un defensor del equipo contrario y se coló en la esquina vacía de la portería.

El estruendoso sonido hizo que los vítores de la gente se desvanecieran en la distancia.

La imagen de Dylan, sonriendo ampliamente y chocando los puños con sus compañeros de equipo, llenó la pantalla. La plaza se calentó al instante con los vítores eufóricos de los aficionados que saltaban en sus asientos.

Incluso el espectador de al lado, cuyo nombre y rostro desconocía, abrazó a Jo-on y lo besó en la mejilla de pura alegría. Jo-on, con la voz alegre de los vítores de delfín de la gente, susurró y gritó:

—¡Osos! ¡Osos!

Hubo un asalto del equipo contrario para empatar de alguna manera hasta el final, pero los 55 segundos pasaron rápidamente. Los rostros de las personas, que finalmente habían logrado la victoria que tanto esperaban, se pusieron rojos.

—¡Así, los Polar Bears se llevan el tercer partido de la primera ronda! ¡La contienda aún no ha terminado!

Al ver las sonrisas tan brillantes como flores a pesar de la interminable tormenta de nieve y el viento gélido, Jo-on se dio cuenta de cuánto había anhelado la gente este momento, justo al comienzo de la primavera, cuando el invierno se despedía.

No soportaron la temporada porque la amaban, sino que encontraron una razón para amar para poder soportarla.

Y también, que soportaron la temporada con éxito porque encontraron una razón para amar.

Fin de la clase nocturna (continuará en el epílogo)

Clase de refuerzo

16.

La habitación de Jo-on, que antes solo tenía una cama de invitados, se había llenado de más muebles. Había una mesa pequeña y una cómoda. Pero, a pesar de haberse transformado en un espacio más habitable, el tiempo que Jo-on pasaba en ella había disminuido. Esto se debía a Dylan, quien no perdía oportunidad de estar pegado a él.

—Dylan, ¿no dijiste que te habías lavado a medias en la arena y querías darte un buen baño? —preguntó Jo-on, recostado lánguidamente en el sofá. El voluminoso cuerpo de Dylan estaba apilado sobre él, como el jamón en un sándwich.

—Sí, lo hice.

—¿Y por qué sigues así?

—Porque tú estás aquí.

Dylan, que tenía la cabeza apoyada en el pecho de Jo-on, levantó la mirada lentamente. Al encontrarse sus ojos, entrecerró sus ojos azules y esbozó una sonrisa que parecía absorberlo por completo.

—¿Acaso querías decir que lo hiciéramos juntos?

—¿Apenas te das cuenta? Hoy gané, tal como prometí.

—……

Jo-on se humedeció los labios resecos y desvió la mirada.

—Jo-on, tu corazón late muy rápido.

La palma de la mano de Jo-on, impecable hasta la punta de los dedos, empujó el rostro esculpido de Dylan.

—No es verdad. Ve a bañarte rápido.

—¿Cómo voy a irme si estás aquí?

—Está bien, está bien, levántate entonces.

Jo-on se incorporó a medias y se quedó helado en cuanto sus ojos se encontraron con los de Dylan, que estaba tumbado sobre él. Sintió vívidamente cómo el centro de Dylan, que tocaba su muslo, se endurecía rápidamente.

Tal como había dicho, su corazón latía con una velocidad frenética. Aunque no se suponía que el sonido fuera audible, Jo-on se sintió tenso, temiendo que se escapara. Su respiración se aceleró. De hecho, ni siquiera se dio cuenta de que había dejado de respirar.

Como si sus miradas hubieran intercambiado pensamientos, el rostro de Dylan, que hasta entonces había sido juguetón, se volvió de repente serio. Ambos estaban claramente pensando lo mismo.

El aire entre ellos se tensó, como una cuerda en un tira y afloja. La tensión se rompería y se inclinaría en una dirección en cuanto uno de ellos se moviera primero. Por eso no hicieron ni un solo ruido.

Incapaz de enfrentarse a los ojos de Dylan, que lo miraban como un depredador, Jo-on desvió su mirada transparente por todas partes. Dylan sonrió lentamente y torció la cabeza, como siguiendo su mirada. En el momento en que se rompió el equilibrio de la tensión, la respiración contenida se liberó, mezclándose con una risa avergonzada.

—Entendido, quería decir que fuéramos juntos.

—¿Te ducharás conmigo?

—Sí.

—¿De verdad?

Jo-on, que correspondía al beso de Dylan, quien se le acercaba rápidamente susurrando dulcemente, añadió:

—¿También habrá champaña?

—El chocolate también viene.

—De repente se me antoja.

—Vaya, debí haberte tentado con esto desde el principio.

Después de algunos besos más, Jo-on apartó a Dylan y bajó la mirada, dirigiendo una mirada más explícita hacia abajo.

—¿A qué te refieres con "esto"? ¿A qué exactamente?

Ante la provocación de Jo-on, Dylan desabrochó los botones de su camisa uno por uno y respondió con satisfacción:

—Obviamente, me refiero a tu *snack* favorito.

—Pero, ¿cuál?

—Lo sabrás por tu reacción en un momento.

Dylan se quitó la camisa, mostrando la silueta de su torso musculoso, y extendió una mano hacia Jo-on.

—¿Vamos?

Jo-on frunció el ceño y miró a Dylan, luego le tomó la mano y la volteó. Ahora era Dylan quien tenía la mano extendida por Jo-on. Jo-on besó el dorso de la mano de Dylan primero.

—Vamos.

La amabilidad no es un error. Sin embargo, Jo-on a menudo imaginaba cómo habrían sido las citas de Dylan con mujeres anteriores al ver su cortesía. Ser tratado de la misma manera le resultaba un rechazo, incluso siendo un hombre.

Pero la provocación, aunque no le sentara bien, al final se reducía a una lucha impulsada por el orgullo, y terminaba arrodillándose ante el abrumador deseo de Dylan.

Como su naturaleza era tranquila y sencilla, una vez que el juego real comenzaba, Jo-on solía dejarse llevar por el ritmo implacable de Dylan. Por muy acostumbrado que estuviera Jo-on a llevar una máscara de sociabilidad y extroversión, una energía que nunca podría imitar lo empujaba.

—Agárrate a la bañera y ponte a cuatro patas. Para que pueda verte.

Bajo la presión de la mano de Dylan sobre su espalda, Jo-on, inevitablemente, adoptó una postura humillante, y sus muslos temblaron mientras giraba la cabeza por encima del hombro. Debajo de sus muslos, las burbujas de la bomba de baño se agitaban.

Con ambas manos, Dylan recogió y apretó los glúteos de Jo-on, y con el rostro frío, miró el orificio rosado y palpitante. Pronto, una leve sonrisa burlona apareció en sus labios.

—Jo-on, ¿qué esperas tanto? Esto no deja de susurrarme, pero no logro entender lo que dice.

—…¡Ah!

¡Clac! Con un sonido, la nalga fue golpeada suavemente, y Jo-on, sorprendido, estiró una mano hacia atrás para agarrar la muñeca de Dylan.

—No juegues…

Entonces, una mano grande envolvió la muñeca de Jo-on. Su hombro fue tirado hacia atrás con fuerza.

Mientras tanto, la otra mano de Dylan estaba apretando y manipulando un puñado de la otra nalga.

—Tu agujero no para de moverse, queriéndome algo, Jo-on.

—Basta, date prisa, mételo.

—No puedo. Si lo meto así, se rasgará.

La espalda de Jo-on se tensó cuando el pulgar de Dylan tocó la entrada.

—Mira esto. Ni siquiera puede tragar un solo dedo.

—¿Un solo dedo? Pero, ¿por qué es tan grueso…? Ugh.

A medida que el dedo se adentraba más, la entrada se apretaba alrededor de la articulación. El orificio se abría y cerraba.

—Relájate. Necesito que entren como cinco de estos para poder meter mi pene con facilidad, Jo-on.

—Cinco es difícil.

—Oh, no te preocupes. Yo haré que entre.

Acercando la muñeca de Jo-on que sostenía, Dylan ahora besó el dorso de la mano de Jo-on y susurró:

—Te lameré hasta que se disuelva por completo. Entonces entrará.

Entonces, Dylan agarró sus nalgas, aún cubiertas de espuma de jabón, las abrió ampliamente y acercó su rostro.

—No… ¡Ah!

Antes de que pudiera terminar de responder, un aliento caliente tocó su piel. Una masa fría y resbaladiza se deslizó sobre su orificio secreto, que se enfriaba lentamente al ser expuesto al aire.

Dylan, que se había enjuagado la boca con el champán que había dejado fuera de la bañera, se burló del orificio trasero palpitante con su lengua fría. La extrema diferencia de temperatura transmitía aún más vívidamente el movimiento de su lengua.

—Ah, ugh, sí.

—¿Lo sientes?

—Sí, ah… Un poco más, más profundo…

Dylan sonrió y torció la cabeza. La lengua ágil invadió más profundo, dejando un rastro de champán. El efecto del champán absorbido a través de la membrana mucosa ya parecía estar haciendo efecto. La sangre le subió a la cabeza.

La mano de Dylan, que se había adelantado, agarró el pene de Jo-on, que se alzaba rígidamente, y lo movió lentamente.

—Ahh, ugh, ah… Ya casi me vengo, Dylan.

—Eso sería un problema.

Dylan se separó y siguió la columna vertebral de Jo-on, besando suavemente su espalda. Mientras lo hacía, un dedo invadió el orificio, que hasta hace un momento había estado completamente empapado por el roce de su lengua. El índice entró sin dificultad más profundo que el pulgar o la lengua.

—¡Haa, está frío… Ah!

—Tu interior está caliente.

Cuando metió un dedo más, la estrecha entrada se apretó como si fuera a cortar el dedo. Si lo que hubiera metido allí no hubiera sido su dedo, sino su pene, Dylan seguramente se habría corrido ya. La adrenalina se disparó ante la mera imaginación de la situación vertiginosa. Dylan tuvo que esforzarse para contener su deseo de entrar en él de inmediato y poseer a Jo-on hasta que quedara destrozado.

Giró el dedo en el sentido de las agujas del reloj, golpeando y frotando la membrana mucosa. Al ensanchar el interior estrecho y meter un dedo más, Jo-on apretó los labios como si ya no tuviera fuerzas para reaccionar.

Cuando comenzó a moverse hacia adelante y hacia atrás con un sonido pegajoso, un líquido transparente goteó del pene de Jo-on, que se movía sinuosamente contra su bajo vientre.

—Ugh, mm.

Dylan, con los ojos enrojecidos, miró a Jo-on, que giraba la cabeza por encima del hombro, y con la otra mano agarró su propio pene, masturbándose. Ante esa mirada ardiente, se sintió como un *stripper* ofreciendo un *show* de masturbación en vivo. Si ese cliente era Jo-on, Dylan estaba listo para servirle todas las noches.

Cuando introdujo un dedo más en el orificio, que ya se estaba acostumbrando al movimiento de pistón, un gemido y una maldición salieron de la boca de Jo-on al mismo tiempo. Esas eran palabras que raramente se escuchaban de Jo-on, quien siempre hablaba con una corrección de libro de texto.

Al contrario, sonaba bien. Era la prueba de que estaba llevando a Jo-on al límite. Significaba que estaba rompiendo la máscara que Jo-on había construido y penetrando hasta lo más profundo de su ser. A un territorio que nadie más podría asomar o codiciar.

A medida que el movimiento de pistón se aceleraba y los dedos se adentraban más en la membrana mucosa, los gemidos se hicieron más frecuentes. A Jo-on le costaba incluso emitir sonidos, jadeando con dificultad. Cuando su cintura comenzó a ceder, el punto de unión quedó aún más expuesto.

—Haa, maldita sea, Dylan, basta, basta ya…

—Uhm, ¿basta de qué?

—Solo…

—¿Ahora quieres que te folle?

—Haa, ugh, ah, rápido, mm… Maldita sea, rápido.

—Entonces, pídeme que lo haga.

Jo-on entrecerró sus ojos enrojecidos y lo miró fijamente. Sin embargo, Dylan le respondió con una sonrisa refrescante a pesar de su mirada feroz. Aunque su pene, que se había endurecido como una barra de hierro, no le dejaba espacio para la calma.

—Rápido…

Cuando Jo-on intentó pronunciar las palabras obscenas que Dylan le pedía, la mano que hacía el movimiento de pistón se salió por completo del orificio. Al desaparecer lo que lo llenaba, el orificio se abrió y cerró inútilmente, sintiéndose vacío.

El calor que parecía derretirse se desvaneció, y el pene, insatisfecho con el deseo no resuelto, goteó aún más lastimosamente. Cuando Jo-on intentó llevar su mano a su entrepierna, Dylan le agarró la muñeca y lo inmovilizó por la espalda como si estuviera arrestando a un criminal.

—¡Ugh, Dylan!

—¿Mm? Dime. ¿Qué quieres que te haga?

—…Hazlo.

—¿Qué?

—Follame sin piedad.

Logró que Jo-on pronunciara una palabra vulgar, pero sonó más como una declaración de guerra que una invitación. Dylan soltó una carcajada.

Con la muñeca de Jo-on todavía agarrada, lo giró para que quedaran cara a cara. Jo-on aún no podía moverse libremente, pero al menos podía besarlo con facilidad.

El suave aliento y los susurros que le llegaban a los labios se fundieron bajo su piel y penetraron hasta el corazón.

—Abre las piernas y envuelve mi cintura. Voy a follarte hasta que pierdas el conocimiento.

Jo-on, incorporándose y apoyando el rostro en el hombro de Dylan, envolvió dócilmente la cintura de este con sus piernas. La punta de un pene caliente y duro rozó el orificio, que estaba húmedamente relajado. El pene, con las venas hinchadas como si fuera a estallar en cualquier momento, avanzó lentamente, empujando la membrana mucosa y adentrándose.

Ante la sensación de que sus entrañas se llenaban, Jo-on mordió el cuello de Dylan, conteniendo un gemido. Una sensación de ansiedad, más cercana al miedo que al placer, lo invadió. Jo-on pronto recordó lo que estaba a punto de perder. Cosas como su sistema de pensamiento normal.

No mucho después, el pene de Dylan, que se había retirado lentamente, se abalanzó de forma repentina y violenta, como un disco que golpea la red tras un *slapshot*. Fue un asalto tan contundente que hizo temer por el daño de la membrana mucosa. Jo-on pronto sintió que su sistema de pensamiento normal, junto con la ansiedad, se desvanecían débilmente.

A medida que la velocidad de la inserción aumentaba, las burbujas de jabón que burbujeaban chapoteaban. Sonaba similar al sonido de la piel chocando. Un ruido de agua más fuerte que los gemidos llenó el baño.

El cuerpo, calentado por el agua caliente del baño, se enfriaba con el aire frío, pero solo las partes en contacto con el cuerpo del otro ardían. La espalda envuelta por los brazos fuertes de Dylan, la palma de la mano que sujetaba su muñeca, los muslos que rodeaban el torso de Dylan, los pechos que se tocaban, el orificio por donde entraba y salía el pene, y los labios donde se mezclaban los alientos calientes.

La pared interna, golpeada por el pene, se contraía sin cesar. Se sentía hasta la última vena abultada. Cada vez que tocaba un punto de estimulación, la vista de Jo-on se volvía blanca.

Si hubiera podido, Jo-on habría querido abrazarlo con todas sus fuerzas y colgarse de él. Pero sus muñecas estaban sujetas y no podía hacer lo que quería. Debería sentirse agraviado por tener sus movimientos restringidos, pero extrañamente, la parte de abajo se excitaba aún más. Tal como Dylan le había advertido, ahora estaba siendo poseído por él. Justo así se sentía.

—Ugh, uh, Dylan, por favor…

—¿Quieres venirte?

—Uhm, ahh, ¡ah!

La respiración de Dylan en su oído era tan impaciente como la suya, y ambos sabían que no podían permitirse más lujos.

—Haa, Jo-on, uh, ugh.

—Ahh, ah, Dylan, más, uhm, ¡más!

—Jo-on, mm, mi amor.

Dylan le besó varias partes del rostro y comenzó a mover la parte inferior de su cuerpo más rápidamente. La mano que sostenía la cintura de Jo-on se apretó. La penetración se volvió más violenta que antes.

—Quiero correrlo todo dentro de ti. Dentro de ti, uhm, Jo-on.

—Ah, haa, uhm. Por favor, basta ya…

Incapaz de soportarlo más, Jo-on finalmente soltó un gemido agudo. A medida que se acercaba al clímax, la voz de Dylan, que pronunciaba el nombre de Jo-on, también se volvía más urgente.

Al final, se corrió después de confesar su amor varias veces.

A medida que el aire caliente comenzaba a enfriarse lentamente con las respiraciones agitadas de ambos, un profundo beso se produjo cuando Dylan buscó los labios de Jo-on.

Al final de un sexo pegajoso y denso, ambos compartieron un beso puro y conmovedor.

Este momento, en el que se miraban a los ojos y se mezclaban dulces palabras de afecto, era más abrumador que cualquier otro en el que sus cuerpos se entrelazaban. Un tiempo en el que se contenían por completo el uno al otro en sus corazones.

—¿Estuvo bien?

Dylan preguntó, echando un vistazo al semen que había empapado el bajo vientre de Jo-on. Aunque sabía la respuesta, preguntó para que Jo-on se acostumbrara a expresarse.

—Mucho. Dijiste que eras bueno en todo lo físico, y es verdad.

—Por supuesto. También tengo buena resistencia.

Jo-on le dirigió una mirada que decía que eso era demasiado para él, con una expresión de incomodidad.

—Realmente no puedo seguirte el ritmo.

Gracias a que Dylan le soltó la mano, Jo-on finalmente pudo acariciar libremente el rostro de su pareja y abrazar su cuello.

—Dylan, si quiero seguir tu ritmo, tendré que salir a correr contigo todas las mañanas.

Dylan puso una expresión de éxtasis.

—¿Eso no es genial?

Y, como si algo lo hubiera provocado, en poco tiempo, su pene, ya endurecido de nuevo, frotó la entrepierna de Jo-on. El lubricante del condón desechado y el semen se mezclaron, volviéndolo pegajoso.

Jo-on besó brevemente los labios de Dylan y luego golpeó suavemente el borde de la bañera.

—Vaya… Siéntate para que te la chupe. Esta vez te la comeré yo.

Dylan soltó una carcajada y se sentó dócilmente en el borde de la bañera, tal como le indicaron.

—¿Por fin es la tan esperada hora del postre?

—Es mi postre favorito en el mundo.

Jo-on le siguió el juego a la broma y bajó el rostro hacia los abdominales de Dylan. Pronto, el pene se abrió paso entre sus labios. Una lengua suave y cálida lo recibió con gusto. Jo-on lamió y chupó la punta húmeda, apretando sus labios para estimular, y pronto bajó el rostro más profundamente. La sensación de volumen que parecía desgarrarle la garganta le oprimía la respiración. La punta del tallo llegó al fondo de su garganta.

—Ahh, ugh, Jo-on.

Dylan apretó los muslos con fuerza y agarró el cabello de Jo-on. Ignorando cómo sus dedos intentaban tirar de su cabeza hacia atrás, Jo-on abrazó su cintura fuerte pero esbelta y lo recibió más profundamente.

—Uhm, no, basta, es demasiado profundo. Jo-on. Ugh.

La sensación de poseer al otro, que había lanzado una arrogante declaración de guerra diciendo que lo poseería hasta que perdiera el conocimiento, y de escuchar sus gemidos, no estaba nada mal.

—Jo-on, ¿estás dormido?

A pesar de que ya se había corrido varias veces la noche anterior, Dylan, como si no fuera suficiente, le mordió el lóbulo de la oreja a Jo-on con sus labios y manipuló sus pezones hinchados y rojos.

—¿Mm? ¿Estás dormido?

Preguntó insistentemente, hundiendo la nariz en el cuello manchado de marcas. El aliento caliente se filtraba en su piel.

—¿De verdad vas a dormirte?

Tan pronto como su mano bajó a la cintura, Jo-on se retorció y hundió la cara en la almohada. Una risa ahogada escapó del grueso algodón.

—Uhm, me hace cosquillas.

Su voz sonaba ronca, probablemente por el esfuerzo de la noche.

Las cosquillas eran la nueva debilidad de Jo-on que Dylan había descubierto. Después de un sexo con caricias intensas, cuando su cuerpo se volvía sensible, Jo-on se estremecía y se apartaba al ser tocado en cualquier parte. Desde que Dylan descubrió que la razón no era el rechazo, sino las cosquillas, comenzó a molestar a Jo-on con más saña.

Disfrutaba provocando reacciones intensas en el inexpresivo Jo-on, pero también porque así, al final, Jo-on se acurrucaría en sus brazos pidiéndole que dejara de hacerle cosquillas.

—Basta, basta, ya entendí.

La frente que golpeaba su pecho se sentía pesada. El cabello le hacía cosquillas suavemente bajo la barbilla. Una suave y cálida emoción lo inundaba.

Dylan observó atentamente el rostro de Jo-on, quien se había desvanecido después de la intensa actividad de la noche anterior.

Sus ojos hinchados demostraban lo mucho que había sufrido. Besó sus ojos y hundió la nariz en su cabello, que desprendía un aroma tenue.

—Hoy estás más adorable, Jo-on.

Jo-on soltó un gemido ante la bomba lanzada a primera hora de la mañana. Cuando Dylan le confesaba su amor así de repente, Jo-on se sentía torpe y balbuceaba. Aun así, a Dylan no le importaba la reacción del otro y expresaba su amor sin reservas, haciendo ruiditos de besos.

—Ojalá fuera así todas las mañanas.

—…¿Todos los días? Eso es un problema. Lo prometiste, solo cuando avanzáramos de ronda en los *playoffs*.

De un tiempo a esta parte, debido a que Dylan deseaba muestras de afecto intensas como recompensa cada vez que el equipo ganaba y regresaba, Jo-on por primera vez llegó a desear que el equipo perdiera.

Así que llegaron a un acuerdo: no sería en los días que ganaran, sino en los días que avanzaran de ronda en los *playoffs*.

Los Polar Bears aplastaron al equipo de Florida y avanzaron dramáticamente a la primera ronda. Fue un momento histórico que puso fin a la maldición de ser eliminados en la primera ronda.

Sin embargo, no podían bajar la guardia. La segunda ronda estaba programada para la semana siguiente. Si hubieran terminado la ronda con una racha de victorias, habrían tenido mucho tiempo para prepararse, pero debido a la racha de derrotas al principio, tuvieron que ir hasta el sangriento séptimo partido.

—¿No podríamos hacerlo por días de victoria a partir de la segunda ronda?

—Absolutamente no. No puedo.

—De todos modos, serán tres o cuatro partidos fuera de casa…

Jo-on entrecerró los ojos ante la voz quejumbrosa de Dylan, que no le correspondía con su tamaño.

—¿Por qué no ahorras esa energía y la usas en el partido?

—¿No te lo dije antes? El sexo contigo me recarga.

—Nunca dijiste eso. ¿Y Dylan es un coche eléctrico? ¿Para recargarse?

—Qué lástima. Si lo fuera, habría tenido sexo contigo los 365 días del año.

—¿No entrenas?

—Por eso me he movido mucho. Contigo.

—Pero, los músculos que usas al patinar son diferentes.

—¿Cómo?

—Eso, yo no lo sé. Dylan lo sabrá mejor.

—Exacto. Yo lo sé mejor.

Entonces, Dylan acercó sus labios al oído de Jo-on y susurró:

—No es muy diferente de cuando te monto a ti.

Ante la persistente insistencia, Dylan finalmente recibió un golpe en el pecho.

—Ugh.

Pero no perdió la oportunidad, y mientras gemía, hundió su cabeza en el pecho de Jo-on, acurrucándose.

Jo-on se esforzó por calmar el torbellino en su interior y le revolvió el cabello a Dylan con fuerza. Aun así, al ver a la otra persona, que se apoyaba tranquilamente en su pecho con el oído apoyado, su minúscula ira se desvaneció rápidamente y una extraña emoción creció en su lugar. Ese sentimiento que le calentaba el pecho no necesitaba nombre; era afecto.

Sintió la certeza de que podía perdonar cualquier travesura o broma que hiciera. De hecho, esas cosas triviales ni siquiera le enojaban. Jo-on ya había aceptado por completo incluso su parte más traviesa.

—¿Te dije que te amo, Jo-on?

—Sí. Ayer, más de una docena de veces.

"Menos mal que estaba escuchando bien", pensó Dylan, soltando una risa.

—¿No dijiste una vez que nunca habías dicho "te amo" excepto a tu perro y al hockey?

—Hmm, ¿dije eso?

Dylan se hizo el desentendido.

—Sí.

—Entonces tendré que retractarme de eso. Porque tengo que ponerte en mi lista de cosas que amo.

Levantando un poco la cabeza, se arrastró para acercarse un poco más a Jo-on. Luego, posó sus labios muy suavemente sobre los de Jo-on. Jo-on asintió dócilmente y cerró los ojos.

Un afecto ligero como el vellón pasó rozando, como una brisa primaveral.

—Yo prepararé el desayuno, así que descansa.

Dylan acarició el rostro de Jo-on con ternura y, finalmente, le besó la frente. Luego, sin dudarlo, se levantó de un tirón y se dirigió a la cocina, luciendo la línea curva de su cuerpo que iba desde la espalda hasta sus muslos gruesos y fuertes, pasando por sus caderas elásticas. Jo-on, que lo había estado observando de espaldas, se escondió bajo las sábanas hasta la nariz.

Su corazón, que latía desbocado, debía estar delatándolo, enrojeciendo su rostro y su cuello sin excepción.

Pero incluso el refugio de su ropa de cama ya estaba impregnado del aroma de Dylan, como si cada célula de su cuerpo fuera a transformarse por completo en él.

Cerró los ojos para recuperar el sueño perdido, pero el sueño de la mañana, una vez interrumpido, no volvió.

Cuando se vistió y siguió a Dylan, este estaba preparando el desayuno mientras escuchaba una transmisión que mostraba los momentos destacados del partido de ayer.

Sentado de espaldas a la sala de estar, Jo-on contó los huevos que Dylan, con un bonito delantal, rompía en la sartén. Ya eran cinco los huevos sin fecundar de gallinas criadas en libertad que se habían estrellado.

En el momento en que se dio la vuelta para estirar el brazo y coger una toalla de cocina para limpiarse el líquido de las manos, su cuerpo desnudo, oculto por el delantal, quedó expuesto sin tapujos. Los músculos erectores de la columna, lisos y extendidos entre los abultados dorsales, saludaron a Jo-on.

Con razón había salido sin ropa. Pensó que se habría puesto la ropa que se había quitado fuera, pero eso fue un error.

Completamente desnudo hasta las nalgas, Jo-on escupió el agua que estaba bebiendo. Simplemente no llevaba nada puesto, salvo el delantal.

Dylan, al darse cuenta de Jo-on, le echó un vistazo. Se secó las manos y sacó una servilleta para Jo-on.

—¿Estás bien? Aquí tienes una servilleta.

—Cof, gracias, tos, cias.

—De nada.

Dylan, sin sospechar que él mismo era la causa del atragantamiento repentino, tomó la espátula con una expresión tranquila y comenzó a batir los huevos. Mientras tanto, su mirada permanecía fija en la transmisión de televisión de la sala.

¿Tan divertido era? No era más que un programa deportivo que veía todos los días.

Pasó un tiempo hasta que Jo-on se dio cuenta de que la mano de Dylan, que estaba cocinando, había dejado de moverse. Solo cuando Dylan dejó los utensilios de cocina, Jo-on se giró para mirar la pantalla, preguntándose qué estaba viendo con una expresión tan seria.

—¿Qué estás viendo desde hace un rato?

No era nada del otro mundo. La transmisión era un resumen de los momentos más destacados del primer asalto, editados con música intensa y centrados en los goles.

Casualmente, se mostró el gol de Dylan, y en la pantalla, él chocaba los puños con sus compañeros de equipo. Entre medias, se veían las reacciones eufóricas de los espectadores. Las breves inserciones pasaron rápidamente.

Sin embargo, lo que sea que vio, Dylan se acercó a la pantalla, tomó el control remoto y retrocedió la escena que acababa de pasar.

—¿Qué pasa? ¿Hubo algo?

—Uhm, espera un momento.

Extendió la mano hacia Jo-on, indicándole que esperara, y luego reprodujo una sección que ya había pasado. Era la escena de él mismo marcando un gol.

Con una expresión seria que nunca antes había visto, parecía analizar el partido anterior como si fuera a ser absorbido por la pantalla. De perfil, incluso parecía que estaba en medio de un partido.

Esa asombrosa concentración transformaba la casa en el estadio de la pantalla. El único inconveniente era que no llevaba uniforme, sino un delantal sobre su cuerpo desnudo.

Sin embargo, su impresionante figura duró poco, cuando la escena del gol decisivo del tercer partido, que había cambiado la atmósfera de las derrotas consecutivas de la primera ronda, se repitió cinco veces, Jo-on soltó una risa de asombro.

¡No podía ser! Dylan era un narcisista.

—¿Te gustó tanto el gol que marcaste ese día? ¿Tanto como para verlo una y otra vez?

—No.

—Entonces, ¿no te gustó y por eso lo sigues viendo?

Dylan detuvo la pantalla en silencio.

—Sí. Esto realmente… no me gusta.

Dylan se acercó al televisor y señaló una esquina de la pantalla detenida. En la pantalla, se veían espectadores que no habían entrado en el ojo de Jo-on, incluso después de retroceder cinco veces: eran aficionados que no habían conseguido entradas y observaban la retransmisión desde la plaza.

Entre esa multitud de gente, una persona destacaba. Mientras todos a su alrededor vestían el uniforme, solo una persona llevaba ropa de calle.

Jo-on se dio cuenta de la razón. Esa persona era él. Y otra persona más.

—Jo-on. ¿Quién es esta persona? La que te está besando la mejilla ahora mismo.

Una mujer que Jo-on nunca había visto antes tenía el cuello de Jo-on rodeado y le estaba plantando un beso en la mejilla.

Jo-on se quedó sin palabras.

En primer lugar, Jo-on no sabía quién era esa mujer en absoluto; en segundo lugar, era absurdo que no solo hubiera sido captada por la cámara de la retransmisión, sino que también se hubiera usado en la edición de los momentos destacados; y por último, la tercera razón era que los ojos de Dylan habían detectado esa breve fracción de segundo en menos de un segundo.

Se sentía como si lo hubieran pillado en el acto de una infidelidad. Aunque no había hecho nada malo.

Jo-on se repitió a sí mismo: "Soy inocente", y sacudió la cabeza.

—No sé. Solo… era otra persona que estaba mirando. Seguro que se emocionó por el último gol.

—……

—Es que fue un gol impresionante. ¡Y el partido terminó así! También terminó la racha de derrotas.

En el rostro inexpresivo de Dylan no se vislumbraba ninguna emoción como la ira. Como no se podía leer nada, era aún más difícil. Jo-on parpadeó, alternando la mirada entre la pantalla detenida y Dylan.

—De verdad no sé quién es. No era de mi grupo. Fui solo y volví solo. De verdad. Ese día la gente estaba loca.

—…Está bien. La próxima vez te daré entradas. No lo veas solo.

Como si sus excusas hubieran funcionado, la voz de Dylan, que volvió a reproducir la pantalla y se acercó, se había suavizado a diferencia de antes.

—No hace falta. Solo salí un rato porque estaba cerca. Prefiero verlo en casa.

Jo-on respondió con indiferencia y echó un vistazo a los huevos, que ya se habían puesto amarillos en la sartén.

—…Apagué el fuego para que los huevos no se quemaran.

—Gracias.

—¿Vas a cocinar de nuevo?

Dylan miró a Jo-on con los ojos entrecerrados, suspiró profundamente y tomó los utensilios de cocina.

—Si tú quieres.

Dylan regresó a la cocina y rescató los huevos antes de que se quemaran. Aunque Jo-on pensó que el malentendido se había resuelto, la expresión de Dylan no fue buena durante todo el desayuno.

¿Serían celos?

Jo-on se tragó la pregunta que le subía por la garganta con un sorbo de café amargo.

Esta vez, no necesitaba confirmarlo para saber la respuesta.

—Hoy se celebra el primer partido de la segunda ronda de los *playoffs* entre los Polar Bears y los Thunderbolts. El clima aquí en Toronto, donde se celebra el partido, es cálido y soleado.

Una torre que brillaba suavemente apareció en el centro de la pantalla.

El paisaje era tan brillante que apenas se podía llamar noche. Entre el bosque de edificios grises, comenzaban a brotar retoños verdes. El cambio de ambiente que traía esa pequeña transformación era realmente impresionante.

Dylan había ido a trabajar muy temprano, preocupándose por su estilo. Durante los *playoffs*, los medios de comunicación tomaban más fotos de los jugadores al llegar al estadio.

Le gustara o no, Dylan era el modelo principal del equipo, por lo que siempre se esperaba el doble de él que de otros jugadores, y Dylan se esforzaba por cumplir esas expectativas.

Jo-on, que lo había despedido en ropa de casa, dudó un momento antes de que Dylan abriera la puerta principal y le tomó la mano.

Ante el contacto repentino, el rostro de Dylan, que había estado tenso, se relajó y se volvió hacia Jo-on.

—Dylan.

—¿Sí?

Jo-on tomó la gran mano de Dylan con ambas manos.

—Mucha suerte.

Entonces, la mano de Dylan se deslizó suavemente. Su sorpresa ante el rechazo duró poco, ya que una mano grande le envolvió la mejilla a Jo-on. Cuando cerró los ojos, esperando un beso en los labios, sintió un aliento cálido en la otra mejilla.

Era el mismo lugar donde una espectadora desconocida, emocionada, lo había besado al azar.

—Gracias.

Jo-on encontró divertida y a la vez entrañable la insistencia de Dylan, y fue él quien giró la cabeza para besar sus labios primero. Así fue como se despidieron con un beso pegajoso desde la mañana.

A estas alturas, Dylan se habría despojado de su elegante traje y, con su aspecto amable oculto bajo protectores, uniforme y casco, estaría oliendo los estimulantes aromas de la sal, preparándose para transformarse en un delantero.

Los comentaristas estaban emocionados explicando que el partido de hoy era la Semifinal de Conferencia, algo que no se lograba en años. Si pasaban la segunda ronda, que era la Semifinal de Conferencia, la siguiente sería la tercera ronda, la Final de Conferencia. Los ganadores de cada Conferencia, Este y Oeste, se enfrentarían en la cuarta ronda, la Final de la Stanley Cup, para decidir al campeón.

Pasar la primera ronda era solo el principio. El camino hacia la copa era largo y difícil.

—El disco se escapa en el centro. Golden y McLean corren para hacerse con él. ¡Dylan McLean intercepta el disco! De repente, Dylan McLean se lanza, dejando atrás a los defensores. ¿Se encuentra uno a uno con el portero? ¡Ah, lamentablemente falla!

Jo-on también apretó los puños, con los decibelios a la par de su emoción, pero la oportunidad se desvaneció lastimosamente. En ese momento, la cámara enfocó a una pareja de espectadores de mediana edad.

—En las gradas se ven a los padres de Dylan McLean, que han venido a ver el partido.

Los ojos de Jo-on se abrieron de par en par. La primera impresión era que se parecían a Dylan, pero no del todo. El retrato de unos padres amables que uno podría cruzarse a menudo en un drama, una película o en la calle. Una tranquilidad que emanaba de su amable expresión se sentía incluso a través de la pantalla hasta Jo-on.

Era fácil imaginarlo. La infancia de Dylan McLean, creciendo como un niño travieso normal en un hogar cariñoso y armonioso. En verano, jugaría a la pelota con el perro, y en invierno, empuñaría el palo de hockey con su padre. Sin darse cuenta, había crecido rápidamente, no solo llegando a la liga profesional, sino convirtiéndose en un pilar del equipo.

Podría decirse que ya se había establecido, pero los padres de Dylan todavía fluctuaban con cada tiro que lanzaba su hijo, como si fuera un estudiante de secundaria. Eso demuestra lo mucho que todavía anhelan el éxito de su hijo.

Quieren ver su éxito, el proceso de cómo logra sus sueños.

En ese momento, Jo-on sintió un calor en el pecho. Por alguna razón, se sintió desolado. La emoción que sentía era claramente inferioridad.

Jo-on contuvo la respiración por un momento y cerró los ojos. Entonces, en la noche de la primavera temprana, la azotea de un *lounge* se desplegó ante sus ojos. El día que se reunió con su madre después de años, cada paso que dieron para ponerse al día lentamente mientras bebían cócteles.

Todavía no era demasiado tarde. No podía cambiar el tiempo pasado, pero podía hacer que el tiempo futuro fuera diferente del pasado. Sin embargo, el cambio no ocurre en un solo día. Lo único que Jo-on tenía que hacer era esforzarse cada día para lograrlo.

Sacó su teléfono y escribió un breve correo electrónico. Dijo que, si encontraba un nuevo trabajo y se establecía con éxito, iría a visitarla.

La respuesta de su madre, que se preparaba para ir a trabajar desde la madrugada a pesar de la diferencia horaria, llegó rápidamente. Jo-on se rio.

Eso tardaría toda la vida. ¿Quieres que te compre un boleto y te lo envíe?

Ahora que ya no era un estudiante, le avergonzaba aceptar dinero de bolsillo, así que se negó. Eso quería hacerlo por sí mismo. Sentía que solo así tendría sentido.

Jo-on apartó la mirada del teléfono y volvió a concentrarse en la transmisión, con el rostro mucho más relajado.

Todo iba bien hasta entonces…

Cuando Dylan regresó a casa después de ganar el primer partido de la segunda ronda, no estaba solo.

—Jo-on, mis padres van a pasar un momento por casa. ¿Te parece bien?

Había recibido la llamada con antelación, así que no se sorprendió, pero tampoco estaba preparado mentalmente. Cuando se encontró cara a cara con el matrimonio McLean, a quienes solo había visto por televisión, Jo-on se quedó rígido como una máquina.

—Salúdales. Este es Jo-on, y estos son mis padres.

Dylan, de pie entre Jo-on y sus padres, los presentó. Acababa de terminar el partido, y se podía sentir un sutil calor en su voz.

Especialmente los días que ganaba, se dejaba llevar por la adrenalina y se pegaba a Jo-on, pero hoy, con visitas, no podía hacerlo. Por eso, Dylan parecía incómodo o tenso.

—Hola. Soy Jo-on.

—Escuché que tenías un compañero de piso. Encantada de conocerte. Llámame Samantha.

—Siento haber venido de repente. Soy James.

—No se preocupen. Adelante, siéntanse cómodos y pasen un buen rato.

Jo-on se aseguró de que los invitados se sentaran en la sala con Dylan y, sin notar la mirada de Dylan que lo seguía, se dirigió en silencio a su habitación. No quería interrumpir el tiempo en familia.

Se sentía incómodo pasando solo el tiempo que solía pasar pegado a Dylan. Jo-on sacó una caja que había estado apilada en una esquina de la habitación y comenzó a organizar la ropa, algo que había estado posponiendo por pereza.

Pero no avanzaba nada. Estaba jugueteando con la ropa de verano cuando escuchó un suave golpe.

—¿Sí?

—Soy yo.

Era la voz de Dylan. Jo-on abrió la puerta y Dylan echó un vistazo hacia la sala, donde estaban sus padres, y preguntó:

—¿Puedo pasar un momento?

—Sí, claro. Adelante.

Dylan, en cuanto entró en la habitación de Jo-on, cerró la puerta y lo abrazó con fuerza.

—¿Qué estás haciendo?

—No te saludé.

—¿No lo hiciste hace un momento?

—Eso no fue un saludo. Esto es un saludo.

Diciendo eso, Dylan inclinó su rostro y posó suavemente sus labios sobre los de Jo-on. El ligero beso pronto se transformó en un beso apasionado. Jo-on empujó sus hombros para tomar aire, pero solo por un momento, Dylan volvió a abrir sus labios con la punta de su lengua, explorando cada rincón de su boca como un dueño que revisa si hubo ladrones mientras estuvo ausente.

—Están, tus padres, afuera.

Jo-on susurró con la voz muy baja, y Dylan, como si no le importara, levantó las cejas y volvió a acercar sus labios.

—Basta.

—¿Por qué? ¿Vas a excitarte?

—¿No es hora de preocuparte por ti?

Jo-on bajó la mirada discretamente hacia su bajo vientre, donde sentía una protuberancia dura. El centro de Dylan, pegado a su cuerpo, dibujaba una silueta curva.

Dylan sonrió descaradamente, sin parecer avergonzado de haber sido descubierto.

—No te preocupes. Esto es normal.

—¿Qué es normal?

—Jo-on, solo con que estés tú, me pongo así. ¿No lo sabías?

Ante la descarada pero adorable mentira, Jo-on no pudo evitar sonreír con incredulidad. Dylan, con un toque de decepción, le dio algunos besos más.

—Lamento haberte encerrado en la habitación de repente.

—Estoy bien, de verdad. No te preocupes.

—Gracias por decir eso. Y…

Dylan, por alguna razón, dudó antes de hablar.

—Mis padres quieren invitarte a casa después de los *playoffs*. ¿Qué te parece?

—……

—Nuestra casa, la que visitamos la última vez. Mis padres se mudarán allí pronto. Dijeron que, como eres mi compañero de cuarto, si te parece bien, puedes venir con ellos. Pero si te sientes incómodo, puedes negarte.

Jo-on, que había estado reflexionando aturdido sobre la inesperada propuesta, inclinó la cabeza.

—Es una oferta muy amable, ¿no? Me parece bien.

Dylan sonrió ampliamente, mostrando sus dientes perfectos.

—Pero, Dylan. ¿Acaso… tus padres saben lo nuestro?

—No. No podría hacer eso sin tu consentimiento, Jo-on. No diré nada si no estás preparado.

Jo-on asintió lentamente.

—Está bien. Entonces les diré eso a tus padres. Dijeron que se iban ya.

—¿Ah, sí? Entonces yo también me despediré.

—¿En serio?

Dylan tomó la mano de Jo-on con fuerza y salieron. Sin embargo, tuvo que soltarla al final del pasillo, donde sus padres podían verlos.

La sensación de que el calor que había calentado la punta de sus dedos se alejaba solo traía consigo nostalgia.

El estadio quedó en silencio después de que los más de 20.000 espectadores se marcharan. Se convirtió en un espacio mágico donde el más mínimo ruido se amplificaba enormemente. Las gradas, con las luces apagadas, se volvieron negras. Solo unos pocos focos, que caían sobre el hielo, se reflejaban deslumbrantemente.

Este hielo había cumplido su propósito este año. Los Polar Bears no pudieron vencer a los Thunderbolts en las Semifinales de Conferencia y fueron eliminados de los *playoffs* con un récord final de 4-3.

Después del último partido, el ambiente en el vestuario era desolador. No habían logrado romper a tiempo la racha de derrotas que siguió a la dulce victoria del primer partido, y a pesar de haber conseguido puntos consecutivos en un último y desesperado esfuerzo, no pudieron mantener el ritmo y fueron eliminados de la ronda. Solo las huellas de esa batalla, tan feroz como una guerra, permanecían como cicatrices en el hielo.

Solo por un momento, la pista de hielo, después de que la Zamboni la hubiera barrido una vez, volvió a ser como un espejo, limpiando meticulosamente la ardua y difícil temporada de los Polar Bears.

¿Hemos fracasado?

El equipo no logró levantar la Stanley Cup este año. Pero se acercaron un paso más que el año pasado. Así que era demasiado pronto para juzgar. El simple hecho de no retroceder ya era un gran logro.

Solo hay una copa y treinta y dos equipos. Solo puede haber un ganador. ¿Significa eso que los otros treinta y un equipos han desperdiciado toda una temporada?

Nadie tiene derecho a menospreciar el esfuerzo incansable de alguien como un simple desperdicio. Ni siquiera si es uno mismo.

Dylan decidió interpretar la decepción de manera positiva.

El próximo año será diferente.

Dejó atrás las luces que se apagaban una a una.

La temporada de los Polar Bears había terminado hoy.

Para Dylan, por fin llegaban unas largas vacaciones. Bromeaba diciendo que se había quedado sin trabajo.

Jo-on, que hasta ayer mismo había estado realmente desempleado, apretó los dientes y le dio un codazo a Dylan en el costado.

—¿Qué hubiera pasado si no me hubieran aceptado?

—Entonces te habría apoyado con más ahínco.

—¿Para mantener a Dylan?

—Sí. Por cierto, como mucho.

—Lo sé. Que tu apetito es enorme.

—Y mi deseo sexual es tan grande como mi apetito.

—……

Ante el susurro insinuante, el rostro de Jo-on se endureció. Jo-on, que se estaba preparando para volver a trabajar, había recibido la notificación de aceptación final durante los *playoffs* de Dylan y había sido recompensado con un mes de vacaciones hasta la fecha de inicio.

Poco después, Dylan, que se había abstenido forzosamente durante las dos semanas de la segunda ronda, también terminó su último partido en Toronto y entró en un largo período de descanso, por lo que ambos estaban en condiciones de dedicarse por completo el uno al otro.

Es decir, estaban en un estado en el que no sería extraño que la chispa se encendiera en cualquier momento.

—…¿Cuándo dijiste que iríamos a casa de tus padres? ¿Mañana?

Cuando giró su rostro rígido y crujiente, sus ojos se encontraron de cerca con los de Dylan, que tenía la barbilla apoyada en su hombro y sonreía dulcemente. Estaban tan cerca que se podía escuchar su respiración, aunque Jo-on la estuviera conteniendo.

Jo-on no se atrevió a mirarlo a los ojos y solo miró alrededor de su mandíbula. Dylan, tomándolo como una señal silenciosa, inclinó la cabeza y se acercó. Jo-on cerró los ojos con fuerza y acarició suavemente el dorso de la mano de Dylan, que le envolvía la cintura.

El contacto suave y delicado, ese cálido beso, disolvió instantáneamente la tensión que había paralizado a Jo-on. Las caricias de su mano parecían consolarlo, diciéndole que se relajara.

En el momento en que los labios, que se habían unido con sencillez, se separaron ligeramente para respirar, una voz profunda susurró suavemente palabras de amor. Su tierna expresión de afecto demostraba que no había necesidad de temer o sentirse ansioso por este sentimiento. Le decía que aceptara su amor de buena gana, que solo con deleitarse era suficiente.

La mano de Jo-on pronto cubrió la mejilla de Dylan. Con la punta de su lengua, golpeó los labios del otro, pidiendo permiso, y sin dudarlo, se adentró. Sintió que Dylan sonreía ligeramente. Dylan, que había aceptado a Jo-on de buena gana, sin duda estaba complacido.

—¿Qué tal si vamos a la cama, Dylan?

—Aquí también me gusta —dijo Dylan, mirando alrededor de la sala. Al ser una unidad de esquina en el ático, tenía ventanas despejadas por todas partes. Jo-on resopló y le dio un golpe en el hombro, lo que hizo que Dylan se riera a carcajadas y lo levantara en brazos.

—Bá, bájame. Puedo ir solo. Soy pesado.

—No eres nada pesado.

—No puede ser.

A pesar de la resistencia de Jo-on, Dylan lo llevó obstinadamente hasta el dormitorio, lo tiró en la cama y exhaló con dificultad.

—Uf, ¿has hecho ejercicio últimamente? Sí que has subido de peso. O tal vez sea porque me he corrido demasiado…

Antes de que pudiera terminar la broma, una almohada voló desde Jo-on.

—Hago pesas porque me cuesta seguir tu ritmo. ¿Contento?

—Ah, ya.

Dylan esquivó la almohada y se desnudó rápidamente.

—Entonces, ¿veremos algunos resultados?

La puerta del dormitorio se cerró con firmeza.

Antes de la medianoche, ambos llegaron a la conclusión de que “todavía faltaba mucho”.

Habían elegido el día perfecto.

Mientras se dirigían a la mansión McLean en el auto, Jo-on miró al cielo y pensó. Aunque dejara el techo panorámico abierto, no sentía frío.

Aunque en Canadá es raro ver nieve a principios de mayo, este año parecía que no sería así. Un viento favorable traía consigo una calidez agradable. Entre el verde césped que invadía los bordes de la carretera, florecían flores amarillas. Un cielo azul pastel se extendía sobre un vasto horizonte, y nubes blancas se mezclaban como un dibujo sobre él. Y para completar este hermoso momento, estaba su amante a su lado.

Dylan conducía, tarareando una canción que sonaba en la lista de reproducción. Parecía que no conocía la letra. Jo-on sospechaba que si había algo en lo que Dylan no era bueno, era en cantar. A menudo también balbuceaba la melodía.

Sin embargo, era una criatura visualmente perfecta, sin importar lo auditivo. Su cabello platino, meciéndose con el viento, brillaba en diferentes tonos con la luz del sol. El rostro de Jo-on se reflejaba en las gafas de sol que reflejaban la carretera despejada. Jo-on evitó su mirada y miró hacia adelante.

—Debes mirar al frente, Dylan.

—Entendido, hyung.

Jo-on también se rió ante la broma descarada. Era el comienzo de una agradable salida.

La mansión McLean, que parecía un castillo aislado del reino de hielo, irradiaba una atmósfera muy diferente a la de su primera visita. No podía saber con certeza si era por la influencia de la estación o por el toque de los padres que se habían mudado. Quizás ambas cosas, pensó Jo-on.

En el patio trasero, se escuchaba el ruidoso motor de alguien que cortaba el césped, y desde el interior de la casa, se oían las risas de los niños corriendo.

Antes de cruzar el pasillo, Dylan se volvió hacia Jo-on y le apretó la mano, que estaba fría. Ante ese consuelo tácito, la tensión en sus hombros se disipó.

En ese momento, se escuchó un ladrido lejano. Un perro grande, que corrió rápidamente pisando el suelo, dio vueltas velozmente alrededor de Dylan.

—¡Max! ¿Cómo estás?

—¡Guau!

Max meneaba la cola con entusiasmo ante las caricias bruscas de Dylan en su cuello. Fue un saludo muy efusivo.

Jo-on saludó a la familia McLean uno por uno, presentados por Dylan. Primero, Samantha y James, a quienes ya había conocido, seguidos por el cuñado y la hermana de McLean, Robert y Ashley, y sus hijos, Lucas y Riley.

Jo-on, a pesar de no haber revelado su relación con Dylan, se sentía nervioso como si hubiera venido a pedir permiso para salir con él. Especialmente Ashley, la hermana, estaba bastante intrigada por el hecho de que Dylan hubiera traído de repente a un “compañero de piso”.

—¿Pero cómo es que ustedes dos se hicieron compañeros de piso? ¿Se puede preguntar?

—Eso…

—No. Hay asuntos personales de Jo-on involucrados, así que preferiría que no intentaras saber demasiado.

Antes de que Jo-on pudiera responder correctamente, Dylan lo interrumpiendo para defenderlo. Ashley, avergonzada al instante, giró lentamente los ojos para mirar a Jo-on.

—Oh, lo siento. ¿Qué importa la razón? Me preocupa más que tengas que vivir con alguien como él.

Dylan frunció el ceño. Jo-on lo pasó por alto con voz suave.

—Está bien. Dylan es un buen compañero de piso. Me cuida muy bien.

—¿Él?

—Aunque hace muchas bromas.

Ashley, como si lo hubiera sabido, predijo: "Probablemente llegará un momento en que eso también te moleste". Parecía haber una ligera tensión entre los dos hermanos, que se veían después de mucho tiempo.

—Por cierto, Jo-on. ¿No te parece que ese tipo está saliendo con alguien últimamente? Como compañero de piso, Jo-on lo sabrá mejor, ¿no?

—¿Sí?

—Dijimos que no hablaríamos de eso.

—Solo quiero saber por qué surgió el rumor.

Dylan, sin rastro de sonrisa, realmente parecía no querer hablar del rumor.

—Bueno, yo no…

Cuando Jo-on balbuceó, Ashley, que estaba a punto de añadir algo, se quedó paralizada al ver el rostro serio de Dylan. Luego, lentamente, giró los ojos para mirar a Jo-on. Jo-on evitó su mirada y revisó su teléfono sin motivo.

Antes de que saliera algo extraño, Jo-on sacó otro tema para cambiar el ambiente.

—Lo siento, me acaba de llegar un mensaje de un amigo.

—Está bien. Siéntete libre de revisarlo.

—Trabaja en una banda y es el amigo que se encarga de filmar las actuaciones. Acaba de subir un video que grabó antes.

—Oh, ¿su nombre es Amy? —preguntó Ashley, echando un vistazo al teléfono de Jo-on.

—Sí.

Jo-on le mostró las fotos de los conciertos que quedaban en la cuenta de Amy.

—Ella tomó todas estas fotos. El ambiente es muy bueno.

—Genial. A mí también me gustan estos conciertos. Si hay una oportunidad la próxima vez, ¿me lo harías saber? Y también conocer a la Amy de Jo-on.

—Por supuesto. A ella también le encantará.

El rostro de Dylan, que había estado escuchando en silencio la conversación de los dos, se volvió cada vez más frío. Dejó a Max, que estaba echando una siesta con la cabeza apoyada en su pie, y se levantó bruscamente para ir al patio trasero, donde Robert y Lucas estaban jugando a la pelota.

La mirada de Jo-on siguió la espalda de Dylan. Ashley susurró en voz baja.

—¿Qué le pasa? Hoy está sensible. ¿Pasó algo?

—No. Parecía de buen humor cuando venía…

—¿Celoso?

—¿Qué?

Jo-on preguntó sorprendido, y la comisura de los labios de Ashley se curvó lentamente hacia arriba.

—Parece que no le gusta que sea cercana a ti. Es la primera vez que lo veo así.

—¿Es… así?

Jo-on volvió a bajar la mirada a la pantalla de su teléfono. Justo en ese momento, la última publicación de Amy anunciaba un nuevo horario de conciertos. Ese era el mensaje que Amy le había enviado a Jo-on.

—Aquí, parece que van a hacer un nuevo concierto.

—¿De verdad? ¡Justo es un día en el que no estoy ocupada! ¿Jo-on también va a ir?

—Si tengo tiempo.

—Genial. Nos vemos ese día, nosotros.

Jo-on miró a Dylan, que se había unido al juego de la pelota en el patio trasero con una expresión de desinterés. Era imposible saber si a Dylan le gustaría.

Siguiendo a los padres de McLean, que comenzaron a preparar la barbacoa, toda la familia se reunió en el patio trasero. Se extendió un bonito mantel sobre una mesa de exterior para varias personas y se abrió una sombrilla para crear sombra. Sobre la mesa se colocaron ensaladeras, pan recién horneado, bebidas y vino.

Dentro de la barbacoa, los bistecs y las costillas comenzaron a dorarse, desprendiendo un delicioso aroma. Max, que olía el aroma, movía la cola con impaciencia. Para calmarlo, Dylan le arrojó un hueso de juguete, pero el perro ni siquiera lo miró. Era un perro inteligente.

Mientras la hermana de Dylan y su marido atendían a Riley, Jo-on, sin darse cuenta, cuidó a Lucas, que estaba sentado a su lado. A diferencia de lo que Dylan siempre bromeaba, Jo-on pensaba que él y Lucas no se parecían en nada. Ni en la apariencia, ni en la personalidad, ni en la forma de hablar.

Sin embargo, si tuviera que encontrar un punto en común, sería su gusto por la comida. En un momento, al mirar su plato, vio que el suyo y el de Lucas tenían exactamente la misma comida.

—Jo-on, ¿me pasas el pastel de chocolate que está por ahí?

Lucas señaló el postre al otro lado de la mesa. Jo-on sirvió naturalmente dos trozos y los compartió con Lucas. Dándose cuenta de que tenían los mismos gustos culinarios, los dos intercambiaron miradas y se rieron disimuladamente.

La comida estaba terminando y todos, satisfechos con el estómago lleno, disfrutaban del sol primaveral. Jo-on observó fijamente a Dylan, que hablaba sin parar con sus padres.

Desde los *playoffs* del equipo hasta la reconstrucción para la próxima temporada, y los planes futuros como jugador individual.

Los padres de McLean, médicos que dirigen una clínica sin cita previa, observaban y aconsejaban a su hijo con esmero y precisión para asegurarse de que su mente y su cuerpo estuvieran estables.

Se sentía como si la personalidad amable de Dylan actual se hubiera formado gracias a la educación y el esfuerzo dedicados de sus padres.

—Hago ejercicio constantemente. Si descanso un solo día, mi rendimiento baja notablemente. Hago *running* todos los días, aunque solo sea por la resistencia cardiovascular.

—Qué bien. Por cierto, hemos montado un gimnasio en el sótano, así que úsalo mañana por la mañana. Dime si necesitas algún equipo.

—Lo haré.

Aunque no podían verse a menudo, ya que vivían en lugares diferentes, Jo-on pudo percibir lo emocionalmente cercanos que estaban los miembros de la familia McLean por el flujo de su conversación, como si se conocieran mejor que nadie. Algo que él no tenía.

—Jo-on, no sé si la comida te gustó. Me preocupaba que no te gustara porque en nuestra casa usamos nuestra salsa especial casera en lugar de las comerciales.

—Sí, señora. Estuvo delicioso.

Samantha soltó una carcajada.

—¡Oh, qué educado! Señora, por favor, llámame Sam.

—Lo haré, Sam.

Jo-on sonrió con vergüenza.

—Por cierto, Jo-on y yo, ¿dónde dormiremos hoy?

—Oh, es verdad. A Lucas le gustan las habitaciones de arriba, así que todos decidieron usarlas, y la planta baja está libre…

Samantha miró a Jo-on. Parecía preocuparle que los invitados se quedaran en la planta baja.

Sin embargo, Jo-on, que ya había visitado la mansión McLean, sabía que las vistas desde la planta baja no eran muy diferentes de las de este piso.

—Es un honor. Gracias por su consideración, Sam.

—Espero que no te sientas incómodo.

—Para nada. En absoluto.

—Entonces, Dylan, ¿podrías acompañarlo a la habitación?

—Lo haré.

Dylan se levantó con Jo-on. La habitación de invitados estaba en dirección opuesta a la habitación donde ambos se habían puesto los patines y se habían cambiado. Por eso, al abrir la ventana, se veía un denso bosque en lugar de la pista de hielo.

El verdor de la naturaleza enmarcado por la ventana era tan hermoso como un cuadro. Incluso eso, seguramente era parte del diseño.

—Tu habitación está aquí, y la mía está justo al lado.

Dylan le dio a Jo-on la habitación de la esquina con dos ventanas y él eligió la más pequeña. La habitación también tenía baño.

Jo-on, satisfecho con el ambiente inesperadamente luminoso a pesar de estar en la planta baja, se giró hacia Dylan. Luego, se acercó y preguntó en voz baja:

—¿Dormiremos separados?

Dylan se mordió los labios para contener la sonrisa que le salía. Luego, miró disimuladamente la puerta cerrada y rodeó la cintura de Jo-on para acercarlo.

—Será mejor que cierres bien la puerta con llave esta noche. No sabes quién podría colarse.

Jo-on, que había sido el que lo había provocado, le dio un codazo en el costado.

—¿Quién es el que tiene que decir eso? Dylan, tú eres el que debería cerrar bien la puerta.

Ambos, que habían lanzado una advertencia sin sentido, se miraron con intensidad y unieron sus labios. Desde el momento en que se quedaron solos en la habitación, el pene, que ya estaba a medio erecto, se sentía claramente a través de la tela.

Con sus centros unidos, los dos se apoyaron contra la pared y se frotaron la parte inferior, compartiendo un beso apasionado. La necesidad de quitarse la ropa de inmediato y forzar el pene mojado en el agujero gritaba dentro de sus bragas.

—Ahh, esto es una tortura.

Dylan suspiró profundamente mientras escuchaba las voces de su familia desde la ventana que conectaba con el patio trasero. Las cortinas estaban abiertas, y la situación ya era lo suficientemente peligrosa solo por el hecho de que los dos estuvieran pegados.

—No hay nada que podamos hacer, tus padres están aquí.

—Te lo advierto, no duermas hoy.

—¿Lo dices en serio?

—¿Qué quieres decir? No es que realmente pensaras en dormir solo, ¿verdad?

—……

Jo-on no respondió, y Dylan ocultó suavemente su rostro emocionado.

—¿Solo yo te deseo?

Su voz sonó tan afligida que Jo-on se apresuró a negarlo. No quería herirlo más.

—No. No es así. Pero como hay familiares aquí, lo dudo un poco.

—De todos modos, nadie lo sabe.

—Co, corre las cortinas antes de hablar, Dylan. Ahora mismo se puede ver esta habitación desde el jardín.

Dylan corrió las cortinas opacas de la ventana que daba al patio trasero y luego se acercó a Jo-on. Como si de repente se hubiera encendido, le prodigó besos profundos, se quitó la camiseta y comenzó a acariciar el cuello de Jo-on, metiendo la mano bajo su ropa y explorando.

—Es, espera… Dylan.

—Shhh. Afuera se escucha.

Dylan bajó la voz y susurró, acorralando a Jo-on. Jo-on retrocedió, perdió el equilibrio y cayó sobre la cama. Dylan se tendió sobre él. Sus movimientos eran muy naturales. Se desabrochó los pantalones, sacó el pene de Jo-on que se escondía en su ropa interior y se lo metió en la boca.

—¿Estás, estás loco?

—Shh.

Dylan, aún a medio erecto, metió suavemente la punta del glande húmedo de Jo-on en su boca. No era una felación profunda. Era una felación ligera, solo la punta, usando la lengua para estimular y torturar el meato urinario.

Jo-on jadeó, cubriéndose la boca con la palma de la mano para no hacer ruido. Por el estímulo que no había sentido en mucho tiempo, sus muslos se contrajeron como si fuera a eyacular en cualquier momento.

Cuando Dylan recorrió la parte posterior del pene con la punta de la lengua, Jo-on, sin darse cuenta, juntó las piernas y apretó el cuello de Dylan. Dylan se rió y presionó los muslos de Jo-on con ambas manos. Era una postura bastante explícita, que dejaba al descubierto su trasero.

—¡Dylan! Esto es incómodo aquí.

Jo-on exclamó en voz baja, y Dylan levantó un dedo como si le indicara que se callara.

Abrió la boca y tomó el escroto de Jo-on. En ese instante, Jo-on no pudo contener el estímulo y exhaló con dificultad. Salpicó líquido de su pene. Era una pequeña cantidad para decir que había eyaculado.

—Ahh, ah, ugh, para.

Su mano agarró el pene y se movió lentamente, y la boca que había soltado el escroto se dirigió hacia abajo, succionando con intensidad el perineo cubierto de piel suave entre sus labios. La succión fue tan fuerte que dejó una marca de beso roja. Su trasero se contrajo, como esperando la penetración.

Cuando Dylan comenzó a mover su mano más rápido, el bajo vientre de Jo-on se puso más duro.

—Para, no puedo aguantar más…

Dylan, dándose cuenta de que el clímax se acercaba, tragó de un solo golpe el pene empapado en líquido pegajoso. Se metió el de Jo-on hasta lo más profundo de la garganta y, con la otra mano, agarró su propio pene y se masturbó rápidamente. Jo-on tuvo que contenerse por la resistencia, pero en su corazón deseaba envolver las piernas de Dylan alrededor de su cintura y embestir con fuerza.

Quería sentir la carne caliente de Dylan envolviendo el suyo. Quería estirarlo con su pene y llenarlo de su semen hasta que quisiera, día y noche, para que la inserción no fuera difícil, y que oliera a su propio semen.

En cambio, ahora metió el pene de Jo-on hasta la garganta y lo apretó para estimularlo. Jo-on juntó las piernas y eyaculó. Dylan, excitado por esa satisfacción, apretó la palma de la mano que envolvía su pene y eyaculó dentro de ella.

El olor a semen llenó su boca.

—Ahh, ahh.

Jo-on, que jadeaba con voz agotada, se cubrió la cara con la palma de la mano. La satisfacción duró solo un momento, y luego surgió el deseo de una relación más intensa. Si no se detenían allí, era obvio que, a pesar de haber sido invitado, se acostaría con el hijo del dueño sin consideración.

Y el hijo del dueño, ahora mismo, debía estar más impaciente que Jo-on.

Cuando levantó la cabeza, los ojos de Jo-on se encontraron con los de Dylan, que tenía los dedos y la boca empapados de semen pegajoso. Los ojos azules, hoy más que nunca, estaban teñidos de un color obsceno.

Fue el momento en que Jo-on estuvo a punto de abalanzarse sobre él, sin darse cuenta, sucumbiendo a esa mirada.

—¡Dylan! ¿Puedes salir un momento?

Era la voz de Samantha. Jo-on y Dylan se levantaron rápidamente de la cama, recogieron la ropa que habían tirado al suelo y se metieron en el baño para limpiar los rastros de su encuentro.

—¡Dylan McLean!

Samantha, buscando a su hijo que no respondía, fue hasta la habitación de Jo-on. Toc, toc, un golpe fuerte sacudió la puerta.

—Ah, um, sí.

Un momento después, Samantha, que abrió la puerta de par en par, se sorprendió al ver a Jo-on sentado en la cama.

—Oh, lo siento. ¿No has visto a Dylan?

—Uh, en el baño.

Jo-on señaló el baño contiguo a la habitación. Dylan salió secándose la cara como si se hubiera lavado por el calor, actuando con naturalidad.

—¿Qué pasa, mamá?

—Max parece aburrido, así que sácalo a pasear. Si Jo-on también está bien, ¿por qué no dan un paseo por la propiedad juntos?

—De acuerdo. Lo haré.

—Jo-on dice que sí.

Como Jo-on respondió de inmediato, Dylan también dijo que lo haría.

Después de que Samantha se fuera, los dos, que miraban en silencio la puerta cerrada, de repente estallaron en una risa silenciosa.

—Por un momento, pensé que había vuelto a ser un adolescente.

—Dylan, no hace mucho que saliste de la adolescencia.

Ante el agudo comentario de Jo-on, Dylan frunció el ceño.

—No soy un niño, Jo-on.

—Claro que no. Lo sé.

Jo-on, para calmarlo, se levantó y le dio un suave beso en la mejilla.

—Vamos.

A pesar de haber expresado su descontento, Dylan asintió de buena gana, dándole un suave beso en los labios a Jo-on.

—Claro, hyung.

Los dos encontraron a Max en el patio trasero, que ya estaba recogido.

El sol empezaba a ponerse y el aire se volvía frío.

El lugar donde había estado la pista de hielo se había descongelado hace mucho tiempo y se había convertido en una cancha de tenis con una red en el centro. La pista de patinaje sobre hielo del lago, que antes estaba completamente congelada, ahora tenía agua clara fluyendo suavemente.

En medio del verdor donde cantaban los pájaros, los dos caminaron de la mano sin preocuparse por las miradas a su alrededor.

—¿Te sientes mejor ahora?

Ante la pregunta de Jo-on, Dylan ladeó la cabeza.

—Parecía que no te sentías bien cuando estabas con Ashley hace un momento. ¿Fue por mí?

Luego, como si hubiera comprendido lo que le preguntaba, se mordió el labio inferior.

—Lo siento. Supongo que te hice sentir incómodo.

—No. Es solo que… Ashley dijo…

—No le hagas caso a esa persona.

Jo-on, en el fondo, envidiaba la sutil disputa entre los dos.

—Parece que se llevan bien.

—¿Qué?

—Inmediatamente se dio cuenta de tu cambio de humor. Eso es difícil de hacer si no se llevan bien. Yo, como no tengo hermanos, no lo sé. Y también lo envidio.

—…Jo-on es mi hyung.

Jo-on miró a Dylan y frunció el ceño.

—Lo siento, pero yo no tengo esa fantasía.

Dylan estalló en carcajadas. Al mismo tiempo, pensó que sería bueno hacer que, la próxima vez, lo llamara a él hyung.

—Entonces, ¿puedo preguntar por qué te sentías mal? ¿De verdad estabas celoso de tu hermana?

—¿Quién te dijo eso?

—Ashley.

—No. El problema no es Ashley, sino Amy, tu amiga coreana.

—Ah…

Jo-on recordó la vez que había hablado con ella por teléfono delante de Dylan. También la reacción tajante de Dylan ante la palabra “cita”.

—Solo somos amigos.

—Lo sé. Pero hablarán cómodamente en tu idioma natal, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Más que nada, ese hecho me hace sentir inseguro.

Al ver a Dylan algo desanimado, Jo-on se dio cuenta de lo que sentía.

—Quiero que la persona con la que puedas expresar tus sentimientos más cómodamente en el mundo sea yo, y no otra. Sean tus preocupaciones, tus miedos o cualquier otra emoción. Porque quiero conocer tus pensamientos mejor que nadie.

Jo-on se había definido como un extranjero desde el momento en que pisó este continente y se había autoaislado. Lo consideraba el orden natural de las cosas, lo aceptaba y ni siquiera pensaba en objetar.

Ahora, Dylan claramente estaba enfrentando por primera vez ese sentimiento con el que Jo-on había luchado durante mucho tiempo. Era una sensación de exclusión más allá del nombre común de celos. Siempre acostumbrado a ser el centro de atención. Para Dylan, la sensación de ser excluido no era agradable. Era como un rechazo intangible.

—Yo también quiero conocer a 'tu Amy'.

—No es 'mi Amy'. Amy es solo Amy.

—Ashley lo dijo. Eso es lo que no me gustó desde el principio.

—……

—Quizás en el fondo, ella piensa que es tu novia.

A partir de esa palabra, Dylan de repente desató todas las quejas que había acumulado, como una avalancha.

—Habla de rumores inútiles delante de ti. No quería que escucharas esas cosas delante de la persona que amas.

—Dylan, cálmate. Estoy bien.

—¿Estás bien?

—No, lo que quiero decir es…

Jo-on se preocupó de haber vuelto a decir algo inapropiado. En momentos así, sería bueno desviar la atención con Max, pero Max estaba ocupado orinando en un árbol a lo lejos.

—Significa que estaba preparado para todos los malentendidos que surgirían por no haberle dicho a mi familia nuestra relación. Pero eso no significa que no esté celoso.

Al contrario, ¿no? La única mujer que Jo-on conocía era Amy, con quien tenía una relación tan cercana que incluso le pedía consejos sobre citas.

Por el contrario, a Dylan le sobraban las mujeres hermosas a su alrededor.

—Dylan, tú eres el que… tiene muchas oportunidades de distraerse.

—¿Qué quieres decir? Yo nunca haría eso.

Solo era una observación de su entorno tal como era, pero la voz de Dylan era mucho más fría que antes. Parecía enojado.

—¿Jo-on todavía no confía en mis sentimientos?

—No, no quise decir eso.

—Déjame aclararte, no me importa salir del armario en mis redes sociales mañana mismo. Sería el primer delantero titular abiertamente gay de la liga. Aunque mi vida se vea afectada por ello, aunque sufra discriminación, aunque mi habilidad sea denigrada, no tengo el más mínimo miedo.

—No hagas eso…

—Porque no hay una pizca de mentira en el hecho de que te amo.

Ante la confesión de Dylan, que arremetía con ferocidad, Jo-on se desmoronó.

—No te mentiré, Jo-on.

¿Alguna vez alguien lo había amado tanto?

Si alguna vez dejara ir a Dylan, ¿alguien lo amaría tanto de nuevo?

No estaba seguro. Él mismo no sabía cómo abrir su corazón.

Jo-on se esforzó por reprimir la emoción que le subía y extendió la mano hacia Dylan. Cuando sus dedos tocaron su mejilla, la expresión de Dylan también se suavizó.

Tristeza, o injusticia.

—Jo-on, sé que nuestros ritmos son diferentes. Tú eres una persona que piensa primero, y yo soy una persona que actúa primero. Gracias a ti, estoy aprendiendo a tener paciencia.

Él, con el rostro relajado, se apoyó en la caricia de Jo-on y susurró con cariño:

—Así que no te rindas fácilmente conmigo.

Jo-on cerró sus ojos húmedos y atrajo el rostro de Dylan. Él aceptó de buena gana el beso de disculpa que Jo-on le ofreció primero.

—Lo siento. No quise hacerte daño.

Ante susurros, él exhaló un suspiro de alivio y lo besó. En la frente, en los ojos, en los labios. Su amor por Jo-on era tan desbordante que no podía evitar dejar una marca en algún lugar. Las marcas no dejaban de caer.

—Yo también…

—……

—Yo también, a ti…

¡Guau, guau! Max rompió el momento y ladró de repente.

—Espera, ¿qué? No te oigo.

Preguntó Dylan, besando varias partes de su rostro. Pero no dejaba de besar, así que Jo-on, con los ojos cerrados, estaba ocupado esquivando sus labios.

—Entonces, uhh, lo que quiero decir es, yo también…

—¿Mmm? ¿Qué?

—Maldita sea, estoy a punto de confesarme y ni siquiera me ayudas.

Dylan se rió juguetonamente y susurró.

—Vaya, ya perdí el momento. Dime eso en la cama más tarde. Te llevaré al límite para que salga bien.

Y solo recibió un golpe en el pecho por parte de Jo-on.

—Muchas gracias por eso.

De camino de vuelta de la caminata, hablaron de cosas triviales. La historia de Nina, de ser una gata callejera a convertirse en una gata doméstica con un humano llamado Maya, o que Amy era el amor platónico de Aaron, o cómo le habían dado su merecido a un racista llamado Sergio.

Dylan se interesó más por el hecho de que Jo-on había aprendido taekwondo de niño que por la existencia de Sergio. Cuando Jo-on le dijo que todos los niños coreanos pasaban una vez por un dojo de taekwondo, Dylan balbuceó que tenía curiosidad por ver a Jo-on con un dobok.

A la frase: 'Es algo parecido a una bata de baño', no pudo decir nada. No habría escuchado lo que dijera. De todos modos, la cabeza de Dylan ya estaba llena de la idea de tener sexo con Jo-on.

—¿Cómo estuvo tu día en casa de los McLean, Jo-on? Espero que no te hayas sentido incómodo.

—Para nada. Fue muy agradable. La familia también es muy amable, como Dylan. En muchos sentidos…

Jo-on dejó la frase en el aire. Por un momento, se preocupó por cómo lo tomaría Dylan.

—¿En muchos sentidos?

—…Pensé que éramos diferentes. En el ambiente en el que crecimos, en la personalidad, en la forma de pensar.

—¿Es malo?

—No. No lo es. Ya he aprendido mucho de Dylan, y estoy seguro de que seguiré aprendiendo. Así que, ¿no es bueno?

Siendo una respuesta clara, Dylan mostró una expresión de satisfacción.

—¿Y tú, Dylan? ¿No sientes que soy demasiado diferente a ti?

—Por eso tuve curiosidad por ti. Todo lo que hacías me parecía especial.

—En realidad, soy bastante normal.

—Para una persona enamorada, todo es especial, Jo-on. Quería conocerte más, quería entenderte.

—…Yo también.

—Por eso era inevitable que nos enamoráramos.

Jo-on, frente a Dylan, que susurraba, respondió con una sonrisa que se extendía lentamente.

—De acuerdo.

Dylan no pudo esperar más y se acercó a Jo-on. En el momento en que sus labios se encontraron, las ramas de los árboles, empujadas por la brisa primaveral, aplaudieron como si hubieran estado esperando, y los pájaros cantaron sobre el murmullo del agua.

La calidez de su cuerpo, tan cálida como la luz del sol, derritió el corazón congelado.

17.

Lamentablemente, el día del concierto llovió. El cielo, que había estado blanquecino con nubes de nieve durante todo el invierno, no fue diferente en primavera. La lluvia que empapó la tierra dejó manchas oscuras como hielo fino. El sonido de los autos corriendo por el suelo mojado se parecía al sonido de las olas.

Jo-on salió de la estación de Bay y miró la calle empapada por la lluvia primaveral. Yorkville, hermoso en un día soleado, era aún más pintoresco bajo la lluvia.

Pasando por tiendas, restaurantes y comercios, Jo-on entró en un callejón y finalmente llegó al lugar del concierto. El concierto de hoy era en un café con un interior más luminoso y saludable que un bar o un pub.

El café, regentado por un coreano que Amy conocía, era bastante amplio por dentro, y estaba decorado con objetos de estilo antiguo, como si fuera una escena de un cuento de hadas. En un rincón del local había un piano vertical, y ese era el escenario de hoy.

—Ashley, hola. Riley, ¿cómo estás?

—Oh, Jo-on. ¿Cómo has estado? Riley y yo llegamos antes y estábamos comiendo gofres. Mira esto. ¿No es demasiado lindo?

Jo-on miró el plato vacío, lleno de migajas de gofre, y asintió como si hubiera visto la huella de lo que una vez fue. Al menos el plato era lindo.

—¿Y Lucas y Robert?

—Dicen que hoy van a ver una película. ¿Pero por qué estás solo? ¿Y Dylan? Pensé que vendría contigo.

Antes de que empezara a llover, Dylan había ido a un chequeo médico por la mañana. Como había sufrido una colisión importante durante la temporada, se requería un examen detallado para descartar secuelas de conmoción cerebral.

Aunque él insistía en que estaba bien y saludable, Jo-on se preocupaba secretamente por si los resultados no eran buenos.

Si hubiera sido asunto de otra persona, lo habría considerado algo sin importancia y lo habría dejado pasar, pero si se trataba de su pareja, era una historia completamente diferente. En ese momento, Jo-on habría traído un botiquín de primeros auxilios y habría hecho un escándalo si Dylan se hubiera cortado un dedo con un papel.

—Vendrá pronto. Dijo que pasaría por algún sitio.

Pensando que Ashley podría sentir lo mismo, Jo-on omitió por completo la historia del chequeo médico de Dylan.

Amy, que hablaba con el dueño del café detrás del mostrador, se acercó pronto a Jo-on para saludarlo. Jo-on la presentó a Ashley, enfatizando especialmente la palabra "amiga". No era solo por los celos de Dylan. Aaron, con su guitarra acústica, la observaba con los ojos encendidos detrás de ella.

Aunque a él no le interesaba en absoluto, tres hombres estaban preocupados por una mujer sin quererlo: Aaron, Jo-on y Dylan.

Mientras Amy, extrovertida, saludaba cariñosamente a Riley, de dos años, Jo-on se acercó sigilosamente a Aaron y le preguntó en un susurro:

—¿Cómo va?

—…Así nomás.

—¿Qué? ¿No han tenido citas desde entonces?

Aaron hizo un gesto de "¡Shhh!" para que se callara.

—Solo espera la actuación de hoy, Jo-on.

—Por si acaso te lo digo, no hagas una confesión pública en el escenario.

—…¿Por qué?

—Porque eso es lo que más odian las mujeres.

La cara de Aaron se arrugó seriamente. Jo-on negó con la cabeza y suspiró. Aunque él no tenía tanta experiencia en citas como para dar consejos a nadie, sabía distinguir entre lo que se podía hacer y lo que no se debía hacer.

—¿Entonces solo canto una canción?

—Solo canta una canción.

—Maldita sea.

Aaron se mordió los labios como si estuviera decepcionado y desapareció con su guitarra.

'De verdad pensaba confesarme.'

Jo-on se sentó en un taburete junto al mostrador, felicitándose por haber evitado una posible catástrofe esa noche. Amy ya había ocupado su asiento. Parecía que le gustaban los niños, sentada junto a Riley, de dos años, exclamando lo linda que era.

En ese momento, Bobby se levantó y un silencio se apoderó del café.

—Hola a todos. Soy Bobby. Gracias por venir hoy al mini concierto de Bobby Beavers.

La gente aplaudió y dio la bienvenida a los miembros con su discurso de apertura.

—Hoy, como pueden ver, a diferencia de nuestras actuaciones habituales, no tenemos micrófono ni amplificador. Y como está lloviendo afuera, les agradezco mucho que hayan venido hasta Yorkville.

Las caras del público se llenaron de suaves sonrisas. Yorkville, un top de los barrios más concurridos de Toronto, donde el epíteto "lejos" resultaba de lo más incómodo, se situaba en el corazón de la ciudad. Con sus lujosos condominios y hoteles, era conocido como un barrio de ricos.

—Casualmente, las canciones que preparamos hoy combinan muy bien con el clima. Por eso es un concierto acústico. Y Aaron, que se unió a nuestro equipo el año pasado…

La atención se centró en Aaron y la gente rompió en aplausos. Claramente, eran sus amigos a quienes él había invitado.

—¡Qué cálida bienvenida! Gracias. Dice que todavía está soltero. Si están interesados…

—¡Bobby! ¡No te desvíes del tema!

—Ah, vaya, lo siento. Lo que quería decir es que hoy va a presentar por primera vez una canción de su propia composición.

Jo-on giró la cabeza para mirar de reojo a Amy. Con los ojos bien abiertos y una expresión de sorpresa, ya estaba grabando. Como si el anuncio de la canción de Aaron la hubiera tomado por sorpresa, Amy frunció el ceño y ladeó la cabeza. Hizo señas con la mano, pero nadie le respondió.

Para entonces, los miembros de Bobby Beavers ya lo sabían. Jo-on, esperando que el final de este amor no fuera un triste desenlace desgarrador, se sentó en el rincón más apartado del café y observó.

—¡Den la bienvenida a Aaron!

La atención se centró en Aaron en medio de los vítores de la gente. Si lo miraba de cerca, hoy se había vestido con bastante esmero. Se había arreglado la barba y se había peinado. Si Amy, que lo veía todos los días, no se hubiera dado cuenta, sería imposible. Aaron en la cámara parecía tan guapo como una estrella de Billboard.

—Gracias, soy Aaron. Uff, esto me pone muy nervioso. No sé cómo Bobby lo hace con tanta naturalidad.

Tras su risa, llovieron aplausos de aliento. Aaron respiró hondo y continuó.

—Desde que me uní a Bobby Beavers, he conocido a muchas personas diversas. Siento que estoy creciendo tanto musical como personalmente. Especialmente, mi alcance musical se ha ampliado mucho últimamente. Y últimamente, me doy cuenta de que también me estoy convirtiendo en un adulto como 'hombre'.

En ese momento, la gente percibió una corriente extraña y soltó vítores.

—La canción que compuse hoy la hice porque quería dejar plasmadas las fluctuaciones emocionales que he experimentado últimamente.

Pronto, como decidido, tomó su guitarra.

—No soy bueno expresándome con palabras. Así que, simplemente, lo haré con música.

Luego, comenzó a tocar lentamente. Tras tocar las cuerdas de la guitarra para verificar su afinación, asintió suavemente con la cabeza para seguir el ritmo y comenzó a crear la melodía.

Quizás para no cometer errores, o porque no tenía el valor de mirar directamente a la cámara, Aaron comenzó a cantar mirando solo el suelo. Una voz dulce y suave, que nunca antes le había escuchado, fluyó.

—'Fue el encuentro más misterioso de mi vida. La curiosidad me llevó hacia ti. La distancia se acortaba poco a poco, y el tiempo juntos no dejaba de crecer, pero aún no te entendía por completo'.

En ese momento, Jo-on se dio cuenta de por qué Aaron le había dicho que esperara el concierto de hoy. Su canción era una declaración de amor hacia Amy.

Jo-on, de repente, sintió pena por Maya y Tony. Probablemente no eran conscientes del crecimiento que su hijo había logrado en tan poco tiempo. Habría sido así incluso si hubieran vivido en la misma casa. Era raro que los padres compartieran todas sus experiencias amorosas.

El primer amor es la primera independencia que experimenta un niño.

El adolescente que luchaba contra la tormenta de la rebelión había desaparecido por completo, y ahora solo quedaba Aaron, un adulto que había despertado a nuevas emociones.

Para Jo-on, también fue un momento inesperadamente conmovedor. Para Jo-on, que no tenía hermanos, Aaron era tan cercano como un hermano menor.

—'Hablábamos el mismo idioma, pero siempre significaba cosas diferentes. Así que decidí aprender tus palabras. Y traducir tu corazón. Así aprendí a expresar mis sentimientos con tus palabras'.

Así como Maya y Tony habían construido un hogar acogedor con el arduo trabajo y el esfuerzo que habían invertido durante mucho tiempo, Aaron también demostró con su propio cuerpo que estaba cambiando, 고민하고 발버둥 치며.

A diferencia del concierto del invierno pasado, donde solo se sentía una soledad fría, hoy Jo-on se sintió lo suficientemente seguro como para dar otra opinión. Ahora, ni en las letras de las canciones de amor ni entre la gente cambiante, se sentía empapado de una solitaria alienación.

—'Así que, quizás ahora lo sepas'.

Solo ahora sintió que él mismo existía dentro de eso.

Tilín, el sonido de la campana y el leve sonido de la lluvia afuera se hicieron más fuertes. Jo-on contuvo el ruido exterior y vio a un hombre entrar al café.

Se sacudió el hombro mojado del traje con la mano y se apartó el deslumbrante cabello rubio platino con los dedos, sus ojos azules brillaron y encontraron a Jo-on entre la multitud de inmediato.

Los dos, cuyas miradas se encontraron entre las cabezas de la gente, se quedaron mirándose así por un tiempo.

El tiempo pareció detenerse. Una mota de polvo que flotaba en el aire se deslizó lentamente hasta él. El hombre sonrió lentamente, y Jo-on se dio cuenta de que él también lo estaba haciendo. Una emoción intensa le llenó el pecho. En ese instante, una poderosa revelación lo invadió como un escalofrío.

—'Porque era un amor sin lugar a otra interpretación'.

Cuando terminó el concierto, la lluvia cesó como por arte de magia. La temperatura bajó un poco, y el interior del coche, con la calefacción encendida, comenzó a calentarse gradualmente.

Solo después de despedir a Ashley, quien subió a su coche con Riley adormilada en el asiento del coche, Dylan y Jo-on pudieron quedarse completamente a solas.

En cuanto se subieron al coche, sus manos unidas ardían.

Desde que salieron del concierto, Jo-on había estado callado. Dylan, con el motor encendido, miró fijamente a Jo-on, sentado en el asiento del copiloto.

—¿Tienes frío? ¿No te sientes bien?

—No. Estoy bien.

Dylan le frotó la mano, aliviado. Tenía que soltarlo para conducir, pero por alguna razón, hoy no quería hacerlo. Le dolía la idea de que si soltaba su mano, la conexión de sus corazones también se rompería.

—Aaron, tu amigo…

Cuando Dylan habló, la mirada redonda y clara de Jo-on se dirigió a él.

—Parece que son muy cercanos.

Era una voz de lo más tranquila, pero la forma de hablar sonaba a celos, según cómo se interpretara. Jo-on sonrió y se encogió de hombros.

—Hemos vivido juntos unos tres años. Más que amigos, somos como familia.

Tres años…

Dylan lo repitió para sí mismo. Todavía era un tiempo muy lejano para él. La confianza que el tiempo construía no traicionaba fácilmente. Para ganarse la confianza de Jo-on más allá de Aaron, significaba que tendrían que pasar cientos de noches juntos.

—También canta bien. Parece tener talento. Y sobre todo…

Dylan le soltó a Jo-on, que lo miraba esperando lo que seguía, con un tono envidioso:

—La letra es muy significativa.

—…¿Crees que Amy lo entendió?

Dylan respondió bruscamente:

—¿Cómo sabemos si esa letra fue escrita pensando realmente en su relación con Amy?

—……

—Podrías ser tú.

—Tu imaginación es asombrosa, Dylan. Ya basta de bromas. Vámonos.

Era una tontería. Dylan se encogió de hombros, soltó la mano de Jo-on y se abrochó el cinturón de seguridad.

—De hecho, parece que Aaron planeaba confesarle sus sentimientos a Amy públicamente después del concierto.

Dylan frunció los labios mientras salía del estacionamiento.

—¿De verdad?

—Le dije que no lo hiciera bajo ninguna circunstancia.

—¿Por qué?

—¿Por qué preguntas?… A las mujeres no les gusta eso.

—No necesariamente.

Jo-on fue el que se quedó más confundido.

—¿Dylan, por casualidad, te gusta eso? ¿O a las mujeres con las que saliste les gustaba?

—No te preocupes, nunca lo he intentado.

Dylan, que casi nunca hablaba de sus relaciones pasadas, retrocedió un paso y dudó.

—Pero… no estaría mal. Si tú lo hicieras por mí…

—…Eso depende de la otra persona, ¿no? Si fuera alguien más, ¿no crees que podría crearse un ambiente en el que uno se vería obligado a responder públicamente?

—Mmm, tienes razón. Pero, ¿qué pasa si la otra persona quiere hacerlo? Yo no puedo controlarlo. En cambio, yo me vería obligado a responder públicamente.

—Entonces, ¿no podrías verte obligado a aceptar una confesión que no quieres?

—¿Por qué yo?

—…Bueno, si te dejas llevar por el ambiente.

—¿Por qué? Si tu intención es rechazar firmemente, es peor dejarse llevar por el ambiente y aceptar falsamente sus sentimientos. Eso es engañar a la otra persona.

Ante su voz firme, Jo-on se quedó más bien aturdido. Tenía toda la razón.

—…Tienes razón. No debería haberlo hecho.

Dylan dejó de conducir y miró al asiento del copiloto.

—¿Qué pasa? ¿Te pasó algo? ¿Alguien se te declaró públicamente? ¿Acaso te dejaste llevar por el ambiente y aceptaste a ese tipo?

—¿Eh? ¿No?

—Entonces, ¿qué es esa reacción? ¿Acaso soy yo? ¿Siempre aceptas mis confesiones por el ambiente?

—No, no. No es eso, Dylan.

Aunque Jo-on respondió que no varias veces, la mirada llena de dudas de Dylan no desapareció.

—Extrañamente, ahora me estoy sintiendo inseguro. Dame la mano, necesito agarrar tu mano.

—Hay que tener cuidado al conducir.

Dylan no hizo caso y agarró la mano de Jo-on que estaba sobre su muslo. Luego, con la intención de no soltarla nunca, entrelazó sus dedos fuertemente.

Jo-on dejó escapar una risa ahogada y se llevó la mano entrelazada con la de Dylan a la boca. Dejando un beso en el dorso de la mano, donde las venas se marcaban por la fuerza, Jo-on susurró:

—Dylan, nunca he aceptado tus sentimientos a la fuerza. Lo siento si te he hecho sentir inseguro por mi torpeza al expresarme.

—……

Dylan, aunque miraba al frente, echaba miradas rápidas al asiento del copiloto con ojos llenos de duda. Jo-on encontró esa imagen muy adorable. Admiraba su espontaneidad al expresar sus sentimientos con honestidad, sin añadir mentiras a su corazón.

Por supuesto, a veces Jo-on se da cuenta de que su forma de pensar es diferente a la de Dylan. De vez en cuando, en situaciones inesperadas, ambos perciben los mismos fenómenos de manera distinta. Por ejemplo, Jo-on seguramente se vería arrastrado por el ambiente y aceptaría a regañadientes la confesión de otra persona.

Pero ahora, incluso sus diferencias eran aceptadas. No había necesidad de definirse mutuamente como personas de otro mundo y distanciarse. Tampoco había necesidad de aislarse de los demás.

El sólido muro que Jo-on había levantado fue derribado por un intruso llamado Dylan, quien lo rompió y entró. Gracias a eso, Jo-on ahora podía ver el territorio de Dylan desde su propia torre.

Dylan no lo sabía, pero él también tenía muros.

Por eso, Jo-on no pudo evitar confundir su agrado con amabilidad o curiosidad. Aunque, en algún momento, esos muros se habían vuelto transparentes, como la pared de acrílico de una pista de hielo, y se podían ver a través de ellos. El crecimiento y la madurez no eran algo que una sola persona hubiera logrado.

—De ahora en adelante, yo también me esforzaré.

Ante las palabras tranquilas de Jo-on, Dylan apretó la mano que sostenía sin decir una palabra.

—Te amo, Dylan McLean.

No importaba si la fuerza con la que lo apretaba le rompía los huesos de los dedos.

—Te amo.

Mirando la garganta de Dylan, Jo-on disfrutó de una sensación de alivio. A pesar de que el aire estaba espeso y sofocante porque Dylan, por consideración a él, había encendido la calefacción sin abrir ni una rendija de la ventana.

Era extraño.

Una vez que lo dijo, se dio cuenta de que no era gran cosa, pero ¿por qué le había temido tanto?

Tan pronto como el coche se detuvo en el semáforo, Dylan se volvió hacia Jo-on. Sus ojos azules, como el hielo del Océano Ártico, se derritieron suavemente, revelando un verde esmeralda que brillaba deslumbrantemente.

—No sé por qué estas palabras me resultaron tan difíciles.

—Lo primero siempre es difícil. La segunda, tercera y cuarta vez no lo serán.

Jo-on también le dio las otras tres o cuatro confesiones. Tal como dijo, no fue difícil.

—Yo también te amo, Jo-on.

Con el susurro de Dylan, sus dedos se apretaron en la mano entrelazada. Mientras se miraban, el semáforo debió cambiar, porque el coche de atrás empezó a tocar la bocina ruidosamente.

Jo-on le susurró a Dylan, que arrancó el coche a toda prisa:

—También te daré la décima, la vigésima.

—¿Es muy poco? Dame hasta un millón.

—…Eres muy codicioso.

—¿No lo sabías? Soy tan codicioso con el apetito como con el sexo, y contigo también.

—Ya que lo dices, no hay más remedio. Te las daré incluso un millón de veces.

—Es un honor. Entonces, mil millones de veces…

—Basta.

Dylan pisó el acelerador, tan feliz como si le hubieran propuesto matrimonio. Era una carretera que no necesitaba tanta velocidad, ya que estaban pasando por el centro.

—No estás acelerando, ¿verdad?

Cuando Jo-on lo señaló, Dylan murmuró con voz ansiosa:

—Lo siento, pero lo mejor para ti será que no digas nada más. Ahora mismo me estoy conteniendo con una fuerza sobrehumana. Si no, podría asaltarte en el aparcamiento subterráneo.

—……

Cumplió su palabra. Tan pronto como terminó de aparcar, se desabrochó el cinturón de seguridad y se inclinó casi por completo sobre el asiento del copiloto para devorar los labios de Jo-on. La rapidez con la que metió la mano bajo la ropa fue tal que Jo-on, presintiendo que realmente podían consumar el acto dentro del coche en el aparcamiento subterráneo, salió corriendo del coche y corrió hasta el ascensor. Detrás de él, Dylan corría como un depredador persiguiendo a su presa.

El hecho de que la temporada hubiera terminado no significaba que el horario de Dylan estuviera libre.

A menudo salía para reuniones con su agencia, y lo llamaban para varios compromisos externos, incluyendo sesiones de fotos publicitarias y eventos benéficos.

Un día en que todo eso se había calmado, los dos, por fin libres, estaban sentados en el balcón disfrutando tranquilamente del sol de primavera.

Cuando se le preguntó si había algo que realmente quisiera hacer durante su tiempo libre, además de viajar, Dylan enumeró varias actividades al aire libre como senderismo, kayak y surf.

¡Incluso le picaba el cuerpo si se quedaba quieto; era el extrovertido más extrovertido!

—…Entonces tendremos que ir lejos.

Solo pensarlo lo hizo sentir cansado, y Jo-on murmuró débilmente. Entonces Dylan, mirando el campo de béisbol que llamó su atención, dijo:

—¿Vamos a ver un partido de béisbol?

Y así se decidió el plan del día.

—Habrá mucha gente, ¿estás seguro? No te gusta que te reconozcan.

Si Jo-on había aprendido algo sobre Dylan mientras salía con él, esto era una de esas cosas. Incluso sin tener en cuenta su fama como jugador, era una persona con una apariencia que llamaba la atención dondequiera que fuera. Incluso el más mínimo de sus movimientos atraía la atención de la gente.

Así que no necesitaba imaginar lo molesto que sería para él un lugar con mucha gente.

—No te preocupes. Reservaré un lugar muy tranquilo y privado.

Jo-on asintió, imaginando un palco VIP o algo así.

—Está bien, si tú lo dices.

Así que, dos horas antes del partido, cuando lo siguió hacia el estadio de béisbol, pasando la puerta 1 y dirigiéndose a la puerta 15, no pensó en nada. Ya había mucha gente alrededor con uniformes azules similares a los de los Polar Bears.

Y antes de llegar a la puerta 15, siguiendo a Dylan hacia el vestíbulo de un famoso hotel adyacente al estadio de béisbol, Jo-on supuso de antemano que habría un atajo para el palco VIP allí. No tuvo la menor sospecha. Ni siquiera cuando Dylan terminó el registro y subió al ascensor para abrir la puerta de la habitación del hotel.

—…¿Aquí es?

—Sí. Este es nuestro lugar hoy.

Jo-on se rascó la ceja en silencio al ver la cama tamaño king que fue lo primero que llamó su atención. No importaba cómo lo mirara, aquello era una habitación de hotel.

—Mira.

Dylan entró a zancadas y subió al espacio de la sala de estar, que estaba a un nivel más alto. Una gran ventana frontal permitía ver claramente el campo de béisbol.

—Aquí hay un asiento para que puedas verlo cómodamente. ¿Quieres sentarte?

Aunque obedeció sus palabras, Jo-on no podía evitar que la cama de atrás le preocupara incontrolablemente.

—Yo pensaba en un palco normal.

—Aquí podemos pasar un tiempo más privado.

Dylan se excusó así y lo besó en la oreja. Aunque fuera una excusa ridícula, Jo-on no podría haberlo rechazado.

Sin poder hacer nada, giró la cabeza para corresponderle el beso, y Dylan profundizó el beso con su lengua mientras cerraba rápidamente las cortinas.

—…Así no podremos ver el partido, mmm.

—Todavía quedan dos horas. Eso es tiempo suficiente para que hagamos el amor una vez.

Era tiempo suficiente para hacerlo tres o cuatro veces.

Dylan frotó lentamente el cuerpo de Jo-on sobre la ropa.

Hoy, el juego previo fue más largo de lo habitual. El bajo vientre de Jo-on hormigueaba con los besos apasionados. El aliento de Dylan, que se movía de los labios a la barbilla, luego a las mejillas y finalmente al lóbulo de la oreja, bajaba por el cuello y se derretía ardientemente en la piel sensible donde pasaban los vasos sanguíneos.

—Uhm, ah.

Un gemido tímido se escapó. Una marca roja quedó grabada en la suave piel de su nuca. Los dedos de Dylan subieron por su costado hasta llegar a su pezón, que sobresalía ligeramente. Los dedos, que habían aplastado el suave vello que temblaba por el aire frío, pellizcaron y retorcieron el pezón.

—¡Ah!

—Uhm, ya se te puso duro, Jo-on.

Los dos, que ya se habían movido al sofá, se tumbaron uno encima del otro, frotando sus partes íntimas y palpando y chupando varias partes del cuerpo del otro.

Cuando Dylan tomó el pezón erecto de Jo-on en su boca y lo acarició con la punta de la lengua, Jo-on juntó los muslos y arqueó la espalda. Una mancha oscura se formó en el centro de su ropa interior, humedeciéndola. El pene, que ya había crecido tanto que parecía que iba a atravesar la ropa interior, se agitaba, pidiendo salir.

Dylan, que ya se había quitado la ropa y estaba desnudo, apoyó su pene erecto, que llegaba hasta su bajo vientre, sobre el de Jo-on y giró lentamente su cadera.

—Ah, ugh, uhm.

Jo-on rodeó el rostro de Dylan con la palma de la mano, lo levantó, lo abrazó por el cuello y se colgó de él. Al juntar sus labios, sus dulces alientos se mezclaron. Empujó su lengua con fuerza, a punto de tocar la úvula, y embistió sus ingles unidas, soltando un gemido desesperado de su boca.

—Uhm, ahh, Dylan.

—Uhm, sí. Jo-on. Ven aquí. Abre la boca.

—Uhm, ahh.

Él respondió al beso brusco, pero luego giró la cabeza como si huyera, jadeando. Sin embargo, cuando Dylan le agarró la barbilla y le giró la cabeza hacia él, no se negó y cerró los ojos, mezclando sus alientos de buena gana.

—Jo-on, uhm, saca la lengua. Quiero chuparla.

—Ahh, ahh, no muerdas.

Jo-on frunció los labios y empujó ligeramente el hombro de Dylan, quien le chupaba la lengua como si fuera un pene. Ya sentía una estimulación intensa por el pene frotándose debajo de su cintura, y con la lengua succionando con fuerza, sentía una sensación extraña y no sabía qué hacer.

La parte inferior ya estaba al borde de la explosión, lista para eyacular en cualquier momento. A juzgar por su dureza, Dylan ya debía saberlo, pero aun así, movía las caderas como si quisiera llegar al final.

—¡Ahh, ahh, maldita sea!

Jo-on, inusualmente, soltó una palabrota mientras se bajaba la ropa interior. En ese instante, semen blanco salpicó su bajo vientre. Dylan tomó el pene de Jo-on, mojado y pegajoso por el líquido, y lo frotó en su mano.

—Está suave.

Inmediatamente, su pene se endureció rápidamente.

—Eres un niño malo por decir palabrotas, Jo-on.

—…Porque la ropa interior se moja.

Entonces, Dylan asintió al ver la ropa interior de Jo-on teñida de blanco con semen.

—Está completamente empapada.

—Maldita sea. No traje de repuesto.

—Entonces, de camino a casa, sin ropa interior…

Antes de que Dylan terminara la frase, Jo-on le golpeó el hombro con un cojín.

—¿Puedes salir a comprar uno?

—Solo tardamos cinco minutos en llegar a casa, ¿por qué no vamos sin más?

A Dylan le apetecía solo de pensarlo, y se lamió los labios con la punta de la lengua. Luego, se inclinó y se tragó el pene con olor a semen.

—Ah, uhm…

—En cuanto lleguemos a casa, te quitaré los pantalones y te la chuparé. ¿Qué te parece?

—Paso, ugh, gracias.

Dylan, con una sonrisa de decepción, acarició el pene con la punta de la lengua.

Después de jugar lo suficiente con la parte delantera, su mano se movió hacia el perineo. Como si lo hiciera a propósito, presionó las suaves carnes con el puño al pasar, estimulando el punto sensible

debajo de la piel. Jo-on contuvo un gemido y respondió pasivamente. Dylan le agarró el muslo y dobló la cintura de Jo-on para que su trasero quedara completamente expuesto.

—Está muy, claro, Dylan.

—Así se ve mejor, ¿no?

Colocó las piernas sobre sus hombros y luego, con los dedos manchados de semen, frotó lentamente la entrada del agujero con los nudillos. El agujero estimulado se abrió y se cerró, esperando el objeto extraño que pronto entraría.

—El interior es muy rojo. Como tus labios.

En el momento en que el agujero se relajó, los dedos extendidos invadieron inesperadamente el interior. El ano de Jo-on, al reconocer al intruso, reaccionó con sensibilidad y lo apretó. Solo de imaginar lo intensa que sería la estimulación si el pene entrara, sentía que iba a eyacular.

Los dedos, que aumentaron de uno a dos, y de dos a tres, acariciaron los músculos como si los masajearan. No era un tamaño suficiente para que el pene entrara y saliera, pero los dedos no tenían dificultad para hacer movimientos de vaivén.

Dylan, codicioso, exploró más profundamente. La suave textura de la pared interior, tibia y húmeda, se enredó entre sus dedos. A medida que aumentaba lentamente la velocidad de los movimientos de vaivén dentro, Jo-on se retorció para seguirle el ritmo.

—Ahh, ah, uhm.

—¿Te gusta? ¿Uhm? Jo-on.

—¡Ahh, ah!

—¿Te gusta, hyung?

Cuando Dylan imitó las palabras que Jo-on a veces soltaba en éxtasis, Jo-on asintió con la cabeza.

—Me gusta, ¡ah!

—Me gusta, Jo-on, hyung.

Dylan, murmurando una combinación de palabras que conocía, metió la mano profundamente en el agujero y la movió rápidamente. Dobló la mano y presionó con fuerza la parte abultada, haciendo que Jo-on se doblara por la cintura y empujara el hombro de Dylan con el pie.

—Ah, ah, basta, no, ahí…

—Aquí es, ¿eh? Ahh, bésame, Jo-on.

—Basta, si presionas, voy a… uhm.

Mientras golpeaba el mismo lugar y lo besaba obstinadamente, los jadeos quedaron atrapados en su boca. Una saliva turbia se mezcló en la raíz de su lengua. Las lágrimas que se formaron en sus ojos por el placer excesivo se deslizaron por sus sienes. Dylan incluso las lamió con la lengua mientras violaba el interior de Jo-on con su mano.

—¡Ah, ah, ah!

Poco después, un líquido transparente fluyó y humedeció la parte inferior. Era algo diferente al semen. Dylan limpió a Jo-on con la ropa interior que se había quitado, mostrando una sonrisa orgullosa. No importaba el hecho de que su pareja ya estuviera exhausta antes de la inserción.

—¿Te gustó?

Siempre tenía una habilidad especial para agotar a la gente. Cuando Jo-on asintió débilmente, Dylan retiró lentamente los dedos, agarró el suyo y lo movió. Solo con ver a Jo-on temblar por el placer del clímax, su pene se endureció rápidamente con unos cuantos toques.

Los ojos de Jo-on, que se habían puesto blancos por un momento, se cerraron con fuerza. Se apoyó las manos en la espalda como para levantarse del sofá y enderezó el torso. Pero Dylan le agarró la cintura y lo tiró sobre su muslo, haciéndole perder el equilibrio y caer hacia atrás.

—¿No, no podríamos ir a la cama en lugar de aquí?

—Claro. Yo te llevaré, así que relájate.

Jo-on lo miró con ojos llenos de sospecha. Por mucho que mirara, parecía que Dylan iba a penetrarlo de inmediato, no a llevarlo a la cama.

—¡Ah!

Como era de esperar, Dylan dobló la cintura de Jo-on por la mitad y luego apoyó su propio pene en la entrada de la cavidad, que burbujeaba por la espuma de semen. Pronto, una masa de carne mucho más gruesa que unos pocos dedos comenzó a abrirse paso por la entrada. Jo-on se mordió los labios y empujó ligeramente el hombro de Dylan, pero este solo siguió adelante, con las venas marcadas en el cuello.

—Ugh, ahh, Jo-on, relaja. Estás muy apretado. Mi pene se va a romper.

—A la cama, uh, dijiste que iríamos a la cama.

—Sí, bueno, eso haremos. Ahh, ¿pero no dije cuándo?

—Estafador.

Dylan, que había recuperado la calma por un momento, soltó una risa de adolescente y se metió el pene por completo. Se inclinó y se fundió con Jo-on, dejándole un suave beso en la mejilla. Luego, retiró su pene lo más posible y empujó su cadera con fuerza, penetrando hasta lo más profundo. La punta de su pene alcanzó una zona sensible al instante.

—¡Ahh! ¡Ah! ¡Ahh, espera!

Después de repetir el mismo movimiento varias veces, Jo-on pataleó con los dedos de los pies y se retorció, tratando de escapar de Dylan. Se arrastró hasta el final del sofá y su pene se salió un poco, pero en el momento en que Dylan lo sujetó por los costados, Jo-on cerró los ojos con fuerza, presintiendo el placer explosivo que se avecinaba.

De nuevo, *¡pum!*, el sonido de carne mojada chocando continuó con una penetración violenta. El sonido de la unión seca se humedeció rápidamente, formando burbujas. Del pene de Jo-on, que ya había eyaculado dos veces, goteaba agua cada vez que el pene de Dylan se abalanzaba, como si fuera a rasgar la membrana.

—Ahh, Jo-on, ugh, qué bien.

—Ah, ahh, ah, ¡ah!

—Jo-on, mi amor, ahh, qué bien.

Dylan, con la punta de los dedos, trazó la frente sudorosa de Jo-on y le lanzó una mirada apasionada. Jo-on, balanceándose como una muñeca con las penetraciones repetidas, grabó todo de Dylan en sus ojos. El cuerpo firme de Dylan, entrenado durante años, se sentía como un muro inquebrantable que lo oprimía. No servía de nada golpearlo con los puños.

En algún momento, incluso se olvidó de la voluntad de hacerlo. Y luego, confiando en el placer que Dylan le daba, movió sus caderas al ritmo de él. Justo cuando pensaba que ya se había acostumbrado a la estimulación continua, Dylan levantó el cuerpo de Jo-on y lo abrazó. Luego, se levantó del sofá y caminó pesadamente hacia la cama.

Aunque no era un atleta como Dylan, Jo-on estaba cerca del promedio en altura y peso, por lo que su cuerpo se hundió repentinamente, y el pene de Dylan se deslizó muy profundamente. Jo-on se dio cuenta, un paso tarde, de que aún quedaba espacio en su cuerpo para que entrara más.

—Ah, ah, espera, Dylan, no, no puedo, no puedo.

—¿Eh? Está bien, Jo-on.

Besándolo a la fuerza, Dylan levantó a Jo-on de nuevo justo delante de la cama y empujó su cintura.

—¡Ah, ugh, ah!

Un líquido transparente fluyó por entre sus muslos. Mientras Dylan jugueteaba con su boca para que no pudiera emitir ningún sonido, varias penetraciones más, violentas hasta el éxtasis, continuaron.

Dylan bajó lentamente a Jo-on, y, de pie al lado de la cama, penetró su agujero. Con la intención de empujar hasta el escroto, aplastó fuertemente los músculos del agujero con la parte más gruesa de la raíz del pene.

Las manos de Jo-on se aferraron a la sábana, sin saber qué hacer. Las manos de Dylan se superpusieron a las suyas, donde las venas se marcaban de color azul. Entrelazó sus dedos y succionó suavemente los labios de Jo-on.

—Ahh, te amo, Jo-on.

—Uhm, sí, ¡ah…!

—Te amo.

—Ahh, yo, también. Te amo.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Dylan, como si hubiera recibido la respuesta deseada después de varias insistencias. Después de exprimir la última gota de líquido del cuerpo de Jo-on con un hábil movimiento de cadera, eyaculó satisfecho.

Después de eso, el fuego se encendió tres o cuatro veces más, y los dos no se soltaron hasta que su piel estuvo a punto de desgastarse.

Después de un sexo tan intenso, Jo-on cayó en una breve siesta. Estaba casi desmayado. No había pasado mucho tiempo cuando se despertó con un repentino aplauso.

—Uhm, ¿qué pasa?

Se frotó los ojos y miró hacia atrás, viendo a Dylan acostado de lado, mirando su trasero.

Jo-on siguió su mirada hacia abajo. El pene de Dylan todavía estaba dentro de su cavidad.

—…Ahí es incómodo.

En ese momento, lo que llenaba la entrada se endureció y aumentó de tamaño, empujando los músculos.

—¿Por qué, por qué se está poniendo duro?

—Vaya, acabas de despertar el mío también.

—Ahh…

Jo-on, que suspiró como si dijera que lo dejara solo, preguntó:

—¿Empezó el partido?

—No, todavía no. Pero pronto cantarán el himno nacional.

Jo-on incorporó su cuerpo y empujó el abdomen de Dylan. Pero la mano de Dylan fue un poco más rápida. Abrazó la cintura de Jo-on y rápidamente acortó la distancia. Sin que su pene se saliera, lo hizo rebotar suavemente y estimuló su interior.

—Ah, ugh, ya hicimos suficiente.

—¿Quién dice eso?

—Ya no me queda nada.

—Entonces haremos el seco.

—¿Seco?

Cuando Jo-on preguntó como si nunca hubiera oído hablar de eso, Dylan, que lo sentó sobre su cuerpo, dijo mientras jugueteaba con los pezones de Jo-on:

—Vamos a aprender el siguiente nivel.

—¿Es realmente necesario? ¿Por qué no lo aprendes tú, en lugar de yo? Me siento incómodo porque está muy mojado.

Jo-on refunfuñó, mirando la unión. Tal como dijo, desde el momento en que Jo-on se montó sobre el cuerpo de Dylan, el semen que este había eyaculado dentro estaba fluyendo.

—…Espera, Dylan McLean. ¿No, no usaste condón?

—Ah.

Jo-on se mordió el labio inferior, conteniendo su insatisfacción. Dylan, con el rostro triste, agarró la cintura de Jo-on para sacar su pene.

—Lo siento. Es mi culpa. Estaba fuera de mí al final.

Jo-on agarró la muñeca de Dylan y lo presionó contra la cama. La inserción se hizo más profunda.

—Dylan, no eres tú.

—Exacto. Todavía me queda mucho.

Dijo eso y señaló los pantalones tirados en el suelo. Un montón de condones que se habían salido del bolsillo estaban esparcidos por el suelo.

—No pensabas usar tantos, ¿verdad? Vinimos a ver el béisbol, ¿sabes?

—Nunca se sabe cuándo puede pasar algo. Un caballero siempre debe estar preparado.

—Sería bueno que hubieras usado bien todo lo que preparaste hasta el final.

—Usé bien los primeros. Bueno, al menos usamos las cosas correctamente, ¿no?

—No, no.

Cuando Jo-on regañó a Dylan, este, como queriendo decir que lo suyo seguía intacto, le agarró la cintura y volvió a empujar la unión.

—Lo demostraré ahora mismo.

En ese momento, el himno nacional estadounidense comenzó a sonar afuera. Era una música de fondo sagrada, que no encajaba con el acto profano.

Dylan, como si encontrara la situación interesante, comenzó a embestir lentamente con una cara traviesa.

—Ahh, me hace cosquillas. ¿No podrías moverte más rápido?

—Quiero disfrutar contigo lentamente.

—Pero, de alguna manera…

Para Jo-on, que empezaba a sentirse incómodo, Dylan interrumpió el flujo de sus pensamientos con un fuerte empuje de cadera. Pronto, los jadeos de Jo-on invadieron sus oídos.

Pero eso fue solo por un momento.

La música cambió y, cuando la cantante invitada empezó a entonar 'Oh, Canadá', Dylan invirtió la posición, montándose sobre Jo-on y penetrándolo más profundamente. Al entrelazar sus dedos y presionarlos, Jo-on, inmovilizado, tuvo que soportar todo el peso de Dylan en su cavidad.

—¡Ahh, espera, esto es demasiado…! ¡Ah!

Al mover sus caderas más rápido y embestir desde abajo, el pene de Jo-on tembló. Ya no quedaba nada que expulsar, y nada fluyó. La pared interior se contrajo, y el agujero apretó con fuerza el objeto enojado de Dylan.

'Que Dios guarde nuestra tierra, gloriosa y libre.'

Entre el sagrado y sublime himno nacional, gemidos excitados se mezclaban y fluían. Jo-on, sintiendo que cometía un pecado sacrílego, se esforzó desesperadamente por cerrar la boca y contener el sonido.

—Adentro, ugh, no quiero. Dylan.

—Uff, de acuerdo.

Justo en ese momento, el himno, que había alcanzado su clímax, llegó a su fin.

'¡Oh, Canadá! Te defenderemos.'

La hermosa voz de la cantante resonó en el cielo despejado, dejando un largo eco. Jo-on, en ese momento, temblaba por la resaca del placer.

En el último verso, Dylan sacó el pene y lo agitó rápidamente. En el instante en que eyaculó sobre el bajo vientre de Jo-on, la multitud estalló en aplausos y vítores.

Jo-on, estupefacto por el momento tan inoportuno, murmuró sin darse cuenta:

—…Estás loco.

Se sentía como si hubiera hecho algo que no debía, como fornicar como un animal mientras escuchaban el himno nacional. Pero a Dylan no le importó y abrazó a Jo-on, compartiendo su calor corporal.

—Sí. Porque estoy loco por ti.

A pesar de las raras palabrotas de Jo-on, Dylan sonreía como si encontrara algo divertido. Probablemente, cada vez que el himno se tocara antes de un partido, él recordaría este momento.

—Te amo, Jo-on.

El partido de béisbol fue una serie de altibajos, sin un solo *inning* en el que se pudiera bajar la guardia. Lo bueno era que no era un partido de lanzadores, sino de bateadores.

Desde el primer *inning*, con un *hit*, un doble *play*, un jonrón y un ponche en orden, el partido cambiaba de ambiente sin descanso, como si estuviera montado en una ola abrupta.

Era un partido emocionante incluso para Jo-on, que solo conocía las reglas y apenas podía seguirlo. Cuando la defensa y el ataque cambiaron de *inning*, el equipo contrario intentó con todas sus fuerzas conectar con el lanzamiento del abridor.

Cada vez que volaba una bola de foul, la audiencia se agitaba. Era un movimiento desesperado para conseguir al menos una pelota como recuerdo.

Al ver eso, Jo-on se dio cuenta de lo valioso que era el *puck* que Dylan le había regalado.

Dylan es sin duda un gran atacante, y marca docenas de goles en una sola temporada. Pero como era un gol marcado después de una lesión que lo había dejado fuera de la alineación, tenía una historia especial, por lo que su significado era diferente, ¿no es así?

—El *puck*. Si alguna vez quieres recuperarlo, solo dímelo.

—¿Eh? ¿Qué?

Dylan, que estaba bebiendo cerveza, lo miró como si no entendiera.

—El *puck* que me regalaste.

—Ya te lo di.

—Es decir, por si acaso, si alguna vez quieres recuperarlo.

Dylan dijo con firmeza, como si eso nunca fuera a pasar:

—No. Jo-on, eso no es solo un *puck*.

—Lo sé. Es un *puck* especial. El que marcaste después de lesionarte…

—No es eso. Ese día fue la primera vez que te expresé mis sentimientos. Es una señal de mi afecto. ¿Cómo vas a pensar en devolverlo?

—…Ah. Lo siento. Yo…

Jo-on, sin saber qué hacer, dijo: —Nunca lo devolveré. Entonces Dylan dejó la cerveza y acercó sus labios fríos a la mejilla de Jo-on.

—Incluso así eres adorable, parece que no puedo evitarlo.

—Sí, claro.

Ante la respuesta sin alma de Jo-on, Dylan no pudo evitar atraerlo hacia él.

—Jo-on, creo que fue una buena idea venir aquí contigo.

—Yo también estoy de acuerdo.

—Discutamos cómo pasaremos el resto del verano. ¿Qué te parece?

—Me parece bien.

—Mis compañeros de equipo dijeron que harían una fiesta en la piscina con barbacoa. ¿Quieres ir conmigo primero?

—¿Yo?

—No te pongas tan nervioso, mucha gente trae a su familia, a sus parejas o a sus amigos. Ya conociste bien a mis padres.

'Claro, la forma de pensar de un extrovertido es diferente.'

Jo-on recordó su visita a la mansión de los McLean, que había sido la tensión personificada, y trató de recordar si realmente había sido un "buen encuentro".

La razón por la que había terminado siendo un encuentro cómodo y sin inconvenientes fue gracias a que Dylan lo había protegido con una defensa férrea cada vez que sus padres intentaban interrogar a Jo-on… En ese momento, Jo-on pensó que Dylan era un defensor, no un atacante.

—S-sí, claro. Una fiesta en la piscina con barbacoa suena divertido.

—¿Verdad? Será divertido.

Jo-on aún no estaba seguro de si sería tan divertido como Dylan esperaba, pero decidió lanzarse como él en lugar de asustarse de antemano.

Porque Dylan no dejaba de expandir su mundo.

—También viajemos, Dylan. Veamos cosas hermosas juntos, comamos cosas deliciosas. No importa si es una porción de pizza de 99 centavos o un restaurante con tres estrellas Michelin.

Dylan, como si estuviera conmovido por algo tan insignificante, abrazó fuertemente a Jo-on y susurró que sí.

Justo en ese momento, los bateadores del equipo local conectaron *hits* seguidos. Entre los vítores ensordecedores, Dylan y Jo-on se besaron con pasión hirviente.

Para su viaje, los dos buscaron vuelos tan pronto como regresaron a casa.

Sin embargo, coordinar el horario no fue tan fácil como esperaban. Además, tenían que ajustarse a la fecha de inicio de trabajo de Jo-on, así que no les quedaba mucho tiempo.

—Uhm. Jo-on, mira. Parece que hay vuelos todos los días. Pero tendríamos que volar más de trece horas, y una semana es demasiado poco tiempo para llamarlo viaje.

—¿Cuánto tiempo tienes que ir para estar satisfecho?

—Para ir a Corea, al menos uno o dos meses completos. Hmm, me pide que ingrese la información del pasaporte.

—Espera un momento. Lo traeré.

Los dos, que trajeron sus pasaportes, se encontraron con un obstáculo inesperado frente a la ventana de reserva de vuelos a Corea.

—Jo-on. Mis ojos no están mal, ¿verdad?

—¿Eh? ¿Qué?

Dylan miró sin decir palabra, alternando entre el pasaporte y Jo-on.

—¿Mi foto es demasiado linda?

Se inclinó para bromear, algo impropio de él, y Dylan respondió con seriedad:

—Tu pasaporte está caducado.

—Ah…

—Aunque la foto de tu pasaporte es linda.

Jo-on lo evitó cuando Dylan intentó besarlo, le arrebató el pasaporte y lo revisó de nuevo, como si no pudiera creerlo.

—Oh, vaya… Es verdad. Por esto mismo había pensado en renovar mi pasaporte en cuanto regresara al país. ¡No puedo creer que me haya olvidado hasta ahora!

—…No hay remedio. Veré si hay alguna fecha disponible el próximo mes.

—Lo siento. Pero es un vuelo de regreso… Si solicitas un pasaporte de emergencia, lo tendrás en dos días. ¿Hacemos eso?

—¿Dos días?

—Aunque sea de un solo uso.

Por un momento, los dos, en la encrucijada de una elección, consideraron varias cosas y finalmente renunciaron al viaje a Corea.

—Si no podemos ir al extranjero, ¿por qué no vamos de camping? No está en la Guía Michelin, pero te prepararé una hamburguesa casera del chef Dylan McLean.

—¡Eso suena bien!

Sin embargo, los dos se sintieron frustrados de nuevo al ver el mensaje rojo de 'No disponible' en la ventana de reservas de camping. En esa época del año, era imposible incluso mirar la ventana de reservas de camping si no se hacía una apertura rápida. Finalmente, terminaron reservando la villa de un conocido.

—Incluso divertirse es difícil.

—Oh, sí. Jo-on, pero te acostumbrarás a salir conmigo.

—Claro, qué más da…

Dylan, que había estado mirando a Jo-on con una expresión satisfecha por un momento, se reajustó la postura y se detuvo, como si tuviera algo que decir.

—Por cierto, Jo-on.

—¿Sí?

—Si vuelves a tu país, ¿puedes conseguir un pasaporte de un solo uso en dos días?

—Ah, ¿eso? Sí.

—Pero no lo sacaste.

Jo-on parpadeó, meditando sus palabras de nuevo.

—En ese momento, podrías haber sacado el pasaporte de un solo uso y haberte ido en el avión, pero no lo hiciste.

—……

—Y viniste a verme.

Solo entonces Jo-on entendió de qué momento hablaba Dylan.

—¿Quizás te dejaste atrapar por mi obstinación?

Jo-on, al comprender el significado de sus palabras, tomó sigilosamente la mano de Dylan.

—Porque quería verte una vez más, Dylan.

Eso fue suficiente. Dylan, sintiendo un amor que le llenaba el pecho tan profundamente que no necesitaba más palabras de confesión, abrazó a Jo-on.

—Yo también te extrañé mucho, Jo-on. Te amo.

Era una frase verdaderamente incómoda de escuchar de alguien que había estado pegado a él durante días, sin perderse ni el tiempo de dormir ni el de ducharse.

Jo-on se rio y rodeó la espalda de Dylan con su brazo.

—Qué curioso, yo también.

El enorme oso polar que tenía en sus brazos rió tontamente.

FIN